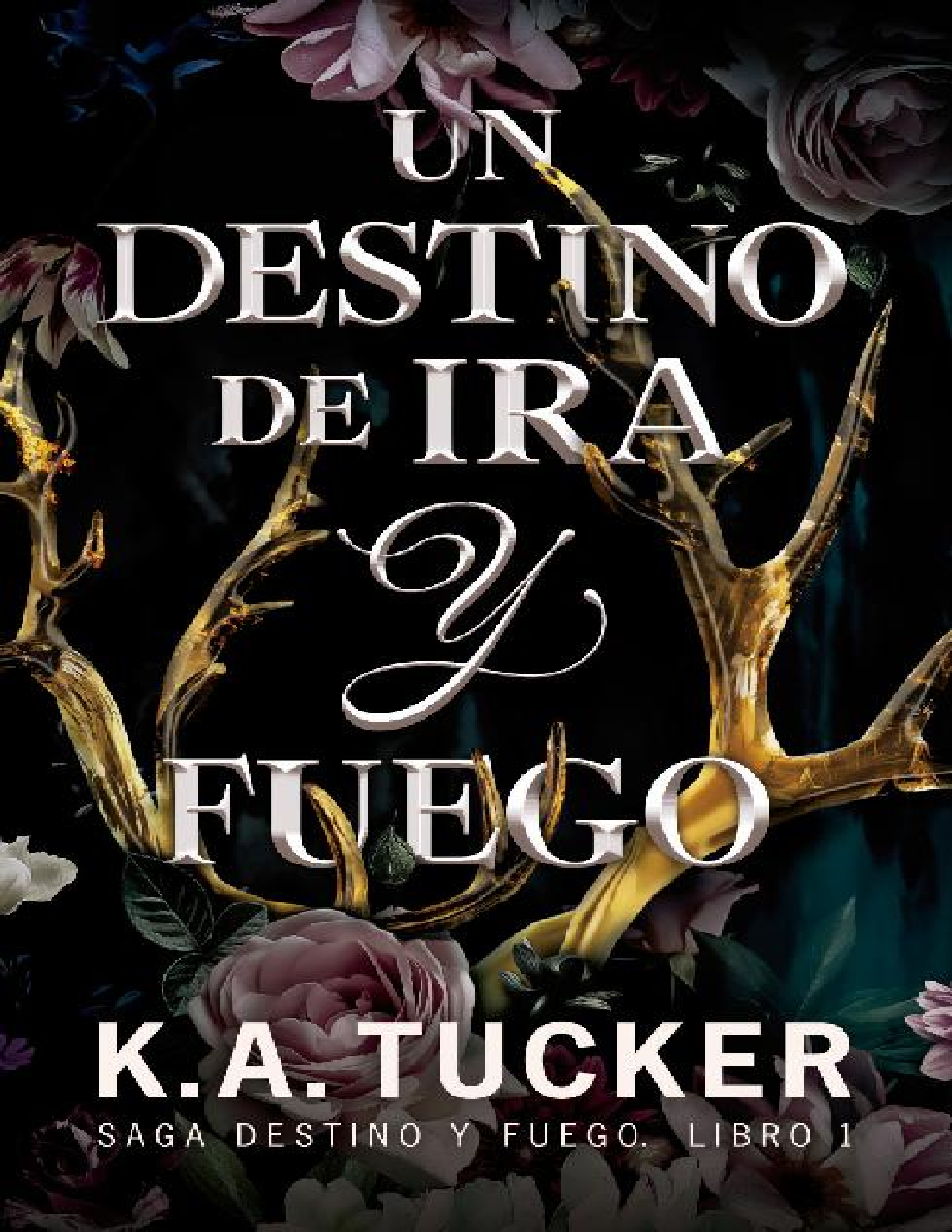

UN
DESTINO
DE IRA
Y
FUEGO
K.A. TUCKER
SAGA DESTINO Y FUEGO. LIBRO 1

UN DESTINO DE IRA Y FUEGO

K.A. TUCKER

SAGA DESTINO Y FUEGO. LIBRO 1

Traducción de Ana H. Deza

A Paul, por encargarse
del «qué hay de cena» todas las noches
durante los últimos tres meses.

Nota de la autora

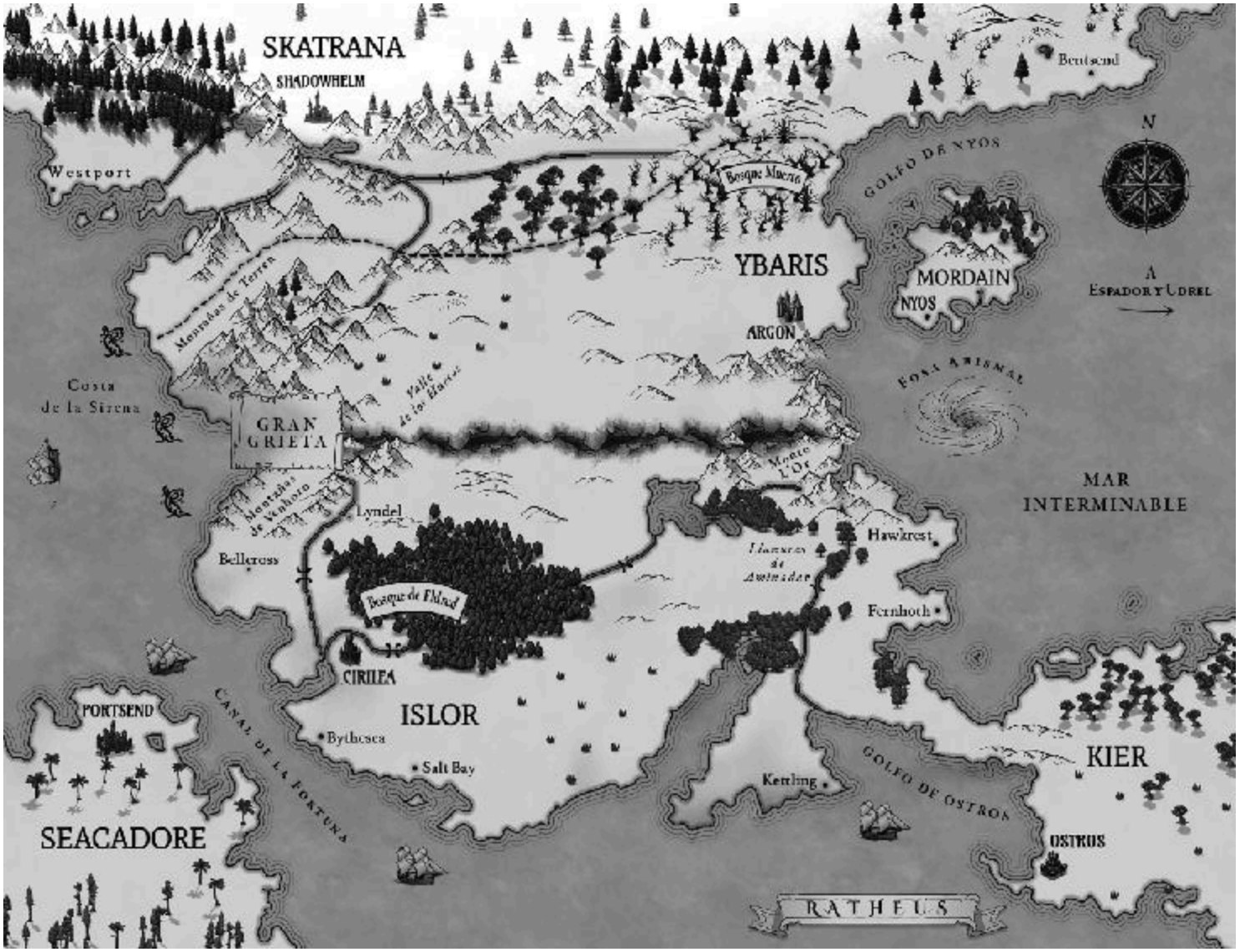
Publiqué mi primer libro hace diez años, en mayo de 2011. Era una novela de fantasía para jóvenes adultos llamada *Anathema*, el primer volumen de una serie. Unos años después, pasé a escribir romance contemporáneo y suspense (dos géneros que me encantan), pero, en el fondo, siempre supe que regresaría a un mundo fantástico.

En 2015 comencé a abocetar una nueva historia de fantasía. Todos los años abría el archivo, añadía cosas y me preguntaba si la escribiría pronto. Pero nunca parecía ser el momento adecuado.

Entonces vino el año 2020 y, después, el 2021, y este libro pasó a ser mi válvula de escape cuando no teníamos permitido salir a ninguna parte. Los lectores de *Anathema* se percatarán de que he sacado algunas cosas de esa historia: gran parte de la magia, el diseño del mundo, los Destinos, los no humanos, incluso algunos nombres. La primera escena tiene algunos párrafos directamente copiados y pegados. Quería usar las ideas que me gustaban de ese mundo y ver hasta dónde podía llegar con ellas. Pero ahí terminan las similitudes.

Esta historia sigue un camino totalmente distinto. Para los que no hayan leído *Anathema*: he retirado esa serie del mercado. Mi escritura ha mejorado muchísimo desde entonces.

No se me ocurre una forma mejor de celebrar una década publicando libros que con el lanzamiento de *Un destino de ira y fuego*. Es un proyecto apasionante para adultos (no es juvenil, aunque creo que no contiene nada demasiado escandaloso) y ha sido una escapatoria salvaje para mí. Espero que disfrutéis leyéndolo tanto como yo disfruté escribiéndolo.


SKATRANA
SHADOWHELM
Westport
Bosque Muerto
Montañas de Terren
Valle de los Blancos
YBARIS
ARGON
GOLFO DE NYOS
MORDAIN
NYOS
A ESPADOR Y UDREL
N
Costa de la Sirena
GRAN GRIETA
Montañas de Venhoro
Lyndel
Belleress
Bosque de Eldrad
CIRILEA
ISLOR
Bythesea
Salt Bay
PORTSEND
CANAL DE LA FORTUNA
SEACADORE
Monte L'Or
Hawkrest
Llanuras de Amwinder
Fernhoth
MAR INTERMINABLE
Kettling
GOLFO DE OSTROS
KIER
OSTROS
RATHELS

Prólogo

Año 1739

—Ha llegado mi hora de morir —las delicadas manos de Sofie se deslizaron por el pecho de Elijah hasta rodearle la nuca.

—Y si te equivocas... —su voz languideció, incapaz de terminar la frase.

—¡No me equivoco! —rugió ella. Era una fiera de melena cobriza y fuerte temperamento.

Elijah se apartó, quedándose de pie frente a una ventana cercana para contemplar el bullicio de la vida nocturna más allá de los muros del castillo. Observó los coches de caballos que recorrían las calles empedradas. Recogían a personas que salían de fiestas regadas de alcohol para llevarlas a sus casas, donde disfrutarían con abandono imprudente junto a sus parejas. Rara vez envidiaba a los plebeyos, pero esa noche apretó la mandíbula, resentido. ¿Por qué no podía tener él problemas tan triviales como esos?

La mirada de Elijah se centró brevemente en la plaza, donde todavía ardían las piras bajo los restos carbonizados de tres mujeres. Había sido la mayor matanza de la región hasta el momento. El obispo había avivado las llamas en su ferviente intento de salvar a la humanidad de la brujería. Esta vez, la iglesia había sacado a colación la plaga de topillos que destruyó las cosechas como prueba de la culpabilidad de las mujeres. La próxima, encontrarían la maligna huella de Satán en una enfermedad que asolara a los niños o en la inundación que anegara los campos de cultivo.

Aquello escondía más verdad de lo que creía el rollizo obispo, pero Elijah sabía que la motivación de la iglesia no era erradicar el mal, sino mantenerse en el poder en una época en que estaba surgiendo un nuevo culto.

Y esa locura se extendía.

Como conde de Montegarde, Elijah tenía una influencia discreta sobre la iglesia. Aun así, podría haber evitado aquella matanza. Podría haberse deslizado entre las sombras de la residencia del obispo y haberle partido el cuello al presumido santurrón que llevaba la batuta. Pero su muerte prematura solo serviría para provocar una investigación y envalentonar a las masas. Rápidamente ascendería otro que tomara su lugar, morirían más mujeres en un lecho de llamas y muy pronto la atención se dirigiría a esos muros de piedra y a esa nobleza peculiar que había tomado posesión de la noche a la mañana, reclamando sus derechos.

Después, los rumores de herejía y maldad crecerían, se multiplicarían y les saldrían dientes afilados. Sería cuestión de tiempo que se congregara una turba furiosa frente a las puertas blandiendo horcas y espadas, por lo que Elijah y Sofie se verían obligados a huir como ratas y empezar de nuevo en otro lugar lejano.

Conocía muy bien ese ciclo. Lo había vivido de una forma u otra muchas veces.

Así que Elijah se quedó sentado tranquilamente en su cómodo castillo y oyó los chillidos de las mujeres mientras ardían.

Sofie se deslizó a su lado y le apartó un mechón de cabello de la frente con un dedo.

—No puedo seguir viviendo así, escondida entre las sombras, aguardando una condena segura.

—No te preocupes por esos fanáticos, amor mío.

—Adele no se preocupó por ellos y mira lo que le pasó —rememoró sombríamente.

Su querida amiga se había mudado a Londres y Sofie lloró su cadáver calcinado la primavera pasada. Elijah no necesitaba que le recordara aquello. Esa noche, ardiendo de pura cólera, Sofie había arrasado la abadía responsable de la muerte de Adele con todos sus ocupantes sin emplear más que un giro de muñeca. En todo el tiempo que llevaba vivo en la tierra, él jamás había visto un poder como ese. Era sobrecogedor y terrorífico a la vez.

Elijah había cargado con su cuerpo exhausto y se la había llevado de allí antes de que aparecieran demasiados testigos que pudieran situarla en aquella masacre. No obstante, los últimos mensajes que le habían llegado eran preocupantes. El Gremio de los Invocadores sabía que Sofie estaba detrás de la matanza y pedía un severo castigo por su insurrección. Entretanto, los humanos buscaban a una bruja con el cabello del color de las llamas del infierno. Ya habían aparecido cuatro víctimas que coincidían con su descripción.

No podía culparla por haber vengado la muerte de Adele. Durante su infancia, entre clase y clase, habían correteado juntas por los estrechos pasadizos de París y, más tarde, habían compartido noches de juventud y bailes por las calles, encantando a los pretendientes tanto con su belleza seductora como con su descaro. El corazón de Sofie era ardiente y su lealtad eterna. Desgraciadamente, cuando se sentía herida, sus emociones devoraban el instinto de supervivencia.

Elijah suspiró.

—Adele fue imprudente. Además, yo jamás permitiré que sufras ningún daño.

—¿Y qué pasa con el tiempo? ¿También lo detendrás? —Sofie sabía perfectamente dónde apuntar para infligir el mayor daño posible con sus palabras—. La locura me llama incluso ahora, en este mismo instante. No sé cuánto tiempo podré negarme a responder.

Él se estremeció y centró la mirada en el majestuoso roble del jardín, cuyas otoñales hojas doradas eran agitadas por una leve brisa. El mordisco del invierno empezaba a insinuarse en el aire. Llegaría dentro de quince días y despojaría al árbol de su belleza, imponiendo el descanso en la tierra. Sofie detestaba esa estación larga y lúgubre, pero Elijah encontraba consuelo en la visión del paso del tiempo.

Bajo esa copa frondosa se situaría el sepulcro de Sofie, si no cambiaba su suerte, aunque él prefiriera la cripta bajo la capilla, donde podría custodiar mejor sus restos.

¿Sobreviviría lo bastante como para ver la primera nevada?

Le resultaba incomprensible que aquella mujer, que no había cumplido ni tres décadas, con la tez luminosa de la juventud y un desenfreno infantil corriendo por sus venas, pudiera escapársele de las manos. Pero sabía que la locura de la que hablaba era real. Ya la había visto apoderarse de otra como ella, hacía muchos años. No quedó más que el cascarón de la impresionante elemental que había sido: el cabello, escaso, del color de la tiza, los ojos vacíos, sus poderes inútiles. Pasó el resto de sus días prisionera del gremio, recitando desvaríos sin sentido que los escribas registraban como si fueran una profecía.

Aunque no quisiera admitirlo, Elijah había empezado a notar señales preocupantes en Sofie: miradas apáticas, volátiles cambios de humor, conjuros involuntarios que se le escapaban de los labios. No soportaba la idea de ver a Sofie convertida en el cascarón vacío de la vibrante mujer que adoraba.

Por supuesto, ella no tenía intención alguna de permitir que le sucediera eso.

Un hombre salió a trompicones de una taberna y se derrumbó, borracho, justo delante de dos caballos de tiro. Elijah abrió los ojos de par en par; le levantó el ánimo la posibilidad de presenciar la muerte de un hombre pisoteado. Al menos ese

problema podría rivalizar con el suyo esa noche. Se aferró a la cornisa de piedra, anticipando el momento en que los cascos de los animales se acercarían al cuerpo inerte del hombre. Faltaban segundos para que le aplastaran la cabeza como si fuera un melón maduro. Pero, en el último instante, dos hombres lo agarraron de los talones y lo arrastraron hasta un lugar seguro. Los caballos se perdieron en la noche. *Malditos buenos samaritanos.*

Elijah escudriñó las calles en busca de algún individuo que se encontrara en peor situación que él, sabiendo que las posibilidades eran escasas. Acabó fijándose en una joven pareja que discutía; rápidamente pasaron de los gritos y aspavientos a un rápido rodillazo en la entrepierna del hombre. La multitud creciente de espectadores estalló en carcajadas mientras él se desplomaba, retorciéndose de dolor. A pesar de su amargura, Elijah se rio.

Pero no había forma de distraer a Sofie.

—Malachi me ha respondido y tenemos que actuar rápido. Ya lo has retrasado demasiado.

—Cuando el gremio se entere, nos matarán sin pensárselo dos veces —le advirtió, como ya había hecho antes muchas veces. Esas peligrosas invocaciones estaban prohibidas por una buena razón: el acuerdo había traído la paz después de siglos de guerra entre los invocadores y los inmortales.

—Lo hecho, hecho está —el rostro de Sofie era una máscara de sombría certidumbre—. Si se enteran, podrían castigarme. Pero si no lo hacemos estaré muerta, en cualquier caso.

—Y yo también, poco después —sus ojos se volvieron hacia la tierra al pie del roble. Si Sofie se equivocaba, el sepulturero cavaría dos nichos allí por la mañana, porque sin ella no tenía sentido que él continuara viviendo.

Pero aún no estaba preparado para decirle adiós.

—Un atardecer más.

Seguro que la locura que latía bajo esos ojos esmeralda le concedería eso, ¿no?

Sofie no contestó de inmediato. Cuando lo hizo, su voz sonó tan cortante como una espada afilada.

—Muy bien.

Las capas de seda de su vestido de noche crujieron ruidosamente mientras se dirigía a la puerta.

Pero antes de que la alcanzara, Elijah estaba al otro extremo de la habitación y tapaba la salida con la mano.

–No puedes pedírselo a ningún otro.

Ella lo sabía y, aun así, la forma en que le devolvió la mirada, con los ojos ardientes de desafío, le hizo temer que cometiera una estupidez.

Sofie alzó la barbilla con determinación.

–Entonces, debes confiar en mí.

–No es en ti en quien no confío. –Era incapaz de librarse de ese presentimiento terrible–. ¿Acaso Malachi ha concedido a alguien alguna vez lo que quería sin exigirle todo a cambio?

De entre todos los destinos, el Destino del Fuego no era precisamente conocido por su compasión, sino por su crueldad y su orgullo. Siempre había sido así.

Pero Sofie había decidido que había que suplicarle precisamente a él.

Elijah entró en cólera cuando ella le reveló que se había atado a Malachi en servidumbre. Esos lazos jamás se podrían deshacer.

–Pero soy una elegida. La llama de Malachi corre por mis venas.

Él suspiró, armándose de paciencia. Sofie era joven, arrogante y tenía una fe inquebrantable en aquellos a los que debía su inmenso poder. Aún no había conocido su cólera.

Las yemas de los dedos de Sofie recorrieron la línea de su mandíbula y le invitaron a mirarla a los ojos.

–Si no hacemos nada, pronto desapareceré. Y prefiero morir esta misma noche a perder el control mañana. Pero no voy a morir. Tú no morirás. Malachi me lo ha garantizado –insistió, sonriéndole–. Y superaremos todas las dificultades que se nos presenten. Juntos.

Exudaba tanta confianza que Elijah ansiaba desesperadamente poder creerla. Había una razón por la que la veneraban tanto como la odiaban en el gremio. Sus poderes no tenían parangón en este mundo.

Y aunque esos poderes finalmente se escurrirían entre sus dedos con el paso del tiempo, estaba dispuesta a sacrificarlos todos esa misma noche a cambio de una eternidad con él. Esa era la verdad, y Elijah era consciente de ello.

–Eres insufrible, mujer –le dijo, sin el menor asomo de ira en la voz.

–Sí, pero seré tu insufrible mujer, para siempre.

Elijah tomó una mano entre las suyas y se la llevó a los labios. Los presionó suavemente contra la piedra blanca de su anillo y culminó el gesto con otro suspiro que ambos reconocieron como lo que era: rendición. No lo iba a retrasar más.

Sofie se separó de él y se acercó a la amplia cama donde habían pasado tantas noches enredando sus cuerpos. Una sola vela ardía en una mesa cercana,

proporcionando la única luz de la habitación, pero brillaba con fuerza e impregnaba el aire con un aroma dulce de miel.

Observó con excitación cómo ella se despojaba de la bata y la ropa interior hasta que su piel fue un lienzo desnudo. Con una sonrisa traviesa, Sofie se subió a la cama y se arrodilló provocativamente mientras sus senos se agitaban con la respiración. Elijah era capaz de sentir su corazón palpitante y la euforia de su paroxismo. Había suplicado al Destino –exprimiendo sus poderes hasta agotarlos– y este había atendido a su llamada en el momento fatídico.

–Quizás las creencias cristianas de estos humanos no anden desencaminadas y tú seas su demonio, traído hasta aquí para tentarlos –bromeó él, acercándose. Una Sofie desnuda y deseosa era imposible de resistir, sin importar lo sombrías que fueran las circunstancias. Ella lo sabía muy bien.

–Entonces, más vale que nunca se crucen conmigo –sus manos se dirigieron a sus calzas–. ¿Y esto? ¿Es un requisito para la invocación?

–Esto es mi requisito. El peaje, si quieres llamarlo así.

Los dedos de Sofie se deslizaron hábilmente entre la presilla y el ojal y le desnudó con rapidez. Muy pronto su ropa estaba amontonada junto a la bata de seda.

Hicieron el amor con su fervor habitual, hasta que las pieles brillaron y sus jadeos pesados se fundieron en uno solo, y sus gritos seguramente atravesaron los muros del castillo, lo que provocaría las risillas del servicio a la mañana siguiente.

Cuando ambos quedaron saciados, Sofie se apartó el cabello húmedo del cuello y le hizo un gesto para que se acercara.

–Que los Destinos sean misericordiosos –susurró, mirándole con un brillo irreflexivo en los ojos. Percibió en ellos la misma inquietud que le consumía a él.

Se inclinó sobre ella y aspiró su embriagador perfume de agua de rosas, más potente después del esfuerzo.

–Si no aquí, entonces en Za'hala.

Aquel era un sueño estúpido, ya que era dudoso que su especie llegara a ese más allá, pero era algo por lo que merecía la pena soñar. Le arañó la piel delicada con los dientes, un mero gesto inofensivo de seducción en el pasado, pero ahora ella arqueó la espalda y lo atrajo hacia sí, tentándolo con el torrente de sangre que corría por sus venas.

Sofie parpadeó, alejando la neblina de la inconsciencia, y contempló el dosel de terciopelo denso que la cubría. La luz del día se vislumbraba a través de la ventana y proyectaba sombras en la habitación. Las campanas de la iglesia repicaban, anunciando la misa temprana. El aroma tenue y dulce de humo y miel permanecía en el aire.

Sonrió, y el miedo al fracaso se desvaneció de su pecho. Lo había conseguido.

Notaba debilidad y pesadez en los miembros. Elijah ya se lo había advertido. Pero sentía que había cambiado ya. En su cuerpo había un nuevo latido, lento y constante. Era un nuevo amanecer para ella. Si los Destinos lo permitían, vería muchos más, acompañada del amor y la amistad, siempre a su lado.

—¿Elijah? —graznó, con la garganta sedienta y en carne viva. Palpó el colchón en busca de su formidable figura—. Ha funcionado. Lo hemos conseguido.

Respondió el silencio.

Se giró a un lado y descubrió que la cama estaba vacía. Era extraño que la abandonara esa mañana precisamente, pero era posible que hubiera ido a buscar el desayuno entre el personal del castillo. Sabía lo mucho que le gustaba disfrutar de la primera comida del día en la cama, y él siempre estaba ansioso por complacerla. Aunque suponía que ahora su desayuno sería diferente, especialmente los primeros días.

Aún sentía la chispa innata de su poder en lo más profundo de su ser, titilando y a la espera. Extraño, ya que era lo que le había ofrecido a Malachi a cambio de esa nueva forma inmortal. Intentó invocarla, pero estaba demasiado débil y la magia se mantuvo en su sitio, fuera de su alcance. Tal vez fuera un fantasma de su vida anterior, un miembro perdido que engañaba a su amo al hacerle sentir que estaba entero.

El ardor de su garganta era insoportable. Elijah le había dicho que tendría que alimentarse rápidamente para calmar el malestar y recuperar fuerzas, y que él se mantendría a su lado para guiarla. Entonces, ¿dónde estaba?

Se levantó de la cama.

La visión del cuerpo desnudo de Elijah tirado en la alfombra le cortó el aliento.

Se lanzó sobre él y le agarró de los hombros para sacudirlo.

—¡Elijah! —gritó en vano, cada vez más aterrorizada. Notaba su piel helada contra los dedos. Algo no iba bien. Los de su especie no colapsaban así.

Haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, lo giró.

Jadeó al ver lo que le devolvía la mirada.

–No, no, no... –Le acarició las mejillas con las manos temblorosas. Los ojos castaños llenos de vida que le recordaban a la tierra húmeda habían desaparecido. En su lugar solo quedaba una bruma gris, vacía–. ¡Elijah! –Sacudió el cuerpo inerte con violencia, aunque sospechara que sería inútil.

Por instinto, cerró los ojos y volvió a intentar invocar sus poderes. En esta ocasión salieron a la superficie sin ataduras. Malachi no se los había llevado, pero no podía preocuparse por eso en ese instante. Envió unos zarcillos tentativos en dirección al cuerpo inmóvil de Elijah, buscando respuestas.

Le dio un vuelco el corazón, lleno de esperanza, ante la imagen que se materializó. Estaba vivo, vagando por una niebla espesa interminable.

–¡Elijah!

–¿Sofie?

Su voz resonó en el vacío, su nombre estaba teñido de miedo.

–¡Te veo! –gritó, deseando que la oyera.

Con un grito desgarrador de dolor, Elijah se derrumbó en el suelo brumoso. La imagen desapareció de su mente y se cortó la conexión.

–¡No! –bramó ella, haciendo que sus poderes fluyeran de nuevo, pero ahora la magia retrocedió en el instante en que lo tocó y se convirtió en cenizas. Una y otra vez, intentó alcanzarlo, hasta que ya no hubo nada que acudiera a su llamada: sus poderes estaban exhaustos.

Apoyó la frente en el pecho de Elijah, gimiendo desesperada. En la época en que estuvo en el gremio había conocido lo que era ese horror. Los textos más antiguos hablaban de un lugar entre los pliegues del tiempo y las dimensiones, donde los Destinos desterraban a las almas y las condenaban a pasar la eternidad a solas en una nada que no era Za'hala ni Azo'dem, sino algo peor. Muchos descartaban su existencia, lo consideraban divagaciones de los videntes. Pero ahora Sofie sabía que la Nulidad era real y que Elijah estaba atrapado allí, fuera de su alcance.

Esto no debía haber pasado. ¡No era lo que le había prometido Malachi! ¿Estaba observándola? ¿Disfrutaría de su dolor?

–¡No lo entiendo! ¡Soy una elegida! –chilló, esperando que le escuchara. ¿Acaso no merecía la felicidad? Había sido más que devota. ¿No le había adorado lo suficiente? ¿Había herido de alguna forma su frágil ego?

Puede que aquello fuera simplemente una lección. A lo mejor Malachi liberaría a Elijah de esta maldición. Se aferró a esa brizna diminuta de esperanza mientras lloraba, ignorando el hambre que sufría mientras la abrumaba el dolor y anhelaba que regresara el ayer.

Al anochecer, temblaba de debilidad y le devoraba el dolor de la pérdida, pero, más que nada, ardía de arrepentimiento. Había sido un error confiar en Malachi. Ahora lo entendía. Y, sin embargo, no le había arrebatado el inmenso poder que ella le ofreció. Eso solo podía significar una cosa: Malachi aún no había terminado con ella.

–Lo solucionaré –le prometió al cuerpo inmóvil de su amado en un susurro, confiando en que sus palabras llegaran al lugar donde la magia no alcanzaba–. Jamás me rendiré.

Volvería a sentir el calor de su tacto y la ternura de sus besos.

O moriría en el intento.

Año 2020

La esbelta figura de Sofie, que concentraba sus poderes en la oración bajo el tenue resplandor de las antorchas, permanecía tan quieta como el cuerpo que reposaba en el ataúd de piedra. A diario pasaba muchas horas ahí, de rodillas, en la bóveda ruinosa bajo la capilla, hasta que las piedras le cortaban la carne y su sangre se filtraba en el suelo.

Casi tres siglos de súplicas.

Casi tres siglos de promesas vacías.

Habían sido largos años, plagados de guerras, hambrunas y soledad, aprendiendo a sobrevivir; años de ocultarse entre las sombras mientras abrazaba su nueva naturaleza inmortal. Había tenido que reinventarse a sí misma en incontables ocasiones para evitar llamar la atención: cambiar de identidad, huir de su hogar durante la noche, borrar cualquier rastro que pudiera dar pistas al gremio y al resto de sus enemigos de que Sofie Girard aún vivía.

Durante todo ese tiempo, había continuado pidiendo clemencia a Malachi. Los otros jamás la reconocerían, aunque había intentado llegar hasta ellos. Pero estaba ligada para siempre al Destino del Fuego.

Aunque Sofie había llegado al límite.

Se puso de pie, sin prestar atención a los hilos de sangre que corrían por sus espinillas. Las heridas se curarían en cuestión de horas sin dejar huella, como si

jamás hubieran existido. Con lentitud subió al espacioso sarcófago y se tumbó junto a su amado.

Al principio había mantenido a Elijah a su lado, en la alcoba de las diferentes casas por las que iba pasando. No fue fácil, especialmente cuando los criados desobedientes se encontraban con lo que parecía un cadáver fresco en su cama. Los rumores de brujería la seguían allá adonde fuera y empezó a preocuparle no poder protegerlo.

Finalmente, recuperó su primer hogar, donde residieron juntos –el castillo en lo alto de la colina– y ahuyentó a los humanos. La cripta decadente donde nadie se atrevía a aventurarse se convirtió en su refugio.

Allí levantó un nuevo santuario donde invocar a Malachi sin temor a que la descubrieran. A veces, como ese día, sus oraciones solo obtenían el silencio por respuesta. Pero otras era recibida en audiencia. Malachi aparecía en su forma corpórea y le ordenaba que tuviera paciencia, que llegaría el día en que se reuniría con Elijah. Le había encomendado misiones extrañas a las que no encontraba ningún sentido y le había ordenado que no las cuestionara. Probablemente fueran partes de un plan mayor. De vez en cuando le exigía que se desnudara en el altar, para usarla de formas que hacían que le doliera el cuerpo y el alma. Esas visitas se hacían cada vez más frecuentes y sus exigencias más insolentes.

Después de tres siglos, Sofie ya no creía que Malachi tuviera ninguna intención de concederle la libertad a su marido.

Sonrió tristemente mientras le acariciaba la mejilla a Elijah. Estaba tan atractivo como el día en que se lo arrebataron. Era cruel que se conservara tan impecable; habría sido mucho más sencillo para ella si no hubiera quedado nada más que polvo y huesos. Pero así eran los Destinos: usando sus sucios trucos incluso con sus más leales vasallos.

–Perdóname, amor mío. –Agarró el mango suave de obsidiana de la daga y observó los reflejos de las antorchas contra la hoja sagrada de metal. No estaba muy segura de si la herida que estaba a punto de infligir a Elijah lo liberaría de su maldición, pero sabía que ella sí escaparía de la suya: la maldición de la angustia eterna–. Que los Destinos sean misericordiosos –susurró, sabiendo que no lo serían. Acercó la punta al pecho de Elijah y se armó de valor para clavarla en su carne.

Un destello en la hoja metálica detuvo su mano. Volvió a ver el brillo, que insinuaba movimiento, y oyó un sonido, como si estuvieran rascando la piedra.

Había roedores en aquellos muros y gatos que los cazaban, pero no percibía latido alguno a su alrededor. Además, ninguno haría tanto ruido.

Se le aceleró el pulso cuando el resplandor se abrió como una flor en la bóveda, iluminando las grietas del techo y los muros de piedra con una luz cálida que parpadeaba. Soltó la daga y cayó de rodillas.

Abrió la boca de asombro ante la silueta con majestuosos cuernos incandescentes que se alzaba en el centro de la bóveda. Lo había visto en innumerables ocasiones, pero jamás así.

–Ha llegado la hora –retumbó la profunda voz de Malachi–. ¿Eres mi leal servidora?

Salió del ataúd y se arrodilló hasta apoyar la frente contra el suelo para rendir pleitesía al Destino del Fuego.

–Eternamente.

Para traer a Elijah de regreso, haría todo lo que le pidiera.

Capítulo 1

—¿Caviar, señorita?

Un camarero almidonado me impide el paso entre la multitud, empujando hacia delante la bandeja.

En una ocasión cometí el error de aceptarlo. Era mi primer encargo para Korsakov y estaba nerviosa, deseosa de integrarme en la alta sociedad, así que acepté la cuchara de cerámica con diminutas bolitas negras de la bandeja en torno a la que se congregaban los invitados como patos cuando se esparce pan. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para conseguir tragar esa cosa viscosa.

Niego con la cabeza secamente al pasar junto al camarero y me dirijo a la barra de la esquina. Mi corazón late deprisa, con la constante descarga de adrenalina que siempre me acompaña estas veces.

—Un French 75 —pido, acomodándome para contemplar el paisaje de fastuosas flores ornamentales y vestidos de diseño. Preciadas joyas me guiñan el ojo desde todos los ángulos. Teniendo en cuenta que es una gala benéfica de recaudación de fondos para combatir el hambre, resulta irónica la cantidad de dinero que cuelga de las muñecas y rodea los dedos de los asistentes. Podría alimentar a todo un famélico país durante años.

Esta gente no tiene ni idea de cómo viven los demás, pero aprovecha cualquier oportunidad para darse una palmadita en la espalda por hacer una buena acción mientras bebe Moët & Chandon.

Mi objetivo está a seis metros. Ha escogido un esmoquin negro que destaca su esbelta figura y se ha cortado el pelo canoso durante su visita vespertina al club de caballeros de la calle 57. Sonríe mientras contempla cómo la violinista pasa el arco por las cuerdas, tejiendo una melodía inquietante. Para el mero observador da la impresión de ser un simple aficionado a la música clásica, pero llevo investigándole semanas y sé que no es así.

La joven violinista tiene los ojos cerrados y parece sumida en la melodía, pero entre pieza y pieza sus ojos se encuentran con los de él y se revuelve en el asiento, como si no viera el momento de sentarse a horcajadas sobre su regazo en el apartamento del SoHo que él ha alquilado para los dos esta noche.

¿Cómo es posible que su esposa, que está a tres metros, no se haya dado cuenta de la predilección de su marido por la estudiante universitaria de ojos saltones? No me entra en la cabeza. Tal vez lo sepa y lo considere un trato justo a cambio de una vida en el Upper East Side y los dígitos de su cuenta bancaria.

–Un instrumento precioso, ¿no? –una voz femenina con suave acento me llena los oídos.

–Hmm –murmuro como asentimiento sin prestarle mucha atención. No hablo con nadie cuando estoy trabajando. Las conversaciones dejan un rastro, ese rastro conduce en una dirección y esa dirección podría ser una visita al fondo del río Hudson con un bloque de hormigón atado a los tobillos.

Tomo mi copa y pongo mala cara al percatarme de la mancha de grafito de mi dedo índice. No me lavé bien las manos después de la clase de arte, pero no tiene importancia. Lo que sí tiene importancia es que me mueva a un sitio más seguro, uno donde nadie sienta el impulso de entablar conversación con la mujer solitaria de la barra.

–¿Cuánto te paga Viggo Korsakov por robar a ese hombre?

Me quedo helada. Noto un nudo en las entrañas cuando me giro para encararme con la persona que acaba de pregonar una información tan delicada y peligrosa. Una mujer despampanante de ojos esmeralda y melena del mismo color que un penique recién acuñado me observa con atención. No la conozco de nada. Nunca la había visto en estos eventos; estoy segura de que la recordaría.

Tardo unos cuantos latidos en recuperar la compostura y poner cara de desconcierto.

–No sé de qué me habla.

Sus labios pintados de rojo se tuercen en una sonrisa cómplice, como si fuera capaz de oír las alarmas que resuenan en mi cabeza. Sin embargo, inclina la cabeza.

–Debo de haberme confundido con otra persona.

–Sí, desde luego. –Me encojo de hombros mostrando una sonrisa forzada mientras echo un vistazo a mi alrededor. Sea quien sea esta mujer, es distinguida, regia y atrae miradas curiosas desde todas las direcciones. Es la última persona junto a la que debería estar esta noche si quiero pasar desapercibida–. Si me disculpa...

—¿No fuiste tú la que se llevó el collar de diamantes en la gala del verano? —se inclina hacia mí y susurra en tono cómplice mientras sus ojos refulgen con picardía—. Dicen que se lo quitaste del cuello a esa mujer sin que notara nada.

El corazón se me sale del pecho mientras me esfuerzo por controlar la expresión de mi cara. Ese golpe salió en todos los titulares aquí en Manhattan. Podría estar haciendo conjeturas.

—Lo siento, pero no.

Frunce la frente.

—¿Y no fuiste tú quien le sustrajo a esa actriz un brazalete de diamantes que valía un millón de dólares la primavera pasada?

—¿Quién demonios eres? —No puedo evitar que me tiemble la voz. Es demasiada coincidencia que me vincule al robo del Cartier en Chicago. No puede ser policía: Korsakov tiene demasiados a sueldo como para que nos enfrentemos a una investigación.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una risa ronca.

—No formo parte de las fuerzas del orden, si es lo que estás pensando. Soy... ¿cómo se dice...? ¿Una admiradora?

Una loca, eso es lo que es. Y habla de forma extraña, como de otra época.

—Me siento halagada, pero te equivocas de persona. —Me bebo la mitad de la copa mientras, con la mirada, busco a los dos guardias de seguridad de Korsakov por la pista de baile. Se supone que deberían estar cerca de mí en caso de emergencia, pero no los veo por ninguna parte.

Por más ganas que tenga de huir, necesito saber qué amenaza representa esta mujer para mí. Me echo hacia delante en la barra con una actitud igual de fría que la suya.

—Perdona, ¿cómo te llamabas?

—Sofie —responde sin titubear.

Un nombre falso, seguro. Pero hasta los nombres falsos pasan a ser reales si los utilizas lo bastante. Todo el mundo me conoce como Tee, diminutivo de Tarryn: así se llamaba una estafadora que conocí con quince años, en un albergue. Me acogió bajo su ala y me enseñó a robar sin que me pillaran. Al principio robaba comida, libros y ropa. Cosas necesarias. Con el tiempo, pintaúñas y pendientes; después, carteras con tarjetas de crédito y dinero en efectivo. Cuando arrestaron a Tarryn y la encarcelaron por robo de coches, asumí su identidad.

Le sigo el juego.

—Entonces, ¿vives en Nueva York, Sofie?

—No. Mi marido y yo actualmente residimos en Bélgica. Hacía tiempo que no venía aquí. Casi una década, diría yo —una sonrisita se asoma a sus labios—. Elijah aún no ha visitado tu ciudad, pero creo que le cautivará. —Toma un sorbo largo y pausado de su copa de vino. Si está nerviosa, no se le nota un ápice. Cada pizca de su cuerpo desprende una confianza audaz. Normalmente lo envidiaría, aunque ahora mismo estoy absolutamente desconcertada.

La música termina. La violinista de ojos saltones está en un rincón, guardando el instrumento en su estuche. Cerca de ahí se encuentra mi objetivo, conversando con otro hombre, pero intuyo, por lo mucho que mira el reloj, que está deseando marcharse. Voy a perder la oportunidad si no me pongo en marcha cuanto antes, y no puedo perderla.

—¿Qué me dirías si te ofreciera el doble de lo que te paga tu patrón por el trabajo de esta noche?

Sofie me sobresalta y me obliga a centrarme de nuevo en ella. Es inútil continuar negando que soy la ladrona que ha identificado. Alguien le ha dado información convincente y yo puedo obtener más si le sigo la corriente.

—¿Y qué crees que voy a robar?

Se encoge de hombros, sin apartar la astuta mirada del reflejo del espejo que hay detrás de la barra.

—Ni lo sé ni me importa. Pero si tuviera que apostar, diría que esos gemelos tienen un valor significativo.

Esos gemelos valen cuatrocientos mil dólares; eso fue lo que pagó el ricachón en la subasta el año pasado, pero no pienso confirmar sus sospechas.

—Gracias por la oferta, pero me temo que debo rechazarla.

Arquea una ceja impecablemente delineada.

—¿El triple, entonces?

Titubeo. Puede que empezara ganando poco, pero ahora que he demostrado mi valía, los fajos de billetes que saco tras cada trabajo compensan con creces mis gastos. ¿El triple de eso? La mayor parte de los ladrones de mi estilo habrían picado. Y serían idiotas, porque nadie contraría a un tipo como Viggo Korsakov y saldría de rositas.

Por otra parte, si no me presento en su despacho esta noche con los gemelos de diamantes en la mano, será mi segundo fracaso en varios meses. Y ya estoy en una posición delicada ante él.

—¿Quién te envía?

Toda la situación apesta a que es una trampa. Si no me encontrara justo en medio del golpe, pensaría que detrás de esto se encuentra el propio Korsakov, intentando poner a prueba mi fidelidad.

Sus ojos refulgen de malicia.

–Malachi.

–No me suena de nada. –Pero desde luego que intentaré informarme.

Examina mi rostro, como si fuera un objeto digno de estudio.

–Observo que eres inmensamente sabia para tu edad. Y leal. Lo valoro.

–Más bien es que me gusta seguir respirando –murmuro, dando un sorbo. Había pedido una copa como *atrezzo* para no llamar la atención, pero voy a tener que pedir otra para ocupar las palmas sudadas con algo.

–Entonces es el miedo lo que te une a él. El instinto de supervivencia.

La última década de mi vida se ha reducido al instinto de supervivencia.

A pesar de mi velada sospecha, compadezco a esta mujer. Sea quien sea Malachi, la ha enviado aquí en una misión sin futuro. Bajo la voz.

–Tal vez deberías seguir mi ejemplo, porque... ¿soltar por ahí el nombre de Korsakov? Mala idea.

–*Mais oui*, entiendo que es un hombre peligroso. –Agita la mano como quitándole importancia y me fijo en el anillo de oro que lleva. La banda es gruesa, ornamentada, con un acabado antiguo, y la enorme piedra blanca engarzada no brilla. Si no lo estuviera llevando esta mujer, lo habría juzgado como un juguete de una máquina expendedora de chicles.

–No te conviene mezclarte con él, créeme.

Puede que crea que su cara bonita la protegerá, pero Korsakov es un asesino que no discrimina lo más mínimo cuando alguien amenaza su imperio.

Vuelve a observarme con esa mirada inquisitiva, como si me midiera.

–Entonces, ¿por qué te mezclas tú con él?

–Porque no tengo elección. –Las palabras salen solas sin darme ni cuenta y me maldigo mentalmente a mí misma por haber soltado eso sin pensar. Hace que parezca débil y asustada, nada más que un peón en manos de otro que juega conmigo. Y supongo que es verdad, hasta cierto punto, pero yo tengo mi propia estrategia, y un as en la manga para abandonar este tipo de vida.

–Tienes un acuerdo vinculante con él –los ojos de Sofie no muestran lástima alguna; si acaso, auténtico interés.

–Más bien una deuda que jamás podré pagar.

Tenía dieciocho años cuando arrebaté un diamante de la mano equivocada en un club nocturno. Al día siguiente lo llevé a la casa de empeños junto al resto de mi botín, sabiendo que Skully me pagaría una fracción de su valor, pero sin hacer preguntas. El grueso fajo de billetes hizo que saliera dando saltos de la tienda: si lo gestionaba bien, me mantendría durante meses.

Al día siguiente me localizaron tres hombres y me arrastraron hasta un monovolumen negro. Al parecer, el anillo que había robado pertenecía a la hija de Viggo Korsakov.

Recuerdo haber estado de pie en el despacho del almacén frente al mismísimo Viggo Korsakov, un hombre de ojos rasgados y sonrisa cruel. Uno de los fluorescentes del techo parpadeaba, a punto de apagarse, haciendo aún más siniestra la escena. Tuve que hacer acopio de valor para que no me temblaran las piernas ni se me aflojara la vejiga mientras repetía disculpas y excusas, y le rogaba que no empleara el cuchillo carnicero que descansaba tranquilamente en una mesa cercana. ¿Cómo iba a sobrevivir si me cortaban las manos? Lo único que se me da bien es robar. Y se me da verdaderamente bien.

Lo que me ofreció, en cambio, fue un trato. Skully le había dicho que yo tenía buen ojo para valorar la calidad, que la «mercancía» que le había entregado desde hace años superaba con creces las típicas baratijas y basura que compraba a otros. Korsakov necesitaba una ladrona con mi perfil y mi talento: joven, guapa, sorpresiva y, lo más asombroso, una cuyas huellas digitales no estuvieran en el registro penal. Si aceptaba trabajar para él, me perdonaría mi grave error.

Había oído suficientes historias en la calle sobre aquel hombre como para saber que no tenía opción si quería salir de ese almacén con mis dos manos, así que acepté su oferta.

Eso sucedió hace tres años y, aunque no sea libre, no he tenido una mala vida. Están muy lejos aquellos tiempos en que dormía en albergues juveniles y furgonetas, en sofás o en el rincón de lectura de una biblioteca pública cuando el vigilante nocturno se apiadaba de mí. Ahora tengo un estudio coqueto en Chelsea, con una pared de ladrillo visto y una ventana que da al norte con macetas de albahaca y romero en el alféizar; y mi nevera siempre está llena de fruta fresca y carne que he pagado con mi dinero.

Korsakov encargó a su hija –la misma a la que robé el anillo– que me transformara de gato callejero que merodea entre contenedores de basura a mujer con pedigrí capaz de pasearse por las galas benéficas de alta sociedad sin provocar una sola sospecha. Ya no me tiro el día entero rebuscando objetos de valor

abandonados en los coches ni persiguiendo a idiotas despistados que no guardan bien las carteras o los bolsos. Ahora llevo una vida relativamente normal y hago uso de mis talentos tan solo cuando Korsakov me da un toquecito en el hombro y me da la entrada para una de estas fiestas, en las que me fundo con el ambiente como un camaleón el tiempo suficiente para apropiarme de las joyas totalmente aseguradas de imbéciles podridos de dinero. Así me llama: su camaleón.

Pero al fin y al cabo sigo siendo una ladrona, y una que se siente todavía más en deuda con Korsakov que hace tres años. A menos que desaparezca una noche y me dedique a mirar por encima de mi hombro durante años, no tengo otra opción. Estoy atrapada a su lado hasta que se encuentre dos metros bajo tierra o hasta que deje de encontrarme utilidad, lo cual podría conllevar que quien acabe dos metros bajo tierra sea yo.

Sofie inclina su copa y termina el vino antes de depositarla cuidadosamente en la barra.

–Discúlpame. Te noto nerviosa. No te distraeré más de tu trabajo. No hagas ninguna tontería, como dejarte atrapar –me guiña el ojo y, a la misma velocidad a la que apareció, desaparece entre la multitud, dejándome afectada.

–Está muy cabreado –Tony tamborilea sus gruesos dedos contra la puerta del pasajero al ritmo que baten los limpiaparabrisas–. Dos meteduras de pata gordas seguidas. La lagartija de mi hermano ya no vale lo que cuesta.

Pongo los ojos en blanco en dirección a la nuca de este patán, sabiendo que me está mirando por el retrovisor del lado y se dará cuenta perfectamente. Tony está disfrutando demasiado de que haya vuelto con las manos vacías, teniendo en cuenta que se supone que estamos en el mismo equipo. Pero no me sorprende. Fue él quien se encargaba de proteger a Anna la noche que le robé el anillo. Le valió una nariz destrozada que se curó torcida, tres costillas rotas y un descenso de rango que aún no ha recuperado. Desde entonces me desprecia, y más aún en las noches como esta, cuando se le asigna la tarea de niñera.

La opinión de Tony me da igual, pero sé que Korsakov no pasará por alto un segundo fallo, especialmente este. Ya tenía un comprador esperando y odia tener que romper un acuerdo.

Sin embargo, he aprendido a no mostrar miedo delante de estos tipos. Los idiotas como Tony se alimentan de él y me devorarán como coyotes aquejados de rabia hasta no dejar ni mis huesos.

–Es tarde. Llévame a casa; mañana iré a hablar con él.

La ira de Korsakov es abrasadora, pero se apaga muy pronto. Lo mejor es mantenerse lejos de él hasta que se calme.

–No –la sonrisa de Tony es amplia y odiosa–. Llamó antes de que salieras. Me dijo que quería verte esta misma noche.

–Pues vale, como quieras. –Finjo indiferencia, pero se me hace un nudo en el estómago. No augura nada bueno. En ese momento todavía no sabía si había fracasado, pero tal vez había tomado una decisión sobre mí en caso de que lo hiciera.

Me concentro en mi respiración mientras el monovolumen serpentea por las calles de la ciudad. El resplandor brumoso de las luces de los frenos y los bocinazos incesantes de los taxis me resultan curiosamente terapéuticos. Mi objetivo se marchó antes de que pudiera acercarme a él, pero igualmente habría sido demasiado arriesgado. Doy por sentado que Sofie tiene alguna relación con los federales y, si los gemelos hubieran desaparecido esa noche, la puerta de mi estudio sería la primera que derribarían de una patada.

–¿Y eso? ¿Es un recuerdo? –pregunta Tony.

Se refiere a la copa de Sofie, que me llevé de la barra antes de que la retirara el camarero. La oculté bajo mi chal con cuidado de no borrar las huellas dactilares.

–Es una copa. Sirve para beber vino.

–Un día de estos, tu bocaza te va a traer auténticos problemas. ¿Por qué te la has traído?

–Porque necesitaba una nueva.

Resopla con desagrado.

–Imbécil.

Me la llevé pensando dársela a Korsakov cuando le hablara de Sofie: una especie de compensación tras el fracaso de esta noche. Pero, cuanto más lo pienso, más me percato de que es probable que decida que estoy en una posición comprometida. El año pasado, cuando pillaron a Rolo manteniendo una agradable charla con la DEA, Korsakov le ayudó a librarse de la encerrona con un tiro en la nuca. O al menos ese es el rumor, porque Korsakov no es tan estúpido como para asesinar con público. Pero nadie, ni siquiera la esposa ni los hijos de Rolo, han vuelto a saber nada de él.

Tony tiene razón. Soy imbécil. Debería haberme escabullido por la puerta trasera del local mientras podía.

Cuando veo el familiar carrito del vendedor ambulante de perritos calientes, se me revuelven las tripas.

–¿Te importa parar un momento?

–¿Lo dices en serio? –Tony gira su enorme corpachón y me observa con el ceño fruncido.

–Es que me muero de hambre –miento. Dudo que fuera capaz de dar un solo bocado.

–¡Acabas de dejar una fiesta de alta sociedad llena de comida! –gruñe de forma ostensible (siempre se queja cuando le pido que pare para algo), pero luego asiente y le hace un gesto a Pidge–. Vale, joder. Como quieras. Probablemente sea tu última cena –añade en voz baja.

–Me lo como fuera si quieres –le ofrezco con tonito dulzón. Sé que lo único que Tony desprecia más que a mí es el tufo a perrito caliente y chucrut.

–Ya lo creo que sí. No vas a apestar la tapicería durante una semana entera –sacude la cabeza–. Eres una rata callejera y lo serás hasta que te mueras.

–Debajo de mi asiento tienes un paraguas –me ofrece Pidge mientras bajo con cuidado la copa de Sofie.

–Gracias.

Pidge es un tipo tranquilo y es el más simpático de todo el grupo, pero igualmente vendería a su propia hermana por el precio adecuado. Salgo del coche con el bolso de mano bajo el brazo. Llevo un elegante vestido de satén negro con cuello *halter* que me lame los pies; el menos llamativo del lote de ropa de diseño del último golpe que dieron. Ni el vestido ni el chal me protegen lo más mínimo del frío gélido de noviembre, pero tal y como tengo la cabeza, apenas lo siento.

Quiero creer que Korsakov no va a acabar conmigo. No por esto. Irónicamente y a su manera, me ha mostrado mucha más amabilidad que la mayoría de la gente. Una vez, uno de sus matones se tomó aquello de «no le pongas la mano encima a mi ladronzuela» como un simple consejo y no como una orden, e intentó violarme. Korsakov hizo que le arrancaran la piel a tiras con un látigo. Lo sé porque me obligó a presenciar el espectáculo, sonriendo tan orgulloso como el gato que deja a los pies de su amo un pájaro destrozado. Pero Korsakov no es un gato normal. Es un tigre que, de vez en cuando, ataca la mano que le da de comer.

Pero la llamada telefónica, la exigencia de verme con o sin los gemelos... ¿Acaso sabe ya que hay una pelirroja siguiéndome la pista? ¿O se habrá enterado de mis discretos avances para conseguir un pasaporte? ¿Del dinero que he ido guardando en mi casa? ¿Del apartamento de Londres que he estado mirando para irme de alquiler? Si lo sabe, ¿considerará que es algo distinto a lo que en realidad es: un plan de huida?

Todos mis instintos me dicen que corra.

Me abro paso por la acera, intentando evitar los charcos y maquinando una estrategia a toda prisa. ¿Debo quitarme los tacones y echar a correr sin más? ¿Esperar hasta que alcance una distancia segura para contar con ventaja? Podría cruzar el parque y pillar un taxi al otro lado. Sería arriesgado regresar a mi piso y sacar mi bolsa de su escondite, pero no puedo ir a la estación de tren sin ella. Dentro tengo dinero, ropa y papeles nuevos; vamos, todo lo que necesito para desaparecer.

No me sorprende demasiado que Tony me haya dejado salir del coche. Es lo bastante estúpido y arrogante como para dar por sentado que no voy a huir. O tal vez esté deseando que intente escapar, para tener una buena excusa ante su hermano cuando me entregue maltrecha y destrozada después de darme una paliza.

Todavía estoy decidiendo qué hacer cuando llego al puesto de perritos calientes. Alton está encorvado delante de la parrilla, girando una salchicha sobre el fuego.

—¿Sí? —gruñe antes de levantar la vista. De inmediato me reconoce—. Hacía tiempo que no te veía por aquí.

Han pasado unos cuantos meses.

He dejado muy atrás a la chiquilla desgarbada con el pelo decolorado y los ojos delineados que le robaba perritos, pero una vez me dijo que no importaba cuánto maquillaje llevara ni el color de mi cabello: para reconocerme le basta con ver mis ojos azules. Le recuerdan a los veranos de su infancia junto al mar Adriático.

—He estado liada. —Me atrevo a mirar por encima del hombro hacia el monovolumen que me espera con los intermitentes puestos y que está provocando los pitidos de todos los vehículos que vienen por detrás. Tony es incapaz de subir un tramo de escaleras sin acabar jadeando; posiblemente pueda correr más rápido que él incluso con tacones. Pero Pidge es lo bastante listo como para dar la vuelta y alcanzarme al otro lado de la manzana.

Alton abre la boca para decir algo, pero la cierra de nuevo. Ya sé lo que está pensando. Es lo que piensan todos mis conocidos de antes: que estoy triunfando

como prostituta de lujo. Nunca me he molestado en corregirles. Es más honorable vender lo que te pertenece que lo que arrebatas a otros.

—Me alegro de saber que sigues dando guerra —dice finalmente.

Posiblemente no por mucho tiempo.

Si voy a comer a un banco del parque, tendré más posibilidades de huir sin que se den cuenta al instante. Puede que tenga el tiempo suficiente.

—¿Te pongo lo de siempre? —levanta una salchicha de casi dos palmos entre las pinzas metálicas y sonrío.

—Sí.

—¿Otro para él? —Hace un gesto con la cabeza, enarcando interrogativamente las cejas. Sigo su mirada y veo el bulto de mantas en la acera a cuarenta metros de distancia. La sorpresa hace que se me olvide por un instante mi plan de huida.

—¿Ese es Eddie? ¿Ya han pasado seis meses?

—Sí. Lleva rondando por aquí un par de semanas.

—¿Y...?

Alton se encoge de hombros.

—Aún no ha espantado a mis clientes. Aunque creo que está peor de la vista, eso sí.

Puede que el tiempo en prisión de Eddie le haya ayudado cuando nada más lo hizo.

—Ponme dos perritos, por favor.

Siempre compro otro más cuando Eddie anda cerca. Alton da por sentado que Eddie me importa, pero jamás ha intentado indagar nada.

Cuelo un billete de veinte bajo el servilletero y le hago un gesto para que se quede con el cambio, como siempre. He perdido la cuenta del número de veces que el amable vendedor de perritos me dio de comer gratis cuando me moría de hambre y no tenía dinero.

Agarrando los dos perritos con una sola mano mientras me cobijo bajo el paraguas, me dirijo hacia Eddie, ignorando el claxon de advertencia desde la acera. Cuanto más me acerco, más fuerte es el hedor a orina y sudor rancios.

—Hola, Eddie.

El hombre levanta la vista de su edredón sucio y entrecierra los ojos por la lluvia. O tal vez esté intentando ver lo que tiene delante con su vista dañada. Le han cortado el pelo y la barba en la cárcel, así que no se le ve tan desaliñado como la

última vez, y ha engordado algunos kilos. Sin embargo, ha perdido otro diente por la caries.

—¿Eres tú?

Noto un nudo doloroso en la garganta.

—Sí —al menos esta noche me reconoce—. ¿Cómo va todo?

—Ya no me dejan entrar en St. Stephen —refunfuña.

—Eso es porque amenazaste con matar a un voluntario. Por eso fuiste a la cárcel.

Me reconfortaba saber que tenía un lugar cálido y seco donde dormir y tres comidas al día, aunque fuera por cortesía de la cárcel del condado.

—Intentó envenenarme. Lo vi con mis propios ojos.

Me muerdo la lengua y contengo el impulso de recordarle que lo que le echó en el pastel de carne ese hombre —un profesor voluntario en el comedor— no era más que perejil. Y no es por su falta de visión; Eddie delira tanto que se niega a escuchar otra versión que no sea la suya.

—Toma. Te he traído una cosa.

Le tiendo los dos perritos calientes y entrecierra los ojos mientras los examina sin mover un dedo.

Suspiro con fuerza.

—Venga, papá. Soy yo, Romy. Tienes que comer algo.

Tras un largo instante, extiende una mano mugrienta y los acepta. Se guarda uno para más tarde debajo de la manta y le quita el aderezo al otro a golpes con el pulgar sucio. El chucrut y la mostaza salpican la acera al lado de mi tacón y algunas gotas amarillas me manchan el dobladillo del vestido.

—Bueno, ¿va todo bien? ¿No tienes dolores, bultos ni nada que tenga que ver un médico?

Es un hombre de cuarenta y nueve años que podría pasar con facilidad por uno de setenta. La década viviendo en la calle le ha envejecido mucho más que los años.

—Cuidado con los demonios. Especialmente con los que tienen los cuernos retorcidos. Están aquí, entre nosotros, vistiendo nuestra piel.

La estúpida esperanza que albergaba se evapora al instante. Nada ha cambiado.

—Lo tendré. Claro que sí.

Antes me destrozaba ver a mi padre así. —Subido encima de cajas de leche, de bancos del parque, desvariando sobre los monstruos que acechan entre las sombras y se alimentan de almas humanas—. Me hería, cuando aún tenía frescos en la memoria los recuerdos de nuestra antigua vida.

Hace mucho tiempo, vivíamos en un apartamento de dos habitaciones en East Orange, Nueva Jersey. Mi padre era supervisor de la cadena de montaje de una fábrica de tornillos y pernos, y mi madre trabajaba en un supermercado. Yo iba a clases de natación y jugaba al fútbol. Cenábamos a las seis en punto de la tarde y todos los otoños íbamos a una granja a buscar durante horas las calabazas perfectas para Halloween.

Perdí a ese padre la noche que presenció el brutal asesinato de una mujer en el aparcamiento de su trabajo. Aseguró que el culpable era un monstruo siniestro con alas y cuernos retorcidos que la destrozó con las garras, y que una bruja que manejaba llamas con las puntas de los dedos lo mandó de regreso al infierno.

Después de aquello, jamás volvió a ser el mismo. Cayó en una espiral de alucinaciones y paranoia que ningún doctor pudo explicar y ningún medicamento curar. Perdió el trabajo, perdimos el piso y, finalmente, no era seguro estar cerca de él.

Intentamos conseguirle ayuda, pero no teníamos dinero y el sistema para los pobres es una red de seguridad llena de agujeros por los que fue cayendo, uno tras otro, hasta que aterrizó en la calle, donde lleva desde entonces.

Pasé unos años enfadada, fingiendo que no existía, y otros reconcomida por la culpa intentando ayudarle: pidiendo citas al médico a las que se negaba a ir, encontrando pisos donde no se quedaba y comprando ropa que perdía.

Ahora, lo único que me queda y puedo darle es un corazón vacío, comida barata y algunas frases amables cuando me cruzo con él en la calle. Tengo mis propios problemas.

—Tengo que irme.

Delante tengo un caminito estrecho entre los arbustos, junto a un contenedor de basura. Si finjo que voy a tirar el envoltorio, podría ganar un poco de ventaja. Pidge y Tony irán directos a mi piso en cuanto vean que no vuelvo, pero si espero unos días, podría regresar, coger mis cosas y huir.

—Vino tu madre —dice mi padre entre bocado y bocado—. Preguntó por ti.

Siempre me escuece oír hablar de ella, pero me pongo la armadura de inmediato. Sé que de vez en cuando me busca.

—¿Continúa con esos?

Asiente.

Aprieto las muelas hasta que rechinan.

—Aléjate de ella. —Ya no le echo la culpa a mi padre por la enfermedad que me lo arrebató, pero mi madre eligió voluntariamente abandonar a su hija; escogió los

monstruos y jamás se lo perdonaré–. Cuídate, ¿vale?

Coloco el paraguas contra el seto, a su lado, para que le resguarde un poco. Además, será más fácil correr sin él.

–Ve a St. Vincent y pregunta por Sam.

–¿Sam?

A veces mi padre me escucha y busca refugio. Nunca se queda mucho tiempo, pero algo es algo.

–Sí. Sam. Dile que eres un amigo de Tee, ¿vale? Tee. No Romy. No conoce a ninguna Romy. –Nadie la conoce–. Es buena gente. No va a intentar envenenarte, así que no le amenaces, ¿de acuerdo? Tengo que irme ya...

La mano de mi padre sale disparada y me agarra la pantorrilla con una fuerza sorprendente.

–Ten cuidado con el demonio del pelo de fuego. Te está dando caza –sisea, escupiendo trozos de panecillo y carne.

Un escalofrío de nervios atraviesa mi espalda. Estoy acostumbrada a oír los desvaríos de mi padre, pero siempre se centraban en lo mismo: un monstruo siniestro con los cuernos negros y retorcidos. Esto es nuevo, y al instante me recuerda a la misteriosa mujer pelirroja del vestido verde.

–¿A qué te refieres con pelo de...?

–¿Pero qué coño haces? –grita Tony, sobresaltándome. No le he oído acercarse–. Estamos ahí esperándote y tú hablando con esta escoria –resopla mirando a mi padre.

Pero Eddie no le presta atención. Clava sus ojos en los míos como si me suplicara que le escuchara. Me aprieta más fuerte.

–La cierva dorada ha estado aquí. Sabe lo que eres...

La bota negra de Tony impacta contra la mandíbula de mi padre y le derriba con un chasquido repugnante.

–¿Qué cojones? –No me lo pienso dos veces: le golpeo con fuerza. Mi puño estalla de lleno contra la nariz de Tony y el crujido de sus huesos contra mis nudillos me resulta de lo más satisfactorio.

–¡Puta!

Me agarra del bíceps con una mano mientras se aprieta la cara con la otra. La sangre chorrea por su boca.

Le doy una patada en la espinilla para liberarme y ver cómo se encuentra mi padre. Está tumbado en la acera fría y húmeda, gimiendo. Seguramente tiene la mandíbula rota.

–¡Me haces daño! –grito.

–Y más que te voy a hacer. –Tony me aprieta más fuerte mientras me empuja hacia el bordillo. Pidge ha acercado el monovolumen para recogernos–. Mi hermano acaba de llamar. Quiere que vayamos ahí ahora y va en serio.

Todos los años que he pasado en la calle me han enseñado a defenderme, pero nada de lo que sé me ayudará a librarme de las garras de Tony. Pesa más de noventa kilos y es demasiado fuerte. No tengo alternativa. Meto la mano en la raja de mi vestido y saco de la funda el cuchillo que llevo en el muslo.

–Ni de coña. –Tony se mueve muy rápido para ser un tipo tan grande y estar herido. Me rodea el cuerpo con su musculoso brazo, inmovilizándome, de forma que mi espalda queda contra su pecho–. ¿Qué crees, que no sabía que llevabas ese cuchillito de mantequilla? ¿Qué piensas hacer con eso, eh? –me aprieta la muñeca con la mano ensangrentada.

Chillo cuando un relámpago de dolor asciende por mi brazo y aflojo el agarre. El cuchillo cae en la acera, lejos de mi alcance, y quedo indefensa mientras Tony me arrastra hasta la puerta del monovolumen.

Alton rodea su carrito. Lleva colgando de la mano el bate de béisbol que tiene para protegerse.

–¿Tee? ¿Necesitas ayuda?

Tony se ríe entre dientes.

–Vuelve con tus perritos calientes si sabes lo que te conviene.

Alton se para en seco y me mira. Sus ojos reflejan su lucha interna y sé lo que está pensando: tiene mujer y dos niños esperándole en una casa a la que quiere regresar. Pero tampoco se va a quedar de brazos cruzados mientras me llevan a rastras hasta un coche mientras grito y pataleo.

Tony no va de farol: le piensa pegar un tiro con la Glock que lleva bajo la chaqueta. Dejo de luchar y meneo la cabeza, advirtiéndole a Alton que se aleje.

–No te preocupes, todo irá bien.

–Yo no estaría tan seguro. –Tony me empuja, me mete en el asiento trasero del monovolumen y sube a mi lado para asegurarse de que no me muevo del sitio.

Lo último que oigo antes de que cierre la puerta es el grito desarticulado de mi padre:

–¡Encuentra a la cierva dorada!

Capítulo 2

Las principales operaciones de importación y exportación de Korsakov se realizan en un almacén gris del puerto de la ciudad, donde entran y salen contenedores cargados de mercancía mientras se untan bien las manos de las autoridades portuarias para que todo transcurra sin sobresaltos. El local está protegido con vallas, cámaras en todo el perímetro y, de noche, por un montón de hombres armados.

Siempre he detestado venir aquí, pero esta noche resulta inquietantemente similar a la de hace tres años, cuando estaba segura de que no saldría viva, o al menos no con todos los miembros unidos a mi cuerpo.

No ayuda que el imbécil que camina delante de mí vaya silbando la siniestra melodía de *Kill Bill*.

Tony se detiene el tiempo suficiente para girarse y dedicarme una sonrisa despiadada, pero se le tuerce en una mueca de dolor muy reconfortante para mí. Ha dejado de sangrarle la nariz, pero la tiene roja e hinchada. Si fuera listo, iría al hospital para que esta vez se la arreglaran bien.

Si fuera listo, claro.

Le ignoro, a él y al dolor palpitante del brazo en el punto en que me apretó con demasiada fuerza, y me concentro en la explicación que he ideado de camino. Es mejor que la historia sea simple y vaga, y que Korsakov se centre en lo mucho que me valora. Siempre ha alabado mi instinto.

Había gente mirándome. No era seguro. Me habrían pillado.

Solo jugaré la carta de Sofie si fuera absolutamente necesario.

—¿Y eso? —pregunta Pidge, frunciendo el ceño al ver el monovolumen blanco aparcado junto a la puerta. Hay dos hombres con expresión pétrea sentados en los asientos delanteros. Nos observan mientras pasamos y su mirada hace que se me erice el vello de la nuca.

Tony se encoge de hombros de forma despreocupada. Quienquiera que sea el dueño del vehículo estará dentro, y no se encontraría allí a menos que Korsakov lo hubiera permitido. Además, seguramente los guardias armados que rodean el almacén ya los tienen en el punto de mira.

Tony marca el código de seguridad que abre la cerradura de la puerta de acero.

Contengo la respiración, preparándome para enfrentarme a la voz de Korsakov. Cuando está enfadado, sube el volumen al máximo y se le oye desde la otra punta del cavernoso almacén.

En cambio, nos recibe el silencio.

–¿Dónde está todo el mundo?

Las llaves de Pidge tintinean en la punta de sus dedos mientras avanzamos por el pasillo. A ambos lados hay corredores llenos de palés con las carretillas elevadoras paradas.

–En la oficina –replica Tony, y sube la voz–. ¡Eh! ¡Ya estamos aquí! ¡Y te hemos traído tu lagartija!

La única respuesta es el eco de su voz atronadora. Camina un poco más despacio, dubitativo. Por fin ese patán parece empezar a sentir la inquietud que hormiguea por mi piel desde el instante en que entramos.

Tony le hace un gesto con la barbilla a Pidge y ambos sacan las armas. Pidge me dice que me ponga detrás de él con un movimiento de cabeza. No discuto. Estoy encantada de usar su cuerpo de escudo mientras busco la oportunidad de huir.

Los latidos de mi corazón resuenan en mis oídos mientras nos dirigimos al fondo del almacén. La puerta de la oficina está entreabierta. Pidge la empuja y se abre con un chirrido.

Se me escapa una exclamación ahogada.

El despacho de Korsakov es alargado, estrecho y sin ventanas, forrado de archivadores donde se guardan décadas de papeleo. Normalmente huele a café torrefacto y a tabaco humeante.

Ahora apesta a muerte.

Los cuerpos están tirados por el suelo, con heridas abiertas que chorrean sobre la moqueta barata de color azul. Las salpicaduras de sangre, que tienen forma de arcos, decoran las paredes beis como una siniestra *performance* artística. Hay cuatro hombres muertos, incluyendo a Korsakov, que está tendido de espaldas, con la garganta rebanada de oreja a oreja.

Y, en el centro de la carnicería, sentada con las piernas cruzadas en la silla de Korsakov, hay una mujer de cabello cobrizo que nos contempla con una sonrisa burlona.

Tony y Pidge alzan las pistolas.

Sofie se mueve tan rápido que no me da tiempo a ver que ha salido volando contra ellos. Sueltan las armas al unísono y se agarran los antebrazos, aullando de dolor.

Desorbito los ojos al ver las dagas gemelas que sobresalen de sus muñecas.

—No —dice Sofie simplemente.

No luches, no huyas... No.

No podría aunque quisiera. Estoy congelada en el sitio.

Un débil gemido hace que baje la vista. Korsakov sigue vivo, pero no por mucho tiempo. Este hombre daba la impresión de ser un huracán imparable, un vórtice en torno al que orbitaban los demás, incapaces de resistir sus órdenes. Le bastaba con una palabra y una mirada amenazante. Ahora está desvalido. Lo han atravesado con la espada que descansa en su escritorio y mancha las pilas de papeles de escarlata.

¿En serio hay gente que sigue usando espadas?

—¿Quién demonios eres? —logra articular Tony entre dientes. La daga se le ha clavado en el centro de la muñeca derecha, justo donde empieza la palma. Ha seccionado nervios importantes, estoy segura.

—Alguien con quien tu patrón no estaba dispuesto a negociar. —Al igual que en la barra, Sofie parece tranquila y serena, sin un ápice de miedo. Ha cambiado el vestido esmeralda por uno enteramente negro que resalta el rojo intenso de su cabello—. Espero que seáis más inteligentes que él.

Tony y Pidge echan un vistazo a la oficina, supongo que buscando pruebas de que no ha matado ella sola a cuatro hombres armados tan solo con una espada. Tal vez lo hayan hecho los dos tipos que estaban sentados en el coche en la entrada. Pero la velocidad y precisión que demostró cuando arrojó las dagas me hacen pensar que es perfectamente capaz de haberlo hecho ella sola. Eso y más.

Se me revuelven las tripas cuando me fijo en los cuerpos, con las pistolas al lado. Todos sacaron las pistolas y todos están muertos.

La última chispa de vida se ha esfumado ya de los ojos de Korsakov.

—¿Negociar qué? —Tony se fija un instante en el cuerpo de su hermano mayor. ¿Sentirá pena por su pérdida?

La intensidad de la mirada de Sofie hace que se me pare el corazón.

—Ella.

Ten cuidado con el demonio del pelo de fuego. Te está dando caza.

Aparto de mi mente los desvaríos de mi padre.

–¿Quieres a esta? –hay incredulidad en la voz de Tony–. ¿Para qué?

–Eso no es de tu incumbencia –me mira y una ligera sonrisa de complicidad se dibuja en sus labios–. Digamos que solo ella puede ayudarme con un asunto.

¿Qué necesitará que robe para que le merezca la pena todo esto? Repaso mentalmente nuestra primera conversación. ¿Se marchó de la gala solidaria teniendo en mente venir aquí y matar a Korsakov? Tuvo que ser así. Si hubiera aceptado su oferta y me hubiera marchado con ella, ¿los habría dejado en paz?

¿Quién es esta mujer?

Tony se lame los labios.

–¿Cuánto me ofreces por ella?

Los mocasines italianos de ante de Korsakov siguen calientes y Tony ya está intentando meter sus sudorosos pies dentro. Con todos los demás muertos, seguramente él sea quien herede esto. Si sale vivo de aquí... Y, por la forma en que Sofie le mira, lo pongo en duda.

–¿Por ella? –Sofie inclina la cabeza–. No está a la venta. Me temo que me has entendido mal. A tu patrón le ofrecí perdonarle la vida si la liberaba de la deuda que había contraído con él. Estúpidamente, se negó. Ahora está muerto y ella ya no está vinculada a él. Simplemente os estoy dando la opción de permitir que nos marchemos pacíficamente o de que perdáis la vida.

Tony la mira con desprecio y, por un instante, creo que se va a lanzar contra ella. Casi deseo que lo haga.

–No seas idiota –murmura Pidge en tono de súplica, agarrándose el brazo herido.

–Vale –Tony resopla en mi dirección–. De todas formas, no es más que una zorra inútil.

El rostro de Sofie se endurece, su mirada desciende hasta los moretones oscuros que están tomando la forma de unos dedos carnosos en mi bíceps y entrecierra los párpados.

–Quizás no deba ser yo quien tome la decisión –se incorpora y rodea el escritorio, sosteniendo en su delicada mano la empuñadura de la espada ensangrentada–. ¿Les permitimos que sigan respirando o no, Romeria?

El estómago me da un vuelco. Sabe mi verdadero nombre. ¿Cómo demonios conoce mi verdadero nombre?

–¿Qué decides? ¿Vivirán? –Sofie aprieta la punta de la hoja contra la garganta de Tony–. ¿O morirán?

Este pone una mueca cuando una gota de sangre brota de su piel en el punto donde le está clavando la punta afilada. Sus ojos azules van hacia los míos y, junto a la mezcolanza habitual de odio y rabia, descubro miedo.

Aparto la vista, incapaz de digerir todo esto. Tony es un degenerado y un cabrón. Esta misma noche ha herido a un hombre indefenso sin motivo. Quería verme sufrir, incluso que me asesinaran. Merece estar tirado junto al resto de cuerpos sin vida.

Se me van los ojos a los cadáveres. Irving tenía una novia embarazada. Los gemelos de Gavin se reían mientras se escondían detrás de la valla y disparaban a los transeúntes incautos con pistolas de agua. Mark acababa de comprarse su primera casa con su mujer. Korsakov ha dejado una hija que estará destrozada. Son hombres a los que jamás calificaría como «buenos», pero igualmente serán llorados.

Puede que sea una ladrona, pero nunca seré un verdugo.

–Déjalos marchar.

Sofie aguarda unos instantes y después baja la espada con un suspiro hondo.

–Tienes compasión cuando yo no la tendría. Admito que es una cualidad que admiro y aborrezco a partes iguales –ambos sueltan el aire lentamente–. Si sois mínimamente inteligentes, os quedaréis aquí hasta que nos hayamos ido.

Tony tiembla de rabia, pero, por una vez, tiene suficiente sentido común como para mantener la boca cerrada.

Sofie pasa por delante de ellos sin alterarse lo más mínimo.

–¿Nos vamos?

Por el tono, parece que me esté invitando a tomar una copa. Es como si no acabara de matar a cuatro hombres y diera por sentado que voy a estar dispuesta a trabajar para ella ahora que Korsakov está muerto. Supongo que así es, porque es evidente que hará cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

No tengo otra opción, igual que hace tres años con Korsakov. He cambiado un asesino por otro y debo seguir adelante hasta que pueda alejarme de ella.

Dejamos a Pidge y a Tony con las dagas clavadas en las muñecas en medio de un despacho lleno de cadáveres. Es como si mis piernas fueran de otra persona mientras me impulsan hacia delante, paso a paso. A cada instante vuelvo la vista, esperando encontrarme a Tony apuntándome por la espalda. Pero no aparece nadie en la puerta.

Sofie no mira atrás ni una sola vez.

–Se lo advertí. Ojalá me hubieran escuchado –sacude la cabeza–. Pero ese tipo de hombres nunca lo hace.

–Tony avisará a los hombres de fuera –me percato de que estoy hablando; mi voz suena hueca–. Nos dispararán en cuanto salgamos por esa puerta.

–Mis guardias ya se habrán encargado de ellos. No hay problema.

Claro. Los dos tipos siniestros del monovolumen. Contemplo la espada que tiene entre las manos y el rastro de sangre sobre el cemento.

–¿Quién se encargó de los tipos de la oficina?

Me echa una mirada rápida.

–¿Qué quieres que responda?

–¿La verdad?

–Aún no te he mentido.

–¿Y cómo quieres que lo sepa?

–Eres una chica lista, Romeria. Creo que sabes muchas verdades –continúa hablando en voz baja–. Más de las que crees.

–¿Cómo sabes mi auténtico nombre? ¿Te lo dijo Korsakov?

Creía que no lo sabía, pero es capaz de averiguar cualquier cosa. Era capaz.

–Me lo dijo Malachi. Me dijo muchas cosas antes de enviarme en tu busca.

¿Conozco a ese tal Malachi? ¿Le conocí en las calles? ¿Por qué ha mandado a Sofie tras de mí?

Estoy a punto de hacerle esa pregunta en voz alta cuando continúa hablando.

–No voy a hacerte daño, pero no intentes huir.

Ahí está la amenaza, no del todo sutil. Puedo acompañarla voluntariamente –o no–, pero tengo que hacerlo y lo haré.

–¿Y por qué tanto lío? ¿Por qué no me obligaste a ir contigo en el hotel?

–Lo pensé –admite ella–. No tenemos demasiado tiempo que perder, pero prefería que vinieras voluntariamente, y está claro que ese hombre te tenía acorralada –suspira, como si se hubiera librado de una molestia sin importancia y estuviera aliviada de haberla dejado atrás–. Consideré que, si te ayudaba con tu problema, estarías más dispuesta a ayudarme con el mío.

Yo no diría que esto es voluntariamente.

A lo mejor es porque tengo el cerebro embotado por la situación, pero nada de esto tiene ni pizca de sentido. Soy una ladrona. Una muy habilidosa, sí, pero nada más. Ni siquiera fui capaz de defenderme de Tony, mientras que Sofie y sus

hombres han acabado con un importante sindicato del crimen en cuestión de minutos sin sufrir un solo rasguño.

–Está claro que puedes conseguir lo que desees sin mi ayuda, así que... ¿qué quieres de mí?

–No es cuestión de desear, sino de necesitar –Sofie se gira y me mira a los ojos. La coraza de confianza con la que se cubre se quiebra un instante lo bastante largo para que vislumbre lo que hay detrás: una desesperación cruda–. Necesito que salves a mi marido.

Capítulo 3

—Seguro que dispongo de una muda de ropa adecuada para ti entre mis pertenencias.

—No hace falta.

Enarca una ceja mirando el barro y la mostaza del dobladillo de mi vestido. Estoy segura de que no necesita fijarse demasiado para encontrar también manchas de la sangre de Tony.

—Como desees.

Vuelve la vista al periódico. Lo desdobló cuando aceleraban los motores del avión privado, preparándose para el despegue, y lo está leyendo página por página. La única persona que conozco que se tomaba la molestia de leer un periódico entero en lugar de hojear titulares interesantes era Korsakov.

Cuando salimos del almacén, todos los guardias armados habían desaparecido y los dos guardaespaldas de Sofie estaban esperando en el monovolumen con las manos empapadas de sangre. En ese instante se esfumó de mi mente cualquier esperanza de escapar.

No intercambiaron una sola palabra. Se limitaron a asentir cuando Sofie les ordenó que nos llevaran al aeropuerto. Ahora están apretados en sus asientos, junto a nosotras, con las camisas negras arremangadas, y se dedican a limpiar y pulir todo un arsenal de armas blancas con precisión metódica.

Hay dagas y espadas de distintos largos y formas, algunas con empuñadura sencilla y funcional, como el cuchillo que perdí esta noche, y otras con dorados y joyas incrustadas que habrían hecho salivar a Skully. Apoyada a un lado de la cabina se encuentra una ballesta, y varios elegantes carcajs al lado.

—No usáis pistolas —se me escapa el pensamiento en voz alta.

—¿Dónde estaría la gracia? —responde el hombre que tengo a la izquierda con voz grave y áspera. Me mira por primera vez a los ojos y descubro un brillo depredador

en sus iris dorados.

Aunque jamás fuera testigo, sé que Korsakov asesinaba gente. Le ponía furioso la traición y culpaba a su víctima de haberle obligado a vengarse. Pero las semanas posteriores a la desaparición de alguien, Korsakov se comportaba de forma solemne. Creo que, en el fondo, muy en el fondo, a pesar de lo mucho que lo justificaba, le atormentaba arrebatar una vida.

No veo indicio alguno de remordimiento en los ojos que me observan ahora mismo, y la forma en que recorren mi cuello y mi pecho me hace arrebujarme en la manta de lana.

Desvío la atención a la ventanilla que tengo al lado, por donde entra el zumbido constante de los motores. Muy por debajo, las luces de la ciudad se borran en la distancia. Nunca había subido a un avión, y mucho menos a uno privado. Por eso, cuando el monovolumen se detuvo al lado, no pude evitar la intriga.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

Bélgica, si lo que me dijo antes era cierto. A pesar de todo, una sonrisa asoma a mis labios.

—Esto te agrada —comenta Sofie, alzando la vista por encima del periódico. Me observa atentamente. La mujer sociable y maliciosa de la barra del bar ha desaparecido. Cuida tantísimo sus expresiones y su tono de voz que me resulta imposible adivinar su estado de ánimo.

—No conozco Europa. A ver, quería ir, algún día.

Korsakov me exigía que me encontrara siempre a una hora de distancia, a menos que estuviera robando algo para él, así que no existía la posibilidad de hacer una escapada a Londres o a Roma. La verdad es que creo que le preocupaba que me fuera a alguna parte, por si no regresaba.

No puedo creer que esté muerto. Jamás me gustó ese hombre, pero me importaba que me apreciara. Quién sabe lo que sentiré cuando se pase la primera impresión, si habrá algún sentimiento además del alivio.

—No temas. Pronto conocerás muchos lugares nuevos —Sofie se asoma a su propia ventanilla—. Yo no salí de mi ciudad natal, París, hasta que cumplí veintiún años. La misma edad que tienes tú ahora. Entonces fue cuando conocí a Elijah. Deseaba mostrarme el mundo entero.

¿Y nunca ha estado en Nueva York?

Sabe qué edad tengo. O el hombre para el que trabaja lo sabe.

—Entonces... ¿trabajas para Malachi?

Por más que diga ese nombre en voz alta, no me resulta nada familiar.

–Le sirvo, sí. Muy pronto, todo cobrará sentido –hace una pausa–. Romeria es un nombre bonito. Especial.

Trago saliva, incómoda. Hace años que no reconozco mi nombre real; pertenece a otra vida.

–Es Romy.

–Me pregunto por qué lo eligieron tus padres –reflexiona en voz alta, en un tono que me hace pensar que ya tiene alguna pista.

–Nunca me lo dijeron –miento. Mi madre me dijo que lo soñó antes de que yo naciera.

–¿Sabías que significa «peregrinación» en español?

–No. Será una coincidencia.

Dudo que mis padres fueran capaces de juntar más de diez palabras en español.

–Viaje a una tierra extranjera –recita como si fuera una definición, todavía mirando por la ventanilla.

–¿Como Bélgica?

Frunce los labios.

–Sin embargo, la palabra en español tiene más bien una connotación religiosa. Hubo una época en que los humanos realizaban largos viajes espirituales en busca de la verdad y el sentido de la vida, y entregaban ofrendas a su dios –su tono deja claro que lo encuentra ridículo.

Pero lo que me hace enarcar las cejas es la palabra que ha empleado.

–¿Los humanos?

–Es curioso lo que hacemos en nombre de nuestros dioses y de nuestra propia salvación. ¿Sabías que antes condenaban a las mujeres a la hoguera porque se las consideraba brujas que adoraban al diablo?

Se me encogen las tripas.

–Incluso hoy en día hay quien busca una verdad que no puede ver, una verdad que teme. Hay quien mata en nombre de su dios, considerando que hace su labor en la tierra –se aparta de la ventanilla y me taladra con sus ojos penetrantes–. Pero eso ya lo sabes, ¿me equivoco? –intuyo hacia dónde va la conversación que Sofie dirige con tanta soltura–. Tu madre...

–Está muerta.

Se me dispara el pulso y retumba en mis oídos mientras mis ojos se afilan tanto como los suyos. La estoy desafiando a llevarme la contraria.

La única reacción ante mi mentira es un leve movimiento de una ceja.

—Veo que he encontrado una grieta en tu coraza. Entonces, ¿no apoyas su causa?

Sabe lo de mi madre. Por supuesto que lo sabe, joder. Controlo la expresión de mi rostro. Si pierdo los nervios, solo pareceré más vulnerable.

—¿Con «causa» te refieres a su secta de psicópatas?

Comenzó de una forma bastante inofensiva: una invitación a una sesión de asesoramiento sobre el duelo en el sótano de una iglesia, para ofrecer consuelo a la gente que había sufrido una pérdida. Y eso era lo que yo sentía: la pérdida de mi padre, aunque continuara estando aquí, vagando por las calles. Nuestro universo entero estaba patas arriba y me consoló que mi madre hiciera nuevas amistades.

Pero, al cabo de unas semanas, nuestras conversaciones se volvieron raras. Empezó a preguntarse si existían las brujas y los demonios, y si lo que mi padre había visto era real.

Pronto empezó a hablar de que había unas criaturas entre nosotros que se escondían a la vista de todos, mientras el gobierno encubría la verdad y las brujas se disfrazaban de enfermeras y robaban bebés recién nacidos de las salas de maternidad. Incluso afirmó que había visto pruebas de la existencia de la magia, aunque, cuando la presioné para que me las contara, su explicación fue vaga y enigmática, sin aludir a ningún hecho.

Las divagaciones sobre conspiraciones, brujería y monstruos consumían todo el tiempo que mi madre permanecía despierta. Yo tenía catorce años y no entendía qué alimentaba esos delirios, pero ya había perdido a uno de mis padres a manos de los demonios de su cabeza y tenía miedo de perder al otro.

Mi madre se marchaba durante días y pasaba todo el tiempo en la vieja iglesia baptista que había comprado ese grupo, que se hacía llamar Centinela del Pueblo. Sobrevivíamos a duras penas; dependíamos de los cupones de comida, de los comedores sociales y de las tiendas de ropa de segunda mano, y aun así ella les entregaba todo nuestro dinero. No me sorprendió el día en que anunció que nos mudábamos a un edificio destartalado que los centinelas habían comprado para albergar a la creciente «comunidad» en preparación de la cercana guerra contra el mal. Le grité furiosa, le dije que no iría, que huiría. Ella no cedió. Me prometió que vería la verdad.

Quise creerla.

Durante semanas, comí y dormí bajo el techo de los centinelas, oyendo a toda esa gente —marcada con un tatuaje de dos lunas crecientes entrelazadas en la parte carnosa del pulgar, el signo de ser un «discípulo»— divagar sobre un poder de otro mundo y la extensión del mal que se escondía bajo forma humana.

Fue tan asfixiante que empecé a preguntarme si sería cierto. Explicaría lo que vio mi padre, aunque no lo que le pasó después.

Por su parte, mi madre estaba en su elemento entre esos muros. Rápidamente ascendió de rango. No sabía cuál era su función, pero dejó de trabajar en el supermercado y todo el mundo la llamaba «Mayor».

Me prometió que vería la verdad, y así fue la noche que me llevó a un bosque de las afueras de la ciudad. Fui testigo de cómo ató, junto a otros, a una «bruja» a un poste sobre una pila de leña seca para después encender una cerilla.

Esa fue la noche en que salí corriendo.

En cierto modo, tengo la sensación de llevar corriendo desde entonces, huyendo de lo que hizo mi madre. De lo que no hice yo.

A veces oigo los gritos de esa mujer en sueños.

–¿Y tu padre? ¿También está muerto? –pregunta Sofie en tono burlón.

–¿Acaso no lo sabes?

¿A qué está jugando?

Un instante después, asiente con la cabeza y confirma mis sospechas.

–Así que creciste en un ambiente en que solo se hablaba de demonios y, sin embargo, no crees en ellos.

–Supongo que es bueno que tenga mayor contacto con la realidad que mis padres.

Y un saludable miedo a acabar como ellos.

–Tal vez. –De nuevo ese tonito curioso. No indaga más, pero tampoco expresa sus condolencias–. ¿Y cómo acabaste trabajando en esto?

Me encojo de hombros.

–Una cosa llevó a la otra.

Y no me gusta pasar hambre.

–¿No querías una nueva familia, un nuevo hogar? ¿Una vida normal?

–Mi vida jamás sería normal.

Pensé ir a la policía después de aquella fatídica noche, pero no confiaba en el sistema. Ya le había fallado a mi padre. Tenía miedo de que no me creyeran o, aún peor, me obligaran a regresar con mi madre. Y me echaba para atrás tener que responder a las preguntas de los trabajadores del centro de acogida juvenil: *¿Cómo te llamas, cariño? ¿Dónde vivías antes? ¿Qué puedes contarme sobre tus padres?* Sé que solo intentaban ayudarme, pero el anonimato me hacía sentirme segura. Entonces conocí a Tarryn, la estafadora. Teníamos grandes planes. Íbamos a mudarnos a Los

Ángeles y a vivir en una furgoneta al lado del océano, hasta que la arrestaron y los matones de Korsakov me metieron a rastras en la parte trasera de un monovolumen.

Últimamente mi vida se estaba acercando vagamente a lo «normal». Me saqué el certificado escolar y me apunté a clases de arte. La semana pasada estaba mirando el programa universitario de la zona. Eso es lo que hacen los veinteañeros normales.

No dejo de darle a Sofie información sobre mí sin obtener absolutamente nada a cambio. Información que parece que ya sabe.

—Entonces... ¿tu marido está en prisión?

—Más o menos —responde crípticamente.

—No tengo ni idea de cómo sacar a alguien de la cárcel, a no ser que lo que necesites sea una llave. Y seguro que eso lo puede hacer cualquiera de estos dos —hago un gesto hacia su escuadrón de asesinos.

—¿No sería buena idea que te dieras a valer en lugar de minusvalorarte? Seguramente descubras que te conviene más. La gente tiende a mantener vivos más tiempo a aquellos que les resultan útiles.

No sabría decir si es un consejo o una amenaza.

—No entiendo por qué me has elegido a mí.

—Yo no te escogí. Fue Malachi.

—Pero ¿por qué?

¿Y quién es ese tipo?

—Admito que ni yo misma lo acabo de entender. Estoy un poco preocupada, pero me has impresionado, especialmente teniendo en cuenta tu edad.

—¿Mis habilidades como ladrona te impresionan?

—¿Ese es el único valor que crees que tienes? —inclina la cabeza y observa mi larga melena negra; estaba tan sedosa y brillante como el ala de un cuervo al principio de la noche, pero la llovizna ha destruido el trabajo del peluquero—. Eres competente en ese aspecto. Tan competente, de hecho, que se podría decir que posees un talento divino.

—Estoy bastante segura de que uno de los mandamientos prohíbe el uso de mi «talento».

Aunque a veces me he sorprendido a mí misma por la facilidad con la que consigo arrebatarle a la gente sus pertenencias.

Sofie sonríe.

—Veo a una joven astuta que ha aprendido a sobrevivir y a adaptarse, a pesar de la traición y el abandono de sus allegados; que es muy consciente de su entorno y adecuadamente cauta respecto a los peligros; con fortaleza suficiente para mantener

la cordura incluso en las situaciones más peligrosas; alguien que sabe cuándo no tiene más remedio que sacar lo que pueda de las circunstancias. Todo esto te será útil.

Noto las mejillas calientes. No estoy acostumbrada a los cumplidos. No recuerdo la última vez que me hicieron uno. Pero me percato de lo que hay detrás: sea lo que sea lo que Malachi tiene planeado para mí, no tengo escapatoria.

—¿Es alguien que conozca? Malachi, digo.

—Aún no, pero le conocerás. Con el tiempo.

Sofie responde con evasivas, lo que significa que oculta algo. Otra pregunta más que necesita respuestas.

—¿Y después de que te ayude a liberar a tu marido?

—Tu tarea habrá terminado.

—¿Y no quedaré en deuda? ¿Me dejarás marchar?

No podré recuperar mi vida en Nueva York. No mientras Tony siga vivo. Tal vez debería haber dejado que Sofie lo matara.

Algo indefinido titila en sus ojos.

—Seré yo quien tenga una deuda contigo. Una que jamás podré pagar.

Suena como un eco de lo que yo le dije antes sobre Korsakov.

—Pero no tengo elección...

—Así es —su voz se vuelve dura. Es como si la sola posibilidad de que me negara a colaborar la enfureciera. Tiene lógica si la vida de su marido está en juego.

De pronto, el silbido de la hoja de una espada que se desliza en la vaina atrae mi atención y me vuelvo hacia el hombre de los ojos amarillos. Está guardando la espada de Sofie después de haberla limpiado, pero lo que siento es una advertencia tácita.

Trago saliva para controlar los nervios.

—Al menos podrías...

—Todo se te explicará en el momento adecuado. Ese momento no ha llegado —se vuelve a centrar en el periódico y sacude las páginas para estirarlas.

Por más que quiera presionarla, aún tengo fresco el recuerdo de Korsakov y sus hombres masacrados y me muerdo la lengua. Me acurruco más en mi manta y observo cómo el mundo a mis pies se sumerge en la completa oscuridad, mientras me pregunto cuánto tiempo tendré que esperar antes de poder huir de estos lunáticos.

No sé cómo, pero logro quedarme dormida.

—¿Vives aquí?

—*Oui*.

—Pero esto es... es un castillo de verdad.

Construido en lo alto de una colina que domina un antiguo pueblecito encantador, está rodeado por un muro de piedra, tiene unas enormes puertas de hierro para protegerlo y cuenta con torres coronadas de agujas por las que trepan enredaderas deshojadas.

—*Oui*. Mi *chateau*. De Elijah y mío.

Sé que debería estar calculando posibles rutas de escape, pero me quedo embelesada y giro lentamente, apreciando el inmenso patio de armas medieval, completamente vacío salvo por el elegante coche negro en el que hemos venido y un solitario gato atigrado que se lame la pata sentado en una escalera del muro. Los dos guardaespaldas han desaparecido; se han metido en un edificio aparte más pequeño con su arsenal de armas letales.

Me fijo en que junto al portón de la entrada hay una puertecita que parece que conduce hacia el pueblo. Un lugar de esas dimensiones debe tener muchas más. No veo cámaras de vigilancia, pero eso no significa que no existan.

Es mediodía y, al otro lado de la puerta, el pueblo bulle de actividad, pero dentro de esos muros reina el silencio. Solo se oyen algunas hojas secas que raspan la piedra, empujadas por la brisa.

—¿Cuántos años tiene este sitio?

—La construcción original es del siglo quince.

Se me cae la mandíbula mientras hago un rápido cálculo mental. Son más de seiscientos años de historia. ¿Cuánto cuesta un sitio así? Ya suponía que Sofie y su marido eran ricos y poderosos —el avión privado y los guardaespaldas asesinos hacían sospechar—, pero de ahí a poseer un castillo...

La risa musical de Sofie rompe la calma inquietante. Ese simple acto suaviza sus rasgos y hace que parezca menos intimidante.

—Me agrada tu reacción; la mía fue muy parecida cuando Elijah me trajo por primera vez a Montegarde y me dijo que este sería nuestro hogar. Abandonamos París de forma precipitada y... —se interrumpe y su sonrisa se vuelve triste—. Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Espero que continúe apreciando su belleza cuando al fin vuelva a verlo.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera?

No le he sonsacado prácticamente nada de información desde anoche, pero me dijo que conoció a su marido con veintiún años y no aparenta más de treinta.

—Demasiado tiempo.

Otra respuesta vaga que no ofrece absolutamente ninguna pieza que pueda añadir al rompecabezas que es Sofie.

Entrecierra los ojos como si buscara algo en el cielo azul despejado. Es poco después del mediodía y hace más frío aquí que en Nueva York. Agradezco el jersey y los vaqueros que encontré doblados en el asiento de al lado cuando desperté.

—Sígueme.

Avanza hasta una pesada puerta de madera, moviendo con pericia sus tacones sobre el empedrado desigual.

—Bueno, y... ¿cuándo lo sacaremos de la especie de prisión en la que está?

Sofie no me ha dado ninguna otra pista sobre lo que significa «salvar a su marido». Solo puedo suponer que no va a ser tan sencillo como arrebatarle a una mujer del cuello un collar de diamantes.

—Pronto. Ven, debo prepararte.

—*Oui* —la imito en voz baja, agradeciendo mentalmente los botines de cierre elástico mientras corro tras ella.

Capítulo 4

—¿Eres capaz de ver algo?

Me apoyo con una mano contra el muro de piedra mientras sigo a Sofie por una escalera sinuosa y empinada. Los peldaños son irregulares y la linterna que llevo ilumina muy poco.

—He bajado tantas veces estos escalones que podría hacerlo con los ojos vendados —responde ella.

Entrar en el castillo de Sofie es como viajar en el tiempo a una época de velas y vestidos de fiesta, amplias escalinatas, elaboradas molduras, techos elevados y gigantescas salas de recepción. Cosas que solo he visto en la tele y en el cine, cosas que he leído; no imaginaba que nadie viviera así hoy.

Cuando pasamos al interior, el aire está viciado y frío, y nuestras pisadas resuenan de manera inquietante. Me saturan tantos detalles al intentar procesarlos: rostros sombríos pintados al óleo en marcos dorados, armaduras montadas como centinelas, jarrones en pedestales que parecen tan antiguos como valiosos...

Apenas he podido echar un vistazo a la inmensa cantidad de habitaciones antes de que Sofie me haga señas para que la acompañe. Es decepcionante que no exista la posibilidad de hacer una visita guiada.

Ahora, cuanto más descendemos, soy más consciente de que estamos entrando en la parte más oscura y primitiva del gigantesco hogar de Sofie. El aire huele antiguo, a tierra húmeda. Me obligo a recordar que no estoy aquí de vacaciones, que me ha traído con una misión específica que todavía no entiendo y que debería tener cuidado.

—¿Qué hay aquí abajo?

—Estamos bajo el castillo principal, donde se encuentran los almacenes y la cripta.

—¿También las mazmorras?

¿Me está llevando a una celda y la sigo como un perro detrás de una chuleta de cerdo?

Resuena una carcajada.

–Si quisiera encerrarte, estaríamos yendo a la torre norte. Allí es donde se encarcelaba a los cautivos normalmente.

–Suena acogedor.

Me doy cuenta de que Sofie tiene una rara habilidad de contestar a las preguntas que tengo en mente y no hago en voz alta.

–Mejor que la horca o la pira –noto que sonríe en su tono de voz–. Sin embargo, los cautivos importantes gozaban a menudo de libertad entre los muros del castillo y el alojamiento era bastante acogedor. Aun así, se los retenía durante años y no podían salir a menos que el señor lo permitiera.

Me siento aliviada cuando mis botas tocan el suelo.

–Esta es la cripta.

Una tras otra, se encienden todas las antorchas con un estallido e iluminan un corredor que se extiende hasta donde alcanza mi vista. A ambos lados, como hileras de soldados, se alzan unos pilares enormes que sostienen el descomunal peso del castillo. Por encima de mi cabeza se entrecruzan arcos que atraen mis ojos asombrados.

Examino las antorchas ancladas a los pilares con hierro forjado según pasamos. Es evidente que aquí abajo no hay electricidad y están ardiendo con llamas auténticas.

–¿Cómo se han encendido?

–Con fuego.

Teniendo en cuenta que asegura que nunca me ha mentido, Sofie es una maestra en ocultar la verdad.

El suelo es duro, de tierra compacta, y ahoga el ruido de nuestras pisadas mientras me guía hacia delante. De vez en cuando capto por el rabillo del ojo un correteo veloz que me provoca escalofríos. Por más ratas que haya visto en los callejones de la ciudad, jamás me he acostumbrado a ellas.

–¿Qué ha pasado aquí? –hago un gesto con la cabeza en dirección a una pila de escombros.

–Estos muros tienen cientos de años. Requieren reparaciones continuas. Es una de las desventajas de vivir en un sitio así –suspira–. Si Elijah no lo amara tantísimo, lo habría abandonado hace tiempo.

Cada vez que Sofie habla de su marido, da la impresión de que lleva una eternidad sin verlo.

–¿Y eso? –señalo una pared parcheada e irregular–. ¿También se derrumbó?

–No. Era una entrada privada del castillo original que quedó en ruinas tras una gran batalla. Los enemigos treparon por la colina y se infiltraron justo por este lugar. Cuando el marqués comenzó la reconstrucción, cegó esta puerta, temiendo que muchos conocieran su existencia. Este castillo, tal y como está ahora, no se terminaría hasta después de seis décadas.

–¿Y quién terminó la construcción?

–El conde de Mountegarde, como se le conocía entonces –sonríe, como si el nombre le trajera buenos recuerdos–. Terminó siendo mucho más grandioso que el castillo original e incluso que el diseño que tenía en mente el marqués.

Mi rostro refleja maravilla cuando Sofie me da detalles de la reconstrucción: la biblioteca de dos pisos del ala oeste que alberga la colección de libros raros y curiosos de Elijah, el gran salón de baile donde han tocado varios compositores famosos, el jardín amurallado del lado sur que en verano conquistan los retoños de una visteria de doscientos años de antigüedad.

A pesar de la situación espantosa en la que estoy atrapada, no puedo evitar sentirme hipnotizada. Es como si hubiera entrado en una glamurosa historia de príncipes y reyes del viejo continente. Durante los años que pasaron desde que hui de mi madre hasta que conseguí tener mi propia vida, pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca pública, donde todo era seguro, cálido y tranquilo, y escapaba de la realidad perdiéndome en los mundos ficticios que pintaban vidas como las que debieron acoger estos muros en ruinas.

Un gato gris atigrado se cruza en mi camino y me hace tropezar. Sale disparado por la grieta de una puertecita de hierro.

–¿Adónde lleva esto?

–Un extremo conduce al jardín, pero si subes por el estrecho corredor hasta arriba, llegas a los aposentos del señor del castillo.

–Un pasadizo secreto... –No puedo contener la emoción en la voz.

–Por supuesto: a cualquier ladrón le fascinarían esas cosas –sonríe ella–. Los castillos se construyen siempre con vías de escape. Las cámaras reales suelen tener una salida, normalmente escondida detrás de una estantería, un tapiz o una estatua. A veces se trata de una trampilla bajo una alfombra, y hay ocasiones en que es muy elaborada. En mis aposentos hay un mecanismo que abre un panel junto a la chimenea.

–Estoy flipando –balbuceo sin poder evitarlo–. ¿Me puedes enseñar todo eso luego?

Su sonrisa se vuelve vacilante.

–Por aquí –me indica, y noto que ha desaparecido su entusiasmo de jugar a ser una guía turística–. Malachi me ha dado muy poco tiempo para explicarme, Romeria, así que, por favor, préstame atención. ¿Me estás escuchando?

–Sí. Y es Romy.

La pregunta hace que me sienta más como una niña petulante que como la talentosa ladrona de la que se supone que depende todo.

–Tienes la misión de recuperar un objeto de gran valor. Una piedra. Se encuentra en un jardín sagrado donde no se permite la entrada de ningún extraño.

Así que lo que tengo que hacer es robar algo.

–¿Qué aspecto tiene?

–Lo sabrás cuando la veas. El jardín está vigilado y solo hay una entrada.

–¿Vigilado por quién?

Titubea.

–Soldados, por así decirlo.

Subo las cejas de golpe.

–¿Soldados?

Lo único a lo que me he enfrentado es a guardias de seguridad comunes y corrientes y a porteros.

–Tendrás que ganarte el acceso, y eso te llevará tiempo.

–Mientras tú los distraes, ¿no?

Con su espada letal y sus dagas.

–Soy capaz de llevarte hasta allí, pero no de ir contigo. La única ayuda que te puedo ofrecer es esta. –Se quita el anillo del dedo y, después de contemplarlo largamente, me agarra el antebrazo. Sus uñas se clavan en mi carne mientras me coloca el anillo–. No te lo quites en ninguna circunstancia.

Esa joya tan llamativa es más ligera de lo que imaginaba. Debe de tener algún dispositivo de localización, aunque no sé de qué me servirá.

–¿Y cuándo tengo que hacerlo?

–Esta noche.

Me quedo boquiabierta.

–¿Estás loca? –¡Esta noche!–. Necesito por lo menos una semana para estudiar el sitio, seguramente más, para poder enterarme de las salidas y entradas, el número de personas, los cambios de turno...

–¡Tiene que ser esta noche! –grita, perdiendo totalmente la compostura. Eso solo puede significar una cosa: que, de lo contrario, su marido morirá.

Empiezo a entender por qué no ha robado esa piedra ella misma: porque es una misión estúpida que seguramente termine conmigo muerta.

Toma aire profundamente y continúa hablando, de nuevo calmada.

—Me gustaría poder prepararte mejor, pero no tenemos tiempo. Además, me temo que no serviría de nada la planificación para esta situación.

De nuevo habla con acertijos. Necesito respuestas concretas para poder sacar esto adelante.

—¿Adónde exactamente voy a ir?

—A Cirilea, en Islor.

—No me suena de nada.

Tampoco es que yo sea una experta en geografía europea.

—A la mayoría de la gente tampoco. Está lejos de aquí.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allí? Supongo que volando.

—Yo te llevaré —se detiene frente a un portón de madera atravesado con barras de hierro—. En cuanto tengas la piedra, Malachi se asegurará de liberarte.

—¿Cómo?

Ni siquiera sé qué aspecto tiene.

—Ya lo sabrás llegado el momento.

Sofie tira del manillar y la puerta se abre con un chirrido. Se encienden un par de antorchas que hay delante y bañan los muros con un resplandor débil.

Me prometo a mí misma averiguar cómo enciende las antorchas.

—¿Qué es esta sala?

—Mi santuario. Donde guardo mi tesoro más preciado.

Desde el umbral, lo único que veo son muros derruidos igual que los demás. Un poco más adelante, el suelo de tierra se convierte en adoquines. Hay un enorme bloque de piedra en el centro, como si fuera una mesa, y otra más pequeña al lado.

Sofie se acerca al bloque y acaricia con las yemas de los dedos su superficie mientras camina lentamente alrededor, perdida en sus pensamientos.

—He esperado una eternidad a que llegara este día —musita en un tono que se vuelve suplicante—. No debes fracasar.

Es casi seguro que voy a fracasar, pero me advirtió que debía venderme bien ante otros, así que me lo callo. ¿Qué pasará si fracaso, si no le consigo esa piedra? ¿Qué me hará una mujer como Sofie, alguien que ha segado personas como si estuviera podando las ramitas de un arbusto, y que lo ha hecho para ganarse mi favor, como si fuera una especie de enfermizo «hoy por ti, mañana por mí»?

Seguramente no merezca la pena que lo piense. Los soldados esos me matarán mucho antes de que ella pueda hacerme nada.

Pero, aunque tenga muy presente mi inminente perdición, también siento la excitación familiar que palpita en mi interior. Me gustaría decir que me siento culpable por robar, pero también hay una parte de mí adicta a la adrenalina del desafío. Siempre ha sido así.

Incluso podría autoconvencerme de que es por una buena causa: voy a salvarle la vida a un hombre. ¿Cómo exactamente? Aún no lo sé. Me faltan piezas importantes para entender el plan de Sofie.

Avanzo hacia donde está ella.

—Entonces, si le consigo esa piedra a Malachi, ¿recuperarás a tu marido?

—*Oui* —extiende la mano en una caricia delicada—. Me lo devolverá.

—¿Malachi es quien lo mantiene prisionero?

—En cierto modo.

Cabría esperar que una mujer como Sofie quisiera matar a la persona que mantiene como rehén a su marido, pero, a juzgar por cómo habla de él, más bien parece venerarlo.

Me acerco con curiosidad hacia lo que parece concentrar toda la atención de Sofie.

Entonces se me cae el alma a los pies. En el hueco de lo que ahora entiendo que es un enorme ataúd, yace un hombre. Aparenta unos treinta años, tiene el cabello ondulado del color del café solo y la mandíbula cuadrada perfectamente afeitada. Lleva un traje azul marino que parece nuevo y confeccionado a medida.

—¿Quién es? —pregunto, aunque me temo que conozco la respuesta.

Mi tesoro más preciado.

—Este es mi amado Elijah —responde, acariciando sus labios con los nudillos.

—No lo entiendo —tartamudeo, a pesar de que estoy asumiendo lo que sucede como si me hubieran echado encima un jarro de agua fría—. Está muerto.

—¡No está muerto! —sus ojos verdes refulgen de ira cuando me taladra con la mirada como si fuera a atacarme—. Está atrapado, y tú me vas a ayudar a liberarlo.

Ahora todo está claro: la urgencia, el plan incoherente, el misterioso Malachi.

Sofie ha perdido la puñetera cabeza.

Retrocedo, conteniendo la oleada de pánico que va creciendo en mi interior, y entonces resuena su risa profunda y malévola.

–¿De verdad piensas que estoy loca? ¿En serio crees que sabes más que yo de lo que tienes ante tus ojos?

–Sinceramente, ni siquiera entiendo lo que estoy viendo.

Al margen de una mujer peligrosa que sufre el duelo y se niega a aceptar la realidad. ¿Hace cuánto habrá muerto Elijah? No puede haber pasado hace mucho. ¿Habrá dejado ahí el cuerpo mientras iba a buscarme?

–No es cierto –entrecierra los párpados–. Sabes la verdad desde hace años, Romeria. Simplemente te niegas a aceptarla.

Ayer por la noche dijo algo parecido en el almacén.

–¿De qué hablas?

Rodea el ataúd y empieza a cercarme. Reculo instintivamente hacia la puerta. Tengo que salir de esta cripta, y tengo que hacerlo ahora. Está desarmada y soy rápida. Si echo a correr...

Suena un golpe a mi espalda y quedamos a oscuras, salvo por la luz de la única antorcha que queda encendida en la sala. Sofie alza una mano y se enciende una llama en la punta de su índice.

–¿Cómo has hecho eso? –le miro la palma en busca de un mechero o una cerilla oculta.

–¿Crees que es un truco de prestidigitación?

Me quedo estupefacta cuando la llama salta a su dedo corazón y después al anular. El fuego se mece igual que las mareas de un dedo a otro mientras su reflejo danza en las pupilas de sus ojos verde esmeralda.

–Tienes la verdad ante tus ojos y, sin embargo, sigues buscando excusas para no creer en ella. Malachi me lo advirtió –lanza la mano en dirección al muro y, igual que sucedió en el corredor principal, todas las antorchas estallan de fuego.

Abro los ojos de par en par ante la sala bañada en luz. Los cuatro pilares que rodean el ataúd, que me parecían simples piedras, están decorados con tallas intrincadas.

–Estás totalmente convencida de que Eddie delira, ¿verdad? –apoya la palma en el pilar que tiene más cerca.

Noto los latidos de mi corazón y la sangre embota mis oídos cuando contemplo la criatura en relieve de la piedra: tiene forma humana, pero no del todo. Es tal y como la describió mi padre, desde los ojos serpentinos hasta los largos y retorcidos cuernos negros que sobresalen de su frente y se enroscan tres veces antes de afinarse en la punta.

No puede ser... Todo esto forma parte del jueguecito enfermizo al que está jugando Sofie. Sabía lo de mi padre. Podría perfectamente conocer sus alucinaciones. No es que sea muy discreto; estoy convencida de que cualquiera que se haya dado una vuelta por Broadway le habrá oído hablar del demonio de los cuernos negros.

–Está enfermo. No sabe ni lo que vio...

–No está enfermo. Su mente está rota.

–No entiendo dónde está la diferencia.

Sofie suspira.

–No. El mundo de los humanos no hace esas distinciones.

Y, de nuevo, dice humanos como si hubiera otras opciones.

–¿De qué intentas convencerme? ¿De que ese monstruo existe y mi padre puede verlo?

–No es ningún monstruo –observa la figura cornuda–. Este es Malachi, uno de los cuatro Destinos que han creado todo que tenemos, todo lo que somos. Tú los llamarías dioses. Y no intento convencerte de nada, Romeria, pero sé que es una causa perdida. Has construido una coraza demasiado gruesa a tu alrededor para poder sobrevivir en este mundo. Me fascina que ni siquiera te des cuenta de lo que eres. Aunque no debería sorprenderme, ya que has estado inmersa en su mundo. ¿Cómo ibas a ser distinta? –rebufa despectivamente–. Los humanos son unas criaturas minúsculas. Como las hormigas obreras que se multiplican y construyen sus diminutas ciudades y vidas. Creen que todo gira en torno a ellos, que solo existe aquello que pueden controlar. Matan en nombre de su dios, creyendo que es el único verdadero y los demás falsos o malvados –contiene una carcajada–. Podría asegurarte que los humanos ocupan, de hecho, el escalón más bajo de la creación y que existen criaturas mucho más grandiosas que caminan entre ellos. Podría contarte que este mundo que han creado no es más que la fachada de lo que existe realmente. Podría mostrarte llamas que bailan entre mis dedos y hacer que un majestuoso roble brotara de una semilla en un abrir y cerrar de ojos y, aun así, dudarías de mí –algo siniestro brilla en su mirada–. Pero muy pronto lo verás por ti misma y no tendrás más remedio que creer.

Está completamente loca.

Habla igual que mi madre. Pero en su secta no se ven a sí mismos como hormiguitas indefensas y explotadas. Creen que serán los salvadores del mundo. Sin embargo, Sofie parece considerarse a sí misma algo más que humana.

Ten cuidado con el demonio del pelo de fuego. Te está dando caza.

Nunca he dado crédito alguno a los desvaríos de mi padre; jamás les he dedicado el menor espacio mental. Pero ahora me descubro pronunciándolos en voz alta.

—¿Eres un demonio?

Mi voz suena estrangulada y extraña.

Crispa los labios.

—Algunos me han llamado así. Y otros estarían encantados de prenderme fuego y disfrutarían de mis gritos. Lo sabes perfectamente.

Cierro los ojos con fuerza intentando contener el recuerdo que aletea en mi memoria. ¿Me está diciendo que es una bruja?

—¿Por qué me haces esto?

Es como si estuviera diseccionando mi pasado y sacando los pedazos más dolorosos para exponerlos en una mesa y pincharlos con la punta de su espada.

—No estás haciendo las preguntas correctas —sacude la cabeza—. No tengo tiempo de convencerte de que te estoy diciendo la verdad, Romeria, pero has de saber que las normas del mundo al que estás acostumbrada están a punto de cambiar —el fuego de las antorchas titila y crece de pronto hasta llegar al techo—. La luna de sangre está casi sobre nuestras cabezas. Dispongo de muy poco tiempo para llevarte adonde debes ir, y no pienso perder la oportunidad. Ya he esperado demasiado —se acerca como un leopardo que acecha a su presa—. Por favor, tráeme de vuelta a Elijah. Quedaré eternamente en deuda contigo.

Sofie dijo que no podía acompañarme a Islor, dondequiera que esté. Es una buena noticia, al menos. Cuanto antes me aleje de ella, antes podré olvidarme de todos los disparates que intenta meterme en la cabeza y huir.

Tiene en la mano algo. No he visto de dónde lo sacaba.

—Vamos a necesitar esto.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de Malachi.

Es largo, retorcido y negro, como la obsidiana. Un extremo tiene aristas, como si fuera un pedazo roto de algo más grande.

Creo que es un trozo del cuerno de algún animal.

Doy un paso atrás y escudriño la sala en busca de otra salida. Se me para el corazón cuando me fijo en la talla intrincada de otro de los pilares: una mujer humana con una majestuosa cornamenta, pintada de oro, reluciente a la luz de las antorchas.

–Eso es... como... –tartamudeo.

Encuentra a la cierva dorada.

Eso fue lo que me gritó mi padre. Quería decirme algo más, pero no pudo terminar porque Tony me metió en el coche.

Mi mente va tan deprisa que soy incapaz de centrarme en un solo pensamiento.

–Escúchame atentamente, Romeria –Sofie acorta la distancia, con el objeto en la mano–. Estás a punto de entrar a un mundo diferente al que conoces. Es esencial que nadie de Islor conozca tu verdadera identidad. No pueden saber nada de la búsqueda de Malachi. Tienes que emplear todas tus habilidades para pasar desapercibida, como lo has hecho hasta ahora –me levanta la mano y la aprieta–. Y jamás debes quitarte este anillo, en ninguna circunstancia. Es la única protección que puedo ofrecerte, pero creo que bastará con eso y con tu ingenio para que sobrevivas. Pero si descubren lo que eres, te garantizo que no te dejarán vivir.

Ya lo ha repetido dos veces.

–¿Y qué soy?

Titubea antes de hablar.

–No es relevante. Lo que importa es que recuperes la piedra. Dime que lo entiendes –suplica, casi fuera de sí.

Se me va la cabeza. Oigo lo que dice, pero no acabo de entenderlo. En cuanto Sofie desaparezca de mi vista, huiré. Es la única forma de alejarme de toda esta locura. Debo hacerlo antes de que me consuma igual que a mis padres.

–¿Cuándo nos vamos?

–Ahora –una leve sonrisa se asoma a sus labios–. Y, para llevarte hasta allí, primero debe morir esta forma mortal.

No he terminado de procesar lo que ha dicho cuando me clava el cuerno largo y retorcido en el corazón.

Capítulo 5

Sofie depositó el cuerpo de Romeria junto a Elijah y se detuvo unos instantes para contemplar su más preciada posesión: el anillo que su marido deslizó en su dedo cuando le profesó amor eterno. Habían pasado siglos, pero para ella el oro no estaba deslucido, puesto que conocía su auténtico valor. Se sentía desnuda sin él, pero pronto lo recuperaría.

La mancha de sangre del pecho de Romeria, donde le había clavado el cuerno de Malachi, era escasa. Se sintió aliviada. El Destino le había prometido que ese talismán mantendría su forma mortal viva durante el tiempo suficiente para que Sofie completara su misión, pero, aunque confiaba en las órdenes de Malachi, no lo hacía tanto en el resultado. Un Destino jamás entrega algo sin llevarse otra cosa a cambio. Elijah era prueba de ello. Que la hubiera obligado a confiar en que fuera a tener éxito alguien tan ignorante del mundo que había más allá de sus narices demostraba, de nuevo, lo cruel que podía ser Malachi.

Tal vez Sofie no pudiera leer la mente, pero sí podía leer el pulso. Tenía siempre su propia firma –la urgencia de la lujuria, la ansiedad del miedo, el hundimiento del desamor– y era consciente de que Romeria no había creído una sola palabra de lo que le había dicho. Se había negado a darle crédito alguno. Estaba convencida de que Sofie estaba loca por el duelo.

O loca a secas.

Así lo quería Malachi. Fue muy explícito con sus instrucciones –Romeria no podía saber lo que era–, y Sofie sabía que no convenía cuestionar sus órdenes. Ahora entendía que todas las tareas aparentemente aleatorias que le había encomendado a lo largo de los años culminaban en la dotada mortal que tenía delante. El Destino no la había ignorado: había estado tejiendo su plan. Qué ganaría con aquello, Sofie lo ignoraba, pero le daba igual. Lo único que le

importaba era que Elijah quedara libre de la Nulidad. Al infierno con las consecuencias.

Aunque no le gustara ni pizca emplear sus poderes para servir como un mono de feria, si Malachi le hubiera concedido tiempo y libertad suficiente, habría hecho que temblara la piedra, que llorara el cielo y danzaran las llamas hasta que fuera imposible negar la evidencia. Pero no podía dedicar tal cantidad de energía, no cuando necesitaba cada ápice para la misión. Seguramente era lo que pretendía Malachi. Tendría sus razones. El Destino siempre tiene sus razones.

Quizá la ignorancia de la muchacha podía salvarla. O hacer que se centrara en su misión. Esa ladronzuela tenía un carácter fuerte y capacidad para superar los problemas. Era joven, pero había estado en contacto con el mal. Había aprendido a manejarse en una realidad cruel y se había adaptado para sobrevivir.

Romeria vería la verdad muy pronto. Conocería un mundo de monstruos y dioses vengativos y sabría hasta dónde se puede llegar por amor. Y nada volvería a ser igual.

La luna de sangre estaba casi encima de ellas. Sofie no podía perder esa oportunidad.

—Hora de viajar, mi pequeña peregrina.

Le cerró los ojos de un azul penetrante y le alisó los mechones de cabello oscuro que lamían su rostro. Romeria era una mujer adulta y, sin embargo, tan joven... Le recordaba un poco a su querida amiga Adele. No tanto por su aspecto, sino por la fachada soberbia, por cómo fingía tener confianza en sí misma mientras su corazón latía tan rápido como el de un conejito aterrado. En distintas circunstancias, Sofie habría disfrutado de su compañía.

—Que los Destinos sean misericordiosos.

Sofie se atravesó la palma de la mano con la hoja y, con un chorreón continuo, la sangre brotó cubriendo el cuerno de Malachi e impregnando la herida de la muchacha, como le había indicado el Destino. Durante todo el tiempo que estuvo en el gremio no había aprendido ese ritual ni había oído hablar de él.

Una vez completado ese importante paso, Sofie cayó de rodillas ante la imagen de Malachi —gracias a él había vuelto a oír la voz de Elijah— y convocó todo su poder.

Las ratas echaron a correr cuando el suelo comenzó a temblar.

Capítulo 6

Despierto jadeando.

Un dolor punzante en mis pulmones.

El suelo bajo mis pies es blando, cubierto de rocío. El techo es un manto de oscuridad. Tardo unos instantes en percatarme de que estoy tumbada en la hierba bajo el cielo nocturno.

Y un poco más en recordar que Sofie me clavó el cuerno en el pecho.

Se me acelera el corazón al acercar la mano al punto que me duele, esperando tenerlo todavía clavado. Pero lo único que me encuentro es la carne tierna y dolorida.

—¿Qué demonios me has hecho, puta loca? —murmuro con la voz ronca.

Obviamente sigo viva, aunque haya intentado matarme.

Con una mueca de dolor, consigo sentarme. Confusa y desorientada, frunzo el ceño al ver el revoltijo de telas que me rodea. Mis vaqueros y mi jersey han desaparecido: lo que llevo es un vestido descomunal, con capas y más capas de seda y un escote inmenso. ¿Primero me apuñala y luego me viste de fiesta?

Levanto la mano. A pesar de la oscuridad, distingo los contornos del anillo que Sofie me puso en el dedo, el que considera que me protegerá, a saber cómo.

No tengo tiempo para intentar encontrarle un sentido a todo esto. Necesito huir de aquí.

Me incorporo en el césped mojado, tropezando antes de conseguir mantener el equilibrio. La cabeza me da vueltas. A ambos lados tengo una muralla de setos que forman un largo corredor estrecho. Solo tengo dos opciones: izquierda o derecha.

Resuenan gritos a lo lejos. No soy capaz de calcular la distancia, pero definitivamente vienen de mi izquierda. Son gritos de hombre y se entremezclan con chasquidos de metal contra metal. El aire huele a humo de forma intensa. Hay algo ardiendo.

Avanzo en dirección contraria al alboroto, tan rápido como me lo permiten la oscuridad y el palpitar de mi pecho, tropezando con las voluminosas telas que se arremolinan entre mis piernas, tambaleándome en unos inestables zapatos de tacón. Cuando los setos se abren, dando paso a un sendero empedrado iluminado con faroles, estoy jadeando, siento que me estallan los pulmones del esfuerzo y estoy deseando arrancarme las faldas del cuerpo.

La luna proyecta una luz blanca que no veía cuando estaba atrapada entre los muros de cedro. ¿Será este el jardín del que me habló Sofie? ¿Donde hay soldados, donde encontraré la piedra? Desde luego, estoy en un jardín. Hay rosales con flores del tamaño de la palma de mi mano y su potente fragancia se mezcla con la peste a humo. Da la impresión de ser una cálida noche de verano. Dondequiera que esté Islor, tiene que ser muy al sur de Bélgica.

El sendero tiene bloques rotos de piedra, como si hubieran demolido algo. En medio del desastre hay un objeto que brilla a la luz de la luna. Avanzo entre los escombros con curiosidad para recogerlo: es una punta de flecha, muy parecida a las de la ballesta de los guardaespaldas de Sofie, solo que esta tiene un color plateado brillante.

Y está empapada de sangre.

La suelto, horrorizada, y descubro que me he manchado las manos. Me las paso por la falda del vestido mientras busco una salida de forma frenética. Hasta donde alcanzo a ver, solo hay setos.

Suelto una maldición, frustrada. Sofie me ha disfrazado de cortesana medieval y me ha dejado tirada en medio de un puñetero laberinto. Las posibilidades de encontrar el camino correcto son muy escasas. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que alguien me encuentre junto a una flecha ensangrentada y tenga que dar explicaciones?

El agudo grito de una mujer me obliga a girar la cabeza hacia la derecha. Contengo la respiración y presto atención. Vuelve a chillar y se me hiela la sangre. He oído ese timbre de desesperación demasiadas veces: en callejones oscuros, en escaleras que apestan a orina, en aparcamientos mal iluminados. Lo he oído una vez en mi propia voz, la noche que imprudentemente atajé por un parque para llegar al albergue antes de que cerraran las puertas. De no ser por el valor de un hombre que estaba paseando a su perro, tendría otra historia de terror más que añadir a mi lista.

Salgo corriendo sin pensar demasiado en lo que me voy a encontrar, concentrándome en la oportunidad que se me presenta. Si consigo impedir de

alguna forma lo que está a punto de pasarle a esa mujer, quizá me devuelva el favor y me ayude a escapar de aquí.

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos mientras corro por otro estrecho corredor entre los setos, dando una vuelta tras otra hasta que empiezo a temer que esté avanzando en círculos en una ratonera. Pero de pronto –menos mal– se alza ante mis ojos un muro de piedra. Debe de medir diez metros de alto –demasiado para poder escalar–, pero tiene una abertura estrecha por la que cabe justo una persona.

Me deslizo por el hueco.

Y me quedo congelada cuando diviso por primera vez la luna llena. Es tres veces más grande de lo normal y está baja en el cielo, proyectando un manto de luz tan brillante sobre la tierra que podría llegar a creer que es de día.

Pero no es la única. Hay otra luna que brilla a mi derecha, mucho más pequeña y situada más alto de lo normal.

¿Dónde demonios hay dos lunas?

Sin embargo, agradezco la luz: si todo estuviera oscuro, me habría caído por la colina empinada y me habría partido los huesos. Desde mi posición elevada puedo ver claramente el valle. Hay un río largo y estrecho que divide unas praderas de hierba alta y el denso bosque que está más lejos. Veo un camino de tierra paralelo al río a este lado y un puente ancho con forma de arco que permite cruzarlo.

Otro grito espeluznante rasga la noche. Veo movimiento al pie del puente: un hombre está arrastrando a una mujer, que patalea y agita los brazos. Se está resistiendo con todas sus fuerzas, pero ¿por cuánto tiempo?

¿Y qué demonios puedo hacer yo, salvo intentar ahuyentarlo? Espero que baste con eso.

No hay tiempo para ser sigilosa. Me armo con algunas piedras rotas que se han caído del muro y me lanzo colina abajo. No corro, más bien resbalo sin freno. La hierba alta me pincha la carne, pero ignoro los picotazos. Finalmente se nivela el suelo y la hierba da paso a la tierra del sendero. Me quito los zapatos inestables y acelero. Me sorprende la velocidad a la que estoy corriendo.

Se me dispara la adrenalina en cuanto toco el puente con los pies. Noto un chorro de energía poderosa corriendo por mis venas; el miedo me da alas.

El hombre se ha parado a la mitad, encorvado sobre la mujer, que ya no lucha. ¿He llegado demasiado tarde? ¿Está muerta?

–¡Eh! –con las piedras en el puño, me obligo a que mi voz suene a toda potencia–. ¡Déjala en paz!

Levanta la cabeza. No soy capaz de distinguir bien sus rasgos, pero me fijo en que tiene el pelo blanco recogido en una coleta.

—¿Estás loca? —me gruñe—. ¿Qué haces que no estás corriendo hacia Ybaris?

Desaparece la esperanza de ahuyentarlo solo con mi presencia. Este degenerado cree que me conoce. Pero mientras esté confundido, mientras pueda acercarme, más posibilidades tendré de acertar cuando le lance las piedras a la cabeza. Me aproximo con un poco más de sigilo, preparada para apuntar.

—¿Qué estás haciendo?

Continúa a lo suyo: atándole los tobillos con una cuerda plateada.

—Pensaba divertirme con ella dentro de un rato, pero es arriesgado llevarla por Islor. La reconocería demasiada gente. Una pena; al menos me habría servido de consuelo en medio de esta catástrofe.

La mujer emite un débil gemido. Sigue viva.

Aprieto con más fuerza las piedras en la mano derecha. Tengo que acercarme más para poder hacerle daño.

—Has fallado, Romeria.

Me paro en seco, vacilante. Puede que no conozca a este lunático, pero al parecer él sí me conoce a mí. ¿Será uno de los hombres de Sofie? Me dijo que no podían acompañarme. Tal vez me mintió.

—Yo... no he tenido tiempo —tartamudeo.

—¡Has tenido semanas! Semanas para planear la estrategia, semanas para engañar a ese imbécil. Sabías que tenían que ser todos o nuestros esfuerzos serían en vano.

¿De qué habla? Conocí a Sofie ayer por la noche.

—Tu madre no se va a poner muy contenta cuando se entere.

—¿Qué? —jadeo. ¿Mi madre está aliada con Sofie?

Suena un estruendo a lo lejos.

—Ya viene la caballería —murmura el tipo.

Vuelvo la vista. El muro de piedra por donde he salido es una barrera imponente que se extiende por el collado elevado. Un resplandor anaranjado perturba el cielo nocturno un poco más lejos. En el sendero de tierra por el que he venido corriendo se mueve una sombra oscura y se distinguen relinchos de caballos.

Esos deben de ser los soldados.

—Vete ahora mismo y busca refugio en Lyndel mientras puedas —me insta mientras trabaja furiosamente con las manos enguantadas—. Antes de que el nuevo rey te atrape. No puedes derrotarlo tú sola.

Al otro lado del puente, el sendero se pierde en un bosque espeso. El instinto de hacerle caso –alejarme de toda esta locura– es abrumador.

–En cuanto a ti... –La voz del hombre se tiñe de un deleite perverso mientras alza el cuerpo inerte de la mujer. Los mechones rubios caen en cascada hasta el suelo. Lleva un vestido muy parecido al mío: capas de seda pertenecientes a otro siglo–. Disfruta de tu muerte ante las mismísimas narices de tu querido hermano. –La sube al murete del puente.

Entonces me doy cuenta de que tiene una roca enorme atada a los pies, al extremo de la cuerda plateada. Horrorizada, veo cómo la arroja por encima del puente y empuja a la mujer para que la siga. Un instante después, suenan dos salpicaduras fuertes, una después de la otra.

–Corre o estás perdida –y echa a correr a una velocidad sorprendente en dirección a los árboles.

Reacciono tarde, pero le lanzo las piedras a la cabeza. No acierto ni de lejos.

Detrás de mí, el tamborileo de los cascos de los caballos se va haciendo más fuerte y las siluetas poderosas y elegantes cobran nitidez mientras cargan en mi dirección. Si consigo echar a correr, tal vez logre llegar hasta los árboles y esconderme.

Pero los recuerdos siniestros de otro bosque y una mujer inocente envuelta en llamas me atenazan la conciencia y paralizan mis piernas. Si me voy, la mujer del río se ahogará y jamás podré librarme de la culpa de no haber intentado ayudarla.

Me subo al murete del puente. Soy incapaz de calcular la distancia, pero no parece una caída muy grande. Maldigo a Sofie y salto.

Me envuelve el agua gélida, pero estoy demasiado aterrada como para que me moleste la temperatura. Tomo aire y me sumerjo, confiando en que la luz brillante de la luna llegue hasta la profundidad turbia del lecho del río, pero solo distingo un pozo negro sin fondo. Nado a tientas, a ciegas, hasta que casi me estallan los pulmones y me veo obligada a salir a la superficie.

–¡Alto en nombre del rey! –retumba una voz grave y perentoria.

Hay dos hombres a caballo en el puente. Ambos llevan armadura. Uno sostiene una antorcha; el otro me apunta con una flecha. Trago saliva, intentando contener el pavor. El corazón se me sale del pecho.

–Hay una mujer aquí abajo. ¡Va a ahogarse! ¡Por favor, ayuda! ¡Necesito luz!

El hombre que me apunta baja la flecha ligeramente.

No espero una respuesta y vuelvo a sumergirme, aunque temo que todo el esfuerzo sea inútil. Entonces brota un rayo de luz que rasga las sombras. Procede

del anillo de Sofie y se intensifica y expande, conquistando la oscuridad como una hiedra que creciera a cámara rápida en busca de la luz del día.

Perpleja, sigo la luz hasta el fondo del río. A unos cinco metros por debajo de mí flotan los rizos rubios de la cabellera de la mujer, que yace inmóvil, con los brazos a la deriva extendidos a los lados del cuerpo inerte.

No sé cómo demonios funciona este anillo, pero no dedico ni un instante a pensarlo: me impulso hacia abajo y corto las aguas a brazadas fuertes hasta que llego al fondo. Miro la roca que la mantiene hundida y se me cae el alma a los pies al contemplar la gruesa cuerda plateada, que brilla a la luz del anillo. Jamás había visto una cuerda parecida, y los nudos son complejos. Me llevaría horas desatarlos, horas de las que no dispone, si es que aún se la puede salvar. ¿Podría cortarla si uno de los soldados me dejara un cuchillo?

Extiendo la mano y la toco para comprobar el material. Desorbito los ojos, atónita, cuando la cuerda se desintegra entre mis yemas, como si estuviera hecha de azúcar hilado. No tengo tiempo de pensar en el milagro: me arden los pulmones. Necesito aire. Le quito sin problemas el resto de las ataduras de las pierdas, la agarro de la cintura y tiro de ella hacia la superficie.

Empieza a toser y balbucear en cuanto salimos del agua. Respiro aliviada.

—Te vas a poner bien —le prometo entre jadeos entrecortados.

No soy del todo consciente de los gritos y las antorchas encendidas en el puente y junto al río mientras la sujeto con un brazo con fuerza y me doy impulso con el otro hasta la orilla, dando gracias de no haber olvidado las clases de natación que tomé de pequeña. Cuando hacemos pie estoy exhausta, al borde del colapso, y me duele el pecho.

Me derrumbo en el barro junto a ella.

—¡Annika! —grita una voz masculina, grave, llena de ansiedad.

—¡Estoy aquí! —exclama ella antes de sucumbir a un nuevo ataque de tos.

Se acercan pisadas fuertes y tintineos metálicos. Un hombre forrado con una armadura negra y dorada se arrodilla a su lado. El casco le cubre casi todo el rostro: solo se le ve la boca y los ojos a través de una rendija.

—Has venido a buscarme...

Se la ve diminuta junto a la amenazadora figura del hombre, que se quita el guantelete y libera la mano para alisarle los rizos empapados de la frente.

—Creía que te había perdido a ti también.

Ella sonríe entre los jadeos.

–Casi lo hiciste. Ese maldito retoño me ató con merth. No creo que hubieras podido encontrarme a tiempo. Si no fuera por esta valerosa... –gira la cabeza hacia mí y pierde el habla a la mitad de la frase–. Tú –su voz está teñida de terror.

El alivio que experimenté al ver que estaba viva, que la había salvado, se transforma rápidamente en pánico. Todos creen conocerme, pero, a diferencia del hombre que salió huyendo, presiento que ahora no me va a suponer ninguna ventaja.

El soldado arrodillado se centra en mí y, aunque no le veo apenas la cara, la conmoción que expresa es inconfundible. Se queda boquiabierto durante unos instantes antes de sacudir la cabeza.

–¡Apresadla! –ordena con un rugido.

Unas manos duras, cubiertas de metal, me agarran los brazos y me obligan a ponerme de pie.

El hombre se incorpora sin quitarme los ojos de encima. A nuestro alrededor, los soldados empuñan espadas y aguardan en silencio expectante. Supongo que su siguiente orden. Es alguien importante.

¿Dónde demonios estoy?

Saca una larga daga de la cadera y se acerca a mí. La hoja refulge bajo la luz lunar.

–¿Cómo es posible que estés viva? –su voz muestra auténtico asombro–. Vi tu cuerpo. Vi la flecha clavada en tu corazón –la punta de la daga se aproxima a mi pecho y roza ligeramente mi escote–. Tienes la mancha de sangre ahí.

Me tiembla todo el cuerpo. Bajo la vista y miro el punto donde me ha arañado con la hoja. Las antorchas iluminan unas manchas marrones en el corpiño de seda gris pálido, manchas que no ha podido enjugar el agua del río.

¿Cómo explicar esto? Si no me lo explico ni yo, ¿cómo voy a explicárselo a esta gente?

–No sé quién crees que soy o lo que he hecho, pero...

–Te dirigirás al rey como «majestad» –gruñe a mi oído el hombre que me está sujetando. Me aprieta más fuerte hasta que no puedo contener la mueca de dolor.

Este es el rey. Aunque no le veo la cara, parece joven. Me fijo velozmente en su armadura y observo que es de mejor calidad que las otras y tiene un diseño intrincado grabado en la coraza dorada.

–Capitán Boaz –le interrumpe con una calma espeluznante–, todavía no ha habido tiempo para celebrar la coronación, ya que Romeria ha asesinado a mi padre hace tan solo unas horas.

–¿Qué? –exclamo ahogada–. Yo no... no he... –La cabeza me da vueltas. Tiene que ser obra de Sofie. ¿Qué ha hecho esa diabólica mujer para convencer a toda esta gente de que he cometido un crimen?–. Yo no he matado a nadie, lo juro. Solo estoy aquí porque...

–¡Basta de mentiras! –brama con la voz estrangulada de dolor. Levanta la daga y baja la punta. Su intención está muy clara.

–¡Hermano, detente! –exclama la mujer que saqué del río. Annika se llamaba. Se pone de pie–. ¡Me ha salvado la vida!

–¡Ha matado a nuestros padres! ¡Y pensaba asesinarnos a nosotros también!

Cielo santo. Al parecer, no solo he matado a su padre. ¿Creen que he intentado masacrar a toda su familia? Se me doblan las rodillas, pero el hombre que me sujeta es fuerte y me mantiene de pie.

Annika le agarra el brazo al rey y tira de él, obligándole a mirarla.

–Me ha salvado la vida, Zander –repite, haciendo énfasis en cada palabra–. Me liberó del merth. Merth crudo. Con las manos desnudas.

Parpadea. Esas palabras parecen afectarle de una forma que soy incapaz de entender. Me mira las manos y después las manchas de sangre del vestido. Finalmente baja la daga, y me permito soltar un leve suspiro de alivio.

–¿Damos caza al retoño, majestad? –grita un soldado desde el puente.

Cuando el rey –Zander– responde, lo hace en voz baja:

–No. Atticus ya está persiguiendo a los fugados con sus hombres. Esta noche no os voy a poner en más peligro. Volveremos y nos reagruparemos. Me mira a los ojos y su mandíbula, dura y afilada, se tensa.

–El agua, majestad –interviene el hombre llamado Boaz, con tono de alarma.

Zander se mueve a una velocidad imposible y pasa el filo de la daga por mi palma.

Grito cuando se hunde en mi carne, casi más por la sorpresa que por el dolor. Veo mi sangre manando a borbotones a la luz de la luna.

–Traedla –ordena antes de agarrar del brazo a su hermana y guiarla por la cuesta empinada.

Yo no subo con tanta tranquilidad: tengo que esforzarme para seguir el ritmo de Boaz, que casi me arrastra por el barro entre los soldados armados a caballo. Hay por lo menos cincuenta, con las espadas desenvainadas, vigilantes, escudriñando a su alrededor, como si estuvieran preparados para una emboscada. Se desvanecen todas mis esperanzas de poder huir.

Boaz me atenaza la cintura con el brazo y me sube al caballo junto a él.

–Si intentas huir, estaré encantado de rajarte –me advierte, y continúa hablando en voz baja–. Otra vez.

Sea quien sea la persona con la que me confunden, están convencidos de haberme matado ya una vez. No dudarán en repetirlo de nuevo.

Ruge una orden y los soldados se disponen en círculo alrededor del caballo que montan Zander y Annika. Otra orden hace que se pongan en movimiento. Avanzamos al unísono al galope por el camino de tierra. Los brazales metálicos de la armadura de Boaz me enjaulan de forma eficaz mientras los cascos de los caballos retumban contra el suelo. Mis huesos traquetean con el movimiento, pero apenas lo noto; solo puedo pensar en lo que quizás me suceda después.

Giramos y nos dirigimos a un portón que se abre cuando nos acercamos. Hay siluetas oscuras de centinelas en lo alto de la muralla, con las flechas dispuestas.

Entramos y, por primera vez, veo lo que hay más allá del laberinto de setos.

Fuego y caos.

Se me salen los ojos de las cuencas mientras intento procesar el extraño espectáculo. He retrocedido en el tiempo. La zona despejada que hay tras el portón da a una estrecha calle empedrada, flanqueada de edificios de dos y tres pisos de piedra y ladrillo, con tejados inclinados y ventanucos desiguales. Hay faroles sujetos en postes y en los muros, y la única luz, además de la lunar, es la de las llamas que arden dentro. No se ve ningún coche; tampoco hay señales de tráfico.

La peste a humo es intensa y oigo frecuentes lamentos de desesperación.

Los cascos de los caballos repiquetean mientas avanzamos en fila india y contemplo horrorizada a los grupos de soldados armados con la cara manchada de hollín, suciedad y sangre. A mi derecha yacen cadáveres amontonados en un carro. Los caballos de tiro mordisquean un fardo de heno mientras aguardan la orden de ponerse en marcha. Añaden más cuerpos a la pila.

No es la primera vez que veo muertos –congelados en las paradas de autobús, con sobredosis tras un contenedor de basura–, pero jamás tantos a la vez.

Un poco más adelante se apiña un grupo de gente con las mejillas tiznadas de ceniza y los ojos aterrados. Miran un edificio que arde y las llamas danzan desafiantes mientras le lanzan cubos de agua.

Hay una niña agachada junto al cuerpo de un hombre que solloza mientras le aprieta la mano. Me duele el pecho solo de verlo.

–¿Qué ha pasado aquí? –pregunto en voz alta sin darme ni cuenta.

Boaz suelta un resoplido.

–Han pasado los ybarisanos. Has pasado tú. –Suelta las riendas y, un instante después, me echa una manta pesada sobre la cabeza. No veo nada–. Mejor que no te vean dentro de las murallas de la ciudad. Las emociones están a flor de piel esta noche y no queremos que le arrebaten a su majestad la satisfacción de tomar represalias. Me pregunto qué castigo será adecuado para la mujer que envenenó a un rey y una reina y conspiró para asesinar a todo el linaje real. Tal vez sería buena idea mandarla despedazada de regreso a Ybaris para que su traicionero padre reflexione. Aunque imagino que el rey preferirá conservar tu cabeza. No queremos arriesgarnos a que regreses de entre los muertos.

Me concentro en respirar. Inhalo una mezcolanza de aromas a cuero, virutas de pino y heno de la manta mientras mi estómago amenaza con devolver todo el contenido. Este imbécil solo intenta asustarme. Eso es todo.

–¡Abrid paso al rey! –grita un soldado.

Los caballos avanzan a un trote constante y oigo los chillidos de angustia según pasamos mientras las lágrimas tibias ruedan por mis mejillas.

Capítulo 7

Tropezando, subo a ciegas una interminable escalera mientras la mano de Boaz me aferra el brazo como una tenaza; es lo único que me mantiene derecha sobre mis pies descalzos. Solo cuando llegamos a un rellano me quita la manta de la cabeza y me empuja hacia delante.

Doy unos pasos tambaleantes antes de tropezar con el dobladillo del vestido y caer de bruces. Me golpeo una rodilla contra la piedra y contengo el aullido.

—Ahora, explícate. —Arroja la manta al suelo, a mi lado.

Aprieto los dientes para contener el dolor y me arrastro hasta la esquina más alejada de él como un animal herido: exactamente lo que soy ahora. Escudriño rápidamente a mi alrededor. Me ha traído a una estancia semicircular donde no hay nada más que unas pieles sobre un montón de heno en un rincón y un cubo en el otro. Hay una pequeña abertura en el muro por donde se vislumbra el cielo nocturno.

Boaz tapa el umbral de la puerta. Se ha quitado el yelmo y lo sujeta bajo el brazo. Es más viejo de lo que esperaba para un hombre con tal fuerza; su cabello corto y castaño está salpicado de gris y su frente está surcada de arrugas. Tiene una mancha de sangre en la mejilla morena, y más aún en la coraza.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta.

—¿El qué?

—No juegues conmigo —gruñe—. Te atravesé el corazón con una flecha. Te vi caer entre los rosales. Estabas muerta.

Una flecha entre los rosales…

Recuerdo la flecha empapada de sangre que encontré. ¿Está diciendo que esa era mi sangre? ¿Que él me disparó? Miro la mancha oscura del corpiño y me fijo en que la seda tiene un rasgón.

Ya no me duele tanto el pecho como cuando desperté, pero todavía noto una punzada. Recuperé la conciencia en el laberinto de cedro. ¿Cómo llegué hasta ahí? Debió de arrastrarme. Pero no me disparó...

—¿Cómo es posible que estés viva? —La voz tronante de Boaz rebota contra la piedra y corta mi flujo de pensamiento errático. Carga hacia delante y las piezas de su armadura resuenan a cada paso.

—¡No lo sé, pero no soy quien piensas que soy! —Me hago un ovillo y me cubro la cabeza con los brazos, anticipando el ataque. Cuando no se produce, me atrevo a subir la vista.

Me está estudiando con los ojos semicerrados.

—No sé qué estás tramando. ¿Crees que podrás ganar algo de tiempo hasta que te rescaten tus cómplices? No va a funcionar. Muirn ha muerto. Los rebeldes han muerto, han sido capturados o han huido de la ciudad. Nadie vendrá a liberarte.

Gira sobre sus talones y se marcha. Cierra la puerta con barrotes tras de sí.

Oigo las pisadas que se desvanecen al bajar los escalones y aguardo hasta que se apagan por completo para permitirme soltar un suspiro de alivio. Pero no hay motivos para sentirlo. No tengo ni idea de cómo salir de este lío. Debería haber huido, como me dijo aquel hombre. Tendría que vivir con la muerte de Annika sobre mi conciencia, pero estaría viva y no encerrada en esta celda. La amenaza de desmembramiento de Boaz ha conseguido justo lo que pretendía. Estoy aterrorizada.

Y mi mano palpita. Me estremezco cuando miro el corte enorme y profundo de la palma. Necesitaría por lo menos diez puntos, y algo me dice que no van a salir corriendo a buscarme un médico. Tengo que parar la hemorragia.

El dobladillo del vestido tiene un rasgón. Tiro con los dientes y con la mano buena hasta que arranco una tira. Me envuelvo la herida como puedo, intentando no pensar en la suciedad que estoy metiéndome. Hay gente que ha perdido miembros por infecciones comunes. A veces, más que eso. Una vagabunda que vivía en el río Hudson —la llamábamos Sally Rivers— se cortó el pulgar con el borde de una lata y acabó muriendo de septicemia.

Me levanto del duro suelo de piedra y me acerco al ventanuco para echar un vistazo a mi alrededor. Consternada, descubro que Boaz me ha encerrado en un torreón. En lo más alto: estamos a casi veinte metros del suelo. Aunque lograra escurrirme por la abertura, me rompería todos los huesos si saltara. Consigo meter la cabeza en el hueco y miro hacia abajo. Distingo un casco. Hay un soldado vigilando la puerta.

Boaz atraviesa el enorme patio con determinación y se para a hablar con dos hombres que están cargando con troncos y apilándolos. Se dirige a ellos, les señala con el índice y les dice algo que no consigo entender. Aparte de ellos, no veo a nadie más. Todo está tranquilo ahí, mucho más que las calles de la ciudad por donde pasamos.

A pesar de que haga una cálida noche veraniega, la celda es fría y tengo el vestido empapado. Me castañetean los dientes mientras intento exprimir las innumerables capas de la falda con la mano que tengo sana. No puedo evitar torturarme con la idea de que morir de hipotermia o neumonía podría ser una perspectiva mejor que lo que me reservan.

Cuando ya no soy capaz de exprimir ni una sola gota de agua más, recojo la manta que dejó Boaz. Me resulta curiosamente reconfortante el olor a tierra. El montón de heno con piel de oveja supongo que es mi cama. Admito que he dormido en sitios peores, pero eso no la hace más atractiva.

Ahora ya no puedo hacer nada más que mirarme los pies embarrados y esperar.

De pronto, un débil ruido de arañazos en alguna parte del torreón, cerca de mí, me pone de punta el vello de la nuca. Me acerco cautelosamente a la puerta y escudriño la oscuridad. Enfrente distingo otra celda.

—¿Hola? —Contengo la respiración y me esfuerzo por intentar oír algo. ¿Habrá alguien oculto entre las sombras, alguien que pueda decirme dónde demonios estoy?—. ¿Hola? —repito, más fuerte.

Una rata se cuela entre los barrotes y pego un brinco. Se para bruscamente cuando me ve ahí de pie, se vuelve y echa a correr hacia las escaleras. Aparte de eso, nadie contesta.

Tanteo los barrotes con un empujón y los sacudo. Hacen ruido, pero no se mueven lo más mínimo. La puerta está cerrada con llave.

Estoy atrapada, completamente sola, con la única compañía de las ratas. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

La luz de la luna se cuela por la ventana y baña la especie de cama con un brillo plateado. ¿Cuánta gente habrá esperado un castigo bajo esa misma luz? Me arropo más con la manta y repaso todo lo que me dijo Sofie de camino hacia la cripta y toda la locura desde que desperté en el laberinto.

Sofie insistió en que la gente no podía enterarse jamás de quién era yo. De qué era yo. Si lo sabían, no sobreviviría. Pero ¿qué pasa con la versión de Romeria que creen que soy? Al parecer, ha matado a los reyes y ha provocado una revuelta en su ciudad. Estoy convencida de que me van a matar igual.

Examino el anillo que me colocó en el dedo. Me había parecido que la piedra era mate, pero brilla a la luz de la luna. Me dijo que me protegería. Puede que sea verdad. Todavía no entiendo cómo pudo iluminarse en el río. Supongo que tendré que añadir ese enigma a la pila de cosas que carecen de sentido.

A lo mejor estoy perdiendo la cabeza, igual que mi padre. ¿Será así como se siente él? No deja de insistir en que él ha visto la verdad mientras que todos a su alrededor le intentan convencer de que es mentira. ¿Soldados con espadas y una ciudad medieval desconocida? ¿Dos lunas? Lo estoy viendo todo con mis propios ojos, pero ¿y si es producto de mi mente? ¿Es esto lo que sientes cuando sufres delirios tan vívidos que eres incapaz de aceptar que son falsos?

Recuerdo perfectamente que Sofie me clavó un cuerno negro con bordes afilados, pero Boaz insiste en que me disparó una flecha. Ambos tenemos dos versiones de un hecho que explicaría por qué me duele el pecho y mi vestido está manchado de sangre y, sin embargo, ninguna de las dos explicaciones es creíble.

¿Será verdad algo de todo esto?

Bajo la manta con los dedos temblorosos. Por absurdo que me resulte, este vestido, con tanta capa, tanta ostentación y este pedazo de escote, antes de estropearse seguramente fuera impresionante. Quienquiera que lo confeccionara debió de pasar horas incontables bordando lazos y flores con hilo dorado.

El corpiño es rígido y ceñido. Tengo que bajar una manga y me cuesta bastante esfuerzo apartar la tela del pecho para poder examinar en la penumbra la zona que noto dolorida y sensible. Pongo una mueca al encontrar una mancha moteada de color púrpura intenso. Esperaba una herida, pero la carne no está abierta. No es más que un moratón grande.

Pero recuerdo que el cuerno me taladró...

—Te curas deprisa para haber estado muerta.

La voz me sobresalta y me tapo el pecho con la manta, con las mejillas calientes. Reconozco el tono escalofriante y tranquilo. Es el rey. Zander. ¿Cómo ha subido sin hacer ruido? ¿Y cuánto tiempo lleva ahí a oscuras, observándome?

Una llave hace crujir la cerradura.

Me entra el pánico cuando la puerta se abre con un largo gemido. El rey se agacha para entrar. Ya no lleva armadura; ahora luce un elegante conjunto de color negro con una chaqueta que le llega hasta las rodillas, donde se encuentra con las botas altas. Ahora que no lleva un yelmo que le tape la cara, veo que es joven, mayor que yo, pero más joven de lo que esperaba que fuera un rey... aunque tampoco es que haya dedicado mucho tiempo a pensar en la edad de los reyes, la

verdad. Tiene la piel aceitunada y sus rasgos son tan afilados y duros como su mandíbula. Enmarca su rostro una melena castaña dorada peinada hacia atrás en ondas que llegan hasta la nuca.

Sus ojos fríos me taladran mientras se aproxima lentamente, con las manos a ambos lados del cuerpo, cerca de la vaina de la espada y con la daga enjoyada a su alcance, atada al muslo.

La ladrona que hay en mí se pregunta si sería capaz de quitársela sin que se dé cuenta, pero sé que hay un motivo por el que consigo desvalijar a la gente sin que se dé cuenta: no sospechan de mí. A Zander le faltó un pelo para clavarme esa daga porque desconfía de mí, y por un motivo mucho más serio que un robo. Cree que he asesinado a sus padres.

Estoy viva de milagro.

—Levántate —me ordena, deteniéndose a un solo paso de distancia. Obedezco; no quiero darle excusas para matarme en el acto.

Cuando llevaba la armadura puesta, parecía un titán. Ahora se cierne sobre mí, altísimo, con los hombros descomunales, pero ya no me parece tan inhumano. Sí es igual de intimidante, no obstante. Y van a coronarlo como rey. Aunque este sitio y esta gente no signifiquen nada para mí, siento el aura de poder que irradia. Su arrogancia.

Sus penetrantes ojos se posan en mí y lucho por mantener la compostura. Centro la mirada en las solapas de su chaqueta mientras me devano los sesos pensando qué puedo decirle para que crea que no soy quien piensa que soy.

Agarra la manta de lana de una esquina y deja muy claras sus intenciones.

Por puro instinto, me tapo con los brazos y le fulmino con la mirada.

Enarca las cejas.

—¿Ahora te entra el pudor?

—¿Y eso a qué viene?

—Basta de teatro. Muéstrame la herida. Ahora.

No soy, ni de lejos, lo bastante fuerte como para luchar contra él, y preferiría mantener cierto control de la situación, así que finalmente bajo el borde de la manta, lo justo para que vea el cardenal y nada más que eso. Aunque ya me haya echado un buen vistazo cuando me acechaba entre las sombras.

Me tenso cuando extiende la mano y roza con la yema el punto donde me hirió algo —cuerno o flecha—. A pesar de que está claro lo mucho que me odia, el toque es suave.

Y a pesar del terror que siento, me estremezco ligeramente.

Tras un instante interminable, aparta la mano. Me da la espalda y empieza a dar vueltas en círculos por la celda diminuta.

Aprovecho para colocarme el vestido y taparme rápidamente con una mueca.

—Has estado muy ocupada estas semanas, fingiendo que eras una muchacha bondadosa y encantadora que buscaba la paz entre nuestros pueblos mientras conspirabas para acabar con toda mi familia. No te molestes en intentar negarlo. Ya hemos interrogado a tus sirvientes, los que han sobrevivido. Han confesado. Y muy rápido, por cierto.

¿Tengo criados?

—Lograste asesinar a mis padres —continúa—. Atticus se libró por poco de una flecha en el corazón y Annika, obviamente, estaría muerta si no la hubieras salvado en el último momento. No acabo de entenderlo, pero seguro que tenías un motivo. ¿A lo mejor pensaste que ese gesto de buena voluntad te ayudaría cuando supiste que te estábamos persiguiendo? Aun así, me sorprende que no lucharas.

¿Luchar, yo sola, contra cincuenta soldados a caballo?

Raspa la piedra con el tacón de la bota mientras se vuelve para mirarme.

—¿Cómo pensabas matarme a mí? ¿También con veneno? ¿O tal vez con un arma cuidadosamente escondida que pensabas emplear mientras dormía a tu lado tranquilamente, satisfecho e ignorante?

Quiero negarlo todo, decirle que soy inocente, pero me muerdo la lengua. Cuanto más hable, más información tendré. De momento he descubierto que sus padres tienen tres hijos que han sobrevivido y parece que Zander y yo hemos sido pareja. En ese contexto tiene sentido lo que ha dicho sobre el pudor.

Pero ¿qué relación teníamos exactamente?

Se me van las pupilas a sus labios carnosos. ¿Ya los he besado? ¿Sus ojos penetrantes han visto todo lo que esconde mi vestido? ¿Nos hemos despertado juntos con los cuerpos enlazados?

Me desorienta estar frente a un hombre que no conozco de nada mientras él parece totalmente familiarizado conmigo. Un hombre que, además, me acusa de haber matado a sus seres queridos, y al parecer con muchas pruebas.

—¿Tu padre conocía el plan cuando negoció con el mío? Porque veo la firma de Neilina por todas partes... Tampoco es que importe. Desgraciadamente para vosotros, vuestra cuidadosamente elaborada estrategia se vino abajo cuando mis padres decidieron celebrar el ágape antes de la ceremonia en vez de después —aprieta los dientes—. ¿Quién te ayudó dentro de estos muros? Sé que hubo gente

que conspiró contigo, y no solo Lord Muirn. Había alguien que conocía nuestras rutinas, que sabía cómo burlar a los guardias. Quiero saber quién traicionó a mi familia. ¿Quién ha traicionado a Islor?

Controlo mi tono de voz.

—No he conspirado para matar a...

—¡¿Quién te ayudó?! —ruge, engarfiando la mano en dirección a su daga.

Me encojo. Es inútil. Está convencido de que soy culpable y no va a escucharme si continúo negándolo todo. Tengo que encontrar otra forma de convencerle de que digo la verdad.

—Sofie.

Vacila un poco, como si no esperara una respuesta tan rápida. Como si no esperara ninguna respuesta.

—Sofie —repite, frunciendo el ceño—. No conozco a ninguna Sofie.

—Me dijo que ese era su nombre. Tal vez me mintiera.

—¿Quién es? ¿Una dama de la corte? ¿Una dama de compañía? ¿Una sirvienta?

—Una criada no es, desde luego. Tiene su propio castillo. Es alta y delgada. Es pelirroja, con el cabello largo. Es atractiva y hábil con la espada.

Sacude la cabeza. Esa descripción no debe de encajar con nadie que conozca.

—¿Dónde la conociste?

—En una gala benéfica en Manhattan.

—¿Eso está en Ybaris?

¿Un rey que jamás ha oído hablar de Manhattan?

—No. En Nueva York. Nos conocimos allí y después volamos a...

—¿Volasteis? ¿Me estás diciendo que está implicada en esto una invocadora? —Ante eso, frunzo el ceño. *¿Una qué?*—. ¿Es una elemental?

—Eh... No sé.

Masculla entre dientes algo que suena como una maldición.

—¿Cuánto poder tiene? ¿Está dentro de los muros de la ciudad? —empieza a lanzarme preguntas con una voz que suena cada vez más alarmada.

¿Cuánto poder? No sé ni qué contestar a eso.

—Me dijo que no podía venir hasta aquí.

Vuelve a pasear en círculos.

—¿Y qué le prometiste al estúpido de Lord Muirn a cambio de que ayudara a los rebeldes? Hum... —murmura pensativo—. Claro. Le prometiste tu mano en matrimonio. Si todos estábamos muertos, necesitarías un isloriano de sangre noble

que te asegurara el trono. Aunque nunca habrías conseguido convencer a la corte de que apoyara a ese traidor. Realmente no tienes ni idea de los usos y costumbres de Islor.

Decido volver a intentarlo.

—Sé que no me crees, pero yo no he asesinado a tus padres. Y no iba a intentar matarte a ti.

—Estás encerrada en un torreón acusada de alta traición. Te inventarías cualquier cosa para liberarte, ¿me equivoco, Romeria?

—Es probable —admito. Mi nombre, pronunciado en sus labios como si me conociera de toda la vida, me resulta chocante—. Pero eso no cambia la realidad: no fui yo. No soy quien crees que soy.

Se cierne sobre mí y reculo hasta que mi espalda choca con el muro y me impide seguir alejándome de su imponente figura. La luz de la luna ilumina un rostro que, en circunstancias normales, me atraería. Pero ahora lo único que soy capaz de ver es el odio impreso en la dureza afilada de sus rasgos.

Se fija en mi pecho, en la manta que estoy sujetando para taparme y en el vendaje improvisado de mi mano.

—No veo necesidad de que sigas llevando joyas, ¿no crees? —extiende la mano con la palma hacia arriba.

Lo que le ha llamado la atención no ha sido la venda, sino el anillo, y está muy claro lo que quiere que haga.

No debes quitarte este anillo en ninguna circunstancia.

No quiero averiguar si la advertencia de Sofie tiene o no razón de ser, así que oculto la mano bajo la manta y, haciendo acopio de valor, me enfrento a los ojos grisáceos de Zander. Le sostengo la mirada y trago saliva, intentando que mi voz suene convincente.

—Es mío.

Se detiene el tiempo mientras mi corazón retumba y la tensión crece entre ambos hasta que me cuesta respirar. Me da la impresión de que está intentando leerme la mente; lo mismo que yo querría hacer.

Rezo para que vea sinceridad e inocencia en mis ojos cuando hablo lenta y claramente:

—No soy quien crees que soy.

—¿No eres la princesa Romeria, futura reina de Ybaris, mi prometida? —responde con una frialdad mortal.

Se me abre la boca. *¿Princesa? ¿Reina? ¿Prometida?*

–¡No! Sí, me llamo Romeria, pero no soy...

–¡Ya basta! –grita, llevándose la mano a la cadera, bajo el faldón de la chaqueta. Roza la empuñadura de la daga–. ¿No sientes ni una pizca de remordimiento por lo que has hecho? –Guardo silencio, temiendo que cualquier respuesta que dé provoque que desenvaine la daga–. ¿Sabes lo mucho que deseo creer que no estabas detrás de esto? –susurra roncamente, aproximándose. Sus ojos brillan con un dolor palpitante–. Por favor, convénceme de que no me has hecho esto.

Presiono la espalda contra la piedra helada y contengo la respiración y el impulso de chillar que me atenaza la garganta. Después de todo lo que he pasado, ¿voy a morir así? ¿En un torreón medieval, a manos de un rey emocionalmente herido que me confunde con otra persona?

Se inclina hasta que sus labios rozan levemente los míos.

El gesto inesperado me deja helada, y aún más el siguiente, cuando me besa con una intensidad dolorosa. De pronto, a pesar del terror que se arremolina en mi mente, sus palabras cobran sentido. Yo iba a ser su esposa. Quiere creer que soy inocente de esos espantosos crímenes.

A lo mejor hay una forma de convencerle.

Hace bastante que no beso a nadie. Seis meses atrás, me enrollé con un tipo que no se molestó en quitarse la alianza de casado, y cuando intentó ligar conmigo, le arrebaté su reloj Blancpain. Así que hace milenios que no beso a alguien en serio. Exhalo un suspiro hondo y tembloroso y atraigo la boca de Zander hacia la mía. Sus labios son suaves y tibios y se entreabren sin que se resista.

Suelto la manta, que se desliza por mis hombros y cae a mis pies. Paso tímidamente la mano que no tengo herida por su pecho y recorro la muralla de músculos sólidos que se alza ante mí. Echo la cabeza hacia atrás, provocándole, rozando con la punta de la lengua el borde de sus labios.

Zander se queda quieto, y temo que haya desaparecido tan rápido como vino el impulso que se había apoderado de él. Pero de pronto toma aire con fuerza y responde a mi beso con ansiedad, me agarra de la nuca y enreda los dedos en mi cabello, mientras su beso se hace más hondo y su lengua experta se enlaza más profundamente. Sus caderas me aprisionan firmemente contra la pared y su cuerpo tenso se aprieta contra el mío.

Por un instante me siento abrumada. Jamás me han besado así, con esa desesperación. Pero rápidamente me centro en mi meta. Subo la mano por la

poderosa columna de su cuello hasta acariciar su mandíbula cincelada con ternura. La otra mano –la herida– se desliza entre ambos, a salvo de sufrir daño.

Cerca de su daga.

Los labios de Zander van de mi boca a mi barbilla y después a mi cuello. Su respiración se convierte en un jadeo rápido.

Mi cuerpo comienza a responder, dejándose llevar por la intensidad del momento, a pesar del peligro que estoy corriendo. Arqueo la espalda, invitándole, y me agarra más fuerte del cabello. Me inclina la cabeza a un lado, estira mi cuello y me estremezco ante el roce juguetón de sus dientes, cuyo filo inesperado me produce escalofríos.

Pero, cuando sus dedos se enroscan en el escote de mi vestido y noto el tirón de la tela y la costura desgarrándose, me percato de que estoy perdiendo a toda velocidad el control de la situación. Si es que alguna vez lo tuve.

Cuando vivía en la calle, jamás permití que nadie me usara así. Y no voy a consentirlo ahora, por grave que sea la situación en la que me encuentro. Lo que voy a hacer es usarlo a mi favor.

La brisa nocturna acaricia mi piel desnuda. Zander ha tirado de mi vestido con brusquedad, dejándolo a una altura precaria. Su mirada recorre mi cuerpo con la misma intensidad que si lo hiciera con los labios, pero no hace un solo movimiento. Se ha quedado congelado, como si estuviera decidiendo si continuar o no. En cualquier momento podría decantarse por la segunda opción.

Aprieto los dientes para contener el escozor de la herida de mi palma mientras meto los dedos por el interior de su chaqueta y los bajo hasta su cintura antes de empujar sus caderas contra mis muslos abiertos.

Responde con un gruñido gutural. Su puño aprieta mi cabello y su boca se dirige a mi cuello. Siento otro delicioso rasguño suave de sus dientes y se me escapa un ligero gemido de los labios sin querer. Aprovecho el momento de distracción para rozar la empuñadura de la daga con el pulgar y compruebo el ajuste en la vaina mientras intento encontrar una forma de sacarla sin que se dé cuenta.

Pellizco el extremo y...

Zander se aparta de pronto y retrocede varios pasos hasta quedar totalmente fuera de mi alcance. Me deja con las manos vacías y mi plan frustrado.

Veo subir y bajar la nuez de su cuello cuando traga saliva con dificultad.

–Podríamos haber traído la paz. Juntos, habríamos cambiado Islor e Ybaris. Pero tienes razón. No eres quien yo creía –aprieta la mandíbula mientras examina un

alfiler para el pelo, largo y dorado, que tiene en la palma–. Y no pienso volver a creer jamás ni una sola palabra que salga de tu boca traicionera.

–Zander, te juro que...

–¡No te atrevas a volver a pronunciar mi nombre! –ruge. Se detiene para recuperar la compostura y, cuando vuelve a hablar, su voz suena de nuevo con un tono frío y distante–. Sufrirás tu castigo al amanecer, junto a los demás traidores. Y te prometo que el tuyo no será rápido ni indoloro, como no lo fue la muerte de mis padres –señala mi mano con un gesto de cabeza–. No creo que te libres de acabar en Azo'dem; seguramente es la morada final que te reservan los Destinos –sale de la celda sin volver la vista y los barrotes tintinean cuando cierra la puerta. Sus pasos rápidos resuenan por los escalones y se llevan consigo todas mis esperanzas.

Me coloco el vestido y me acerco al ventanuco, dispuesta a contarle todo: hablarle de Sofie, de Korsakov, del cuerno, de la misión de la piedra de Malachi. Pero ha debido de tomar otro camino, porque en el patio solo veo al soldado que monta guardia y dos hombres que apilan una fila de estructuras de madera.

Se me eriza el vello cuando examino las estructuras con mayor atención. Al pie hay montones de troncos de distinto tamaño, apilados. Como si fuera leña para encender un fuego.

Eso son piras. Se trata de un cadalso.

Y, después de las últimas palabras del rey, me queda claro qué me espera. El estómago me da un vuelco cuando me queda clara la auténtica gravedad de la situación.

Puede que el rey siga amando a la persona que piensa que soy, pero también acaba de condenarla a muerte.

Capítulo 8

Los latidos de mi corazón resuenan como un mazo contra el yunque de mis costillas. Todo es una pesadilla espantosa, pero cada átomo de mi cuerpo me chilla que, si no logro escapar de esta celda antes del amanecer, no habrá forma de que despierte de lo que me espera.

Sofie hablaba de criaturas místicas, de dioses y de hacer danzar las llamas en la punta de los dedos. Nombró seres superiores. ¿Como cuáles? Lo único que me he encontrado son humanos. Humanos furiosos que creen que he resucitado de entre los muertos tras haber asesinado a sus reyes e incitado una revuelta en su ciudad.

Pero ¿dónde se encuentra esa tal Cirilea? ¿Dónde demonios puede seguir existiendo una ciudad medieval así, con las calles en guerra y un rey que jamás ha oído hablar de Nueva York, que ejecuta a gente y habla de invocadores y del poder como si fuera magia?

¿Es posible que exista la magia en el mundo?

Hace siglos quemaron a miles de mujeres acusadas de brujería, por superstición, no porque fuera cierto. O eso dicen los libros de historia. Pero ¿y si fuera verdad? ¿Y si Sofie me ha mandado de regreso a esa época, a un lugar que ya no existe en ningún mapa? O es así o...

Estás a punto de entrar a un mundo distinto al que conoces.

Hay dos lunas en el cielo. No, eso es imposible.

Nada de esto está pasando. No es más que un delirio. Igual que los que sufre mi padre. Mi peor pesadilla –que su enfermedad sea hereditaria– se está haciendo realidad.

Sin embargo, me escuece la palma de la mano herida por la hoja de Zander, me duele la rodilla del golpe que me di contra el suelo de piedra y todavía zumba en mis oídos el rechinar de la puerta de la celda cuando se cerró.

Y mañana por la mañana, cuando me encadenen a uno de esos postes y enciendan el fuego, tengo la absoluta certeza de que todos oirán mis chillidos.

Dondequiera que me encuentre, todo esto es demasiado real.

Ya he estado antes en situaciones desesperadas. Maldita sea, los últimos diez años de mi vida han sido una situación desesperada. Pero esto es diferente.

Doy vueltas por la celda y siento como si se cerraran las paredes a cada minuto. Me paro un instante para mirar el cielo. Desde aquí solo veo una de las lunas –la más baja y grande– y sigue brillando, pero no pueden quedar demasiadas horas para el amanecer.

Jugueteo con el anillo de mi dedo, girándolo sin cesar, frotando su dura piedra contra mi pulgar.

–Sofie, si puedes oírme de alguna forma, sácame de aquí –murmuro con un gemido desesperado.

El anillo me ayudó cuando necesité luz en las profundidades del río. Tal vez pueda forzar la cerradura de alguna forma o...

Forzar la cerradura.

Moviendo frenéticamente los dedos, hurgo en el desorden empapado de mi cabeza. Me debieron de peinar el cabello en algún momento y lo sujetaron con alfileres de oro como el que el rey tenía en la palma. Si quedara alguno más...

Mis yemas tocan algo metálico y me inunda la esperanza mientras tiro de él, arrancándome mechones de pelo. Casi rompo a reír cuando encuentro tres más en el nido de pájaros que hay en mi cabeza. Corro hasta la puerta y me arrodillo, agradeciendo en silencio a Tarryn por haberme enseñado esa habilidad. Aunque llevo años sin forzar cerraduras, lo básico nunca se olvida.

Desde este ángulo no veo demasiado bien el cierre de la puerta, pero tiene pinta de ser un candado común, antiguo, engorroso y de hierro.

No llego con facilidad, pero tengo los brazos delgados y los alfileres son bastante largos. Y más frágiles de lo que esperaba. El primero se parte de inmediato.

Suelto una maldición y lo dejo en el suelo. Acerco el segundo con mucha más precaución y lo deslizo por el ojo de la cerradura. Me cuesta trabajo moverlo de un lado a otro y me duelen los brazos por el esfuerzo. Finalmente, suena un chasquido y me inunda un alivio abrumador cuando se abre la puerta de mi celda, aunque sé que solo es el primero de los muchos aros de fuego que voy a tener que atravesar para escapar.

Me vuelvo a acercar al ventanuco, ahora con una meta muy clara: intentar hacerme una idea precisa de la situación. A estas horas solo hay un guardia patrullando por la plaza. Los obreros se han marchado: ya han terminado de

trabajar. Dedico unos instantes a buscar algo que se mueva entre las sombras, pero no parece haber nadie más. O bien Boaz está convencido de que nadie va a intentar liberarme, o bien no puede prescindir de más soldados; tal vez sean necesarios en otra parte de la ciudad con los disturbios de la noche.

Debería haber tenido en cuenta que quizás su preciado rey podía mostrarme, sin querer, la salida.

Me dispongo a contar los pasos del guardia solitario como he hecho incontables veces en el pasado: es el patrón distintivo de un trabajador agotado que intenta sobrellevar un turno demasiado largo. Veinte pasos de ida hasta el carro lleno de paja, regresa de vuelta al torreón y después gira en dirección contraria y avanza treinta pasos hasta la primera pira. Va y viene una y otra vez y siempre da veinte pasos hasta el carro y treinta hasta la pira.

Si consigo pasar por detrás mientras me da la espalda, tal vez tenga alguna oportunidad de escapar.

Me dirijo a las escaleras de caracol. Los latidos de mi corazón atruenan en mis oídos cada vez más rápido. Me duele la rodilla, pero consigo descender despacio los escalones desiguales. Me tengo que parar varias veces y apoyarme en la pared, mareada. No dejo de contar mentalmente, con la esperanza de no haberme equivocado con los pasos del soldado. *Veinte pasos a la izquierda, veinte pasos de regreso. Treinta pasos a la derecha, treinta pasos de vuelta.*

Cuando distingo el portón de madera, me duelen los pies, aún descalzos, y estoy a punto de vomitar de los nervios. Pero es ahora o nunca, y prefiero morir atravesada por una flecha mientras huyo que quemada viva en la plaza ante una multitud al amanecer.

Si no me echo atrás, solo seis peldaños me separan de la muerte o la huida. Respiro hondo y...

La puerta se abre con un chirrido y una figura encapuchada pasa y la empuja para cerrarla. Congelada en el sitio, con los ojos desorbitados de pánico, veo que se baja la capucha de color verde hierba y desvela unos voluminosos rizos rubios.

Es Annika.

Antes de que reaccione de alguna forma coherente –corriendo o atacándola–, levanta la vista y me ve ahí quieta. Se le escapa un gritito, pero recupera la compostura de inmediato.

–Por todos los destinos... Sí que tienes recursos. –Me mira las manos vacías con sus ojos azul brillante. Es tan hermosa como su hermano, aunque no se parecen en

nada: ella tiene la piel más clara, su rostro es ovalado y sus labios se fruncen de forma natural en un mohín–. ¿Qué pensabas hacer? ¿Cruzar el patio y saludar al guardia con la mano?

¿Por qué no grita? ¿Y qué hace aquí el torreón en medio de la noche?

Me tiende una tela doblada de color gris oscuro.

–Toma. Ponte esto. No tenemos mucho tiempo. Le he dicho al guardia que Boaz le estaba buscando. Pronto descubrirán que era mentira, y entonces será imposible sacarte de aquí. –La miro sin comprender. ¿Annika me está ayudando a escapar?–. ¡Rápido! Antes de que cambie de opinión –me urge, siseando.

Bajo rápidamente los últimos escalones y agarro la tela; es una capa de lana. Me la pongo mientras abre la puerta y echa un vistazo.

–Mantén la cabeza gacha y no hables. Si intentas correr, gritaré. –Me echa una mirada de advertencia antes de taparse el cabello con la capucha. La sigo y nos adentramos en la oscuridad nocturna; de inmediato giramos a la izquierda, evitando la plaza. Camina velozmente mientras serpenteamos por un laberinto de corredores estrechos y senderos. Me concentro en el vuelo de su capa, cuento mis pasos e intento orientarme mientras cambiamos bruscamente de dirección. Es un hábito afianzado, aunque soy consciente de que no sería capaz de desandar el recorrido.

Angustiada, no dejo de pensar que me está conduciendo a una trampa, pero no tengo otra alternativa. Quedarme en el torreón me garantizaba la sentencia de muerte; confiar en ella me ofrece una pizca de esperanza.

Poco después, descendemos por unas escaleras empinadas y atravesamos un largo pasillo por donde hay que caminar en fila india y donde casi rozo el techo con la cabeza. Annika lleva una antorcha que ha tomado según entraba. Es la única luz.

–A esta hora deberíamos estar a salvo aquí –es lo primero que ha dicho desde que salimos del torreón.

–¿Dónde estamos? –me atrevo a preguntar.

–Bajo el castillo –abre otra puerta y se asoma a echar un vistazo antes de entrar–. Es mucho más seguro que cruzarlo y es peligroso ir por las calles. Todos los guardias de Cirilea están patrullando esta noche en máxima alerta.

–Las catacumbas –murmuro para mí misma, con la boca abierta ante la caverna colosal de techo abovedado y enormes pilares que hacen que el castillo de Sofie parezca una choza. Las rápidas pisadas de Annika resuenan con eco; mis pies no hacen ningún ruido. Ventajas de ir descalza, aunque me duelan los cortes y rasguños que se van acumulando a toda velocidad.

–Mi madre insistía en que no te dejáramos bajar aquí hasta que estuviéramos seguros de que se podía confiar en ti. No quería que conocieras las entrañas de este sitio y cómo podías desplazarte sin ser vista. Zander creía que exageraba, pero accedió –endurece el tono–. Finalmente se ha demostrado que tenía razones para desconfiar, aunque el resultado fuera el mismo, ¿verdad?

Porque, al parecer, yo capitaneé un alzamiento asesino.

–¿Por qué me ayudas? –barboto de pronto.

–Te debo la vida, ¿no?

–Pero... crees que he matado a tus padres. Cosa que no he hecho, por cierto.

–Zander ya ha mencionado que lo niegas de forma tajante y continua, pero tenemos pruebas que demuestran lo contrario. –Me sorprende lo fría y distante que suena su voz, a pesar de que solo hayan pasado unas horas desde que envenenaron a sus padres. Al menos Zander está afectado, brutalmente afectado por la pérdida. Puede que Annika todavía ni haya reaccionado; tiene pinta de haber tenido un día tan espantoso como el mío–. Hay un montón de cosas que carecen de sentido ahora mismo, empezando por el motivo por el cual me salvaste en el río cuando está claro que nos querías ver muertos a todos. Lo cierto es que no hago esto por ti. Yo te detesto. Lo hago por Islor. Y por Zander –se muerde del labio–. Terminó apreciándote mucho más de lo que esperaba cuando se arregló el matrimonio.

Un momento. ¿Es un matrimonio de conveniencia?

–Le engañaste –continúa–. Nos engañaste a todos, aunque a mí jamás me gustaste, para empezar. Pero mi hermano es incapaz de pensar con claridad, y me temo que condenarte a muerte le va a hacer mucho más daño del que piensa. Aunque sea lo que te mereces –menea la cabeza–. Soy incapaz de explicarlo; es un presentimiento. Uno al que he decidido prestar atención.

El corredor se bifurca en dos direcciones. Toma la de la derecha.

–Por aquí –indica–. Tenemos que darnos prisa. Boaz dará la alarma en cualquier momento.

–¿No te meterás en un lío por ayudarme?

¿Cuál será el castigo por liberar a una mujer condenada a muerte por el asesinato de los reyes?

–Soy la princesa de Islor. Boaz no puede tocarme –rebufa con sorna.

–¿Y Zander?

–Sé cómo lidiar con mi hermano.

Pero su rostro preocupado la traiciona. No tengo ni idea de lo que le sucederá por culpa de esto, pero me temo que no será agradable.

La sigo por una escalinata estrecha. Tapa el farol con la capa antes de abrir la puerta y de nuevo nos encontramos en el exterior, entre las sombras y rodeadas de ramas. El aroma de los cedros inunda el aire.

—¿Estamos en...?

Me tapa la boca con la mano y nos quedamos congeladas en el sitio, oyendo el tintineo metálico que resuena a nuestra izquierda. Tiene que haber un soldado cerca. Se oyen gritos en otro lado. Supongo que Boaz ya sabe que me he escapado y está deseando atravesarme el corazón con una flecha. La perspectiva sigue siendo preferible a lo que han planeado para mí.

Annika aparta la mano y avanzamos juntas, tan sigilosas como podemos, entre las murallas de cedros. Cada chasquido y crujido de una ramita me corta el aliento. Seguramente estamos en el jardín donde desperté, aunque no vea nada entre los setos.

Llegamos al final y Annika saca el farol de debajo de la capa. Me conduce por una serie de escalones y después llegamos a un corredor de piedra que huele a tierra y a moho. Es tan estrecho que pongo en duda que pueda pasar un soldado si lleva la armadura puesta. Seguramente se construyó este pasadizo para que huyeran los civiles en caso necesario. Hay zonas donde tengo que ponerme de lado para pasar.

—¿Seguimos debajo del castillo? —pregunto.

—No. Estamos pasando por debajo de una parte de la muralla. Esta noche es imposible sacarte de la ciudad, así que te llevaré al santuario, donde te acogerás a sagrado hasta que consiga razonar con mi hermano. Es el único lugar de toda Cirilea donde estarás a salvo. Tal vez de todo Islor.

—¿Y crees que podrás? ¿Razonar con él?

A lo mejor consigo escapar yo sola una vez que logre orientarme. No sería la primera ciudad de la que huyo, aunque, desde luego, sí en la que me persigue un ejército.

—Debo intentarlo. Mi hermano ahora es el rey, y hay muchas esperanzas puestas en él. Espero que sea capaz de aprender a tomar decisiones con la cabeza y no con el corazón.

El que, al parecer, yo le he roto.

Al recordar el dolor de sus ojos, noto una opresión en el pecho.

Los zapatos de Annika raspan la piedra cuando acelera el ritmo.

—¿Cómo conseguiste librarme del merth? Estaba en estado crudo y lo hiciste con las manos desnudas.

Recuerdo que dijo esa misma palabra en el río; seguramente se refiera a la cuerda plateada.

–Se deshizo.

–El merth crudo es como mil cuchillas que te cortan la piel: te ataca y te paraliza completamente. No se deshace cuando lo tocas –continúa hablando en un susurro–. No tiene ningún sentido.

–La historia de mi vida –murmuro. La gente no se despierta de pronto en un país extraño perseguida por un ejército después de que una loca le atraviese el pecho con un cuerno afilado, y sin embargo... esto es lo que hay.

–Te noto distinta. Tu forma de hablar, las cosas extrañas que dices...

–Justo lo que he intentado explicaros. –Me quedo pensando que si empiezan a darse cuenta de lo poco que encajo en esta partida de rol medieval, dejarán de querer matarme.

Pasamos a otra escalinata que no lleva a ninguna parte.

–Supongo que eres diferente, claro. Ahora eres la auténtica Romeria, ¿verdad? Antes todo era una farsa para engañarnos.

–Eso no... –No es a lo que me refería. Suspiro. ¿Cómo voy a explicarme si no se fían de una sola palabra que diga? Por otra parte, si creo a Sofie, decir la verdad sería igual de peligroso.

–Sostén esto. –Me tiende el farol y tira de una palanca con las dos manos. El techo se desplaza a un lado con un chirrido que suena como una piedra raspando contra otra. Se abre lo suficiente para que pasemos y Annika recupera el farol y me hace un gesto para que la siga.

–Cómo mola –murmuro mientras contemplo el banco de caoba que se acaba de mover para revelar el pasadizo secreto.

–¿Mola? –repite, saboreando la palabra–. Los ybarisanos sois extraños.

Escudriño lo que tenemos alrededor. El santuario del que hablaba parece una iglesia, y nos encontramos en el rincón más apartado de ella.

–Sígueme; tenemos que encontrar a la suma sacerdotisa. Hay que pedirle asilo para que te quedes.

Es de madrugada.

–¿No estará durmiendo en su casa?

Contiene una carcajada.

–¿Esta noche?

Persigo a Annika mientras zigzaguea por los corredores y crucerías de la nave, esquivando columnas majestuosas, hileras de bancos y espacios vacíos. Sobre

nuestras cabezas hay un mosaico de oro que brilla incluso de noche, aunque no hay suficiente luz para que pueda distinguir el diseño. El aire tiene un aroma dulce a pino y a rosas.

Atravesamos hasta la nave central, iluminada con antorchas que siguen ardiendo, y me quedo boquiabierta ante la decoración del pasillo. Unas hileras de flores rosas tan grandes como platos conducen hasta el altar, y la fragancia es tan fuerte como al entrar en una floristería. Debe de haber miles de ellas ahí.

–La boda hubiera sido preciosa –los ojos de Annika se detienen en los ramos antes de posarse en mi vestido–. Habrías sido una novia impresionante, lo admito –añade con tono reacio.

De pronto entiendo lo que está diciendo y me quedo congelada.

–Iba a casarme con él hoy. –Bajo la vista y observo mi vestido. Aunque esté roto, manchado de sangre y destrozado, sigue siendo impresionante. Probablemente sea mi vestido de novia. Y todas estas flores eran para la ceremonia.

Pero el día en que iba a casarme con Zander asesiné a sus padres. ¿Quién es mi espantoso doble?

–Sí. Ahora estarías en el ninfeo con mi hermano haciendo cosas que prefiero no imaginar –frunce la naricilla respingona–. ¿Quién sabe? Es la luna de sangre, así que puede que los Destinos te hubieran bendecido y quedaras encinta esta noche.

La luna de sangre. Sofie la nombró instantes antes de apuñalarme.

–Podrías haber traído la paz a tanta gente... si hubieras sido capaz de dejar atrás el odio que sientes por todos nosotros –los ojos de Annika brillan mientras acelera en dirección al altar–. Conseguiré que te acojas a sagrado y convenceré a mi hermano de que te mantenga prisionera o te escolte a través de la Grieta hasta tu reino. Preferiría la segunda alternativa, sinceramente, para que ni mis hermanos ni yo volvamos a ver tu cara traidora nunca más. No creo que el consejo de guerra apoye esta estrategia, pero si lo hiciera... Volverías a Ybaris dando gracias a Islor por su misericordia y tu pueblo sabría que no somos los monstruos que imagina. Solo hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir.

Intento procesar lo que está diciendo, pero el altar me impide pensar en nada.

Concretamente, las cuatro majestuosas estatuas de las esquinas del altar, talladas en piedra y tan pulidas que hasta brillan.

De inmediato me fijo en la que tiene unos cuernos enroscados que apuntan al cielo y unos pectorales tan poderosos como el resto del cuerpo esculpido. Está de pie, desnudo, y la figura parece humana, pero tiene patas rematadas en pezuñas.

Imposible de confundir. Es la misma criatura que estaba tallada en la bóveda de Sofie: Malachi. Lo llamó «destino». En la esquina opuesta se encuentra la mujer alta y atlética, con pechos menudos y una gran cornamenta que sobresale de la cabeza. *Aoife*.

Las otras dos estatuas de las esquinas no las reconozco. No me pude fijar en las demás de la cripta de Sofie por motivos evidentes. Una es una mujer con curvas generosas y cintura estrecha, en forma de reloj de arena, con alas de mariposa en la espalda; la otra escultura es un hombre fornido con cuernos cortos parecidos a los de un toro.

Esos son los cuatro Destinos –dioses– de los que hablaba Sofie; los responsables de la existencia de todos los seres vivientes, según ella. También son los dioses de los habitantes de Islor, por eso están representados en el altar. Jamás he oído hablar de nadie que adore a este tipo de ídolos.

Cuando nos acercamos, Annika parece entrar en pánico.

–¿Margrethe? –Sube los cinco escalones de mármol y, justo antes de que Annika rodee el altar, distingo unos pies que asoman entre los pliegues de tela blanca. Abre los ojos azules de par en par, se le descuelga la mandíbula y suelta un grito desgarrador que resuena en la amplia nave.

Subo corriendo los peldaños mientras el miedo me atenaza las tripas y me preparo para ver otro cadáver, pero lo que me encuentro es mucho peor de lo que esperaba. La mujer tiene media garganta arrancada de cuajo y me observan unas cuencas negras donde deberían estar sus ojos. El charco de sangre empapa su ropa de un blanco inmaculado, rajada en el abdomen por lo que parecen marcas de garras. El vientre está abierto y hay muchísima sangre.

–¿Quién ha podido hacerle esto?

Annika tropieza mientras recula para alejarse del cuerpo.

–Tenemos que volver al castillo. Ahora.

–¡Dijiste que este era el único sitio en el que podía librarme de la ejecución!

–¡Está claro que ahora no es seguro! ¡No con un daaknar suelto en el interior de la muralla de la ciudad! –señala el cuerpo mutilado–. ¡No cuando ha matado a la única persona de toda Cirilea capaz de mandarlo de regreso al lugar del que procede!

–¿Un qué?

–No hay tiempo para juegos, Romeria. ¡Hace dos mil años que no hay uno en Islor! –Sale despedida hacia el corredor central, pero se detiene en seco y se gira

para observarme–. Claro... ¡Has sido tú! ¿Lo trajo tu invocador?

Se debe de referir a Sofie. ¿Zander le habrá contado todo?

–¿Esta es la puñalada final de Ybaris: soltar a una de estas bestias para que masacre a nuestra gente el mismo día que has causado tantísimo daño?

–¡No!

Es lo que espero, al menos. ¿Cómo es posible que alguien haya dejado libre una cosa capaz de hacer esto?

Sigue retrocediendo por el pasillo.

–Quédate aquí si así lo deseas. Esa fiera es tuya; quizás seas capaz de domarla. Pero aquí no conseguirás asilo: un cadáver no puede dártelo.

Noto que algo se mueve a mi izquierda.

–Tengo que encontrar a mi hermano antes de que llegue hasta él... –continúa.

–Annika. –El terror gélido paraliza cada centímetro de mi piel. Hay una sombra entre los bancos, y su altura es muy superior a la de cualquier persona–. Estate quieta.

No sé si me ve la cara de pánico o nota el temblor de mi voz, pero sigue mi mirada. Se vuelve hacia la figura que avanza sigilosamente entre dos hileras de bancos. La luz de las antorchas ilumina a una criatura que da mucho más miedo que ningún monstruo que haya visto en una película de terror. Puede que sea porque es real.

De su espalda jorobada sobresalen unas alas de murciélago plegadas. Cuelgan con jirones, como si las hubiera desgarrado alguna fiera. La piel está carbonizada, como la de un pollo demasiado hecho, y rezuma un líquido amarillo entre las grietas. Pero lo que me deja petrificada en el sitio son sus cuernos: negros y retorcidos, saliendo de una frente bulbosa.

Noto la boca seca. Este tiene que ser el daaknar, la bestia que despedazó a la suma sacerdotisa. Y ahora está estudiando a su próxima presa.

–Por todos los Destinos... –Annika da un paso hacia atrás con las piernas rígidas, alejándose de él.

El monstruo suelta un rugido gutural y salta ágilmente al respaldo de la bancada. Le veo las patas traseras, nervudas, lo bastante poderosas como para salir despedido de un salto, aunque tenga las alas destrozadas. Posado como una gárgola, echa la cabeza hacia atrás y olfatea el aire sin dejar de observar a Annika, aguardando, permitiéndole alejarse.

Está esperando a que su objetivo corra para darle caza y matarla igual que a la gran sacerdotisa.

Igual que mató a esa mujer en el aparcamiento de la fábrica. Ese monstruo, o uno de su especie. Mi padre decía la verdad.

Pero no es el momento de pensar en sus delirios. Annika está a punto de morir despedazada por esa cosa por haberme intentado ayudar a escapar. Su muerte pesará en mi conciencia y el rey tendrá un nuevo motivo para odiarme. Puede que no merezca cargar con los pecados de todo lo que sucedió antes de que despertara aquí, pero si permito esto, la culpa será solo mía.

Si Annika consigue llegar al pasadizo, el daaknar no podrá seguirla: es demasiado estrecho. Podría regresar al castillo y advertir a Zander.

Noto la adrenalina corriendo por mis venas y agarro un cáliz de oro del altar.

—¡Eh! —Se lo lanzo al monstruo a la cabeza con todas mis fuerzas. Se le clava en la punta de uno de los cuernos y ruge como respuesta. Sus ojos rojos y brillantes se desplazan en mi dirección.

Ignoro el escalofrío que corre por mi espalda ante su mirada depredadora y tomo lo que tengo más a mano: un cuenco de piedra. Me va a costar más acertar, pero le hará mucho más daño si consigo dar en el blanco.

Se lo lanzo e impacta en su pecho.

Con otro rugido, ahora rabioso, el daaknar abandona su presa original y salta un banco tras otro hacia el altar, arrancando pedazos de madera con las garras afiladas.

—¡Corre! —siseo mientras tiro otro cáliz para que se centre en mí.

—¡Le estás haciendo enfadar! —responde ella.

—¿No se los doma así? —replico con ironía mientras el terror hace que se me doblen las piernas.

—¡Va a matarte!

—¡Lo prefiero a morir en la hoguera!

Eso espero.

Palpo en busca de más cosas que pueda tirarle y cierro el puño en la empuñadura de una daga de hoja curva. Apenas me fijo en que está manchada de sangre. No es que sea muy amenazadora, pero es mejor que nada.

El suelo tiembla bajo mis pies cuando el daaknar aterriza frente al altar. Dejo de pensar en Annika al instante: solo me concentro en cómo sobrevivir a esta bestia. En cómo me mira mientras sube los escalones, en los labios fruncidos que muestran una hilera de dientes amarillentos y traslúcidos...

Es imposible controlar un monstruo como este, ni aunque lo hubiera soltado yo misma.

Me va cercando mientras resopla pesadamente, frenándose como si estuviera decidiendo por dónde atacar: rodeando el altar por la derecha, sobre el cadáver de su última presa, o por la izquierda. A esta distancia distingo el borde aserrado de la punta de sus garras: muy útil para evitar que escape su botín.

Me esfuerzo por no prestar atención a la peste a carne putrefacta y aprieto la empuñadura de la daga mientras retrocedo. Si pudiera hacerle suficiente daño como para frenarlo, tal vez me dé tiempo a llegar al pasadizo secreto, si Annika no lo ha cerrado ya, claro. Si no, tendré que escapar por las puertas y Boaz y sus hombres deberán dar caza a una amenaza mucho más peligrosa que yo.

Le doy una patada velozmente al candelabro para que salga disparado, pero el daaknar lo aparta como si fuera un mosquito. Con un rugido ronco, arremete contra mí.

–¡Largo! –grito, apuñalándolo con todas mis fuerzas, clavándole la hoja en las entrañas. Responde con un rugido que hace que me revienten los tímpanos. Sin perder un instante, me giro y echo a correr.

Consigo alejarme dos metros antes de que las garras serradas me rajen el hombro, taladrándome la carne hasta el hueso. Aúllo agónicamente mientras me arrastra hacia atrás; el dolor es insoportable. Las garras me anclan como un gancho y evitan que pueda revolverme, así que se toma su tiempo y me roza con la otra zarpa los mechones sueltos de cabello, apartándolos del cuello. El gesto es curiosamente suave –casi humano–, pero la punta de una garra me raspa la mejilla y es como una cuchilla afilada, que me recuerda que ese monstruo está muy lejos de la humanidad.

Toda la absurda valentía que me impulsó a enfrentarme a esta bestia se ha desvanecido. Lo único que soy capaz de hacer es temblar.

Se inclina sobre mí e inspira profundamente, como si estuviera olfateando el aroma de un plato fragante que está a punto de devorar. Soy vagamente consciente de que el anillo de Sofie está caliente contra mi piel, pero apenas lo pienso; solo pienso en que el deliro de mi padre está a punto de matarme.

El daaknar abre las fauces y muestra unos dientes superiores como agujas. Un grito que hiela la sangre surge de mi garganta cuando los hunde en mi cuello. El ardor es insoportable al principio, pero se desvanece rápidamente junto con los últimos restos de resistencia que me quedan.

En algún lugar, en la lejanía, mi mente registra un chillido de agonía antes de hundirme por completo en la oscuridad.

Capítulo 9

Sofie tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse del suelo. Tenía todo el cuerpo entumecido. Jamás había canalizado tanto poder –ponía en duda que alguien lo hubiera hecho antes– y estuvo a punto de perder el conocimiento. Pero no era el momento de rendirse.

Había pasado algo.

Empleó todas sus fuerzas y se apoyó en el sarcófago de piedra para arrastrarse hasta donde yacían los dos cuerpos.

El regalo de Malachi, profundamente incrustado en el centelleante pecho de Romeria, se estaba apagando rápidamente. Igual que el destello brillante de su anillo de oro.

Se le puso el estómago del revés ver cómo se extinguían los símbolos. Su tarea había terminado. Ahora lo único que podía hacer era esperar.

Esperar y rezar para que esa chica no fallara.

Recuperó su anillo de compromiso; los conjuros lo habían ligado a la nueva forma de Romeria, así que no era necesario adornar un cadáver.

Oyó un crujido a su espalda y, antes de girarse, supo que Malachi había regresado sin haberlo invitado. Estaba al borde del colapso, pero le hizo una reverencia como de costumbre, de rodillas, tocando la piedra con la frente.

–En pie.

El Destino del Fuego estaba ante ella, de nuevo con el cuerno intacto. Había rugido de dolor al partírselo, pero prometió que volvería a tenerlo entero.

–Está terminado. Ahora se encuentra ligada a Islor mientras viva –sus ojos penetrantes recorrieron el cuerpo de Sofie lentamente.

Sofie supo a qué había venido en esta ocasión. ¿Sería uno de los requisitos que exigía a todos sus elementales, o ella era especial?

Se quitó la ropa y subió al altar.

Capítulo 10

Me despiertan el tañido de las campanas de una iglesia y el recuerdo persistente a carne fétida en mis fosas nasales.

Me encantaría poder convencerme a mí misma de que solo ha sido una pesadilla, que estoy de regreso en mi estudio de Chelsea y solo tengo que preocuparme por la cólera de Korsakov, pero estoy tumbada en una cama que no es mía y me duele el cuerpo más que nunca en mi vida.

Recuerdo...

A Annika conduciéndome por pasadizos secretos y escaleras empinadas hasta el santuario. Los espeluznantes restos de la gran sacerdotisa tras el altar.

El monstruo de ojos rojos y carne carbonizada que hundió los dientes en mi cuerpo indefenso.

Y, sin embargo, estoy aquí, contemplando un relajante dosel de sedas de color topo y azul turquesa como los huevos de un petirrojo.

—¿Por qué no estoy muerta? —grazno, sin dirigirme a nadie en particular.

—Avisa de que está despierta —susurra una voz desconocida.

Intento mover la cabeza en dirección a ella. Un latigazo de dolor corre por mi cuello y me arranca un siseo de los labios.

—Tened cuidado. Aún estáis herida.

¿Por qué habla en plural?

Aparece a mi lado una mujer con una túnica blanca orlada en oro y el ceño fruncido de preocupación. Su ropa me recuerda a la de una monja, pero el velo dorado es traslúcido y vaporoso y se le ve el cabello sedoso del color de una mazorca de maíz.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —murmuro con la voz ronca.

—Tres días —me dedica una sonrisa cansada, la primera sonrisa auténtica que veo en todo este tiempo que se me ha hecho eterno—. Debéis de tener sed. Permitidme —

se sienta al borde de la cama, coloca suavemente una mano contra mi nuca y me levanta la cabeza–. Bebed, pero despacio.

Consigo dar un par de sorbos de agua de la taza de plata que acerca a mis labios y examino su rostro. Tiene el cabello plateado en las sienes y canas entretejidas en la melena, patas de gallo en los bordes de los ojos y líneas de expresión alrededor de la boca. Si tuviera que dar una cifra, diría que tiene más de cincuenta años.

Me cuesta tragar; duele.

–Gracias –le digo mientras aparta la mano. No tengo fuerzas para incorporarme–. ¿Qué ha pasado?

–¿No lo recordáis? –sus ojos grandes, de un azul acerado, examinan mi rostro.

–Depende. ¿Era real el demonio enorme y terrorífico de los cuernos gigantescos?

–El daaknar. Sí, desde luego que era real.

Suspiro. *Gracias a Dios*. No he perdido la cabeza. Aunque no estoy muy segura de preferir esto a la otra posibilidad: que mi padre siempre tuvo razón y existen los demonios.

–Mató a esa mujer.

Sus rasgos se tiñen de una tristeza honda.

–La suma sacerdotisa Margrethe falleció a causa de las heridas, sí.

La conocía. O eso sospecho. Teniendo en cuenta la ropa que lleva, seguramente forme parte de la iglesia. Una iglesia que idolatra a dioses con cuernos en la cabeza. ¿En qué sitio infernal me ha metido Sofie?

–Lamento tu pérdida.

La mujer inclina la cabeza como respuesta. Noto que el sueño tira de mi cuerpo débil, pero tengo demasiadas preguntas.

–¿Qué pasó después de que me atacara esa cosa? ¿Cómo es que no he acabado igual que la gran sacerdotisa?

–Murió. Lo matasteis vos.

¿Me está tratando de vos?

–¿Qué? No... Es imposible. –Intento hurgar en mis confusos recuerdos. Me tenía entre sus garras. Estaba a su merced–. Me mordió.

–Sí; no nos lo explicamos. Que yo sepa, nadie ha sobrevivido a un ataque como ese –suena dubitativa, como si aún estuviera batallando contra ese hecho–. Creemos que el daaknar intentó alimentarse de vos, pero vuestra sangre le hizo daño.

–¿Alimentarse de mí? –horrorizada, noto cómo se me contrae toda la cara.

–No por mucho tiempo. Se apartó y soltó ese grito horrible y estridente que se escuchó en toda Cirilea –pone una mueca como si lo estuviera recordando–. Después estalló en llamas. Suponemos que regresó a Azo'dem.

Azo'dem. Zander pronunció esa palabra cuando me condenó a muerte. Puesto que piensa que soy una asesina, seguramente sea el nombre de su versión del infierno.

–Solo un invocador elemental es capaz de desterrar a un daaknar –me examina detenidamente.

Otra vez esa palabra: invocador. Zander los nombró en el torreón, Annika en el santuario.

Annika.

–¿Logró escapar? La hermana del rey estaba allí aquella noche...

–Mi hermana está bien –me interrumpe una voz grave.

La mujer que me atendía se levanta de la cama y hace una profunda reverencia.

–Majestad. No os esperaba tan pronto.

Trago saliva, conteniendo la oleada de nervios y pavor mientras oigo los pasos que se aproximan, temiendo haber sobrevivido al ataque de un demonio para terminar en la hoguera. No tendría sentido que me curaran las heridas tan solo para verme morir, pero a veces la gente toma decisiones irracionales para aliviar el dolor. Esa lección la aprendí de mi madre.

Zander aparece junto a mi cama. De nuevo está vestido de negro, aunque lleva una chaqueta de terciopelo mucho más regia que la que vestía en el torreón. El bordado de las solapas sugiere unas olas que chocan con las rocas y el hilo ocre hace que destaquen los reflejos dorados de su cabello. Lleva envainadas la espada y la daga.

También lleva puesta una máscara impenetrable e ilegible en la cara.

Soy incapaz de apartar la mirada de este hombre –este rey– con el que se suponía que iba a casarme, que ahora desea verme muerta. Es de día y puedo fijarme en detalles que no se apreciaban a la luz de la luna. Su rostro revela un equilibrio perfecto entre la dureza y la dulzura: la mandíbula cuadrada enmarca unos labios carnosos, los pómulos afilados rodean unos ojos grandes y profundos, y la nariz larga y fina se encuentra con unas cejas bien torneadas.

Aunque soy consciente de que no es lo más prudente, puesto que se podría interpretar como un desafío, le sostengo la mirada que parece estarme

diseccionando. Tiene los ojos claros, de color avellana. Serían bonitos si no contuvieran tanto odio.

—¿Cómo está? —pregunta un instante después.

—La herida está curando bien, alteza.

—Muéstramela.

Resuena como un eco en mi cabeza: fue lo que me dijo en el torreón cuando me exigió que le enseñara la herida del pecho. Al rememorar el contacto leve de sus yemas contra mi piel dolorida, siento un escalofrío que me pilla por sorpresa.

Noto los dedos fríos de la mujer cuando retira las vendas y le muestra mi cuello. La expresión de Zander no me ofrece ninguna información.

—¿Es muy grave? —barboto. ¿Me falta un trozo de carne como a Margrethe? ¿Podré mover el brazo derecho después de que esa cosa me rajara el hombro?

—No tanto como sería lo esperable —responde ella—. Alteza —añade, y tardo en percatarme de que me está hablando a mí.

No soy ninguna alteza, quiero replicar. Solo soy Romeria, Romy como diminutivo. Pero recuerdo quién se supone que soy, quien creen todos que soy.

—¿Por qué no se lo muestras, Wendeline? —sugiere Zander.

La mujer asiente con la cabeza y se aleja. Regresa casi al momento.

Durante ese tiempo, los ojos de Zander permanecen clavados en los míos, como si estuviera esperando un movimiento, una señal, una respuesta tácita a lo que está pensando. Me pone de los nervios y no puedo evitar apartar la mirada.

Wendeline sostiene ante mí un espejo con un marco con elaboradas volutas doradas. Veo mi cara en el reflejo.

Mi cara. La que conozco de toda la vida, cuando esta era normal en East Orange, Jersey, y la que seguí teniendo cuando mi vida pasó a ser cualquier cosa salvo ordinaria. Los mismos ojos azules del color que a Alton le recuerda al mar Adriático, el mismo pelo tan negro como una noche sin estrellas. La misma sombra de pecas en el puente de la nariz, casi imperceptibles.

¿Cómo es posible que sea la misma Romeria que conozco de toda la vida y a la vez esta otra, una princesa de un reino desconocido y extraño?

Viaje a una tierra extranjera.

Sofie no habló demasiado durante el poco tiempo que la conocí, y en aquel momento sus palabras sonaban vagas y sin sentido, pero tengo la inquietante sensación de que las piezas van encajando.

–Me va a llevar un tiempo su sanación; no tengo experiencia con heridas causadas por un daaknar. Me temo que pueden quedar cicatrices –indica Wendeline. Su voz me recuerda que tengo público, uno que me observa atentamente.

Aparto la mirada del rostro que es al tiempo mío y de una extraña e inspecciono las dos heridas punzantes de mi yugular. Solo son dos puntitos, algo que me parece contradictorio tras haber visto aquellos colmillos letales. ¿A qué se refiere Wendeline cuando dice que le va a llevar un tiempo mi «sanación»? Mientras me hago la pregunta, la respuesta ronda por mi mente y acecha desde las esquinas más oscuras. ¿Está hablando de... magia?

–¿Y el brazo? –pregunta Zander.

Wendeline asiente y aparta la tela de algodón de mi hombro. Entonces me doy cuenta de que alguien me ha quitado el vestido de novia manchado y roto. Me resulta desagradable pensar que me han desnudado mientras estaba inconsciente, pero aparto la idea de mi mente: lo hecho, hecho está. Y hay algo que me preocupa mucho más que eso.

El anillo de Sofie.

Respiro aliviada al notar la banda contra la yema del pulgar. No me lo han quitado. ¿Me habrá ayudado de alguna manera contra la bestia? ¿A eso se refería Sofie cuando dijo que me protegería? ¿Sabía que me atacarían?

Zander se fija en mis dedos sin pasar por alto un solo movimiento. Frunce el ceño, confuso, antes de relajar los rasgos. Es un instante fugaz, pero recuerdo que intentó quitarme el anillo.

Wendeline aparta las vendas de gasa del hombro y acerca el espejo.

–Al principio estaba mucho peor.

Tengo cuatro rayas espantosas en la piel –cada una mide por lo menos quince centímetros de largo y tres de ancho–, en el sitio donde la bestia me clavó las garras. Curiosamente, no veo puntos, como sería lo esperable. La carne parece unida sola, sin haberla cosido con aguja e hilo. Puede que sean unas cicatrices horribles, pero podría haber sido mucho peor. Todavía conservo los ojos.

–Retírate –ordena Zander con suavidad. Me recuerda al tono de voz amable que adoptaba Korsakov cuando le pedía a alguien que se fuera. Significaba que iba a cobrarse su venganza y no deseaba que hubiera testigos.

–Majestad... –Wendeline hace una reverencia y se marcha veloz. Oigo el susurro de su capa contra sus pasos rápidos. ¿Será una señal de respeto? ¿Es lo esperable que sus súbditos salgan disparados a cumplir sus órdenes, o es que le tiene miedo?

Es un rey, pero ¿qué clase de persona es? Tanto poder en sus manos, gente que se inclina y obedece de inmediato... Aunque Korsakov inspirara miedo, ni Tony ni ninguno de sus chicos le llamarían jamás algo remotamente parecido a «majestad».

Zander se cierne sobre mí.

—Puedes hablar con libertad.

¿Y decir qué? Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme.

Me enfrento a sus ojos penetrantes.

—No tengo nada que decir.

La comisura de su boca se crispa mientras me mira con curiosidad.

—Annika me dijo que estabas distinta. He de admitir que no me ha pasado desapercibido. Le ordené a la sacerdotisa que buscara signos de la magia elemental que debe correr por tu cuerpo. No hay otra explicación más que esa a que hayas sobrevivido a lo que debería haberte matado dos veces.

—Crees que estoy usando magia elemental.

—No lo sé, pero pienso sonsacarte la verdad —sus dedos fríos se deslizan por mi antebrazo y lo levantan—. Por si acaso tienes alguna ocurrencia, esto te mantendrá a raya.

Frunzo el ceño al ver el brazalete de mi muñeca. Es liso y negro y está ajustado como si lo hubieran hecho a mi medida. Me recuerda vagamente al cuerno de obsidiana negro que me clavó Sofie. No veo ningún tipo de cierre, ni siquiera una junta de unión. Tengo otro a juego en la otra muñeca.

—¿Cómo...?

Me responde con una sonrisa leve que no se refleja en su mirada.

—Islor todavía guarda algunos secretos —me suelta el brazo y se aleja de la cabecera de la cama.

Mi mano, pienso. La que me rajó con la daga. Examino la palma y no veo nada más que una línea tenue donde estaba la herida gigantesca. Abro y cierro el puño tentativamente. Es como si no hubiera pasado nunca.

—Me cortaste —me oigo decir. Lo hizo, ¿no?

—Tú me has hecho cosas mucho peores —suspira—. ¿Qué voy a hacer contigo, Romeria?

Ahora que sé que no me falta medio cuello, soporto el escozor y giro la cabeza para seguirle. El dormitorio donde estoy es una mejora considerable frente a la celda del torreón. Aquí hay papel estampado y retratos adornando las paredes y los muebles llenan las esquinas. Los techos ascienden formando un arco de seis metros

por encima de mi cabeza y la luz del día entra a raudales por tres grandes ventanales. Una de las puertas de cristal está abierta.

Zander se detiene delante.

–Annika me ha dicho que el daaknar iba a atacarla a ella antes de que lo atrajeras hacia ti. ¿Por qué lo hiciste?

–Porque iba a matarla.

No tengo una explicación mejor. No pensé: actué.

–¿Sabías que morirías si te atacaba?

–Ni siquiera sabía que existía esa cosa antes de esa noche. Supongo que consideré que había llegado mi hora.

Gira la cabeza y me echa una mirada inexpresiva por encima del hombro.

–Esperas que crea que no sabías de la existencia de los daaknars.

–Da lo mismo lo que yo crea, porque no vas a creer ni una sola palabra de lo que diga.

Tuerce los labios.

–Por fin sale una verdad de tu boca.

Podría soltar un montón de verdades ahora mismo –que los demonios no son más que alucinaciones del chiflado de mi padre, que la magia no existe salvo en la cabeza de la gente de la secta donde se metió mi madre–, pero ya no estoy tan segura de la veracidad de mis creencias. Una mujer pelirroja en cuyas yemas danzaban las llamas, desesperada por salvar a su marido muerto, ha puesto patas arriba todo lo que creía saber.

Mi padre cree en los demonios. Se ha enfrentado a todos los que le decían que no existían y ya sabemos adónde le ha llevado eso... Es un marginado, un desgraciado que ha quedado en la cuneta de la sociedad. Y yo estoy ahora aquí, en un sitio donde todos parecen creer que existen los demonios y la magia. Tengo cicatrices como prueba de los primeros. ¿Debo negarlo todo y convertirme así en un reflejo invertido de mi padre?

La única certeza que tengo es que hay demasiadas cosas inexplicables dentro de lo que creía saber. Sofie también me lo advirtió.

Las normas del mundo al que estás acostumbrada están a punto de cambiar.

Y en el mundo en el que estoy atrapada ahora mismo, hay reinos por los que se mata, bestias que se alimentan de la gente y magia que no estoy segura de entender.

A saber qué más cosas habrá.

Zander vuelve a centrarse en las vistas.

–¿Cómo lo destruiste?

–Sinceramente, no lo sé. No entiendo nada de lo que me está pasando.

Sofie fue tajante en ese aspecto: no debía revelar mi verdadera identidad a nadie. Pero ¿qué significa eso? ¿Que no soy la princesa de Ybaris, sino una doble que Sofie ha plantado en su lugar en el peor momento? ¿Que no soy de Islor ni de Ybaris y jamás había oído hablar de ninguno de los dos hasta hace nada? ¿Dónde está la auténtica princesa? ¿Qué ha hecho Sofie con su cuerpo?

¿Acaso este es su cuerpo?

Un escalofrío de pavor me recorre de la cabeza a los pies.

No acabo de entender por qué podría ser mucho más peligroso para mí que supieran quién soy, pero no me queda más remedio que creer a Sofie. Tuvo que decirme la verdad porque consideraba que dependía de mi éxito que recuperara a su marido. No correría el riesgo de comprometer a Elijah.

Pero ¿cómo voy a sobrevivir en este sitio si soy la mujer que ha asesinado a los reyes? Con otra versión de la verdad, supongo.

Tomo aire profundamente, sin saber cómo se tomará esto. Probablemente, no muy bien.

–No recuerdo absolutamente nada antes de que despertara en el jardín, la noche que saqué a Annika del río.

La carcajada de Zander resuena en la habitación.

–Inocente por olvido. Qué oportuno. Me pregunto si alguien se habrá acogido a esa defensa como explicación de un asesinato ante un juicio... –hace una pausa dramática–. No, me temo que no. Eres la primera. Enhorabuena –me espeta con tono sarcástico.

Pongo los ojos en blanco.

–Es la verdad, lo creas o no. No recuerdo mi vida en Ybaris. No recuerdo haber venido aquí. No recuerdo haberte conocido, ni nada de lo que pueda haber pasado entre los dos –me arden las mejillas ante lo que sugieren mis palabras.

El silencio se prolonga y contengo la respiración. Le examino mientras aguardo respuesta. Sus hombros anchos se estrechan en la cintura bajo su chaqueta. Recuerdo con nitidez los fuertes muslos apretados contra mis caderas y la dureza de sus músculos contra las yemas de mis dedos. En otras circunstancias –unas muy distintas–, me habría encantado que este hombre se fijara en mí. Ahora desearía poder desaparecer para siempre de su mente, que parece colmada de amargura.

Finalmente, se vuelve. Se apoya en el marco y me mira, cruzando los brazos. Es una postura relajada, pero su expresión de acero la contradice por completo.

–Estás perdiendo talento. Esa mentira tenía las patas muy cortas.

–¿De qué estás...?

–Sofie. ¿El nombre de la que conspiró contigo?

Mierda. Tiene razón. ¿Cómo iba a acordarme de ella si no recuerdo nada de lo que pasó antes de esa noche?

–Mentí –respondo antes de que mi expresión alarmada me delate.

Enarca una ceja, pero no dice nada. Espera a que me extienda.

No me atrevo a apartar la mirada por no parecer culpable.

–Estaba aterrorizada y tú no dejabas de pedirme que te diera un nombre, así que me lo inventé.

–¿Me estás diciendo que no existe esa invocadora?

–Sí; eso es lo que digo –le miento, mientras intento convencerme a mí misma de que podría ser cierto. ¿Sofie será su verdadero nombre? ¿Acaso sé si es una de esas invocadoras o no?

Se queda pensativo un momento.

–Pero alguien te ayudó en Islor. Alguien de la corte o del servicio.

–De ser así, no me acuerdo. No recuerdo quién soy.

Desde luego, no recuerdo nada de esta versión de Romeria.

–Pero recuerdas tu nombre –vuelve a mirar por la ventana.

Mantener esta conversación con Zander y evitar cometer deslices me está costando demasiada energía mental; estoy agotada. El silencio se prolonga y acabo cerrando los ojos. Estoy a punto de quedarme dormida cuando su voz me obliga a centrarme de nuevo.

–Annika asegura que a ti te sorprendió tanto como a ella la presencia del daaknar.

–Ya te he dicho que... –Hasta ahora solo existían en la mente trastornada de mi padre.

–Bien, de acuerdo, nos has demostrado que nada de lo que digas ni hagas es de fiar.

Claro. Cómo no.

–Pero, sean cuales sean tus intenciones, has salvado a mi hermana de una muerte espantosa. Y te estoy agradecido por ello.

Proceso sus palabras, insegura. ¿Le habré oído bien? ¿Un agradecimiento del rey? ¿Cómo de agradecido está? ¿Lo bastante como para indultarme de mi sentencia de muerte? Casi me da miedo preguntar.

–Entonces... ¿ahora qué?

Se queda mirando fijamente en la lejanía.

–Los guardias y sirvientes que te acompañaron desde Ybaris ya han recibido el castigo por su traición. No te has perdido demasiado. Fue rápido y me atrevo a decir que misericordioso.

¿Zander los ha ejecutado? ¿Lo ha ordenado? ¿Se quedó mirando?

Me estremezco ante la visión truculenta de los troncos apilados a la espera de la cerilla o el pedernal o lo que quiera que usen ahí. Pienso en el hedor a carne quemada impregnando el aire.

–Se te ve afectada, teniendo en cuenta que son personas que no recuerdas.

Subo la vista y le descubro mirándome. Se me debe de notar el horror en la cara.

–¿Cómo puedes considerar misericordioso morir quemado vivo?

Los chillidos van mucho más allá de lo que se puede considerar humano.

–A esas alturas, apenas estaban vivos –aprieta la mandíbula–. Y sigue siendo preferible a morir envenenado.

¡Yo no he envenenado a tus padres! Tengo ganas de gritar, pero no serviría de nada. ¿Cómo lo haría la princesa Romeria? ¿Qué usaría? ¿Ricino? ¿Cianuro? ¿Ántrax? ¿Existirán aquí esas cosas? ¿Se lo puso en la bebida? ¿En la comida? ¿Se ahogaron cenando? ¿Estaría presente Zander? Lo que me dijo en la celda sobre mi traición está bastante turbio, y lo poco que recuerdo no me ofrece ninguna pista coherente. Pero no le voy a pedir detalles ahora; hacerle revivir la situación solo aumentará su rabia contra mí, si es que es posible tal cosa. Y qué más da, realmente. Lo único que importa es que está convencido de que yo los maté.

–Mañana, el rey y la reina serán enterrados con los honores correspondientes –traga saliva; es la única pista de que le cueste hablar de la muerte de sus padres–. Después, Islor seguirá adelante, y jamás volveremos a considerar la posibilidad de formar una alianza con los de vuestra clase.

Vuestra clase. Se refiere a los ybarisanos.

Pienso entonces en una muchacha con los ojos azules y unos rizos rubios envidiables.

–¿Qué le pasará a Annika?

–Me desconcierta tu preocupación constante por mi hermana –menea la cabeza–. Me ha traicionado, pero, de no haberlo hecho, tendríamos a un daaknar suelto en mi ciudad. Los daños habrían sido catastróficos. Aún no he decidido su castigo.

Me obligo a hacer otra pregunta.

–¿Y qué me pasará a mí?

–A ti... –extiende la mano y alisa las borlas de la cortina–. No sé cómo, pero te las has ingeniado para destruir y salvar a Ciriliea la misma noche, y dices que no sabes cómo –suspira con fuerza–. Mi pueblo te cree muerta. No veo la necesidad de corregir su error de momento. Y mantener prisionera a la futura reina de Ybaris podría resultarme mucho más provechoso que ejecutarla.

Así que voy a estar prisionera. Hubiera preferido la opción de Annika de conseguir una escolta y la liberación, pero es mucho mejor que la otra alternativa.

Me permito un levísimo suspiro de alivio.

Curva la comisura de la boca, como si lo hubiera captado.

–No tengo el menor deseo de volver a verte en la vida ni de dedicarte un solo pensamiento.

Lo mismo digo.

–Permanecerás en estos aposentos, sola, ahora que no te queda un solo sirviente. Te concederé la dádiva de permitir que la sacerdotisa atienda tus heridas para que no se agraven, aunque sus talentos serían más útiles en cualquier otro sitio. No esperes absolutamente nada más de mí. Pasarás el tiempo aquí, sin amigos, sin aliados, sin poder contar con nadie.

Sola y sin poder contar con nadie: soy capaz de estar así. Llevo años así.

–¿Cuánto tiempo?

–Todo el que considere oportuno. Desde luego, hasta que dejes de hacerte la víctima y justificar tus crímenes en la cómoda niebla de no recordar quién eres ni lo que has hecho –se aparta del ventanal y me mira, con la máscara de piedra perfectamente colocada en la cara–. O hasta que cometas alguna estupidez y decida que no merece la pena el esfuerzo de mantenerte viva. El patio de ejecuciones al pie del torreón no va a irse a ninguna parte.

La amenaza queda colgando en el aire. Allí hay una pira esperándome y la mantendrá como alternativa.

Continúa hablando en el mismo tono gélido y duro.

–No vas a causar problemas. No vas a conspirar contra Islor. Y si le haces daño a un solo isloriano, si tocas un solo pelo a alguien, te mataré yo mismo. Y te prometo que me aseguraré de que no vuelvas a la vida –su mirada se posa en mi cuello y mi hombro antes de recorrer el dormitorio–. Disfruta de tu alojamiento; vas a pasar mucho tiempo en él.

Sale a grandes zancadas de la habitación mientras yo intento respirar despacio para que mi corazón deje de latir como loco.

Una sentencia de prisión indefinida. ¿Qué significará eso? ¿Semanas? ¿Meses? Recuerdo algo que dijo Sofie y sus palabras cobran significado. Podría mantenerme cautiva años. Al menos, no parece tener intención de mandarme de regreso al torreón.

Por precaria que sea mi situación, es mucho mejor que la de hace tres noches. Puede que el rey me odie, puede que siga deseando mi muerte, pero no me ejecutará si no le doy motivos.

Es una mejora.

Capítulo 11

Las campanas anuncian que es mediodía cuando la puerta se abre con un chirrido y oigo unos pasos familiares que se acercan.

—¿Comeréis en la alcoba o en la sala de estar?

Comer en el dormitorio o aquí. Esas son las únicas opciones que tengo a diario. Supongo que podría forzar la situación y hacerlo dentro de la bañera de cobre.

Mis ojos, aburridos, abandonan el ventanal y saludo a Corrin. La criada, muy altiva, está en el umbral con una bandeja. Sé que contiene vino rebajado con agua, un cuenco de estofado sin carne, una rebanada de pan crujiente y una manzana o una pera. Todas las comidas son iguales: solo varía la proporción de verduras hervidas y especias.

—Aquí. Gracias.

Corrin deposita mi almuerzo en una mesita de la esquina. Su falda azul marino se riza contra sus rápidos pasos. Aparte de las breves visitas diarias de Wendeline para atender mis heridas, la menuda sirvienta es la única compañía que tengo. Si es que se le puede llamar así a una mujer que trae comida y ropa limpia mientras me mira con evidente animadversión.

El primer día, con la cara torcida como si estuviera oliendo algo desagradable, me anunció que había sido asignada «por misericordia del rey» para traer comida y llevarse las toallas sucias. Acto seguido, pasó a enumerar todo lo que no estaba dispuesta a hacer: vestirme, asearme, bañarme. Cosas que no esperaba ni quería, pero Corrin tenía una mirada de suficiencia mientras las desgranaba, como si estuviera recitando una notita vengativa: *Estimada princesa caída en desgracia: que os den. Firmado, el servicio.*

Me pregunto qué habrá hecho para que le encasqueten esta tarea tan desagradable para ella.

La satisfacción que sentía solo por seguir viva se ha ido desvaneciendo las últimas semanas. Puede que estas paredes estén adornadas con preciosos papeles

pintados y molduras, pero eso no cambia lo que son: mi prisión. Tengo una alcoba para dormir y cambiarme, una «sala de estar» por donde moverme y un aseo pequeño con un retrete que no sé cómo funciona. Tiene un aspecto primitivo, pero los residuos desaparecen milagrosamente con un remolino de agua al tirar de una cadena. Supongo que debo dar las gracias por no tener que usar un orinal en un sitio donde la gente depende de los candiles como fuente de iluminación.

La puerta está cerrada por fuera y constantemente vigilada. Lo sé porque me he tumbado en el suelo delante de ella y he observado el paso de las botas por la rendija. El guardia diurno da ocho pasos en cada dirección y arrastra ligeramente la punta del pie izquierdo. El guardia nocturno da diez pasos con un leve botecito. Todos los días están los mismos guardias.

Al principio, cuando seguía postrada en la cama por el ataque del daaknar, dedicaba todo el tiempo a imaginar dónde habría un pasadizo secreto para escapar de mis aposentos. Pero he registrado cada pared, cada tablón del suelo, debajo de cada alfombra... y, o está muy bien escondido o, lo más probable, estoy encarcelada en una habitación sin salida.

Soy una prisionera que no tiene la menor idea de dónde está encerrada ni encuentra la manera de conseguir información, por orden del rey: nadie debe fomentar la farsa de mi amnesia respondiendo a preguntas, bajo amenaza de sufrir un duro castigo. Wendeline me lo dijo cuando le pregunté por las esposas de mis muñecas.

De esta forma, continúo siendo una completa ignorante de mi entorno y me dedico a repasar mentalmente una y otra vez lo poco que sé para ubicarme. El único aspecto positivo de todo esto es que estas semanas me he permitido aceptar la idea de que existan la magia y los demonios.

Pero ahora me puede la impaciencia de conocer este extraño mundo, uno que sospecho de veras que no es el mío.

—Regresaré esta noche para preparar el baño y traeré un vestido limpio. —Corrin observa mi camisón con reproche. Últimamente no me lo quito. El algodón amplio es mucho más cómodo y ligero que las pesadas capas de seda y brocado. Además, ¿qué más da lo que me ponga? No voy a ir a ninguna parte—. ¿Se os ofrece algo más?

Sé que está conteniendo la respiración. Siempre me pregunta si quiero algo más y siempre contiene el aliento, como si estuviera rezando para que la respuesta sea «no».

¿Para qué me molesto?

–¿Se podría abrir una ventana, por favor? ¿Solo una? Hace calor por las tardes y agradecería un poco de aire fresco.

Cuando no paseo en círculos, me quedo mirando a través de los cristales el paisaje de las copas de los árboles, y las lejanas colinas y bosques. Las puertas de cristal de los ventanales están cerradas con llave y los paneles pequeños que se podrían abrir están asegurados, aunque no sé cómo ni por qué. Mis aposentos deben de estar a varios pisos de altura, demasiado elevados para poder escapar. Oigo indicios de vida en las plantas de abajo –risas, choque de metales que he acabado deduciendo que son hojas de espada–, pero no veo de dónde proceden.

–Informaré de vuestra petición, alteza.

Esa es su respuesta habitual cada vez que le pido algo: un libro, papel y lápiz para dibujar, acceso al balcón, una comida distinta. Pero no me ha traído ningún libro ni papel, la puerta del balcón continúa cerrada con llave y se me hace bola cada vez que tengo que tragar otra cucharada del guiso insípido de verduras.

Corrin hace el gesto de marcharse.

–¿Podría venir Annika a visitarme?

No pierdo nada por preguntar y estoy deseando volver a hablar con ella. Aunque me deteste, es la única que podría enfrentarse a la voluntad del rey y ofrecerme alguna información.

El ceño de Corrin es inconfundible.

–La princesa está retenida en su ala, cumpliendo penitencia por haberos ayudado.

Así que Zander ha terminado castigando a su hermana. ¿Cuánto tiempo la tendrá encerrada? No tanto como a mí, eso seguro.

La puerta se abre y entra Wendeline con un frasco de pomada. Un brazo vestido con los colores de Cirilea –negro y dorado– cierra la puerta a su espalda. Nunca les he visto la cara a mis guardias; sé que son hombres por las voces, una de las cuales tiene un acento agradable.

–Si no se os ofrece nada más, me retiro, alteza.

Corrin gira sobre sus talones y se marcha antes de que pueda añadir una palabra más. Apenas hace una reverencia ante Wendeline por su prisa en alejarse.

–No sé cómo consigue que esa palabra suene igual que un escupitajo en plena cara.

La sacerdotisa enarca una ceja, interrogante.

–¿Y en qué la habéis ofendido hoy, alteza?

–Me atreví a pedirle que abriera una ventana para que entrara un poco de aire fresco.

Asiente con comprensión.

–Intentad no tomároslo como algo personal. Sencillamente, es más seguro para ella mantenerse distante.

Porque el rey así lo desea. Poca interacción humana. Sin aire fresco. Sin libros. Cero información del mundo en el que me encuentro atrapada. Sin televisión, internet ni teléfono, porque al parecer aquí no existen. Zander no sabe lo efectivo que es su castigo. No me daba miedo estar sola; he estado sola muchos años. Pero me asfixia estar atrapada, sin poder dar un paso fuera de estos muros. Últimamente, lo único que me apetece es echar la cabeza hacia atrás y gritar a pleno pulmón.

–Creo que me odia con toda su alma. No me sorprendería que me envenenara la comida.

Wendeline aprieta los labios y casi oigo lo que no está diciendo: que sería justicia poética, teniendo en cuenta el delito del que se me acusa.

A pesar del poco tiempo que se queda y de que apenas me habla, le he tomado cariño a la sacerdotisa. Su presencia calmada y maternal es como un bálsamo. Lo más importante es que, si me desea la muerte, lo disimula bien. Espero con impaciencia sus visitas diarias.

Se me agolpan las preguntas que querría hacerle, como siempre que la veo. ¿Nació con su poder, o la magia se aprende? ¿Cómo funciona? ¿Quién más la tiene? ¿Qué puede hacer? Pero me muerdo la lengua. Por orden del rey, no puede responderme, pero además me da miedo que mi curiosidad abrumadora y mi ignorancia revelen que soy una impostora en ese mundo.

–¿Qué tal tenéis las heridas? –pregunta.

–Igual. Eso creo.

Tiernas, rojas y doloridas. Se han curado bastante, pero no veo que hayan mejorado gran cosa desde la semana pasada. Aunque mi estómago proteste, ignoro mi bandeja y me siento en la silla de siempre, situada junto a las puertas de cristal. Wendeline insiste en que la luz es mejor ahí.

–Aquí hace calor –murmura, dejando el frasco en una mesita cercana.

–Ojalá hubieran diseñado las puertas y ventanas para poder abrirse –no puedo evitar el sarcasmo mientras desato el nudo del escote del camisón y lo bajo de un lado. Hace mucho que he perdido el pudor.

Se asoma a sus labios una ligera sonrisa de diversión.

–Tal vez vuestra petición sea atendida.

–Ni siquiera le pasará el recado.

–El rey exige que se le informe de todas vuestras peticiones, y Corrin no es tan estúpida como para callarse por despecho.

–¿Quiere saber lo que pido? ¿Para qué?

¿Por la satisfacción de negármelo?

–Es el rey. No tiene que dar explicaciones a nadie. Pero vos y vuestros planes para arrebatarle el trono siguen siendo de gran importancia para él.

Así que no iba a dedicarme un solo pensamiento más, ¿no?

–Pero fracasé, ¿no?

Wendeline me aparta el pelo y observa los dos tenues puntos plateados de mi yugular.

–Quizás le preocupe que podáis enviar algún mensaje a colaboradores en la sombra si, por ejemplo, solicitáis papel y carboncillo.

–Los pedí, pero fue para poder dibujar.

Podría entretenerme durante horas si pudiera dibujar caras y paisajes. Haría que los días monótonos pasaran más rápido.

El roce de sus dedos es tan suave como siempre.

–Su majestad está en una posición delicada. Alguien a su servicio os ayudó a conspirar contra su familia. Su propia hermana os ayudó. Ahora mismo no confía plenamente en nadie.

–Confía en ti.

Me lanza una rápida mirada.

–Lo bastante para que os cure, y nada más.

Y en Corrin: al menos confía en que no llene mi comida de arsénico o de lo que usen aquí para envenenar a la gente. Y en que el guardia nocturno no me corte la garganta mientras duermo.

–Entonces... si te pido algo, ¿se lo dirás?

–Le he jurado lealtad. No deseo provocar su cólera –curva los labios con expresión satisfecha–. Vuestro cuello está curando bien; apenas se notan las cicatrices. Una sesión más y desaparecerán totalmente.

Al menos eso es una buena noticia, aunque soy incapaz de quitarme a Zander de la cabeza. Me dijo que no quería tener nada que ver conmigo –no quería verme ni pensar en mí– cuando vino a informarme en persona de cuál sería mi pena y, sin embargo, recibe actualizaciones diarias sobre mí... Apuesto a que espera pillarme en una mentira, pero, de ser así, lo inteligente sería que me dejara entablar conversación. No hay cosa que afloje más rápido la lengua que sentirse cómodo.

–¿Qué le has dicho de mí hasta ahora?

–La verdad. Que las heridas del hombro son difíciles de curar y que no habéis dado indicación alguna de que recordéis quién sois o lo que habéis hecho –examina las marcas de las garras–. Voy a probar algo diferente. Puede que ayude. Si no... no sé qué otra cosa podría hacer.

Se sienta en una silla a mi lado, abre el frasco y unta el ungüento en los feos cortes.

Inspiro, esperando la suave fragancia floral del bálsamo de siempre, pero mis fosas nasales reciben una peste pútrida.

–Ah... ¿Qué es eso? –aparto la cara, conteniendo las arcadas. Solo hay una cosa que huela peor: el propio daaknar.

Aparecen arruguitas en los bordes de los ojos de la sacerdotisa cuando sonríe.

–Hay muchas cosas que seguramente prefieras no saber, pero una de las más importantes es el *haldi*. El otro día arribó un cargamento al puerto. De milagro pude conseguir este bálsamo de la botica antes de que se acabara.

Me concentro en respirar por la boca mientras frota suavemente mis heridas con las yemas. El único indicio de que le afecte el hedor es el ligero aleteo de sus fosas nasales. Rememoro lo que ha dicho. Ha nombrado un puerto, lo que conlleva barcos. ¿Barcos que vienen de dónde? Al menos eso significa que hay una forma de salir de Islor, si es que alguna vez consigo escapar de estos muros.

Wendeline hoy está mucho más habladora de lo normal, así que me atrevo a tentar a la suerte.

–¿Crees que me dejara salir alguna vez de estas habitaciones?

Hay un silencio antes de que responda y, cuando lo hace, escoge cuidadosamente sus palabras.

–En este momento, muy poca gente sabe que seguís viva. Hay rumores, claro. Preguntas de dónde se hallará vuestro cuerpo y cómo fallecisteis. Muchos chismes y especulaciones. El rey no los ha confirmado ni desmentido oficialmente, haciendo que tanto Islor como Ybaris ignoren el destino de la princesa Romeria.

–¿Y por qué no ha dicho nada?

–Tiene sus razones –responde crípticamente–. Para permitiros salir de estos aposentos, deberían existir un propósito y un motivo: que el reino se beneficiara con el conocimiento de que estáis viva y no muerta. Podría suceder. Con el tiempo, tal vez os conceda libertad dentro de los muros del castillo, acompañada de una escolta.

–¿Y fuera?

–Supongo que sí. Al menos en los terrenos reales.

–¿Y el jardín sagrado? –en cuanto lo digo, me lanza una mirada penetrante–. Annika lo mencionó –miento, esperando que nadie se dé cuenta.

–Os referís al ninfeo.

Mi corazón da un vuelco. *Ninfeo*. ¿Así lo llaman? Sea como sea, es justo donde necesito ir si quiero encontrar la piedra para Malachi. Malachi, que es uno de sus dioses. Voy a robar una reliquia de un lugar sagrado para entregársela a una divinidad. Es contraintuitivo, pero da lo mismo. Haré cualquier cosa por recuperar mi vida, una en la que no esté prisionera ni en deuda con nadie.

–¿Qué tiene de sagrado?

–Ahí es donde... –se detiene con brusquedad, mordiéndose la lengua.

–¿Ahí es donde qué? –indago con la voz más inocente que puedo. No quiero que Wendeline tenga problemas con Zander, pero necesito recoger información si es que quiero librarme de estas paredes empapeladas.

–Es un lugar donde el pueblo de Islor acude en Hudem.

–¿Hudem? –repito, dejando la palabra colgando en el aire como el cebo de un anzuelo.

Tapa el frasco de ungüento.

–La noche de la luna de sangre.

Tanto Sofie como Annika mencionaron esa luna. Debe de ser importante.

–¿Qué es lo que pasa esa noche?

–¿Queréis que el rey me condene a sufrir latigazos?

Pongo una mueca al recordar cómo Korsakov flageló la espalda de aquel pervertido que intentó violarme.

–No... Solo era curiosidad –confío en que mi voz no suene demasiado ansiosa–. Y que me muero de aburrimiento.

Con un suspiro hondo de resignación, se limpia los restos de pomada de los dedos con un paño. Sus uñas siempre me llaman la atención: perfectamente esculpidas y largas.

–Acuden al ninfeo aquellos que desean ser bendecidos con descendencia.

Annika comentó que Zander y la princesa Romeria podrían haber sido «bendecidos» con un hijo.

–La luna de sangre fue la noche del ataque.

–Sí. Una boda real en Hudem. Iba a ser todo un acontecimiento –sus ojos sabios parpadean al mirarme.

Doy por sentado que eso significaba que, tras la ceremonia, habrían ido al ninfeo. Pero la princesa Romeria asesinó a sus padres e instigó una revuelta en la ciudad.

Es imposible sentirse culpable por algo que no has hecho, pero siento un molesto nudo en la garganta.

—¿Cuándo es la próxima luna de sangre?

—Cada tres ciclos de la luna común; abre el cambio de estación con su brillante luz.

La luna común. Debe de ser la segunda luna que estaba alta en el cielo. Pero ¿cuánto durará aquí un ciclo lugar? ¿Lo mismo que en mi mundo? ¿Seguiré aquí encerrada cuando llegue? Miro al techo y rezo para que no sea así.

Como si estuviera leyendo mis pensamientos, Wendeline sigue hablando.

—Si el rey os concediera libertad para salir de estos aposentos, no cometáis la estupidez de intentar huir. Os prometo que no llegaríais muy lejos y yo habría desperdiciado todos mis esfuerzos en vos.

—Porque acabaría en la pira que ha reservado para mí. Lo recuerdo —se me escapa un «monstruo» en voz baja sin poder evitarlo.

—Muchos dirían lo mismo de vos, recordéis o no lo que habéis hecho.

¿Qué pensará de mí Wendeline? Su opinión me importa mucho más de lo que esperaba. Es la única aliada que tengo, y lo más probable es que informe a Zander de cada cosa que digo. ¿Qué pensará del joven rey que me detesta con todo su ser? ¿Será leal a él porque tiene que serlo o porque quiere?

Me gustaría poder hacerle todas las preguntas que se me acumulan desde hace tres semanas. Estoy acostumbrada a depender de mí misma y no confiar en nadie, pero aquí estoy, atrapada entre cuatro paredes, desesperada por encontrar alguna persona que me apoye, que pueda llenar todos los vacíos.

—Quedaos quieta. Y no habléis —me pone la mano en el hombro, cierra los ojos e inclina la cabeza.

Esa apestosa pomada es nueva, pero esta parte del proceso ya me resulta familiar. No por ello lo encuentro menos fascinante ahora que la primera vez. En aquel momento supuse que estaba rezando y que el ligero cosquilleo lo provocaba el ungüento que mi piel absorbía. Pero entonces me acercó el espejo y me mostró las heridas, notablemente más pequeñas y menos rojas, y me percaté de que estaba curándome con su magia. Auténtica magia.

Fascinada, observo las arrugas de su frente mientras se concentra. No soy capaz de calcular el tiempo que pasa —aquí no hay relojes y las campanas solo marcan la

hora–, pero cuando abre los párpados finalmente, distingo el tinte rojo familiar.

–¿Eso no duele?

Niega con la cabeza.

–Me agota. No soy, ni de lejos, tan poderosa como Margrethe. También tenía poderes curativos; podría haberte ayudado más que yo –me mira el hombro y sonríe–. Sí, creo que ha mejorado.

Se levanta de la silla y se arrastra despacio –otro efecto secundario de la curación– hasta el tocador para traerme el espejo de mano.

Margrethe era la suma sacerdotisa; doy por sentado que es un título importante.

–¿Ya la han sustituido?

–No. No es... posible.

–¿Cuántos hay como vosotros en Islor? Invocadores, digo.

–Muy pocos. Es un viaje muy largo y muchos no están interesados en correr el riesgo.

–¿Por qué no?

–Porque no.

Corta la conversación en seco como si me cerrara una puerta. Levanta el espejo frente a mí y examino mi reflejo. Las marcas no se han reducido demasiado, pero la piel está mucho menos roja e irritada.

–Siento no haber podido hacer más. Con suerte, las cicatrices se volverán plateadas. Pasarán a ser casi invisibles a determinada luz.

Lo dudo muchísimo. Jamás podré ponerme una camiseta de tirantes ni un bañador sin llamar la atención –si es que alguna vez salgo de este infierno, claro–. Sin embargo, están mucho mejor que antes. Estiro el brazo por encima de mi cabeza. Lo noto un poco rígido, pero el dolor ha desaparecido.

Wendeline tapa el frasco mientras me coloco el camisón.

–El bálsamo seguirá haciendo efecto durante la noche. Por mucho que os tiente, no lo retiréis al bañaros. Actuará mientras dormís; podéis quitároslo por la mañana –asiente para sí misma mientras recoge sus cosas, como si estuviera satisfecha–. Muy bien. Cuidaos, alteza.

–Romy –corrijo, como lo hago a menudo cuando me llama así. Pero su despedida es distinta esta vez. Normalmente no hace una reverencia tan profunda–. ¿Te veo mañana?

Su mirada dubitativa me dice la respuesta antes de que abra la boca.

–Si el rey lo considera pertinente, pero os he sanado lo mejor que he podido. No creo que mis habilidades puedan mejorar lo presente.

Si Wendeline no regresa, me quedaré sin más compañía que la de Corrin y los pasos de los guardias. El pavor me reconcome las entrañas.

—¿Y qué pasa con mi salud mental? ¿Es que el rey no se da cuenta de que estoy perdiendo la cabeza encerrada aquí dentro?

Soy incapaz de evitar el tono hiriente de mi voz. Espero de veras que le transmita esa pregunta; a lo mejor le satisface saber que su castigo funciona, lo bastante como para ceder un poco.

Los ojos de Wendeline vagan hasta las ventanas selladas. Su rostro muestra un ceño profundo.

—No es el monstruo que pensáis que es.

Lo dice una mujer a la que no ha hecho prisionera.

—Ejecuta a la gente. La quema.

La experiencia me enseña que ese tipo de personas son monstruos. Todos.

—¿Vos no lo haríais?

—No. Yo no soy mi... —Me muerdo la lengua. Mi madre. Salvo que ya no hablamos de la Romeria que vivía en Nueva York.

—Su majestad hizo lo que haría cualquier rey o reina en esa situación. Vuestros padres han ejecutado a traidores por mucho menos —arquea las cejas como si me estuviera retando a que la desafiara, como si supiera que es incontestable—. Como reina, vos también lo haríais.

Lo primero que ha dicho me recuerda a lo que comentó Annika en el santuario. Hasta ahora, he averiguado que el padre de la princesa Romeria, el rey de Ybaris, fue quien arregló su matrimonio con Zander, con la supuesta intención de alcanzar la paz entre los dos reinos, pero en realidad ella conspiró con un isloriano llamado Lord Muirn para tomar el trono con un ejército rebelde. Alguien más —estrechamente relacionado con la familia real— la ayudó. Y el día en que iban a casarse, cuando todo el mundo estaba concentrado en la boda y los enemigos podían entrar tranquilamente por las puertas, ejecutó su plan. Obviamente, no todo salió como estaba previsto.

Lo que sigo sin entender es por qué la princesa quiso asesinarlos, para empezar.

Escojo con cautela mis palabras.

—¿Por qué iba a hacer yo esas cosas horribles de las que se me acusa?

—¿Por qué motivo, cuando cae un reino, otro se levanta?

—¿Conspiré para eliminar al rey y a toda su familia con el objetivo de obtener el trono de Islor?

Al que estaba ya destinada como prometida de Zander. ¿Puede que la princesa no quisiera tener que compartirlo? Pero si Zander está en lo cierto, ella le prometió a Lord Muirn que se casaría con él, así que habría tenido que compartir igualmente. No tiene sentido.

Wendeline deposita de nuevo el frasco en la mesa y se acerca a mí.

—Desde que erais niña, os enseñaron que los islorianos eran el enemigo. Sé lo que es eso: haber mamado el odio sin entenderlo. Es lo mismo que me enseñaron a mí en Mordain. Puede ser difícil aceptar que estabais equivocada durante todo este tiempo sobre un pueblo entero, pero los islorianos no son diferentes a vos ni a mí. Todos deseamos dormir en paz en nuestra cama y proteger a nuestros seres queridos —me ata los cordones del camisón sin prisa ninguna—. Admito que tuve miedo cuando dejé mi hogar y vine hasta aquí. He hecho mi vida aquí, junto a ellos. Pero Ybaris jamás ha intentado entenderlos ni aceptarlos en todos los siglos que han pasado desde la Gran Grieta. Es un pueblo que desciende de la misma sangre élfica que corre por vuestras venas, y aun así los habéis tachado de demonios y desterrado de vuestras tierras.

Me hormiguea la piel. ¿Lo he oído bien? ¿Élfica? ¿Ha dicho élfica? ¿Está hablando de elfos?

¿Me está diciendo que no estoy rodeada de humanos sino de elfos? ¿Que la princesa Romeria no era humana?

Wendeline no parece percatarse del shock que me acaba de provocar.

—Cuando os vi, a vos y al rey, lo unidos que estabais, esperaba... —la frase muere con un suspiro.

Esperaba que estuviéramos realmente enamorados y que nuestro matrimonio pusiera fin al conflicto que sea que haya entre los dos reinos y pueblos, como deseaba Annika.

Elfos.

—Los mortales de Islor han aprendido a coexistir con los inmortales y, aunque todavía haya fricciones, la corona ha dado muchos pasos hacia delante —se muerde el labio inferior, pensativa—. Si abrierais vuestro corazón y vuestra mente, veríais que no son los bárbaros desalmados que nos enseñaron. De hecho, podríais encontrar incluso lazos que os unan a ellos.

Elfos.

Inmortales.

Me obligo a no perder el hilo, aunque mi cabeza no deja de dar vueltas con los nuevos datos.

–¿Encontrar lazos con ellos, desde una celda bajo la amenaza constante de una condena a muerte?

Vacila y baja la voz.

–No sé cómo, pero matasteis a un daaknar. Hasta la fecha, sois la única de todo Islor capaz de hacer eso.

La gente tiende a mantener vivos más tiempo a aquellos que les resultan útiles.

Las palabras de Sofie resuenan con eco en mi mente.

–Soy más útil viva que muerta.

Wendeline me lo confirma con una mirada cómplice.

–Consolaos con eso.

De nuevo recoge sus pertenencias.

–Gracias –le digo–. Por todo. Has sido muy amable conmigo.

–Creo –frunce los labios– que ahora que estáis prácticamente curada, recuperaréis cierta libertad. Pero cuando suceda, no esperéis encontrar ningún aliado entre estos muros.

–Ya...

Una advertencia no demasiado sutil de que no debo confiar en nadie. Tal vez ni siquiera en ella.

–Ah, ¿Romeria? –se detiene en el umbral de la sala de estar y me doy cuenta de que es la primera vez que me llama por mi nombre–. Asume que el rey siempre va un paso por delante de ti. Que te está escuchando atentamente.

Me lanza una última mirada dura y se marcha.

Esa noche me dedico a dar vueltas y más vueltas sin conseguir dormir del tirón. La peste del ungüento de Wendeline me satura el olfato y me quema las heridas mientras los elfos y los demonios me atormentan en sueños.

Pero lo que hace que me despierte de golpe, jadeando, es una figura alta y regia que siento cernirse sobre mí. Recorro con la mirada todos los rincones oscuros de la estancia, pero no veo a nadie.

Y, sin embargo, mucho después de cerrar los ojos, siento la presencia constante de la sombra de un rey.

Me despierto cuando llaman a la puerta de mi alcoba. Un instante después entra Corrin.

–¿Estáis enferma? –pregunta sin un ápice de preocupación.

–No he dormido bien –respondo, aturdida. La observo mientras deposita la bandeja de comida en la mesita de la esquina y me pregunto qué será ella. Supongo que no una invocadora como Wendeline. Parece humana, pero también lo parecen todos los demás, y ahora sé que algunos de ellos son elfos.

Bárbaros desalmados, sea lo que sea eso. Puede que Corrin sea seca, pero yo no la llamaría bárbara.

He leído muchísimas historias y he visto un montón de películas de criaturas fantásticas, suficientes como para que la sola palabra provoque un aluvión de características que dan para pensar hasta la madrugada: desde rasgos afilados y vidas anormalmente longevas hasta soberbia y maquiavelismo, pasando por velocidad sobrenatural y poderes vinculados a la naturaleza. Pero me resulta difícil aplicar la fantasía a la realidad. Wendeline habló de inmortales, pero todos daban por sentado que la princesa Romeria estaba muerta, así que inmortal no significa imposible de matar. Y aún no he visto ningún apéndice con forma extraña. Todo el mundo parece humano.

Yo incluida.

¿No se supone que yo también soy un elfo?

Pero no lo soy. Soy humana. Mis miembros, mi rostro, mis pensamientos... son miembros, rostro y pensamientos humanos. Es todo lo que conozco, así que ¿cómo voy a distinguir las diferencias en los demás?

¿Y cómo es posible que Wendeline todavía no haya descubierto lo que soy? Lleva semanas curando mi cuerpo. ¿Es que su magia no nota diferencias entre especies?

A no ser que... De nuevo pasa por mi mente la idea insidiosa de que este no es mi cuerpo sino el de la princesa Romeria resucitada. No deja de rondarme la mente; es la única explicación posible.

–El rey solicita audiencia con vos –informa Corrin mientras deja una taza de agua en mi mesilla de noche. Se detiene en seco, olfatea el aire y pone una mueca–. ¿No os bañasteis anoche?

–Wendeline me dijo que no me quitara el bálsamo –le explico, distraída. *¿Zander quiere hablar conmigo? ¿Por qué ahora?* Fue tajante cuando me dijo que no quería volver a verme jamás.

–Venga, debemos darnos prisa. No podéis presentaros ante el rey en camisón y apestando a pescado podrido –aparta las cortinas y parpadeo con la luz cegadora del sol. Es la primera vez, desde que me encerraron aquí, que no estoy despierta desde el amanecer, paseando en círculos.

Uno tras otro, abre los paneles de las ventanas y las risas apagadas llenan mis oídos, claras y estridentes. No muy lejos cantan los pájaros.

Con un rápido giro de muñeca, abre de golpe las puertas del balcón. Me quedo momentáneamente estupefacta.

–¿Cómo has hecho eso?

–Girando el pomo, alteza.

He batallado contra los pomos de las puertas por lo menos cien veces y no han cedido lo más mínimo.

Pongo los ojos en blanco sin que me vea, pero noto un reconfortante calor en el pecho. Zander ha debido de aprobar mi petición.

–Os prepararé la bañera. Cuando hayáis terminado de lavaros bien, poneos el vestido azul que os he traído. Debería cubrir totalmente las cicatrices para que nadie las vea mientras os escoltan.

Aunque sé que mis heridas no son nada agradables a la vista, el comentario afecta bastante a mi autoestima.

–Dejad el camisón en el cesto y lo echaré a lavar. Si es que se puede salvar –murmura en voz baja.

Se marcha tan rápido como entró.

Salgo de la cama y me acerco a las puertas. El sol está en lo alto del cielo y abrasa la piedra del balcón, pero apenas noto el calor en mis pies descalzos. Estoy demasiado pendiente de la maravilla que se abre ante mis ojos.

Llegué a Cirilea en plena noche y lo poco que vi de la ciudad fue oculta bajo capuchas y mantas, pasando por túneles y escaleras sombrías. Ni siquiera había vislumbrado el castillo en el que estoy encerrada, más allá del torreón frío y de las paredes de papel pintado.

Lo que diviso va más allá de mi imaginación.

La piedra del color de la arena dorada se alza en muros esculpidos con innumerables arcos ojivales. Hay múltiples torreones que se elevan hacia el cielo, y

las agujas –cuento doce desde donde estoy, pero seguramente haya más– están coronadas con pináculos de color granate intenso, con detalles negros que contrastan. Los ventanales son enormes, abundantes y decorados con patrones geométricos labrados por la mano experta de un artista.

Si estoy midiendo bien la posición del sol, me encuentro en el tercer y último piso del ala este; por la altura de los techos, parece que estoy muy elevada. Al otro lado de la sección central hay un espejo de la misma ala en la que me encuentro. Solo la última planta tiene este tipo de balcones circulares, soportados por un complejo sistema de arbotantes de piedra. En este sitio debe de haber cientos de habitaciones.

Asombrada, aparto los ojos del castillo y me concentro en el terreno. Parece más bien un parque botánico muy cuidado que se extiende en la lejanía; la mayor parte queda oculta por el follaje. Los intricados caminos de piedra serpentean entre los árboles frondosos, bajo enrejados de visterias, junto a los estanques y sobre puentes decorativos. Sería fácil perderse ahí, incluso aunque no hubiera un laberinto de cedros.

La muralla por donde escapé la primera noche lo rodea todo, y al otro lado, tras el collado, ondean colinas verdes, exuberantes de vegetación. El bosque espeso llega hasta donde alcanza mi vista. La ciudad de Cirilea se debe encontrar al otro lado del castillo.

Y en alguna parte de este sitio tiene que estar el ninfeo.

Respiro hondo. Hay un aroma ligero y familiar en el aire que soy incapaz de identificar.

Oigo un grito seguido de un entrechocar metálico. Busco su origen. En un patio situado a mi derecha están luchando con espadas. Los cuerpos ágiles son masculinos en su mayoría, aunque distingo las curvas de varias mujeres. Se enfrentan por parejas en una danza compleja y hábil, y las hojas refulgen a la luz del sol; no están entrenando con espadas de madera.

Sonrío mientras admiro su destreza y su arrojo. Eso requiere mucho más talento que apuntar y apretar el gatillo y puede ser tan letal como una pistola, como Sofie demostró en el almacén. Aunque no envidie sus dotes de asesina a sangre fría, no me importaría aprender a lanzar una daga para defenderme.

Deben de practicar a menudo. ¿Serán los guardias reales? ¿Tal vez nobles? ¿Vivirán dentro de esos grandes muros? Estas habitaciones deben de estar ocupadas por alguien más que por Zander, su hermano, su hermana y los desafortunados prisioneros como yo. Una sola de las alas podría albergar a muchas familias.

Vuelvo a observar el castillo. En el balcón palaciego que da al patio de entrenamiento hay un hombre con el cabello dorado bajo el sol, vestido de negro, apoyado en la barandilla.

A pesar de la distancia, sé que es Zander y, aunque parece pendiente de la acción que se desarrolla a sus pies, el instinto me dice que no está atento a eso.

Wendeline dijo que debía de haber un motivo para permitirme salir de mis habitaciones y que la gente sepa que sigo viva. Me van a escoltar a alguna parte, lo que significa que me verán. ¿Qué tendrá planeado para mí?

La breve emoción de la victoria por haber conseguido que me abrieran las ventanas se esfuma. Regreso al interior y me preparo para lo que me reserve el futuro.

Mantengo los dedos ocupados toqueteando las diminutas flores bordadas de mi falda mientras el guardia me conduce por tramos de escaleras y pasillos aparentemente infinitos. Intento mantener la compostura mientras soy testigo de la opulencia del castillo. Los suelos de mármol oscuro, en tonos que van del carbón intenso al negro como un pozo sin fondo, relucen a la luz de los gigantescos candelabros que mitigan la oscuridad interior y contrastan con la brillante luz del sol al otro lado de las ventanas. Los pilares dorados se encuentran con techos abovedados decorados con inmensos frescos que captan toda la atención.

Las voces y las pisadas resuenan cavernosamente, y allá por donde vamos, la gente nos mira y nos sigue entre susurros. Al menos los sirvientes son discretos, pero la nobleza –supongo que lo es, a juzgar por su ropa de seda de vivos colores y las joyas relucientes de los puños de sus espadas– se nos queda mirando sin recato.

Supongo que me he ganado a pulso la notoriedad, teniendo en cuenta quién creen que soy y lo que piensan que he hecho. O es probable que lo que les llame la atención es que me creían muerta. De pronto agradezco que Corrin me trajera un vestido que ocultara todas mis cicatrices. El bálsamo maloliente ha hecho maravillas de noche, como me prometió Wendeline, pero las marcas de garras del hombro no son ni mucho menos invisibles, y me temo que mi autoestima tardará en recuperarse y aceptarlas. No me gusta recibir tanta atención, pero no puedo evitarla, así que mantengo la barbilla alta y les devuelvo la mirada.

¿Qué serán?

¿Humanos?

¿Invocadores?

¿Elfos?

¿Cómo voy a saberlo? Todos son iguales que yo.

¿Y qué tienen los islorianos –de sangre élfica– para que los ybarisanos los odien? ¿Por qué Ybaris los expulsó de su tierra? ¿Tendrá algo que ver con su iglesia y los dioses que adoran? No es nada raro que las creencias conduzcan a tensiones y guerras. Una Gran Grieta, como la llamó Wendeline.

Algunos de los criados se inclinan a mi paso. Me doy cuenta de que llevan el mismo pendiente que Corrin: un aro de oro de casi tres centímetros de diámetro que perfora la concha de la oreja derecha. Tiene un símbolo grabado, pero Corrin nunca se me ha acercado lo bastante como para distinguir lo que era.

Me doy cuenta de que no solo los llevan los criados. Varios hombres y mujeres ricamente vestidos también tienen el cartílago perforado de la misma forma.

El guardia que me acompaña –un hombre alto y delgado, de piel morena, con el pelo oscuro y rizado– me recuerda mucho a un voluntario que conocí en un comedor de beneficencia, Becks, un director de banco que repartía comida a los necesitados el primer domingo de cada mes. Siempre me reservaba una sonrisa amplia y doble ración.

Sin embargo, este hombre no ha sonreído ni una sola vez y no aparta la mano de la empuñadura de su espada mientras me vigila por el rabillo del ojo, como si esperara que me fugara o le fuera atacar en cualquier momento.

¿Será humano o elfo?

Sus profundos ojos castaños se vuelven hacia mí y me percato de que le estaba mirando fijamente.

–¿Cuánto falta? –pregunto, y, aunque por una parte preferiría caminar eternamente y no llegar nunca a nuestro destino, por la otra deseo fervientemente haber terminado esta audiencia.

–Unos treinta pasos, alteza –responde educadamente, y me fijo en su acento. *Puede que no todos me odien tanto como Corrin*, pienso. Decido comprobarlo.

–Has tenido mala suerte, ¿eh?

Frunce el ceño.

–Disculpad, no entiendo a qué os referís.

–Te toca estar delante de mi puerta todas las noches, por lo menos doce horas seguidas. Normalmente cambia el turno a las siete, pero aquí estás, escoltándome.

Un horario muy largo. ¿El rey no considera que dormir sea necesario?

Deja de marchar de forma firme y vacila un poco.

—¿Cómo sabéis que soy yo?

—Caminas dando unos pequeños botecitos y siempre llevas las botas relucientes, no como el guardia diurno.

Tras un instante, me fijo en que sube las comisuras de los labios. ¿Me estará imaginando con la cara pegada al suelo? Es la única forma de haber captado una cosa tan insignificante como la forma de caminar y el pulido de los zapatos estando encerrada en una habitación.

Inclina la cabeza.

—No os preocupéis; pronto me tocará el descanso, alteza.

Nos detenemos frente a dos guardias de aspecto sombrío que vigilan un vestíbulo. El de la derecha se gira y nos conduce escaleras abajo, donde hay unas puertas dobles tras las que se oye una voz enfadada.

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos cuando el guardia empuja las puertas.

—¡Quiero un nombre! —ruge Zander—. ¿Cómo es posible que no tengamos ni eso?

Me encuentro en una estancia de techos elevados, circular y sin ventanas, rodeada de rostros hostiles.

—Lo encontraremos pronto, majestad —Boaz inclina la cabeza con tono de disculpa, aunque le esté prometiendo solucionar el problema.

El rey de Islor se cierne sobre una mesa redonda, con las palmas extendidas sobre un mapa enorme, el pelo castaño revuelto y los dientes apretados de cólera y frustración. Cuando sube la vista y me taladra con la mirada, me cuesta contener el escalofrío. Hacía semanas que no me enfrentaba a él y me invade un torbellino de ansiedad, miedo y confusión que casi me corta la respiración.

Mi guardia se inclina antes de retirarse y dejarme frente a dos personas que no había visto antes y desearía no volver a ver.

Me obligo a enderezar los hombros ante sus ojos duros. Debo de estar ante su consejo de guerra, como lo llamó Annika. Además de Zander, hay tres personas presentes. Dos van vestidos de negro y dorado y la mujer va forrada de cuero rojizo de la cabeza a los pies. Su cabello trigueño está recogido en tres gruesas trenzas que le llegan hasta la cadera, y tiene una cicatriz larga y fina junto al nacimiento del pelo, desde la mitad de la frente hasta el lóbulo de la oreja derecha.

Un hombre robusto con el pelo dorado muy corto y rizado se encuentra a su izquierda. Parece joven; no creo que tenga muchos más años que yo.

Ninguno de ellos parece contento de verme.

–Princesa Romeria, cuánto me alegro de que nos honréis con vuestra presencia –Zander se yergue en toda su estatura. Les saca una cabeza a todos los presentes salvo a Boaz–. Confío en que el alojamiento sea de vuestra entera satisfacción –crispa el borde de la boca.

Si Wendeline le trasmitió mi súplica de que continuara yendo a verme, debe de saber perfectamente que me dedico a pasear en círculos en mi «alojamiento» como un animal enjaulado. Está jugando conmigo por pura diversión, lo que le convierte en un cabrón. Sin embargo, permitió que me abrieran las ventanas y las puertas del balcón.

Y puede hacer que vuelvan a estar cerradas.

Reprimo el impulso natural de replicarle algo no precisamente educado. No estoy tratando con Tony ni con otro de los matones de Korsakov.

–Están bien, gracias.

–¡Te dirigirás al rey con respeto! –ruge Boaz, con la cara roja de ira. No le había visto desde que me encerró en el torreón, y habría sido fantástico no volver a encontrármelo jamás.

Zander hace un aspaviento desdeñoso.

–Descanse, capitán. Ha olvidado lo que es el decoro debido a su reciente pérdida total de memoria. Se rumorea que ha empezado a pasearse por su balcón en camisón.

Unas risas burlonas llenan la estancia y noto que me ruborizo. Se está burlando de mí, haciéndome quedar como una estúpida.

–Confío en que la criada que escogí para vos satisfaga todas vuestras necesidades –continúa–. Es una de las mejores.

Eligió a la más borde de todo el castillo y seguramente le dio carta blanca para que me tratara a patadas.

–Es absolutamente encantadora, majestad.

No pretendía que el título sonara tan hostil, pero admito que me produce muchísima satisfacción. No me extraña que Corrin me haga lo mismo continuamente.

Algo siniestro brilla en los ojos de Zander, y me arrepiento al instante de la fanfarronada. Boaz hace el gesto de cargar hacia delante.

–Déjalo –la orden tajante de Zander corta el aire como un cuchillo y Boaz se para en seco–. Tenemos asuntos más urgentes de los que ocuparnos.

El capitán me fulmina con la mirada y aprieta los puños, pero se queda en el sitio. Apuesto a que está imaginando cómo me atraviesa el corazón con otra flecha. Me detesta con todo su ser. El sentimiento es mutuo.

Zander toma un rollo pequeño de papel de la mesa y lo estira con dos dedos. Desplegado es mucho más largo de lo que parecía.

—El rey Barris ha muerto —lee en voz alta.

Todos se me quedan mirando, esperando una respuesta. Claramente debería significar algo para mí.

—Eso es... ¿una lástima? —termino por decir.

Zander tuerce la cabeza y su expresión muestra curiosidad.

—¿Te informo de que tu padre ha muerto y la respuesta es que es «una lástima»?

El rey Barris es el padre de la princesa Romeria. El rey de Ybaris. Vale. Tiene sentido.

—Desalmada —masculla Boaz entre dientes.

Me entran ganas de contestar que seguramente mi padre esté acurrucado en una calle asquerosa de Nueva York, gritándole a la gente que existen los demonios, pero me muerdo la lengua y espero, con la esperanza de poder obtener información de lo que sea que vayan a acusarme. Así es como funcionan todas las conversaciones que estoy teniendo.

—Supongo que el rumor de que lo odiabas era cierto, a pesar de lo que me dijiste una vez —el rey arroja el papel a un montón—. ¿Ni siquiera tienes una pizca de curiosidad por saber cuándo murió? ¿Cómo? ¿Debo asumir que no es una noticia nueva para ti?

—No. A ver, sí, por favor, cuéntamelo. —Cualquier cosa que diga podría resultar útil para saber dónde estoy y cómo salir de aquí. Prácticamente oigo el rechinar de las muelas de Boaz, así que concluyo mi petición con un tardío «majestad» en un tono más conciliador que antes.

—Murió el mismo día del ataque a Cirilea. Una hoja letal en el corazón. Mucho más rápido que morir envenenado con merth licuado.

La cuerda de plata que tenía atada Annika. Así la llamó: merth. La princesa mató con eso a los padres de Zander, entonces. ¿Se lo comieron? ¿Lo bebieron? ¿Los asesinó la punta de una daga envenenada? Supongo que no importa. Cualquier opción es espantosa.

—Esta noticia, por supuesto, arroja una nueva luz sobre la situación —sus pisadas resuenan en la sala mientras pasea en torno a la mesa—. El hecho de que el rey Barris, quien forjó la alianza entre Ybaris e Islor, fuera trágicamente asesinado el

mismo día que el rey y la reina de Islor mientras que la reina Neilina permanece indemne, indica que tu padre tenía intención de cumplir el acuerdo. Tu madre, sin embargo, tenía otros planes –percibo un aroma dulce a madera cuando se acerca a mí y se detiene justo delante–. ¿Lo planeasteis juntas, o acatabas sus órdenes sin más?

La muralla de músculos de su pecho, demasiado cercana para mi gusto, me obliga a subir la vista y enfrentarme a sus ojos gélidos.

–¿Cuál era el plan? –insiste–. ¿Que ella gobernaría Ybaris y tú Islor? ¿O acaso quería reinar sobre ambos como la tirana ávida de poder que es?

A su espalda, Boaz cambia el peso de una pierna a otra, con la mano en la empuñadura de la espada, como si se preparara para defender a su rey de mí, de una mujer desarmada enfundada en un vestidito azul cielo.

Trago saliva mientras crece la tensión en la sala.

–No puedo...

–Ya, ya. No puedes recordarlo; no se me ha olvidado –me corta Zander con tono aburrido y desdeñoso; se gira y sigue paseando en círculos–. Evidentemente, tu madre asegura que Islor es culpable de la muerte de su amado esposo Barris, que misteriosamente fuimos capaces de cruzar la Gran Grieta hasta Ybaris y lo asesinamos para romper una alianza que no deseábamos. También clama que te hemos matado a ti –resopla–. Irónico, ¿eh? Corre el rumor de que nos hemos negado a entregarle el cuerpo para el entierro, como sería lo civilizado, pero claro, los islorianos somos tan bárbaros e incultos que hemos profanado tu cadáver de manera brutal. La reina está usando su inmensa red de espías y mensajeros para difundir como la peste estas mentiras por todo Ybaris y encender el odio contra todo y todos al sur de la Grieta. Sin duda, su ejército se duplicará en muy poco tiempo.

De pronto hace clic en mi cabeza lo que está insinuando.

–Crees que la reina hizo que mataran al rey.

–Dicen que Neilina es fría y astuta. Y me hace pensar que en esta ocasión es cierto lo que se comenta de que el fruto nunca cae muy lejos del árbol –me echa una mirada desagradablemente lúbrica–. Desde luego, explicaría por qué el comandante de su ejército está calentando su lecho apenas quince días después de la muerte de su marido.

Abro los ojos de par en par ante el detalle libidinoso. ¿La reina madre tiene una aventura con el lord comandante de la guardia real a espaldas de su marido el rey?

–Por favor, dime que no es su hermano gemelo –murmuro entre dientes.

–¿Perdón? –pregunta Zander, enarcando las cejas.

Carraspeo.

–Nada.

Abre la boca para decir algo y la cierra mientras revuelve los papeles con los dedos sin objetivo alguno, perdido en sus pensamientos. Me doy cuenta de que deben de ser mensajes. Hay algunos doblados, con lacres de cera de distintos colores. Correspondencia oficial del rey. También hay rollos diminutos que seguramente hayan ocultado espías en mangas, bolsillos y zapatos. ¿O tal vez los ataron a las patas de palomas mensajeras? Siempre me ha intrigado que se pueda entrenar a un pájaro para mandar mensajes secretos.

–¿Quién colaboraba con tus soldados en Islor? –pregunta la mujer con tono áspero. Es la más menuda del grupo, pero no la menos amenazadora: sus brazos musculosos imponen y su chaleco de cuero tiene un montón de desgarros cosidos.

Intento hacer memoria.

–Creo que era Lord Muirn.

¿No se llamaba así el hombre con el que me acusan de conspirar?

–Y, sin embargo, sabemos que hay otra persona que continúa reclutando a islorianos y poniéndolos en contra del rey –interviene Boaz–. Puede que trabaje con los ybarisanos, con los que consiguieron huir de Cirilea esa noche.

Recuerdo al hombre que intentó ahogar a Annika. ¿Será ybarisano o isloriano? ¿Humano o elfo? Era fuerte: lanzó a Annika con la roca por encima del murete del puente con una facilidad sobrehumana, así que... ¿elfo? ¿Y cuántos más de los míos habrá por ahí?

Por eso Zander se subía por las paredes cuando entré en la sala. Sigue habiendo alguien que amenaza su trono. Supongo que es normal: siempre hay alguien queriendo ser rey.

Niego con la cabeza.

–No tengo ni idea.

La mujer frunce los labios en una sonrisa maligna.

–Quizá encontremos alguna idea si buscamos un poco más hondo. Tal vez tengas la respuesta a flor de piel, justo debajo. Aparecerá cuando la arranquemos a tiras de tu carne.

–Basta de amenazas huecas –interrumpe Zander con un suspiro hondo, aunque la mirada fría de la mujer sugiere que su amenaza era cualquier cosa menos hueca–. ¡Elisaf! –grita.

La puerta se abre con un chirrido y, un instante después, entra mi guardia nocturno y se pone en posición de firmes a mi lado.

–Su alteza ya me ha entregado toda la información que puede o quiere darme. Llévala de regreso a su celda –ordena el rey antes de concentrarse de nuevo en el mapa, con el ceño fruncido.

Está claro que le preocupa este problema y esperaba que yo le arrojara algo de luz. Pero podría haber ido a mis habitaciones a preguntar; no hacía falta que me hiciera desfilar por todo el castillo, revelando que la princesa Romeria continúa viva: esa es una carta que Wendeline me dijo que solo jugaría cuando fuera necesario. Entonces, ¿hay otras razones para haberme traído hasta aquí?

Elisaf hace una genuflexión e inclina sutilmente la cabeza en mi dirección, indicándome que le siga. Mucho más civilizado que lidiar con los desplantes de un tipo como Boaz.

Pero hay algo que me ronda la cabeza. Vacilo; me debato entre salir de aquí lo más rápido posible o proporcionarle algo de información que a lo mejor sirva para ganarme su favor.

–¿Existe algún sitio llamado... Lindor? ¿Algo parecido?

El nombre me recuerda a la marca de chocolate.

Los ojos carentes de emoción de Zander se clavan en los míos.

–¿Lyndel?

–Puede ser, sí.

Entrecierra los párpados.

–¿Y bien?

–El hombre que intentó ahogar a Annika...

–¿El retoño?

–Sí, eso. –Tengo que averiguar qué significa–. Bueno, me conocía, y mencionó ese sitio.

–¿Por qué?

Me encojo de hombros.

–Me dijo que fuera a Lyndel, después tiró a tu hermana por el puente y salió corriendo.

Zander cruza una mirada con Boaz.

–Me cuesta creer que Lord Telor haya traicionado así a la corona. Siempre ha sido leal.

–Lo mismo digo –el ceño del capitán se vuelve pensativo–. Pero alguien está ayudando a los ybarisanos. Alguien está siendo desleal. Ya hemos registrado las

tierras de Lord Muirn. Nuestros espías no han visto nada en Kettling. Tenemos que buscar donde menos lo esperamos. Lyndel se encuentra bastante cerca de la cordillera; podría albergar docenas de traidores en ese baluarte. Y sus hombres son formidables. Si no contamos con su apoyo en la Grieta, es mejor saberlo cuanto antes –sus ojos se posan en mí–. También podría ser una trampa, aunque la princesa sería una estúpida si intentara algo parecido, teniendo en cuenta que está encerrada aquí.

–Yo solo digo lo que recuerdo –controlo el temblor de mi voz–. Puede que no sea nada o puede que sí.

–Llevaré a mis hombres a investigarlo –declara el hombre del cabello rizado y dorado muy corto. Ha guardado silencio hasta ahora mientras me fulminaba con sus ojos azules, pendiente de cada uno de mis movimientos.

–Telor desconfiará si el comandante del ejército real aparece en su puerta –replica Boaz–. Además, se os necesita en otra parte, Atticus.

Atticus. Ese nombre me suena. Zander lo mencionó en el torreón. Es su hermano, al que le dispararon una flecha la noche de la revuelta. Vuelvo a examinarlo. Es un príncipe, supongo. No se parece en nada a Zander, pero guarda una semejanza notable con su hermana, hasta donde la recuerdo. Es asombrosamente atractivo, con sus pómulos altos y sus labios gruesos, aunque me atrevería a decir que no es tan guapo como el rey.

Zander se mesa la barbilla, pensativo, mientras contempla el mapa.

–¿Qué me recomienda, capitán?

Me percato de que Atticus tensa la mandíbula.

Boaz le hace un gesto a la mujer que amenazó con desollarme.

–Mandad a Abarrane y a un puñado de sus soldados con una citación. Que Atticus divida nuestras fuerzas y la mitad se prepare para marchar hacia Lyndel si fuera necesario. Desplegad la otra mitad aquí –Boaz arrastra un dedo por el mapa–, donde pueda cortar cualquier contingente que se dirija a Cirilea. Si alguien cruza estas murallas, yo me encargaré con la guardia real.

Atticus abre la boca, pero Zander levanta la mano, cortando a su hermano. Tiene los labios apretados en una línea fina mientras parece sopesar la opinión de su capitán frente a la de su hermano, que también tiene alto rango. Boaz aparenta unos veinte años más que Zander, que dudo que haya cumplido los treinta, y en sus ojos hay una sabiduría que solo es fruto de la experiencia. Está claro que es de las pocas personas en las que confía el rey después del asesinato de sus padres.

¿Qué se sentirá al haber sido entronado tan repentinamente, y tan joven? Aunque, por otra parte, no son humanos. ¿Qué edad tendrán en realidad?

La sensación de tener que cuestionarme continuamente todo lo que sé podría volver loco a cualquiera.

—Muy bien —Zander señala a la mujer con la cabeza, así que ella es Abarrane—. Te proporcionaré una carta de citación. Pernocta en el bastión de Lord Telor antes de escoltarlo hasta aquí, bajo pretexto de asuntos importantes de la corte. Busca cualquier señal de Ybaris, pero con discreción. No deseo sembrar la discordia con uno de nuestros partidarios más leales, especialmente teniendo en cuenta la fuente de la que procede la información.

—Majestad. —Le hace una reverencia pronunciada, gira sobre sus botas de cuero y se marcha rápidamente. Solo se detiene el instante justo para dedicarme una mirada despectiva.

Aparto la vista y la fijo en el enorme mapa que está extendido en la mesa, en las extrañas formas de la tierra rodeada de agua. Parece dibujado a mano con tinta y estoy demasiado lejos para poder leer las leyendas.

—Podéis retiraros —dice Zander; lo interpreto como despedida y me giro para seguir a Elisaf—. Tú no.

Noto la espalda agarrotada. Sin necesidad de mirarle, sé que me está hablando a mí.

Los ojos fríos y calculadores de Atticus se detienen en mí según pasa.

—Qué lástima que no escogieras a un arquero más hábil —me susurra, deteniéndose un instante a mi lado. Cierra la mano en la empuñadura de su espada para dejarme claro lo que piensa. Por supuesto: tiene toda la intención de clavármela, si su hermano se lo permite.

Estoy convencida de que mucha gente habrá maldecido a la ladrona que le arrebató las joyas, pero jamás me habían deseado la muerte a la cara tantísimas personas.

Se marchan todos y me quedo sola, de pie frente al hombre que puede cumplir sus deseos.

Se prolonga el silencio mientras aguardo con impaciencia e intento no mirarlo fijamente. La curiosidad que siento por los elfos compite con la ansiedad de que este preferiría verme muerta. Pero me necesita en caso de que aparezca otro daaknar. Y eso seguramente le queme por dentro. ¿Es la única razón por la que sigo viva?

¿Qué haría si apareciera uno de pronto? ¿Arrojarme contra él como la carnada a un tiburón, para que me clave los colmillos?

La princesa Romeria decidió asesinar al rey y la reina y liderar una insurrección en lugar de casarse con este hombre. ¿Será como dice Wendeline? ¿La elección estuvo motivada por el afán de poder y el odio visceral? ¿O habrá algo más?

Todavía sigue sin decir una sola palabra. ¿Estará esperando que me arrastre a sus pies y le suplique que me libere? Todavía no he llegado a ese punto de desesperación, pero no voy a quedarme callada esperando a que hable él primero por cabezonería. No sería inteligente.

Me aclaro la garganta.

–Gracias por retirar los pestillos del balcón.

No responde a mi agradecimiento. Hace un gesto de invitación en dirección al mapa.

–Adelante –me invita–. Se te veía muy interesada –añade cuando me ve titubear–, y prefiero que me preguntes las cuestiones referentes a nuestros reinos a mí en lugar de a mi invocadora. Además, aquí no hay nada que no hayas visto ya.

Lo dudo muchísimo.

¿Qué le habrá transmitido Wendeline de lo que hemos hablado? Empiezo a suponer que absolutamente todo. ¿Le habrá dicho que le llamé monstruo? ¿Le habrá importado?

Me acerco a la mesa con cautela, intentando no prestar atención a su mirada fija en mí. Es como si posara unos dedos helados contra mi piel. Inclino la cabeza para leer el mapa y noto un tirón en el punto del cuello donde me mordió el daaknar, aunque las marcas ahora sean invisibles.

Está dibujado a tinta sobre un tipo de papel o lienzo bastante más grueso de lo normal. Tiene muchísimo detalle y, aunque no tengo manera de averiguar la escala, las cordilleras sugieren que representa una enorme extensión de tierra. Al suroeste de Islor se encuentra Seacadore, separada por el Canal de la Fortuna. Al sureste, Islor conecta con Kier. Al norte, Ybaris limita con un país enorme llamado Skatrana. Al noreste se encuentra la isla de Mordain.

–Hay algo que te sorprende –murmura Zander.

Más bien hay algo que me está quedando claro.

–¿Es el único mapa que tienes? –me esfuerzo por mantener la voz inalterable.

–No, pero este es el que abarca más tierras –cruza los brazos–. ¿Por qué? ¿Crees que le falta algo?

América, Europa, África, Australia... Puede que no sea experta en geografía, pero sé lo bastante como para reconocer que este no es ninguno de esos continentes

en ningún momento de la historia.

Está lejos de aquí. Es lo único que me dijo Sofie.

Intento respirar despacio.

–¿Qué otros sitios hay? Digo, al otro lado de este... Mar Interminable.

–Espador y Udral, pero no nos interesan. Están demasiado lejos para comerciar regularmente con ellos.

Es imposible que los habitantes de Estados Unidos o de cualquier otro lugar ignoren la existencia de este sitio. Es demasiado grande.

Acabo sentándome en una silla para que no se dé cuenta de que se me doblan las rodillas.

–Claro, ponte cómoda, por favor –me suelta con ironía, pero continúa observándome atentamente–. Estás muy pálida –acaba diciendo– y preferiría que no te desmayaras en mi mesa. Tengo mucho trabajo –se fija en mi hombro, en la zona de las cicatrices–. ¿Aviso a Wendeline?

¿Qué podría contarme la invocadora sobre la posibilidad de enviar a alguien a otro mundo mediante la magia? Tal vez todo. Y quizás el hecho de que yo no sea de este mundo puede hacer que Zander decida que no soy más útil viva que muerta, con daaknar o sin él.

Niego con la cabeza. Lo descubriré de otra forma. De momento, tengo que aprender todo lo posible de este mapa mientras Zander esté dispuesto a compartir información.

–¿Has estado aquí? –señalo Seacadore.

–Sí. Las tierras de Islor producen todo lo que necesitamos para sustentarnos, pero importamos artículos que nos gustan. La emperatriz Roshmira es una aliada comercial importante.

Importaciones. Como los ingredientes del ungüento de Wendeline, supongo. Señalo Mordain.

–Y Wendeline es de aquí, ¿no?

Me mira fijamente sin responder durante un instante tan largo que empiezo a temer que la sacerdotisa vaya a recibir una flagelación por confesar ese mínimo detalle de su vida.

–Así es –confirma con un tono tranquilo, de conversación normal–. Como todos los invocadores.

–¿Todos vienen de esta isla?

–No, pero se los manda ahí a edad temprana para recibir instrucción. Después se les exige que regresen a Ybaris.

–¿A Islor no?

¿Y Wendeline y Margrethe?

Tuerce el labio.

–Ybaris no les permite pasar por la Grieta para llegar hasta aquí.

–¿Por qué no?

Mis preguntas brotan a borbotones sin que me dé tiempo de pesarlas en una balanza y decidir si mi curiosidad podría ser peligrosa para mí.

–Porque Ybaris no desea que Islor acceda al poder de ningún invocador.

Tengo el «¿por qué?» en la punta de la lengua, pero me doy cuenta de que la ira de Zander va reconcentrándose, así que me trago la pregunta y vuelvo a centrarme en el mapa. Recorro con el dedo el camino desde la isla y a través de Ybaris hasta un punto donde el cartógrafo ha dibujado un cañón largo y escarpado que corta las montañas. Tiene la leyenda de «Gran Grieta». Entonces, Wendeline no hablaba de una gran grieta como si fuera una especie de cisma. O, al menos, no solo.

La Gran Grieta es una división literal entre los dos reinos.

El único paso viable por tierra es a través de un ominoso «Valle de los Huesos», pero dice que no tienen permitido pasar por ahí.

–Entonces, Wendeline vino en barco, ¿no?

Observo el sur de Mordain en el mapa y señalo la Fosa Abismal.

–Por ahí no. Nadie ha sobrevivido a esa ruta en dos mil años. Cruzan Ybaris hasta Skatrana y toman un barco en Westport –traza el recorrido hasta una ciudad portuaria del lejano oeste con el largo dedo índice– hasta Seacadore, cruzan el mar y arriban a nuestro puerto.

Me fijo en que Cirilea se encuentra al suroeste. Hay una ría que se adentra hasta la ciudad; los barcos pueden atracar en ella.

–Es un viaje muy largo.

Eso mismo dijo Wendeline.

–Y le agradezco mucho que lo hiciera.

–¿Y la condenarías a latigazos solo por hablar conmigo? –suelto sin pensar.

–Cuidado con lo que dices en mi presencia –me advierte, apretando los dientes.

Me muerdo la lengua y examino los detalles más pequeños del mapa, las ciudades y los castillos. Lyndel, el sitio donde me dijo aquel hombre que huyera, se encuentra al norte, más allá de un bosque espeso, resguardado al norte y al oeste por una cordillera y al sur por las colinas. Al este hay una meseta con numerosas ciudades.

–¿Qué es esto? «Llanuras de Aminadav» –leo en voz alta.

La pregunta hace que levante una ceja, no sé si de sorpresa o de diversión.

–Ese es el motivo por el que tu padre perseguía este enlace.

–¿Quería tierras?

¿El matrimonio de conveniencia es por una cuestión de patrimonio?

–Jamás le hubiéramos cedido territorios de Islor, ni siquiera a cambio de ti. Quería las cosechas de las llanuras para vuestro pueblo.

Zander apoya una pierna al borde de la mesa, medio sentado; su postura me resulta curiosamente relajada, muy distinta a como me imaginaría a un rey: entronado y rígido.

–Las tierras más fértiles de nuestros dos reinos son las de las llanuras. Las cosechas son abundantes todos los años y bastan para sostener todo Islor. Ybaris, sin embargo, está llena de pantanos y bosques secos. Está superpoblado y lleva siglos sufriendo pestes y plagas. Tu reino no puede sostenerse sin ayuda durante mucho tiempo, por más que intentéis arreglarlo con la magia de los invocadores.

–Entonces, ¿se suponía que, al casarnos, Ybaris tendría acceso a esos cultivos?

–A un porcentaje de la cosecha, sí. También a las materias primas de nuestras minas.

Así que la princesa Romeria era una moneda de cambio. ¿La única?

–¿Islor qué conseguía a cambio? Aparte de mi encantadora compañía, digo.

Aprieta los dientes y me regaño a mí misma mentalmente. Si le enfado, no le sacaré más información.

–Ybaris iba a enviar invocadores y veinte mil mortales para trabajar la tierra. Garantizarían el paso seguro a través de la Grieta y nosotros los alojaríamos en Islor dándoles un hogar y trabajo. Tu padre sabía que algunos estaban en contra de enviar tantos mortales ybarisanos a Islor y de permitirnos acceder a la magia de los invocadores, pero confiaba en que se dieran cuenta de los beneficios al tener la tripa llena con los frutos de las cosechas y no verse obligados a sacrificar a los más fuertes en la guerra.

Vuelvo a contemplar el mapa y me fijo en la frontera de los dos países. *Valle de los Huesos*.

–Supongo que ahí abajo hay muchos cadáveres, ¿no?

–Hay cosas mucho peores ahí abajo –murmura para sí mismo, y menea la cabeza–. Tu padre solo quería ayudar a su pueblo y su propia familia lo asesinó por

ello. No puedo ni imaginar lo que pensaría en sus últimos momentos –me echa un vistazo, como si estuviera esperando mi reacción.

No voy a tener ninguna. Siento demasiada curiosidad como para sentir empatía por un desconocido ahora mismo.

–Y... la reina... mi madre –corrijo–, ¿por qué no quería lo mismo también?

–¿Neilina? –contiene una carcajada–. Porque está ávida de poder y ansía quedarse con nuestra tierra. Estaría encantada de vernos arder a todos, del primero al último. Neilina es la serpiente que se ha dedicado a tentar a tu padre hablándole al oído de guerra y conquista durante siglos. Ella le susurraba a un oído, y Caedmon al otro. No sé cómo fue capaz de resistirlo.

Siglos.

Lo que está diciendo es que los padres de la princesa Romeria han reinado durante cientos de años. Trago saliva.

–¿Qué edad tienes?

Esboza lentamente una sonrisa malévola.

–Venga ya... Y pensar que antes te resultaba tan atractiva la idea de que yo fuera mucho mayor que tú... ¿Cuáles fueron tus palabras exactas? –se muerde el labio inferior, pero noto que está actuando, que no necesita hacer memoria: lo recuerda perfectamente–. Estabas encantada de ir a casarte con alguien con mucha más experiencia –me mira los labios–. No, encantada no; las palabras que usaste fueron «ansiosa por aprender».

–Yo no he dicho eso.

–¿Quieres que te cuente las demás cosas que me susurrabas al oído...?

–No –le interrumpo, con la cara ardiendo.

Su expresión se vuelve neutra.

–Me alegro, porque preferiría eliminar esos recuerdos de mi mente para siempre.

¿Cómo era Zander cuando no me odiaba? Recuerdo de pronto la noche en el torreón, el breve instante en que la ira dejó paso al dolor y la desesperación. Recuerdo sus ojos. No eran de odio: eran vulnerables, heridos. Todavía estaba enamorado.

No ha respondido a mi pregunta, así que pruebo otra táctica.

–¿Cuántos años tengo yo?

–Eres una criatura –hace una pausa, como si estuviera decidiendo si añadir algo más–. Acabas de cumplir veinticinco años.

La princesa Romeria tenía veinticinco años. ¿O los tiene? ¿Está muerta? ¿Lo estoy yo? En todo caso, me saca cuatro años. Otra pieza más del rompecabezas.

—¿Por qué ahora estás dispuesto a hablar y contarme todo esto?

¿Qué quiere realmente de mí?

—Porque si tu historia alberga un ápice de verdad, puede que rellenar los espacios en blanco te ayude a recordar. Y entonces quizás estés dispuesta a compartir lo que sabes. Ahora, si no tienes más preguntas sobre el mapa, tengo que mandar unas misivas importantes. Veremos si el mínimo dato que me has proporcionado vale para algo —no espera respuesta; se baja de la mesa y se dirige a una silla al lado opuesto—. ¡Elisaf!

Mi guardia vuelve a entrar en la sala.

—Por favor, escolta a su alteza fuera de mi vista.

—Sí, majestad. —Otra profunda genuflexión. ¿No se cansarán de andarse saludando siempre con tanta pompa?

Me incorporo, rezando mentalmente para que no me traicionen mis piernas, aunque la audiencia no ha sido tan terrible como esperaba. Al menos Zander me ha dado cosas en las que pensar cuando esté encerrada en mis habitaciones. O en el balcón.

—Gracias por concederme un poco de aire fresco.

—Eso ya lo has dicho —masculla, molesto.

—Lo sé. Es que... estoy agradecida.

Todo lo que tengo es gracias a este hombre que me odia.

Su expresión es pétrea e indescifrable.

—Me dijeron que tus aposentos necesitaban ventilación.

Arrugo la nariz al recordar el ungüento. Corrin le echó tanta lavanda y jazmín al agua del baño que continué quitándome pétalos de la piel después de haberme secado. Cuando volví al dormitorio, ardía incienso en cada esquina y habían retirado toda la ropa de cama.

¿Cómo lo sabía, en todo caso? Me respondo a mí misma de inmediato: Wendeline se lo dijo. Quizá le pidió que atendiera mi petición, si es que existe alguien, al margen de Boaz, que se atreva a presionar al rey.

—Las ventanas pueden continuar abiertas —dice, concentrado en la pluma larga y blanca que moja en el tintero— y pueden atrancarse con mucha facilidad. No se te ocurra intentar escapar. Antes de que llegues al suelo, un guardia te atravesará el corazón con una flecha, y si regresas de nuevo de entre los muertos, pasarás a

residir en la celda del torreón eternamente y no habrá ningún invocador que te cure.

Tomo nota.

Vacilo antes de seguir hablando.

–Me gustaría mucho que Wendeline pudiera seguir echando un vistazo a mis heridas.

Tensa el borde de los labios.

–Así que es eso lo que quieres. Me ha informado de que ya estás lo bastante curada.

Me echa un vistazo al hombro. ¿Mis cicatrices le parecerán tan horrendas como a Corrin?

–Sí, es que... –Me siento sola. Y no me sentía tan sola desde hace mucho tiempo. Sin amigos, sin familia, sin aliados–. Me gusta su compañía.

–Tus gustos me son indiferentes. La sacerdotisa Wendeline está muy ocupada; tiene deberes mucho más importantes que entretener a una prisionera. Puedes retirarte. Ahora –coloca el papel y se pone a escribir con los dientes apretados.

–Muchas gracias, majestad.

No ha sonado ni de lejos tan conciliador como pretendía. Los ojos de Zander suben del papel para observarme y rápidamente me oculto tras Elisaf, pensando que Tony tenía razón: mi bocaza acabará por meterme en líos algún día.

Uno junto a la estatua.

Uno rodeando la glorieta.

Al menos dos recorriendo la muralla, que desaparecen en el laberinto de cedros.

¿Los jardines reales del castillo siempre estarán tan vigilados de noche? ¿O quizá se deba al ataque reciente?

O tal vez sea porque yo estoy aquí fuera.

Me tapo los hombros con la sábana mientras intento descubrir dónde está el guardia en el silencioso jardín. Hace un poco de fresco ahora que se ha puesto el sol y ha salido la luna –la luna común, supongo–. Está de tres cuartos e ilumina muy poco en comparación con la luna de sangre. Sin embargo, no me importa la

oscuridad. Desde que regresé a mis habitaciones, he estado todo el tiempo en el balcón, tanto que me duelen las mejillas por el sol.

¿Los elfos se pueden quemar con el sol?

Tengo muchísimas preguntas que no me atrevo a hacer. Creo que, en circunstancias normales, aunque sufriera amnesia no olvidaría de repente qué es ser humana; no me creería un gato o un pájaro. Entonces, ¿cómo iba a olvidar lo que significa ser un elfo?

Todos creen que lo soy, así que necesariamente lo seré. Ya conseguiré respuestas.

Me quedo mirando la parte central del descomunal castillo, el balcón donde antes estaba Zander. ¿Se encontrará ahí, entre las sombras? Después pienso que es más probable que esté en la planta de abajo, donde entra y sale gente y se oyen risas y violines.

Zander me ha dado varias piezas de un confuso rompecabezas gigantesco y me admitió que lo hacía porque estaba considerando la posibilidad de que no mintiera sobre mi amnesia. Es un pequeño progreso.

A este ritmo, lo mismo vuelvo a pisar la hierba el año que viene.

Uno bajo el tronco de ese roble espigado.

Ese guardia no deja de mirarme. ¿Tiene el arco dispuesto con la flecha colocada solo como advertencia? ¿O creerá que estoy a punto de descolgarme por el balcón?

La fijeza con la que me observa hace que deje de disfrutar del aire nocturno. Me meto adentro, pero dejo las puertas abiertas de par en par: me da miedo que vuelvan a sellarse solas si las cierro. No estoy nada cansada, pero no hay nada que pueda hacer salvo meterme en la cama.

Acabo por colocarme en el sitio de siempre, delante de la puerta, y apoyo la mejilla en el suelo helado.

Diez pasos con un ligero botecito.

Elisaf vuelve a estar de guardia esta noche. Me consuela saber cómo se llama; es algo tangible a lo que agarrarme. ¿Zander llamará a todos los guardias por el nombre, o solo a este? El detalle de que trate a la gente a su servicio como personas y no como peones reemplazables hace que el maldito bastardo me resulte un poco menos desagradable.

De pronto cambia el patrón de las pisadas. Gira de golpe y arrastra ambos pies, como si se hubiera puesto a bailar.

Es tan inesperado que se me escapa un amago de risa.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —rompo el silencio.

Pasa un largo instante antes de que responda Elisaf.

–Respiráis tan fuerte como un daaknar, alteza –replica con una sorna ligera.

–Qué va. ¿Has oído respirar a esos bichos? –al recordar sus gruñidos y resoplidos, no puedo contener el escalofrío.

–De haber tenido uno tan cerca, no estaría vigilando vuestra puerta esta noche.

–Eso dicen... –murmuro, pensativa–. ¿Has nacido en Islor?

–No. Procedo del lejano suroeste, de Seacadore. Pero llevo en Islor tanto tiempo que lo considero mi hogar.

Me quedo cortada un instante.

–¿El rey no te ordenó que no hablaras conmigo?

–El rey me ordenó que os protegiera con mi vida y me asegurara de que no escapabais. No me prohibió de forma expresa charlar con vos –hace una larga pausa–. Que descanséis, alteza.

Sonrío. Ha dado por terminada la conversación, pero con amabilidad.

–Buenas noches, Elisaf.

Capítulo 12

El jardinero que estaba cuidando el rosal pega un grito y aparta la mano. Se quita el guante y se mete el pulgar en la boca para calmar el escozor.

Supongo que cuando las rosas son del tamaño de un puño, tienen espinas de la envergadura de dagas.

Probablemente sea humano.

Después de una semana observando los jardines reales desde mi balcón, empiezo a sospechar que casi todo el personal del castillo –o tal vez todo– está formado por humanos. No puedo justificarlo, no tengo forma de comprobarlo. Solo es una sensación, y normalmente mi instinto suele ir bien encaminado. La nobleza que pasea por los senderos posee cierta arrogancia natural, la misma soberbia que desprendían los ricos, criados en un ambiente privilegiado, en las galas de alta sociedad donde los despojaba de sus posesiones. Pero en los nobles hay algo más: una calma inquietante, como si nada fuera capaz de alterarlos, y una gracia especial en sus movimientos. Puede ser un privilegio de su clase.

O puede que no sean humanos.

Los jardineros trabajan sin descanso desde el amanecer hasta el atardecer, podando los setos y arrancando las malas hierbas que brotan en el empedrado, y solo se detienen para presentar sus respetos ante los nobles que pasean. La mayoría de las mujeres nobles frecuentan los jardines durante el día, luciendo elaborados vestidos de seda y gasa. Algunas llevan parasoles y se cubren del sol mientras pasan la tarde admirando las flores. A veces, si están lo bastante cerca, capto algunas de sus conversaciones. No consigo entenderlo todo, pero con los fragmentos me basta para saber que están cotilleando sobre los miembros de la corte. Muy poca gente se fija en que estoy aquí arriba; si alguien se da cuenta, me observa con cautela al pasar.

De noche cambia el ambiente de los jardines. Las ventanas abiertas dejan pasar una música animada y aparecen tres mujeres que van vestidas igual que Wendeline. Pasean mientras se encienden los faroles a su paso. La primera noche que lo vi, me quedé boquiabierta durante tanto rato que me tragué un bicho y casi me ahogo.

Salen a los terrenos hombres con chaquetas de fiesta y mujeres enfundadas en vestidos vaporosos y forman parejas de todas las combinaciones posibles. Desaparecen en los jardines durante tanto rato que parece que se han perdido, pero siempre oigo ruiditos –risas, chillidos, gemidos– y al final vuelven a aparecer, a menudo abrochándose botones y ajustando las faldas.

Desde el instante en que Zander permitió la apertura del balcón, casi toda mi diversión procede de los jueguecitos que se traen estos trasnochadores, y cada noche hay más. Pero por el día también me fascinan los combates de espada en la lejana pista de entrenamiento: la velocidad y el juego de pies de los luchadores me asombran. Contengo la respiración cuando las botas giran en redondo sobre la tierra batida, especialmente después de la mañana en que una hoja atravesó el muslo de uno de los combatientes.

Nadie se asustó cuando se marchó cojeando, así que doy por supuesto que o bien no era algo grave o eso sucede a menudo. Pero había un montón de sangre y oí que llamaban a Wendeline.

–Has provocado un gran revuelo en la corte.

Me sobresalta una voz familiar y me doy la vuelta. Annika está de pie en la puerta de mi dormitorio. La última vez que vi a la hermana del rey me estaba dedicando a lanzar todo lo que tenía a mano a una bestia del averno para evitar que la destrozara. No sabía nada de ella desde entonces. Tenerla ahora ante mí... Una oleada de emoción se agita en mi interior.

–Estás libre.

–De mi encierro, sí. Desde hace un par de semanas. Aunque mi hermano continúa «extremadamente decepcionado» por mi traición –imita la voz profunda de Zander y pone los ojos en blanco con impaciencia. Las faldas de su vestido azul zafiro se enroscan a sus tobillos mientras camina hacia el balcón. El cabello rubio le llega hasta la cintura en una cascada imposible de rizos gruesos y flexibles, enroscados en tirabuzones elásticos a pesar de la longitud y el peso de la melena.

–Wendeline comentó que te curó todo lo que pudo –me dice con un tono cauto y medido.

–Casi ni se nota –ironizo.

Sus ojos azules como los jacintos se posan en mi hombro; el escote de mi vestido no cubre las marcas.

–No está tan mal. Tal y como lo describió, lo esperaba mucho peor.

Doy por sentado que quien se lo describió fue Zander. Han estado hablando de mí; supongo que era lo esperable. Pero ¿qué le habrá dicho? ¿Cuánto confía en su hermana?

–Estaba mucho peor.

–Lo sé... Lo recuerdo. Esa bestia casi te partió en dos –arruga el entrecejo con intensidad, como si la atormentara el recuerdo.

–¿Te quedaste ahí?

Recuerdo que me pregunté si habría salido huyendo cuando se lo pedí.

–Estaba a mitad del pasadizo cuando te oí gritar. Volví la vista y... –desvía la mirada, pero he visto cómo se estremecía–. Pero entonces te arrojó contra el otro extremo del altar, como si le hubieras quemado, y lanzó ese chillido espantoso. A veces sigo oyéndolo en sueños –contiene un escalofrío–. Después estalló en llamas. Los guardias entraron en el santuario justo cuando estaba llegando hasta ti. Estaba convencida de que estarías muerta. Tus heridas eran... –no termina la frase–. Pero aquí sigues –murmura en voz baja.

Igual que una cucaracha que se resiste a morir, es el tono que oigo.

No es que esperara que Annika me diera un abrazo, pero ¿me sigue odiando después de que le haya salvado la vida no una sino dos veces en la misma noche?

Reina un largo e incómodo silencio.

Annika respira hondo y endereza los hombros.

–El rey considera que debo acompañarte a pasear por los jardines reales si así lo deseas.

Lo expone con voz neutra, en tono formal. Su rostro expresa reticencia.

Normalmente no saltaría de emoción ante la perspectiva de pasar el rato con alguien que claramente preferiría masticar cristales antes que permanecer en la misma habitación que yo, pero la oportunidad de encontrar el ninfeo hace que me trague el orgullo.

–¡Sí!

Annika suspira.

–Corrin te traerá un chal.

Desde mi balcón, los terrenos reales parecían inmensos.

Mientras Annika y yo caminamos juntas por el sendero empedrado y disfruto de la falsa sensación de libertad, los jardines me resultan infinitos. Dondequiera que mire hay setos podados, arbustos en flor y zonas íntimas a la sombra de árboles gigantescos que ofrecen cobijo bajo sus ramas colgantes. Hemos cruzado tres puentes de piedra muy ornamentados y un montón de arroyos y estanques con carpas con escamas del color de la zanahoria que brillaban a la luz del atardecer.

—¿Alguna vez se ha perdido alguien en los jardines?

—Nunca más de unas horas.

Vuelvo la vista. El colosal castillo está oculto tras el frondoso follaje; no me sorprende que no lo viera la primera noche a pesar de la luz cegadora de la luna. Es un milagro que encontrara el camino hasta la apertura de las murallas.

Elisaf nos sigue de cerca. Le ha tocado otro turno diurno además del día que tuvo que escoltarme, pero no parece acusar la falta de sueño. Sigue atentamente todos mis movimientos, pero no tiene la mano en la empuñadura de la espada y no se le ve dispuesto a atravesarme en cualquier momento, al menos.

Elfo, seguramente.

Se me salen los ojos de las órbitas cuando nos encontramos a una pareja en un banco bajo un árbol con flores rosadas: el hombre hunde la cabeza en el cuello de la mujer y tiene una mano bajo su falda. Sí, estaban un poco escondidos, pero no demasiado.

—Todavía llevas su anillo. ¿Por qué?

—¿Eh? —la pregunta de Annika me pilla desprevenida.

—El anillo de compromiso que te dio mi hermano. Todavía lo llevas.

Me miro las manos por si llevara alguna joya nueva, pero, al margen de las esposas de las muñecas, solo tengo el anillo que me puso Sofie, el que me advirtió que no debía quitarme nunca.

Al parecer, también es mi anillo de compromiso con Zander.

¿Será el mismo? Puede que parezcan iguales, pero el diseño es sencillo y fácil de imitar. También la princesa Romeria y yo parecemos iguales, aunque hay que admitir que copiar ese diseño es un poco más complicado.

Annika aguarda mi respuesta. ¿Qué le digo?

—El rey te ha dicho que no recuerdo nada de lo que pasó antes de que el capitán me disparara la flecha, ¿no?

No tengo ni la más mínima señal en el pecho que indique que haya habido alguna vez una herida.

—Así es.

Titubeo un poco antes de continuar.

—¿Y me crees?

—No hay duda de que explicaría muchas rarezas.

—Esa no es una respuesta.

Nos cruzamos con tres mujeres que se apartan rápidamente haciendo reverencias y murmurando «alteza» a coro. No sé si se dirigen a Annika, a mí o a ambas. Ni idea de cuál será el orden jerárquico familiar, pero sospecho que la hermana del rey tiene un puesto elevado.

Se les salen los ojos de las cuencas cuando me miran, igual que a todos los cortesanos que nos hemos cruzado, y tiro sin pensar del chal para taparme más el cuerpo.

—Wendeline te cree —confiesa en cuanto se han alejado lo bastante.

—¿Sí? —pregunto mientras me invade la esperanza.

—Nos contó una teoría que podría tener sentido. Si es que algo tiene sentido.

Aguardo un largo instante antes de insistir.

—¿Cuál?

Annika curva el puchero de sus labios en una leve sonrisa.

—Solo hay una forma de que alguien regrese de entre los muertos después de recibir una flecha forjada con merth en el corazón: que un invocador haya reclamado tu vuelta a los Destinos.

No entiendo nada de lo que acaba de decir, salvo una cosa.

—¿Wendeline cree que esto lo ha hecho un invocador?

Tiene que ser Sofie. ¿Tendrá vínculos con este mundo? ¿Conocía a la princesa Romeria? Tenía que hacerlo. Salvo... Sofie jamás dijo nada sobre el trono de Islor. Mi misión aquí era conseguir la piedra de Malachi para salvar a su esposo y liberarlo de dondequiera que se encuentre atrapado.

—No cualquier invocador. Margrethe.

—¿La suma sacerdotisa a la que mató el daaknar?

La que supuestamente iba a concederme asilo.

—Sí —me observa atentamente, como si esperara una reacción distinta a la sorpresa.

—¿Por qué iba a hacer eso?

–Esa es otra pregunta... Pero es la única explicación de que hubiera un daaknar en Cirilea esa noche. Llevamos dos mil años sin ver uno solo en estas tierras, y la misma noche en que regresas de entre los muertos, aparece uno de los secuaces de Malachi en Azo'dem. Es demasiada coincidencia: Margrethe tuvo que invocarlo.

Malachi. El de los cuernos negros y retorcidos. ¿Un dios con demonios a su servicio?

–¿Entonces los invocadores pueden resucitar a los muertos?

Me examina con ojos inquisitivos.

–¿Qué recuerdas del poder elemental?

¿Qué demonios es el poder elemental?, es lo que me gustaría contestar. Si no pongo las cartas boca arriba, jamás descubriré nada de este mundo. Wendeline me ha dado un regalo maravilloso: una excusa lógica para no saber nada. Tengo que utilizarlo –y a Annika– a mi favor.

–Solo sé que Wendeline me curó, pero no entiendo cómo lo hizo. No sé qué son esos Destinos de los que habláis. No sabía que Ybaris e Islor estuvieran en guerra. No sé ni quién soy.

–Realmente no recuerdas nada –entreabre los labios gruesos y le brillan los ojos abismados mientras intenta procesarlo.

–Nada. Es exasperante.

–Sí, me lo imagino –murmura, ausente–. Por dónde empezar... Mi hermano es imbécil. Wendeline es la experta en esto, no yo –suspira, preparándose para dar una larga explicación–. Todos los invocadores nacen con un vínculo innato con uno de los elementos, las fuerzas que garantizan nuestra existencia: agua, aire, tierra, fuego. Extraen su poder del elemento y conjuran hechizos a partir de él. Cuanto más fuerte es el invocador, más complejos son los hechizos que es capaz de conjurar. Algunos son muy débiles y no son capaces de hacer nada más que encender la mecha de una vela. Otros pueden transformar las nubes en tormentas, controlar lo que ves y oyes o lo que no ves ni oyes. Aunque ese poder funciona mucho mejor en los humanos que en nuestra especie. Sus mentes son simples, fáciles de moldear.

Clavo la vista en el sendero empedrado, temiendo que pueda leer de alguna forma mis simples y humanos pensamientos en este cuerpo de elfo que estoy habitando.

–A veces –continúa Annika–, un invocador nace con un vínculo con dos elementos, incluso con tres. Esos invocadores se denominan elementales. Son raros,

pero extremadamente poderosos. Margrethe era una elemental, vinculada al aire y el fuego.

–¿Lo bastante fuerte como para matar a un daaknar?

–Siempre que no esté demasiado cerca, sí. Debió de sorprender a Margrethe... –tensa levemente el entrecejo; es el único signo de que la muerte de la suma sacerdotisa la perturbe–. Además, los elementales tienen suficiente poder para invocar a los Destinos y hacerles peticiones que solo ellos pueden conceder. Nadie puede alterar el telar donde se teje la vida, salvo los propios Destinos.

De pronto lo entiendo todo.

–Como traer a alguien de entre los muertos.

¿Eso es Sofie? ¿Una elemental que habla con los dioses?

–Los elementales pueden pedir cualquier cosa, en teoría: resurrección, inmortalidad, un hijo en un vientre estéril. Pero cuando un Destino concede la petición de un elemental, hay un riesgo. Una mujer puede suplicar ser bendecida con descendencia y dar a luz un demonio. Un rey podría pedir fuerza sobrenatural para la batalla y despertar convertido en un león. Una princesa que suplique longevidad para su amante podría convertirlo en una criatura de pecho. Es raro que no haya consecuencias, y estas lo alteran todo –guarda silencio, pensativa durante unos instantes–. Las peticiones de los reyes y reinas del pasado provocaron tales catástrofes que está prohibido invocar a los Destinos desde hace siglos. Es un poder demasiado peligroso para que lo ejerza cualquiera, especialmente si es en su propio beneficio.

–¿Crees, entonces, que Margrethe rompió las reglas e invocó a los Destinos para devolverme la vida?

–Y para mantenerte así, a juzgar por el ataque del daaknar. Pero volviste sin recordar quién eras.

O volví siendo otra persona totalmente distinta.

–Estás diciendo que esto es consecuencia de la invocación.

–Sí, ahora mismo es lo que se está considerando, aunque hay muchos interrogantes abiertos.

Annika se calla cuando aparecen dos cortesanas paseando. La de la izquierda, una mujer de cabello negro como la tinta que contrasta con su tez marfileña, hace una reverencia apenas perceptible en comparación con la de su compañera. Es como si considerase que está por encima de los demás. Sus ojos negros como el carbón se detienen en mí y noto la hostilidad abierta en su mirada siniestra y el fruncido de su

boca. No se alegra lo más mínimo de comprobar que los rumores sobre la muerte de la princesa Romeria son falsos.

El encuentro es fugaz y continuamos avanzando.

—Llevábamos casi dos siglos sin contar con un elemental y ahora Margrethe está muerta. Me temo que seguiremos muchos años sin ver elementales por aquí, mientras tu madre se dedica a hacer colección como si fueran muñecas de porcelana —murmura Annika cuando se han alejado.

Porque Nielina no desea que sus enemigos accedan a un poder tan peligroso. Tal vez tenga muy buenas razones.

—¿De dónde proceden los invocadores? —pregunto, desesperada por intentar reconstruir el fascinante rompecabezas de la magia.

—Nacen de mortales ybarisanos. Se dice que de cada mil humanos que nazcan, uno estará dotado. Todos se examinan al nacer, y cualquier bebé identificado se envía a la isla donde es más potente la magia, para que el gremio lo adiestre. Cuando alcanzan la mayoría de edad, se les asigna una función en Ybaris. Todos los elementales tienen la obligación de servir a la reina en Argon. Dicen que los mantiene a buen recaudo en un torreón especial del castillo; aunque, por agradable que sea, sigue siendo una cárcel. Su labor es atender todos sus deseos y caprichos.

—¿Y Mordain lo permite?

—No tiene otra opción. Mordain se inclina ante Ybaris, y la reina Neilina no se inclina ante nadie.

Esta reina parece una déspota. ¿En qué convertiría a su hija? Posiblemente en su igual, en lo que respecta al odio y la malevolencia.

—¿Cuántos elementales tiene? ¿Sabes cómo se llaman?

¿Alguna tiene el cabello cobrizo?

—Si lo que nos contaste era correcto, nunca son más de veinte, pero no conozco sus nombres. Nuestros espías nunca han logrado infiltrarse en la residencia privada de la reina. Además, los elementales caen enfermos y se reemplazan. Nunca permanecen a su lado más de quince años; a lo sumo, dos décadas.

Pasamos por una bóveda de enrejado con espesas enredaderas y trepadoras enroscadas entre los aros metálicos. Doy un respingo al notar un pinchazo en el dorso de la mano: un zarcillo que los jardineros no han podado. El corte es lo bastante profundo como para que brote la sangre. Una nueva cicatriz para mi colección.

—¿Wendeline es muy poderosa?

Annika me observa mientras me froto la herida con el pulgar.

–No es una elemental, si es eso lo que preguntas. Pero es la que tiene mayor afinidad con un elemento de los siete invocadores que nos quedan, y es la de rango más alto. Es la única con poderes curativos. En Islor la tenemos en alta estima.

–¿Y los bebés dotados que nacen en Islor? Los hijos de los humanos de aquí...

–Ah... No sabes absolutamente nada, ¿eh? –sus cejas perfectamente torneadas se arquean con expresión de diversión–. En Islor no nace ningún niño dotado.

Parpadeo estupefacta.

–¿Por qué no?

–Porque así lo quieren los Destinos –responde de forma vaga. Gira hacia la izquierda por el recodo del seto, acariciando con las yemas de los dedos las ramitas podadas.

Otra pieza más del puzle que espero que algún día cobre sentido. Abro la boca, ansiosa por hacerle más preguntas, cuando me doy cuenta de que estamos en la rosaleda. Tres hombres fornidos con raídos pantalones pardos y chaquetas demasiado gruesas para el tiempo que hace trasladan escombros a un carro. Sus rostros chorrean y el olor penetrante a sudor de sus cuerpos me inunda la nariz. Los caballos de tiro mordisquean el heno esparcido mientras aguardan.

Humanos, sin duda.

Los hombres hacen una pausa en sus labores para rendirnos una profunda reverencia y continúan trabajando entre resoplidos y gruñidos.

–Aquí fue donde me disparó –murmuro casi para mis adentros.

Annika enarca las cejas.

–¿Recuerdas algo?

–No, pero recuerdo que desperté aquí esa noche. Encontré una flecha por esta parte –avanzo unos pasos–. O tal vez allí.

El paisaje es idéntico: rosales y setos en un laberinto que se extiende en todas las direcciones.

–Sí, creo que fue en esta zona. Estabas huyendo de los guardias. Boaz te derribó en el lado sur, justo aquí –hace un gesto a una piedra–. Disparó a matar. Siempre lo hace. Fue un caos; dejaron ahí tu cuerpo mientras perseguían a los demás rebeldes, con la intención de volver más tarde. Daban por sentado que no te levantarías y echarías a correr –Annika acaricia el capullo de una flor, que se despliega ante el roce de sus yemas: florece una impresionante rosa amarilla con multitud de pétalos.

No sé cómo consigo que no se me descuelgue la mandíbula.

–¿Cómo has...? ¿Eres una invocadora?

–No. Soy una elfa –responde en tono uniforme–. Por más que Ybaris se niegue a aceptar que somos iguales –añade.

¿También los elfos están vinculados a los elementos? ¿Significa eso que...?

–Tu afinidad es el agua –le da un toquecito al brazalete negro y liso de mi muñeca izquierda–. No lo sientes por culpa de esto.

Miro las pulseras a juego, desconcertada, empezando a comprender su sentido. Zander dijo que me mantendrían «bajo control», por si se me ocurría intentar algo. No le entendí, pero lo que me está diciendo Annika es que impiden que pueda emplear mi afinidad.

Pero no los llevaba la primera noche y no me noté distinta. Aunque estaba totalmente conmocionada. ¿Hubiera sabido qué hacer?

–Mi madre quería esposarte en cuanto llegaste, pero mi padre insistió en que mantenerte libre era una muestra de buena voluntad –frunce los labios–. No sé si habría evitado lo que pasó esa noche, pero al menos no habrías podido usar una fuente como arma –se queda mirando el lugar donde han retirado la pila de escombros.

–¿Yo hice eso?

–Mutilaste a una docena de guardias al hacer eso. –Me echa un vistazo antes de tomar una flor entre los dedos. La rosa amarilla que se abre bajo sus yemas es aún más grande que la anterior.

Vale, ya lo pillo. La princesa Romeria era malvada. Annika quiere dejar clara la lista completa y exhaustiva de mis crímenes, ya que no puedo recordarlos.

–Podrías haber usado el río para huir, pero no lo hiciste. En cambio, me salvaste a mí, provocando que te capturaran.

–¿Y qué iba a hacer? ¿Dejarte morir ahí?

Toma aire por la nariz.

–Habría tenido más sentido.

Esa noche, Boaz le hizo una advertencia sobre el agua a Zander, y este me cortó la mano con su daga. ¿Hablaban de la afinidad? Contemplo la línea pálida que me atraviesa la palma.

–¿Qué puedo hacer?

–¿Además de que exploten las fuentes? No tengo permitido contártelo.

Suspiro con fuerza, cada vez más frustrada. Hago un gesto con la cabeza hacia las rosas.

–Vale. ¿Qué puedes hacer tú, entonces?

–Poca cosa. Nuestra afinidad no es tan fuerte como la de nuestros primos ybarisanos. Sobre todo, trucos baratos. Hacer que florezca una flor o que crezca un seto –fija los ojos azules en un rosal trepador y veo fascinada cómo un zarcillo se separa del enrejado y sale despedido como un látigo, cortando el aire, con las espinas preparadas en busca de una víctima.

Entrecierro los ojos y descubro una sonrisilla en sus labios. De pronto, el pinchazo de antes ya no me parece un accidente. ¿A qué venía? ¿Era una prueba, a ver si sospechaba de ella?

–Comparado con lo que tú puedes hacer, esto no es nada –se calla un momento–. Y creo que ya he dicho bastante por hoy –concluye abruptamente.

–¿Ya?

Pero sigo teniendo un montón de preguntas... sobre los invocadores, los Destinos y el ninfeo. ¿Dónde estará?

Creo que nota mi cara compungida por tener que regresar a mi prisión, porque continúa hablando.

–El rey me ha encargado que te escolte por los terrenos del castillo de ahora en adelante. Tal vez otro día pueda despejar tus dudas.

Mi corazón da un vuelco. Probablemente haya un motivo oculto tras estos últimos privilegios –me deben de estar utilizando de alguna forma que no alcanzo a entender–, pero no pienso quejarme.

–¿Mañana?

Suspira con fuerza.

–Veremos qué desea Zander.

Casi es medianoche cuando ocupo mi puesto en el suelo pegado a la puerta, con las piernas cruzadas y el cuenco de fruta que Corrin me ha traído junto a la cena habitual en el regazo. Todavía sigo alterada por el paseo con Annika, y no puedo contener la esperanza de que mi encierro entre estas paredes llegue pronto a su fin.

–¿Qué clase de uvas son estas? –exclamo, sabiendo que Elisaf se encuentra al otro lado de la puerta, paseando. Contengo la respiración, deseando que haya una respuesta.

–De la clase que brota de una vid, alteza –contesta con un tono ligeramente humorístico.

Sonrío.

–Jamás he probado algo parecido...

El racimo entero me cabe en la palma de la mano. Tienen un tono negro azulado intenso, no son mucho más grandes que los arándanos y su sabor es intensamente azucarado. No noto ni una semilla en la lengua. Si me hubieran servido esto en las galas benéficas de la alta sociedad en lugar de huevas de pescado viscosas, me habría atrevido a probar muchas más cosas.

–Que recordéis.

El pánico me atenaza las entrañas.

–Sí, que yo recuerde –me corrijo. Tengo que vigilar mejor mis palabras; sin darme cuenta, podría dar datos de una vida que se supone que no recuerdo.

–Son una especialidad muy apreciada de Seacadore. No contamos con ellas a menudo; se estropean muy rápido en cuanto se recolectan de la vid. Debe de haber llegado un cargamento al puerto ayer o hace muy poco.

–Me sorprende que Corrin me las haya traído –murmuro para mis adentros, examinando la cuchara. Llevo una hora con ella metida entre la muñeca y el brazalete, intentando arrancármelo para descubrir la afinidad con el agua que dicen que tengo. Pero el grillete está intacto y Corrin no se va a poner muy contenta cuando vea el mango doblado.

Me pongo a enderezarlo mientras oigo los pasos sordos de Elisaf y pienso cómo entablar conversación.

–Oye, ¿eras mi guardia antes del ataque?

–No. Contabais con vuestra propia escolta, alteza.

–Sinceramente, Elisaf, puedes dejarte de formalidades. Estamos solos.

Se produce una larga pausa.

–Como desees –acaba diciendo.

–¿Cómo era yo? –le pregunto mientras tomo un bocado de uvas.

–No pasé demasiado tiempo cerca de ti.

–Pero algo habrás oído, ¿no? O visto. Sé que siempre estás ojo avizor. Prácticamente noto cómo tus pupilas atraviesan la puerta.

Su risa es suave, relajada.

–Sonreías mucho. Todo el tiempo cuando estabas cerca de Zander. Le hacías sonreír a él también.

–Eso ha cambiado, desde luego...

Estoy convencida de que a Zander se le resquebrajaría la cara si modificara un milímetro su expresión pétrea.

–Cuando compartíais la misma estancia, siempre estabais agarrados de la mano. De noche dabais largos paseos por los jardines, le agarrabas del brazo y coqueteabas con él sin parar. Te daba igual quién te viera. Parecías realmente enamorada de Zander.

Me arden las mejillas al recordar los largos paseos que he visto dar a los cortesanos y la pareja del banco bajo el árbol florido de hoy.

–Me cuesta bastante imaginarme eso.

Pero Zander tiene dos caras. Basta con que recuerde aquel momento en el torreón.

Me doy cuenta de que Elisaf lo ha llamado por su nombre, y en tono familiar.

–Eres su amigo. Del rey.

–Nos conocemos desde hace muchos años, sí.

–¿Cuántos?

–Demasiados –su voz suena más cercana; debe de haberse agachado–. Y te sugiero que las preguntas sobre el rey se las hagas al propio rey, a no ser que quieras que me condenen a latigazos.

–¿Hace eso a menudo? ¿Castigar a todos los que le contrarían?

–Eso tendrás que preguntárselo a él.

Claro. Seguro que sale fenomenal.

–Bueno... ¿Qué más me puedes contar sobre mi otro yo? Ya sabes, la Romeria malvada.

Oigo de nuevo su risilla al otro lado de la puerta. Hacía tanto que no hablaba con alguien que se riera de forma auténtica...

–Era muy agradable. Se esforzó por apoyar a Zander en todos los asuntos de la corte y mostrarse adecuada como futura reina, cuando el rey Eachann y la reina Esma abdicaran en su favor después de la unión.

–¿Asuntos como cuáles?

Oigo un golpe leve contra la madera. Probablemente Elisaf haya echado la cabeza hacia atrás.

–Como las leyes que rigen tanto a los mortales como a los inmortales. Respecto a los cambios que los mortales ansían.

Mortales.

–¿Hablas de los humanos?

–Así es, alte... –se interrumpe a la mitad–. Sí. También de los pocos invocadores que tenemos, claro. Pero sobre todo de los humanos.

–¿Qué cambios pedían?

—El más audaz era la oportunidad de vivir y trabajar libremente, como los inmortales. No tener que servir.

Frunzo el ceño al caer en la cuenta.

—¿Los humanos no son libres?

Sí, es evidente que entre estos muros hay una jerarquía, como es lo esperable cuando tratas con la realeza. Pero ¿también es así en el exterior?

—Cirilea es más avanzada, pero muchos señores de Islor prefieren mantener a los mortales en estado de servidumbre.

Se me abre la boca ante la palabra.

—¿Me estás diciendo que los humanos de Islor son esclavos?

—Los islorianos prefieren no emplear esa palabra, pero sí, en general, los humanos sirven a los inmortales.

—¿Hablamos de todos los humanos?

—Hay pocos hogares que no tengan al menos un sirviente mortal. Es... un requisito —añade en un susurro, ¿quizás avergonzado?—. Hay grados y formas de servidumbre. Si te fijas, verás que la marca de las orejas lleva grabado el nombre de su guardián.

—¿Eso es lo que son esos pendientes? ¿Marcas de propiedad?

Pongo una mueca; los marcan como al ganado. En circunstancias distintas, yo misma me encontraría en «estado de servidumbre» aquí. Sofie dijo que los humanos eran lo más bajo de la creación, que había seres mucho más grandiosos caminando entre nosotros. ¿Eso son los humanos para estos elfos? ¿Inferiores, bajo su dominio?

—A cambio de sus servicios y lealtad, los mortales tienen garantizado el alojamiento y la protección para ellos y su descendencia.

—¿Protección contra qué?

—Contra los que abusarían de ellos si pudieran. Cualquiera con un aro en la oreja es considerado una propiedad, y el que dañe la propiedad de otro recibe un castigo en consecuencia.

Noto un sabor amargo en la boca.

—¿Y suele pasar eso en Islor? ¿Los inmortales abusan de los mortales si no tienen dueño?

—Los llamamos guardianes. Y hay leyes estrictas en contra del abuso a mortales, pero hay regiones donde se aplican más que en otras. En Cirilea se considera un gran honor tener un puesto dentro del castillo o en la corte.

¿Será cierto, o es la excusa de los esclavistas? ¿Los jardineros que se parten el espinazo de sol a sol se considerarán afortunados? ¿Y Corrin, que está obligada a atender a la prisionera ybarisana?

Korsakov era mi dueño. Aunque gozara de muchas libertades y mi vida fuera mejor que la que tenía cuando estaba en la calle, estaba atrapada. A pesar de que su nombre pudiera servirme de escudo si lo necesitaba, no me sentía segura.

Me asalta una idea.

—¿Ybaris también esclaviza a los humanos?

—Sí, pero no como en Islor. La nobleza, principalmente.

La nobleza, dentro de la que se incluye la princesa Romeria. Arranco las últimas uvas del racimo, deseando que Corrin me traiga más mañana.

—¿Traje alguno cuando vine aquí?

—Creo que te acompañaban tres doncellas mortales. Una murió en el ataque y las otras dos recibieron un castigo acorde a su crimen.

—Y seguramente solo obedecían órdenes —murmuro.

—Es muy probable.

Tengo muchísimas más preguntas sobre los humanos de Islor, pero necesito saber todo lo posible sobre mi predecesora.

—¿Qué más recuerdas de la malvada Romeria?

—Los humanos te adoraban. Les parecías muy hermosa —ante eso, pongo los ojos en blanco, aunque halague mi vanidad—. Hubo cuchicheos en la corte, aunque...

—Déjame adivinarlo: todos los cortesanos son inmortales, ¿no?

—Sí... Dudaban de tus dotes para la política. Algunos creían que eras una ingenua y que solo valías para llevar vestidos bonitos y calentarle la cama a Zander, no para gobernar.

Subo una ceja.

—¿Me estás diciendo que me consideraban tonta?

Aunque no me estén criticando a mí, me sienta como una patada.

—Se preguntaban si el rey Barris arregló tan rápidamente el matrimonio con la intención de que gobernara su hijo Tyree. Dicen que es igual que su madre, tanto de aspecto como de carácter.

—¿La princesa Romeria tiene un hermano?

Siempre quise tener un hermano cuando era pequeña.

—Sí. Mayor. Pero es costumbre en Ybaris que las mujeres tengan preferencia en la línea de sucesión al trono.

—¿Y crees que es verdad eso, que quería deshacerse de mí para que mi hermano se hiciera cargo del reino?

—No me siento capacitado para opinar sobre los asuntos ybarisanos, pero los primeros acercamientos del rey Barris al rey Eachann se produjeron cuando no eras más que un bebé, así que no se podían poner en duda tus dotes para la política. Además, demostraste una gran capacidad para tejer intrigas y quedó claro que no eras nada estúpida, aunque tus planes fueran frustrados.

Ya.

—¿Cómo los envenené?

—No tengo permiso para darte detalles del regicidio.

—¿Por si vuelvo a intentarlo? ¿Desde aquí? —sacudo la cabeza—. ¿Y por qué no vinieron a Islor el rey Barris y la reina Nielina? ¿Los padres no asisten a las bodas de sus hijos?

—No les pareció prudente dejar el reino desatendido —la voz de Elisaf vacila un poco—. Pero te acompañó el príncipe Tyree.

—¿Y ahora dónde está?

—No se encontró su cuerpo entre los muertos, así que se da por supuesto que huyó de la ciudad en cuanto saltaron las alarmas.

—Y abandonó a su hermana aquí para que muriera. —*Interesante, la verdad*. Debió de estar involucrado en el plan—. Así que lo que me estás diciendo es que el populacho consideraba a la princesa Romeria mona, y la corte, tonta.

No es que haya heredado una reputación maravillosa, y eso sin contar el asesinato.

—Creo que el término exacto era «descerebrada» —su tono de voz trasluce su sonrisa—. Y tú alimentaste esa visión. Sin embargo, algunos vieron más allá del teatro y creyeron que albergabas motivos ocultos; que estabas fingiendo para complacer a la corona y al futuro rey.

—Tenían que haber hecho una porra: se habrían hecho multimillonarios —murmuro con voz cortante.

—Nunca he conocido a un ybarisano al margen de la batalla. ¿Todos hablan de esa forma tan rara?

Me muerdo el labio; tengo que controlar mejor lo que digo.

—Pero a la reina no le gusté, ¿no?

—No confiaba en ti. La princesa Annika tampoco te apreciaba demasiado.

—Y así sigue.

Sin embargo, durante la noche del ataque hizo lo imposible por ayudarme. Solo hay una explicación: debe de amar a su hermano.

—Te llevabas bien con Atticus. Te escoltó, a ti y a tu séquito, con un contingente del ejército real, desde el paso por la Grieta. Aunque Atticus es capaz de rendir cortesía a sus peores enemigos.

—Creo que esa amistad se acabó —dejo el cuenco de piedra en el suelo—. ¿Y qué dice la gente ahora de mí?

—Por el momento, casi todos te creen muerta en Islor. Circulan muchos rumores por los pueblos y las ciudades que provocan confusión y miedo.

—¿Como cuáles? —insisto.

—Muchos te llaman «la regicida». Algunos consideran que el rey debería haberte ejecutado públicamente por traición junto al resto de ybarisanos.

Por centésima vez tengo que morderme la lengua para no negar mis supuestos delitos; así deben sentirse los inocentes acusados de crímenes espantosos. Pero, en mi caso, la inocencia solo es una verdad a medias.

—Supongo que no les culpo.

Zander me habría ejecutado si hubiera continuado en el torreón cuando salió el sol. Tengo que agradecerle a Annika y a un demonio haber escapado de mi destino.

—Pero algunos lloran tu muerte y están convencidos de que ignorabas el plan concebido por tu madre, que fuiste engañada como todos nosotros.

Me permito una chispa de esperanza.

—¿Es posible que sea verdad? ¿Que me hayan tendido una trampa?

—Hallaron a tu primera dama con el frasco de veneno escondido en el dobladillo del vestido y tus guardias cantaron como canarios al interrogarlos: su relato de tu engaño coincidía. Así que no, yo diría que es muy improbable.

Trago saliva.

—¿Y el rey? Zander, digo. ¿Alguna vez sospechó de mí antes de esa noche?

—Sí —hace una larga pausa—. Pero fue presa de tus encantos, más que nadie.

—¿Eso es lo que le gusta? ¿Una descerebrada con vestidos bonitos que sonría sin parar y le caliente la cama?

No hay respuesta, y sospecho que no voy a sacarle una palabra más sobre Zander.

—¿Cuál es tu afinidad elemental, Elisaf?

—No tengo ninguna.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no?

Se oyen voces en alguna parte del pasillo.

–Que descanséis, alteza.

–¡Espera! –Sé que esa es la forma educada de dar por terminado mi interrogatorio y agradezco todo lo que me ha dicho, pero tengo una pregunta más cuya respuesta necesito saber–. ¿Y el rey? ¿Tiene una afinidad?

–Sí.

–¿Con qué elemento?

Se hace el silencio, tan largo que doy por sentado que no voy a recibir respuesta.

–Fuego.

Elisaf se aparta de mi puerta.

Capítulo 13

Corrin deja la bandeja de comida en la mesa con un golpe seco.

–No podéis llevar eso –resopla al mirar mi vestido.

–¿Qué tiene de malo? –Es sencillo y agradable, de un tono amarillo pálido que me recuerda a un patito antes de mudar el plumaje. Lo encuentro ideal para pasear por los jardines con Annika, cosa que estoy deseando que suceda después de esperar tres días–. Es el que me dejaste; es el único que tengo.

O llevo esto o voy en camisón.

–Sí, bueno, eso fue antes de que el rey solicitara vuestra presencia.

Corrin desaparece en la sala de estar.

–¿Otra vez?

Hace diez días que no le veo. ¿Qué querrá ahora? ¿Habrá noticias de Lyndel? ¿Me va a acusar de haberle mentido? Se me dispara la ansiedad.

Corrin regresa un instante después llevando en brazos un vestido verde salvia. Tiene un corpiño ajustado y faldas de gasa abultadas.

–Este es más adecuado para el día de hoy.

–¿En el que se incluye qué? ¿Un baile real? ¿De dónde sacas estos vestidos, a todo esto?

–Eso no es de vuestra incumbencia –me espeta–. Lo único que debe preocuparos es que os valgan.

Me fijo en las mangas y el cuello. Son de un tejido transparente con delicadas flores bordadas que ocultarán mis cicatrices.

–¿Adónde voy a ir?

–Donde su majestad diga. Comed rápido –empuja la bandeja–. No disponemos de mucho tiempo y el rey ha insistido en que no le hagamos esperar otra vez.

Gruño y me acerco a la comida. Corrin siempre me mete prisas y más prisas con todo. Con el paso de los días, se ha vuelto más respondona y me replica siempre que

puede. A cambio, yo estoy más antipática y no me molesto en disimularlo.

–Pues vale. ¿Este es tan difícil de poner como el otro? Me llevó una eternidad aclararme con él.

Corrin suelta un bufido.

–Comed. Y daos la vuelta.

Se pone a desabrocharme la espalda del vestido amarillo mientras picoteo las rodajas de manzana y la observo en el reflejo del espejo. Lo primero en lo que me fijo a diario es en el anillo dorado de la oreja, ahora que conozco su significado. ¿Le molestará estar marcada como un animal de establo?

–¿Ibais a salir así? –exclama con un gruñido–. ¡Tenéis tres botones abiertos!

–Es que no tengo brazos de goma ni ojos en la nuca. Y no, le iba a pedir a Elisaf que me los abrochara.

No lo digo realmente en serio. Elisaf ya había terminado su turno cuando he terminado de vestirme. Oigo los pasos arrastrados del otro guardia.

La cara horrorizada de Corrin hace que explote a reír, me atragante con la fruta que tengo en la boca y acabe tosiendo.

–¿Qué? –le digo–. ¿No escogiste este vestido por eso? ¿Para torturarme, porque es imposible ponérselo sin ayuda?

La he maldecido una docena de veces mientras me lo intentaba poner, imaginándome su sonrisa satisfecha cuando lo colgaba en la percha.

Frunce el ceño, pero no dice nada. Sus ágiles dedos danzan entre los botones.

Mi guardia diurno, el tipo que arrastra los pies –un hombre con expresión pétrea, ojos castaños, pequeños y entrecerrados, que me dijo que se llamaba «guardia» cuando le pregunté su nombre–, camina detrás de mí y vocea con un ladrido «derecha» e «izquierda» mientras me escolta por los corredores infinitos del castillo.

Según pasamos, me voy fijando en las estatuas y jarrones de los pedestales e intento trazar un mapa mental mientras trato de ignorar las miradas que proceden de todas partes. No sé si despierto su atención porque he resucitado de entre los muertos o por mi aspecto extravagante. Después de que Corrin prácticamente me obligara a meterme en este vestido, que me queda como si fuera hecho a medida (supongo que forma parte del vestuario de la princesa Romeria, que Corrin guardará en alguna parte), me empujó hasta la silla del tocador, gruñendo que tenía

el pelo hecho un desastre. Sus dedos se movieron con rapidez, enroscando, girando y colocando hasta que tuve la melena dispuesta en una trenza compleja. Capté una mirada de satisfacción en su rostro, pero cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, se convirtió en altivez desdeñosa.

Tras una caminata larga, cruzamos unas puertas y pasamos a un patio, donde hay una docena de caballos con los colores reales, negro y dorado, en las gualdrapas, aguardando junto a sus soldados. Tras ellos veo más caballos en los establos, mordisqueando el heno fresco que andan repartiendo con horcas los mozos de cuadra.

Arrugo la nariz ante la peste de la pila de excrementos frescos cercanos, pero intento ignorarla; también las miradas recelosas de los soldados.

—¿Adónde vamos? —le pregunto a «Guardia», confiando en que al menos me responda a eso.

—Vamos a dar un paseo por Cirilea —responde Zander.

Pasa por delante de mí sin dedicarme una sola mirada. Su presencia y su altura imponen tanto como de costumbre. Lleva el pelo castaño dorado peinado hacia atrás y un jubón a medida hasta la rodilla de un intenso color verde bosque. Desliza una bota de cuero reluciente por el estribo y sube con elegancia a su caballo.

Los soldados lo interpretan como señal de salida y montan a su vez. Un mozo de cuadra —un chico de unos catorce años con un aro de oro en la oreja izquierda— acerca un taburete de madera y lo coloca junto al magnífico semental negro de Zander.

El rey se vuelve para mirarme y al fin caigo en la cuenta.

—¿Quieres que monte contigo?

—Es evidente que no te voy a dar un caballo para que escapes al galope por las calles de la ciudad.

Le observo con cautela encaramado a la silla, sus musculosos muslos embutidos en pantalones negros, esperando a recibir los míos. Hace un gesto en dirección al caballo moteado que monta Boaz.

—A menos que prefieras ir con el capitán...

Me acerco al taburete, levantándome las capas de faldas para no tropezar. Subo los dos escalones con dificultad, maldiciendo a Corrin sin parar. ¿En qué cabeza cabe salir a cabalgar con un puñetero vestido de gala? ¿No me podría haber traído unos pantalones? Con el vestido amarillo habría sido un poco más fácil.

Con un suspiro reticente, Zander me tiende la mano.

Por más ganas que tenga de rechazar su ayuda, las posibilidades de hacer el ridículo sin ella son elevadas. Tras un instante de vacilación, pongo mi mano menuda sobre la suya, mucho más grande, y noto su piel suave bajo mi palma. ¿Cuántas veces habrá tomado mi mano entre las suyas? ¿Cuántas veces sus manos –fuertes, de dedos largos– habrán tocado el cuerpo que tengo? ¿Hasta dónde habrán llegado?

Sus ojos se clavan en mi anillo. Tensa la mandíbula y me aprieta con más fuerza, sujetándome mientras paso la pierna por encima de la silla y me coloco delante de él. Las capas de gasa se amontonan a mi alrededor como si estuviera dentro de un nido. Intento alisar las telas esponjosas y rozo el interior del muslo del rey, que tensa los músculos al instante.

–Perdón –murmuro. Me echo hacia delante con la espalda erguida, intentando mantener algo de distancia entre los dos y rezando porque el paseo sea corto. El vestido tiene algo positivo: es una barrera eficaz entre ambos.

Zander agarra las riendas y me encierra entre sus brazos. Me envuelve su dulce aroma a madera, que ya empiezo a reconocer como su perfume personal, y siento un cosquilleo.

Como respuesta, pego los brazos contra mi cuerpo.

Boaz da la orden y los caballos forman en dos filas. Además, hay un soldado que nos flanquea por la derecha. Es Elisaf.

Sonrío al verle, aliviada al encontrar una cara amiga. La inclinación de cabeza que hace es casi imperceptible, pero no me pasa inadvertida.

Cruzamos el patio del castillo. Los cascos repiquetean con un ritmo constante contra la pendiente de piedra y todos los soldados, salvo Elisaf, abren espacio al rey. Yo no dejo de retorcerme y botar.

–Elisaf, ¿habías visto alguna vez montar peor a caballo? –pregunta Zander en tono burlón.

–No, majestad. Me temo que no.

–¿El Destino también te arrebató la capacidad de montar?

Es la primera vez en mi vida que estoy encima de un caballo, me gustaría decirle, con las mejillas encendidas.

–Estoy intentando no incordiar.

Majestad. Me trago el honorífico, sobre todo para comprobar si señala su ausencia.

–Vas a ir muy incómoda cuando lleguemos a las calles de abajo.

–Me las apañaré.

–Relájate. No te voy a morder. Todos sabemos lo que les pasa a las desgraciadas criaturas que se atreven a hacerlo –añade de forma siniestra–. Siéntate normal –me ordena en tono autoritario, molesto al ver que no contesto nada.

Me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Suelto el aire y aflojo un poco los músculos, pero no lo bastante como para entrar en contacto con mi compañero de montura.

Nos dirigimos a un muro de piedra con unos pesados portones de hierro flanqueados por guardias. No me resulta familiar esta parte del castillo, pero llevaba una manta sobre la cabeza la noche que me trajeron aquí y después escapé por las catacumbas con Annika. A mi derecha hay un torreón solitario; debe de ser donde me encerró Boaz. Por aquí tiene que estar la plaza donde ejecutaron a los sirvientes y guardias de la princesa Romeria mientras yo yacía inconsciente en cama. ¿Merecerían de verdad ese destino, o solo seguían las órdenes de la princesa? ¿La condena sería pública? ¿Habría una celebración? ¿Cuáles son los crímenes merecedores de ejecución en Islor? ¿Solo el delito de alta traición, o cualquier cosa que moleste al rey?

–Adelante, habla con libertad –dice Zander de pronto–. Di lo que tengas que decir.

–¿Para qué? ¿Para darte una excusa para que me condenes a latigazos? –se me escapa sin pensar.

–Tienes fijación con los latigazos.

–No. –Lo que tengo es terror, pero intento controlarlo.

–No necesito ninguna excusa. Soy el rey y tu lista de crímenes ya es larga. –Hay una amenaza velada en su voz–. ¿Lo que piensas también es merecedor de castigo? –No respondo; aprieto los labios–. Vamos. Llevas semanas mordiéndote la lengua y diciendo lo correcto. Créeme que prefería cuando hablabas sin pensar y decías barbaridades. Especialmente ahora que es imposible que recuperes mi confianza ni mi favor, por mucho que te esfuerces.

–¿Crees que estoy...? –No termino la frase. ¿Esforzarme? ¿De qué habla? Miro las capas de gasa y caigo en la cuenta: habla de mi aspecto–. Yo no escogí este absurdo vestido; fue mi encantadora criada, la que tú elegiste para mí, la que me obligó a ponérmelo.

–El vestido es absurdo. Para montar a caballo al menos –murmura, sujetando las riendas con una sola mano y jugueteando con algo que tengo a mi espalda–. Estoy seguro de que Corrin tenía buenas intenciones.

Me atrevo a echar un vistazo por encima del hombro y veo que las gasas verde salvia están hechas un gurruño que casi le llega al cuello. Aprieto los labios, conteniendo la risa, pero se me escapa un resoplido.

Entonces cometo el error de levantar la vista y se me corta el estallido de humor. Le tengo tan cerca que puedo distinguir las motitas doradas de sus ojos avellana y medir la longitud de sus espesas pestañas.

Sus ojos me observan fijamente, como si buscaran algo.

Miro de nuevo al frente.

—Querías ejecutarme. Créeme, no estoy intentando recuperar tu confianza ni tu favor. Para mí no eres más que un extraño.

—Y a pesar de ello, continúas llevando mi anillo.

Observo la gema blanca y lisa. Le tiene que resultar muy raro que lo siga llevando.

—No puedo explicar por qué, pero siento que es importante.

Es lo más vago y cercano a la verdad que puedo expresar.

Ante eso, se calla.

Hemos cruzado la imponente muralla interior y más allá se abre una calle estrecha con casas con tejados a dos aguas. Es muy parecida a la que recuerdo que vi la primera noche, solo que ahora no arden los edificios, no hay carros llenos de cadáveres ni niños que lloran a sus padres muertos. El cielo azul está surcado de jirones de nubes blancas y la brisa cálida sacude los mechones sueltos de mi cabello.

La comitiva se desvía hacia la derecha, donde la calle se bifurca en otra y de pronto se abre una inmensidad de agua más allá de la ciudad. En el lejano horizonte se atisba una línea tenue que insinúa más tierra. Intento recordar el mapa de la sala circular de Zander. ¿Formará eso parte de Islor? ¿Será Seacadore? Memoricé todos los nombres, pero no sé nada de ellos.

Aspiro el perfume salobre del mar. Es como un bálsamo.

—¿No sientes ninguna atracción por el agua? —pregunta Zander con auténtica curiosidad.

Sabe que Annika me lo dijo. Cómo no. Wendeline me advirtió que todas mis conversaciones llegarían a sus oídos.

—No debería sentirla, ¿no? —alzo las muñecas con los brazaletes—. ¿Qué podría hacer si no llevara esto?

—¿Más estragos en mi ciudad?

—¿Como cuáles?

Además de provocar que exploten las fuentes, ¿de qué es capaz este cuerpo élfico que habito?

—¿Quieres que te dé instrucciones detalladas?

—Como si me fueran a servir para algo... —murmuro. No tengo ningún interés en atacar Cirilea; solo quiero entender cómo funciona—. ¿Y tú qué puedes hacer?

—¿Yo? —se queda callado—. Ah, claro, ya me he enterado de que les haces interrogatorios a todos los que puedes —cercena secamente.

Intento cruzar una mirada con Elisaf, pero tiene la vista al frente. Está claro que todos le repiten a Zander cada cosa que digo.

Decido cambiar de tema.

—¿Adónde vamos?

Tira de las riendas para guiar al caballo hacia la derecha. Con el movimiento, sus bíceps rozan mis piernas.

—La princesa de Ybaris va a desfilar en procesión por Cirilea. Es hora de que todos sepan que estás viva y a salvo, y la forma más rápida es permitir que el pueblo te vea.

—¿Y por qué quieres que lo sepan? ¿Qué más te da que la gente piense que estoy muerta?

¿Qué uso tengo yo para Zander?

—Porque quiero que vean que sigues aquí, en la corte, y cercana a mí —soy muy consciente de cómo se inclina hacia mí mientras baja el tono de voz—. Muy pocos saben lo que ha ocurrido y la dolencia que sufre tu memoria. Solo aquellos en los que confío. Nos hemos enterado de que la reina Neilina ha buscado frenética alguna prueba de que sigues viva, así que tal vez tu estimada madre te quiera, después de todo. Damos por sentado que ignora el detalle de que ya no recuerdas quién eres.

—¿Me crees?

—Creo a Wendeline.

Y ella casi está en lo cierto, quiero decirle, pero me muerdo la lengua. No tiene todos los detalles.

—¿Qué pasará cuando corra la voz de que sigo viva?

—Confío en que los que te ayudaron crean que me has convencido de tu inocencia, de que no eras más que el chivo expiatorio de la reina Neilina.

Caigo en la cuenta.

—Quieres que se delaten.

—Con el tiempo acabarán encontrando la forma de ponerse en contacto contigo. Cuando suceda, recibirán el castigo que les corresponde.

Me acuerdo de pronto de algo.

—¿Tus soldados encontraron algo en Lyndel?

—Sí: al ejército de Lord Telor preparado para defendernos de Ybaris —replica, y hundo los hombros—. ¿Esperabas otra cosa? ¿Que descubriera que uno de mis aliados más poderosos se ha vuelto contra mí?

Se ha dado cuenta de mi decepción, pero la está malinterpretando.

—No, me alegro. Es que... después de todo lo que he oído de lo que sucedió esa noche y lo que te hizo la princesa Romeria...

—Lo que me hiciste tú —corrige.

—Sí. —Jugar con él, haciéndole creer que estaba enamorada—. Esperaba haber recordado algo que pudiera ser de utilidad. Para ti.

Lo cual acabaría siendo de utilidad también para mí.

Se queda callado durante un buen rato.

—Hay montañas al norte de la fortaleza; los ybarisanos podrían esconderse allí sin que lo sepa Lord Telor.

—Entonces, ¿podrías encontrarlos?

—Si los buscáramos. Podríamos gastar nuestros recursos intentando descubrirlos, pero estamos muy ocupados defendiendo la frontera de una posible invasión de Ybaris en represalia por haber matado a su princesa y a su rey.

Pero yo estoy viva y la reina Neilina fue quien asesinó a su propio marido.

—¿Crees que os invadirán?

—Creo que tu madre ansía hacerse con nuestra tierra, pero si encuentra una forma de ahorrarse un montón de bajas en la batalla, optará por ella. Nuestro mejor plan es esperar a que los tuyos que siguen atrapados en Islor hagan su jugada. No pueden volver cruzando la Grieta y no son más de doscientos; es imposible que derroten a mi ejército.

Suena muy seguro de sí mismo. Me pregunto si solo será una fachada.

La calle por donde avanzamos desemboca en otra mucho más animada; se oyen voces y se arremolina la gente con los brazos cargados de panes y flores.

—¿Qué es eso?

—El mercado. Los habitantes de la ciudad y los pueblos vecinos venden aquí los productos de sus huertos, las herramientas de las forjas y demás.

Sonrío al recordar mi hogar, los calurosos días de verano cuando iba a comprar los sábados en el mercado y recorría los estrechos pasillos abarrotados de gente. Me

da la impresión de que ha pasado una eternidad. Estoy convencida de que ya se habrán marchitado todas las plantas que tenía en el alféizar. Hace tiempo que debería haber pagado el alquiler. ¿Habrá ido a cobrar mi casero? Ya se habrá enterado de que he desaparecido. ¿Lo habrá denunciado? ¿Le importará a alguien que ya no esté?

—Tengo una propuesta que hacerte, Romeria —la voz de Zander me devuelve a la realidad—. O, mejor dicho, te doy a elegir. Cuando acabe este paseo, puedes regresar a tu confinamiento, continuar siendo una prisionera de Islor y albergar la esperanza de poder gozar de un recorrido con escolta por los jardines, temer que vuelva a cerrar tus ventanas y te impida mirar desde lo alto los sucesos de la corte. O puedes ayudarme a garantizar la fuerza de Islor y obtener algo de libertad durante el proceso.

Prisionera o libre —sea lo que sea eso en este mundo—. Tiene que saber que es un caramelo especialmente tentador. Me ha ofrecido bocaditos de la vida más allá de mis paredes y me tiene dando vueltas por las mañanas como un perro bien educado que está deseando salir a la calle. ¿Cuánto tiempo llevará maquinando esta «elección» que me presenta? ¿Se lo habrá planteado hace poco, o todo formaba parte de un plan cuidadosamente orquestado desde el mismo día que me confinó en mis habitaciones?

Aprieto los dientes, intentando contener el resentimiento que arde en mi interior. ¿Por qué todo el mundo me ofrece elecciones imposibles? Primero Korsakov, después Sofie, ahora Zander.

Las palabras de Sofie resuenan en mi mente como un recordatorio: *Tendrás que ganarte el acceso, y eso te llevará tiempo.* ¿Ella conocería este dilema? ¿Sabía dónde me metía? ¿Se refería a esto, a que tendría que ganarme el favor de un rey al que ya he traicionado de forma imperdonable?

—¿Necesitas tiempo para considerarlo? —me pregunta Zander, molesto.

—No. Te ayudaré. —De nuevo, no tengo otra opción. Al menos en esta ocasión es algo más honorable que robarles baratijas a los ricos. No siento ninguna lealtad hacia toda esta gente. Tengo una misión y nadie parece sospechar cuál es, así que lo mejor es que Zander piense que me estoy centrando en ayudarle mientras me ayudo a mí misma buscando la forma de colarme en el ninfeo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Para empezar, sácate el palo que llevas en la columna vertebral y finge que no preferirías encontrarte en el fondo del océano que compartiendo caballo conmigo.

Proceso sus palabras con gesto de concentración. Si quiere que aparente que fui una víctima inocente de los planes de la reina Neilina, eso significa que... Me hormiguea la piel.

—¿Quieres que la gente piense que todavía estamos juntos?

Que el rey sigue interesado en la princesa Romeria. Me miro la mano y mi anillo de oro refulge al sol. No solo interesado.

Comprometido.

¿Por eso no me quitó el anillo?

—¿Crees que funcionará? ¿La gente se lo tragará? —pregunto, nada convencida.

—La alternativa es inverosímil.

Que abrazaría a la mujer que asesinó a sus padres y casi destruye su reino.

—Vale. Entiendo.

—Ten presente que esto es mucho más difícil de digerir para mí. Para ti yo soy solo un desconocido.

—Uno que quería ejecutarme.

—¿Y me culpas?

Es justo. Pero ¿soy capaz de interpretar este papel?

—Eres una serpiente —continúa hablando—. Una serpiente que dijo e hizo muchas cosas para ganarse mi afecto —suspira hondamente—. Pero si me centro en el hecho de que solo tienes su aspecto físico, tal vez pueda empezar a considerarte una extraña. Eso jugaría a nuestro favor. El de ambos.

Pero él me sigue viendo como una serpiente, y muy pocos consideran atractivos esos bichos. Por buscarle un lado positivo al asunto, uno superficial, al menos Zander no es físicamente repulsivo. Sería mucho más difícil fingir que hago manitas con Korsakov o con Tony. Solo de pensarlo me entran escalofríos.

Pero ¿voy a tener que besarle?

Tengo cientos de preguntas que hacerle —sobre todo, cómo vamos a fortalecer Islor juntos y qué implica exactamente vender esto a la gente—, pero casi hemos llegado a la calle del mercado. Tomo aire profundamente y relajo el cuerpo hasta que noto la sólida pared de músculos de su pecho contra mi espalda.

—Toma las riendas —me ordena en voz baja.

Obedezco y agarro la gruesa cinta de cuero entre las manos, de forma que desliza sus brazos bajo los míos, apoya con comodidad los antebrazos y nuestra postura es más relajada e íntima mientras vuelve a controlar el caballo.

Oigo su respiración profunda y constante y su aliento contra mi cuello me produce un escalofrío.

—¿Ves? No es absolutamente repugnante —murmura.

—No, supongo que no.

—Hablaba conmigo mismo.

Más adelante suena una trompeta y la multitud se dispersa. La gente se aparta del camino mientras nuestra comitiva gira a la derecha.

Hay cientos de personas que se agolpan en la calle y gritan. Algunos llevan ropas de colores monótonos y el revelador anillo en la oreja que los identifica como humanos y esclavos, mientras otros visten con cuero de mejor calidad y portan vainas en la cadera.

Veo sobresaltos y sorpresa cuando sus ojos se posan en mí, pero también arrugas profundas y ceños.

Tantas miradas fijas en mí, sobre el pedestal de mi montura.

La regicida.

Se me encogen los pulmones. Aunque esté flanqueada por un caballo a cada lado, me siento expuesta.

—Hay gente aquí que cree que tengo la culpa de lo que pasó.

—Eso es porque tienes la culpa de lo que pasó —la voz de Zander suena mucho más cerca y su tono trasluce cierta diversión, pero una muy amarga.

—¿No te preocupa nada lo que puedan hacer? A ver, ¿es seguro pasar por en medio de una multitud tan enorme?

—Aunque quieran hacerte daño, nadie se atreverá a intentarlo por si me hieren a mí.

—Me alegro mucho de que estés tan seguro.

Espero que no esté siendo ingenuo. Ahora le encuentro sentido a que Zander insistiera en que cabalgara en su montura. Si fuera sola en un caballo, sería un blanco mucho más fácil.

Me rodea la cintura con un brazo y tira de mí hasta que el mínimo espacio que nos separaba desaparece. Nuestros cuerpos chocan y noto el calor de sus muslos contra mis caderas a pesar de las capas de gasa.

Me obligo a relajar el cuerpo y apoyarme en él.

—Muchos en Islor desean la unión entre nosotros. Si te ven así conmigo, se sembrará la duda de que sus temores fueran ciertos y pronto pensarán lo que queremos que piensen. Además, aunque nos ataque alguien, ¿qué te preocupa? ¿No regresarás otra vez de entre los muertos?

Resoplo ante la broma de mal gusto.

–Preferiría no comprobar esa teoría, gracias.

La verdad es que no estoy nada convencida de que fuera cierta. Sofie fue tajante: si los islorianos descubrían mi verdadera identidad, me matarían, así que creo que es posible que yo muera.

Pone el caballo al trote y soy muy consciente del contacto con su cuerpo a cada bote y sacudida, pero hago todo lo posible por centrarme en lo que tenemos delante. Vamos por un camino recto a ritmo constante y la gente abre paso franco a los caballos.

Entre los gritos y aplausos y la mezcolanza de olores –a pan recién horneado, pescado, cueros curtidos y sudor agrio de los cuerpos–, me siento abrumada y acabo apoyándome en Zander en busca de protección de forma involuntaria. La gente agita sombreros en el aire, ovaciona a su rey y pregona el poder de Islor desde todas las direcciones. De vez en cuando oigo mi nombre, a veces junto a «reina». Recuerdo lo que dijo Elisaf sobre la sonrisa constante de la princesa, así que me las ingenio para componer una, aunque me resulta forzada.

La calle serpentea y se acerca a la zona marítima. Cambia el entorno y también el ambiente. Los edificios que había cerca del mercado tenían dos o tres pisos y contaban con contraventanas y elegantes enrejados; aquí las casas son simples chabolas maltrechas de una sola planta. Lo único bonito que tienen son las vistas del océano. A la derecha hay una muralla alta que separa esta zona de los edificios cuidados. La muchedumbre también es distinta: gente más vieja, con ropa raída, rostros curtidos y cuerpos enjutos que muestran señales de penuria. El aire huele mal, a aguas residuales y suciedad.

Me sobra mi amplia experiencia sobre la miseria para reconocer que esta es la zona pobre de Cirilea.

–Toma. –Zander mete la mano bajo nuestras piernas y rebusca entre las capas de gasa. Agarra una bolsa de terciopelo que estaba atada a la silla de montar y me la pone en el regazo. Tintinea de una forma muy reconocible. Desata hábilmente el nudo con una sola mano–. Tíralas.

Meto la mano en la bolsa y saco un puñado de monedas de oro, maravillada con su peso y su tamaño.

–¿Tirarlas?

–Al pueblo.

Contemplo un porche desvencijado. Hay una pareja de ancianos en la puerta de su casucha. El hombre está encorvado sobre un bastón de madera, la mujer se protege los ojos del sol con una mano salpicada de manchas por la edad.

–¿No deberíamos detenernos?

¿Cómo van a recoger el dinero si apenas se tienen en pie?

–Hace nada, temías que te asesinaran. ¿Ahora quieres pasear a pie por la colonia con una bolsa de monedas? –pregunta sardónicamente.

–¿Por qué? ¿Este sitio es peligroso?

No puede ser peor que los albergues a los que yo iba antes de que hiciera amigos y aprendiera a desenvolverme en la ciudad. Algunos eran mucho más peligrosos que dormir en el banco de un parque.

–Mientras yo esté a tu lado, no.

Los ojos angustiados del viejo están fijos en la bolsa de terciopelo mientras aguarda pacientemente una limosna. Cerca hay un hombre más joven y ágil pendiente de la situación. Un oportunista. Conozco a ese tipo de gente: se lanzará a llevarse todo lo que la pareja de ancianos no pueda reunir.

–Pues entonces quédate a mi lado. Son personas, no una bandada de gansos. Me niego a lanzarles monedas como si fueran migas de pan. Ayúdame a bajar del caballo –me giro y dulcifico la voz, añadiendo un «por favor».

Las penetrantes pupilas de Zander me taladran un largo instante antes de gritar una orden.

–¡Alto! –los caballos se detienen–. Elisaf, sujeta las riendas –ordena, bajando de la silla de montar. Aterriza en el camino empedrado con desenvoltura–. ¿Y bien?

Con mucha menos elegancia que él, aferro a la vez la bolsa de monedas y el cuello del caballo mientras levanto la pierna. Unas fuertes manos me agarran por las caderas y me llevan al suelo como si no pesara nada. Zander no me suelta en el acto; se acerca por detrás y me susurra al oído:

–Si esto es una estratagema para escapar...

–Ya, ya... ¡Que le corten la cabeza!

Aunque no estoy muy segura de que cuenten con guillotina dentro del repertorio.

Inhala con brusquedad y me aprieta más fuerte, aunque no llega a hacerme daño.

–Disfrutas poniéndome a prueba.

Tal vez sí, lo cual significa que me da menos miedo. No sé si eso es bueno o malo.

–Lo siento; me pediste que hablara con libertad. ¿Prefieres que me muerda la lengua y sonría como una descerebrada?

–Delante de otras personas, sería lo ideal.

Le miro por encima del hombro. Observo su rostro, tan atractivo como severo, y le dedico la sonrisa más amplia y falsa que soy capaz de pergeñar.

–¿Mejor?

Con un gruñido estrangulado, me suelta. Me pone la mano en la espalda e intento que su contacto no me ponga nerviosa. Relajo los músculos y avanzamos.

Boaz tiene la cara crispada.

–Majestad, ¿no sería mejor que un guardia...?

–Descansen –le corta Zander según pasamos.

Las caras de los ancianos se llenan de aprensión cuando nos acercamos. El hedor de la piel sucia me invade la nariz. Los zapatos del hombre están rotos y asoman los dedos de los pies.

–Majestad. Majestad... –murmuran con eco. La mujer nos hace una reverencia profunda. El anciano intenta postrarse, pero está claro que sus huesos no se lo permiten.

–Por favor, no se moleste, señor –le dice Zander con una amabilidad en la voz que me pilla desprevenida.

Ahora que la tengo cerca, la mujer me recuerda a Ina, la del parque Inkwood: lo perdió todo tras la muerte de su marido por culpa de las facturas médicas y la depresión severa. Cuando no estaba cuidando de sus amigos vagabundos, se iba al río y se dedicaba a hacer montículos de piedras. El año pasado supe que había muerto. La encontraron sola, en la orilla.

Meto la mano en la bolsa y deposito un puñado de monedas en la mano mendicante de la mujer.

Desorbita los ojos. Después de susurrar «¡que los Destinos os bendigan, majestad!», mira furtivamente a ambos lados antes de guardarlas en el bolsillo.

Zander me guía a la siguiente chabola.

–¿Qué tal si entregas una por persona de ahora en adelante? Mi generosidad no es infinita.

–Y, sin embargo, vives en un castillo chapado en oro –mascullo entre dientes.

Se le escapa un bufido.

–Encantador. Sobre todo teniendo en cuenta de dónde procedes tú.

De un ¿ulo de treinta metros cuadrados con una cisterna que no deja de sonar, me gustaría responder, pero sé que no está hablando de mí.

Avanzamos por la calle con los caballos al lado y sus jinetes dispuestos a desmontar ante el menor signo de problemas. Esta gente solo pide ayuda. Cuando los saludamos se los ve notablemente nerviosos; sus ojos agotados muestran distintas combinaciones de miedo y confusión. Algunos tienen una tos bronca, de

las que jamás se curan. Me recuerdan a los indigentes de Nueva York: una comunidad que guardaba sus escasas pertenencias y cuidaba de sus miembros, que se movían lentamente, cojeando, con joroba, ya fuera por el dolor físico o simplemente por llevar demasiados años soportando el peso de una vida miserable. A muchos les faltaban miembros.

Esta colonia está llena de gente que fue esclava de los inmortales. Veo cicatrices en las orejas, agujeros que jamás se cerrarán tras tantos años con anillos de metal. Algunos tienen el cartílago destrozado, como si hubieran llevado el pendiente demasiado apretado y les hubiera cortado la carne. A otros les falta un pedazo de oreja; se debieron de arrancar el anillo. Esa gente lo esconde e intenta ocultar su secreto con bufandas y sombreros. Es como si temieran que los detuvieran.

Me limito a sonreír y entregarles dos monedas en lugar de una, porque su situación tuvo que ser espantosa para que se mutilaran a sí mismos. Lo cual me lleva a preguntarme de qué huyeron. Qué tuvieron que pasar.

Cuando llegamos al final de la calzada y de la bolsa de terciopelo, noto el pecho atenazado y ligero a la vez. La desolación de esta gente se me ha metido en los huesos.

Zander me ayuda a montarme en el caballo y se encarama detrás de mí.

—Lo has disfrutado —declara, desconcertado; no es una pregunta.

—No creo que la palabra adecuada sea disfrutar. —Ha sido deprimente. Cuando estaba en mi mundo, era incapaz de pasar por delante de un mendigo sin rebuscar en mi bolso algo de dinero suelto o billetes de un dólar. Nunca es suficiente—. ¿Podemos repetirlo?

Toma las riendas que le entrega Elisaf y los caballos se ponen al trote de inmediato a la orden de Boaz, que está deseoso de alejarse de esta gente.

—No vamos a vaciar las arcas reales en la colonia, si esa es tu pregunta.

¿Cuántas monedas de oro tendrá? Quizá gracias a mi nueva libertad logre encontrar esas arcas. Me encantaría despojar a su majestad de algunas de sus riquezas antes de huir de este sitio.

—¿Qué es exactamente esta colonia?

Además de un sitio atestado de antiguos esclavos que parecen estar esperando la muerte.

—Es donde acaban muchos mortales cuando tienen poco valor para Islor.

—Poco valor —repito, asimilando sus palabras y notando cómo crece mi desagrado.

—La corona les entregó esta barriada junto a la costa, y el pueblo paga una pequeña cuota en concepto de alquiler a cambio del privilegio de vivir dentro de las murallas de la ciudad.

—El privilegio.

—¿Hace falta que repitas cada palabra que digo?

—Solo intento entender todo esto.

Básicamente es un programa de viviendas subvencionadas para esclavos humanos de edad avanzada descartados por Islor, solo que no es mucho mejor que un callejón de casuchas montadas con cajas de cartón.

¿Está orgulloso de esto?

—¿No apruebas que hagamos esto por ellos? —hace una pausa—. Hay gente de la corte que cree que no deberíamos molestarlos. Consideran que es un desperdicio de recursos. Preferirían acabar con su miseria.

—Tal vez algunos de la corte deberían estar en tu plaza de ejecuciones —replico, encendida de ira. Mi padre formaría parte de los humanos «con poco valor» en este mundo. Los islorianos tratan a los humanos igual que a los caballos cojos y las vacas que dejan de dar leche.

Por el rabillo del ojo veo que Elisaf sube las cejas de forma llamativa. Me imagino la cara que ha puesto Zander, a no ser que mantenga una expresión pétrea.

—¿Por qué te importa lo que les pase a los mortales?

Porque yo soy una. Aunque sé que debería mantener la boca cerrada, me siento incapaz. He vivido la pobreza. He sido testigo de los miles de fallos que tiene el sistema montado para ayudar a los necesitados cuando estos tocan fondo. Y es la primera vez que estoy junto a alguien con poder suficiente para hacer algo al respecto.

—¿Se han pasado toda la vida sirviéndote y, ahora que están viejos y destrozados, los hacinas en un rincón miserable y te das una palmadita en la espalda por tu benevolencia? No, no apruebo esto. Creo que deberías hacer más. Son personas, aunque ya no tengan utilidad para ti. No son inferiores a los tuyos.

Todo lo que siento sale a borbotones, sin freno, sin contención alguna.

Zander se queda callado un instante.

—¿Sabías que el crimen por acabar con la vida de cualquier mortal isloriano, sin importar su edad o sus capacidades, es la muerte? Mi padre decretó esa ley, y pienso mantenerla sin hacer concesiones.

—Se puede mantener un perro con vida y a la vez tenerlo encerrado en una jaula.

–¿Y qué más quieres que haga por esta gente?

–¿Qué tal si no los esclavizas?

–Claro, por supuesto. Chascaré dos dedos y cambiaré todo Islor. Cómo piensa y vive todo el mundo. –Hay un filo extraño en su voz.

–¿Acaso no eres el rey? –le pincho, aunque en el fondo sé que no es tan sencillo–. No sé. ¿Por qué no empiezas por fundir una de tus mil columnas de oro y construyes unas viviendas un pelín más agradables para esta gente? ¿Fuera de la ciudad, en el campo?

Sé que es posible. Desde mi balcón veo las colinas.

–Y venga a insistir con el oro, cuando tú te has criado en un palacio de joyas.

–No recuerdo nada de eso.

–Qué oportuno... –murmura–. Además, es mucho más seguro para ellos estar protegidos entre nuestros muros que ahí fuera.

–A mí me parece que más bien necesitan protección de algunos de tu corte.

Ante eso, se calla.

La comitiva gira a la derecha y sube una cuesta, alejándose de la colonia. Creo que estamos regresando al castillo. En el instante en que llegamos a una calle desierta, alejada de espectadores, Zander me suelta la cintura y abre espacio entre nosotros.

El viaje de vuelta lo hacemos en silencio absoluto, solo roto por el repiqueteo de los cascos de los caballos. Cuando llegamos al patio junto a las cuadras, el muchacho de antes viene corriendo con el taburete. Zander desmonta primero y me ofrece una mano rígida cuando bajo yo.

Esperaba que me soltara en cuanto mis pies tocaran el suelo, pero me atrae hacia sí. El movimiento me pilla por sorpresa, tropiezo y me caigo sobre él. Me paro poniéndole la palma en el pecho y él me ayuda a mantener el equilibrio con firmeza, con una mano en mi cintura. Nos quedamos pegados, se inclina hacia delante y se me corta el aliento porque creo que va a producirse la culminación de la farsa: un beso para el que todavía no estoy mentalmente preparada. Pero acerca la boca a mi oído.

–No creas ni por un instante que me estás engañando –susurra; su labio inferior me roza el lóbulo–. Puede que la pérdida de memoria sea auténtica, pero sé que ocultas algo.

A pesar de la tensión que hay entre los dos –o quizás por culpa de ella–, la cercanía de su cuerpo hace que se me acelere el pulso. Pero su afirmación hace que

entre en pánico porque es la verdad. Sí que estoy ocultando algo. Aunque no estoy muy segura de qué.

A estas alturas, sé que un simple «no» no funciona con Zander, especialmente cuando ya tiene una opinión formada.

—Mira quién habla —replico en vez de negarlo. Ha estado vigilando celosamente cada pedacito de información que recibo, entregándomela en pequeños bocados según le parecía.

—Te he ocultado muchas cosas —admite, soltándome la mano y deslizando los dedos por mi espalda. Ante cualquier testigo, pareceríamos una pareja que se reconcilia después de una pelea: nuestra expresión es sombría, pero nuestras caricias íntimas—. Algunas, por una buena razón.

Me armo de valor y subo el mentón.

—Puede que todos tengamos secretos por muy buenas razones.

—Tal vez. Pero acabaré descubriendo el tuyo.

Sus pupilas se posan en mis labios y contengo el aliento mientras noto en la boca del estómago una mezcla confusa de temor y deseo en conflicto.

De pronto me suelta y se aleja a grandes zancadas, como si ansiara desesperadamente apartarse de mi vista.

Capítulo 14

–¿Adónde me llevas? Por aquí no vamos a mis habitaciones.

Puede que la combinación de colores y las molduras sean iguales, pero hemos subido un tramo más de escaleras y no reconozco ninguno de los bustos de los pedestales.

–A vuestras nuevas habitaciones, alteza –responde la voz hueca de Guardia antes de abrir unas puertas dobles–. Los aposentos de la reina.

Me quedo boquiabierta al ver la suite.

–¿En serio?

No me dedica nada más que un ceño fruncido antes de cerrar las puertas a su espalda.

Pero... la reina está muerta, pienso mientras recorro el lujoso cuarto de estar, decorado en tonos intensos de púrpura, oro y rosa salmón. Es un salón de baile, el triple de grande que donde estaba encerrada, con techos altos y ventanales por los que entra la luz del sol. Hay una impresionante lámpara de araña colgando del techo. En la zona de asientos hay muebles chapados en oro, tapizados de seda y raso estampado, junto a una enorme chimenea de mármol. Toda la estancia está adornada de flores frescas de color marfil y rosado.

Oigo un portazo en alguna parte y me dirijo hacia la habitación contigua: el dormitorio. Las paredes de color ciruela tienen molduras suntuosas y en un extremo hay una cama gigantesca de marfil y oro con un cabecero majestuoso que llega hasta la mitad de la pared. Enfrente hay otra chimenea y una zona con asientos más pequeña.

Corrin va de un lado a otro, tan ajetreada como de costumbre. Cuando me ve en el umbral, golpea con fuerza las almohadas que estaba mullendo.

–Habéis estado muy atareada esta mañana, alteza –el tono seco deja claro que es un desplante.

–Sí, repartiendo monedas entre los pobres. Qué mala soy.

Se le descuelga la mandíbula, como si la hubiera pillado con la guardia baja, pero recupera rápidamente la compostura.

—Es la primera vez que veo que inviten a un zorro al gallinero después de la matanza.

No confía en mí. ¿Será porque es humana, porque no cree la teoría de Wendeline, o tendrá algún otro motivo para despreciarme?

—Yo no he pedido esto. Esto es lo que quiere el rey, así que ¿por qué no le preguntas los motivos de sus decisiones? Estoy segura de que estará encantado de explicártelo.

¿Qué sabrá Corrin del plan de Zander? Obviamente, lo bastante como para ser consciente de que no soy menos culpable que antes de esta mañana, o no se atrevería a mantener esta actitud frente a mí.

Suelta un gruñido, pero no dice nada más.

Oigo un tintineo metálico en el exterior y me asomo al ventanal. Salgo a una terraza muy cuidada, adornada con jardineras de helechos y geranios rojos. Aunque todavía me pierda por los pasillos del palacio, me oriento perfectamente desde el exterior. Los vastos jardines reales siguen a la vista, desde un ángulo distinto. Ahora me encuentro en la parte central del castillo. Desde donde estoy hay una larga y estrecha pasarela por los muros que conecta con otra terraza enorme. Estoy casi segura de que es la misma donde estaba Zander aquel día.

La cámara real.

Me ha trasladado al lado de sus aposentos.

Buena jugada, teniendo en cuenta que debemos mantener las apariencias de que mantenemos una relación. Quienquiera que ayudara a la princesa Romeria dentro del castillo probablemente siga entre sus muros, observando. Si Zander ha decidido que soy inocente de todos los delitos, no tendría sentido que me mantuviera encerrada en otra ala.

Me resulta raro que el rey y la reina tengan sus propias habitaciones. Cómo las usen será otra cuestión, claro. Pero, dada la situación en la que nos encontramos, es perfecto. Estoy convencida de que Zander preferiría dormir en un nido de víboras que conmigo, y no puedo decir que yo piense muy distinto.

Y, sin embargo, no dejo de recordar el contacto de su brazo alrededor de mi cintura y sus muslos contra mis caderas.

—Hoy peleas como si la cólera de Malachi corriera por tus venas —dice una voz masculina entre jadeos entrecortados—. ¿Te pasa algo?

Justo debajo de mí está la plaza donde entrenan. Reconozco de inmediato los rizos de Elisaf. Se ha quitado la chaqueta del uniforme real y lleva un chaleco de cuero que muestra sus fuertes brazos y su piel morena. Se está enfrentando a un hombre de cabello dorado oscuro cuyos movimientos rezuman elegancia y confianza en sí mismo.

—¿Te rindes? —es la medida respuesta de Zander, blandiendo la espada. Su chaqueta verde está doblada en la hierba; lleva pantalones negros y una túnica blanca y amplia. Seguramente fue directo ahí según se bajó del caballo, en busca de algo que machacar.

Incluso desde aquí arriba noto las gotas de sudor que brillan en sus cejas.

—¿Me has visto hacerlo alguna vez?

La voz de Elisaf suena bromista y va acompañada de una arrogancia que está ausente cuando son rey y guardia. Aquí, en esta plaza, son amigos.

Elisaf carga hacia delante, giran y esquivan en un baile sincronizado de envites y bloqueos fluidos, practicados mil veces.

He visto luchas. He sido testigo de peleas a navaja: tajos torpes, pasos arrastrados y un oponente que se tira contra otro con la esperanza de que algo se clave en la carne. ¿Esto? Esto es arte. Un juego de pies impecable, giros como centellas, estocadas precisas.

Cuando Elisaf está jadeando, Zander sigue tan fresco que podría continuar luchando eternamente. *Como si la cólera de Malachi corriera por sus venas*, dijo Elisaf. El dios con los cuernos negros que disfruta liberando demonios en el mundo.

La amenaza contra la corona tiene que ser muy seria para que Zander esté dispuesto a poner en práctica este plan conmigo.

Zander detiene una estocada y, tan rápido como el rayo, da una vuelta en redondo y ataca. Su espada se hunde en el bíceps de Elisaf y mi guardia nocturno deja caer la espada, que choca con un ruido seco contra el suelo. Se agarra el brazo con una mueca de dolor mientras la sangre chorrea entre sus dedos y salpica la tierra.

—Por todos los Destinos, ¿es que quieres mandarme a Za'Hala antes de que se ponga el sol? —gruñe Elisaf con los dientes apretados y el rostro ceniciento.

—Maldición —masculla Zander sin alterarse, pero llama a alguien que no veo—. ¡Trae a Wendeline! Toma —le dice a Elisaf, quitándose la túnica y arrojándosela—. Contén la sangre con esto.

Me estremezco al vislumbrar la herida enorme durante la fracción de segundo que tarda Elisaf en enrollarse la tela en el brazo.

–Perdóname, no tengo la cabeza donde debería –murmura Zander sombríamente.

Tampoco yo. Porque, aunque sigo preocupada por Elisaf, me descubro admirando la piel aceitunada de la angulosa espalda de Zander. Es fibroso y atlético, con los músculos definidos. Ya me había fijado en sus fuertes brazos, pero ahora observo la potencia grabada en su carne, los hombros esculpidos por innumerables horas de esgrima.

–¡Alteza! ¡La costurera viene a tomaros las medidas! –anuncia Corrin en voz alta desde el umbral. Su voz hace que los dos hombres suban la vista. Zander se gira, descamisado, y me ofrece una buena panorámica de su torso marcado de músculos.

Entro rápidamente en la estancia, con las mejillas ardiendo.

Mientras Corrin es un jarro de agua fría contra una chimenea encendida, Dagny es pura calidez, capaz de iluminar una fiesta en cuanto entra por la puerta.

–¡Ay, alteza! ¡Este paño seguro que se hiló pensando en vos! –la bajita y corpulenta costurera sostiene una tela gris azulada contra mi mejilla–. El mercader dijo que era del color de un ala de paloma al atardecer, ¡y tenía razón!

Ha venido a tomarme las medidas para coser un nuevo vestido y no ha dejado de parlotear desde que entró. No hay una sola pizca de animadversión en sus palabras, en su carácter exuberante ni en su fuerte acento. Si tuviera que definir su opinión, estaría dentro del grupo de «¡es imposible que la dulce princesa Romeria haya hecho algo tan horrible!». Es un cambio agradable frente a la antipatía de Corrin.

–Mirad este color contra vuestra piel. Es un tono precioso. –Dagny frunce el ceño, inclina la cabeza y examina la tela desde un nuevo ángulo. Lleva en la oreja el elocuente aro dorado; el grabado, un símbolo cuyo significado desconozco, coincide con el de Corrin. Supongo que es la marca de servidumbre a Zander y a la familia real. Tiene el cabello áspero, salpicado con un montón de canas, y los mechones salen despedidos de su moño en todas las direcciones como si fueran alambres. En comparación con todas las personas que he visto en el castillo, va desaliñada: es una anomalía y me resulta refrescante–. ¿Qué opinas, Corrin? ¿No te parece un color ideal?

–Opino que lo ideal sería que le tomaras las medidas cuanto antes en lugar de perder tiempo alabándola, para que su alteza no tenga que acudir en camisón a las reuniones –gruñe Corrin secamente.

Le echo una mirada inexpresiva.

–¿No tienes otro sitio donde estar?

¿Otra persona a la que amargar? Corrin jamás se queda en mis habitaciones; esto es una novedad. Pero todo es nuevo y cambia rápidamente.

Corrin cruza los brazos, tapándose el pecho menudo.

–Estoy exactamente donde tengo que estar –se dirige a Dagny en tono conciliador–. Su alteza tiene una agenda muy apretada. Por favor, date prisa.

¿Ahora tengo agenda? Cruzo una mirada con Corrin, pero no amplía detalles mientras me ayuda a quitarme la ropa.

Dagny ahoga una exclamación cuando me ve el hombro.

–¡Cielos, alteza!

–Sí, sí, son horribles –bufa Corrin, quitándole importancia–. El rey desearía que quedaran tapadas.

Sus palabras son como aguijones en mi autoestima.

–¿Entonces son ciertos los rumores? ¿Sobre el daaknar? –susurra Dagny, como si le diera miedo pronunciarlo en voz alta.

–¡Por supuesto que no! –estalla Corrin, mirando a la costurera somo si fuera una estupidez la mera sugerencia–. Si un daaknar le hubiera hecho eso a su alteza, estaría muerta.

–Eso tenía entendido, pero los rumores... –La voz de Dagny suena estrangulada y tiene las mejillas rojas. Me siento mal por ella. Su amable disposición no es rival contra la brusquedad natural de Corrin.

–Su alteza fue atacada por uno de sus propios súbditos cuando intentó detener a los insurgentes. Emplearon las garras de keico con ella –me taladra con la mirada, como advertencia para que no lo contradiga.

–Ah, qué mala gente –Dagny niega furiosamente con la cabeza–. Qué malas personas. Cómo han podido hacerle eso a su propia princesa. Sí, sí, sé exactamente qué voy a diseñar para vos, alteza.

–Así que vas a hacerme un vestido...

Se ríe, como si le hiciera mucha gracia lo que he dicho.

–Bueno, sí, soy la costurera de su alteza. Confeccionaré todos vuestros vestidos. Nuevos y adecuados, que oculten lo que hay que ocultar.

Se pone a medirme a toda prisa, como si de pronto estuviera deseando ponerse a trabajar.

–¿Te importaría no hacerlo tan... pomposo?

Dagny frunce el entrecejo.

–¿Pomposo, alteza?

–Pomposo –me llevo las manos a las caderas y extiendo los brazos antes de señalarle el vestido que llevaba puesto–. Preferiría algo un poco más ajustado, no tan voluminoso y pesado.

Lo que tengo en mente es el vestido que llevaba puesto en mi mundo la noche que conocí a Sofie. De momento no he visto a nadie llevar nada ni remotamente parecido a eso.

–¡Pero este es el estilo en la corte! –explota Corrin, como si mi petición la ofendiera en lo más vivo–. Alteza –añade secamente.

A lo mejor es hora de cambiar de estilo, me entran ganas de decir, pero se supone que debería pasar desapercibida y que no destaque que soy una intrusa. Al menos doy gracias de que estos trajes no lleven armazón de aros y rollos de almohadones en el culo.

–Al rey le molestó el vestido mientras montábamos a caballo por la ciudad –comento. *Y más nos vale no molestar a su majestad*.

Cualquier protesta que tuviera en mente Corrin muere en sus labios apretados.

–Ajustado –Dagny se rasca la barbilla–. Creo que no entiendo a qué os referís con eso.

–¿Te importa? –Extiendo una mano hacia el rudimentario lápiz que tiene en las manos. Me lo entrega con las cejas fruncidas de curiosidad y no puedo evitar el asombro ante el diseño del lápiz: es un grafito con una cuerda enroscada alrededor para que no manche los dedos. Dibujo rápidamente una silueta en el papel de la mesilla. Los trazos son un recordatorio reconfortante de mi antigua vida. Ojalá tuviera papel y lápiz para distraerme–. ¿Algo parecido a esto?

Dagny inclina la cabeza y lo examina.

–Jamás había visto nada parecido. ¿En Ybaris llevan este tipo de vestidos?

No tengo la menor idea y, en todo caso, la princesa Romeria no podría recordarlo, pero está claro de Dagny no forma parte de círculo de confianza del rey.

–Solo es una idea que se me ocurrió –respondo. Es un vestido que se «cayó» de un camión gracias a la inestimable ayuda de los hombres de Korsakov. Me encantó, pero no lo elegí por miedo a que fuera demasiado llamativo para llevarlo a galas

donde necesitaba pasar desapercibida. Sin embargo, encajaría entre los trajes que he visto por aquí, y la gasa que ha traído Dagny quedaría perfecta.

—¿Os importa que me lleve esto? —Dagny sostiene el boceto como si fuera su posesión más preciada.

—Claro, llévatelo.

—Veré lo que puedo hacer. Y os prometo que el rey no verá esas horribles marcas.

Me importa un comino lo que quiera ver el rey, pero me muerdo la lengua y observo a Dagny fascinada mientras mide y llena una hoja de numerajos al tiempo que parlotea sobre su marido Albe y su hijo Dagnar —supongo que el nombre viene del suyo—. Cuando termina, hace cuatro reverencias, agarra el rollo de tela y sale corriendo mientras tararea para sus adentros.

Reina un silencio incómodo en la habitación en cuanto se marcha.

—¿Qué son las garras de keiko? —pregunto.

Corrin recoge el vestido que he llevado hoy y alisa las faldas con energía.

—Un arma que se usa en Seacadore. Tiene el aspecto de la zarpa de una bestia.

Muy adecuado.

—¿El rey ha dicho que no quería ver mis cicatrices?

No creo que sea la única persona de Cirilea que tenga marcas en la carne. Abarrane lucía con orgullo su cicatriz; doy por sentado que la ganó en la batalla. Yo también, en cierto modo.

Me clava los ojos.

—No es una cuestión de vanidad, si es eso lo que preguntáis. Tanto Wendeline como el rey consideran que cuanta menos gente sepa que habéis sobrevivido al ataque de un daaknar, mejor. La información es valiosa; si alguien tiene demasiada, puede ser peligroso. Además, cosechareis más simpatías si os presentáis como una víctima de vuestra propia madre en lugar de como una inmortal que ha sobrevivido a una muerte segura dos veces.

Corrin sabe mucho más de lo que deja entrever. ¿Quién será esta humana para que Zander confíe tanto en ella? Claramente conoce los entresijos de la corte y cómo manejarse en ella.

Entra en una estancia pequeña junto a mi alcoba sin dejar de hablar.

—Dagny tiene un gran talento como modista, pero también es una cotilla insaciable. Eso nos beneficia. Difundirá esa versión de la historia por el castillo más rápido que las ratas atacan los barriles de grano de una despensa. Por supuesto, nadie que tenga el más mínimo seso se tragará que esas cicatrices son de unas garras

de keiko, ni aunque estuvieran forjadas con merth. Las taparemos lo mejor que podamos para ocultar que lo que os hirió fue algo mucho peor. Además, muy pronto todas las habladurías se centrarán en cosas más importantes. Como vuestras nupcias.

Sale con un vestido negro.

—Hice que trajeran aquí todo vuestro guardarropa. La mayoría no tapa lo bastante, pero Dagny os confeccionará algunas capas. Este bastará para hoy.

—Espera un segundo. ¿No esperará que me case con él de veras?

Se supone que todo este teatro es para delatar a mis cómplices, ¿o no?

—¿Por qué no se lo preguntáis al rey? Estoy segura de que estará encantado de explicároslo —Corrin parafrasea mi exabrupto anterior casi palabra por palabra y lo remata con una sonrisa triunfal—. Venid. Os prepararé un baño y después empezaréis a aprender a comportaros como una futura reina y no como una campesina.

Suena un fuerte golpe en la puerta del salón un momento después de que la campana toque cinco veces.

Frunzo el ceño desde el sofá. Las únicas visitas que he tenido desde que estoy presa han sido Corrin, Wendeline y Annika, y ninguna llamaba a la puerta.

—¡Pasa! —grito.

La puerta se abre con un chirrido y entra Zander.

—Tienes unos modales impecables —murmura con aspereza.

Se me encoge el estómago de nervios cuando lo veo. Me pongo de pie y respiro hondo, recordándome a mí misma que ahora somos más o menos aliados.

Se le ve limpio y pulcro con su chaqueta negra con bordados de oro. ¿Cuántas tendrá? Seguro que tantas como vestidos tengo yo en mi vestidor. La princesa Romeria viajó hasta aquí con un carro lleno de trajes lujosos adecuados a su futuro papel de reina.

Los tacones de sus botas resuenan contra el mármol mientras se acerca a mí, ajustándose los puños de su chaqueta y sin mirarme.

—¿Dónde está Corrin?

—Me dijo que tenía trabajo en la cocina. Gracias a Dios —añado en voz baja. Me obligó a ponerme delante del espejo del dormitorio y practicar mi reverencia media

hora entera mientras me ponía a caldo y me llamaba de todo, desde torpe hasta bárbara, hasta que quedó convencida de que era lo bastante regia.

—¿No aprecias su ayuda?

—Supongo que sí, pero también aprecio la intimidad. —Y es que prácticamente tuve que echarla de mi baño, una habitación entera de mármol sin ventanas con una elegante bañera en el centro. «Esculpida especialmente para la reina», me informó Corrin. Una opulencia exclusiva para la casa real, al igual que los inodoros con cisterna—. Creía que iba a meterse en la bañera conmigo.

—Los criados de la princesa Romeria se lo hacían todo.

—Bueno, pero yo no soy ella. Ya se lo he dicho.

Y eso es cierto hasta un nivel que nunca sabrá.

—Y yo te he dicho que tienes que aprender a ser ella.

Por fin alza la mirada para enfrentarse a la mía y, acto seguido, desciende hasta mi vestido. Corrin tenía razón en que este cubre bien mis cicatrices. Tiene un bordado dorado y ceñido hasta el cuello y mangas opacas de tres cuartos. Pero el pronunciado escote en forma de ojo de cerradura, junto al corpiño ajustado que me aprieta la carne y la sube, no es que deje demasiado a la imaginación.

Fuera como fuese la princesa, desde luego, no era modesta. Y aunque no es la primera vez que llevo ropa provocativa, se me acelera el corazón cuando Zander se fija en mí. Vuelven a cruzar por mi mente las mismas preguntas. ¿Cuántos recuerdos íntimos del cuerpo que habito tendrá? ¿Cuántos momentos íntimos con su cuerpo habré tenido yo sin saberlo?

Empiezo a considerar que la absoluta ignorancia de todo lo que ha pasado va a ser mi salvación en todo esto.

—¿Cómo está Elisaf?

Sus ojos avellana regresan a los míos. Su expresión es indescifrable.

—Wendeline le está curando. La herida es superficial.

—Bromeas, ¿no? Se le veía el hueso.

Suspira, como si se armara de paciencia frente a un niño sabelotodo.

—Me refiero a que el corte fue con un acero normal. No con una hoja como esta —saca la daga enjoyada de la vaina de la cadena—. ¿La recuerdas?

—Cómo olvidarla —flexiono la mano donde aún conservo la fina línea de la cicatriz.

—No tenía otra opción. Tenía que asegurarme de que no usaras el río para escapar.

—¿Si me mutilabas lo impedías?

–El dolor te lo impediría, sí. No serías capaz de canalizar tu afinidad –se acerca, sosteniendo la daga para que la vea de cerca; el metal plateado brilla de una forma que jamás había visto antes–. Está forjada con merth, lo que significa que las heridas tardan mucho más en curarse y siempre dejan cicatrices. Salvo en ti, que apenas se notan –tensa los labios–. Y si hubieras conseguido distraerme y quitármela, como pretendías, si me hubieras apuñalado con ella, habría sido muy complicado que me curaran. Según dónde me la hubieras clavado, la herida podría haber sido letal.

Así que Zander se dio cuenta de que intenté robársela.

–¿No te da miedo que vuelva a intentarlo?

–Creo que eres lo bastante lista como para no hacerlo.

Cierto. Ahora que sé de primera mano lo hábil que es con un arma en las manos, soy consciente de que aquello fue una estupidez. ¿Todos los elfos tendrán el mismo talento?

Envaina de nuevo la daga.

–¿Aún te duelen las heridas?

–Realmente no –respondo–. Me tiran un poco, nada más.

–A lo mejor Wendeline debería echarles otro vistazo.

–Creía que estaba muy ocupada y tenía deberes mucho más importantes.

–¿Piensas echarme en cara cada palabra que te he dicho?

–No sé. Ya veré; según lo que recuerde.

–Que es mucho. Qué irónico –sonríe–. ¿Te preguntas por qué te he trasladado aquí?

–No. Lo entiendo.

–Me alegro de que no hayas perdido tu talento para el engaño –pasea la mirada por la chimenea, las flores, los muebles. La fija en todas partes menos en mí.

–Entonces, ¿cuál es el plan?

–Como era de esperar, ya corren los rumores por toda la corte. En breve acudirás a la sala del trono para recibir formalmente la absolución de todos los crímenes. Mañana, Wendeline empezará a ayudarte a rellenar los vacíos de tu memoria, para que al menos parezca que sabes quién eres. Sonreirás, escucharás y mantendrás la boca cerrada.

–¿No abriré la boca?

Una princesa que delega en su prometido todos los asuntos de la corte.

–Lo menos posible –precisa–. Si alguien entra en contacto contigo, me lo dirás.

–Claro.

No tengo ningún motivo para callármelo.

Pasea en círculos y roza distraídamente con los dedos una flor en una urna.

—La noticia de que sigues viva llegará muy pronto hasta tu madre; es justo lo que queremos. Si cree que continúas manipulándome, no cruzará la Grieta con su ejército. Preferirá hacerse con el trono mediante estratagemas antes que derramando sangre. También es probable que intente contactar contigo a través de su red de espías.

—¿Tiene espías aquí, en Cirilea?

—Seguramente, igual que nosotros tenemos ojos y oídos en Ybaris. Puede que no sean especialmente fiables ni fáciles de contactar, pero es mejor que nada.

Frunzo el ceño.

—¿Y cómo contactas con ellos desde aquí?

—Eso no es asunto tuyo.

Suspiro. Un secreto más que añadir a la lista.

—No tienes permitido moverte libremente. Elisaf será tu escolta siempre que salgas de estos aposentos.

Ya me lo esperaba. Si yo fuera él no me permitiría deambular tranquilamente a mi aire, y Zander tiene visión estratégica; no es ningún estúpido. No me importa que me acompañe Elisaf.

—Parece sencillo.

No tengo que robar collares ni anillos.

—Engañar a ciertos nobles islorianos será cualquier cosa menos sencillo. Aunque ya lo conseguiste una vez. —Aprieta la mandíbula. ¿Está pensando lo mismo que yo? ¿Que la princesa Romeria también le embaucó a él?—. En público aparentaremos que todo está perdonado y que estamos muy enamorados. Supongo que no te supondrá ningún problema. A juzgar por lo que pasó en el torreón, no es que te cueste mucho fingir, aunque no recuerdes nada.

No me va a permitir olvidar eso en la vida.

—¿Y qué implica exactamente aparentar que estamos enamorados?

—Agárrame del brazo al pasear, toma mi mano de vez en cuando. Finge que disfrutas de mi compañía. Pasábamos muchas tardes paseando por los jardines; supongo que deberíamos volver a hacerlo. Por nuestro bien, el de ambos, mejor que mantengas tu teatro dentro de los límites del decoro en esta ocasión.

Se me encienden las mejillas. Me consuela un poco notar que también Zander se ha sonrojado ligeramente.

–Agarrarse de la mano. Vale. –*Y nada más*–. Corrin dijo que habría una boda, pero solo es hablar por hablar, ¿no?

–Lo esperable es que un rey gobierne al lado de una reina, y tenemos que ofrecer esperanzas a la gente. Pero la retrasaremos hasta Hudem, con el pretexto de guardar el luto debido por los difuntos reyes. Eso nos dará suficiente margen para descubrir a todos los cómplices que tuvieras en el castillo y ganaremos tiempo con tu madre.

La noche de la próxima luna de sangre.

–¿Y si no aparece ningún traidor a esas alturas?

–Aparecerán. Tienen que hacerlo.

–Pero ¿y si no lo hacen? –le presiono.

Sus pupilas regresan a mi vestido.

–Entonces, supongo que Islor tendrá una reina ybarisana. Al menos en apariencia –sentencia, y se me desorbitan los ojos de la sorpresa. ¿Me está diciendo que voy a tener que casarme con él?–. A menos que prefieras volver a estar encerrada...

–No, no, está bien.

Frunce el ceño con intensidad.

–Esperemos no tener que llegar a eso.

La idea del matrimonio no parece entusiasmarle lo más mínimo. Más o menos como a mí.

Pero mi cabeza va a toda velocidad.

–¿También iremos al ninfeo?

Enarca las cejas, atónito.

–Wendeline lo mencionó –añado rápidamente.

–Entonces también habrá mencionado que solo hay un motivo para ir allí.

Dos motivos, uno de los cuales desconoces.

–Lo sé.

Rechina los dientes.

–Jamás te forzaría a eso, si es lo que me estás preguntando. No soy ningún monstruo, a pesar de lo que piensas.

¿Hay algo que Wendeline no le haya contado?

Ya es bastante malo tener que casarme con él, pero ¿convencerle de que quiero que me lleve allí? Y sería la mejor oportunidad de robar esa piedra. Malachi podría hacerme desaparecer con sus poderes divinos en el acto, sin que tuviera que consumar nada, y dejaría atrás todo esto, incluido el matrimonio con un rey.

Pero me considera una serpiente traicionera. No confía en mí, aunque crea la versión de Wendeline de que la antigua Romeria ha desaparecido. No volverá a caer en la trampa por segunda vez.

Aun así, si hubiera una forma de que la nueva Romeria se ganara su favor... Podría ser mi única oportunidad.

Aprieta los labios mientras me mira.

—Si eso es todo, te veré en la sala del trono. Intenta comportarte como una futura reina y no como un peón borracho en una taberna —avanza con rigidez hacia la puerta, pero se detiene en el umbral y sigue hablando, dándome la espalda—. Corrin era la doncella de la reina y su confidente, una posición muy poco habitual en una mortal. Se siente responsable de lo ocurrido porque no lo vio venir hasta que fue demasiado tarde. Mi madre tenía una confianza ciega en ella, y yo también la tengo. Que haya estado dispuesta a atenderte a pesar de su dolor es la prueba de lo mucho que ama a mi familia y a Islor. Tenlo presente antes de volver a despreciar sus servicios tan a la ligera.

Se marcha sin echarme una sola mirada más y cierra silenciosamente la puerta.

Capítulo 15

Elisaf está de pie, firme, junto a un escudo de armas, vestido con uniforme de gala, apretando la empuñadura de su espada con el mismo brazo que casi le cercena Zander.

No puedo evitar sonreír cuando nos acercamos a él. El alivio temporal supera por un instante los nervios de la boca de mi estómago.

–Yo escoltaré a su alteza desde aquí, por orden del rey –anuncia Elisaf, inclinándose.

Guardia –sigo sin saber su nombre– no necesita que se lo digan dos veces. Con un seco «alteza», se marcha.

–Creo que no le hacía muy feliz su misión –susurro irónicamente.

–Creo que tenéis mucha razón –Elisaf se pone a mi lado–. En cambio, a su alteza se la ve encantada.

–Es que me alegro de que no estés muerto. La verdad es que estaba preocupada por ti...

Me ofrece una tímida sonrisa.

–No había nada de lo que preocuparse. La sacerdotisa es perfectamente capaz de curar una herida tan leve –sube el brazo, como probándolo, y esboza una mueca de dolor.

–Ya. Leve. ¿Wendeline te habría podido volver a colocar el brazo de habértelo rebanado entero?

–Eso habría sido un poco más complejo.

Sacudo la cabeza ante la poca importancia que le da.

–¿No te molesta lo más mínimo que tu amigo casi te haya dejado manco?

–Mi amigo está agobiado por múltiples desafíos, uno de los cuales estoy llevando a su salón del trono. No le reprocho que calculara mal. Además, sabía que no estaba centrado; debí detener la pelea.

Giramos por un vasto vestíbulo desierto, donde solo hay guardias reales que flanquean uno de cada tres pilares dorados. Al final del corredor hay unas puertas dobles; supongo que ese es mi destino. Los nervios que he logrado controlar desde que salí de mis habitaciones regresan con refuerzos.

—¿Qué significa exactamente «recibir formalmente la absolución de todos los crímenes»?

—¿Su majestad no os lo explicó?

—Creo que estaba deseando alejarse de mí lo más rápido posible.

Elisaf murmura algo para sus adentros.

—¿Permiso para hablar con libertad, alteza?

Se me escapa un gruñido; tengo ganas de gritar con tanta formalidad.

—Por favor... No tienes ni que preguntarlo.

Elisaf inclina la cabeza y baja la voz.

—La mayoría de los inmortales de Islor detestan a Ybaris. Algunos de los lores y damas más poderosos se opusieron frontalmente a esta unión desde el primer momento.

—¿No desean la paz entre los dos países?

—La paz no se puede asegurar tan solo con un matrimonio. Nuestra historia está sembrada de un odio profundamente arraigado. Al rey Eachann le costó mucho esfuerzo convencer a la corte de que este acuerdo sería beneficioso para Islor, pero después de lo que pasó aquí y de lo que Neilina le hizo a su propio marido, los nobles no aceptarán una segunda vez. Algunos querrían, pero desconfían. Y ahora no habría ningún beneficio, a menos que podáis negociar con Neilina —titubea—. Los islorianos están acostumbrados a su forma de vida y tienen miedo de los cambios. Desean contar con el poder de los invocadores en Islor, pero consideran que el enlace entre ambos no es más que un truco de Neilina para apoderarse de nuestras tierras, y el reciente ataque así lo confirma.

—Pero... él es el rey. ¿Qué importa lo que quieran o lo que digan?

—Él es el rey —repite Elisaf—. No, no necesita su permiso, pero no puede gobernar él solo un reino tan vasto como Islor. Los lores y damas administran las tierras y sus gentes, se aseguran de que se siembre y se coseche, que se recauden impuestos y que se mantengan las leyes de la corona. Puede que sus soldados estén ligados al rey, pero ante todo son leales a aquellos que conocen. Si la nobleza no respeta la monarquía, el gobierno de Islor puede resultar muy difícil para Zander. Podrían discutirse sus leyes, surgirían revueltas y rebeliones y habría alianzas con enemigos.

—Como Lord Muirn.

—Y cualquier otro que crea que podría gobernar mejor.

—¿Los hay?

—Siempre.

—¿Y podrían? Gobernar mejor, digo.

Sé que es una pregunta bastante provocadora, pero el «no» firme de Elisaf, acompañado de un decidido movimiento de cabeza y expresión seria, indica que lo cree de corazón. Eso, o que no quiere que nadie le pille diciendo lo contrario.

—Zander tiene que hacer una declaración formal delante de todos, como rey. Ha de anunciar que eres inocente y que serás reina de Islor.

—¿Y lo aceptarán?

—No. Pero tiene que hacerlo. Es el primer paso para recorrer el camino que ha de seguir —distingo un brillo de preocupación en sus ojos castaños.

Estamos llegando a las puertas y no me siento nada preparada. Elisaf frena y se inclina para asegurarse de que solo yo pueda oírle.

—Entra con la cabeza alta como lo haría la Romeria malvada. No hables más de lo necesario y no te olvides de saludar de la forma correcta. Lo último que necesita el rey es que Boaz pierda los nervios y te ladre como un perro salvaje delante de toda la corte.

—Creo que ese tipo me mataría delante de todos, si se lo permitiera.

Por segunda vez.

—Es muy probable. Pero no es tan malo.

Soy incapaz de contener un resoplido.

Elisaf frunce los labios.

—Hubo un complot ante sus narices: asesinaron a los reyes, cuyas vidas debía proteger, y atacaron la ciudad que se supone que custodian sus hombres. Lleva una carga pesada sobre los hombros.

Estaba tan centrada en detestarlo por lo mucho que me odiaba que jamás había pensado en eso.

—Bueno, si sirve de consuelo, la verdad es que me mató con esa flecha.

Pero no permanecí muerta.

Elisaf me mira fijamente.

—Le suplicó a Zander que le condenara a muerte como castigo por su error.

—Está mal de la cabeza...

Pero supongo que eso indica su fuerte compromiso con el deber y su alto concepto del honor. Estaba tan ensimismada en mi situación y en cómo salir de ella

que no había dedicado un solo instante a los demás habitantes del castillo, que sufren situaciones terribles y continúan llorando sus pérdidas. Puede que yo no tenga la culpa, pero sí la tiene la princesa Romeria, y esa es la única persona que ven cada vez que me miran. Para ellos soy una conspiradora y una asesina que ahora tienen que vigilar, alimentar y servir por el bien de Islor. Les da igual que una invocación me haya borrado la memoria. ¿Cómo reaccionaría yo en su lugar, aparte de con cólera y odio?

Trago saliva ante la revelación.

—¿Qué hizo Zander? Aparte de no matarlo, ya que veo que Boaz sigue rondando por aquí...

—Zander confía en muy pocas personas, y Boaz está entre ellas. Sirvió al rey Eachann durante todo su reinado, y a su predecesor, sin tomar jamás una esposa ni engendrar un hijo. Esa lealtad a la corona no se puede comprar ni con todo el oro del reino.

—¿Durante cuántos años?

Elisaf sonríe.

—Creo que la pregunta que tendrías que hacer es durante cuántos siglos.

Se abren las puertas en ese momento y no me da tiempo a prestar la atención debida a sus impactantes palabras. Los guardias, vestidos con librea completa, empujan a ambos lados para separarlas del todo, y la tensión de sus rostros y brazos indican que hace falta una fuerza considerable. Tras ellos hay un gran salón de baile y una multitud de personas vestidas de punta en blanco delante de Zander, que está sentado en el trono sobre un estrado, al fondo del todo, con expresión pétrea. Me hace un gesto con la mano. «Adelante», es lo que dice.

Noto las piernas de roca. Tengo auténtica necesidad de salir corriendo.

—Estaré detrás de ti todo el tiempo —susurra Elisaf—. Detente antes del primer peldaño. Recuerda todo lo que te he dicho.

—Que todos me odian —musito—. Lo tengo en cuenta.

Casi se le escapa una risotada que alivia un poco la tensión que corre por mi cuerpo. Respiro hondo, inclino la cabeza y empiezo a caminar, recordándome a mí misma que esto no es tan distinto de colarse en la pista de baile de un hotel y fingir otra identidad. Salvo que ahora soy el centro de atención y estoy rodeada de un centenar de personas con los ojos fijos en mí.

Si estuviera trabajando para Korsakov, examinaría la situación y haría todo lo posible por pasar desapercibida sin aparentar culpabilidad. Es lo que hago ahora: ignorar los ojos que me juzgan y los murmullos. Me centro en la estancia,

intentando no quedarme embobada. Y es difícil. La sala es magnífica, tiene una altura de varios pisos, con suelos y paredes de piedra caliza y mármol reluciente de todos los colores, desde el marfil al ébano. Los bustos de los antiguos reyes y reinas en sus pedestales llenan el espacio entre las columnas de oro.

Al fondo, quince peldaños conducen a un estrado con dos tronos cuyos respaldos culminan con cuernos de ébano enroscados como los de Malachi. Tras ellos hay unas vidrieras que van del estrado al techo abovedado y permiten el paso de la luz del sol.

A mi derecha, al nivel del suelo, hay dos majestuosas sillas donde se sientan Annika y Atticus. Sus rostros reservados no expresan ninguna emoción, pero al verlos juntos me percato de lo mucho que se parecen.

Les presto un instante de atención más antes de focalizarme en el rey.

Zander permanece inalterable mientras me ve acercarme. Su postura es curiosamente informal; tiene un codo apoyado en el reposabrazos y la barbilla sobre la palma de la mano. Me fijo en que no lleva corona. Tal vez baste con el trono.

Me detengo al pie de los escalones, tal y como me dijo Elisaf, y hago la reverencia que me enseñó Corrin, con la espalda rígida, inclinando ligeramente la cabeza. «¡Sois la futura reina, no una ramera!», me dijo. Echo un vistazo a mi izquierda, donde está Boaz, con la mano en el puño de la espada y expresión de acero. Intento imaginarme al capitán de rodillas, suplicando que lo ejecutaran, y no lo logro. Al menos, parece satisfecho con lo que estoy haciendo, de momento.

Se agotan los murmullos mientras todos esperan a que el rey tome la palabra.

Zander permite que cale el silencio sepulcral hasta que cada carraspeo resuena como el zumbido de una motosierra y cada susurro retumba como un vendaval que silba por una ventana rota.

Lucho contra el impulso de retorcerme. ¿Habrá cambiado de opinión sobre el plan? ¿Habrá decidido no seguir adelante? ¿Y si me condena a muerte en su lugar?

—Últimamente han corrido muchos rumores por Islor que me gustaría eliminar de una vez por todas —su voz es profunda e imponente y llega hasta todos los rincones de la cavernosa sala; no vacila, no muestra nervios ni pesadumbre alguna—. Os he convocado aquí a todos hoy para que seáis testigos de la verdad. La princesa Romeria de Ybaris es tan víctima de las intrigas de la reina Neilina como lo soy yo. Acudió a Islor para honrar el tratado entre el rey Barris y el rey Eachann y formalizar nuestra unión, y lo hizo con honor. En ningún momento conspiró contra Islor —hace una pausa, ocultando el amargor que debe producirle pronunciar esas palabras; tiene que retorcerle las entrañas decir todo eso en voz alta—. Si bien la

obligación contraída con Ybaris ha quedado anulada, su alteza desea permanecer en Islor, a mi lado, con la esperanza de que nuestro matrimonio traiga la paz entre nuestros reinos en el futuro. Estoy abierto a esa posibilidad –se oyen exclamaciones ahogadas y murmullos a mi espalda, pero Zander alza una mano e inmediatamente se hace el silencio–. La reina Neilina es la raíz de todos los males. Sus serviles aduladores lograron atraer a su causa a la suma sacerdotisa Margrethe, que convocó a Malachi con el propósito de desatar el caos en Islor. Neilina asesinó a su propio marido mientras teje una red de mentiras para reunir un ejército contra nosotros. Afirma que Islor ha matado a la heredera al trono –sonríe mientras hace un gesto en mi dirección–. Como se puede observar, no hemos hecho tal cosa.

Le echo otro vistazo disimulado a Boaz, cuya ceja se crispa; es la única reacción ante esa mentira. Pero no es la única que Zander le ha dicho a la corte: Annika dijo que creía que Margrethe había invocado a Malachi para que me devolviera la vida.

Supongo que todo esto es una trola inmensa.

–Su alteza está viva, sana y salva, a pesar de haber sufrido un ataque cuando intentó detener a los rebeldes. Ha escogido Islor y nos aseguraremos de que esta noticia llegue hasta el rincón más recóndito de Ybaris. Su decisión es una convincente declaración de intenciones contra la traición de su madre y, si volvemos a enfrentarnos en la batalla, nos aseguraremos de que los ybarisanos se cuestionen sus propias lealtades.

Nadie dice una sola palabra.

¿Se atreverán alguna vez a contradecir al rey? ¿Cómo reaccionaría Zander? ¿Rompería su cuidada compostura? ¿Rugiría de rabia? Yo ya he sido testigo de su cólera, dirigida contra mí. Pero los que la alimentaban entonces eran la emoción, el dolor y la angustia.

Ahora presenta una calma imponente. Y no sé qué es lo que me da más miedo.

Se vuelve a mirarme e inclina la cabeza una sola vez, de forma leve. Al gesto le sigue un carraspeo apenas audible de Elisaf: la señal de que la exhibición política afortunadamente ha terminado.

Reprimo el suspiro de alivio, le ofrezco otra medida reverencia a Zander y un «majestad» en un susurro. Cuento mentalmente hasta tres para que no parezca que salgo huyendo de ahí.

Entonces Zander hace algo que me pilla por sorpresa.

Sonríe.

Una sonrisa abierta que muestra los dientes, que hace que le brillen los ojos y le salgan hoyuelos en las mejillas. Una sonrisa pícara que promete futuras travesuras,

que transforma su hermoso rostro, tan severo, en el de un muchacho encantador. Su sonrisa parece tan auténtica que incluso a mí me cuesta recordar el odio que alberga detrás.

Tenemos un secreto, el rey y yo y un puñado de personas de confianza.

Me doy cuenta de que yo también sonrío, y esta vez no es algo forzado, es de alivio. Hasta puede que sea una sonrisa un poco tonta. Por un instante –una fracción de segundo–, la sala del trono, el público, nuestra sórdida historia... desaparecen de mi cabeza. ¿Cómo es posible que la princesa Romeria viera esa sonrisa una y otra vez mientras tramaba los asesinatos y no titubeara, no cambiara de idea?

Veo sorpresa en sus ojos y juraría que me ha leído la mente. No es la primera vez que lo pienso. Pero, si pudiera, sabría cuál es mi secreto.

–Alteza –susurra Elisaf a mi espalda, y me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo mirando embobada al rey.

Estamos interpretando un papel, me recuerdo a mí misma, con la cara ardiendo. Y a juzgar por el alegre zumbido de risas y susurros que oigo detrás de mí, lo estamos haciendo bien. Todos me consideran idiota, así que supongo que ha colado.

Mantengo la cabeza alta, me giro y avanzo junto a Elisaf, que espera un paso antes de seguirme. Me siento curiosamente más ligera que cuando entré en la sala del trono, a pesar de todo el espectáculo. O tal vez sea que el ambiente que se respira es menos cortante y las caras que me observan reflejan más curiosidad que antipatía.

No todas. Diviso a la mujer con la que me crucé en los jardines reales, la de los ojos negros como el carbón que destilan un odio palpable. Ahora aprieta los dientes según me ve pasar y sus ojos van hacia mis manos, tal vez a mi anillo o a mis esposas; no lo sé. Tengo que averiguar quién es.

En cuanto se cierran las puertas a mi espalda, suelto un hondo suspiro.

–Madre mía. Menos mal que ha terminado.

Elisaf me mira extrañado.

–Me temo que esto solo ha empezado, alteza.

Capítulo 16

–¿Se os ofrece algo más esta noche? –me pregunta Corrin desde la puerta de la terraza. Su tono está desnudo de la mordacidad habitual.

Hago una pausa en mi ritual nocturno de espiar a los cortesanos y me giro. Tiene ojeras, fruto de haber estado en pie todo el día. Además de cumplir con todas las responsabilidades que tenga en el castillo, ha estado preparando mi alojamiento, asegurándose de que cuento con todo lo que pueda necesitar. Yo, la mujer causante de la muerte de su amada reina.

En una ocasión le dije a Wendeline que Corrin me iba a acabar echando veneno en la comida. Fue una broma, pero ahora que conozco a mi doncella mejor, me cuesta entender que no lo haya hecho.

–No, estoy bien –vacilo un momento–. Gracias. Por todo lo que has hecho por mí hasta ahora.

Se queda boquiabierta un instante, como si no se lo esperara.

–Solo cumplo con lo que se me ordena.

Dudo mucho que Zander le exigiera bajar al muelle y conseguir las preciadas uvas, y, aunque lo hiciera, no serían para su prisionera. Pero también sospecho que Corrin jamás admitirá haber tenido gestos amables conmigo. Es probable que considere que está traicionando a la madre de Zander si me muestra algo de benevolencia.

–En todo caso, gracias. Sé que esto no es fácil para ti.

–Sí, bueno… –aprieta los labios–. Tampoco debe de ser fácil para vos no recordar quién sois.

–Y, sin embargo, cuanto más descubro de esa persona, más la desprecio.

Corrin gruñe antes de continuar hablando.

–Su majestad la reina decía que vuestra lengua era bífida como la de una serpiente y plateada como el canto de una sirena. Le preocupaba que su hijo fuera

incapaz de portarse como un rey en vuestra presencia. Estaba demasiado ocupado persiguiendo vuestras faldas.

Le echa un vistazo a la bata y el camisón que encontré en mi armario. El dobladillo de la bata llega hasta el suelo y tiene un encaje delicado en las orillas, mangas de tul transparente y una faja con un lazo enorme en la cintura. El camisón de seda que llevo debajo es ligero y provocativo, bastante acorde con el tipo de cosas que podría comprar en Nueva York.

Me preparo para recibir un comentario burlón sobre andar paseándome en ropa interior, claro, pero solo dice:

—No paséis toda la noche ahí fuera; debéis reuniros temprano con la sacerdotisa en el santuario —me advierte, y suelto un gemido—. Es importante que entendáis las costumbres para poder sobrevivir entre estos... —aprieta los labios en una línea—. En la corte.

Detecto animosidad en su tono, pero Corrin es así: hay hostilidad en cada palabra que dice.

—Ya lo sé. Es que no tengo muy buenos recuerdos de ese sitio.

Su expresión se suaviza un poco y sus pupilas van hacia mi hombro.

—Os despertaré por la mañana si no os habéis levantado. Alteza —hace una reverencia y se da la vuelta para marcharse.

—No sé si hoy me porté como una campesina en la sala del trono. Creo que no.

—He oído que vuestra actuación ha sido ejemplar y a la altura de las circunstancias —me echa un vistazo por encima del hombro antes de alejarse—. De nada.

Sonrío y me giro para contemplar el paisaje. Es el mismo, pero el ángulo es distinto al que tenía esta mañana. Técnicamente sigo estando encarcelada y no puedo salir y entrar a mi antojo, pero gracias a esta mascarada el encierro es mucho más cómodo. Se me van los ojos al ala oscura de los muros de mi prisión. ¿Qué harán con esas habitaciones ahora? ¿Servirán de acomodo para los huéspedes igual que sirven para los prisioneros?

Una luz parpadeante atrae mi atención. Es la terraza de Zander; alguien ha encendido una vela en sus habitaciones. ¿Estará en su alcoba, o será un criado? Regresé a mis aposentos después del teatro en la sala del trono y cené tranquilamente mientras los cortesanos se reunían a festejar en alguna parte de la planta de abajo. Agradecí la soledad después del largo día porque necesito tiempo para aprender todo lo que pueda antes de adoptar el papel de la princesa Romeria.

Pero, sin poder evitarlo, también he estado mirando la puerta, pendiente de los pasos, aguardando el fuerte golpe de nudillos y que Zander volviera a entrar a zancadas en mi sala de estar. Estoy deseando saber qué le ha parecido mi actuación de hoy.

Y también, si he de ser sincera, me gustaría volver a ver esa sonrisa, aunque solo sea una fachada.

Sin pensarlo demasiado, acabo acercándome a la estrecha pasarela que conecta nuestras terrazas y doy un paso. Mis pies descalzos no emiten ningún sonido contra el suelo de piedra frío y áspero. Me paro un momento, con el corazón acelerado. Esto podría ser un fallo garrafal. Pero si le preocupara que intente matarlo, no me habría trasladado aquí. Por más vueltas que le dé, no me detengo. Me aproximo sigilosamente a su habitación como si fuera a recibirme con los brazos abiertos, y estando en camisón, ni más ni menos.

Tomo aire para tranquilizarme y asomo la cabeza por la esquina.

Hay una mujer sentada al borde de la cama. Tiene el cabello largo, rubio y sedoso, del color de una mazorca de maíz, y la piel tan pálida que hace dudar que haya visto alguna vez la luz del sol. Lleva una capa burdeos sobre un vestido blanco. El candelabro de la mesilla ilumina sus pómulos altos y su tez suave y juvenil. Tiene las manos en el regazo y juguetea con los dedos.

—No puede ser —murmuro, cayendo en la cuenta. Se me cae el alma a los pies. No me sorprende que esa chica le llame la atención: es preciosa, pero tiene un aire sincero e inocente.

¿El mismo día que Zander anuncia ante la corte que seguimos juntos y me traslada a los aposentos reales a su lado, mete a otra mujer en su cama? ¿Es que es idiota o un malnacido? ¿Puede que eso sea lo normal en un rey?

En cualquier caso, ¿cómo no va a afectar esto a la opinión pública?

Zander aparece ante mis ojos. Entra desde otra habitación y se me corta el aliento. Se ha quitado la chaqueta y aflojado la túnica; el lino blanco y ligero está abierto en el cuello y se vislumbra su pecho esculpido. Camina con una arrogancia tranquila que jamás le había visto, y la sonrisa que le ofrece a la chica es auténtica y amable.

Ella alza fugazmente la vista, sonríe recatadamente y vuelve a clavar los ojos en su regazo, como si le diera miedo que se encontraran sus miradas.

¿Quién será? ¿Una cortesana de las que se pasean por los terrenos durante el día? Sin embargo, le veo algo... Parece mucho más tímida que todas las mujeres que he visto. ¿Zander se habrá tomado unas cuantas copas de vino de más y habrá decidido

desahogar así su frustración en lugar de con la espada? ¿Beberá, para empezar? No sé absolutamente nada sobre él.

Pero detesto la sensación de opresión que noto en el pecho mientras soy testigo del encuentro. Y no soy capaz de precisar el motivo. Dolor no es; todo esto es una farsa. Celos, tampoco. A excepción de su mirada arrebatadora esta tarde y del instante de desesperación en el torreón la primera noche, nunca ha sido otra cosa para mí que el rey que me mantiene prisionera.

Se para un instante y una expresión extraña cruza su rostro. Me preparo para saltar hacia atrás en cuanto se gire hacia la terraza, aunque es imposible que me vea entre las sombras.

Le dice algo a la chica, que asiente y se incorpora para desabrochar el cierre de su capa. La tela se desliza sobre la cama y descansa sobre las sábanas blancas, dejando al descubierto un vestido sencillo muy parecido al camisón que yo solía llevar, pero este tiene un escote muy pronunciado y el cuello ancho; el lino deja al descubierto sus hombros de forma seductora y destaca la turgencia de sus senos. Puede que esta mujer finja ser recatada, pero no es nada puritana.

Así es como le gustan las mujeres, según tengo entendido.

Ahora que lleva el pelo hacia atrás, distingo la gruesa banda de oro de su oreja. Es una sirvienta real. Una humana.

¿El rey se acuesta con esclavas?

Le dice algo más y ella asiente de nuevo y traga saliva con dificultad. Es una criada nerviosa por tener que acostarse con el rey. Es comprensible. Zander ya intimida bastante solo en una conversación normal. ¿Estar sentada en su cama mientras él se inclina así sobre ella?

¿La princesa Romeria habrá estado sentada ahí, esperándole? Un sentimiento extraño se agita en mi interior. Corrin dijo que estaba demasiado ocupado persiguiendo sus faldas. ¿Ella le permitió que se las levantara? ¿O jugó con él como una profesional, dándole justo lo mínimo para engatusarlo mientras lo atrapaba en su red?

Zander extiende la mano y pasa un dedo por la mejilla de la criada, apartándole un mechón de cabello. El gesto es tierno y una promesa de mayores avances: se arrodilla sobre el colchón, a su lado, y le agarra la barbilla. Le echa la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su cuello largo y fino.

Debería darme media vuelta y regresar a mis habitaciones...

Entonces, separa los labios y, con una leve mueca, surgen dos colmillos blancos y afilados como agujas de sus encías.

Parpadeo varias veces.

No puede ser. Tengo que estar alucinando.

Ahogo el grito tapándome la boca con las manos mientras veo a Zander inclinarse sobre ella y hundir los dientes en la yugular de la mujer, empujándola para tumbarla sobre su cama. Ella no lucha, no se inmuta, no recula.

Se está alimentando de ella.

Igual que el daaknar intentó hacerlo conmigo.

Me da vueltas la cabeza mientras intento asimilar lo que veo, incapaz de pensar con coherencia. El pecho de la mujer se agita, jadea y mueve las caderas hacia Zander, buscando el contacto. Él le pasa la mano por encima del hombro y recorre su espalda con una caricia suave, de afecto. No oigo nada a través de las puertas cerradas, pero creo que los sonidos que emite ella son de placer.

Está disfrutando de lo que le hace Zander. ¿Cómo puede disfrutar de eso? A estas alturas, aún sigue fresco en mi mente el ardor insoportable de los dientes del daaknar en mi carne.

Zander se separa repentinamente del cuello de la mujer y se vuelve hacia la terraza. Sus ojos entornados se encuentran con los míos, como si fuera capaz de ver en la oscuridad.

Como si supiera que llevo ahí todo el tiempo, siendo testigo de este horror.

Me esfumo de su vista y vuelvo corriendo a mi terraza. Mis pies chocan con la piedra; el corazón se me sale del pecho. Cruzo a toda prisa mi alcoba y sigo corriendo hasta la sala de estar vacía y oscura, donde solo arde un candil solitario. Llego hasta la puerta con el camisón y la bata fruncidos en ondas que revolotean a mi alrededor. Pruebo el picaporte con un giro frenético. Como siempre, la puerta está cerrada por fuera.

—¿Elisaf? —tengo la voz ronca, atenazada de pánico—. ¡Elisaf!

Me responde el silencio.

Apoyo la frente contra la madera con un golpe. Llevo cinco semanas confinada y no me había sentido tan atrapada como ahora desde la noche en el torreón.

—Por favor, sé que estás ahí fuera.

En realidad no lo sé, y la puerta llega hasta el suelo; no puedo distinguir nada por debajo. Pero él siempre está fuera. Contengo la respiración e intento oír algo. El roce de una bota contra el mármol.

—No entiendo lo que está pasando...

Pero creo que sí lo entiendo. A esto se refería Wendeline cuando dijo que le daba miedo venir hasta Islor. Tenía miedo porque los islorianos son... ¿Qué son?

¿Vampiros?

¿Un tipo de elfo que bebe sangre?

Entonces lo entiendo todo. Esta es la diferencia entre dos pueblos que tienen la misma ascendencia. En algún momento de la historia, los islorianos comenzaron a alimentarse de los humanos: son vampiros chupasangres.

Y el rey Barris entregó a su hija en matrimonio a uno de ellos. La princesa Romeria no quería casarse con Zander por esto. Al fin todo cobra sentido.

Wendeline, Elisaf, Corrin... Todos lo sabían.

Es un requisito. Eso fue lo que dijo Elisaf sobre los esclavos humanos, que había en casi todos los hogares. Dijo muchas cosas que ahora veo desde un prisma totalmente distinto.

—¿Elisaf? —Sigue sin haber respuesta. ¿De verdad no está aquí, o me está ignorando? Titubeo—. ¿Eres uno de ellos?

Dijo que procedía de Seacadore, lo cual significa que no es isloriano. Así que tal vez...

—Se alimenta de la sangre de los mortales, si es eso lo que te preguntas —responde la voz fría de Zander a mi espalda.

Se me escapa un grito y me giro en redondo, apretando la espalda contra la puerta.

El rey se acerca desde la negrura intensa como un espectro. Sus pisadas no hacen el menor ruido. Se detiene a centímetros de mí.

—Creo que es evidente que no estabas mintiendo sobre tu pérdida de memoria.

Tengo el cuerpo rígido de pavor.

—¿Qué eres?

Tuerce los labios en una sonrisa que no muestra los dientes, que no se refleja en sus ojos. No hay ni rastro de colmillos.

—Soy igual que tú.

—No —niego con la cabeza—. Yo no hago eso.

¿O sí? Rozo mis incisivos con la lengua, en busca de evidencias de lo contrario.

Sus pupilas siguen el movimiento, como si supiera lo que estoy haciendo.

—Me sorprendió darme cuenta de que no recordabas las profundas diferencias que hay entre tu pueblo y el mío. Que Malachi te privara de ese conocimiento es... interesante. No entiendo el motivo.

¿Porque me horrorizaría?

Sus ojos van a mi camisón desarreglado.

–Esa noche en el torreón estuve a punto... –Las yemas de sus dedos tiran del cuello de mi ropa, exponiendo la marca que me dejó el daaknar–. ¿Qué me habría sucedido?

Me estremezco cuando su índice sigue la cicatriz de mi clavícula. Lo que le habría pasado si me hubiera mordido: eso es lo que está diciendo. Y recuerdo el momento, cuando rasgó las costuras de mi vestido y rozó mi carne con los dientes. No estaba pensando acostarse con la mujer que le había roto el corazón y traicionado su reino: estaba decidiendo si hundirle los colmillos o no.

Y, de haberlo hecho, puede que hubiera muerto como le pasó al daaknar.

–No puedes alimentarte de mí –declaro en voz alta, procesándolo a la vez.

–Desde luego, no pienso intentarlo. –Me agarra la barbilla. Ya no tiene la mirada amable y soñolienta de antes. Sus ojos arden, de cólera y de algo más–. Ahora ya sabes por qué tu pueblo nos encuentra tan repulsivos. Recuérdalo la próxima vez que se te antoje mirarme como lo hiciste en la sala del trono.

Lucho por controlar el miedo paralizante que se ha apoderado de mi cuerpo. ¿De ahí viene toda esta escena?

–¿Cómo?

Sus ojos examinan mi rostro como si buscara una verdad oculta.

–Como si pudiera haber algo real entre nosotros. No puede haberlo.

Me suelta y se aleja de mí. Desaparece entre las sombras, de regreso a su habitación y a su presa, dispuesta a ser su víctima.

Y yo me quedo pegada a la puerta mucho tiempo después de que se haya marchado, temblando de los pies a la cabeza e incapaz de pensar con claridad.

Elisaf, Annika, los soldados, la nobleza...

Todos estos inmortales islorianos se alimentan de los humanos. Y de los ybarisanos, al parecer, aunque de mí no puedan.

Y yo he aceptado representar el papel de futura reina enamorada de su rey chupasangre. Me aprieto el pecho con las manos y noto los latidos de mi corazón. Tengo que encontrar el ninfeo. Necesito salir de este sitio infernal cuanto antes.

Acuno la taza de piedra entre mis palmas y saboreo los matices de naranja y regaliz del té que me ha traído Corrin. En el patio, por debajo de mí, un espadachín solitario da vueltas en la plaza de entrenamiento vacía a la luz del amanecer. Maneja

la espada con estocadas precisas y entrenadas, como si se las supiera de memoria: una coreografía que ha ejecutado miles de veces.

Tardé en darme cuenta de que era Boaz y me costó creerlo cuando le reconocí. Ese hombre bronco y huraño se movía como un bailarín armado. Es imposible no admirar su talento, aunque él no me agrade lo más mínimo.

Aunque ahora sepa lo que es. En teoría, al menos.

Anoche, a la luz de un candil, busqué en mis habitaciones algún pasadizo secreto que sirviera de vía de escape. Pero mi búsqueda desesperada no dio frutos y me quedaron pocas opciones aparte de acurrucarme en mi majestuosa cama y meditar la respuesta de las cien preguntas y terrores nuevos sobre este mundo en el que estoy atrapada. Pasaron las horas y, aunque no sabría decir cuándo me dormí por agotamiento, no debí de descansar mucho antes de que Corrin apareciera con una bandeja de desayuno. Me miró la cara, asintió solemnemente y se marchó. Sabe que al fin conozco la verdadera naturaleza de los mortales de Islor.

¿Cómo se sentirá al servir a gente que le puede ordenar que ofrezca su sangre o una taza de té con la misma facilidad? ¿Los inmortales islorianos comerán y beberán como los humanos? ¿Cada cuánto tiempo hundirán los colmillos en la carne? He estado tan aislada hasta ahora que no he tenido la oportunidad de notar nada raro en esta gente. Ese debe de haber sido el objetivo de Zander durante todo este tiempo.

¿Estas criaturas existirán también en mi mundo? *Es probable que sí*, pienso. ¿De dónde han salido, si no, las historias de vampiros? Pero estos no son como los de las historias de terror. No se esconden al amparo de la oscuridad de la noche, no duermen en ataúdes y no atacan a los humanos desprevenidos para despojarlos de su mortalidad. Cabalgan por caminos soleados, duermen en camas y arrojan monedas de oro a los pobres.

Un ligero roce contra la piedra es el único aviso de que no estoy sola en la terraza. Un escalofrío corre por mi columna vertebral cuando Zander se apoya en la barandilla a mi lado, cruzando los brazos con indolencia.

Me ciño la bata para taparme más. Si Corrin regresara de pronto, me reñiría por indecente. No acabo de entender la importancia del decoro: estoy rodeada de gente que bebe sangre.

—Es digno de ver, ¿no crees? —dice el rey en voz baja, como si temiera que el capitán le oyera y pudiera distraerle—. Practica así todas las mañanas. Lo hace desde siempre, hasta donde me alcanza la memoria.

No puedo evitar mirarle fijamente. Es como si todo el horror de la noche pasada no hubiera tenido lugar. El apuesto rostro de Zander está sereno y tiene los hombros relajados. ¿Su buen humor se deberá a que se ha saciado con la sangre de esa chica? ¿O será por lo que hicieron después de dejarme sola en mi habitación, aterrorizada? Sería estúpida si pensara que no se sació con ella de otra manera. Puede que Zander sea un rey, pero es un hombre que llevó a una mujer dispuesta a su cama, y vi cómo respondía ella a su contacto.

Pero que haya descubierto su monstruoso secreto de esa forma y que se pasee por aquí por la mañana con tanta tranquilidad, como si todo marchara bien... Me enciendo de cólera ante su frialdad insensible, y eso me ayuda a superar un poco el miedo que le tengo.

—No hace falta que cuides tus palabras, Romeria. Como ya te he dicho, prefiero la franqueza a la falsa pleitesía —su voz tiene un matiz de diversión—. Habla con libertad. Estamos solos.

—¿De veras? —me quedo mirando su terraza.

—Supongo que te refieres a mi invitada de anoche. La que viste mientras cotilleabas lo que hacía dentro de mi alcoba.

—No estaba cotilleando —se me encienden las mejillas de rubor—. Y no es demasiado inteligente meter en tu cama una mujer justo el día en que acabas de anunciar que estamos juntos —al margen de que los motivos fueran siniestros—. Te creía más inteligente.

Sube ambas cejas.

A lo mejor sí que debería cuidar mis palabras un poquito, pero ahora que sé que está comprometido con este plan, tengo menos miedo de recibir un castigo si digo lo que pienso. Si me quisiera muerta, podría haberme matado ya mil veces.

—Espero que al menos hayas sido discreto al satisfacer tus necesidades.

—Siempre soy discreto —replica plácidamente.

—¿Es normal que el rey se dedique a tirarse a otras mujeres abiertamente teniendo a su futura reina en la habitación de al lado, o es solo por el acuerdo que tenemos?

¿Con qué frecuencia llevará mujeres a su alcoba?

—¿Tirarse?

—Acostarse. Hacer el amor. Follar.

Sus ojos relampaguean. Eso lo ha entendido.

—No tan normal como sería que la reina se uniera a la fiesta —se me descuelga la mandíbula, pero sigue hablando—. ¿De ahora en adelante voy a tener que lidiar con

tu mal humor por las mañanas?

–Pues no sé. ¿Me voy a encontrar con otra sorpresa de las que te cambian la vida de ahora en adelante?

Frunce el ceño de forma juguetona.

–No, que yo sepa.

Sacudo la cabeza. ¿Cómo es posible que sea tan frívolo con todo esto, teniendo en cuenta que anoche hizo hincapié en su perturbadora naturaleza para advertirme de que jamás debía desarrollar sentimientos por él? Como si pudiera pasarme eso.

Suspira profundamente y su voz adquiere un tono más grave.

–Sinceramente, no sé qué es lo normal, teniendo en cuenta que no ha habido matrimonios entre islorianos e ybarisanos desde hace dos mil años, y tus necesidades son distintas a las mías. La necesidad de sangre mortal, digo –sus pupilas van a mi mano, que cubre mi escote sujetando la bata–. La otra es bastante universal.

Aferro más la tela y trago saliva, luchando contra la inoportuna reacción física que me ha provocado su mirada.

Algo brilla en sus ojos.

–La tributaria se marchó inmediatamente después, así que esas necesidades no quedaron satisfechas, por si te lo estabas preguntando.

–No lo hacía –replico con sequedad.

Crispa la comisura de la boca.

–Al menos hoy no te doy tanto pavor como ayer.

Subo el mentón.

–Fue... impactante. Ya está. –He aprendido a contener el miedo para sobrevivir–. ¿Tributaria? ¿Qué es eso?

–Un sirviente humano que queda a nuestra disposición específicamente para alimentarnos.

Y para echar un polvo también, al parecer, si hay ganas. ¿Cómo sacará esos colmillos letales? No noté absolutamente nada cuando me besó aquella noche.

–No se ven a no ser que quiera mostrarlos.

Me percato de que le estoy mirando la boca, en busca de pistas. Me centro en el cuenco de té, pero no me ha pasado desapercibido lo que ha dicho: los reveló intencionadamente ante mí anoche. Quería que supiera la verdad.

Vacilo unos instantes.

–¿Eres un daaknar? –acabo por preguntar.

–Los daaknar son monstruos repulsivos con la carne descompuesta y alas hechas jirones. ¿Así es como me ves ahora? –hay un filo desagradable en su voz.

Niego con la cabeza. Los colmillos no eran, ni de lejos, tan largos y espantosos como los del demonio. Creo que mi comentario le ha herido.

–La similitud es bastante evidente.

–Se dice que los daaknars proceden de Azo'dem, la morada del mal. Se cree que en otros tiempos pudieron caminar por el reino de los vivos, pero, al morir, el pecado y la crueldad los transformaron en la horrenda criatura que viste.

Azo'dem es su infierno; de eso estoy segura a estas alturas, así que los daaknars son demonios. Recuerdo cómo se inclinó sobre mí y me apartó el cabello. Parecía extrañamente humano –o élfico– en ese momento.

–¿Cómo empezó todo esto?

¿Por qué beben sangre humana? Wendeline me dio a entender que los inmortales islorianos no siempre fueron así.

–La sacerdotisa te lo explicará todo. No tengo ni tiempo ni ganas de darte una lección de historia. –Se queda mirando a Boaz, que recoge su chaqueta y su espada y se marcha del patio en silencio. En el exterior no hay nadie, muy pocos guardias–. Es curioso; me alivia que conozcas nuestra naturaleza. No me explico por qué –murmura, más bien para sí mismo–. ¿Serás capaz de superarlo y desempeñar tu papel cuando sea necesario?

–¿Es que tengo otra opción? –He de hacerlo, si quiero obtener la libertad suficiente para llegar al ninfeo y huir de este sitio–. Sí, pero ¿podrías avisarme la próxima vez, para que no me tope con eso?

Inclina la cabeza, aceptando.

–Pasará un tiempo hasta que vuelva a necesitarlo.

–¿Es que puedes vivir sin eso?

¿Lo que presencié en su alcoba era por placer o por necesidad?

Zander se queda callado largo rato. Tengo muchas preguntas, pero no parece dispuesto a ofrecer respuestas.

–Indefinidamente, no –admite finalmente–. Cuanto más tiempo pasamos sin sangre mortal, más débiles nos volvemos –hace una pausa–. En todo caso, ¿qué hacías en mi terraza en plena noche? Y en camisón, ni más ni menos. ¿Tenías alguna necesidad que deseabas que cubriera?

Mi cara estalla de rubor.

–¡No!

Resoplo. *Cabrón arrogante*.

Sonríe.

–¿Intentabas hacerte con mi daga otra vez, entonces?

–Fui a ver cómo había ido todo en la corte después de que me marchara.

–Todo fue exactamente como esperaba –bufa con desdén, contemplando las colinas lejanas–. Muchas preguntas sobre dónde habías estado y por qué te mantuve escondida todo este tiempo, por qué no me acompañaste anoche... Otros estuvieron rondándome, expresando su disgusto con la unión mientras intentaban no ofenderme por miedo a tener que enfrentarse a mi cólera.

–Majestad –le llama Corrin desde la puerta, haciendo una genuflexión pronunciada. Sus sagaces ojos pasan a observarme y no me pasa desapercibida su desaprobación, incluso antes de que abra la boca–. Tenéis el vestido preparado, alteza –indica mientras mira fijamente mi bata.

–Gracias, Corrin. Voy enseguida.

Abre la boca para protestar, pero, tras echarle un vistazo a Zander, vuelve a meterse corriendo.

–Corrin no es una tributaria de esas, ¿verdad?

–Lo fue durante un corto espacio de tiempo, de joven, como todos los humanos a cierta edad. La hacía desgraciada y no se le daba especialmente bien, pero mi madre se fijó en su inteligencia y lealtad y la hizo su doncella, liberándola de otras servidumbres –sonríe; una sonrisa auténtica que hace que le salgan arruguitas alrededor de los ojos–. Mi madre decía que Corrin era demasiado agria para servir de tributaria; que su sangre podía envenenar a la gente igual que el merth.

Fabuloso. Chistes malos para vampiros. Me muerdo la lengua para evitar soltárselo.

Su rostro se vuelve grave y su expresión se ensombrece.

–Así fue como murieron mis padres... Descubriste cuáles eran sus tributarios y tu doncella les echó merth licuado en la bebida. No sabíamos ni que fuera posible crear un veneno así. Mis padres siempre celebraban su ágape por la noche, pero decidieron llamar a sus tributarios antes de la boda ese día –aprieta la mandíbula–. El veneno los destrozó desde dentro. Tardó quince minutos. Llegué a tiempo de ver el final.

Así lo hizo la princesa Romeria: usó a los humanos que les suministraban la sangre.

Aunque no sé ni qué sentir sobre esta gente que se alimenta de personas, tampoco disfruto lo más mínimo con su sufrimiento. Annika dijo que tocar merth era como si

miles de cuchillas te cortaran la carne. ¿Qué se sentirá si lo tienes dentro? Me estremezco solo de pensarlo.

—¿Qué les hizo el merth a los humanos? A los tributarios, vaya.

—Nada. Es insípido e inodoro. No tenían ni idea de lo que había pasado cuando se ofrecieron. Quedaron devastados.

¿Devastados por la muerte de unos reyes que se alimentaban de ellos?

—Jamás entenderás el vínculo que pueden formar los inmortales con sus tributarios —añade Zander, como si me hubiera leído la mente.

El cuerpo que habito es inmortal y los islorianos se alimentan de sangre humana. Hay algo que no encaja.

—¿Qué ibas a hacerme, entonces, en el torreón? Yo no soy mortal.

Al menos, no lo es este cuerpo. ¿Para qué morderme?

Sus ojos recorren mi cuello.

—Podemos alimentarnos de los elfos, aunque no nos nutra. Hay otras razones, razones más... embriagadoras para hacerlo. Pero lo que pensaba hacerte era convertirte en lo que más desprecias. En uno de nosotros. Que vivieras en nuestro pellejo unas cuantas horas antes de morir en la plaza —mira sombríamente el sol del amanecer—. Que supieras lo que es estar a merced del ansia.

Enarco las cejas de golpe.

—¿Ibas a convertirme?

Dios. De verdad son como los vampiros.

—Bueno, ahora estás a salvo de eso —con una leve sonrisa, Zander regresa a su terraza. Se vuelve un instante—. Disfruta de la lección con Wendeline.

Le veo desaparecer, sumida en un torbellino de emociones entremezcladas de miedo y curiosidad.

Capítulo 17

Escudriño el santuario con mirada recelosa. Los bancos de caoba están pulidos, el mármol blanco del altar brilla y el incienso de salvia inunda mis fosas nasales. Ha desaparecido cualquier señal del ataque del daaknar, como si jamás hubiera sucedido.

Sin embargo, si tomo aire con fuerza, noto su hedor. Si escucho con atención, oigo sus garras contra la madera. Y si cierro los ojos, veo el charco de sangre y el cuerpo destrozado tras el altar.

El santuario, por fuera, es pura magnificencia gótica, un asombroso conjunto de pináculos y agujas: una catedral de obsidiana, pero adornada con tanto oro, plata y bronce que refulge como un faro bajo el sol.

Oigo suaves pisadas. Me giro y veo a Wendeline; su velo dorado traslúcido brilla con la luz que se cuela por los ventanales. Siento una oleada de calor al ver un rostro amigo.

—Alteza —me hace una reverencia profunda; su voz suena como una canción de cuna—. Me alegro de volver a veros. Las cosas han cambiado mucho desde la última vez que hablamos.

Sonrío, por más resentida que esté con ella y con Elisaf por haberme ocultado la siniestra naturaleza de los islorianos. Seguramente Zander no les diera otra opción.

—Más de lo que esperaba.

Sus ojos, de un azul muy vivo, van hacia mi hombro, oculto bajo un brocado.

—¿Os encontráis bien?

—Estoy bien. Me aso. —Tironeo del cuello cerrado del vestido que Corrin insistió en que llevara. Es grueso y pesado, adecuado para un tiempo más fresco, y estoy sudando tras el corto paseo hasta aquí.

Sonríe.

—Supongo que no todo ha cambiado.

Me entra la risa a pesar de mi mal humor.

–No, supongo que no.

–Su majestad me ha pedido que os instruya en todos los asuntos divinos –extiende los brazos, con las palmas hacia el cielo, señalando las imponentes figuras que rodean el altar.

–Y en algunos asuntos que no lo son.

¿Acaso alguien consideraría divinos a estos inmorales islorianos?

Asiente, comprendiendo.

–Su majestad finalmente se ha revelado ante vos.

–Podría decirse así. –Fulmino con la mirada a Elisaf, que esta mañana me saludó con expresión avergonzada. Entre eso y el resentimiento rabioso que le guardo por haberse quedado callado delante de mi puerta anoche, oyendo mi estallido de pánico sin abrir la boca, el trayecto hasta el santuario ha sido tenso y silencioso.

Elisaf tiene la delicadeza de apartar la vista.

–¿Se precisa mi presencia aquí, sacerdotisa?

–No preveo otro ataque de un daaknar. Gracias.

Cruzan una larga mirada antes de que Elisaf se incline en mi dirección.

–Estaré fuera si me necesitáis, alteza.

Anoche te necesité, me gustaría decirle. Le miro mientras se aleja por el corredor central del santuario, preguntándome con qué frecuencia se alimentará de humanos y de quiénes, y si preferiría que yo jamás lo hubiera sabido. No... Me alegro de que Zander me lo haya dicho. Quizás ahora las cosas cobren algo de sentido.

Wendeline me estudia con atención.

–Esto está tan desangelado sin las flores... Aunque parece que muy pronto volverán a traerlas.

Hay un tono ligeramente bromista en su voz, aunque pongo en duda que Wendeline sea capaz de hacer chistes, y mi situación es cualquier cosa menos graciosa. Mi mirada neutra lo dice todo.

Me señala la primera bancada, invitándome a tomar asiento.

–Podemos hablar con libertad. Aquí no hay nadie más.

La madera cruje con mi peso.

–¿Cuánto sabes de todo esto?

–Su majestad me honra buscando mi consejo –admite, acomodándose en el banco.

Me quedo pensativa.

–O sea, que conocías su plan el último día que viniste a verme.

Dejó caer que tal vez quedara en libertad.

–Sabía que lo estaba considerando, sí –confirma con un asentimiento solemne.

–Confía en ti. Gracias a ti cree que no miento sobre mi memoria. –De no ser por Wendeline, yo continuaría encerrada en mis habitaciones–. ¿Cuándo supiste que Margrethe convocó a Malachi para que me devolviera la vida?

Me resulta rarísimo hablar de esto como si entendiera algo, cuando no tengo ni idea de nada.

–Lo sospeché después del ataque del daaknar, pero cuando el rey me contó vuestra conversación, estuve casi convencida. Él quería asegurarse de que no se trataba de una estratagema, vos necesitabais tiempo para curaros y el rey para decidir su siguiente paso.

–Entonces, él ya sabía que le estaba diciendo la verdad el día que me llevó a la sala de su consejo de guerra –murmuro para mis adentros. Fue cuando vi el mapa. Pero fingió que continuaba sospechando y dudando de mí. No soy la única que sabe disimular.

–Tenemos muchas cosas de las que hablar y, aunque haya conseguido algo de tiempo para que conversemos con libertad, no es infinito. Hay otros invocadores que deben atender sus obligaciones –da una palmada–. ¿Por dónde empezamos?

–¿Qué tal con los colmillos del rey?

Tuerce la cabeza.

–Para entender cómo han llegado a ser así los islorianos, primero debes entender quiénes son nuestros creadores.

–De acuerdo –subo la vista hacia las cuatro estatuas que se ciernen frente a nosotras.

–Vin'nyla, Destino del Aire. Aminadav, Destino de la Tierra. –Contemplo primero la escultura con alas de plata en la espalda y después la de los cuernos de toro de bronce, recitando los nombres que me ha dicho la sacerdotisa. Sofie no los mencionó, y creo que tendré que repetirlos una docena de veces antes de que se me queden.

Wendeline asiente y me anima a continuar.

Señalo la figura con la enorme cornamenta de ciervo adulto.

–Aoife, Destino del Agua.

Encuentra a la cierva dorada.

Aparto de mi mente la advertencia de mi padre y me fijo en la última estatua con cuernos de obsidiana retorcidos.

–Malachi, Destino del Fuego.

El Destino que me trajo aquí para cumplir una misión. Las cuatro estatuas se encuentran en las esquinas del estrado del altar y son del mismo tamaño y altura. Los dioses de la creación, los elementos de los que está compuesta toda la naturaleza, los dadores de vida. Son anatómicamente humanos, pero con pezuñas, cuernos o alas en el caso del Destino del Aire. Los dos varones están bien dotados. *Cómo no, se crearon a sí mismos*, pienso.

Obsidiana, oro, plata y bronce. Todo el santuario está revestido de esos materiales. Mientras estudio la figura de Malachi, observo que los muros exteriores del templo son enteros de obsidiana: parecen levantados en su honor.

–¿Hay alguno más poderoso que los otros?

–Depende de a quién preguntéis. La respuesta correcta sería que todos son igual de poderosos y merecedores de nuestra fidelidad.

–Pero... –Es lo que me parece que se desprende de sus palabras.

Toma aire y echa un vistazo a las estatuas, como si le diera miedo que nos estuvieran escuchando.

–Se dice que no es fácil oponerse a los Destinos del agua y del fuego y que a menudo están enfrentados entre sí. No sería sorprendente: Malachi es valeroso y apasionado, pero le pierden la envidia y la obsesión. Es la chispa que prende toda la lujuria e ira del mundo. Aoife, en cambio, nos envuelve con su perdón y humildad: es la patrona de la curación, la paz y la confianza. Pero puede ser errática y mostrar indiferencia ante la agonía. Ambos entran en cólera con facilidad, especialmente cuando no se les muestran los respetos que creen merecer. Todos los elementales nacen con vínculos por lo menos a dos de los destinos y, por algún motivo, uno de ellos siempre es el fuego o el agua. Para que un elemental pueda convocar a Malachi, debe tener afinidad con él. Para hacerlo con Aoife sucede lo mismo, y así con todos. Hace mucho tiempo, cuando estaba permitido invocar a los Destinos, los elementales se vinculaban con mayor frecuencia al fuego y al agua en lugar de a Aminadav y Vin'nyla, puesto que lo que espoleaba al invocador o al rey en el poder era a menudo el ansia de poder o el deseo de obtener el perdón.

Sofie dijo que servía a Malachi. Se debió de referir a esto.

–Pero ahora está prohibido convocar a los Destinos.

–Así es. Los Destinos solo se entrometen cuando se lo permitimos, y quedó muy claro que nunca es buena idea darles oportunidad de inmiscuirse. Les gusta el conflicto: entre ellos o entre sus fieles. Cuando un Destino responde, los motivos tienen menos que ver con la petición del invocador y mucho con lo que el Destino desea. Siempre hay consecuencias. A veces, no inmediatas.

Malachi permitió que Sofie me sacara a mí, la doble humana de la princesa Romeria, de mi mundo y me depositara en un cuerpo inmortal, que resucitó y convirtió en letal ante el mordisco de un daaknar. Dudo que hiciera todo esto con el objetivo de liberar al marido de Sofie solo porque ella se lo pidiera, especialmente cuando es el propio Malachi quien lo tiene prisionero. ¿Qué es lo que buscará?

–¿Qué es lo que desean los Destinos? –le pregunto a Wendeline.

–¿Además de veneración? Ni yo ni nadie puede responder a esa pregunta con certeza. Hay quien afirma que buscan la devoción eterna de los elementales, pero otros consideran que no tiene nada que ver con ningún invocador, sino con un plan más grande que desconocemos –sonríe–. Los más cínicos dicen que no somos más que peones en un tablero, que servimos de entretenimiento en su interminable existencia de creación y observación. Pero eso significaría que los Destinos experimentan el paso del tiempo como nosotros, y sospecho que no es así –hace un aspaviento–. Es un asunto complejo; mejor dejarlo para otro día. Basta con decir que tanto Ybaris como Mordain están de acuerdo en que el mundo es un lugar mejor cuando los Destinos no se entrometen en él.

Y en Islor solo había una elemental que fuera capaz de romper esa regla.

–¿Por qué convocó Margrethe a Malachi para que me devolviera la vida? ¿Es cierto lo que dijo Zander ante la corte?

Aprieta la mandíbula; es la primera vez que veo enfadada a la sacerdotisa, y ese es el único gesto que la delata.

–Era imposible ocultar que se había liberado un daaknar en Cirilea esa noche. Su sobrecogedor aullido es demasiado reconocible; se lleva hablando de ese chillido desde hace siglos en cuentos y leyendas que aterrorizan a los niños. Demasiada gente sabía lo que era, y el rey no tenía otra opción más que echarle la culpa a Margrethe para acallar rumores y preguntas.

¿Eso es lo que piensa, o es la respuesta oficial que tiene que darme? La observo con atención.

–Pero no le pidió a Malachi que lo trajera aquí para que destrozara la ciudad, ¿verdad?

–Margrethe jamás habría invocado a Malachi para provocar el caos –replica velozmente, en tono cortante–. Islor era su hogar. Lo invocó para devolveros la vida a vos, para proteger su hogar –arruga el entrecejo mientras rebusca entre los pliegues de su túnica. Me entrega un papel que creo que es pergamino, por su textura rugosa–. Encontré esto en su escritorio. Obviamente, Margrethe tenía secretos. Como todos –añade en un susurro.

Acaricio con la yema del pulgar la intrincada letra M del sello de cera roto antes de desplegar la carta.

La princesa de Ybaris debe sobrevivir cueste lo que cueste, por voluntad de Malachi.
G.

Por voluntad de Malachi. ¿Esto es una orden de que lo invocara?

–¿Quién es G?

Niega con la cabeza.

–Alguien con gran cantidad de información. Lleva un lacre oficial de los escribas de Mordain. No sé cómo supieron de Margrethe, pero supongo que no es posible ocultar un secreto eternamente. Ni siquiera a este lado de la Grieta.

–¿Mordain no estaba en contra de las invocaciones?

–El gremio lo está de forma oficial, y habrían exigido la ejecución de Margrethe, pero estamos muy lejos de su jurisdicción. Somos exiliados, desde su punto de vista. Pero siempre hay alguien que se opone al poder, quien cree que sería mejor vivir de otra manera. Mordain tiene una relación compleja y muy larga con Ybaris; esa lección de historia también tendremos que dejarla para otro día. Pero, quienquiera que fuera la persona que le envió esto a Margrethe –le da un golpecito a la carta–, tuvo que descubrir algo importante sobre vos entre las profecías registradas –doy por sentado que en este mundo la palabra «profecía» significa lo mismo que en el mío–. Mordain cuenta con una biblioteca inmensa en la que se custodian las visiones que han tenido los videntes a lo largo de milenios, todo lo que han profetizado que sucederá. Muchos no creen en las predicciones; las consideran desvaríos. Bajo el gobierno de Neilina, la biblioteca ha pasado a ser un museo polvoriento, y su contenido, poco más que pasto de delirios; pero sigue habiendo quien ve un gran valor en los antiguos textos, quien continúa escribiendo, estudiando y buscando el camino.

Se me van los ojos al altar, al lugar donde vi a la elemental que desafió la ley. ¿Qué podrán predecir sus videntes? ¿Qué le dirían a la suma sacerdotisa?

—¿Conocías bien a Margrethe?

—Sí y no, al parecer —sus ojos siguen los míos—. En Ybaris los invocadores reciben funciones distintas. Curanderos, portadores de luz, horticultores, alquimistas. Mi papel era de examinadora: asistía a los partos de las aldeas y evaluaba a los bebés para determinar si estaban dotados como invocadores. Recuerdo perfectamente el día que nació Margrethe —sonríe con afecto—. Tenía unos enormes ojos castaños, demasiado abiertos y despiertos para una recién nacida. Sabía que sería una elemental antes de examinarla. Por desgracia, tenía afinidad con el fuego y el aire, y el vínculo con Malachi haría que la condenaran a muerte. Después os lo explicaré —añade al ver la perplejidad en mi rostro—. Su madre me la entregó: no deseaba tener nada que ver con la niña. No podía permanecer en Ybaris, y si la llevaba a Mordain la matarían. Así que hui: la traje aquí, donde podría sanar en lugar de dañar, y le enseñé todo lo que pude de la magia.

Toma aire y exhala lentamente, como si intentara tranquilizarse. ¿Se sentirá herida porque la niña que crio como si fuera suya le ocultaba secretos?

—Pero no habéis venido aquí a oír hablar de profecías, de Mordain ni de intrigas políticas. Estáis aquí para aprender sobre Islor —sus ojos regresan a las estatuas del altar—. Podemos preguntarnos si todos los Destinos son igual de poderosos o no, pero no hay duda de que son igual de orgullosos. Exigen reverencia y se muestran rencorosos si no la reciben. Durante casi dos mil años ha estado expresamente prohibido invocarlos, pero incluso cuando estaba permitido se sabía que, al suplicar la ayuda de uno de los Destinos, se estaba escogiendo a uno en detrimento de los otros y, una vez invocado, el elemental quedaba obligado a servirlo de por vida.

Eso significaría que Margrethe estaba ligada al Destino del Fuego.

—Pero quien la mató fue un demonio de Malachi.

—Sí. Los Destinos no tienen piedad con sus elementales. Sospecho que cuando Margrethe te devolvió la vida dejó de servirle a Malachi y el daaknar le resultaba más útil —se estremece—. Los Destinos son creadores, pero a veces lo que crean tiene potencial para destruir. Y de eso es de lo que tenemos que hablar hoy.

Noto a Wendeline reticente. No desea seguir hablando de la suma sacerdotisa, así que me muerdo la lengua para no interrumpir más.

—Hace dos mil años, toda esta tierra era Ybaris, gobernada por el rey Faolan y la reina Rhean, elfos que residían en Argon, la capital donde vos os criasteis. Su hija

mayor, la princesa Isla, era la sucesora al trono de Argon, pero hasta entonces gobernaba sobre Cirilea, la ciudad más importante del sur, una tierra donde predominaban los humanos. Hizo un gran papel, según los libros de historia. Pero entonces Mordain le envió al elemental Ailill como servidor, e Isla cometió un error imperdonable: se enamoró de él. Los reyes no aprobaron su unión, pero tampoco se preocuparon, puesto que dieron por sentado que Ailill envejecería y moriría al ser un elemental, e Isla, inmortal, encontraría un elfo varón con el que casarse. Fueron ingenuos; visto con retrospectiva, estaba claro lo que iba a suceder. La princesa Isla estaba decidida a ser la reina de Ybaris con Ailill como su consorte. Y él, por supuesto, estaba deseando ser un rey inmortal. Se vinculó a Malachi, apeló a su carácter apasionado y le imploró que le concediera la inmortalidad de los elfos para poder pasar la eternidad junto a Isla. El Destino del Fuego respondió a su petición.

Contemplo la estatua de cuernos negros y retorcidos.

–¿Y le concedió la inmortalidad a Ailill?

–Lo hizo, pero no como esperaba. Su inmortalidad no fue como la de Isla –se le arruga la frente–. Le concedió la longevidad de un elfo, lo hizo más fuerte, más veloz, capaz de regenerarse más rápido y mucho más difícil de derrotar en el combate, pero también lo maldijo. Le provocó una abrumadora sed de sangre mortal que apenas podía controlar. Fue como una infección: podía contagiar a otros si no controlaba sus impulsos. Ailill no entendía lo que le sucedía y no pudo contener su instinto. Mordió a Isla y la infectó. Ella contagió a sus doncellas y la enfermedad se extendió rápidamente por Cirilea y más allá, en las aldeas, transformando tanto a humanos como a elfos. Los elfos perdieron las afinidades que tenían cuando se transformaron y los invocadores mordidos murieron.

–¿Por qué Malachi hizo una cosa así?

–Hay quien piensa que fue una represalia por algo que hicieron los demás Destinos. Otros piensan que deseaba crear un ser superior. La sed de sangre de estas criaturas, aunque fuera difícil de controlar, les otorgaba poder y dominio. Ambas cosas podrían ser ciertas... Cuando los otros Destinos descubrieron que la creación de Malachi estaba asolando Ybaris y a sus propias criaturas, entraron en cólera. No les gustó que hubiera corrompido sus creaciones y su ira se desató como jamás se había visto antes. La cólera de Aminadav partió la tierra en dos y creó una fisura profunda a través de las montañas que las hizo imposible de cruzar salvo por un pequeño paso. Esa es la Gran Grieta. Aofie, llevada por la ira, revolvió las aguas occidentales en un remolino al sur de Mordain. La corriente se volvió tan violenta que, a partir de ese momento, ningún barco pudo navegar sin perecer. Es la Fosa

Abismal. Vin'nyla fue la más benevolente: solo desató un vendaval que arrasó Cirilea, derribó los edificios y mató a millares de seres.

Alzo las cejas.

–¿Eso es benevolente?

–Fue breve, al menos, y era posible reparar los daños. Pero el castigo del rey Faolan y la reina Rhean quizás fue el más duro de todos. Desterraron a su hija al sur de la Gran Grieta; jamás podría regresar bajo pena de muerte. Sabían que la infección se extendía por el sur y el terror que esto provocaba y, en lugar de mandar a su ejército para defender al pueblo, hicieron que sus elementales levantaran un muro infranqueable que impidiera que los infectados cruzaran la Grieta hasta Ybaris. Abandonaron a sus súbditos para proteger Argon –hace una pausa–. Isla y Ailill se convirtieron en reyes y esta tierra pasó a llamarse Islor en honor a su reina. Fueron los primeros islorianos, los primeros de su especie, a los que Ybaris continúa llamando hasta hoy «demonios de Malachi» –sube la vista hasta la ominosa estatua del Destino–. Muchos lucharon contra su nueva naturaleza, Ailill e Isla incluidos. Intentaron alimentarse de los animales para controlar la sed. Otros se negaron a probar la sangre y se fueron debilitando un poco más cada día. Se dieron cuenta de que no podían sobrevivir sin sangre mortal. Teniendo en cuenta la longevidad de los inmortales...

–¿Cuál es? –intervengo. Si habla de longevidad, eso implica que no pueden vivir para siempre.

–Varía mucho –se le arruga la frente–. Diría que ronda entre los ocho y los diez siglos. Pero algunos viven mucho más –estoy a punto de soltar un taco, pero me muerdo la lengua–. Al vivir tantos años, temían que no quedaran mortales. ¿Y después, qué? ¿Cómo sobrevivirían los islorianos? Gracias a Malachi, Ailill descubrió que la infección se transmitía mediante un veneno que se liberaba al morder, y que era posible controlar el impulso de inocularlo y no infectar. Se enseñó a los inmortales cómo hacerlo y se estableció el sistema tributario, mediante el cual los humanos recibían protección y los inmortales, sangre. Llevó años implantarlo, pero funcionó. Todavía sigue vigente.

–Y ahora los humanos viven esclavizados y sirven de tentempié –soy incapaz de controlar el asco en la voz–. No pueden negarse, ¿no?

–Es la única manera de que sobrevivan todos –responde Wendeline con una mueca–. El hambre trae desesperación, y habrían desangrado a los mortales igualmente. Si no hubiera un sistema, todo habría sido mucho peor. Al menos hay ley y orden; es una solución civilizada para una situación incivilizada.

¿Y los humanos que trabajan como obreros, como cocineros...? ¿Todos los que se dedican a arrastrar bloques de piedra, sudando de sol a sol, mientras los cortesanos se pasean girando las sombrillas? ¿Eso también sirve para garantizar la supervivencia de los inmortales islorianos? No me molesto en preguntarlo, ya sé cuál es la respuesta.

–Las consecuencias de la cólera de los Destinos fueron más profundas de lo que se creyó al principio. Mordain es el corazón de la magia, y la Grieta que abrió Aminadav era tan profunda que impidió que Islor tuviera acceso a ella. No nacían bebés dotados entre los humanos de Islor y los invocadores del sur de la Grieta morían. Se consideró que ese era el deseo de Aminadav: impedir que los demonios de Malachi tuvieran acceso a la magia elemental para que no pudieran invocar a los Destinos. Muy pronto, el único elemental de Islor fue Ailill. Su poder era temible; y su potestad sobre el fuego y el agua era impresionante.

–Malachi y Aoife.

–Sí. Y escogió a Malachi –me dedica una mirada cómplice; entiendo que eso debió de ofender a Aoife–. Pero en Islor no solo faltaban bebés dotados para la magia: faltaban niños. La maldición de Malachi impedía tener descendencia a los inmortales. Para la reina Isla era una tragedia; deseaba más que nada tener hijos que heredaran el trono de Islor. Estaba tan desesperada que se arriesgó a invocar de nuevo a Malachi, a pesar de las posibles consecuencias. Sin embargo, en esa ocasión se mostró piadoso. Les enseñó cómo emplear el poder del ninfeo a su favor.

–¿Cómo? –barboto atropelladamente, ansiosa. Por fin, una oportunidad de conseguir información sobre el jardín sagrado sin parecer sospechosa.

–El ninfeo también es una fuente de magia, al igual que Mordain. Su poder es antiguo, enraizado en la naturaleza y la creación, más antiguo que el de los invocadores. Estaba aquí mucho antes de nuestra era. No sabemos exactamente cómo funciona, pero es más potente durante la luna de sangre. Malachi enseñó a los reyes Ailill e Isla a emplear su magia esas noches para concebir un hijo. Hicieron lo que les dijo y fueron bendecidos con un niño al que llamaron Rhionn. Tuvieron muchos más después y, desde entonces, cada luna de sangre, cientos de inmortales suplican al rey que les permita el acceso al ninfeo con la esperanza de que las ninfas que residen allí les concedan un hijo.

Ninfas.

–¿Hablamos de hadas?

–Los textos antiguos dicen que su especie habitó nuestras tierras hace muchos milenios. Se dice que son diabólicas y malignas, que desataban tal caos que los Destinos decidieron confinarlas. Están encerradas tras una puerta y no pueden abandonar el jardín sagrado.

Una criatura más que añadir a la lista de leyendas que cobran vida.

–¿Y dónde está ese ninfeo?

–En los terrenos reales.

–Pero ¿dónde?

¿Qué tamaño tendrá ese jardín si encierra a esas criaturas diabólicas dentro de otro jardín?

–Cerca del lago.

Me gustaría presionarla y sacarle más detalles, pero hace un aspaviento para cambiar de tema.

–Volvamos al asunto crucial, la mascota de Malachi: el rey Ailill –sentencia Wendeline mientras intento contener la frustración–. Tendría que haberse conformado entonces, pero aún no había aprendido la lección. O quizás el don de Hudem le hizo ingenuo y creyó que se podía volver a invocar a Malachi sin consecuencias. Como decía, el nuevo reino estaba en una situación compleja: había revueltas y luchas por el poder. Los lores y damas inmortales buscaban cualquier oportunidad de gobernar, y los elfos de gran poder que habían evitado el contagio en Islor y conservaban sus afinidades elementales intentaban hacerse con el trono. Gracias a la bendición del ninfeo en Hudem, nacieron bebés inmortales, con afinidades parecidas a las de sus primos ybarisanos, aunque menos potentes... Y Ailill ansiaba tener mayor poder que nadie. Así que, de nuevo, invocó a Malachi y le imploró que le hiciera más fuerte para eliminar las amenazas contra el trono de una vez por todas. Lo que le pidió era imposible; los Destinos, unidos, crearon el mundo, y sus poderes combinados generan las afinidades; no se pueden adquirir. Ailill lo sabía, pero lo planteó como un reto para Malachi. A cambio, este le pidió que consiguiera un invocador clave: un elemental con afinidad con los cuatro elementos. Son extremadamente raros y... extremadamente poderosos. Están más cerca de los Destinos que nada en este mundo. Y había nacido uno: una niña llamada Farren. Estaba en Mordain, bajo el control del gremio. Malachi le prometió a Ailill que, si llevaba a Farren hasta el ninfeo, le mostraría cómo manejar su poder a su favor. El rey le dijo que era imposible; Mordain jamás renunciaría a un invocador clave y, si intentaba capturarla, se tendría que enfrentar a ellos. Y enfrentarse al gremio no es tan sencillo como segar la afinidad de un elfo de un

espadazo. Malachi le entregó a Ailill un extraño regalo: un pedazo de sí mismo, de su entidad corpórea, que le ayudaría a contener el poder de una invocadora clave –Wendeline toca uno de los brazaletes de mi muñeca–. De eso están hechos. Llevan escondidos en la cámara real desde hace casi dos mil años. Casi nadie en Islor sabe lo que son.

Paso los dedos sobre la obsidiana lisa. Ahora lo entiendo.

–Así es como funciona esto.

–Estos en particular, sí. Actúan tanto contra los poderes invocadores como con las afinidades élficas. Los talismanes de los Destinos pueden servir para muchos propósitos. Se pueden emplear para restringir, controlar, ocultar o amplificar un vínculo. Pueden crear ilusiones.

O pueden servir para apuñalar a una chica desprevenida y mandarla a otro mundo dentro del cuerpo de otra persona, al parecer.

–El rey Ailill no podía navegar por la Fosa Abismal hasta Mordain. Tampoco podía invadir Ybaris con su ejército: lo necesitaba para asegurar su dominio sobre Cirilea. Mandó a su hijo mayor, Rhionn, en un barco desde Seacador. Viajó por la costa oeste y cruzó Skatrana en secreto hasta Mordain. Le costó años y tuvo que planificarlo cuidadosamente, pero Rhionn logró capturar a Farren, la invocadora clave, y regresar con ella. La llevó al ninfeo en Hudem, siguiendo las instrucciones de Malachi. No podría haber llegado en mejor momento para el rey: la oposición estaba ganando terreno en Islor. Sin embargo... Ailill descubrió muy pronto que era imposible apoderarse del poder de Farren; el objetivo de Malachi no era ayudarle, sino abrir las puertas del ninfeo. El Destino del Fuego creyó que lo conseguiría gracias al gran poder de Farren combinado con los poderes antiguos de las ninfas en la noche de Hudem.

Los latidos de mi corazón atruenan en mis oídos. Esa tiene que ser la puerta por la que yo debo pasar.

–¿Lo logró?

–No. No solo no abrió la puerta, sino que la combinación de tanto poder desgarró la unión entre nuestro mundo y otro, un lugar oscuro llamado Nulidad, donde los Destinos destierran a las bestias de otros mundos. Un ejército de fieras criaturas frente a las cuales un daaknar parece un gatito ascendió por la Gran Grieta. Fue imposible controlar a esos monstruos, y causaron estragos tanto en Islor como en Ybaris durante décadas. Para matarlos tuvieron que unirse inmortales y humanos y se necesitó el poder de todos los invocadores de Ybaris

para poder cerrar la Grieta. Hoy día sigue habiendo algunas criaturas de esa época, que residen en las profundidades de la Grieta, en las montañas y en el mar.

Recuerdo que Zander me dijo que ahí abajo había cosas mucho peores que huesos.

—¿Por qué motivo Malachi quería abrir la puerta del ninfeo? —Me temo que ya sé la respuesta: conseguir la piedra. Pero ¿para qué?

—No se sabe. No obstante, las antiguas profecías de los videntes predicen que el Destino empleará el poder de las ninfas para caminar entre nosotros, en carne y hueso, y gobernar al pueblo. Pero la puerta se mantuvo cerrada y lo sigue estando hoy.

Malachi no se ha rendido, está claro. ¿Por qué creerá que yo soy capaz de abrir esa puerta cuando una poderosísima invocadora clave fue incapaz de hacerlo?

—¿Qué le pasó al rey Ailill?

—Tentó la cólera de los Destinos y desencadenó una nueva plaga sobre la tierra. No se podía confiar en él como gobernante, así que su propio hijo Rhionn lo mató y reclamó el trono, alegando el daño que había causado a tantísima gente a ambos lados de la Grieta. Nadie puso en duda que Ailill mereciera ese final, ni siquiera la reina Isla, pero hubo quien dijo que tenía otros motivos para asesinar a su padre. Se había enamorado de Farren durante el largo viaje de regreso a casa, y ansiaba que los Destinos le otorgaran la inmortalidad. Sin embargo, que ella desatase sus poderes en el ninfeo provocó su muerte, y eso le rompió el corazón a Rhionn... Una vez coronado rey, Rhionn intentó recuperar la relación con Ybaris, en vano. Estaban resentidos y no querían tener nada que ver con la maldición isloriana. Después de que la Gran Grieta dividiera el reino en dos, habían entrado en crisis. Sus tierras eran mucho menos ricas que las de Islor: están salpicadas de montañas y regiones pantanosas que no pueden competir con las fértiles llanuras de Aminadav. El comercio con otros reinos era complicado; las relaciones con Skatrana nunca fueron muy buenas, pero después de la Grieta, el reino del norte no quería saber nada de la magia ni de los reyes y reinas que la usaban en su favor. La Fosa Abismal impedía la navegación por el este, y al oeste los barcos debían enfrentarse a feroces sirenas marinas. Para Ybaris, Islor era un reino enemigo y lo sería siempre, y Malachi, un Destino maligno.

—Pero Rhionn era el nieto del rey Failan y la reina Rheann, ¿no?

—Y un rey demonio para cualquier ybarisano. No importaba que Ailill hubiera muerto: su legado perduraba de la forma más terrible. El único consuelo que tenía Ybaris era que Islor ya no tenía la capacidad de invocar a los Destinos, y juraron no

permitir jamás que estos volvieran a inmiscuirse en los asuntos terrenales. Condenaron a muerte a todos los elementales que tuvieran afinidad con Malachi. Cuando Neilina tomó el poder, exigió que se implantaran más medidas, así que el gremio creó collares a partir de talismanes; impedían al portador invocar a los Destinos. Todos los elementales están obligados a llevarlos, y si alguien se niega, se le condena a muerte.

–Me sorprende que no utilice a los elementales en su propio beneficio.

–Requeriría entregarle el control a un elemental; en la práctica, sería dárselo a Mordain. Neilina no es estúpida y no desea arriesgarse a perder el poder. Tiene un dominio absoluto sobre los invocadores y sobre Ybaris, y se dice que su propio vínculo con Vin'nyla es incomparable. He oído decir que puede robarle el aire de los pulmones a alguien tan solo con pensarlo... –Enmudece cuando entran en el santuario tres mujeres por una puerta que no veo. Llevan la misma ropa blanca y dorada de Wendeline y sus cabellos van del gris al blanco. Le hacen un gesto con la cabeza a Wendeline antes de acercarse al altar–. Me temo que se nos ha acabado el tiempo por hoy, pero creo que os he dado mucho en lo que pensar.

Mucho en lo que pensar y mucho que desentrañar. Concretamente, ¿qué pinta en todo esto una ladrona de guante blanco humana de Nueva York?

Capítulo 18

—Habéis estado extrañamente silenciosa de regreso, alteza. —Elisaf se detiene en el umbral de las puertas del castillo. El calor es sofocante, brilla el sol y, sin embargo, hay faroles encendidos.

—Estaba pensando.

Veo las miradas curiosas y capto inclinaciones y reverencias a mi paso. De los guardias, de la nobleza, de los sirvientes. Solo me siento segura ante los últimos ahora que sé que todos los demás tienen colmillos que me clavarían en el cuello si se lo permitieran.

Sofie me dijo que los islorianos no debían averiguar quién era yo, pero sigo sin entender el motivo, y la lección de historia de Wendeline no me ha arrojado demasiada luz al respecto. Lo único que ha conseguido es que recele del ninfeo y de la misión aparentemente sencilla que se supone que debo completar para salir de aquí. Si lo que me ha dicho sobre Malachi es cierto, probablemente haya un motivo oculto para que me mandara aquí en busca de esa piedra. Y seguramente sea algo espantoso, con consecuencias nefastas.

—Echo de menos nuestras conversaciones —dice Elisaf, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Eh?

—Me hubiera gustado mantener una anoche, si lo hubiera tenido permitido —sonríe con timidez. Es un intento de disculpa por haberme dejado en la estacada mientras yo estaba al borde de las lágrimas.

No sirve de nada que siga enfadada con él; además, es de los pocos amigos que tengo aquí. No es prudente alejarlo.

—Dijiste que venías de Seacadore. ¿Era verdad?

Seguramente por eso tenga ese ligero acento.

–Jamás os he mentido, alteza. Simplemente omití algunos detalles –sus ojos sinceros buscan los míos y baja la voz para que nadie nos oiga–. Era de Seacadore, hace mucho. Era marinero y navegaba a menudo por el Canal de la Fortuna a Islor y Kier.

–¿Y querías venir aquí?

¿Sabiendo cómo son los islorianos inmortales?

Muestra los dientes.

–Era joven e ingenuo. Me fascinaba esta tierra devastada por los Destinos, donde convivían mortales e inmortales de esta forma. Desembarcaba para disfrutar de la vida nocturna de Cirilea, que os garantizo que es muy animada. Si alguna vez tenéis la oportunidad de conocerla, os la recomiendo.

Resoplo.

–Algo me dice que no me van a permitir disfrutar de la vida nocturna de la ciudad.

–Quizá tengáis razón –baja la cabeza–. Había pasado la noche en La Colina de la Cabra entre jarras de hidromiel. Volvía a mi habitación cuando un inmortal me atacó en un callejón cerca de la taberna. Yo no llevaba pendiente de siervo, así que básicamente estaba a su disposición. Las cosas eran distintas entonces. Intenté resistirme, pero era demasiado fuerte y yo estaba muy borracho. Entonces apareció Zander. Esa noche estaba en la ciudad, mezclándose con los plebeyos como hacía a menudo. Detuvo a mi atacante, pero era demasiado tarde. Ya me había infectado.

Archivo cuidadosamente ese dato sobre Zander.

–¿Por qué? –pregunto.

Elisaf sube los hombros.

–No se lo pregunté.

–¿Y qué pasó después?

–Mi atacante fue condenado a una cruel ejecución pública, como oferta de paz hacia Seacadore. El comercio con Islor era importante y la población de Seacadore necesitaba sentirse segura. Me prohibieron regresar a mi hogar; puede que comercien con los islorianos, pero no nos quieren en sus tierras. Zander se apiadó de mí, me ayudó durante el periodo de adaptación y pasé a ser un soldado de la guardia real.

–Así que es capaz de mostrar benevolencia.

–Sí. Pero me atrevería a decir que ya lo sabíais, ¿no?

Con Corrin. Con Boaz. Con aquel anciano cojo de la colonia.

–Me está utilizando –le recuerdo a Elisaf, como si intentara inclinar la balanza al otro lado y demostrar que Zander carece de cualidades positivas, porque me encuentro más cómoda pensando eso. Entonces caigo en la cuenta–. Por eso no tienes ninguna afinidad.

–Porque soy fruto de una infección; no nací gracias al poder del ninfeo –confirma él.

Vacilo un poco.

–¿Prefieres ser así? ¿Ser lo que eres?

–A veces. Otras, no. No me gusta cómo se trata aquí a los mortales –frunce el ceño con intensidad–. Recuerdo la vida en Seacadore, cuando todos mis hermanos y hermanas nos sentábamos con mis padres en torno a una mesa y hablábamos de lo que haríamos en el futuro. Teníamos conversaciones interminables. Aquí los mortales no se sientan en torno a una mesa y no mantienen esa conversación. Salvo en sus fantasías, claro.

–A lo mejor deberías hablar con tu amigo el rey sobre ese tema.

Es parte del problema y podría ser la solución.

–No des por sentado que Zander está de acuerdo con el sistema actual –murmura.

–Claro. Le horroriza todo esto. Anoche fui testigo de lo mucho que le horroriza.

Aunque a esa esclava no parecía disgustarle demasiado su situación.

–Es complicado...

–No, en realidad no lo es. Los inmortales creen que pueden tomar lo que les apetece y, dos mil años después, los humanos se arrodillan ante ellos o mueren; pero sea como sea, acaban derramando sangre.

–Supongo que si lo planteas así es muy simple –suspira–. Ha habido alzamientos. Los mortales han luchado por poner fin al sistema tributario. La última vez terminó muy mal para ellos: los inmortales son demasiado fuertes.

–Pero con el apoyo del rey podrían vencer. Si realmente le molesta esto, ¿por qué no hace nada?

–¿Crees que el título incluye una varita mágica? –los ojos castaños de Elisaf escudriñan los alrededores, como si quisiera asegurarse de que no hay nadie escuchando–. Zander lleva años hablando de una Islor donde los mortales puedan elegir, donde su sangre sea un producto de su propiedad, no de su guardián. Los humanos lo apoyan de corazón. Algunos inmortales también, en teoría. Otros se oponen con todo su ser. Intentó convencer a su padre para que cambiara las cosas, pero el rey Eachann pensaba que era muy radical. Lo máximo que hizo fue decirle a

su hijo que estaba de acuerdo con él, pero que esto jamás podría suceder en Islor; supondría el fin de su reinado... Ahora es Zander quien gobierna, y la corte conoce su opinión al respecto. Crece la tensión entre sus opositores. Temen que si entrega demasiada soberanía a los humanos, el bienestar de Islor quede comprometido. También hay otros a los que no les hace gracia tener que pagar para conservar a sus criados.

—¿Y no pueden encontrar la forma de que todos estén contentos?

Elisaf sonríe de forma paciente.

—Por desgracia, muchos de los nuestros no han sido bendecidos con el don del altruismo. Cuando hablamos de supervivencia es difícil ser generoso y mucho más fácil encontrar justificaciones. Y eso es cierto en nuestra especie, pero también en cualquier otra.

Noto una punzada por dentro. Tengo experiencia con la supervivencia y las excusas. He pasado años justificando cada cartera, dólar y joya que birlaba a los incautos. Era más sencillo poner pretextos que intentar llevar una vida distinta, pero eso no significaba que no supiera que lo que hacía estaba mal.

Al menos solo estaba robando bienes materiales. Estos inmortales lo que roban son vidas.

Eso sí: la explicación de Elisaf hace que entienda mejor cómo funciona este mundo.

—¿Por eso Zander cree que hay alguien reuniendo islorianos para oponerse a él?

—Temen los planes que pueda tener para Islor —asiente él—. Ya hubo fuertes tensiones en el reino cuando Eachann le ofreció el trono a una ybarisana que no tiene la menor idea de lo que es ser uno de nosotros. Si a eso se le une un rey que preferiría olvidar lo que es, habrá enemigos lo bastante audaces como para dar un paso al frente.

Las palabras de Elisaf pesan sobre mis hombros y me hacen sentirme incómoda, especialmente si sumo lo que me dijo Zander.

Convertirte en lo que más desprecias. En uno de nosotros.

Que vivieras en nuestro pellejo unas cuantas horas antes de morir en la plaza.

Que supieras lo que es estar a merced del ansia.

Sus evasivas.

Su secretismo.

Cómo se erizó cuando lo comparé con un daaknar.

Puede que Zander irradie seguridad en sí mismo, pero no se siente nada orgulloso de lo que es. No puedo evitar sentir compasión por él.

–¿Os encontráis bien, alteza? Tenéis las mejillas muy rojas.

–Estoy bien –le quito importancia con un gesto–. Me estoy asando con este vestido. Tengo que quitármelo cuanto antes o me voy a desmayar –tiro del cuello, resoplando–. Voy a matar a Corrin.

Elisaf se ríe.

–Os llevaré a vuestros aposentos para que almorcéis, os cambiéis y no ataquéis a vuestra doncella. Annika se ha ofrecido a escoltaros después por los jardines. El rey pensó que os agradaría.

Y habría sido así si aún no conociera su verdadera naturaleza. ¿Ahora? Supongo que sigue apeteciéndome... Annika tiene algo que me atrae, sin duda, aunque ella me desprecie. Además, no puede hacerme daño. Soy tóxica para ella. Para todos. Es un consuelo.

Pero ahora mismo necesito estar sola. Tengo que procesar la ingente cantidad de información que me han vertido encima.

–Quizás después de que me cambie y descanse un poco. Ayer no dormí bien.

¿Acaso dormí algo?

Frunce la frente, preocupado.

–Muy bien, alteza.

Me estoy sujetando las capas de falda para no tropezar por los escalones cuando un hombre grita a mi espalda:

–¡Alto!

Elisaf y yo nos giramos y nos encontramos con tres hombres que marchan a paso ligero en nuestra dirección. Me tenso con cautela.

–¿Qué pasa?

–No lo sé –responde Elisaf, adelantándose–. ¿Qué sucede, soldado?

Los tres se inclinan y el que está al frente toma la palabra.

–El rey solicita la presencia de la princesa Romeria ante la corte –anuncia.

–¿Otra vez? –exclamo. Estuve allí ayer.

–¿Cuándo? –pregunta Elisaf en tono cordial.

–Ahora. Teníamos órdenes de encontrarla urgentemente. Por favor, acompáñennos –tras otra reverencia y murmullos de «alteza», los tres giran sobre sus talones, esperando, obviamente, que los sigamos.

Cruzo una mirada con Elisaf mientras avanzamos tras ellos por el pasillo. A cada instante crece mi ansiedad. Zander no me advirtió de esto cuando hablamos por la

mañana, y eso dispara mi ira y mi preocupación. Él mismo dijo que deseaba mantenerme alejada de la corte hasta que esté más preparada. ¿Qué ha cambiado? Viene a mi mente la noche en que Korsakov insistió en verme y el espantoso baño de sangre que presencié.

¿Estaré yendo directa a una trampa? ¿Se ha dado cuenta de quién o qué soy?

Poco probable. Cuido mi tono de voz para que no tiemble y me recuerdo a mí misma que estoy representando un papel.

—¿Qué está sucediendo en la sala del trono, soldado? —pregunto, llamándole como lo hizo Elisaf.

—Unos ybarisanos han sido capturados en el bosque de Eldred, alteza. Los han tomado como prisioneros y llevado ante el rey para ser interrogados.

Soldados ybarisanos. Es decir, hombres de la princesa Romeria. ¿Por qué quiere Zander que esté presente? No es como si los fuera a reconocer.

—¿Y el rey ha insistido en que la princesa Romeria asistiera? —dice Elisaf, que seguramente esté pensando lo mismo que yo.

—Sí, señor.

Dirijo a Elisaf una mirada interrogante. Mi leal guardia se encoge de hombros y me ofrece una sonrisa tranquilizadora, como si me dijera que todo va a ir bien.

Cuando llegamos al largo pasillo que conduce a la sala del trono, me arden las mejillas, tengo la lengua seca y el sudor empapa mi escote y espalda. Se abren las grandes puertas y el silencio sepulcral se rompe en murmullos y cuchicheos. Tal vez los cortesanos siempre se comporten así, o puede que estén nerviosos por la captura de sus enemigos.

—Recuerda quién eres —me susurra Elisaf.

—El problema está en que recuerdo quiénes son ellos. —*O, más bien, qué son*. Voy a entrar a una sala llena de vampiros. El mantra que me repito de «eres tóxica para ellos» no acaba de tranquilizarme. Ahora mismo, lo único que quiero hacer es huir y esconderme.

—No pueden hacerte daño.

—Ellos no lo saben.

—Vamos... Ya te has enfrentado a un daaknar y lo has derrotado. ¿Dónde está ese arrojo temerario que dejó asombrada a Annika? —me pincha Elisaf—. Eres la futura reina.

—No quiero ser la futura reina —siseo. Pero alzo la barbilla y controlo la respiración, igual que si estuviera entrando en una gala de alta sociedad con la

seguridad que indica que estoy en mi ambiente. Se hace el silencio completo cuando mi escolta me lleva hasta el estrado sin preámbulo ni anuncio.

Zander está sentado en el trono, con Atticus inclinado sobre él, susurrándole algo al oído. Su melena dorada cae hacia atrás enmarcando su rostro, de una belleza arrebatadora. Se me acelera el pulso como siempre que le veo, y me molesta no haber ido tranquilizándome con el tiempo. Además, ahora que ya no me amenaza con matarme, le estoy perdiendo el miedo rápidamente. Incluso a pesar de lo que pasó por la noche.

Zander se percata de que me acerco y le hace un aspaviento a su hermano antes de ponerse de pie. Baja los quince escalones con lentitud y naturalidad hasta tenerme delante. Se hace un silencio sepulcral en la sala: todos están pendientes de nuestra interacción. Me siento como un animal salvaje que introducen en un zoo ante los ojos del público ansioso. La pregunta queda pendiente en el aire: ¿se atacarán con garras y colmillos, o se aparearán?

Desde luego, lo último no.

—Romeria —murmura Zander, inclinando la cabeza con lo que asumo que es la versión real de una reverencia.

Así que ahora nos llamamos por el nombre.

—Zander —respondo con una reverencia ligera.

Muestra la misma sonrisa encantadora que me dejó encandilada la primera vez y después me tiende la mano, con la palma hacia arriba.

Aceptaste hacer esto. Se me acelera el corazón mientras poso mis dedos sudorosos sobre los suyos, fríos y suaves. ¿Habría accedido de haber conocido su verdadera naturaleza?

Claro que lo habría hecho. Igual que acepté convertirme en el camaleón de Korsakov, igual que seguí a Sofie después de la matanza hasta el avión. Lo habría hecho porque es un medio para conseguir un fin, y yo soy una superviviente.

Me lo recuerdo a mí misma mientras me conduce por la escalinata, susurrando:

—Siéntate en tu sitio.

No hago preguntas. Me acomodo en el trono más pequeño.

Se alza una ola de murmullos.

Zander se sienta a mi lado, apoya el codo en el reposabrazos de su trono y vuelve a tenderme la mano con la palma hacia arriba. Enlazo mis dedos entre los suyos. Aunque sea incómodo y forzado, el contacto no me resulta desagradable. Cruzo una mirada con él; su expresión es amable pero ilegible.

Sonrío, porque es lo que haría la princesa Romeria. Estamos representando un papel. Todo esto es una actuación, una larga y compleja. Lo más extraño de todo es que ahora no estoy sola, como lo he estado durante tanto tiempo. Ahora tengo un compinche que me acompaña en el delito.

Mientras los susurros crecen en la corte, Zander se inclina para susurrarme algo al oído:

—¿Qué tal la lección de historia de esta mañana?

Sin duda, es un gesto íntimo. Noto su aliento contra mi piel.

Sé que es teatro de cara a la audiencia, pero no puedo evitar que se me acelere el pulso al oír el timbre grave de su voz. Es un peligro tenerlo tan cerca. Sin embargo, estoy a salvo; para él soy una botella de cianuro. Para todos los presentes.

—Educativa. Aunque tengo muchas más preguntas.

—¿Por qué será que no me sorprende? —murmura, sin percatarse de lo agitada que estoy, aunque lo cierto es que siempre se me ha dado bien ocultar lo que siento.

—¿Qué tal te ha ido la mañana a ti? ¿Has tenido más invitadas?

Crispa los labios.

—Ya te dije que no habría más durante una buena temporada.

Me maldigo a mí misma en silencio. No debería haberlo sacado a colación, pero soy incapaz de centrarme y fue lo primero que me vino a la mente.

—¿Qué pinto yo aquí? No soy la reina.

—No, no lo eres —pasea una mirada astuta sobre los asistentes, que continúan cotilleando mientras aguardan—. Pero puede ayudarnos que estés sentada en el trono mientras presentan a los ybarisanos ante mí para ser interrogados y sentenciados.

—¿A muerte?

—Al final, sí.

Recuerdo las piras y se me hace un nudo en el estómago.

—Lo olvidaba —Zander sonríe—. Una reina que no cree que los criminales deban recibir un castigo.

—Castigar es una cosa. Ejecutar... No sé cómo eres capaz de hacerlo.

—Yo no lo hago. Tengo verdugos.

—Pero tú das la orden.

Cuando Sofie se ofreció a ser mi verdugo, con la espada contra el cuello de Tony, fui incapaz de dar la orden. Sería una reina espantosa en este mundo.

—Primero vamos a ver qué información podemos sacarles. Hay que averiguar qué estaban haciendo en mi tierra. Quién sabe; puede que ni siquiera sobrevivan al

interrogatorio y no lleguen a la ejecución.

–Eso me consuela muchísimo –gruño con sarcasmo–. No tengo que decir nada, ¿no?

–¿Aparte de mostrar odio y que no se note que no tienes ni la menor idea de quiénes son? No. Mejor que guardes silencio.

–Eso puedo hacerlo.

–No estás de mucho mejor humor que esta mañana.

Suspiro, intentando liberar algo de tensión.

–Menuda elección de atuendo –dice Zander, echando un vistazo a mi vestido–. ¿Tenías pensado cruzar las montañas de Skatrana hoy? –agradezco el tono burlón, que me quita de la cabeza las ejecuciones.

–¿Allí hace frío?

–Un frío tremendo, según dicen.

–Entonces, sí. Por favor, llévame ahí. De hecho, tenía intención de volver a mi cuarto para prenderle fuego a esta cosa cuando me llamaron los guardias, así que muchas gracias por fastidiarme el plan.

Suelta una risilla siniestra.

–Si quieres, yo te lo quemo encantado.

–¿Conmigo dentro? –replico, mientras me planteo cómo funcionará su afinidad con el elemento de Malachi. ¿Sería capaz de hacer eso? ¿Prender fuego a la ropa de alguien solo con pensarlo?

–No seas boba. Primero tendrías que desnudarte para entregármelo –sus ojos brillan cuando buscan los míos y sus palabras hacen que me pinte una escena íntima que enciende mis mejillas–. Están observando todos y cada uno de nuestros movimientos –susurra a mi oído mientras me acaricia suavemente un nudillo, y luego otro, con el pulgar–. Tienes que relajarte.

–Lo intento. Es que es... demasiado.

Y forma parte de la actuación. Está coqueteando conmigo con toda la intención, diciéndome cosas que hagan que me sonroje y me ponga nerviosa porque así es como actúan las personas enamoradas. Así era como actuaban la princesa Romeria y Zander, hasta donde yo sé: parecían locamente enamorados. No debería afectarme, pero tengo el pulso disparado.

A Zander se le da peligrosamente bien este juego.

Tomo aire lentamente y miro a mi alrededor. Me fijo en Atticus, que está hablando con Boaz.

–Tu hermano se parece mucho a Annika –comento.

–No me extraña. Nació unos minutos antes que ella.

Subo las cejas, sorprendida.

–¿Son gemelos?

–Sí, aunque Annika intente olvidarlo. Los primeros gemelos bendecidos por el ninfeo.

–¿Es que no se llevan bien?

–Depende del día.

Atticus se vuelve y nos echa un vistazo, sosteniendo la mirada.

–¿Y qué opina tu hermano de tu plan?

Obviamente, Atticus se encontrará dentro del círculo de confianza de Zander y tiene los mismos motivos que sus hermanos para odiar a la princesa Romeria. A juzgar por lo que sucedió ante el consejo de guerra, me detesta con toda su alma.

–Cuidado –Zander vuelve a susurrarme al oído–. Hay cortesanos expertos en leer los labios después de tantos años maquinando para obtener poder y riqueza. Preferiría que no leyeran los tuyos –su boca me roza la piel accidentalmente y se me pone la carne de gallina Por suerte, se aparta un poco–. No está a favor.

Me quedo callada un momento, muy pendiente de mis palabras.

–¿Por qué no?

–Considera que es una pérdida de tiempo y que deberíamos solucionar los problemas empleando el ejército. Pero es joven. Todavía cree que se pueden ganar todas las batallas mediante la fuerza.

–Ybaris no usó ningún ejército para hacer lo que hizo.

–Exacto. Solo unos cuantos enemigos situados en el lugar oportuno y especialmente convincentes. Pero fue buena idea que mantuviera un batallón frente a las puertas: facilitó la captura de los ybarisanos y los hombres de Lord Muirn –hace una pausa–. Atticus cree que debería casarme con Saoirse, la hija de Lord Adley. Fortalecería la unión entre Cirilea y Kettling, y cree que eso bastaría para sofocar cualquier levantamiento.

Kettling. Recuerdo haber visto ese nombre en el mapa.

–Eso está al sudeste, ¿no?

–Sí. Es una gran ciudad portuaria, muy importante. El segundo puerto más importante después de Cirilea. Comercian mucho con Kier y tienen una población considerable. Antes de que nuestros padres arreglaran nuestro matrimonio, se daba por sentado que me casaría con Saoirse. Yo también lo tenía asumido, aunque no tuviera ninguna prisa. Por supuesto, Lord Adley considera que su hija es la mejor candidata al trono de Islor y no le agrada lo más mínimo que una ybarisana esté

sentada aquí, sobre todo cuando ya no vamos a conseguir a cambio humanos ni invocadores, como prometía el tratado con el rey Barris.

—Quizás tenga razón —murmuro.

—Quizás no sea buena idea que te consideres reemplazable con tanta alegría. —Sus labios vuelven a rozar mi oreja, y esta vez no creo que sea accidental. Está intentando provocarme. Eso, o me está poniendo a prueba. Se aparta para mirarme a los ojos antes de seguir hablando.

Estoy furiosa: me ha vuelto a amenazar como si tal cosa. Si Zander puede jugar a este juego, yo también.

Me armo de valor y me inclino hacia él, apretándome contra su brazo. Me tomo un instante para aspirar su aroma dulce a madera.

—Y, sin embargo, creo que cada vez soy más valiosa para ti —musito—. ¿Acaso no te sirvo para desvelar a los traidores, para mantener lejos el ejército de Neilina y, además, para evitar un matrimonio que no deseabas?

Cuanto más descubro sobre las intrigas políticas y las tensiones de Islor, más me percato de que mi presencia es de gran utilidad.

Sube el pecho, tomando aire profundamente.

—Es cierto que la situación con Kettling es un motivo más para que el acuerdo que tenemos me resulte beneficioso.

Sonrío satisfecha, alejándome de él. Observo los rostros desconocidos; son muchos. ¿Se encontrará en esta misma sala la persona que conspiró junto a la princesa Romeria? ¿Me estará observando, preguntándose cómo habré logrado convencer a Zander de mi inocencia?

Unos ojos negros y penetrantes como los de un halcón me llaman la atención. Es esa mujer alta y delgada con el pelo negro que ya he visto un par de veces. Está sentada junto a un hombre con el mismo cabello oscuro y piel pálida. Mueve los labios con rapidez, pronunciando posiblemente algo muy poco amable. Me encantaría saber leer los labios. Cuando se da cuenta de que ha despertado mi interés, alza el mentón y me dedica una mirada altiva que solo puede considerarse un desafío.

—Por casualidad, Saoirse no estará en primera fila, ¿verdad?

Zander curva la comisura de la boca.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Está claro que no le hace nada feliz que yo siga viva.

Tampoco está muy contenta de verme aquí arriba, a juzgar por su mirada agria. Ahora entiendo lo poco que se molestó en hacer la reverencia ese día en los

jardines. Saoirse ya se consideraba por encima tanto de Annika como de la princesa Romeria.

—Supongo que no. Una ybarisana le ha robado el trono; una que, según muchos rumores, no tiene suficiente cabeza como para gobernar Islor.

—Eso he oído decir. Es que estaba demasiado ocupada fingiendo que me enamoraba del futuro rey.

Retuerce la boca como si acabara de tragar leche cortada. He tocado la fibra. Zander se enamoró de la princesa Romeria y él no estaba fingiendo.

—Saoirse estará buscando motivos para declararte incapaz como reina. Y, junto con su padre, buscan el apoyo de la corte para crear un enlace con Kettling.

—Supongo que no apoyan tu visión sobre los mortales, ¿no?

Titubea y, antes de responder, le echa una ojeada a Elisaf.

—No.

—¿Y pueden hacer una cosa así? ¿Dictaminar con quién te tienes que casar?

Me resulta raro estar hablando de conspiraciones y traición en susurros frente a una audiencia, pero Zander no parece tener el menor reparo. Claro que él es el rey: puede hacer lo que quiera.

—No. Y provocarán mi cólera si lo intentan; pero teniendo en cuenta la presión de Neilina en la frontera norte y las tensiones crecientes dentro de Islor, tal vez crean que merece la pena probar. Necesito la fuerza de Kettling a mi favor, no en mi contra. Lo saben y lo usarán en su beneficio. No me cabe duda de que Lord Adley desea gobernar Islor. Le resultaría más fácil si su hija fuera reina, pero no me extrañaría que intentara derrocarme por completo.

—¿Crees que está aliado con los ybarisanos ocultos?

Zander niega con la cabeza.

—Desprecia a tu gente. Jamás forjaría una alianza con ellos, pero creemos que sí está detrás del alzamiento contra mí. De forma encubierta, claro. En la corte, tratará de convencer a otros lores y damas para que le ofrezcan apoyo, pero de forma subrepticia, claro.

—Así que tienes más de un enemigo en este momento.

Sonríe.

—Soy rey. Por cada enemigo que da la cara, hay diez que desconozco, pero siempre están ahí, esperando su oportunidad.

—¿Y en cuál te centras?

—En el que sea más peligroso en el momento.

Vuelvo a mirar a Saoirse. ¿Sabrá que hablamos de ella? Puede que me quiera ver muerta, pero apuesto a que ella sí sabe comportarse como lo haría una reina. Debería aprender de ella. Así es como me las he ingeniado para sobrevivir desde siempre: observando, aprendiendo, adaptándome a mi entorno. Korsakov no se equivocó al apodarme «camaleón».

—Podrías hacerlo todavía, ¿sabes? Casarte con ella, digo. En cuanto descubras quién es el traidor y se acabe el teatro que nos traemos. —Hago un gesto con el dedo, señalando el espacio vacío que hay entre ambos. Mi voz suena mucho más confiada de lo que me siento.

—¿Primero me regañas por quién meto en mi alcoba y ahora me buscas esposa? Esto se vuelve más divertido a cada instante...

—Solo intento ayudar. Por lo menos es hermosa.

Igual de hermosa que una cordillera escarpada, llena de nieve a punto de caer en un alud. Pero lo más importante es que ella seguirá aquí mucho después de que yo haya logrado salir de Islor.

—Saoirse es rencorosa, manipuladora y narcisista. Respecto a la belleza... —sus ojos recorren mi rostro—. Mira adónde me ha llevado.

Me da un vuelco al corazón ante el cumplido, aunque no lo hiciera con esa intención, y Zander parece sorprendido antes de suavizar la expresión.

—No me extrañaría que estuviera planeando algo para que abandones este trono antes de que tu puesto sea permanente. Yo evitaría cruzarme con ella a toda costa.

Me mira los labios y me da la sensación de que va a besarme aquí mismo, delante todos.

Contengo el jadeo y Zander, con una sonrisilla apenas perceptible, se gira ante la multitud.

Es un juego para él, y me da la sensación de que estoy perdiendo la partida. Vuelvo a acercarme a su oído y, en esta ocasión, le rozo el lóbulo de la oreja con el labio inferior.

—¿Quién más debería conocer?

Zander carraspea y tarda un instante en bajar la cabeza y responder.

—Repasaría contigo los nombres de todos los cortesanos uno por uno, pero ahora no tenemos tiempo. Te puedo señalar a algunos. ¿El hombre de negro, a tu izquierda? Ese es Lord Telor.

Sigo su mirada y diviso a un hombre alto y regio con uniforme militar de alto rango. Lleva el cabello blanco recogido en una coleta y está hablando con otro hombre que tiene al lado.

–Era de Lyndel. –Recuerdo el nombre.

–Exacto. No lo conocías. Sigue siendo leal a mi familia y a nuestra causa. Controla la frontera de la Grieta.

–Pero está aquí... ¿Quién dirige las tropas?

–Su hijo, Braylon. Sería bueno que le dedicaras tus sonrisas más auténticas. La pareja que va a juego, vestida de verde, son Lord y Lady Quill. Les entregué Innswick cuando despojé de su título y sus tierras a los supervivientes de la familia de Muirn.

Observo a la pareja aparentemente joven, que me mira con una expresión radiante.

–Doy por sentado que ellos también están a nuestro favor, ¿no?

–Tal vez. Tal vez no. Pero no van a decir una palabra en contra, no después de la merced que les he concedido. Junto a ellos se encuentran los lores Sallow, de Bythesea, y Edevane, de Wingsby. También leales a mí y a mi visión de Islor. El hombre que está al lado de Saoirse es su padre, Lord Adley. Ya te he hablado de él, así que nada debería sorprenderte, salvo sus encantos: tiene una lengua de serpiente, capaz de engatusar a una sacerdotisa para que se quite la túnica. Asume que siempre tiene un motivo oculto para todo. De todos los cortesanos, es el que más veces toma la palabra y dice algo fuera de lugar, pero lo hace con tal elegancia que resulta difícil reprenderlo sin ganarse la desaprobación de la corte...

–¿Importa eso? Su aprobación, vaya. –No veo señal alguna de que esto sea una democracia, pero tampoco es que haya conocido en profundidad el sistema, al margen de la placentera vida social de los aristócratas entre estos muros y la durísima situación de los mortales de la colonia, que languidecen esperando la muerte. Seguramente haya matices entre ambos extremos–. ¿Por qué no le arrebatas sus tierras y se las das a otro?

Zander se ríe sin atisbo de humor.

–Sin duda, eso es lo que haría Neilina. Pero no tengo motivos. Solo se consideraría apropiado habiendo pruebas irrefutables de traición, y Adley es demasiado listo como para dejarse atrapar. Reuniría un ejército de simpatizantes contra mí si me atreviera a intentarlo.

Desde nuestro estrado elevado tenemos una visión privilegiada del largo corredor que está al otro extremo de la sala del trono, por donde aparece un pequeño contingente de soldados marchando a paso ligero. El taconeo de las botas y el entrechocar de las armaduras ofrecen una distracción a los nobles, que dejan de mirarme a mí y se vuelven. En el centro de la patrulla hay cinco rostros

embarrados. La mujer que iba vestida de cuero en el consejo de guerra camina junto a ellos, embadurnada de sangre y de tierra.

—¿Quién es esa?

—¿Abarrane? Lidera la Legión de Islor. Es nuestra élite, nuestros soldados más letales.

—¿Lo sabe? —Le miro con toda la intención. Estamos tan cerca que me quedo prendada de sus largas pestañas.

—Sí. Sus subordinados no —replica con frialdad, sin que parezca que le afecte la proximidad de mi cuerpo.

Tomo aire e intento imitar su compostura.

—Entonces, ¿fue todo teatro cuando me amenazó con despellejarme viva?

—En absoluto. Le he visto hacerlo antes. No te lo tomes como una ofensa, no obstante. No es que no le gustes, es que no le gusta nadie. A mí me tolera a duras penas.

Contengo un escalofrío.

—¿Te ha amenazado con ponerte un dedo encima? ¿A ti?

Me mira los labios atentamente.

—Con ponerme todos los dedos encima, pero no creo que tuviera intención de provocarme ningún daño.

Se me traban las palabras. No sé qué me sorprende más: que Zander lo suelte tan tranquilo o que una de sus comandantes tenga el descaro de insinuarse a él.

Los ojos de Zander chispean de diversión mientras me ve pelear por encontrar una contrarréplica. Está disfrutando de mi turbación.

—¿Sabe que no es tu tipo?

—¿Y cuál es mi tipo, a ver?

No es el momento ni el lugar para mantener una conversación como esta, pero me aproximo para susurrarle al oído:

—Sonriente, complaciente, dócil. ¿No me funcionó la última vez?

Se pone rígido y se centra en el destacamento de soldados que se aproximan.

—Desde luego, está claro que ya no eres nada de eso.

Los soldados se detienen a unos metros del estrado y se apartan, dejando a los hombres andrajosos en una fila, con grilletes en las muñecas.

—Acercadlos —ordena Zander con voz de hierro. Ha desaparecido todo rastro del tono relajado y travieso. Empujan a los prisioneros, que tropiezan. Dos de ellos caen de rodillas.

El trato que les dan me hace recordar a Boaz cuando me metió a rastras en el torreón y me di el golpe en la rodilla, y no soy capaz de contener una mueca de dolor.

Zander me aprieta la mano: es una advertencia. Todos están pendientes de mi reacción. No puedo mostrar simpatía alguna por estos ybarisanos, sea cual sea el motivo.

Solo uno de los hombres consigue mantenerse en pie y, cuando alza la vista y me ve sentada en el trono, desorbita los ojos azules.

—Creías muerta a tu amada princesa, ¿verdad? —se mofa Zander—. Desgraciadamente, no lograste matarla, igual que no pudiste asesinarme a mí. No temas: el enlace entre Ybaris e Islor se producirá, aunque Ybaris no recibirá nada a cambio. Estoy deseando saber qué descendencia nace de un demonio de Malachi.

Zander le está provocando. Le gusta hacerlo. También lo ha hecho conmigo.

—Solicito audiencia —dice el hombre con una voz grave y autoritaria que me hace pensar que sea alguien importante, mucho más que un soldado raso.

Abarrane le pone de rodillas de una patada fulgurante.

—No hablarás a no ser que te den permiso, prisionero —bufa—. Y no exigirás nada al rey.

—Pero yo soy... —se interrumpe con una mueca cuando la punta de la espada de Abarrane se clava en su nuca.

—Ni una palabra más o te rajo las cuerdas vocales.

El hombre aprieta los labios con fuerza. Alza la vista, pero sus ojos no van hacia Zander, sino hacia mí. En sus pupilas hay reconocimiento y súplica silenciosa.

La princesa Romeria debía conocerlo bien.

Supongo que es el líder del grupo. Se les ve harapientos y débiles, con grilletes en las muñecas, la ropa hecha jirones, las caras magulladas y ensangrentadas, retorcidas de dolor. Todos tienen una herida abierta en el antebrazo, como si alguien hubiera ido acuchillándolos metódicamente.

Miro la espada de Abarrane. Está limpia de sangre y tiene el mismo brillo que la daga de Zander. Está forjada con merth. Si los prisioneros son todos ybarisanos, deben de tener una afinidad elemental. Los han herido para evitar que la usen como arma, igual que Zander lo hizo conmigo.

—¿Cuántos de vosotros seguís en nuestro reino? —pregunta Zander.

Se hace el silencio.

—¿Dónde os escondéis?

Más silencio.

Abarrane presiona la punta de la espada contra el cuello del hombre.

–Responde. ¡Ahora!

–Responderé cuando se me conceda audiencia, y no antes –sisea entre los dientes apretados.

–Se cerró la puerta de la diplomacia cuando la reina Neilina hizo que asesinaran a mis padres. Os sacaremos las respuestas, de una forma o de otra –sonríe de forma amenazante, y la mueca se vuelve oscura–. Y después os enfrentaréis a la ejecución por vuestros crímenes contra nuestro pueblo. Sacadlos de mi vista.

–Majestad, si se me permite la osadía... –se adelanta Lord Adley, ofreciendo una reverencia superficial que deja claro el alto concepto que tiene de sí mismo.

Me cae mal desde el primer momento.

–¿Qué sucede, Lord Adley?

–Creo que hablo en nombre de toda la corte cuando solicito que oigamos lo que la princesa de Ybaris tiene que decir. Al fin y al cabo, estos son sus súbditos –sus ojos negros como el carbón, idénticos a los de su hija, me taladran.

–Su alteza aún no ha sido coronada y no tiene voz en asuntos de la corte –sentencia Zander con frialdad, pero todo su cuerpo irradia tensión. Sus dedos me atenazan la mano.

–Pero ha quedado patente que dais gran valor a la opinión de su alteza, dado que la habéis sentado en el trono antes de la coronación, incluso antes de haber pronunciado los votos. Es un gesto audaz; la primera vez en toda la historia de Islor, me atrevería a decir. Seguramente la corte, como humildes sirvientes de vuestra persona, podría beneficiarse de oír una voz que tenéis en tan alta estima. –Echa un vistazo alrededor de la sala, como si buscara apoyo. Numerosas cabezas asienten.

Zander tenía razón: Adley es una serpiente seductora. También es muy astuto: es imposible negarse sin desacreditarme a mí, lo cual plantea la pregunta de qué pinto en el trono hoy, aparte de estar guapa, cuchichear y agarrarle de la mano, que es exactamente lo que me he dedicado a hacer.

Me devora la ira. Quiere dejarme como una idiota delante de toda esta gente. Oigo rechinar los dientes a Zander.

–Como ya he...

–¿Qué es lo que quieres oír, Lord Adley? –Mi voz suena extraña, cavernosa en la sala inmensa. Zander me aprieta la mano como aviso y le devuelvo el apretón con el corazón desbocado. Por más que prefiera mantenerme en la sombra, no he sobrevivido todo este tiempo fingiendo que soy un cordero cuando lo que se necesita es un lobo–. ¿Que mi madre me traicionó? ¿Que ha cometido atrocidades?

¿Que solo se preocupa por sí misma y no se detendrá ante nada para conseguir lo que desea? ¿Que está dispuesta a sacrificar a su propia hija? –No he dicho una sola mentira: todo eso es lo que hizo mi propia madre. Y probablemente también la reina Neilina–. Mi madre está muerta para mí. ¿Eso es lo que quieres oír?

–Es... eh... tranquilizador, sí –vacila Lord Adley; hace un gesto en dirección a los prisioneros–. ¿Y estos hombres?

–¿Qué? –Mi tono trasluce mi irritación. Me tiembla la mano que sujeta Zander. Por suerte, estamos demasiado lejos y elevados como para que nadie lo note–. Han conspirado para cometer asesinatos en nombre de su reina y merecen ser castigados por ello. Tu rey así lo considera. ¿Qué puedo añadir yo? –Veo que Adley frunce el ceño, visiblemente sorprendido–. Lo siento, ¿esperabas una respuesta distinta? ¿O una reina distinta? ¿Una descerebrada incapaz de gobernar?

Lord Adley desorbita los ojos.

–Alteza, yo jamás sugeriría tal cosa...

–Eso espero. –Estoy convencida de que Zander me va a estrujar la mano en cualquier momento para que me calle, pero permanece inmóvil. Aun así, me temo que no estoy interpretando a la princesa Romeria de la forma más convincente–. Pido disculpas si no parezco yo misma. Supongo que haber sufrido una traición tan tremenda por parte de mi pueblo me ha endurecido el corazón. No siento amor ni lealtad por Ybaris ni por nadie que conspire para hacernos daño. –Le echo una mirada penetrante a Saoirse, que parece estar tragándose una píldora especialmente amarga–. Pero agradezco que se valore tanto mi opinión, Lord Adley, que se me pida que hable hoy, aunque aún no sea oficialmente reina. Agradecemos el apoyo de Kettling a nuestra unión.

Zander carraspea.

–Por supuesto, alteza –asiente Lord Adley, y hace una pausa–. Quizás deis vuestro beneplácito para disfrutar de un ágape real en la próxima feria de Cirilea, para celebrar la entrega a la justicia de nuestros enemigos. Y, por supuesto, el próximo enlace –hace un gesto hacia ambos.

Ágape. Recuerdo que Zander ha usado esa palabra antes. No sé lo que significa exactamente, pero sí entiendo las palabras «feria» y «celebrar». No me atrevo a mirar a Zander en busca de aprobación.

–Sí, supongo que sería adecuado.

La corte estalla a murmurar con expresiones contradictorias, que van del regocijo a la consternación profunda. Me siento mal. ¿Qué acabo de aceptar?

–Muy bien –Lord Adley ofrece una reverencia mucho más profunda esta vez.

–La Legión se encargará de vigilar e interrogar a los prisioneros –declara Zander con voz de hielo, y la sonrisa de Abarrane desnuda los dientes hasta mostrar las encías, en una mueca tan siniestra que me cuesta no encogerme.

–Majestad, si puedo hacer una sugerencia... –Al parecer, Lord Adley no ha terminado de hablar. Se vuelve hacia Zander–. Creo que hablo en nombre de muchos, de nuevo, cuando señalo que la corte apreciaría que el interrogatorio de los ybarisanos fuera público. Creo que calmaría todas las preocupaciones que aún perduren...

–La Legión los custodiará e interrogará –zanja Zander en tono seco, interrumpiendo a Lord Adley–. Y cualquiera que interfiera en su labor de la forma que sea acabará en la plaza de ejecuciones al amanecer, condenado por traición y sin derecho a juicio. Eso es todo.

Se incorpora, guiándome para que me levante con él y baje los empinados escalones agarrados de la mano y rodeados de cuchicheos.

Finalmente, giramos a la izquierda, nos alejamos de la multitud y nos dirigimos a paso rápido hacia una puerta pequeña. El guardia nos abre y recorremos el largo pasillo en silencio. Zander no me suelta de inmediato como hacía antes, no hasta que cruzamos una segunda puerta y entramos en la sala circular y sin ventanas donde se encuentra el mapa. Está vacía; estamos solos.

En cuanto cierra la puerta, me gira en redondo.

–¿Quién eres? –exige.

Capítulo 19

–No entiendo a qué te refieres –respondo, mientras los latidos de mi corazón ensordecen mis oídos.

Zander me suelta la mano y se inclina sobre mí.

–No recuerdas quién eres y, sin embargo, se te ve deseosa de hacer el papel de reina –su voz es acusadora.

–¡Tú me pusiste ahí! ¡Lo único que he hecho es lo que me pediste!

–Te pedí que no abrieras la boca. ¿Lo que has hecho? –señala la puerta por donde hemos entrado–. Eso ha sido mucho más que abrir la boca.

–¿Qué querías que hiciera? ¿Sonreír y asentir como una idiota? Eso te haría quedar como un idiota a ti también, por si no te habías dado cuenta.

Niega con la cabeza y masculla algo en voz baja. No le entiendo.

–Llevas estando rara desde que entraste en la sala del trono.

–¡A lo mejor es que no estaba preparada para esa emboscada!

–No –declara, tajante–. Me refiero a tu pulso. A lo acelerado que está. Te preocupa algo –me mira a los ojos–. ¿Qué te dijo Wendeline que te afectara tanto?

–Nada. No... Yo no... Es que... –lucho por encontrar una respuesta mientras proceso lo que me acaba de decir–. ¿Cómo que tengo el pulso acelerado? –¿Será una forma de hablar?–. ¿Es que eres capaz de notarlo?

Echa la cabeza hacia atrás con una risotada amarga que muestra su fuerte y largo cuello y sus dientes blancos y rectos.

–Eres tan ingenua... A veces resulta encantador.

–No soy ingenua –gruño–. ¿De qué estás hablando?

Sus ojos destilan una picardía siniestra cuando se encuentran de nuevo con los míos.

–Antes no era capaz de leer tu pulso. Eras muy buena disimulando tus emociones. Pero desde que volviste a la vida has perdido la capacidad de

controlarlo. Hoy, en el trono, tu corazón parecía un tambor continuo que se disparaba continuamente –pasa la yema del dedo por mi yugular, provocándome un escalofrío–. ¿Lo ves? Así de sencillo. No puedes ocultármelo. Así que, repito: Romeria, ¿qué me estás ocultando? –su voz serena hace que se me erice el vello de la nuca.

Puede que sepa cuál es mi pulso, pero no puede leerme la mente. Si pudiera, ya tendría la respuesta a su pregunta.

–Nada. –Mi voz suena estrangulada. Todo.

Da un paso hacia delante, obligándome a retroceder hasta que me choco con la pared. Me siento como en la prisión del torreón cuando se cierne sobre mí, con su boca a centímetros de la mía y los ojos clavados en mis pupilas.

–¿Sabes qué otra cosa siento, además de cómo se te dispara el corazón cuando estoy tan cerca de ti? –susurra. Su aliento me acaricia los labios y niego con la cabeza. No confío en que no me traicione la voz–. Noto cómo te late cuando mientes –sisea. Sus ojos chispean, resentidos, sin que deje de mirarme.

–Aquí está la parejita feliz –nos interrumpe una voz masculina a espaldas de Zander, que se aparta de mí y se acerca a la mesa, dejando visible la sonrisa de suficiencia de Atticus, de pie en el umbral.

Uno... dos... tres... Respiro hondo mientras cuento mentalmente, tranquilizándome. Zander está agarrando el respaldo de la silla con tal fuerza que tiene los nudillos blancos. Es como si intentara estrangularla. Noto cómo se desvanece rápidamente la confianza que he ido ganando frente al rey.

Ojalá hubiera contado con algo de tiempo para ordenar mis pensamientos antes de que me lanzaran a los leones.

–Es una estupidez dejar vivos a los ybarisanos –gruñe Atticus–. Si yo fuera rey, los habría ejecutado en el acto.

–Pero no eres rey –le espeta Zander, con los dientes apretados–. Haremos esto a mi manera.

Atticus ignora el exabrupto de su hermano, se gira hacia mí y me dirige una reverencia pomposa.

–¿Tal vez sea el momento de una presentación formal? Es un placer volver a conoceros, alteza. Soy Atticus, el hermano menor de Zander. Mucho menor. Y no soy el rey, como acaba de recordarnos –comparte con su hermano el timbre grave de la voz, pero Atticus posee cierto tono juvenil y carece del desdén que destila Zander a menudo.

Lucho por contener el pánico que me ha provocado Zander.

–Te recuerdo... Estabas en esta sala aquel día.

Y parecía dispuesto a partirme en dos con su espada.

–Sí, me disculpo si mi conducta estuvo fuera de lugar. Me costaba aceptar la teoría de la sacerdotisa.

–¿Y ahora?

–Dejémoslo en que la versión actual... –señala hacia sus espaldas, en dirección a la sala del trono–. No había visto a esa mujer en mi vida.

¿Querrá ver muerta también a la nueva versión de Romeria? Elisaf me dijo que era difícil adivinar lo que estaba pensando Atticus, y ahora entiendo a lo que se refería. Sus ojos gélidos no están en consonancia con su aparente buen humor.

–Ni yo tampoco –masculla Zander–. Quién iba a pensar que tenías un orgullo tan peligroso...

–Lord Adley me molestó.

–Claramente –Atticus se cruza de brazos con una sonrisa amplia y juguetona, pero sus pupilas están fijas en mi cuello, como si buscara las marcas de los dientes del daaknar, que ya no son visibles–. Me gusta este personaje más que el otro que creaste, a todo esto. Tiene más garra que el anterior. Y funcionó con Lord Adley; es incapaz de callarse y creo que es la primera vez que le veo tocar retirada tan rápido. Fuiste muy convincente.

–Quizás demasiado –murmura Zander–. Después del espectáculo de hoy, dudo que los traidores vengan corriendo a ponerse en contacto contigo. Espero que estés preparada para un matrimonio que no queremos ninguno de los dos.

–Siempre puedes casarte con Saoirse –le espeto, y Atticus contiene una carcajada. La respuesta de Zander es una mirada asesina–. Y nada de lo que he dicho va a disuadir a nadie. Los que colaboraron conmigo ya saben que es puro teatro, porque formaron parte del complot. Saben que soy culpable. Además, nadie que tenga dos dedos de frente va a mover ficha ahora mismo, y quienquiera que sea el traidor no es idiota, porque ya lo habrían atrapado. Permanecerá a la espera el máximo tiempo posible, intentando averiguar cómo te he engañado para que te tragaras que soy una víctima.

–Escucha lo que dice la pequeña conspiradora, Zander: tiene toda la razón –Atticus avanza a zancadas hasta su hermano y le da un apretón en el hombro. Ahora que están al lado, veo que tienen la misma altura, aunque Atticus es más corpulento. Arrastra una silla y se sienta con las piernas muy abiertas–. La fecha límite es Hudem; tienes que ser paciente, hermano. Sé que no es lo que mejor se te da.

Zander se pellizca el puente de la nariz.

—Esto no es nada fácil para mí...

—No —conviene Atticus. Sus ojos azules me recorren de arriba abajo—. Pero se me ocurren situaciones mucho peores.

Atticus no está de acuerdo con el plan de utilizarme para que se delaten los traidores y frenar los avances de la reina Neilina. ¿Le gustaría que todo explotara y tener una excusa para ir a la guerra? Parece justo el tipo de persona arrogante y lo bastante influyente como para suponer un peligro.

Zander frunce el ceño con intensidad.

—Hasta entonces, esperemos que Abarrane mate a todos los prisioneros durante el interrogatorio, o tendrás el dudoso placer de asistir a un ágape real.

—¿Qué es eso, a todo esto?

—Los prisioneros desfilan por la plaza y se los encadena. Cualquiera que lo desee puede tomar un sorbo de sus venas. La corte tiene preferencia, claro. Y la costumbre es que nadie se sirva con la delicadeza que se emplea con un tributario. Me imagino que tendrás que presenciarlo todo con Lord Adley a tu lado... Y será muy largo. Gracias al poder de las sacerdotisas, que pueden detener la hemorragia y hacer que los presos se desangren lentamente durante horas. Después, lo que queda de ellos acaba en una pira y se les prende fuego para mandarlos al otro mundo.

Palidezco.

—Pero... creía que vivíais de la sangre de los mortales.

—No es cuestión de supervivencia, sino de control, dominio y humillación —la amargura de su voz indica que Zander ni lo aprueba ni lo disfruta. Es un pequeño consuelo.

—Antes era una práctica habitual en Islor con los prisioneros de guerra. Hacía siglos que no se celebraba, para disgusto de muchos —añade Atticus con expresión seria.

—Tras el ataque, teníamos prisioneros ybarisanos y la corte hizo presión para que se celebrara un ágape real, pero me negué y los ejecuté rápida y misericordiosamente. Pero no voy a poder evitarlo esta vez, gracias a mi estimada prometida. Va a ser todo un acontecimiento, ya que tendrá lugar durante la feria, cuando medio Islor acude a Cirilea. Va a ser imposible que no lo presencies, no sin que parezcas débil, y saben los Destinos lo poco que te gusta eso.

Se me revuelven las tripas de pavor. Tenía que haber mantenido la boca cerrada. Adley se aprovechó de mi ignorancia sin que me diera cuenta.

—¿Qué era lo que pedía ese hombre? ¿Audiencia?

–Quería una reunión para dirimir la disputa; pretendía hacer uso de la diplomacia cuando hay una amenaza de guerra. Pero hace tiempo que hemos superado esa etapa –resopla Zander–. Además, todo lo que diga será mentira.

Atticus inclina la cabeza, mirando a Zander.

–No le has dicho quién es el que capturó Abarrane, ¿verdad?

–Pensé que era mejor que no lo supiera. En caso contrario, le habría prestado demasiada atención.

Frunzo el ceño.

–¿Quién es?

–El príncipe Tyree de Argon –Atticus sonríe–. Tu hermano.

Se me descuelga la mandíbula. No me extraña que me mirara de esa forma.

–Algo sabe...

Atticus echa la cabeza hacia atrás con una carcajada.

–Me atrevería a decir que lo sabe todo.

–Me refiero a que el hermano de la princesa Romeria tiene que saber quién colaboró dentro de los muros del castillo.

–Me encanta que hable de sí misma en tercera persona –comenta Atticus–. Es como si fueran dos personas distintas y ella no tuviera culpa ninguna de lo que ha hecho.

–Bienvenido a mi mundo –Zander crispa la mandíbula–. Y aunque Abarrane le arrancara los brazos de cuajo a Tyree, seguiría sin confesar nada.

Pongo una mueca ante la espantosa imagen.

–¿Y si hablara yo con él? Podría decirme algo; cree que soy su hermana. Siempre puedo fingir que he ido sin que nadie se entere...

–No.

–No es mala idea –medita Atticus–. ¿Y si la llevo yo?

–No –Zander fulmina a su hermano.

–Pero él no sabe que no recuerdo quién soy...

–¡No te vas a acercar a él ni a ningún ybarisano!

Cruzo una mirada con Atticus, que se encoge de hombros con indiferencia. Si le molesta la tozudez de su hermano, no lo exterioriza.

–Ahora tenemos en nuestro poder a los dos herederos de la reina Neilina. ¿Qué crees que hará cuando se entere? –pregunta tranquilamente, pero Zander no parece compartir la diversión de su hermano. Tiene la mandíbula como la roca y no deja de observarme con ojos calculadores.

–Cuando llegue a sus oídos, uno de ellos ya estará muerto. Esta vez me aseguraré de mandarle los restos. ¡Elisaf!

Mi guardia asoma la cabeza casi de inmediato.

–Majestad.

–Romeria desea volver a sus aposentos y quedarse ahí el resto del día. Creo que tiene que quemar algunas prendas.

Supongo que eso significa que me quedo sin paseo por la tarde con Annika. Me parece bien. Por hoy he tenido bastante de este sitio y esta gente.

–Precioso, alteza –farfulla Dagny con un montón de alfileres de latón entre los labios fruncidos.

Me acababa de sentar a comer un plato de patatas guisadas con chirivías cuando llegó la costurera a probarme el vestido. Traía los brazos cargados de seda y gasa ya cortada a medida. No me importó que me interrumpiera. Dagny tiene un carácter alegre; es un respiro bien venido y me ayuda a combatir el aburrimiento.

Corrin tenía razón, admito mientras me miro en el espejo de cuerpo entero y contemplo la versión tangible del boceto que hice. Dagny es prodigiosa y trabaja muy rápido. Sus dedos veloces van ajustando las costuras para que quede perfecto. El vestido tiene una cintura ceñida y sus mangas, elegantes y delicadas, llegan hasta el suelo de mármol y se mezclan con las faldas como si fuera una capa. La tela cubre mis cicatrices sin convertirme en una momia, y el color –gris azulado pálido, uno que yo jamás habría escogido– destaca mis ojos, mi piel y contrasta con mi cabello.

–Es así como lo queríais, ¿verdad? –los claros ojos verdes de Dagny brillan de emoción al dar un paso atrás.

–Es increíble –muevo la pierna y observo cómo se abre la tela en el muslo.

–Creo que es mi mejor obra hasta ahora. Nadie ha visto nada igual, podéis estar segura.

Nadie ha visto nada igual aquí.

–Vais a ser la comidilla de la corte, alteza.

–Ya soy la comidilla de la corte –paso un dedo por la costura de la cintura.

–Ah, no os preocupéis por eso. Quedará totalmente plano cuando lo acabe de coser –declara, apartándome la mano–. ¿Y bien? –pregunta a Corrin, que está curiosamente callada–. ¿No crees que su alteza está radiante?

–Si lo que quiere es llamar la atención, sin lugar a duda lo conseguirá. Se le ve la ropa interior.

Se refiere a la abertura alta, claro.

–No pienso llevarla.

No sería la primera vez que evito que se me marquen las bragas dejándomelas en casa.

Corris abre la boca y masculla algo que, por suerte, no entiendo.

–Ah, aquí hace falta otro –Dagny toma otro alfiler de una latita que tiene en la mesilla–. Sí, así mejor –asiente, satisfecha–. Lo tendré terminado a tiempo para el ágape real.

–Qué ganas... –murmuro. Un vestido nuevo para asistir a una tortura.

–Supongo que esos monstruos ybarisanos tendrán su merecido –Dagny se estremece–. Os ruego que me perdonéis, alteza.

–No, no te preocupes. Son monstruos. –Más vale que interprete de forma convincente mi papel, aunque no creo que nadie se merezca servir de aperitivo.

–Oí que esos salvajes mataron a una de las tributarias de Lady y Lord Rengard. Le rajaron la garganta de oreja a oreja –chasca la lengua–. Es horrible.

–¿Mataron a una mortal? –nadie lo mencionó.

–Tened cuidado al quitaros el vestido, que está lleno de alfileres –Corrin corta la conversación de asesinatos y cotilleos en seco–. No querréis manchar esa tela tan fina de sangre y perder la oportunidad de luciros por ahí, pavoneándoos sin ropa interior.

–Ay, sí –Dagny inclina la cabeza–. No queremos que su alteza se pinche.

Me quito el vestido y saco otro del armario, de color melocotón, sin mangas. Regreso cuando Dagny está recogiendo sus cosas y frunce el ceño al ver las cicatrices de mi hombro, como si la hirieran de forma personal.

Ignoro su compasión y me cubro con la pelerina que me ha traído, una gasa ligera y cremosa bordada de oro y festoneada de forma que parecen alas de pájaro, pero curiosamente no resultan ridículas. La capa corta se abrocha con un lazo dorado delante y cubre las cicatrices completamente.

–Gracias por la capa.

–Si es del agrado de su alteza, puedo haceros una docena de pelerinas de todos los colores imaginables.

–Por favor, Dagny. –Haría mucho más llevadero vestirse por las mañanas–. Si tengo que llevar otra vez un vestido como el de ayer, me muero.

–¡Cielos, alteza, no digáis esas cosas! –exclama Dagny, mientras Corrin pone los ojos en blanco. La costurera hace una reverencia completa, doblando las rodillas y recogiéndose la falda; acto seguido, hace una inclinación con el cuerpo y después otra genuflexión, como si no tuviera claro qué es lo más apropiado–. Ah, antes de que se me olvide: os he traído material de dibujo –señala con la cabeza el lapicero de grafito y las hojas de papel de la mesilla y baja la voz como si estuviera conspirando–. Si a su alteza se le ocurren más ideas de vestidos, estaré encantada de coserlos.

Miro a Corrin con cautela, esperando que proteste y le diga que mi apretada agenda no me permite dedicarme a cosas tan frívolas, pero no parece importarle el detalle de Dagny.

–Puede que tenga alguna idea. Gracias, Dagny; muy amable por tu parte.

Sus ojos centellean.

–Especialmente algo para el próximo Hudem; algo que sea del agrado del rey. Deberíamos empezar pronto, porque esos vestidos llevan siempre muchísimo trabajo. Toda la costura, los adornos...

Caigo en la cuenta de que habla del traje de novia. Siento una punzada de culpa de que esta mujer vaya a esforzarse tanto en algo que nunca me voy a poner.

–Supongo que sería de mal gusto algo como el anterior...

Dagny titubea y mira nerviosa a Corrin.

–Seguramente sería demasiado revelador, alteza.

–Ya.

Suspiro. Las cicatrices.

–Va a atracar un barco de Seacadore pronto, antes de la feria –informa Dagny–. Traerá rollos de los mejores paños imaginables y le he exigido al maestre del puerto que me informe en el acto, para que adquiera lo mejor del lote para la futura reina –levanta el vestido hilvanado, radiante–. Terminaré con este enseguida, alteza.

Cuando se marcha, Corrin da un golpecito a los papeles.

–Los he contado. Hay cinco hojas del mismo tamaño y forma –me mira intensamente.

–¿Nada de mandar mensajes secretos a cómplices que soy incapaz de recordar? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

–No a menos que queráis perder la confianza del rey –replica, ignorando el sarcasmo.

–Nunca la he tenido –murmuro. Y doy por sentado que menos aún después de lo de ayer. No le he visto desde entonces. Niego con la cabeza–. ¿A quién quieres que

mande mensajes, Corrin? Sinceramente, podrías haber estado conspirando conmigo y no me acordaría.

Una expresión de asombro –y de espanto– aparece en su rostro.

–Que paséis buena tarde, alteza –se gira en redondo y se marcha.

Suspiro. Tengo que aprender a mantener la boca cerrada.

Si alguien me hubiera dicho que oír el entrechocar de hojas letales podría ser relajante, le habría tomado por loco. Y, sin embargo, aquí estoy, bajo el sol poniente y el aire fresco, acomodada en mi terraza en unos muebles que he arrastrado desde mi alcoba –una silla y una mesa–, me siento incómoda ante el silencio que reina bajo mis pies tras horas interminables de escándalo y órdenes dadas a gritos.

Dejo sobre el papel el grafito desgastado y me levanto para estirar las piernas. Durante la tarde han ido ocupando la plaza distintos grupos de personas: nobles, algunas mujeres, guardias reales de distintas habilidades y soldados vestidos como Abarrane que desplegaban una potencia, velocidad y gracia incomparables.

Ahora hay un grupo de diez niños formando una fila. Agarran con las dos manos unos bastones de madera y aguardan con ansiedad que se acerque su instructor. No creo que tengan más de siete años.

Abarrane avanza rígida y decidida hasta la panoplia y recoge un bastón. Se ha dado un baño desde que la vi en la sala del trono y se ha cambiado de ropa: en lugar de llevar el traje de cuero marrón, luce uno idéntico pero negro. Lleva el cabello rubio sujeto en tres gruesas trenzas.

Ante esos niños no se muestra menos feroz. ¿Serán sus futuros soldados de élite, su Legión dispuesta a recibir el entrenamiento necesario?

–¡En guardia! –grita, y sus alumnos pegan un salto, recolocan los pies y corrigen el agarre, sosteniendo los bastones en alto delante de ellos–. ¡Uno! –ordena, dando una estocada medida y precisa con el palo. Los músculos de sus brazos, perfectamente esculpidos, están totalmente tensos.

Los niños la imitan, con menos elegancia.

–¡Dos! –gira, y apuñala el aire–. ¡Tres!

Continúa contando y dando golpes, vueltas y giros coreografiados, y sus alumnos la siguen, algunos con torpeza, otros con una habilidad sorprendente para la edad que tienen, y todos llenos de entusiasmo.

Supongo que son niños inmortales, nacidos gracias al poder del ninfeo, si Abarrane los está entrenando para luchar. Aún sé muy poco de estos elfos y todavía menos de la variante vampírica de Islor, pero voy intentando colocar las piezas que faltan. Zander me dijo que el cuerpo en el que estoy metida acababa de cumplir veinticinco años, así que doy por sentado que los niños se desarrollarán a la misma velocidad que los humanos hasta que cumplan cierta edad. En tan solo diez años podrían ser soldados adultos.

¿Se alimentarán de humanos? ¿Tendrán la misma sed de sangre que tienen Zander y los demás?

—¡Hoy te veo lenta, Abarrane! —exclama una voz conocida.

Se me borra la sonrisa en cuanto Zander aparece en escena, pero acto seguido me da un vuelco el corazón que soy incapaz de explicar. Debería despreciarlo. Debería repugnarme lo que es. Y no es eso lo que siento.

—Me gustaría ver lo rápido que se mueve su majestad después de tres días sin dormir —replica ella.

Abarrane hace una pausa para inclinarse —nada de genuflexiones por parte de la guerrera— y los niños se apresuran a hacer una reverencia, algunos se tropiezan con sus propios pies y a dos se les caen los bastones.

—Te sorprendería saber la ventaja que te saco en eso —se quita la chaqueta y avanza por la plaza, remangándose las mangas de la túnica negra y dejando al descubierto sus tonificados antebrazos—. Continuad.

Con una sonrisa cómplice, Abarrane continúa con el entrenamiento, dando voces fuertes y autoritarias mientras se mueve con la elegancia de una bailarina. Los niños la imitan con más ahínco que antes, echando vistazos al rey con frecuencia, con los ojos muy abiertos. Están deseando impresionarle.

Zander camina silenciosamente entre ellos, se detiene a corregir una postura, señalar puntos débiles y errores e indicar formas de mejorar. Ellos le escuchan con atención y asienten firmemente con la cabeza.

Una y otra vez, repiten los ejercicios y sus golpes son cada vez más precisos, más fluidos, más fuertes.

El rostro del rey, permanentemente severo, está ahora relajado y los ánimos que les da son sinceros. Es una faceta totalmente nueva de él, muy distinta al Zander que conozco. No parece posible que sea el mismo hombre que se cernía sobre mí aquella noche y deseaba verme muerta. Tampoco puedo culparlo... Y tal vez por eso no soy capaz de odiarlo. Aunque la princesa Romeria se merecía todo lo que le reservaba y más, Zander no cumplió su amenaza.

Un brillo dorado capta mi atención. Wendeline camina por el sendero en dirección a la plaza y se detiene lo suficiente como para hacerle una reverencia a Lord Quill, que va del brazo de...

Frunzo el ceño. Esa joven morena no es su esposa. Y está tan pegada a él que es imposible que sea una amiga o una hermana. Los observo con sospecha; la muchacha le acaricia el cabello de la frente y él le rodea la mano entre las suyas y la acerca a sus labios.

Claramente no es su hermana ni una amistad platónica.

¿Cómo puede engañar a Lady Quill de forma tan descarada?

Una risa infantil hace que vuelva a mirar la pista de entrenamiento. Suelto una carcajada al ver la escena: un niño y una niña están atacando a Zander, cada uno por un lado, intentando vencer a su rey, que gira y esquiva los bastones con facilidad, parándolos con los brazos. Se mueve rápido, tan rápido como se movía Sofie cuando les clavó las dagas en las muñecas a Tony y Pidge. Así diseñó Malachi, el Destino del Fuego, al rey Ailill y sus descendientes: más fuertes, más rápidos, más difíciles de matar. Rivales de los ybarisanos. Los demonios de Malachi.

Abarrane tiene una mano en la cadera y sostiene el bastón con la otra con expresión de fastidio.

—¿El rey ha venido para ayudar o para incordiar?

—¿Y por qué no las dos cosas? —Derriba a una niña pequeña con un solo brazo, recibiendo a cambio un chillido y una patada antes de caer al suelo, y su risa alegre y musical es sincera, sin un solo atisbo de burla. No le había oído reír así nunca, y me pilla por sorpresa.

—Entonces, a lo mejor os apetece mostrar a nuestros jóvenes luchadores cuál es la técnica correcta —le señala la panoplia.

Zander extiende las manos, aceptando el desafío.

—Creía que nunca me lo pedirías.

—Siempre estoy dispuesta a tumbar a su majestad. —La sonrisa de Abarrane es absolutamente feroz. Teniendo en cuenta lo que me contó antes Zander sobre sus amenazas, no puedo evitar encontrarles un segundo sentido a sus palabras.

Él se ríe, un tipo de risa que combinaría con una caricia suave en la mejilla o un susurro al oído. Un sonido que me resulta extraño, pero ya sé que es capaz de mostrar ternura. Lo vi con aquella mujer esa noche, antes de que desvelara su espantoso secreto.

—Por desgracia, tengo que declinar la invitación. Me temo que tengo una visita —se acerca al extremo de la plaza, donde Wendeline le espera, retorciéndose las

manos.

–Majestad –le hace una genuflexión profunda–. Solicitabais mi presencia –le tiembla la voz como siempre que lo tiene cerca. Antes creía que era miedo, pero estoy empezando a considerar que son nervios por lo mucho que le venera.

–Sí. Sacerdotisa, por favor –le señala un camino.

Por debajo de mi terraza, Abarrane sigue gritando órdenes. Sigo con la mirada a Zander y Wendeline, que se alejan caminando despacio. El rey tiene los brazos cruzados mientras escucha con atención. Seguramente le esté exigiendo a Wendeline que le repita palabra por palabra todo lo que hablamos en el santuario, para intentar averiguar por qué estaba tan alterada cuando llegué a la sala del trono.

Wendeline se gira y mira mi terraza. Zander la imita.

Sí: están hablando de mí, y ahora son conscientes de que los estoy espiando.

No tengo ni idea de lo que le está diciendo ella, pero el rey niega con la cabeza con vehemencia. No está de acuerdo con lo que le cuenta. Wendeline le suplica algo, incluso llega tan lejos que le agarra el brazo. Él no esquiva el contacto, pero se le ve molesto por la conversación. Se pasa la otra mano por el pelo, despeinándolo.

Me llevo a la boca la uña del pulgar, manchada de grafito, y la mordisqueo mientras la ansiedad me devora y se me dispara la necesidad de huir. Siempre he contado con una salida, una vía de escape que tenía preparada de antes, que me aseguraba de encontrar durante las semanas previas al golpe, cuando estaba planificándolo todo. Aquí, estoy atrapada. Me angustia la sensación, que se ve agravada por el hecho de que sigue habiendo demasiadas cosas que desconozco: por qué estoy aquí y por qué quiere esa piedra Malachi.

Necesito encontrar el pasadizo secreto de la reina.

Mientras repaso mentalmente todos los puntos de los aposentos que he ido comprobando, a ver si he pasado algo por alto, oigo el grito espeluznante de una mujer que rasga la noche.

Capítulo 20

–Por todos los Destinos... –Corrin sale a la terraza cargada con la bandeja y mira desconcertada los muebles que he sacado–. ¿Qué hace aquí fuera la mitad de vuestro dormitorio?

Solo hay dos cosas fuera, así que ignoro el melodrama y le señalo el montón de centinelas que rodea a Boaz, en espera de instrucciones.

–¿Qué está pasando ahí abajo? ¿Ha sucedido algo?

Zander echó a correr a una velocidad sorprendente hacia la mujer que gritaba. Abarrane les dijo a sus alumnos que se marcharan, agarró una espada y le siguió. Cuando volví a verlos, avanzaban a zancadas rápidas y decididas, y entraron por la puerta que lleva a la sala principal. Zander tenía los hombros agarrotados de la tensión. Después, la gente que quedaba paseando por los terrenos fue desapareciendo y los guardias salieron en masa.

Desesperada por conseguir información, corrí hasta la puerta con la esperanza de que estuviera Elisaf, pero era el turno del antipático guardia diurno. Solo respondió un «ni idea» con un gruñido.

Corrin deja la comida en la mesa con expresión sombría.

–Lord Quill ha sido asesinado.

–¿Qué? –se me salen los ojos de las cuencas–. Pero si acabo de verlo hace diez minutos... Entró a los jardines poco antes de que gritara la mujer...

–Y no volverá a salir. Lo han envenenado igual que al rey Eachann y la reina Esma –me fulmina con la mirada.

Alzo las palmas en señal de rendición.

–Yo no he hecho nada. Llevo aquí encerrada toda la tarde.

–Sin duda, no sugiero que os hayáis escabullido de alguna manera para envenenarlo –bufa secamente.

Recuerdo a la pareja vestida de verde a juego en la sala del trono. Sonreían, ignorantes de lo que les esperaba. Bueno, desde luego, Lord Quill no se lo esperaba.

—La mujer con la que estaba no era su esposa.

—No. Era su tributaria.

—Alguien envenenó su sangre. —Salió al jardín para alimentarse de ella—. Estoy... No sé ni qué pensar.

—Sin duda.

—¿Es normal que un hombre casado se muestre tan cariñoso con su tributaria?

—Mi labor es asegurarme de que os alimentáis y os bañáis, no entreteneros con cotilleos insustanciales —los dedos de Corrin rozan los papeles gruesos y examina los bocetos de los vestidos—. ¿Los habéis dibujado vos?

No le voy a sacar nada.

—Sí.

Uno está basado en lo que llevaba una mujer en una gala benéfica: un vestido de tul que me dejó anonadada. Tenía flores bordadas y un seductor escote en forma de uve. Ya que tengo mi propia costurera real, ¿por qué no plagiar trajes de alta costura? Otro de los diseños es mío y son capas de tela transparente que cubren completamente el cuerpo al tiempo que permiten vislumbrar una silueta provocativa, con aberturas altas en los muslos. Tengo curiosidad por ver lo que es capaz de hacer Dagny a partir de esto.

Corrin estira las hojas y el papel cruje bajo sus dedos.

—¿Cómo conocéis estos estilos?

Me miro los dedos manchados de grafito.

—No sé. Los conozco sin más —miento.

—Tenéis talento.

Resoplo.

—¿Me acabas de hacer un cumplido?

Sé que tengo talento. El primer día de las clases de arte, la profesora miró el boceto del sempiterno y tedioso bodegón de una fruta en un cuenco y me dijo que me había apuntado a la clase equivocada, que debería estar en el nivel avanzado. Me preguntó dónde había aprendido la técnica y me encogí de hombros. ¿Cómo explicarle que me había tirado años sentada en los parques dibujando a desconocidos con material de dibujo robado?

Corrin sube las pupilas y le da un golpecito a la bandeja que me ha traído.

—Lentejas rojas con patata. Que no se os enfríe o no disfrutaréis de su sabor.

—¿Es que nadie come carne por aquí?

–Claro que sí. Pero los ybarisanos llevan una dieta estricta de frutas, verduras y cereales, y eso es lo que os sirvo.

–Sí, a diario, semana tras semana –gruño.

–¿Acaso ya no satisface a su alteza?

Corrin se ofende con mucha facilidad.

–No, no.

Es extraño. Cuando te acostumbras a algo, se te olvida rápidamente lo mal que lo pasaste anteriormente. Hubo un tiempo en que hubiera dado cualquier cosa porque alguien me trajera comida –cualquiera– en una bandeja varias veces al día. Me tiré años engullendo cualquier cosa que me llenara la tripa, ya fuera robado de un carrito de comida rápida o sacado del contenedor de detrás de un restaurante. En cuanto tuve dinero, me volví exigente y empecé a comprar manzanas orgánicas y tomar verduras al menos una vez al día.

Pero ahora mismo mataría por zamparme una hamburguesa grasienta con pan brioche del bar que hay a tres manzanas de mi apartamento. O por uno de los perritos calientes llenos de chucrut de Alton.

Corrin frunce el ceño, extrañada.

–¿Estáis diciendo que de pronto ansiáis consumir carne de un animal muerto?

Me estremezco.

–Si lo planteas así, no.

–Pero ¿la comeríais? ¿Después de toda una vida de no...? –no termina la frase. Su ceño se hace más profundo.

–Solo era curiosidad. –Me maldigo a mí misma mentalmente. Tengo la sensación de que cada pregunta inocente que haga, cada cosita que despierte mi curiosidad, puede delatarme como impostora–. ¿Qué comen los islorianos? Ya sabes, aparte de... –mi expresión es clara.

Tarda un instante en dejar de pensar en lo que estuviera rondando por su cabeza.

–Supongo que os referís a los inmortales. Fruta, pan, carne, queso. Tienen un apetito similar al de los mortales, en todos los sentidos, aunque no les nutra del todo. Respecto a los tributarios, unos inmortales se dan más homenajes que otros. Algunos consumen todas las noches. No todos son como su majestad en ese aspecto.

–¿Con qué frecuencia lleva tributarios a su cuarto?

–Solo cuando es necesario –responde de forma vaga mientras mira por encima de la barandilla a la tropa de soldados que se concentra.

Vacilo un instante.

–De todas formas, ¿cómo funciona el sistema tributario?

–Espantosamente.

Suspiro, exasperada.

–Por favor, Corrin... Échame una mano. ¿Cómo acaba alguien siendo tributario?

–Siendo mortal –frunce los labios, reticente–. El primer Hudem del año se celebra el Día de la Presentación. Todos los jóvenes, hombres y mujeres, forman en fila en las plazas y se ofertan a los inmortales. Es un requisito que todos los humanos sirvan como tributarios cuando alcanzan determinada edad. Por supuesto, los más deseables valen más y terminan en hogares nobles, a veces incluso tienen la «bendición» de terminar dentro del castillo –resopla al pronunciar la palabra–. Los menos atractivos los compran los plebeyos: comerciantes, granjeros... Todos abandonan a sus familias. Sirven como tributarios hasta más o menos los veinticinco años, cuando se les exige que se casen y se reproduzcan. Pueden continuar como tributarios algunos años más o, si su guardián prefiere un cambio, se les ofrece otro puesto en la servidumbre. Si no, se venden a otro guardián que les encuentre un uso.

–Me lo cuenta con naturalidad, pero se le nota la amargura. Puede que sea leal a Cirilea y al rey, pero esta no es la vida que quiere para los suyos–. Si son afortunados, su guardián se asegurará de que ellos y sus familias estén bien atendidos.

–¿Y si no?

Tuerce los labios con desdén.

–Entonces se los obliga a trabajar hasta el agotamiento y se los mata de hambre mientras sus guardianes prosperan.

Y después acaban en la colonia, débiles, destrozados y luchando por sobrevivir, pero libres.

–¿Y si no quieren casarse y tener hijos?

–Como si pudieran elegir... –bufa ella–. Además, ninguna mujer querría no tener pareja y terminar con un cuidador al que le apetezca dedicarse al negocio de la cría.

–¿A qué te refieres con cría?

–No me iréis a decir que el Destino ha hecho que olvidarais también eso –masculla–. Significa exactamente lo que creéis que significa.

Me dan escalofríos. Wendeline dijo que era un sistema civilizado para que todos sobrevivieran, pero yo lo encuentro cualquier cosa menos civilizado.

–Pero Zander quiere cambiar todo esto.

Él no lo aprueba.

–Una idea descabellada que jamás funcionará, por noble que sea. –Mira el cielo; está oscureciendo y tiene un tono azul oscuro. Las nubes que vienen del este casi no

se ven y está refrescando–. Las sacerdotisas pronostican lluvias para esta noche. Hay que poner los muebles en su sitio antes de que os retiréis.

Levanta la mesa.

–Luego lo meto todo.

Es muy agradable estar aquí fuera, aunque se haya torcido todo con la muerte de Lord Quill.

–Pero la lluvia lo destrozará…

–Lo moveré antes de que llueva, te lo prometo. –Empiezo a sentirme menos como la futura reina y más como una niña malcriada que ha usado las mejores sábanas de su madre para construir un fuerte.

Con un gruñido, deja la mesa en la terraza. Frunce el ceño al ver mi lápiz desgastado y romo.

–Hay que afilarlo.

–Lo sé.

Se lo mete en el bolsillo.

–A lo mejor Lerdus puede arreglarlo.

Enarco las cejas.

–Perdona, ¿quién?

–Vuestro otro guardia.

–¿Se llama Lerdus? –me cuesta contener la risita infantil. A lo mejor por eso no me dijo su nombre.

Frunce el ceño, intrigada, pero decide no preguntar nada. Señala la terraza antes de irse.

–¡Antes de que llueva!

Esta noche no hay nadie que se aventure a recorrer los senderos de los jardines reales salvo los soldados de Boaz. Hace dos horas, los mismos hombres fornidos que arrastraron los escombros de la fuente sacaron en camilla el cuerpo sin vida de Lord Quill. Se ha hecho de noche y las sacerdotisas han pasado a encender los faroles con su magia.

Pero no aparece nadie. Tampoco se oye música ni risas que se cuelen por las rendijas de las puertas. Solo oigo murmullos. Todos parecen nerviosos. Es lógico: han asesinado a un miembro de la corte hoy.

–¿Quién es esta mujer?

Pego un brinco al oír la voz de Zander a mi espalda. Me giro de golpe.

–Por favor, ¿podrías no pegarme sustos?

Hacía horas que no le veía, desde que entró a la zona central del castillo junto a Abarrane y Atticus. Hay una luz tenue en las ventanas de su dormitorio y tiene la puerta abierta. Se ha quitado la chaqueta, ha dejado la espada y lleva la túnica desatada por delante, como si hubiera empezado a desnudarse y hubiera decidido salir a mitad. ¿Tendrá un sirviente que le ayude como Corrin lo hace conmigo, aunque sea a regañadientes? Nunca he visto indicios de que tuviera a alguien.

–No es culpa mía que los ybarisanos no sepan ser sigilosos –sonríe, pero sigue concentrado en el papel que tiene en la mano–. ¿Quién es?

El rostro de Sofie nos observa fijamente bajo la luz del candil que me trajo Corrin cuando regresó con el lápiz afilado, cortesía de nuestro querido Lerdus. Las caras siempre se me quedan grabadas, pero me sorprende la precisión con la que recuerdo los ojos rasgados y los pómulos afilados de esa maquiavélica mujer, a pesar de no haber pasado junto a ella ni veinticuatro horas. Suficiente para que cambiara mi vida de forma irremediable.

–No estoy segura.

Es mentira, pero también es verdad. ¿Quién es Sofie? Una elemental, seguramente. Con el corazón roto y desesperada por su marido, también debe de ser cierto. Pero, salvo eso, no sé nada más de ella.

Observo fijamente a Zander, buscando indicios de que haya notado la mentira en mi pulso como antes, pero está examinando el boceto con arrugas de preocupación en la frente.

–¿Por qué? ¿La conoces?

¿Sofie habrá estado en Islor?

Niega con la cabeza.

–Me había dado la impresión de que sí, pero no –aparta la vista del dibujo y posa las pupilas en las cicatrices que dejaron las garras del daaknar. Se ven perfectamente; mi bata de color melocotón no las cubre. Tensa la mandíbula, pero no sé si es por repulsión o por lástima.

Lucho contra el impulso de alejarme de él. Me siento cohibida por más que me haya jurado a mí misma que no me importa lo que piense.

–Supongo que debió de doler –comenta, mientras vuelve a mirar el rostro de Sofie.

Apuesto a que no tanto como que te envenenen con una sustancia que te quema desde las entrañas. Estoy a punto de preguntarle por Lord Quill cuando una gota grande de lluvia salpica el papel. La sigue una segunda y una tercera a toda velocidad.

Suelto una maldición mientras me lanzo sobre la mesa.

—¡Corrin me va a matar si se estropean los muebles!

—Se enorgullece de mantener inmaculada la tapicería —comenta Zander con ironía. Me entrega el boceto y agarra sin esfuerzo el sillón enorme y la mesilla. Yo tomo el candil y entramos juntos a toda prisa mientras diluvia. Le acompaño en silencio por mi dormitorio hasta la chimenea; la habitación resplandece con todos los candelabros que Corrin encendió antes de salir. Sumado a la decoración antigua, crea un ambiente que se podría considerar romántico en distintas circunstancias.

—Me he enterado de lo que ha pasado.

—Se ha enterado todo el mundo en el castillo.

—¿Alguna idea de quién lo ha hecho?

—No exactamente, no —deja mis muebles en el suelo y los coloca en su sitio.

—La mujer que estaba con Lord Quill, su tributaria, iba muy pegada a él. A lo mejor su esposa se puso celosa y....

—Lady Quill no asesinó a su marido. Sabía dónde estaba y con quién. Y lo que estaban haciendo.

—¿Y le daba igual que su marido estuviera disfrutando de algo más que de su ración de sangre? Porque era eso lo que estaba pasando, y no me intentes convencer de lo contrario.

Zander se limpia distraídamente las manchas de humedad de la camisa.

—Su forma de llevar la relación no es asunto nuestro.

—Ya. Claro. Se me olvidaba que así funcionan las cosas por aquí.

Igual que no es asunto de nadie que Zander meta su hamburguesa en su cama mientras su supuesta novia duerme justo al lado.

Él enarca las cejas de forma interrogativa.

—Da igual —murmuro. ¿Será capaz de notar el enfado en mi pulso? Espero que sí. Si tuviéramos una relación real, yo no toleraría que metiera mujeres en su cama, fuera cual fuera el motivo—. Pues vale. Pero a lo mejor su tributaria opinaba otra cosa. A lo mejor estaba enamorada de Quill y quería que abandonara a su mujer y la convirtiera a ella. Cuando él se negó, se enfadó y le envenenó.

—Creo que prefería cuando no sabías nada de nuestras costumbres —se deja caer en el sillón que acaba de colocar, como si le abrumaran las preocupaciones del día—.

Lo dudo mucho. Está prohibido convertir a los mortales, aunque estén dispuestos. Sería una sentencia de muerte inmediata para ambos. Además, la vi poco después de que Lord Quill se derrumbara. Es ridículamente sencillo leer a los humanos, y lo único que sentía era angustia.

—Entonces, dices que ella le quería.

—Sí, y no es nada raro. Muchos tributarios sienten afecto por sus guardianes. Pero eso no cambia la realidad: los humanos aprenden desde pequeños que el papel de tributario es importante, pero que es solo un servicio. Nada más.

—Un servicio tan importante que, cuanto más atractiva sea, mejor —gruño con desprecio.

—Sin duda alguna, la belleza lo hace mucho más agradable —replica con una mirada desafiante.

¿Con cuántas tributarias se habrá acostado Zander? ¿Lo habría hecho con la última si no le hubiera pillado en pleno acto? La imagen mental de lo que podría haber sucedido aparece en mis pensamientos sin querer y noto que se me acelera el pulso.

Los ojos de Zander se encienden y curva las comisuras de la boca como si guardara un secreto.

—Por favor, continúa pensando en lo que quiera que estés pensando ahora. Prefiero con mucho esta reacción al torbellino de terror y culpabilidad que sentías antes.

—¿Cómo lo haces? —respondo, sonrojándome.

Se encoge de hombros, como si le quitara importancia.

—Lo hago sin más. Y no sé por qué, pero cada vez es más fácil contigo.

¿Será porque mi mente es humana? ¿Porque no sé usar este cuerpo de elfo y sus habilidades?

—Mala suerte, ¿eh? —se burla—. Especialmente cuando tus pensamientos van en esa dirección...

Aprieto las muelas, deseando cambiar de tema para evitar que tenga ventaja alguna sobre mí.

—¿Por qué matar a Lord Quill? ¿Tenía enemigos?

—Todos los tenemos, pero no estaba receloso de nadie, así que dudo que tuviera ningún enemigo mortal. Era un blanco fácil. Y estaba de mi lado: ese es otro motivo.

—¿Y por qué matarlo ahora?

–Me retracto de lo que he dicho antes. Sigues sin tener la menor idea de nada –se frota el puente de la nariz–. Ahora que se sabe que estás viva y que tu hermano se encuentra en prisión a la espera de su ejecución, el propósito está muy claro: levantar una oleada de sospechas.

–Así que esto tiene que ver conmigo...

–Como todo últimamente, al parecer –masculla para sí mismo.

–¿Quién querría...? –enmudezco de pronto–. Lord Adley.

–O alguno de sus partidarios. Por fin empiezas a sumar dos más dos –se encoge de hombros cuando le fulmino con la mirada–. ¿Qué? Hace un mes no sabías ni cómo te llamabas.

Sabía perfectamente cómo me llamaba: todo lo demás era un misterio.

–¿Me estás diciendo que esto es una represalia por lo de ayer?

–¿Por haberlo humillado delante de toda la corte? –sonríe–. Fue digno de ver, aunque te salieras del plan. Admito que lo disfruté.

–¿En serio? Pues no reaccionaste nada bien.

–Fue... inesperado. Eso es todo. De todas formas, es probable que sea una casualidad, porque envenenar a Lord Quill requería planificación. Adley sale beneficiado del caos y la división de los cortesanos, los nobles formarán alianzas y pactos en secreto y, naturalmente, todos especulan y se preguntan cuántos más sufrirán el mismo destino estando tú en el trono.

–Pero yo no los estoy envenenando...

–Técnicamente, sí. La planta trepadora de merth solo crece en las montañas de Terren, así que trajisteis el veneno cuando cruzasteis la Grieta. Y aunque estemos fingiendo que eres inocente, ambos sabemos que eras muy consciente de lo que traías en el bolsillo.

–Vale, pero eso ellos no lo saben –me siento en el sofá, frente a él, sobre mis pantorrillas para entrar en calor–. A lo mejor Atticus tiene razón: evitarías todo esto si te casaras con Saoirse. Adley ya no tendría motivos para matar a nadie.

–No tienes ni idea de lo que estás diciendo –se le crispa un pómulo–. Las traiciones se multiplicarían por diez. Adley y los de su calaña no tienen cabida en el gobierno de Islor.

–Pero ellos creen que sí, y los estás provocando al amenazar con ponerme en el trono.

Sube la comisura de la boca.

–Tal vez.

–Y eso es justo lo que quieres –caigo en la cuenta–. Quieres que Adley haga algo que te sirva de excusa para acusarlo de traición y condenarlo.

–Algo muy imprudente y precipitado, a ser posible –esboza una sonrisa tan juguetona como malévola–. Bienvenida a la corona: las amenazas vienen de todas las direcciones y no esperan su turno haciendo cola.

Niego con la cabeza.

–No, muchas gracias.

Prefiero mantenerme en la sombra.

Acaricia con un dedo el relieve tallado en el brazo de madera de la silla.

–Me niego a gobernar Islor con alguien como Saoirse, pero daría igual quién se sentara a mi lado en el trono, tú o la hija de Adley. Él no me quiere ahí, y punto –tuerce los gruesos labios como si estuviera pensando si añadir algo más o no–. Ya sabes cómo me gustaría que fuera el futuro del reino de Islor. Para los mortales.

–Que los humanos no estén obligados a participar en el sistema tributario. Sí; me lo dijo Elisaf.

–Soy consciente de que es posible que sea una tarea imposible, pero sé que es lo correcto. Lo sé de corazón –arruga la frente–. No creo que los mortales sean inferiores. Nunca lo he creído.

Siento un renovado respeto por el rey isloriano; sus palabras son un eco de lo que yo misma le dije en la colonia.

–Tenemos leyes que intentan protegerlos –murmura–. Leyes que impiden convertir a los mortales y que haya niños tributarios. Está castigado hacerles daño sin motivo. Pero se rumorea que al este se están criando mortales como ganado y se subastan de forma clandestina. Siempre ha pasado, pero se está volviendo más frecuente. Arrancan a los niños de los brazos de sus padres para alimentarse de ellos. Cuanto más jóvenes, más dulce es su sangre.

Se me salen los ojos de las órbitas.

–No lo sé por experiencia –añade rápidamente–. Pero muchas ciudades del este se han convertido en sórdidos pozos de indecencia, y eso se está extendiendo por Islor como una plaga tan virulenta como la propia maldición de la sangre. Estos inmortales se burlan de las leyes que protegen a los humanos y amenazan con volver a los tiempos oscuros del pasado. Es justo lo contrario de lo que deseo para el reino y me temo que por eso están aumentando los delitos. Es una declaración de intenciones.

Kettling está al este.

–¿Y a Adley le da igual que se vendan de contrabando mortales en su ciudad?

–¿Quién crees que está al mando? –declara en tono neutro–. Adley finge profesar devoción eterna a Cirilea y al trono de Islor, pero Kettling siempre ha sido una ciudad enemiga, incluso desde la época de Ailill. No quiere una sociedad en la que haya igualdad. Si le dejaran, cargaría de cadenas a todos los mortales y los metería en jaulas... Mi padre lo sabía; sabía lo que estaba haciendo, pero hizo la vista gorda para mantener la paz. Quería que fuese su legado, ser conocido como un pacificador. Y por eso orquestó este enlace con el rey Barris, un hombre con fama de progresista y menos ligado a la religión de los Destinos y el poder de los invocadores. No puede decirse lo mismo de su esposa –la voz de Zander destila amargura–. Pero mi padre estaba lejos de ser perfecto y cometió muchos errores. Uno de ellos era considerar que Adley era una anomalía. No es cierto; la verdad es que muchos comparten la creencia de que la única razón de ser de los mortales es nuestra supervivencia. Mi padre le concedió a Adley demasiada libertad de acción y tiempo, por eso muchos islorianos se han enriquecido y se han vuelto leales a él. No tienen la menor intención de renunciar a sus tributarios como yo pretendo. Soy una amenaza para ellos. Y, aunque hubo un tiempo en que habría sido fácil destituir a Adley y evitar toda esta situación, ya no es posible. Tiene demasiados partidarios fervientes.

La voz de Zander está llena de frustración y rabia, pero también de resignación.

–¿No puedes mandar a Atticus con el ejército?

–Ese era mi plan: después de que nos casáramos y mis padres abdicaran. Pero ahora tenemos a Ybaris en contra; así, la mitad del ejército está apostada al lado de la Grieta y la otra mitad preparada para marchar al frente ante la menor señal de problemas. Alzarse en armas contra Kettling implicaría dividir todavía más las tropas. Y aunque haya muchos leales a Cirilea, no podemos luchar a la vez contra Ybaris y Kettling, especialmente si Adley consigue refuerzos de Kier. Son unos guerreros temibles, aunque sean mortales, y lucharon junto a Kettling la última vez que se levantó contra Cirilea, hace ya mucho tiempo. Además, cada día me llegan más cartas de que hay más hombres aliados con Adley. Si el este se une bajo su mando, será un enemigo formidable.

Y, sin embargo, ese mismo hombre estaba ayer en primera fila en su corte y le hizo una reverencia a su rey. Pongo una mueca de desagrado.

–No sé cómo no le pides a Abarrane que acabe con él.

–Créeme que lo deseo a diario.

Sacudo la cabeza.

–Ahora mismo, la menor de tus preocupaciones es quién te traicionará dentro de estos muros, ¿no?

–Puede –pero la gravedad de su rostro me dice lo contrario.

Durante el prolongado –y curiosamente nada incómodo– silencio me quedo pensativa y repaso el desgraciado asesinato de Lord Quill.

–Elisaf me dijo que encontraron un frasco de veneno en el vestido de mi doncella.

–Una redoma muy pequeña, fácil de ocultar en la ropa. Cuando la interrogamos confesó que bastaba con que un tributario ingiriera una sola gota. Cuando las sacerdotisas lo examinaron, había veinte gotas.

–Pero se lo quitasteis.

–Sí, y sigue en la cámara real, intacto.

–Entonces hay más de un frasco. ¿Cuántos traje?

–No lo sabemos. Pero Abarrane descubrió que tu hermano llevaba otro vial cuando lo capturó –a juzgar por su mirada, eso también le preocupa bastante.

–¿Cómo habrá conseguido ese veneno Adley?

–Una pregunta excelente para la que no tengo ninguna respuesta. Me han llegado informes de que se han visto ybarisanos en Meadwell, al este, y en Salt Bay, al sur. Van en grupos de dos o tres y entran y salen de las tabernas, preguntando por los tributarios de los aristócratas.

Empiezo a entender por dónde va.

–Crees que llevan más frascos y apuntan a los humanos para atacar a los lores y damas.

–Lo lógico es asumir que sí. Pero ahora mismo gran parte de la nobleza se encuentra en Cirilea por la feria de verano y sus tierras las gobiernan sus administradores.

Pero aquí tampoco están a salvo, a juzgar por lo que le ha pasado a Quill.

–La costurera, Dagny, me dijo que los ybarisanos mataron a una tributaria.

–La de Lady y Lord Rengard, de Bellcross, al otro lado del bosque de Eldred –confirma–. Cuando encontraron el cuerpo, vieron a unos hombres huyendo que coincidían con su descripción, así que es probable que tuvieran algo que ver.

–¿Por qué la matarían?

–Aún no se sabe –pero hay algo en su tono de voz que me hace pensar que sospecha algo y no desea compartirlo conmigo.

–Oye, ¿sabes quién estará al tanto de todo? –hago una pausa para crear efecto–. Tyree.

Zander se queda mirando la chimenea con los troncos apilados ordenadamente tras la rejilla.

—Ya he dicho lo que opino de eso.

—Pero eso fue antes de que envenenaran a Quill.

—Y puede que no tenga nada que ver con Adley; que sea un mensaje para ti. Para que sepas que aún tienes aliados dentro de estos muros.

En eso no había pensado.

—¿Y no te gustaría saber el motivo? —insisto. Aprieta los labios; sabe que tengo razón—. La próxima vez podrían envenenar a Atticus o a Annika. O a ti.

¿Y si muriera Zander? ¿Qué me pasaría a mí? ¿Me dejarían marchar sin más?

—Somos demasiado cuidadosos; es imposible que nos pase eso después de la muerte de nuestros padres —guarda silencio unos instantes—. No dejas de ofrecerme tu ayuda, y con insistencia. ¿Por qué finges que te importa lo que nos pase?

—¿Porque no tengo otra cosa mejor que hacer?

Lo suelto sin pensar y no me da tiempo a morderme la lengua.

Zander entrecierra los párpados.

—¿Intentas ganarte mi confianza mostrándome apoyo?

Resoplo con fuerza.

—Ambos sabemos que no hay nada que pueda hacer para conseguir eso. —Pero me queda muy claro que Zander se dedica a examinar y sopesar cada palabra que sale de mis labios—. ¿Eres capaz de dejar de darle la vuelta a todo?

—La traición rara vez viene de frente —declara sin alterarse.

—Vale. A ver qué te parece esta razón —me inclino hacia delante—: porque vale la pena intentarlo antes de que muera más gente.

Suelta un suspiro de rendición.

—Ya iremos viendo.

Al menos no es un no rotundo.

—¿Y ahora qué?

Zander me mira las uñas con fijeza.

—Boaz y sus hombres están investigando. Sospecho que no van a descubrir nada importante. Continuará creciendo la tensión hasta que se calmen los nervios o aparezca otro muerto.

—Pues nada, a esperar entonces —mascullo, abrazándome a mí misma. Se ha levantado un viento húmedo y gélido con la lluvia y tengo la carne de gallina.

—Tienes frío —observa Zander.

—Se te escapan pocas cosas, ¿eh?

–No se me escapa nada. Más vale que lo tengas presente. –Me sostiene la mirada un instante antes de girarse hacia la chimenea. Las llamas crecen de pronto y devoran los troncos tras la rejilla.

Se me descuelga la mandíbula. Es la primera vez que le veo usar su afinidad elemental. Suelta una carcajada, la misma risa alegre y encantadora que le oí cuando entrenaba con los niños.

–Pareces una niña que ve por primera vez cómo las sacerdotisas encienden los faroles.

–Esa niña se sorprende porque es nuevo para ella; igual que para mí. O eso es lo que siento –me corrijo rápidamente–. ¿Cómo lo haces? ¿Puedes prender fuego a algo sin más?

Hace un gesto con la cabeza hacia el candelabro de la pared. La llama danza dentro de la tulipa de cristal como si estuviera a merced de la brisa.

–Si hay fuego, puedo manipularlo como desee.

–¿Y yo puedo hacer lo mismo con el agua?

–Por entretenido que sea enseñar a mi enemiga a manejar su elemento para que lo use a su favor en el instante en que se libere de las esposas, me temo que me abstendré de contestar a eso.

Echo la cabeza hacia atrás con un gemido frustrado que le provoca un amago de risa. Contempla las llamas de la chimenea aparentemente abismado, no parece dispuesto a abandonar mis habitaciones. Me pregunto cómo será estar en el trono y gobernar a toda esa gente, contar con el poder supremo y al tiempo desconfiar de todos los que podrían conspirar para arrebatártelo. Cualquiera acabaría paranoico; la verdad es que no le envidio.

–¿Qué crees que será de ti cuando acabe esta farsa? –repite el gesto que hice yo antes, moviendo el dedo entre los dos.

Volveré a casa. Y no a Ybaris precisamente, sino a Nueva York. Pero eso no puedo decírselo. Sofie me advirtió que no lo hiciera y, hasta que averigüe más sobre el ninfeo, sus palabras son mi único salvavidas.

–¿Dices cuando deje de estar prisionera?

–Encuentro curioso que no negociaras tu liberación como cláusula del acuerdo. Es casi como si no esperaras irte de aquí.

Porque confiaba en que Malachi me sacara cuando fuera el momento, como me prometió Sofie. Empiezo a plantearme si fue una estupidez.

–Supongo que di por sentado que harías lo honorable. Porque eres una persona decente y eso.

Sonríe, pero su pregunta dispara otra: ¿y si no hay vuelta atrás?

Si lo que me dijo Wendeline sobre el Destino del Fuego es cierto, usa a sus seguidores para sus propios beneficios. ¿Quiero robar esa piedra para él? ¿Podré abrir esa puerta? ¿Por qué cree que triunfaré yo donde fracasó Farren, la poderosa invocadora clave? ¿Y si funciona el plan de Zander y se delata el cómplice de la princesa antes del Hudem? No habrá boda, al menos, no entre nosotros. ¿Encontraré otra forma de llegar al ninfeo? Ni siquiera sé dónde está.

–De nuevo lo percibo. Es como si te devorara la preocupación –inclina la cabeza–. ¿Qué te angustia tanto?

Detesto que pueda hacer eso. Rápidamente cambio de tema.

–Los niños con los que estabas hoy, en la pista de entrenamiento... Se te daban bien.

Muerde el anzuelo.

–¿Y eso te sorprende?

–Sí

Curva los labios levemente y se insinúan los hoyuelos que se le marcan las pocas veces que sonríe abiertamente.

–Siempre me ha gustado enseñar a manejar las armas, especialmente a los jóvenes. A veces me encantaría poder abandonar todo esto y dedicarme a jugar a los soldados el día entero. En ese sentido envidio a mi hermano –alarga la mano por encima de la cabeza, agarra el respaldo del sillón y se estira lentamente.

Intento ignorar cómo se le marca la ropa contra el pecho.

–Al verte con ellos, llegué a pensar que no eras una persona tan horrible –admito finalmente. Cuanto más tiempo paso con él, menos recuerdo al terrorífico rey que estuvo a punto de clavarme una daga en el corazón. A mis ojos, Zander está pasando a ser como cualquier persona, como todos los que conozco: alguien abrumado por las circunstancias de su vida.

Pero con colmillos, me recuerdo a mí misma.

Un detalle asombrosamente fácil de olvidar, especialmente cuando estamos sentados uno frente al otro, conversando como iguales, no como rey y prisionera.

–No te preocupes; hay tiempo para que vuelvas a cambiar de opinión –murmura–. Te llamó la atención la lección de Abarrane.

–¿Sabías que estaba mirando?

No le vi levantar la vista ni una sola vez.

–Siempre estás mirando –sonríe él–. De pie en la terraza, como si te asfixiaran estos muros –sus ojos vagan por los relieves forjados en oro del techo y se le marca la nuez en la garganta–. Contemplas a los luchadores de la pista durante todo el día y a los enamorados de los jardines por la noche.

–¿Así hay que llamarlos?

Los guardias que hay abajo deben de estarle informando de lo que hago. ¿Les pedirá cuentas a diario?

–¿Cómo quieres llamarlos?

–No sé, pero lo que hacen es beber sangre y follar, y no de una forma demasiado discreta.

Sus ojos reflejan diversión, pero también arden ligeramente, y no me pasa desapercibido.

–Los islorianos no somos famosos por ser discretos.

Tú lo eres, es lo que me gustaría decirle; pero si vuelvo a sacar a relucir su visita nocturna, podría malinterpretarlo.

–Me parece increíble cómo se mueven los luchadores cuando entrenan. Jamás he visto... Bueno, no recuerdo haber visto a nadie pelear así. Ojalá supiera hacerlo yo.

Tony no me habría arrebatado el cuchillo con tanta facilidad, pero... ¿Qué habría pasado después? ¿Lo habría apuñalado? ¿Soy capaz de matar a alguien? Siempre he hecho gala de no haber terminado cayendo en la espiral de violencia y drogas donde acaban tantos chavales de la calle.

–Antes eras relativamente hábil con la espada.

–También sabía montar a caballo, ¿no?

Encontré en el armario unas calzas, una túnica y botas de cuero, lo que me hace pensar que la princesa Romeria no solo llevaba sedas y encaje.

–Se te daba bien cabalgar –la sonrisa cómplice me hace preguntarme si estará pensando en actividades menos inocentes–. Y ahora, al parecer, eres una artista –señala con la cabeza el retrato de Sofie–. Es como si fueras una persona totalmente distinta.

Respiro hondo para tranquilizarme, intentando controlar mi ritmo cardiaco mientras sus ojos penetrantes hacen que se me dispare el pánico.

–Soy una persona distinta a la Romeria que conocías. Ella ha desaparecido.

Al menos de momento. ¿Qué pasará cuando Malachi me saque de Islor? ¿Este cuerpo se desmoronará como una cáscara vacía, o regresará la versión sádica y

maligna? Espero que no sea la segunda opción, por el bien de todos.

–Sí; cada día que pasa es más evidente –murmura–. Tus dotes artísticas no te van a servir de protección. Deberías unirte a las lecciones de los niños la próxima vez –aconseja, socarrón.

–¿Con Abarrane? ¡Me da más miedo que el daaknar!

Se ríe.

–¿Quizás con otro maestro?

–¿Quién? ¿Tú?

Sus pupilas se detienen en mis hombros desnudos antes de encontrarse con mis ojos y atraviesa su rostro una expresión que me resulta indescifrable, pero que me recuerda que tenemos un pasado, uno lleno de miradas ardientes y promesas íntimas que puede que yo no recuerde, pero él sí, aunque prefiriera no hacerlo. Lo que sí recuerdo –en el torreón, pegada contra la pared– basta para que se me caldeen las mejillas. Y saber que es capaz de notar la excitación hace que me sonroje más todavía.

Trago saliva.

–¿Qué quería contarte Wendeline?

–Eso es entre la sacerdotisa y yo.

–Pero estabais hablando de mí.

–Sí –no titubea antes de admitirlo.

–Y parecías molesto por algo.

–¿Porque nos hayamos agarrado la mano cuchicheando delante de la gente ayer crees que me conoces? ¿Crees que puedes deducir lo que pienso y de qué hablo?

–Tienes razón: he vuelto a cambiar de opinión. Eres imbécil.

Responde con una carcajada, sin inmutarse ante el insulto, y me doy cuenta de que estoy sonriendo. Se levanta del sillón y se dirige a la terraza y me invade una oleada de decepción repentina: va a marcharse ya.

–¿Cuándo se celebrará el ágape real?

–La feria comienza pasado mañana y durará diez días. Se celebrará un torneo de lucha en la plaza y Adley ha propuesto que se concluya con el ágape real. La guinda del pastel. No veo forma de evitarlo.

–Ardo de deseo –resoplo, fingiendo emoción–. Qué bien, la princesita estrenará un vestido nuevo para la ocasión.

Se queda mirando las llamas de la chimenea, pensativo.

–Estoy dispuesto a dejarte libre en cuanto descubramos al traidor que colaboró en el asesinato de mis padres. Podrás abandonar Islor y volver con los tuyos, si así

lo deseas. Incluso organizaré el traslado seguro a través de la Grieta.

–¿Me dejarás marchar? ¿Después de lo que hice?

–¿Quién es incapaz ahora de darle la vuelta a las cosas? –sonríe–. Tienes mi palabra. Buenas noches.

Sale a la terraza y desaparece entre la lluvia.

Había planeado dedicarme a registrar cada rincón de mis habitaciones, pero me quedo un rato acurrucada en el sofá mirando el fuego mientras repaso la conversación, decididamente civilizada, que acabo de mantener con el rey.

Y entonces el sueño se apodera de mí.

–¡Aquí apesta a hollín! –exclama Corrin, entrando en el dormitorio con el desayuno. Estaba durmiendo profundamente, gimo e intento orientarme mientras corre las cortinas y abre la puerta de la terraza. Entra a raudales la luz del sol; parece que va a hacer un día cálido y soleado.

–En nombre de todos los Destinos, ¿habéis dormido con eso?

Bajo la vista. Es el vestido color melocotón que llevaba ayer. Tardo un instante en recordar que me quedé dormida en el sofá.

Pero ahora estoy en mi cama, bajo las sábanas. No recuerdo haberme levantado por la noche.

–Da igual. Os traeré un vestido adecuado –farfulla Corrin–. Hoy vais a pasear por los jardines en compañía de Annika. Vais a dejaros ver. A ser posible, sin causar problemas.

–Yo no causo problemas.

–No habéis hecho otra cosa desde que llegasteis –alza un rollo de papeles que llevaba bajo el brazo–. Os he traído cuatro hojas más para que os mantengáis ocupada. Y un nuevo lápiz.

Noto una oleada de calor en mi interior.

–Gracias. Es un detalle.

Y uno inesperado.

–Cortesía del rey. Dadle las gracias a él. He recorrido medio castillo buscando; se han mandado tantos mensajes que apenas queda. Lleva tiempo fabricar papel, no se hace de un día para otro...

Mientras Corrin habla de papeles, palomas y espías, mi mirada vaga hasta el sofá donde me quedé dormida y la mesa donde dejé el retrato de Sofie.

Ha desaparecido.

Capítulo 21

–¿Podrías dejar de mirarme así? –explota Annika mientras gira entre las yemas una flor cosmos de un vibrante color rosa antes de entretejerla entre sus rizos junto a otras tantas. Hoy está especialmente radiante, con el cabello suelto y un vestido de seda fucsia intenso que hace juego con las flores.

–¿Cómo? –pregunto fingiendo inocencia, que obtiene por respuesta una mirada severa.

Como si bebiera sangre humana.

Soy muy consciente de ello: es como una marea que viene y va, una vocecilla que me lo repite, un escalofrío que recorre mi columna vertebral de vez en cuando. Pero entonces recuerdo que estoy a salvo de esos colmillos retráctiles y que estos islorianos no se parecen en nada a los chupasangres de la ficción.

Nos hemos aventurado por una zona distinta de los terrenos reales y los senderos atraviesan parterres interminables de flores. Los jardineros cortan las que están marchitas y arrancan las malas hierbas del denso follaje mientras los sirvientes llenan cestas con rosas y dalias recién cortadas y otra docena de flores cuyo nombre desconozco. No me cabe duda de que alguna de ellas acabará en mi alcoba esta noche.

Tras un largo e incómodo silencio, Annika abre la boca.

–La verdad es que disfruté cuando vi la cara que se le quedó a Saoirse.

–¿A ti tampoco te cae bien?

–Me desagrada más de lo que me desagradas tú, para que te hagas a la idea. –Se queda mirando la rebeca de color crema que me sacó Corrin del armario, a juego con la nueva pelerina que me trajo Dagny. Empiezo a considerar que la insistencia de Corrin en arreglarme es una cuestión de orgullo, no de deber.

–Guau –pongo una mueca–. Tan mal, ¿eh?

La fuerte e inesperada risa de Annika llena el sendero empedrado, y juraría que hasta las flores se giran para mirarla.

–El numerito que montaste con Lord Adley dejó a mi hermano más confundido que nunca en su vida –sus ojos azules centellean de placer–. No sabía si reír o gritar. Creía que le iba a salir humo por las orejas, ¿verdad, Elisaf?

–Le latía la vena de la frente, alteza.

Annika suelta otra risita. No sé por qué, pero es tranquilizador verlos divertirse a costa de Zander.

–A mí me pareció que disimulaba bien. –Hasta que nos quedamos a solas, al menos.

–No está acostumbrado a que le desobedezcan. Al fin y al cabo, estaba predestinado a ser el rey desde que nació –sacude la cabeza–. Pero no sé si vale la pena el esfuerzo: el traidor que hay entre nosotros fue lo bastante osado como para atacarnos una vez, así que nada impide que lo repita una segunda vez.

–Eso fue lo que yo le dije.

–Al menos creo que nadie se dio cuenta de lo molesto que estaba mi hermano. Todos estaban anonadados ante el nuevo arrojo de la princesa de Ybaris. No se oye otra cosa en la corte. Bueno, eso y la desgraciada pérdida de Lord Quill.

Si le afecta el asesinato, no se le nota nada. La imperturbabilidad de Annika podría rivalizar con la de Sofie.

–¿Quién piensan que fue?

–¿La corte? Nadie se ha atrevido a acusar a nadie aún, pero corren muchos rumores –su mirada elocuente me hace pensar que buena parte de los rumores son sobre mí. Era de esperar, supongo.

–¿Qué más dicen?

–Chismes sobre vosotros dos. Que no se os veía tan unidos como antes.

–Estuvimos pegados todo el tiempo... –Hablando de intrigas nobiliarias y de prender fuego a cosas, pero eso no lo sabían los que nos miraban.

–Sí, pero antes eras incapaz de quitarle las manos de encima.

Noto la respiración agitada solo de pensar en estar todavía más cerca de Zander.

–Entonces, ¿no creen que sea inocente?

Annika se encoge de hombros.

–Algunos dicen que eres culpable de todos los delitos y que has conseguido engañar a Zander; otros, que te está obligando a casarte con él como castigo. Pero el rumor más extendido es que se enamoró de ti porque le hechizaron las invocadoras.

Abro la boca de sorpresa.

–¿Un conjuro de amor?

–Que hizo que sucumbiera a tu belleza y estuviera ciego ante tu traición.

–¿Pueden hacer eso?

–No. Se requeriría una invocación a los Destinos, y Neilina les pone collares a sus elementales para impedirlo.

–A menos que ella misma haya retirado un collar y exigido una invocación. –Como lo hicieron Isla y Ailill–. ¿Crees que lo haría?

–Iría en contra de todos los valores ybarisanos desde hace dos mil años, pero no conocemos a Neilina. No como tú. Antes, vaya. ¿Quién sabe? En cualquier caso, ninguna de las posibilidades deja en muy buen lugar a Zander como gobernante capaz de tomar buenas decisiones para su reino... Y estoy segura de que Saoirse es quien ha propagado el rumor de que está bajo un hechizo ybarisano. No sé qué sacará de eso, salvo la esperanza de jugar con su mente. No deja de maquinar a ver si logra sentar en el trono sus esqueléticas posaderas, y no parará hasta que esas piernas flacuchas rodeen el cuerpo de mi hermano. Jamás lo conseguirá. Zander nunca se casará con ella.

No, a juzgar por lo que él me contó de Kettling. Pero si el padre de Saoirse está detrás de la muerte de Quill, lo lógico es pensar que ella cuenta con poderosos aliados en todas partes, intentando ayudarla a triunfar.

–¿Cuál es su afinidad elemental?

–Aoife, como tú. Pero ni de lejos es tan poderosa. Seguro que eso también le da rabia.

Y, sin embargo, con las esposas en las muñecas y la absoluta ignorancia de lo que puede hacer este cuerpo, diría que ella juega con ventaja.

Los nobles recorren los jardines reales como si jamás se hubiera producido un asesinato. Se les ve nerviosos, ya sea por la amenaza que pende sobre todos o por el montón de cotilleos que circulan. Una pareja se inclina ante nosotras y me fijo en que la reverencia no va dirigida a Annika, sino a mí. Me hubiera gustado decirles que no lo hicieran.

Un poco más adelante, a la izquierda, me llama la atención un destello. Los jardines se abren y brilla el sol sobre las aguas de un pequeño lago. Hay una familia de cisnes nadando en la superficie.

–¿Alteza? –me llama Elisaf–. ¿Ocurre algo?

Me he parado en seco sin darme cuenta.

–Wendeline me dijo que el ninfeo estaba junto al lago –miro a mi alrededor–. ¿Es esto?

Lo único que veo son árboles y setos podados. No hay estatuas ni piedras; no veo nada que parezca sagrado. No sé cómo serán las ninfas, pero aquí no hay nada que pueda confundirse con una.

—¿Esto? —Annika se ríe—. No. Está más adelante. Ven; te lo enseñaré —señala con la cabeza—. Por aquí.

Continuamos avanzando por el sendero de piedra y me cuesta contener la emoción, por más empañada que esté por la inquietud.

—¿Eres capaz de leerme como lo hace Zander? Me refiero al pulso.

¿Elisaf también podrá?

—Por fin te lo ha contado —enrosca entre los dedos uno de sus gruesos tirabuzones—. Es muy difícil para nuestra especie interpretar el pulso de un inmortal ybarisano; ni de lejos es tan sencillo como leer a un humano. Yo no puedo leerte a ti. Si mi hermano puede... Bueno, es curioso —sonríe de forma intrigante, como si tuviera alguna teoría y no quisiera o pudiera compartirla—. ¿Sabías que mi madre también organizó mi matrimonio?

Eso hace que deje de pensar en mi pulso.

—No, no lo sabía.

—Pues sí. Discutí con ella un montón de veces por ese tema. La última conversación que tuvimos... fue una discusión —Annika frunce el ceño: es el único signo de que le afecte el tema.

—¿Con quién se suponía que debías casarte?

—Con un príncipe humano de Skatrana.

—¿Eso es malo?

Resopla entre dientes.

—Sus tierras son un abismo de hielo, de montañas y árboles. Su capital, Shadowhelm, está enteramente construida dentro de cuevas. ¡Cuevas! Yo, con la afinidad que tengo —extiende las manos hacia las plantas y las flores—, vivir en una cueva con esos primitivos mestizos...

—¿Conoces a algún skatrano?

Creía que se viajaba poco entre los distintos países.

—Bueno, la verdad es que no, pero he oído hablar de ellos. Elisaf, ¿tú conociste a alguien de Skatrana cuando eras un marinero seacadoriano? —Annika no se vuelve para mirarle; da por sentado que le está escuchando.

—En una ocasión navegué hasta allí, sí. Atracamos en Westport, alteza.

—¿Y cómo eran?

Echo un vistazo por encima de mi hombro y le veo torciendo la boca con expresión meditabunda.

—Guerreros feroces. Adaptados a un estilo de vida humilde.

Annika gruñe como si esa respuesta corroborara lo que ha dicho.

—Dudo que hayan visto un rosal en toda su vida. Probablemente se lo comerían si lo vieran. Mi madre mantuvo el contacto con su rey durante años. Se escribían cartas que se mandaban en barcos seacadorianos. Mi prometido alcanzará la mayoría de edad el año que viene y, gracias a tu matrimonio con Zander, mi madre esperaba conseguir un pasaje seguro para mí a través de Ybaris. Después, lo único que hubiera necesitado Islor era que Atticus le mostrara los hoyuelos de su sonrisa a una princesa de Kier, y nuestra familia tendría al alcance de sus dedos cuatro tronos.

—¿Crees que Zander te obligará a cumplir el acuerdo?

—Aunque tuviera intención de hacerlo, Skatrana no va a querer nada conmigo después de lo que ha pasado en Cirilea. Islor es demasiado inestable. Además, no puedo navegar hasta Skatrana. Las sirenas no permiten el paso de los inmortales por sus aguas, y preferiría no tener que pasar el resto de la eternidad en el fondo del mar.

Archivo las sirenas dentro de la categoría de «más monstruos de los que no sé nada».

—Supongo que ambas hemos esquivado los matrimonios dispuestos por nuestros padres...

Annika frunce los labios.

—¿De verdad mi hermano no te atrae nada de nada? —pregunta con interés auténtico.

Me atrae más cada vez que le veo, pero no pienso admitirlo delante de ella.

—Dejemos por un segundo al margen el detalle de que me odia con todo su ser. Desde que desperté entre los rosales esa noche, me ha rajado la mano, encerrado en un torreón, condenado a muerte y después encarcelado de forma indefinida —voy contando con los dedos las muchas formas en que Zander ha convertido mi vida en un inferno—. Ah, y ahora me obliga a fingir que soy su futura reina.

Ella sonríe.

—¿Y ya está?

—La verdad es que no. Además, mete mujeres en su dormitorio para alimentarse de ellas. Yo diría que nuestra relación se enfrenta a demasiados obstáculos.

—No lo disfruta en absoluto, por si te sirve de consuelo.

–Pues no lo parecía –murmuro sin pensarlo; pero ya he visto y oído lo suficiente como para sospechar que probablemente me esté diciendo la verdad–. ¿Por qué lo preguntas, en todo caso?

Se encoge de hombros.

–Porque la mayoría mataría por estar en tu posición. Maquinarían y se pisarían unas a otras por representar ese papel. Aunque solo sea una farsa.

–Yo no soy como la mayoría aquí. No tengo interés alguno en ser reina. Además, a Zander le gustan las mujeres obedientes, ¿recuerdas? Soy incapaz de fingir que soy así.

–Su mujer ideal no es así –vuelve a subir los hombros–. Creo que mi hermano ya no te odia. O, por lo menos, está separando tu reencarnación de la persona que eras antes –señala hacia delante–. Aquí está: el ninfeo.

Examino el pabellón de piedra y el paisaje sencillo, sin adornos: alrededor hay césped cuidadosamente cortado y setos altos en tres lados, pero no hay arbustos podados ni parterres de flores. La estructura abierta me hace pensar en un cementerio. Los cuatro pilares tienen tallados a los Destinos, y en el centro solo hay un bloque rectangular de piedra. Medirá unos dos metros de largo, medio metro de ancho y menos de dos palmos de alto. Hay un muro al fondo decorado con un intrincado remolino.

–¿Esto es el ninfeo?

–Pareces decepcionada.

–Esperaba algo... distinto. –Entro en el pabellón. No es un jardín sagrado; parece más bien un mausoleo. Y es pequeño. No creo que entren más de cinco personas. ¿Dónde están las ninfas que se supone que desterraron aquí?

Su risa musical resuena en el aire.

–Le pasa a todo el mundo.

El techo tiene una abertura circular justo encima del bloque de piedra. ¿Será un altar, a lo mejor?

–Es para que entre la luz de la luna –explica Annika al seguir mi mirada.

Para que ilumine la piedra.

Toco su superficie fría y lisa. ¿Será esta la piedra a la que se refería Malachi? Es imposible robarla. Debe de pesar varias toneladas.

–No sabes la cantidad de niños que se han concebido ahí.

Aparto la mano deprisa, lo cual provoca otra carcajada. Caigo entonces en la cuenta.

–Cuando Wendeline dijo que la gente venía al ninfeo para ser bendecida, se refería...

–Al acto de concebir, tomando posesión de la piedra, sí. Así es como se hacen los niños. ¿Necesitas que te expliquen eso? Mi hermano estará encantado de ilustrarte... –vuelve a reírse.

–Ah, seguro que sí –resoplo–. Pero... aquí. Al aire libre. Por turnos.

Wendeline dijo que cientos de inmortales pedían usar el ninfeo cada Hudem. Vuelvo la vista hacia el largo camino que conduce hasta aquí. ¿Harán cola ahí todos?

–Su deseo de descendencia supera la necesidad de intimidad. Y, además, ¿qué importa? Damos por sentado que las ninfas estarán observándolo todo y son unas criaturas diabólicas.

–Los islorianos son extraños –murmuro, rodeando el altar sexual. Entonces, las palabras de Annika cobran un nuevo sentido.

Ha hablado de tomar posesión de la piedra.

Se supone que mi misión es tomar una piedra del ninfeo.

¿A eso se refería Sofie? ¿Me engañó deliberadamente, ocultándome el significado? ¿Tomar posesión de la piedra para Malachi implica que debo tumbarme de espaldas para un isloriano en un ritual aberrante? ¿Uno que dará como resultado un niño?

No me extraña que no me explicara nada. La ira me devora cuando me doy cuenta de que me ha engañado. Y si me mintió en eso, ¿en qué más lo hizo?

–¿Te preocupa algo? –pregunta Annika.

Frunzo el ceño e intento suavizar mi expresión. Observo el altar de piedra y considero lo poco que sé de este ninfeo. Tiene una atmósfera inquietante, como si fuera muy antiguo y albergara muchos secretos.

–Wendeline dijo que Farren vino aquí para abrirle una puerta a Malachi.

–Veo que has hecho los deberes –se burla ella, pero señala al fondo–. Esa es la puerta.

Examino la pared de piedra; tiene un alfabeto extraño grabado en forma de espiral. Para ser tan antiguo, está tan bien conservado como si se hubiera cincelado ayer.

–¿Qué lengua es esta?

–La lengua de las ninfas. No podemos leerla. Nadie puede, ni siquiera los invocadores. Créeme que lo han intentado.

Las letras son extrañas; no se parecen a nada que haya visto antes. Los trazos son un batiburrillo de bucles, remolinos y círculos que convergen y se separan. No hay nada lineal. Por impulso, rozo con la yema del índice el grabado.

De pronto, una risa débil resuena en mis oídos, como traída por la brisa.

Frunzo el ceño y vuelvo a mirar las letras. Oigo más risas, una aguda y juguetona, como si estuvieran haciéndole cosquillas, y se le unen otras.

—¿Oyes eso?

—¿El qué? —dice Annika.

—Altezas —nos interrumpe Elisaf—. Se acerca alguien.

Annika y yo nos giramos a la vez y divisamos a Saoirse, que se acerca con decisión, rodeada de cuatro chicas que revolotean a su alrededor.

Desilusionada, caigo en la cuenta de que no he oído risas de otro mundo. Eran suyas.

—Justo lo que necesitábamos —murmura Annika, saliendo del ninfeo. La sigo con el corazón acelerado; Zander me advirtió que no me acercara a ella—. Qué casualidad; estábamos hablando de ti —la sonrisa de Annika es tan leve como las reverencias de Saoirse y sus acompañantes. Todas deben de ser inmortales; no llevan anillos en las orejas que las marquen como tributarias.

—Creía que serías incapaz de pensar en otra cosa que en el espantoso asesinato —replica Saoirse, con una voz atiplada una octava más alta de lo normal y el mismo tono pretencioso de su padre—. Y pensar que se ha usado otro tributario para...

—¿Qué quieres? —la corta bruscamente Annika—. Estábamos teniendo un paseo encantador por los jardines hasta que lo interrumpiste con tu cháchara.

Me cuesta contener la risa. Annika es cualquier cosa menos delicada.

Saoirse sonríe con suficiencia.

—Estaba dándoles una lección de historia.

—Fascinante...

—Tenemos una biblioteca excepcional en Kettling, mejor incluso que la de Cirilea.

—Gracias por la información; me aseguraré de decírselo a Zander para que confisque lo mejor de tu colección.

Saoirse aprieta los labios con fastidio, ya sea por las constantes interrupciones de Annika o por la amenaza implícita que ha soltado tranquilamente.

—Contamos con una sección entera dedicada al rey Ailill y la reina Isla —continúa hablando—. Hay textos que escribieron mis propios antepasados. Hace poco estuve hojeando el más antiguo —Annika pone los ojos en blanco—. Y mencionaba el regalo

que el propio Malachi le entregó al rey Ailill: unas esposas fabricadas a partir del talismán que le entregó, que servían para atrapar a la invocadora Farren y contener su poder. Se supone que se destruyeron cuando murió –los ojos de Soairse se clavan en mí y después en mis muñecas–. Lo que llevas puesto son las esposas de Ailill, ¿verdad? –pregunta con aparente inocencia.

–Os dirigiréis a su alteza con el debido respeto –interviene Elisaf, de forma educada pero en un tono que no le había oído nunca.

Ella hace una reverencia formal, pero frunce los labios con desprecio. Titubeo y lucho contra el impulso de cruzar una mirada con Annika a ver qué debería contestar. Wendeline dijo que prácticamente nadie sabría lo que eran las esposas, pero no es raro que se escribieran libros sobre ellas ni que los haya leído una aspirante al trono.

–Sí, lo son –respondo sin alterar el tono de voz. No tiene sentido mentir cuando ya te han pillado.

Saoirse finge sorpresa e intercambia miradas con sus amigas.

–Qué raro que el rey considere necesario reprimir el poder de su prometida, si es inocente de las acusaciones de alta traición.

Muy inteligente. Está plantando las semillas de duda. Sus gallinitas saldrán corriendo y cloquearán el rumor en todas las direcciones.

Annika entrecierra los ojos.

–¿Cómo te atreves...?

–Zander no me exigió que las llevara –interrumpo a Annika. Por más que me guste ver cómo humilla a Saoirse, solo servirá para dar alas a los cotilleos–. Yo se lo sugerí.

Saoirse enarca las cejas, estupefacta.

–¿Decidiste debilitarte voluntariamente?

–Sí. –Intento pensar rápido una historia. Debería haber preparado una. Pero, claro, se supone que no iba a hablar con esta serpiente. Lo raro es que no se me acelere el corazón ahora; la emoción que siento es coraje, como cada vez que robaba un collar–. Como prueba de mi lealtad.

Se lleva la mano al pecho como si se quedara sin aire.

–¿Admites, entonces, que el rey duda de tu lealtad?

Premio a la mejor actuación, y además se las ha ingeniado para ponerme palabras que no he dicho en la boca.

—Zander no ha dudado de mí ni por un segundo, pero estoy convencida de que hay cortesanos dispuestos a creer toda clase de mentiras nada amables sobre mí, especialmente aquellas personas que intentan desesperadamente sentarse a su lado en mi trono.

Sus ojos brillan de cólera; era la reacción que esperaba. Yo soy extranjera, una ybarisana que ocupa un puesto de poder isloriano. Reprimo la sonrisa con dificultad.

Las mujeres que rodean a Saoirse cruzan miradas nerviosas. Saben perfectamente, al igual que todos en la corte, lo que persiguen tanto Lord Adley como su hija.

Saoirse alza el mentón.

—No he oído que nadie sugiera una cosa así.

A mi lado, Annika suelta una carcajada.

—Me temo que tus fuentes no son fiables.

—Me atrevería a decir que sí lo son —los ojos de Saoirse se detienen en mi hombro, y me planteo si sabrá lo del ataque del daaknar o si estará intentando jugar conmigo.

A mí se me daba muy bien jugar con la gente, en mi antigua vida. Era una habilidad necesaria junto al robo: asumir identidades falsas, ganar la confianza de las personas. El objetivo final siempre tenía el símbolo del dólar grabado. Aquí el juego consiste en obtener información y ver qué cartas tiene el adversario sin que se dé cuenta. En todo caso, la forma más rápida de obligar a alguien a mostrar su mano siempre es un farol. Puede que sea eso lo que está haciendo.

Desgraciadamente para ella, tengo bastante experiencia con eso.

—Entonces, supongo que esas fuentes habrán confirmado que cierto estimado miembro de la corte ha sido visto en compañía de un ybarisano y, teniendo en cuenta que el merth licuado solo lo ha podido traer alguien de Ybaris, lo lógico sería sospechar que ese cortesano en particular estuvo implicado en el envenenamiento de Lord Quill. ¿Me equivoco, Annika?

Ella desorbita los ojos, pero inclina la cabeza rubia.

—Mi hermano, el rey, quedó absolutamente horrorizado al descubrir el nombre del conspirador.

—¿Quién es? —explota una morena esbelta antes de apretar los labios, como si se arrepintiera.

—Oh, no podemos decir nombres. Todavía no —la expresión de Annika es magistral—. ¿Verdad, Romeria?

Pongo la misma cara que ella.

–No, desde luego que no, hasta que el rey decida cómo desea proceder. No vamos a arrebatarle ese placer.

–A diferencia de los ybarisanos, los islorianos no gobiernan en base a rumores –sentencia Saoirse, con la barbilla cada vez más alta; pero capto en sus ojos negros como el carbón un destello leve, velocísimo.

–Yo no los llamaría rumores, dado que proceden directamente de la fuente.

Abre los ojos de golpe antes de controlar la expresión.

–¿Los prisioneros han confesado?

Vacilo. No estoy muy segura de hasta dónde llevar el farol.

–Alteza, os recuerdo que el rey solicitaba vuestra presencia a estas horas –la voz de Elisaf corta la tensión en seco, como si hubiera blandido su espada en el aire. A lo lejos suenan las campanadas.

–Un placer, como siempre, Saoirse –se despide Annika, alejándose. La sigo a toda velocidad, sin volver la vista.

–¿Zander quería verme? –musito.

–No os ha convocado, no –Elisaf curva los labios–. Pero supongo que querrá enterarse de la que acabáis de liar en compañía de su hermana.

Rememoro toda la conversación, intentando localizar si he metido la pata en algo.

–Solo quería averiguar qué sabe. Y callarle la boca.

Annika se ríe.

–Creo que me desagrada menos esta versión de Romeria que la anterior.

–¿Gracias? –Pero estoy preocupada–. ¿Crees que a Zander volverá a estallarle la vena de la frente?

Elisaf ensancha la sonrisa.

–Es muy probable, alteza.

Oigo metal entrechocando y gritos mientras dibujo el ojo izquierdo de Korsakov, ligeramente más alto que el derecho, con el párpado caído por culpa de una cicatriz de diez centímetros que tenía en el borde. Nunca tuve el valor de preguntarle cómo se la hizo. A Korsakov no le gustaban las preguntas.

Capto ruido de pisadas que vienen de la terraza de Zander. Siempre se mueve como un fantasma; jamás emite un sonido, pero sé que es él.

Llevo una hora esperándole, desde que Elisaf me dejó en mis habitaciones, a cada instante con más ansiedad, sin dejar de pensar en lo enfadado que estaría por haber provocado a Saoirse. Que ahora oiga sus pasos lentos y medidos debe ser intencionado. Hay dos posibilidades: que no quiera asustarme.

O justo lo contrario.

—¿Qué tal el paseo por los jardines? —su voz suena tensa e irritada. Se me dispara el corazón, y me temo que no es solo por la ansiedad.

—Encantador, gracias por preguntar.

Si está enfadado conmigo, mi respuesta solo lo enfurecerá aún más, pero soy incapaz de evitarlo.

Se queda parado frente a la barandilla y contempla la pista de entrenamiento.

—¿Algo de interés?

¿Aparte de haber descubierto que Malachi espera que me ofrezca en tu piedra sexual bajo la luna de sangre delante de todo el mundo? Lucho por eliminar la imagen mental.

—Los cisnes.

—Los cisnes —repite.

—Sí. Ya sabes, pájaros elegantes con el cuello largo que flotan en el agua.

Noto su mirada fija mientras perfilo el gancho de la nariz torcida de Korsakov. No había vuelto a pensar en él desde que llegué aquí, pero en cuanto me senté con el lápiz en la mano sentí la imperiosa necesidad de dibujarlo. Es una conexión con mi vida anterior, quizás un recordatorio. Soy incapaz de decidir si la situación en la que estoy es mejor o peor.

—Qué raro. Estaba convencido de que la mejor parte fue cuando te inventaste una historia para acusar a un miembro de la corte de haber conspirado con los ybarisanos en el asesinato de Lord Quill.

Al menos ha ido directo al grano.

—Es la verdad, ¿no?

—Esta es la corte isloriana. No manipulamos la verdad a menos que sea de utilidad —su tono es demasiado tranquilo; creo que preferiría que me gritara—. No tenemos pruebas de que haya una conspiración con los ybarisanos. Especialmente cuando los prisioneros no han dicho una sola palabra —cruza los brazos y se cierne

sobre mí–. Pero ahora varios cortesanos insisten en que haya un juicio público y nombren al inculpado para que pueda defenderse de una acusación tan terrible.

–Doy por sentado que Adley encabeza esa petición.

–No te equivocas.

Dejo el grafito en la mesa.

–Bien. Ya que estamos, podríamos sacar a relucir lo que hace con los niños humanos en Kettling –declaro con una sonrisa mordaz.

Zander suspira hondo.

–¿Es que no entiendes el problema?

–¿Que los prisioneros no abren la boca?

–Sí, ese es otro problema importante –zanja secamente–. ¿Y qué crees que dirán, si finalmente hablan gracias a la dedicada atención de Abarrane y sus cuchillos? ¿A quién crees que acusarán de la muerte del rey Eachann y la reina Esma? –me mira fijamente.

–¿A mí? Pero yo soy ybarisana como ellos.

–Y posiblemente te consideren una traidora, especialmente después del elocuente discurso que diste en la sala del trono. No podemos arriesgarnos a que suceda eso. Así que no, no queremos que hablen. Nunca. No en público y, desde luego, no ante la corte.

Maldigo entre dientes. A lo mejor no soy tan buena como creía estafando a la gente.

–Para alguien que se aferra tanto a la vida, da la impresión de que no quieres sobrevivir.

–Pero eres el rey. Tú decides mi futuro.

–Perderé la lealtad de muchos, Lord Telor incluido, si se descubre que estoy poniendo en el trono a la asesina de mis padres. Mis razones no importarán.

–Siento decirlo, pero ni yo entiendo los motivos.

–Porque no tienes suficiente información y no pienso darte explicaciones –dice secamente, apretando los dientes–. Tu ataque contra Cirilea demostró a mis enemigos que era posible derrotar a la familia real sin necesidad de un ejército. Los ha envalentonado. ¿Qué crees que pasará si pierdo el trono? ¿Qué te pasará a ti? Adley no tiene simpatía alguna por Ybaris. No te liberará. Te enfrentarás al destino que intentas evitar con desesperación.

No puedo evitar estremecerme al recordar las piras.

–¿Crees que es lo que hará Tyree? ¿Acusarme a mí?

–Creo que no tenéis una relación muy estrecha, pero puede que lo que me dijiste formara parte del teatro. Yo no confiaría en él, especialmente si cree que has traicionado su reino.

–Razón de más para dejarme hablar con él, entonces. Para eso estoy aquí, Zander. Úsame o esta farsa carece de sentido.

–Estoy de acuerdo. Por eso vamos a verlo.

Titubeo. No me esperaba esa respuesta.

–¿Cuándo?

Se queda mirando mi boceto. Frunce el ceño con curiosidad, pero no dice nada. Agarra la capa que dejé en el respaldo del sillón.

–Ahora.

Se me encoge el estómago mientras me levanto. Extiendo la mano para agarrar la tela traslúcida, pero se me adelanta y me la coloca en los hombros.

–Gracias –murmuro. Le echo un vistazo; sus ojos son ilegibles mientras ata el lazo dorado. Su mirada me intimida y tengo necesidad de llenar el silencio–. Dicen que tienes una biblioteca.

–Sí –vacila–. ¿Te gustaría leer algo?

Todo. Sobre los Destinos, la Gran Grieta, las ninfas míticas y su magia.

–Algo sobre la historia de Islor.

–Elisaf te puede acompañar –roza con los dedos mi clavícula y el contacto fugaz me provoca un escalofrío.

–Para.

–¿El qué? –pregunta con inocencia fingida.

–Para de alimentar tu ego masculino –noto las mejillas calientes–. No me gusta.

–Entonces, te sugiero que aprendas a contener esas reacciones –me ofrece el brazo–. ¿Vamos al calabozo?

Tras un instante de vacilación, rodeo con la mano su bíceps.

Capítulo 22

El trayecto hasta las mazmorras es arduo y largo. Pasamos por una docena de corredores y bajamos unas escaleras de caracol desiguales que podrían ser letales: están abiertas por un lado y las antorchas esporádicas iluminan el abismo. El camino parece diseñado para morir en el intento de llegar a los calabozos. Me aferro al brazo de Zander sin disimulo; no me apetece descubrir qué hay al fondo del pozo.

—Majestad —un guardia se inclina profundamente antes de abrir la pesada y chirriante puerta de hierro.

De inmediato me ahoga el hedor a moho, orina y óxido, y oigo un concierto de gemidos débiles.

Zander se libera de mi brazo y me pone una mano en la espalda, empujándome para que cruce el umbral. Agarro el borde de la pelerina y me tapo la nariz para mitigar el olor y contener las arcadas mientras avanzo por el oscuro pasillo. Hay celdas alineadas a ambos lados, cerradas, con pequeños ventanucos enrejados en las puertas. Las toses ruidosas que vienen de todos los rincones provocan lástima y me hacen rechinar los dientes.

¿Qué han hecho para acabar ahí? ¿Se lo merecerán?

Avanzo en silencio por el corredor. No quiero que me oigan ni ver sus rostros desdichados. Hay ratones correteando por las esquinas, que salen y entran por los agujeros de la piedra.

A medio camino nos encontramos con dos hombres que visten un atuendo de cuero igual que el de Abarrane. Uno lleva tres trenzas rubias como ella; el cuero cabelludo del otro ha conocido el filo de la espada. Sin duda son guerreros de élite de la Legión. Agachan la cabeza y se hacen a un lado, pero guardan silencio a nuestro paso y su expresión es inescrutable.

Zander me detiene, agarrándome de la muñeca, y me susurra al oído.

—La única ventaja que tenemos es que no sabe a qué atenerse contigo.

Ventaja que podemos perder en un abrir y cerrar de ojos. Noto una oleada de adrenalina y hago acopio de valor. Esta era mi especialidad: sonsacar información a gente que desconocía mis intenciones. Pero en mi ciudad yo estaba en mi propio elemento. Este es otro mundo, literalmente. Allí era una extraña en medio de un enjambre de millones de desconocidos. No era nadie, parecía inocente y bastaba con soltar nombres para crear sensación de familiaridad o de miedo. Llevo fuera de juego desde el mismo instante en que Sofie se sentó a mi lado en la barra del bar y ahora tengo que fingir que soy la hermana de ese hombre. Ni siquiera sé quién era la princesa Romeria, cómo era de verdad. Todo lo que sabemos de ella no es más que una fachada.

–Tiene que creer que has conseguido llegar hasta aquí tú sola –musita Zander, y asiento sin atreverme a hablar–. La última celda de la derecha.

Dejo a Zander ahí y contengo la respiración mientras avanzo. A cada paso hay mayor silencio. Cuento nueve celdas más antes de llegar a la última. El pasillo se cierra; no hay salida al otro lado. Me asomo a la oscuridad del ventanuco enrejado, pero todo está negro, a pesar de la antorcha que hay junto a la puerta.

–¿Tyree? –susurro. Nada–. Tyree... –jadeo cuando aparece un rostro masculino ensangrentado y sus ojos azules me observan fijamente.

–Creía que nunca aparecerías –los dedos sucios, con las uñas mordidas, aferran los barrotes. Mira a mi espalda, en busca de guardias o acompañantes–. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Me da un vuelco el corazón.

–Aún tengo un amigo o dos. –Una mentira que no puede contradecir. No tiene muy mal aspecto; no parece que le hayan torturado–. ¿Te han hecho daño?

–¿Que si me han hecho daño? –sisea, levantando el brazo; me muestra un corte reciente en el bíceps–. Todas las mañanas me despierta el tajo de ese maldito demonio, para debilitarme.

–Abarrane –pongo una mueca–. Es terrorífica.

La empatía siempre es la forma más rápida de tranquilizar a alguien y hacerle sentirse cómodo para que suelte la lengua.

–Ayer se llevaron a Rodrick y Kieve y aún no los han traído. ¿Siguen vivos? –la voz de Tyree es baja y habla muy deprisa.

–Hasta donde yo sé, sí. –No aparto mis ojos de los suyos, conteniendo el impulso de girarme para buscar a Zander entre las sombras. Siento su presencia y su mirada acerada fija en mí. Está aguzando el oído en busca tanto de información como de pistas de que yo le esté engañando. Zander tiene razón: si se entera de que no estoy

sola, Tyree no dirá una palabra. El truco es hablar lo menos posible–. No tengo mucho tiempo...

–Tienes que sacarnos de aquí. Tenemos mucho trabajo que hacer.

–Lo intento, pero no es fácil. No confían en mí.

–Al parecer, les has convencido de que eres una víctima.

Esa frase destruye toda esperanza de que la princesa Romeria fuera inocente. Se merece toda la ira de Zander.

–No todos.

–El rey sí.

–No del todo, me temo.

Se echa hacia delante y pega la frente contra los barrotes.

–Dijiste que lo tenías todo dispuesto esa noche.

–Sí. Pero las cosas se torcieron.

–Madre ha mandado un mensaje. Está disgustada por nuestro fracaso.

La reina Neilina envió a sus hijos al país enemigo para que se hicieran con el trono. ¿Su hijo estaba a la fuga y su hija asesinada, y lo que dice es que se siente decepcionada? Contengo el asombro.

–Mató a nuestro padre.

–A mi padre. Y sí, ya sabíamos que lo acabaría haciendo. Ese débil patán hubiera acabado rindiendo Ybaris a los pies de esos demonios. –Mantengo una expresión neutra. Su padre. ¿No de Romeria?–. Te creíamos muerta.

–Obviamente, no lo estoy.

–¿Ianca se ha puesto en contacto contigo?

–Ianca... –repito, memorizándolo y asegurándome de que Zander lo ha oído–. No.

¿Será el traidor que se oculta en el castillo?

–Ianca se ha fugado, y no lo ha hecho sola. Otra la acompaña y han recibido ayuda de los invocadores. Han cruzado a Skatrana, así que suponemos que estarán de camino hacia aquí –masculla casi para sus adentros.

Entonces, no es el traidor del castillo. ¿Alguien de Ybaris? No puedo preguntar quién es esa mujer; se supone que la princesa Romeria ya lo sabe.

–¿Va a venir aquí?

Oigo voces al otro extremo de las celdas. Alguien exige que le dejen pasar. Creo que es la voz de Atticus; me sirve de excusa para volver la vista. Diviso a Zander oculto y vuelvo a clavar los ojos en Tyree. Se está acabando el tiempo rápidamente; tengo que sonsacarle todo lo que pueda.

–Los frascos...

–Se están distribuyendo mientras hablamos.

Se me dispara el corazón.

–¿Cuántos están en circulación?

–Menos de los que esperábamos. Entregamos el último que teníamos en Bellcross, pero desplazarse entre estos demonios es más difícil de lo que esperábamos. Son capaces de olernos desde el otro extremo de una habitación.

No sé si será una forma de hablar. Me reservo esa pregunta para Zander. Ahora tengo que centrarme.

–El objetivo eran los tributarios –declaro sin alterar la voz; no es una pregunta sino una afirmación.

–Tributarios, cocineros, herreros... Cualquiera que esté dispuesto. Están hartos de que les arrebaten a sus hijos.

Cualquiera que esté dispuesto. Entonces no es que hayan contaminado la sangre de unos tributarios determinados sin que estos lo sepan. Están buscando humanos dispuestos a tomar el veneno voluntariamente.

–¿Qué pasó en Bellcross?

–La juzgamos mal –se encoge de hombros–. ¿Es cierto lo que se dice: que te vas a casar con el rey?

–Sí. El próximo Hudem.

–Entonces, ese idiota sigue loco por ti, a pesar de todo lo que has hecho –se ríe de forma siniestra–. Obviamente aún no ha intentado alimentarse de ti.

–No.

¿Tyree sabe lo de la invocación de Margrethe? A menos que... los rumores sean ciertos y no fuera Margrethe quien lo invocó.

–Tengo que volver con los hombres.

–¿Dónde están?

–Siguen en las montañas, esperando mis órdenes. Tienes que sacarme de aquí.

Zander tenía razón. Están escondidos al norte de Lyndel.

–Lo intento, pero mataste a Quill y ahora es todo mucho más difícil. La guardia real está por todas partes.

Tyree frunce el ceño.

–¿A quién?

–Lord Quill, de Innswick. Fue envenenado anoche, aquí mismo, en los jardines reales.

–No hemos sido nosotros. No habíamos vuelto a Cirilea. Demasiado arriesgado.

–¿Y Kettling?

A lo mejor Adley consiguió un frasco en su propia ciudad.

Niega con la cabeza.

–El río es demasiado grande y está muy vigilado. ¿A quién más le diste un vial?

Titubeo y me doy cuenta de que he cometido un error. Lo veo en cuanto entrecierra los ojos.

–Algo va mal. No pareces tú misma –observa mi rostro–. ¿Qué te han hecho?

Maldigo para mis adentros. Si las mentiras y la ambigüedad no funcionan, tal vez me sirvan las medias verdades.

–Es la invocación. Tengo blancos en la memoria.

–¿Blancos, cómo?

–Grandes.

Las voces del corredor suenan más alto.

–Entonces –Tyree vacila–, tienes que buscar a Ianca. Ella es la única que podría explicar eso.

–¿Por qué?

–Fue ella quien invocó a Aoife para ti. Pero asegúrate de matarla después de sacarle toda la información…

–¡Zander, tenemos que hablar! –ruge Atticus.

Tyree vuelve la cabeza un instante antes de volver a mirarme. Su expresión cambia por completo: de la cautela a la desconfianza total.

Lo he perdido.

–Está aquí, ¿verdad? Escuchándonos. Él te ha traído aquí.

Lo siguiente pasa muy deprisa.

Hay suficiente espacio entre los barrotes para que Tyree pase el antebrazo. Me agarra de la nuca y tira de mí hacia delante hasta que estrella mi cabeza contra los hierros. Noto un dolor agudo en la nariz y el ojo izquierdo.

–¡Traidora! –grita Tyree. Su escupitajo me salpica la mejilla.

De pronto me suelta, gritando, y recula hacia atrás. Una llamita naranja ha saltado a su pantalón.

Zander se alza a mi lado.

–¿Quién ayudó a Romeria a envenenar a los reyes? –exige con una mirada fría y letal.

Tyree se golpea el muslo con las manos, intentando apagar el fuego.

—¿Quién colaboró con ella dentro de estos muros? —ruge Zander mientras la llamita se divide y multiplica hasta que el fuego engulle la ropa deshilachada. En cualquier momento llegará a la carne y comenzarán los gritos espeluznantes.

Regreso al instante al bosque de las afueras de la ciudad, hace años, a la pira y los terroríficos gritos de una mujer.

—Para —suplico con la voz estrangulada y el estómago revuelto. Zander va a acabar quemándolo vivo en la celda.

El rey me ignora.

—¿Lord Muirn?

—Un títere ávido de poder —sisea Tyree.

—¿Adley?

—¡Antes muerto que confiando en un isloriano!

La peste de la carne quemada me provoca arcadas. Noto que se me doblan las rodillas; no voy a tardar en desplomarme. Le aprieto a Zander el antebrazo con todas mis fuerzas.

—Por favor. Para.

Es casi un susurro, pero Zander por fin parece fijarse en mi presencia; lo noto en sus ojos. Extingue las llamas.

Tyree se derrumba en su celda.

—Parece que no necesitas a Abarrane para los interrogatorios —declara Atticus a nuestra espalda, arrugando la nariz con desagrado. Los guerreros le han dejado pasar, pero le siguen de cerca.

Zander me mira atentamente, con el ceño fruncido. No sé si es porque tengo la cara destrozada o porque estoy aterrorizada; por fuerza se me tiene que notar.

—Hermano...

—¿Qué haces aquí? —le espeta Zander.

Atticus levanta dos rollos de papel.

—Mensajes de Meadwell y Hawkrest.

—¿Y no podían esperar?

Atticus se encara con él.

—No, no podían, majestad —su voz es sarcástica y parece furioso.

Creo que tengo la nariz rota y se me está hinchando el ojo. Noto un reguero de sangre que no cesa de correr sobre mis labios. Zander se vuelve hacia mí y noto una extraña calidez en su mirada.

—Hay que curarte eso —susurra, pasándome el brazo por los hombros en un gesto protector. No me resisto; tengo demasiado dolor.

Los guerreros de la Legión se hacen un lado para abrirle paso.

–¿Y él? –pregunta Atticus, señalando la celda.

–Se curará. Con el tiempo.

Con un encogimiento de hombros, Atticus echa a caminar delante de nosotros. El jaleo ha despertado a los prisioneros y los rostros mugrientos asoman entre los barrotes. Los ojos desesperanzados observan mi cara ensangrentada.

–¿Le has sacado algo? –pregunta Atticus.

–Nada de utilidad –contesta Zander sin dejar de caminar.

Yo creo que ha dicho cosas muy útiles. No obstante, supongo que es mejor hablar del tema cuando no haya docenas de oídos que puedan enterarse.

Zander se vuelve hacia los soldados de la Legión.

–Llevadlo al torreón. Nadie debe visitarlo ni hablar con él a menos que yo esté presente. Bajo ningún concepto. Nadie.

Atticus me echa un vistazo por encima del hombro.

–¿Vas a hacerla recorrer el castillo con ese aspecto?

Zander suspira, resignado.

–No.

Atticus le hace un gesto con la cabeza al guardia cuando pasamos la puerta, pero, en lugar de subir por las escaleras, lleva la mano a la panoplia que hay en la pared. Se abre con un chirrido.

A pesar de lo mucho que me duele la cara, no puedo contener la emoción. ¡Es un pasadizo secreto!

–Dile a Elisaf que busque a Wendeline –le pide Zander a su hermano antes de guiarme al interior. A nuestra espalda se cierran las puertas con un ruido seco y quedamos sumidos en la oscuridad absoluta. El aire está húmedo por la falta de ventilación, pero es curiosamente frío.

–No ves nada en absoluto, ¿no? –pregunta Zander.

–No, claro –sería imposible, aunque no tuviera un ojo hinchado–. ¿Tú sí?

–Ya te lo dije: los islorianos son muy superiores a los ybarisanos –sentencia. Jadeo de sorpresa cuando el suelo desaparece bajo mis pies: me ha cogido en brazos–. No me apetece tardar todo el día en arrastrarme entre los muros –me aprieta contra su pecho–. Pégate a mí; el pasadizo es estrecho.

Me hago un ovillo mientras avanzamos a un ritmo acelerado.

Ver en la oscuridad completa... me recuerda la facilidad con la que Sofie recorrió las escaleras de caracol hasta su cripta. De hecho, hay muchas más similitudes: su velocidad, su forma de moverse, su afinidad con el fuego. Me quedo pensativa; me

dijo que podía recorrer esas escaleras con los ojos vendados porque las subía y bajaba a diario, pero ¿y si es por otro motivo? Por fuerza tiene que ser una elemental. Pero ¿y si es algo más?

¿Sofie podría ser como Ailill? ¿Una elemental inmortal, ligada a Malachi? Explicaría la forma en la que hablaba de su marido, como si llevara sin verlo décadas... o más.

—¿Qué te preocupa? —me pregunta Zander.

Detesto que sea capaz de notarlo; hasta el mismo acto de pensar pasa a ser peligroso. Además, estoy empezando a cansarme de guardar el secreto. Tal vez debería decirle quién soy de verdad. Tal vez Sofie solo estuviera siendo paranoica o me estuviera engañando, como lo hizo con la piedra.

O tal vez, si le confieso a Zander la verdad, todo se tuerza, justo ahora que las cosas no van demasiado mal entre nosotros. Podría ser mucho peor; tengo que admitirlo, a pesar del aprieto en el que estoy. Necesito entender qué soy y cuál es mi propósito aquí antes de confiarle la verdad a nadie.

Tengo que encontrar a Ianca.

—Solo me preguntaba cuántas veces me habrás espiado en la oscuridad.

Noto la vibración de su risa suave contra mi cuerpo.

—Alguna vez, pocas. Y tú fuiste la que me espió desde la terraza a mí.

—No estaba espiando... —murmuro débilmente, apoyando la parte de la cara que no tengo herida contra su cuello.

Inhala profundamente y recuerdo de pronto lo que dijo Tyree.

—¿Sois capaces de oler nuestra sangre desde el otro extremo de una habitación?

—Eso es una exageración.

—¿Es cierto o no?

—Sí.

—¿Y a qué huele?

Lo único en lo que puedo pensar es en el despacho al fondo del almacén, con las paredes salpicadas de sangre. El aire estaba teñido con un leve olor metálico.

—Huele a miel con un toque especiado. Como la esencia de neroli de las flores de azahar.

—¿Es agradable, entonces?

Vuelve a tomar aire, como si le estuviera incitando a hacerlo.

—Deja de hablar. Estás herida.

Y me duele de veras.

—¿Cómo pudo hacerme tanto daño de un solo golpe?

—Tu especie es más débil que la mía, pero sois fuertes.

No me siento muy fuerte ahora mismo. Me centro en respirar; estoy deseando que Wendeline me alivie el dolor de alguna forma.

Zander reduce la velocidad y me recoloca en sus brazos. Suena un fuerte chasquido y un golpe y, después, un chirrido de piedra contra piedra. Creo que hemos atravesado otra compuerta que también se cierra a nuestras espaldas. El sonido me recuerda al de los bancos de la iglesia cuando rechinaban contra el suelo.

—No le digas a nadie ni una palabra de lo que te ha contado Tyree. A nadie. Tengo que pensar primero.

Murmuro un «sí» mientras subimos unas escaleras; me da la impresión de que son muy empinadas y sinuosas, pero Zander no baja el ritmo, no jadea. No noto ninguna señal de agotamiento mientras subimos más y más y más.

Tira de otra palanca. Oigo un chirrido metálico y un ruido sordo de piezas que encajan y entramos en un dormitorio.

En mi dormitorio.

Capítulo 23

–Como nueva. Mucho más sencillo de curar que las heridas que sufristeis antes –Wendeline levanta el espejo frente a mí.

Arrugo la nariz y la muevo. Salvo la tirantez que me ha prometido que desaparecerá mañana y la sangre seca de los labios y la barbilla, no hay señal alguna de que hace unas horas mi querido hermano me haya partido la cara.

–Gracias –sonrío con sinceridad a la sacerdotisa.

Me devuelve la sonrisa, pero se la ve agotada tras la curación. Tiene los párpados caídos y el blanco de los ojos teñido de rojo.

–Os habríais curado sola más o menos en una semana, pero me complace haber acelerado el proceso.

Con once años, me rompí el tobillo jugando al fútbol. Tardó en curarse un mes. Por más que me cueste darle la razón a Sofie, es cierto: este cuerpo élfico es superior al humano que he dejado atrás.

–Siéntate y bebe un poco de té, sacerdotisa –ordena Corrin, señalando la bandeja junto al sofá y la tetera que trajo cuando Wendeline empezó a trabajar–. Vamos a adecentaros un poco –trae una palangana con agua, la deposita en la mesilla y empieza a limpiar las manchas de sangre con un paño húmedo. Los toques son suaves, casi maternales. Por una vez, no protesto ni le doy las gracias: no puedo dejar de pensar en mi cama y en el pasadizo secreto que ahora sé que hay justo detrás. Zander era reacio a revelármelo. No le culpo. No tengo ni idea de cómo se pondrá en marcha el mecanismo desde aquí, pero estoy decidida a descubrirlo.

–Espero que la visita a vuestro hermano haya merecido la pena –pasa el paño bajo mi nariz.

–Veremos qué piensa Zander.

Es la respuesta menos comprometida; no revela nada.

Suena un fuerte golpe en la puerta y acto seguido oigo la voz de Elisaf, que retumba en el cuarto de estar.

–¡Alteza, la costurera Dagny solicita audiencia!

Una audiencia. Como si yo fuera alguien importante. Me pregunto si algún día me acostumbraré a esto.

–¿Y ahora qué quiere? –bufa Corrin, parando de limpiarme la sangre. Se incorpora y se acerca a la puerta–. Su alteza recibirá a Dagny en la sala de estar en breve. Mientras tanto, para de gritar como si llamaras al ganado. Ten modales –le regaña antes de cerrar de un portazo–. Una princesa manchada de sangre es un cotilleo fantástico, y esa mujer está siempre de cháchara; conoce absolutamente a todo el mundo –me pasa el paño por el cuello y el pecho.

Dagny no puede ser tan mala.

–¿Y no has probado a pedirle que no diga nada?

Corrin resopla.

–Sería como echarle un fardo de heno a un caballo y pedirle que no coma. Rápido, poneos un vestido limpio.

–¡Alteza! ¡Tengo una noticia fantástica! –anuncia Dagny, con una genuflexión tan pronunciada que roza con la rodilla el suelo de piedra–. *El Mago Plateado* ha llegado a tiempo para la feria. Ya he avisado a Odier de que iré a su caseta al amanecer para ver las finas sedas que me prometió. Su alteza debería verlas antes que nadie, así que he pensado que podríais acompañarme. Así podríais escoger lo que prefiráis para vuestros diseños, o para el vestido de novia.

–¿Ir al mercado?

–¡Sí, alteza! A primera hora de la mañana, antes de que las calles se llenen de gente. Es el mercado más importante del año; diez días en los que viene gente de todas partes de Islor para comprar y disfrutar de los deliciosos manjares. Hay músicos callejeros, actores disfrazados... Las tiendas de telas estarán especialmente solicitadas.

–Me encantaría...

–¿La futura reina mezclándose con los plebeyos? –exclama Corrin–. ¿Es que te has vuelto loca?

Dagny menea la cabeza.

–Se me ocurrió... Qué tontería, claro. A Albe le encanta repetirme que soy boba...

–No es ninguna tontería, Dagny –fulmino con la mirada a Corrin, que levanta la barbilla con tozudez, pero no dice nada–. Me encantaría ir. A ver cómo se puede hacer...

Dagny sonríe.

–Además, tomad. Os he traído esto –recoge un montón de telas dobladas del sofá y me las entrega–. Hice una distinta de cada tela fina que encontré.

Acaricio con los dedos las pelerinas de distintos colores, materiales y estilos. Unas son sencillas y sin adornos; otras están profusamente decoradas con bordados y encajes. Cuento doce en total.

–Son preciosas... Es... ¿Cómo las has hecho tan rápido?

Y a mano.

Sus mejillas se vuelven rosas.

–Ah, esto es muy fácil de hacer. No es nada. Además, tengo ayudantes entusiastas, deseosas de aprender y de poder coser algo que vaya a lucir su alteza. Pero no os preocupéis: estuve encima de ellas como una gallina clueca, para asegurarme de que todo quedaba impecable. Nada más que lo mejor de lo mejor para nuestra futura reina.

–Estoy convencida de que están perfectas. Dales las gracias.

Corrin se lanza a quitarme las capas de las manos.

–Las colgaré en vuestro vestidor. Si no necesitas nada más, Dagny... –la despide, entrando en la otra habitación.

–Será mejor que siga trabajando en vuestro vestido, alteza –Dagny echa a andar con un decidido movimiento de caderas.

De pronto se me ocurre algo. Seguramente esta sea mi única oportunidad. Me levanto y la agarro del brazo.

–Dagny –vuelvo la vista para asegurarme de que Corrin no me oye–. ¿Conoces a una tal Ianca?

–No me suena...

Si Corrin estaba en lo cierto, Dagny la conocería si estuviera aquí, a no ser que use un nombre falso.

Titubea y echa un vistazo hacia la puerta de mi habitación antes de susurrar:

–¿Queréis que pregunte por ahí?

Esto es lo contrario de lo que me pidió Zander, pero sé que es lo más inteligente. Puede que nadie se fíe de los cotillas, pero cuando ocurre algo raro o sospechoso, se

acude a ellos para averiguar detalles y comparar historias, y a veces se les puede sacar información importante. Como lo de la tributaria de Bellcross asesinada por Tyree. Esa información, por sí sola, no es más que un trágico suceso. Si le sumamos que Tyree estaba poniendo en circulación viales de veneno, hay algo más profundo debajo.

Apuesto a que Dagny es mucho más perspicaz de lo que cree Corrin y tiene un montón de contactos que puedo aprovechar, pero, aunque me equivoque, extenderá rápidamente la noticia de que la princesa Romeria está buscando a una tal Ianca. Con suerte, el rumor llegará a la propia Ianca, si es que se encuentra en Cirilea.

Si ella fue quien invocó a los Destinos por mí, podría tener respuestas a todas mis preguntas. Preguntas que preferiría hacer sin que Zander estuviera presente.

–Si no te importa... Pero sé discreta.

–Sí, por supuesto, alteza. Soy famosa por mi discreción.

Aprieto los labios para no reírme.

Con otra reverencia y un último vistazo a mi dormitorio, como si sospechara que Corrin no aprobaría mi petición, se apresura a salir por la puerta.

Zander está fuera, hablando con Elisaf.

–¡Ay, majestad! ¡No os esperaba! –exclama Dagny, sorprendida. Tropieza al hacer una reverencia–. ¡Os deseo que tengáis un buen día!

Sin esperar respuesta, se marcha.

Los nervios de Dagny provocan una risa perezosa en el rey mientras la ve alejarse, y sonrío al escuchar el agradable sonido. *Los humanos son absurdamente fáciles de leer*, dijo. ¿Qué habrá notado ahora en su pulso? Nada preocupante, obviamente. Si hubiera notado malas intenciones u odio, lo sabría. Se puede dar por sentado que Dagny no era quien conspiraba contra la familia real.

Pero ¿y si nadie colaboraba con la princesa Romeria? No de forma deliberada. Dagny no tiene ni idea de por qué busco a Ianca, pero se ha ofrecido a ayudarme porque voy a ser reina y, no sé por qué, confía ciegamente en que tengo buenas intenciones.

¿Y si todas las maquinaciones de la princesa hubieran sido así? ¿Y si utilizó a gente que confiaba en ella para conseguir sus espantosos objetivos sin que sospecharan nada? ¿Y si el rey está persiguiendo a un fantasma?

Zander se gira a tiempo para captar mi sonrisa y mantiene la expresión afable en el rostro. Le dirige unas palabras rápidas a Elisaf, entra en la estancia y se dirige a mí.

–Wendeline hace maravillas, ¿eh?

Se ha quitado la túnica blanca porque probablemente estuviera manchada con mi sangre, y se ha puesto una negra. Se me acerca tanto que invade mi espacio personal y observa mi rostro.

–Mucho mejor. Salvo... –la yema del pulgar frota un punto bajo mi oreja–. Se ha dejado una manchita –susurra.

De sangre, supongo.

Controlo la respiración para que no se me dispare el pulso, pero el brillo cómplice de sus ojos indica que ya me ha delatado.

–¡No he hecho tal cosa! –exclama Corrin, indignada, saliendo del dormitorio. Le hace una reverencia al rey, sus ojos van de él a mí y se aclara la garganta–. Si no se os ofrece nada más, he de ocuparme del personal de las cocinas. Entre la cacería real y el día del torneo, estamos desbordados.

No sé cuántas tareas tendrá Corrin, pero me da la sensación de que su trabajo consiste en soltar órdenes y hacer que los demás las cumplan.

Zander aparta la mano y noto intensamente su ausencia.

–¿Necesitas algo más, Romeria?

–Yo... no... –trago saliva, sonrojada. ¿Desde cuándo Zander me pregunta?

–¿Wendeline sigue aquí?

–Está recuperando fuerzas en la alcoba de su alteza –asiente Corrin antes de marcharse.

–Majestad –le saluda Wendeline desde el umbral, apoyada en el marco de la puerta, como si intentara mantener el equilibro para hacerle una reverencia.

–No hacen falta cortesías, Wendeline. Sé que estás agotada. Tenemos mucho de lo que hablar y creo que podrías ayudarnos –señala los asientos–. Por favor, sentaos. Ambas.

Ha dicho «por favor», pero sé que no es una petición.

Wendeline asiente y se acomoda en el sillón. Yo tomo asiento frente a ella. La tensión que siempre se respira en torno a Zander se puede cortar con un cuchillo. En comparación, los breves instantes justo después de que entrara a mis habitaciones supusieron un agradable respiro.

–¿Qué era tan importante para que Atticus te fuera a buscar a las mazmorras? –Zander retuerce los labios–. ¿En serio? –*¿Sigue sin confiar en mí?*–. Me acaban de partir la cara por ti.

Suspira.

–Noticias de varios tributarios encontrados muertos en pueblos cercanos a Hawkrest y Saltbay. Les cortaron la garganta.

–Como a la mujer de Bellcross.

–Sí –asiente–. La misiva de Lord Rengard decía que era una criatura excepcionalmente tímida y devota; no entendía qué motivos tendría nadie para hacerle daño.

Me observa con atención, como si estuviera dando una pista importante, a ver si caigo en la cuenta.

–La juzgaron mal –repito la razón que dio Tyree cuando le pregunté por qué habían matado a la tributaria. Una criatura devota; devota... a su guardián–. Fue porque no estaba dispuesta a envenenarlo. Los otros también se negarían.

–O averiguaron lo que se traían entre manos los ybarisanos y quisieron delatarlos –arruga el entrecejo–. Pero debo dar por sentado que hay muchos que sí están dispuestos a cooperar.

–Están hartos de que les arrebaten a sus hijos. –Pongo una mueca al comprenderlo. Los ojos curiosos de Wendeline van de uno a otro, pero guarda silencio. Zander se desploma en el exiguo espacio del pequeño sofá, lo que me obliga a moverme para dejarle sitio.

Apoya los codos en las rodillas, se inclina hacia delante y estudia a la sacerdotisa hasta que esta empieza a retorcerse.

Conozco muy bien esa sensación.

–Ianca –dice.

Wendeline continúa callada y de pronto, como si cayera en la cuenta de que el rey espera una respuesta, abre la boca.

–Disculpad, majestad. No os entiendo.

–¿Conoces a alguien que se llame así?

–¿Aquí, en Islor? No, creo que no.

–Una elemental –presiona él–. Una a las órdenes de Neilina.

–Dejé Mordain con diecisiete años y nunca he estado en Argon. Y... llevo aquí veintiocho años. ¿Puedo preguntar de quién estamos hablando?

Zander suspira.

–Es lo que sospechábamos. Margrethe no fue la primera que convocó a los Destinos por Romeria.

Se me abre la boca de asombro.

–¡Ya lo sabías! –O al menos lo sospechaba. ¿Y no me dijo nada? No sé ni por qué me sorprendo ni me enfado: siempre me ha ocultado información y solo la ha

desvelado cuando era necesario. Sin embargo, ardo de rabia ahora mismo.

Él ignora mi reacción.

–Ianca invocó a Aoife.

–Aoife –Wendeline desorbita los ojos–. ¿Contra la voluntad de Neilina?

–Tyree no lo precisó.

–No. Neilina tenía que saberlo –intervengo yo–. Estaba decepcionada por nuestro fracaso, así que, fuera cual fuera el plan, ella formaba parte de él. La parte de la invocación incluida –fulmino a Zander con la mirada.

Wendeline parece sopesarlo.

–Además, Ianca habría necesitado que Neilina le quitara el collar, así que creo que estáis en lo cierto –sus pupilas se desplazan, meditabundas, y acaban posándose en la mesa que está entre nosotros–. ¿Dijo lo que le pidieron exactamente a Aoife?

–No, pero creo que también es lo que sospechábamos –murmura Zander–. En todo caso, no le vamos a sacar más información.

A pesar de lo que me hizo Tyree, me estremezco al recordar el fuego.

–¿Y qué era lo que sospechabais y no me habéis dicho?

Zander tarda en contestar, pero acaba adoptando una expresión resignada.

–Que ya eras un arma cuando llegaste aquí. Un arma de la que nadie podría alimentarse y a la que nadie podría convertir –aprieta los dientes–. Una a la que era imposible resistirse.

La risa siniestra de Tyree se repite en mi mente. *Entonces, ese idiota sigue loco por ti*.

–Hechizado –digo en voz alta. Eso fue lo que dijo Annika. *Un hechizo que hizo que sucumbiera a tu belleza y estuviera ciego ante tu traición*–. Entonces, ¿es verdad?

Le pidiera lo que le pidiera Ianca a Aoife, deseaba que Zander se enamorara de mí, y locamente.

Zander no aparta la vista de la sacerdotisa, pero me doy cuenta de que está ruborizado. Está avergonzado por todo esto.

–Me gustaría saber qué opinas de este asunto. Con sinceridad. Es más una petición que una orden.

Wendeline ya me había dicho que Zander le pedía consejo en muchas cuestiones relacionadas con los invocadores, pero admito que me gusta verle tragarse el orgullo y tomar en cuenta las opiniones de otros más versados. Korsakov jamás le pedía consejo a nadie, y cuando preguntaba a alguien, siempre era parte de un

juego: lo hacía para demostrar que los demás estaban equivocados y que su opinión era superior.

–Si Neilina rompió su propio decreto para invocar a Aoife en favor de Romeria –Wendeline habla lentamente–, podemos asumir con seguridad que lo que haya pedido será perjudicial no solo para vos, sino para todos los inmortales de Islor.

Zander sonríe de medio lado.

–¿Algo como una princesa cuya sangre mataría a cualquiera de los nuestros?

Wendeline me echa un vistazo fugaz antes de responder.

–Sí, algo así. Algo que deberíamos suponer que no sería del agrado de Malachi, ya que sois sus criaturas y le encolerizaría que os debilitara una creación de Aoife –Wendeline frunce las cejas–. Es muy curioso, sin embargo, que respondiera a la invocación de Margrethe y resucitara precisamente esa misma arma.

–¿Por qué lo haría?

–Debe de tener otro uso para ella.

Me quedo ahí sentada escuchando cómo hablan sobre mí como si no estuviera presente. Supongo que es lo mismo que llevan haciendo desde hace semanas mientras yo estaba encerrada y decidían cuál sería mi destino.

–Siempre hay un motivo. Los Destinos no hacen nada sin motivo –se vuelve hacia mí; sus ojos son dulces–. Aunque Malachi no nos devolvió a la misma princesa ybarisana. Nos entregó su versión, y creo que ella no desea haceros ningún daño.

–Pero sigue siendo capaz de hacerlo –murmura Zander mientras se mira las manos.

–Mientras no me mordáis, todos estáis a salvo –replico.

Se le escapa una risa ronca.

–Jamás sucederá; supongo que debo agradecérselo al daaknar.

Wendeline duda antes de seguir hablando; sus ojos van de uno a otro.

–Obviamente, Aoife deseaba utilizar vuestra unión en su propio beneficio, pero Malachi debe de tener sus propios motivos para desearla también.

Me da un vuelco el corazón. Caliente, caliente. Si estoy en lo cierto, lo que busca Malachi es exactamente una unión. Una física, de dos cuerpos, sobre una piedra, bajo la luna de sangre.

–Pero... –el rostro de la sacerdotisa se tiñe de preocupación– si Aoife y Malachi están conspirando el uno contra el otro, tenemos motivos para preocuparnos. Y si Neilina vuelve a invocar a Aoife contra Islor, temo las consecuencias.

–¿Qué me recomiendas? –pregunta Zander, enlazando las manos.

–Podríais decirle la verdad sobre su hija, para que sea consciente del riesgo de llevar a cabo más invocaciones.

–¿Qué otra cosa me recomiendas que no sea entregarle a mi enemiga mortal información sensible que se puede volver contra mí?

Aprieta los labios mientras medita su respuesta.

–En Mordain hay muchos que no son devotos de Ybaris ni de su reina. Consideran que Mordain debería gobernarse a sí misma. Neilina lleva siglos controlándolos. Tiene las gargantas de todos los elementales en su puño, con la excusa de que es lo mejor para todos. Los pueblos de Mordain e Ybaris llevan oyendo desde hace demasiado tiempo un redoble de tambores constante que pregona lo malvado que es Islor. Sus reyes son los que golpean la baqueta, y Neilina ha sido la más insistente de todos. Se ha esforzado mucho en convencer a los ybarisanos de que la culpa de todo la tiene Islor y de que deben tomar sus tierras. Creo que ya va siendo hora de que sepan de la locura de su reina.

–A lo mejor deberían dejar de mandar elementales a Neilina después de haberlos entrenado –murmuro yo.

Wendeline adopta una sonrisa paciente.

–Intentaron liberarse de su yugo en una ocasión. Neilina congeló los puertos entre Ybaris y Mordain, encarceló a todos los invocadores del reino y mató a los que se resistieron. Perdimos a muchos durante esa época... Empleó a quienes le eran leales para buscar a los bebés dotados y entrenarlos. Creyó que no necesitaría a Mordain, que ella sola podría tener elementales. Pasaron treinta años y no consiguió ni uno. Estaba tan frustrada que decidió mandar un mensaje. Comenzó a llenar esquifes de recién nacidos dotados y sus invocadores manipularon el viento para guiarlos por el golfo de Nyos hasta la capital –hunde los hombros–. Ninguno sobrevivió. Tras el tercer barco de niños muertos, Mordain cedió y de nuevo se sometió a Neilina. Había ganado. Preferían plegarse a sus deseos antes que sucumbir a la extinción.

La horrible lección de historia me deja un sabor amargo en la boca.

–Según Tyree, Ianca escapó de Argon –indica Zander, recostándose contra el respaldo.

–No es tarea fácil, a juzgar por lo que he oído del castillo.

–Dijo que contaba con ayuda. Daba la impresión de que no estaba sola –aguarda a que Wendeline hable.

Abro la boca –para añadir que la ayudaron invocadores– cuando Zander me pone la mano en la rodilla. El contacto me paraliza, hace que me quede sin habla y

se me corte la respiración por un segundo.

Wendeline parpadea, pero recupera la compostura rápidamente.

—Probablemente otros invocadores, aunque necesitarían ayuda externa de sirvientes o de guardias. Para que se arriesgaran a provocar la ira de Neilina... tenía que haber una buena razón. Y sería imposible quedarse en Ybaris: la habrían capturado. No creo que Mordain fuera mucho más seguro.

—¿Adónde crees que iría?

—A Seacadore. O aquí.

Capto el suspiro casi inaudible que se escapa de los labios de Zander cuando aparta la mano de mi rodilla. Me percato entonces de que estaba poniendo a prueba a Wendeline.

—Tyree dijo que Ianca vendría a Cirilea y que podría entrar en contacto con Romeria. Insistió en que debía matarla.

Wendeline se queda mirando el estampado de la alfombra mientras asimila la información.

—Sabemos que Margrethe estaba en contacto con alguien de Mordain. Si los escribas pueden contactar con Cirilea, hemos de suponer que también podrían con Argon. Debe de tratarse de una cuestión de vida o muerte para que Ianca escape y viaje hasta aquí. Algo relacionado con vos —vuelve la mirada hacia mí—. Si Ianca está en Cirilea, es importante que habléis con ella antes de matarla. Aunque no recomendaría hacer esto último. Nunca lo recomiendo, como bien sabéis.

—Lo más lógico, teniendo en cuenta que es una elemental en una tierra extranjera, especialmente una como la nuestra, sería que buscara a los de su misma condición —observa Zander, mirándola atentamente. Empiezo a entender sus motivos de sospecha.

También Wendeline, porque se enfrenta a su mirada con una seguridad poco habitual en ella en presencia del rey.

—Soy la invocadora de mayor rango del santuario y no he ofrecido asilo a ningún elemental.

Zander dedica unos instantes a sopesar sus palabras.

—¿Deberíamos temerla?

—¿Vuestra pregunta es si es capaz de invocar a Aoife? No si tiene collar. Más allá de ello, depende de cuáles sean sus intenciones. Pero si huye de las garras de Neilina, sospecho que no.

Asiente lentamente.

—Si no está contigo, debe de estar escondida en alguna parte.

–No olvidéis que el viaje de Argon a Skatrana, después a Seacadore y por último aquí, es muy largo. Tardaría varias semanas. Como mínimo.

–Así que puede que aún no haya llegado a Cirilea.

–Quizás. O puede que sí, pero que esté oculta por el motivo que sea.

–O que no sepa si puede confiar en mí –añado yo.

–Circulan muchos rumores que pueden llevar a confusión –coincide Wendeline.

Pero ¿y si Ianca sabe de alguna forma lo que soy? Me está costando mucho guardar el secreto. ¿Y si aparece de pronto y lo desvela todo? ¿Y si me considera una amenaza, como me advirtió Sofie, y por eso viene hasta aquí? Sé que tengo que hablar con Ianca, pero me gustaría poder hacerlo sin tener a Zander detrás. Sería lo más seguro.

Y, muy probablemente, una hazaña imposible.

–Puedes retirarte, Wendeline. Esta conversación debe quedar entre nosotros tres –Zander la mira fijamente.

–Como era de esperar, majestad.

Se levanta y le hace primero una reverencia a Zander y luego otra a mí.

–Gracias –le digo, señalándome la cara–. Por curarme. Otra vez.

–Sin duda, me mantenéis ocupada –me guiña un ojo antes de marcharse. Nos quedamos solos en el sofá y, en cuanto se va, el pecho de Zander se hunde con un suspiro.

–No confías en ella –constato.

–¿Tú sí?

–Sí.

Me mira de reojo.

–¿Completamente?

No sé qué contestar. Confío en que me cure y, probablemente, en que no me haga daño. Pero sé que ha repetido absolutamente todo lo que le he dicho y que su lealtad está con Zander.

–Te pasa lo mismo que a mí –dice él, como si me leyera la mente–. Sé que es honorable, pero desconozco si guarda mayor lealtad a su pueblo que al mío.

–Pero ella abandonó Ybaris. Vino aquí por su cuenta hace muchos años.

–Hablo de Mordain, no de Ybaris. Y pienso en el motivo por el que lo dejó todo atrás.

–Por Margrethe: por salvar a una niña que iba a ser asesinada.

–Esa es la historia que nos ha contado, sí.

–¿Crees que miente? –noto una punzada de resentimiento ante la sugerencia de que Wendeline me podría haber colocado una historieta lacrimógena.

–Escuece, ¿eh? Que te engañe alguien que te importaba –hace una pausa–. ¿No te da la sensación de que la información que da siempre parece conducir a un camino determinado? ¿Que sabe mucho más de lo que dice?

–Pues... no lo sé.

Todo lo que Wendeline me ha dicho me ha conducido a alguna parte, sí, pero es porque lo ignoro casi todo.

–No digo que no la crea, pero sí sé que Margrethe no es la única que ha recibido cartas de Mordain –me lanza una mirada elocuente.

–¿Wendeline también? ¿Qué decían?

–No lo sé. Y si se lo pregunto me mentirá. Es suficiente con que sepa que las ha recibido, y que ella sepa que lo sé.

–¿Cómo sabe que lo sabes?

–Porque lo sé –sonríe–. Curiosa conversación esta.

No puedo evitar sonreír.

–¿Puedes leer su pulso?

Suelta un resoplido.

–Esa mujer es una puerta cerrada. No. Los invocadores entrenan mucho el control de sus emociones. En todo caso, lo más probable es que las cartas que recibió solo buscaran información, pero no confío en que Mordain tenga en mente los mejores intereses para Islor. Ya has oído lo que ha dicho Wendeline: dentro del gremio hay luchas de poder. Hay una facción que desea liberarse del yugo de Neilina, y sabemos que usaron a Margrethe como un peón dentro del plan que hayan urdido. Doy por sentado que la carta que reveló Wendeline no era la primera que recibía Margrethe, lo que demuestra que tú también estás involucrada en una estratagema que se alimenta de antiguas profecías –se mira las manos–. Temo por Islor, por el papel que pueda jugar en todo esto.

He llegado a la conclusión de que Zander desconfía de todo el mundo de antemano, pero rara vez se equivoca.

–No creerás que Wendeline está en el bando de Neilina, ¿verdad? –La sola idea hace que note una opresión en el pecho.

–Si me preguntas si creo que era ella quien conspiraba contigo, la respuesta es no: no lo creo. Wendeline animó a mis padres a celebrar su ágape antes de la boda en lugar de después, y por ese motivo se desbarataron todos los planes de Ybaris y estamos aquí ahora mismo. Estoy seguro de que no aprueba los métodos de tu

madre, pero eso no significa que no trabaje junto a gente de Mordain que tiene su propia agenda. Y alguien tuvo que enseñarle a Margrethe cómo invocar a Malachi.

—Wendeline le enseñó todo lo que sabía —murmuro. Pero ¿le enseñó esa habilidad ella, o hubo alguien más? ¿Tal vez la misteriosa persona que firmaba como «G»? ¿Acaso puedo echárselo en cara? Si Margrethe no hubiera roto las normas, me da la sensación de que yo estaría muerta, en este mundo y en el mío—. Creo que puedes confiar en que Wendeline haga lo correcto, la verdad.

—Me gustaría pensar que sí, pero no confío en mi juicio cuando deseo que algo sea verdad. De momento, digamos que confío en ella en cierto grado. Sus conocimientos son muy valiosos para nosotros —sus ojos color avellana se detienen un instante en los míos, y rápidamente aparta la vista; titubea antes de seguir hablando—. No me gustó lo que te hizo Tyree —pone mala cara, como si le molestara que le importe que me hagan daño.

¿Será porque teme estar hechizado por mí? Me muerdo la lengua; está claro que es un tema delicado.

—A mí tampoco me hizo ninguna gracia —me toco la punta de la nariz, asombrada ante lo bien que se ha curado.

—Y a ti no te gustó lo que yo le hice.

—¿Prenderle fuego? ¿Te sorprende?

—Estabas aterrorizada. Era como si hubieras visto antes algo así.

Trago saliva.

—No lo sé. ¿Puede?

Me examina con atención.

—¿Tienes miedo de que te haga algo así a ti?

—La verdad es que me has amenazado bastantes veces con eso.

Y podría perfectamente haber prendido fuego el pesado vestido de brocado que colgaba de mi cuerpo sudoroso.

—Pero no lo he hecho.

Me gustaría derivar la conversación lo más lejos posible de la cuestión de prender fuego a la gente.

—¿Qué vas a hacer con el tema de los viales?

—Enviaré hombres a vigilar la zona alrededor de Lyndel. Si podemos contener a los ybarisanos en las montañas, no causarán demasiados problemas. Pero no sabemos cuántos hay, y si avisamos a los guardianes de que sus tributarios podrían estar conspirando contra ellos, los inmortales de todo Islor se tomarán la justicia por su mano.

–Quizás, si les dieras motivos para no querer matar a sus guardianes, no lo harían.

–¿Suprimir todo el sistema tributario? –sonríe–. Así de simple, ¿eh?

–No, no es nada simple. –Estoy de acuerdo en eso. Me he devanado los sesos mientras estaba tumbada en la cama y la única conclusión a la que he llegado es que no tengo ni la menor idea de cómo se gobierna un país–. A lo mejor habría que empezar poco a poco. Con algo. Pero hacerlo ahora.

–Seguramente sea mejor que me centre en los problemas inmediatos.

–¿Cuáles son exactamente? ¿El asesinato de Quill, las aspiraciones políticas de Adley o el misterioso cómplice de conspiración?

–O lo que busca esa elemental de ti –se levanta del sofá, estirándose–. Todo lo que has descubierto hoy, lo que hemos hablado, es de la mayor importancia. No debes decírselo a nadie. Ni a Annika ni a Corrin. Y, desde luego, no a Saoirse.

Pongo los ojos en blanco, aunque supongo que me lo merezco después de lo que pasó en el ninfeo.

–Debería marcharme a... –enmudece mientras me mira fijamente, con la misma expresión que cuando entró por la puerta. No sé si está admirando lo bien que me ha dejado Wendeline o si hay algún otro motivo, pero termino sonrojándome.

Carraspeo.

–¿... a reinar?

Frunce el ceño, como si se estuviera mordiendo la lengua.

–Claro.

No sé cuándo volveré a verle. Pueden pasar días, así que decido aprovechar la oportunidad.

–Dagny me pidió que la acompañara al mercado por la mañana para escoger telas.

–¿Ir a ver a los pañeros del puerto? –enarca las cejas–. ¿Sabes la cantidad de ladrones e indeseables que merodean por ahí?

–Estaré en mi elemento. –Hay más verdad en eso de lo que se piensa.

–Lo único que conseguirás es que te vacíen el monedero.

–No tengo dinero, así que estoy a salvo.

–Tienes respuesta para todo.

Subo lo hombros.

–La verdad es que me gustaría salir un rato de los muros de mi prisión.

Sube el labio.

–¿Quieres que te haga desfilar otra vez por la ciudad? ¿Vaciar otra bolsa de oro en la colonia, ya que estamos?

–Dos bolsas mejor –ironizo, pero noto un temblor al recordar el paseo a caballo y el cuerpo de Zander apretado contra mi espalda. Las mariposas de mi estómago indican que no me molestaría demasiado repetirlo.

Me dedica una sonrisilla mordaz, pero insiste:

–¿Cuál es el auténtico motivo por el que quieres ir al mercado, Romeria?

Es demasiado listo o suspicaz; no tengo muy claro cuál de las dos opciones.

–Si Ianca ha venido en barco, alguien ha tenido que verla. Y si se entera de que estoy por ahí, puede que intente acercarse a mí. Seguro que los plebeyos saben más que entre estos muros.

–Así que la futura reina desea pasearse entre el populacho y andar preguntando si alguien ha visto a una invocadora elemental últimamente...

–No hace falta de anuncie quién soy, ¿no? –He encontrado en mi armario un vestido azul marino liso que debería servir para pasar desapercibida.

–Cualquier inmortal que haya entre la multitud sabrá que eres tú.

Ya. Flores de azahar.

–Mantendré la distancia.

Contiene una carcajada sin poder ocultar la diversión.

–Estoy deseando saber qué opina Corrin de todo esto.

–Ya lo sabe, y no lo aprueba.

–Por una buena razón –sus ojos se desvían a uno de los descomunales ventanales–. Con todos los forasteros que están viniendo a la feria esta semana, no lo encuentro prudente –al oírlo, noto cómo crece mi frustración. Estúpidamente, creía que estaba consiguiendo algo–. De momento... –se queda mirando mi cama–, no te metas en líos.

–Siempre –murmuro con amargura, agarrando el lápiz de grafito–. Por cierto, ¿por qué te llevaste mi boceto?

–Para que la guardia real estuviera ojo avizor con esa mujer –responde mientras se aleja.

Buena suerte con eso.

–Si la encuentran, dímelo.

Supongo que eso resuelve el misterio de quién me metió en la cama cuando me quedé dormida en el sofá, aunque lo daba por supuesto. Debería molestarme que Zander entrara en mi habitación cuando yo estaba dormida.

Me molesta que no sea así.

Capítulo 24

Contengo la respiración mientras giro el boliche de la cama ciento ochenta grados.

Suena un chasquido y una esquina de la cama se desliza hacia fuera. El chirrido de la piedra al resbalar contra otra me emociona, aunque también me ponga el vello de la nuca de punta. En el exterior, una campana marca la medianoche.

Mi sonrisa satisfecha va de oreja a oreja mientras entro en el corredor negro y estrecho que hay detrás. Casi me había rendido. Agarro un candil de la mesilla, cuya luz parpadeante proyecta sombras enormes por toda mi alcoba, y me adentro con cautela en el abismo.

Y suelto un grito cuando me encuentro dos caras familiares mirándome, con los brazos cruzados, altos como torreones e igual de intimidantes.

—Me debes diez monedas de oro —murmura Zander.

—Más bien al revés —replica Atticus—. No pensabas que lo descubriría antes de que dieran las doce de la noche. Yo tenía mucha más confianza en ella. Y la cama se movió justo antes de la última campanada.

—¿Vamos a discutir minucias?

—¿Quedamos empatados, entonces?

Zander se sonríe.

—Supongo.

Atticus inclina la cabeza.

—Tiene cara de culpabilidad.

En cuanto se me pasa el susto inicial, me entra la rabia.

—¿Lleváis toda la noche escondidos aquí, apostando cuánto tardaría en abrir esto?

Cruzan una mirada y responden a coro:

—Sí.

—Bueno, toda la noche no —admite Zander—. Supusimos que esperarías a que se marchara Corrin. Ha sido una hora muy tediosa —su voz suena curiosamente

alegre–. ¿Adónde vas vestida así?

Ambos observan mi camisón largo de seda negra, uno de mis favoritos de la colección de la princesa Romeria.

–A ninguna parte. Obviamente. Solo tenía curiosidad por cómo funcionaba esto –me abrazo a mí misma; el aire que sale del pasadizo está helado–. ¿El rey de Islor y el comandante del ejército real no tienen nada mejor que hacer que acechar detrás de la pared de mi cama?

–Sí, y llegamos tarde. Mejor ponte algo más apropiado.

Observo su ropa; no me había fijado en su atuendo negro, simple y anodino, por la sorpresa.

–¿Apropiado para qué?

Incluso a la débil luz del candil, los ojos de Zander refulgen con un brillo pícaro.

–Para obtener respuestas.

–Eres más rápida de lo que pensaba –murmura Zander, asomándose a una puerta de lo más ordinaria.

–¿Dices cuando soy capaz de ver por dónde voy? ¿O cuando no llevo uno de esos ridículos vestidos? –replico, apagando el candil y dejándolo en el suelo antes de salir tras él. La túnica y las calzas que había en mi armario son ajustadas pero cómodas, y la capa azul marino es perfecta para ocultarse–. Me gustaría ver lo rápido que eres tú con diez kilos de gasa y tul y unos tacones bamboleantes.

–Mientras conserve mi espada...

Zander va en cabeza por los corredores oscuros y los túneles con la seguridad de quien los conoce como la palma de su mano. He intentado memorizar los giros, pero creo que acabaría totalmente perdida entre los muros del castillo si intentara recorrer el camino sola.

Atticus cierra la puerta a su espalda sin hacer el menor ruido. El olor a heno y estiércol de caballo llena el aire. Hemos salido a un patio, pero no es el mismo por donde pasamos el día que Zander me hizo desfilar por el mercado.

La adrenalina corre por mis venas.

–¿Dónde estamos?

–En los establos del este, en el exterior del muro de cortina –responde Zander mientras camina velozmente hacia la cuadra más cercana, manteniendo su

reconocible cabello castaño dorado cubierto con la capucha.

Un chico escuálido que no aparenta más de doce años susurra algo a un caballo ensillado.

—Silmar.

—Majestad —cuando el muchacho se inclina profundamente, permitiéndome atisbar el aro dorado de su oreja, Zander mira a ambos lados, supongo que en busca de testigos—. Perdonadme, majestad. No pensé... —su voz juvenil se quiebra con nerviosismo.

—¿Los caballos están listos?

—Tal y como lo pidió vuestro guardia. Son buenos y fuertes, pero nada elegantes. Este es mi favorito —le acaricia el anca—. Se llama Tropezón, pero os prometo que no tropieza; no sé de dónde le viene el nombre. Será una buena montura para vos y para la dama —sus ojos inocentes me observan, pero no distingo otra cosa que curiosidad en ellos. No parece reconocerme; es una novedad agradable—. La yegua se llama Espíritu.

—Es perfecta —Atticus le acaricia el morro marrón chocolate antes de sacarla de la cuadra.

Silmar chasca la lengua y Tropezón avanza con un suave relincho. Zander deposita varias monedas de oro en la mano del muchacho, que hace amago de inclinarse y contiene el impulso.

—Agradezco vuestra generosidad..., majestad —añade en un susurro; después me mira, indeciso—. ¿La dama necesitará un taburete? —a juzgar por la expresión de su cara, me temo que no tiene ninguno a mano.

—No, no hace falta.

Este caballo no es tan imponente como el semental negro que montamos la otra vez y no llevo un vestido de gala esta noche, aunque va a ser la primera vez que me subo sola a un caballo.

—Pon el pie ahí —Zander me señala el estribo con una sonrisita; le divierte infinito mi incompetencia.

Estoy a punto de poner los ojos en blanco antes de seguir sus instrucciones. Me agarro a la silla de montar igual que lo hizo Atticus y subo, sonriendo con satisfacción cuando levanto la pierna. Pero Tropezón decide que es el momento oportuno de dar dos pasos hacia delante, pierdo el equilibrio y estoy a punto de caerme. Zander aparece detrás de mí antes de que acabe en el suelo y me sujeta de las caderas.

–No bromeabas con sus problemas con la equitación –se carcajea Atticus mientras guía al caballo hasta la puerta de madera.

–¿Puedo intentarlo otra vez, o quieres soltar antes alguna otra impertinencia?

A Zander le está costando contener la risa.

Lanzo la pierna por encima del caballo y me acomodo, alzando la barbilla con indignación, aunque me arden las mejillas.

Monta de inmediato a mi espalda. Sin el pomposo vestido, noto claramente la presión de sus muslos contra los míos. En esta ocasión no se esfuerza por mantener la distancia; toma las riendas.

–Volveremos dentro de unas horas, Silmar.

El chico corre a abrirnos la puerta y el golpeteo de los cascos resuena en el silencio de la calle.

–¿No es un poco joven para quedarse ahí solo? –pregunto.

–Es bastante seguro, y Silmar prefiere estar al aire libre con los caballos. La mayoría de las noches duerme en uno de los establos. Si no le despertamos cuando los metamos en las cuadras, mejor.

–¿Llamas a todo el mundo por su nombre?

–Para eso sirven los nombres, ¿no?

–Pero... te sabes todos sus nombres.

–Lo intento, sí –se queda callado un instante–. ¿No debería?

–No, sí... Es que... no creía que los reyes se fijaran en quiénes son sus criados. Es... bonito.

Recuerdo que Korsakov ponía motes a todo el mundo porque le resultaba más fácil de recordar.

–Fomenta la lealtad. Además, si el rey conoce el nombre del sirviente, es menos probable que este haga algo que no debería.

–Entonces, ¿es una manera sutil de infundir miedo? ¿No es que seas considerado?

–Son las dos cosas, pero yo no me puedo permitir el lujo de ser amable porque sí.

Bajamos por la ciudad a un trote constante. Atticus va en cabeza y mira a ambos lados continuamente, pendiente de posibles amenazas. Hemos seguido una ruta distinta a la que tomamos la otra vez y avanzamos hacia la izquierda del castillo.

–¿Haces esto a menudo? ¿Fugarte por pasadizos secretos y montar caballos como Tropezón?

–¿Tienes algún problema con Tropezón?

Le miro por encima de mi hombro y descubro que está sonriendo bajo la capucha. Si no lo conociera, diría que la escapada le emociona tanto como a mí.

—No, pero no parece un purasangre, comparado con el último que montamos.

Más bien parece un caballo de trabajo acostumbrado a tirar de un carro con adoquines.

—No podemos montar un purasangre real por Cirilea sin llamar la atención. Y lo mejor es que Boaz crea que estamos en nuestros aposentos, profundamente dormidos.

—¿El capitán de la guardia real no aprueba que el rey se escabulla de su cuarto como un niño travieso? —pregunto con ironía. Recuerdo que Elisaf comentó que Zander era famoso por mezclarse entre los plebeyos.

Frunce el ceño.

—Puedo hacer lo que me plazca.

Delante de nosotros, Atticus estalla en carcajadas.

—Boaz enviaría a la guardia real para seguir a Zander mientras él «hace lo que le place».

—Y cualquier borracho como una cuba de hidromiel los detectaría. No están entrenados para pasar desapercibidos.

—¿Y esta noche necesitamos discreción?

—Necesitamos información. Información que no obtendré dentro de los muros del castillo ni de mis fuentes reales.

—¿Adónde vamos?

—A la calle del puerto, a ver si alguien ha oído hablar del desembarco de una invocadora. Alguien tiene que saber algo.

—¿Eh? ¿Con todos los ladrones e indeseables que habrá por ahí? Me parece recordar que alguien sugirió un plan muy parecido... ¿Quién fue? Alguien inteligente, con una sabiduría sorprendente para su juventud, pero no recuerdo quién...

La risa profunda de Zander vibra contra mi cuerpo y noto una agitación en la boca del estómago. Hace un mes, me hubiera parecido imposible que el rey de expresión pétrea pudiera reírse, y ahora he sido yo quien ha provocado esa reacción.

—¿Ya has acabado? —me pregunta.

—No sé. Ya veremos. ¿No te preocupa que me reconozcan?

—Habrá tantos mortales como inmortales. Y no te separarás de mí.

Cruzamos una calle y bajamos una pendiente mucho más pronunciada. Veo que el ambiente de la ciudad cambia; hemos dejado atrás el tranquilo barrio residencial de edificios de ladrillo con tejados a dos aguas que rodea el castillo y nos adentramos en una zona mercantil. Veo carteles de madera colgados que indican diferentes profesiones. Fuerzo la vista, intentando leerlos según pasamos: herrero, carnicero, carretero, cordelero, vidriero... No veo más que oscuridad tras las ventanas, pero de vez en cuando se divisa una luz que indica que hay alguien trabajando hasta la madrugada.

El aire sabe salado y aspiro hondo, como si mis pulmones lo necesitaran.

—Te está llamando. Incluso a pesar de las esposas —murmura Zander; percibo una leve sorpresa en su voz.

—Ni idea.

Podría ser tan solo que me atrae el océano.

—Es la verdad. Igual que esa llama me atrae a mí. —Señala un farol que brilla junto al cartel de «curtidor». En el pequeño escaparate hay un cuero de vaca estirado. Noto un olor penetrante de tierra fértil y aceites. El aroma del cuero curtido no es del todo agradable, pero sí vagamente familiar.

Por delante de nosotros, en la colina, arden antorchas y candiles, como pequeños faros.

—¿Y todas esas?

—También.

Para demostrarlo, todas las llamas que están en mi campo de visión crecen de pronto. Dura una fracción de segundo antes de que vuelvan a la normalidad, apenas un pestañeo, pero me deja sin aliento.

—Deja de fanfarronear —gruñe su hermano, y Zander responde con una carcajada.

—¿Cuál es tu afinidad, Atticus? —pregunto con curiosidad.

Vuelve la vista.

—No tengo ninguna.

Tuerzo la cabeza.

—Pero... yo creía que todos los inmortales nacidos gracias a las ninfas tenían una afinidad, ¿no? Annika tiene una.

—Sí. La que me robó en el vientre antes de nacer —replica, mordaz. ¿Hay amargura en su tono? No estoy muy segura.

—Atticus no necesita afinidad alguna —interviene Zander—. Ya tiene un ejército real que le infle el ego.

–Sí. Un ejército que debería estar liderando en la batalla ahora mismo, en lugar de escoltar al idiota de mi hermano en busca de información inútil –clava los talones en los ijares de su caballo para que acelere.

Nos alejamos de la zona comercial, acercándonos a la orilla, y empiezo a captar voces estridentes salpicadas de carcajadas. Supongo que esta es la vida nocturna de Cirilea que Elisaf sugirió que debía conocer.

Dos jinetes de la guardia real se detienen en una esquina. Pasamos de largo sin reducir la marcha; no parecen interesarles tres figuras encapuchadas.

Atticus se para en el cruce con una calle más ancha y nos ponemos justo detrás de su caballo. En el horizonte se alza la silueta solemne de un gigantesco barco; su mástil rasga el cielo añil. En lo alto brilla una ranura de la luna ordinaria y humilde, y me descubro deseando ver la luz brillante de la luna de sangre lanzando destellos sobre la inmensidad del océano.

–Vamos por aquí. –Zander guía a Tropezón hacia la izquierda y contemplo el paisaje con fascinación absoluta. La calle está llena de letreros de tabernas y posadas y, a juzgar por la escasa ropa que llevan las mujeres que se asoman a los balcones y tientan a los viandantes exponiendo sus carnes, también burdeles. Dondequiera que mire veo gente de fiesta, algunos borrachos que caminan a trompicones, otros reunidos en grupos pequeños. Sus risas y chillidos indican que se lo están pasando realmente bien. En la brisa marina se mezclan vaharadas de cerveza derramada y orina rancia. Hay tres hombres de pie en una esquina, de espaldas a nosotros, haciendo sus necesidades en el lateral de un edificio.

Veo un músico ambulante sentado en una caja de madera, rasgando un banjo con una melodía enérgica y cantando con voz vibrante que se mezcla con el ambiente de la calle.

Cuando Zander habló de ladrones e indeseables, supuse que me encontraría con callejones oscuros y asesinos agazapados entre las sombras. Esto parece más bien una fiesta nocturna después de una cabalgata.

Nos paramos junto a unos postes donde hay varios caballos atados. Zander se baja y conduce a Tropezón a un hueco libre.

–¿Siempre es así esto? –le pregunto.

–Cuando llega al puerto una embarcación grande, sí. Y *El Mago Plateado* es un barco inmenso. Además, la feria ha atraído a mucha gente a la ciudad.

Zander me da una palmadita en el muslo para que desmonte. Últimamente lo hace mucho: pequeños toques, roces familiares. Parece que se acabaron los días en

que le repugnaba hasta mirarme.

Busco el estribo con el pie y bajo del caballo sin muchas dificultades. Es más fácil desmontar que montar, pero Zander me sujeta de las caderas para ayudarme y no aparta las manos cuando mis pies tocan el suelo. Mantiene el agarre y me atrae hacia sí de forma sensual. O tal vez sea mi cabeza la que lo interpreta así.

O el muy cabrón disfruta provocando mi reacción.

Me suelta un instante, pero de inmediato me agarra de la mano, entrelazando los dedos.

—Creía que veníamos de incógnito. ¿Hace falta que actuemos así? —levanto las manos unidas.

—Ya te dije que no te separarías de mí.

—Te da miedo que huya.

—No me da miedo, pero tampoco me extrañaría. De todas formas, ¿es tan desagradable? —noto un destello de humor en su mirada.

Sabe perfectamente que no.

—¿Me estás poniendo a prueba? —murmuro.

—Siempre. Y tú también lo haces conmigo continuamente, Romeria —añade en voz baja.

Atticus le da unas monedas a un chico para que cuide de los caballos y avanzamos por la calle. Zander va cubierto con su capucha y me aprieta la mano, pero no de forma desagradable. Con la capa me cuesta ver lo que hay a mi alrededor, así que analizo lo que oigo. Capto acentos parecidos al de Elisaf, pero más fuertes. Seguramente sean marineros seacadorianos, disfrutando de la vida nocturna de Cirilea antes de hacerse a la mar y continuar la siguiente etapa del viaje.

Me resulta fascinante que se mezclen por propia voluntad entre la gente, que no tengan miedo de los inmortales islorianos.

Se abre una puerta y sale un hombre con el brazo sobre los hombros de una mujer, intentando mantener el equilibrio. Sus risas suenan histéricas mientras hacen eses por la calle y desaparecen en una posada.

—¿Adónde vamos exactamente? —pregunto.

—A la mejor fuente de información de toda Cirilea. —Zander señala con la cabeza a Atticus, que mantiene una puerta abierta. En el letrero se lee «La Colina de la Cabra».

—Aquí fue donde atacaron a Elisaf.

Hubiera preferido no decirlo en voz alta.

–Retienes una impresionante cantidad de información –comenta Zander, sorprendido; desliza la mano por mi espalda hasta la cintura–. Y eso ocurrió fuera, en el callejón de ahí atrás.

–No me hace sentirme muy segura.

–Nadie te pondrá una sola mano encima.

Nadie más que Zander.

Entramos y nos engulle la oscuridad. Escaneo rápidamente mi entorno: La Colina de la Cabra no es un sitio que frecuentarían unos reyes. Es una taberna rústica que apesta a sudor, sebo y cerveza, iluminada con los faroles justos para que los mortales no tropiecen con las mesas. Hay dos hombres sentados en un pequeño retablo que hay junto a la barra. Uno toca el acordeón y el otro canta y da palmas. La letra picante de la canción provoca risas en los espectadores.

Una mujer con un vestido lleno de volantes, de seda burdeos, se acerca a Atticus.

–Llegas tarde –le regaña con tono seductor y se acerca, jugueteando con los rizos de color jengibre que descansan sobre su clavícula. El gesto atrae la mirada hacia su escote descomunal.

Atticus le agarra la mano y le planta un beso.

–Perdóname, Bexley. Nos hemos retrasado.

–Hmmm... –sus ojos violetas se vuelven hacia Zander y casi se le salen de las cuencas de pronto–. Interesante compañía la que traes esta noche, Atti –inclina sutilmente la cabeza, señal de que ha reconocido al rey pero respeta la discreción que, obviamente, persigue–. ¿Seguro que no estaríais más cómodos en mi cuarto privado? –levanta el pecho, inspirando hondo mientras me mira de arriba abajo y detiene los ojos en mi cuello.

Un escalofrío corre por mi columna vertebral. Es una inmortal y está muy claro lo que está pensando.

–Basta con un reservado al fondo, cerca de una salida –responde Zander sin alterar el tono de voz.

Ella vuelve a inclinar la cabeza y extiende la mano. Atticus deposita varias monedas de oro en su palma y solo entonces nos hace pasar.

Avanzamos en fila. Voy entre mis dos imponentes acompañantes masculinos y escudriño mis alrededores por debajo de la capucha. Hay una mezcla de marineros seacadorianos y plebeyos islorianos. Las mujeres llevan vestidos sugerentes y los hombres túnicas holgadas. Cuando pasamos junto a una mesa, veo que la gente

habla sin parar mientras bebe cerveza en jarras de cobre. Algunos llevan pendientes en la oreja, pero su actitud no es dócil ni servil como entre los muros del castillo.

Zander me hace pasar rápidamente, pero aun así noto miradas curiosas y ojos desorbitados de asombro.

—Así que bastaría con que guardaras las distancias, ¿eh? —me susurra al oído.

Me aguanto las ganas de darle un codazo en las tripas. Tiene razón: todo el mundo sabe que la futura reina es ybarisana. No hay forma de pasar desapercibida aquí, y me siento tan expuesta como si estuviera desnuda.

—Supongo que esto bastará —Bexley señala una mesa rodeada por una pesada cortina. Junto a la pared hay otros reservados, algunos con las cortinas cerradas y otros entreabiertos, en los que se distinguen parejas de enamorados escondidos.

Zander me hace tomar asiento primero y después se desliza a mi lado. El banco de madera no es muy grande y su muslo roza el mío.

Bexley se acomoda frente a nosotros.

—Atti, ¿no te unes a la fiesta?

—Hoy no, Bex. —Atticus corre la cortina y nos deja encerrados en el rincón oscuro. La llama del candil crece, iluminando un poco. Obra de Zander, sin duda.

Los ojos escrutadores de Bexley recorren primero al rey y después a mí. Entrelaza los dedos sobre la mesa.

—Atticus me dijo que tenía dos amigos que querían conocerme, pero creo que el encuentro no va a desarrollarse como me gustaría.

—Desgraciadamente, no —sonríe Zander.

—Lástima —vuelve a observarme—. La famosa regicida es aún más hermosa de lo que imaginaba.

—Romeria ha sido exonerada de todas las acusaciones —susurra él.

—Sí. Por el motivo que sea —murmura, dejando claro lo que opina de la inocencia de la princesa.

Zander parece medirla con la mirada. Creo que no está acostumbrado a que le hablen con tanta displicencia y recelo, especialmente viniendo de una camarera que además conoce su identidad.

—Necesitamos información —declara tras un largo silencio.

Bexley suspira.

—¿Y quién no?

Zander tuerce la cabeza.

—¿Quién más ha venido por aquí en busca de información últimamente?

—Oh, ya sabes... Soldados, algún aristócrata de vez en cuando... —se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa. El movimiento tira de su vestido y está a punto de asomar un pezón en el escote—. Los indeseables de siempre.

Zander no muerde el anzuelo. No aparta la vista de sus ojos.

—¿Alguien de quien deba preocuparme?

Se queda callada, como si estuviera considerando cuánto debería decir.

—Hay rumores de que hay más veneno en Islor del que mató al rey Eachann y a la reina Esma.

Zander aprieta los dientes.

—Sí, hemos oído ese rumor.

—No es un rumor, ¿verdad?

La mira fijamente. Sé que no deseaba que nadie más se enterara de que estaban rondando viales de veneno. Un deseo imposible, me temo.

Me quito el sombrero ante Bexley: le sostiene la mirada y tan solo parpadea una vez.

—¿Sabes si ha llegado alguna invocadora de Skatrana y Seacadore las últimas semanas? —pregunta Zander.

Bexley enarca una ceja esculpida.

—¿Invocadores?

—Sí.

—Al margen de las de viento que siempre van en los barcos..., no.

—Tu establecimiento atiende a muchos seacadorianos, por lo que veo. ¿Alguno de los presentes podría responder a mi pregunta?

Bexley juguetea con un mechón de cabello.

—¿Alguien así como el capitán de *El Mago Plateado*?

—¿Me estás diciendo que el capitán se encuentra aquí esta noche?

Se queda callada y se lame los labios. Noto que vacila.

—La Colina de la Cabra es famosa por su discreción. Estoy convencida de que entenderás que Kaders no recibirá con los brazos abiertos preguntas sobre su cargamento. Aunque quien pregunte sea el rey.

—No me importa lo que esté sacando de contrabando. Me importa lo que ha traído.

—Aun así, lo que pides tiene un precio muy alto.

—¿Cuánto oro me costaría? —pregunta Zander tranquilamente, buscando el saquito de cuero que lleva atado en la cadera. Ya se esperaba esto.

—Kaders es de sangre seacadoriana y skatrana. Un tipo especialmente hosco, pero se le puede comprar con suficiente oro. Mis honorarios son un poco más particulares.

—¿Qué quieres?

Sus pupilas van hacia mí con una mirada que solo puede calificarse como depredadora.

—Nunca he tenido el placer de probar a un ybarisano. Su aroma es exquisito.

Se me encoge el estómago.

—No —gruñe Zander, apretando la bolsa de oro que descansa entre sus muslos.

Ella aprieta la mandíbula con determinación.

—Entonces, no sé si puedo ayudarte.

—¿Te niegas a una petición de tu rey?

—Me daba la impresión de que esta noche solo eras un plebeyo más.

Zander la observa fijamente, pensativo.

—Si el capitán me entrega información de interés, me aseguraré de que cuentes con un asiento en primera fila en el ágape real. Allí podrás probar la sangre ybarisana.

Los ojos de Bexley centellean de placer.

—No será sangre real, pero me conformaré con eso. Dame un instante —se desliza entre las cortinas y sale del reservado.

—¿Confías en ella? —murmuro.

—Completamente, y nada en absoluto a la vez —echa un vistazo por la rendija de la cortina; ella se aleja meneando las caderas—. Bexley es una de las personas con más contactos de toda Cirilea. Es amiga de Atticus y ha demostrado muchas veces su utilidad. Está conectada al mundo... y al inframundo.

—Pero... —Creo que entiendo todo lo que implica. En casa había un tipo igual que Bexley. Le llamaban Mule. Jugaba en segunda división y quería subir a primera: contaba con una red espectacular de ojos y oídos. Cuando Korsakov necesitaba información difícil de obtener, buscaba a Mule. Siempre obtenía datos fiables, pero sabía que Mule hablaba con cualquiera dispuesto a pagar.

—Si Bexley sabe lo importante que es esto para mí, eso significa que mis enemigos también pueden saberlo. Por un precio.

—Y el conocimiento es poder.

—Tanto para el que se sienta en el trono como para el que aspira a hacerlo. Pero espero que sea discreta, teniendo en cuenta quién soy.

Entiendo perfectamente sus dudas.

–Entonces, ¿se va a celebrar al final el ágape real?

–Sí. No se habla de otra cosa en la ciudad. Los inmortales de todo Islor están salivando de deseo. Pero ahora solo contamos con tres prisioneros.

–¿Tres?

–Uno ha muerto hoy, y Tyree es demasiado valioso para ejecutarlo, así que lo mantendré en el torreón.

–¿Ha muerto durante el interrogatorio?

–Con la inestimable ayuda del cuchillo de Abarrane contra la garganta, sí.

Me crispo.

–¿Por qué lo ha hecho?

–Era necesario acabar con él por culpa de la mentirijilla que Annika y tú le contasteis a Saoirse. No se puede interrogar a la fuente de la acusación ante un tribunal si no respira.

Su respuesta es como un puñetazo en el pecho.

–Está muerto por mi culpa.

Por mi farol.

Zander me estudia un instante, como si sopesara la culpabilidad que siento.

–Estaba muerto desde el instante en que Abarrane lo capturó. Lo cierto es que su muerte ha sido más piadosa que la que les espera a los otros. Te lo tiene que agradecer a ti.

–Por qué será que eso no me consuela –murmuro.

–¿Te consolaría saber que mató a la tributaria?

–¿Lo hizo?

Zander sube los hombros.

–No lo sé, pero fue cómplice de asesinato, desde luego. Seguro que tiene las manos manchadas de sangre.

Como todos.

–Oye, ¿por qué Bexley tiene tanto interés en probar la sangre ybarisana?

–Porque su sabor es embriagador. La mayoría de los islorianos no la han probado nunca –busca mis ojos–. No puede hacerte daño.

–Lo sé. Pero es raro... que alguien desee alimentarse de ti. Como si fuera un trozo de pastel de chocolate.

–¿Es muy diferente a que alguien te desee abiertamente en otros sentidos? –susurra mientras sus pupilas se dirigen a mi boca; estamos sentados tan cerca que distingo las motitas doradas de sus iris a la luz del candil.

Supongo que otra vez me está poniendo a prueba, pero por más que lo sepa, se me aceleran los latidos. La atmósfera del reservado se espesa y los ruidos de risas y cuchicheos que nos rodean son embriagadores.

Está cambiando drásticamente algo entre nosotros, y rápidamente. Zander traga saliva. También él lo está notando.

Entonces, aparta la vista hacia la cortina.

—No sé qué métodos empleará Bexley con este hombre. Mantén la compostura y no digas nada.

Atticus corre la cortina y pasa Bexley con elegancia felina, acompañada de un hombre robusto de unos cuarenta años con unos llamativos ojos azul pálido y la piel dorada, curtida por los años de océano y sol. No altera la expresión; ni siquiera aparece un amago de sonrisa cuando nos mira, primero a Zander y después a mí, deteniéndose durante demasiado tiempo para mi gusto en mi cara. No expresa sorpresa ni nervios. No parece reconocer —ni siquiera sospechar— quiénes somos. Es un alivio.

Un camarero deja tres jarras de cerveza en la mesa: una delante del capitán, las otras dos frente a nosotros. Se marcha en silencio.

Bexley me guiña el ojo.

—Invita la casa.

—¿Qué quieres? —la voz del capitán es profunda y hosca, con un fuerte acento.

—Kaders, vamos, esa no es forma de tratar a mis amigos —interviene Bexley con tono cantarín, apoyando el brazo en el respaldo del banco y jugueteando con sus rizos entre los dedos.

—Siempre que me pides un favor, no sé cómo pero acaba costándome a mí mucho más que a ti.

—Apuesto a que no te importa pagar el precio —replica ella.

El capitán le echa un vistazo a su escote —asoma parte de los pezones—, pero no contesta.

—Tienen algunas preguntas sobre tus pasajeros, especialmente sobre los invocadores que puedas llevar a bordo.

—Que vengan de Skatrana —concreta Zander, enlazando las manos delante de la jarra de cerveza. No la ha tocado.

—Sí, siempre llevo uno para aventar las velas y mantener a raya a las malditas sirenas.

—No hablo de invocadores al servicio de Seacadore, sino de pasajeros que vengan a Cirilea.

En los ojos del capitán hay un destello de reconocimiento. Es fugaz, pero lo distingo y se me acelera el pulso.

Pero el capitán no responde.

Zander se agacha tranquilamente y saca un puñado de monedas de oro de la bolsa. Las apila ordenadamente entre las jarras.

—Sí, desembarcó una conmigo —gruñe Kaders—. Estuvo todo el trayecto bajo cubierta y no incordió demasiado.

—¿Solo una? —Kaders asiente—. ¿Qué aspecto tenía?

Los ojos del capitán oscilan hacia la pila de monedas que tiene delante antes de dar un largo sorbo a la cerveza. Zander suspira levemente antes de hurgar en la bolsa y sacar otro montón del mismo tamaño.

—Una mujer con el pelo largo y negro como la tinta y los ojos verdes como dos joyas. De buen ver.

—¿Te dijo su nombre?

De nuevo, Kaders da un sorbo.

Pero en esta ocasión Zander no es tan rápido en ofrecer más dinero. Se echa hacia delante con los dientes apretados.

—¿Cómo se llamaba?

Kaders cruza una mirada con Bexley y sus ojos pasean por los montones de oro. Recoge las monedas, las guarda en la bolsa de cuero que lleva atada en la cadera y hace amago de levantarse.

—¿En serio vamos a tener que jugar a esto? —murmura Bexley con voz seductora, sin vacilar, agarrándole la nuca con una mano delicada. El capitán es un hombre fornido y ella es muy menuda, pero él hunde los hombros con resignación—. Mi amigo ha pagado muy caro como para que le des algo tan insignificante —desliza la otra mano por debajo de la mesa, la lleva a su regazo y empieza a desatar los cordones de sus pantalones—. Creo que sería importante que le dijeras algo más.

Con un suspiro lento y constante, Kaders sigue hablando.

—Se hacía llamar Gesine.

Un nombre falso, claro. Yo también lo habría hecho en su lugar.

—¿Dijo adónde iría después de atracar en puerto?

Kaders traga saliva cuando Bexley se aprieta contra su cuerpo y la mano que ha desaparecido bajo la mesa comienza a moverse de forma rítmica.

Supongo que a esto se refería Zander cuando me advirtió de los métodos de Bexley.

–No pregunté, y mi tripulación apenas hablaba con ella. No les gustan los invocadores. Toleran a las nuestras porque garantizan un periplo sin contratiempos. Pero esa llevaba un collar de oro en el cuello y mi aventadora dijo que era poderosa.

Zander y yo cruzamos una mirada elocuente. Es una elemental, sin duda alguna. Tiene que ser Ianca.

–¿No nos puedes decir nada más de esa invocadora? ¿Ningún detalle más? –Bexley se aprieta contra él y le mordisquea el cuello.

–Eres diabólica, mujer –murmura Kaders, con los párpados pesados por la excitación. La risita que obtiene por respuesta es curiosamente aniñada y provoca una sonrisa leve en el robusto hombre.

Le doy un codazo a Zander y le señalo la bolsa de monedas, pero él niega con la cabeza, con la mandíbula tensa. Me exaspera su tozudez; estamos a punto de perder la atención del capitán y toda la información que podría darnos. Por impulso, acerco la mano a su bolsa y Zander se pone rígido, pero no presto atención a su reacción ni a la zona comprometida que estoy tocando. Saco un puñado de monedas y las arrojo sobre la mesa.

El tintineo del oro atrae la atención de Kaders y lo saca del trance de lujuria unos instantes.

–¿No puedes decirnos nada más? –insisto.

Kaders jadea.

–Preguntó por la princesa ybarisana...

–¿Qué quería saber?

–Si eran ciertos los rumores de que el rey aún pretendía casarse con ella.

Kaders ya no es una víctima reticente: ahora sus dedos desatan el lazo que cierra el escote del vestido de Bexley.

–Creo que aquí terminamos –sentencia Zander, anudando a la cadera su bolsa de oro, mucho más ligera que al principio.

–¿Mi pago? –pregunta Bexley.

–Me aseguraré de que tengas tu asiento –le garantiza Zander.

–Ha sido un placer hacer negocios contigo.

Atticus asoma la cabeza en ese instante.

–Boaz acaba de entrar por la puerta –advierte.

Zander suelta una maldición.

–A la derecha –señala Bexley–. Seguid el pasillo y saldréis al callejón de la parte de atrás.

Sus ojos intensos, entre el azul y el violeta, se posan en mí mientras dos colmillos, letales pero curiosamente delicados, de un blanco reluciente, se deslizan de sus encías. Brillan como joyas a la luz de un candil.

Lucho por mantener una expresión inalterable mientras se me dispara el corazón. No son tan horribles como creía al principio. Pero son una amenaza, eso está claro.

Kaders rodea la estrecha cintura de Bexley y tira de ella hasta su regazo mientras le sube las faldas del vestido. Ella se retuerce, le rodea con los muslos y, cuando oigo el primer gemido, me queda claro que está dentro de ella. Se les ha olvidado completamente que tienen público.

Me sonrojo mientras me deslizo por el banco para marcharme, no sin antes ser testigo de que Bexley hunde cuidadosamente los colmillos en el fornido cuello del capitán, obteniendo por respuesta un segundo gemido gutural que nace de lo más hondo.

Zander me agarra de la mano y me saca de ahí justo cuando Bexley ha empezado a mover las caderas. Por impulso, agarro tres monedas de oro de la mesa con disimulo y las guardo en el bolsillo interior de mi capa.

Atticus abre la comitiva; nos guía por la derecha y nos conduce por el pasillo junto a un montón de reservados ocupados. Cuando salimos al callejón, que apesta a basura podrida y orina, ya he visto al menos a una docena de inmortales alimentarse de humanos, algunos de ellos mientras copulaban.

—Elisaf dijo que esto era una taberna.

—Y lo es —responde Atticus con una risita.

—Si taberna significa lo mismo que burdel, sí.

Y ni siquiera uno respetable, con habitaciones privadas.

—¿Dónde creías que íbamos a encontrar información? ¿Junto a una hogaza de pan de centeno en un puesto del mercado? —su sonrisa es de suficiencia mientras me echa un vistazo de arriba abajo—. ¿Ha sido demasiado para tu delicada disposición?

—No soy delicada —le espeto. A lo largo de mi vida me he topado con un buen número de escenas de este tipo: mamadas detrás de gasolineras, pajas contra la pared de clubes, sexo en las sombras de los parques o en los sucios retretes del metro—. Simplemente, no me lo esperaba.

Zander me cubre el pelo con la capucha con delicadeza y me agarra la mano. Se le ve absorto en sus pensamientos.

—Tenemos que llegar hasta los caballos.

Corremos por la parte trasera de los edificios mientras los gatos y las ratas huyen a nuestro paso. Cruzamos junto a dos hombres y una mujer enredados en un

complicado rompecabezas de carne. Supongo que en la mezcla hay colmillos, pero no soy capaz de averiguar quién hace qué a quién sin pararme. En todo caso, los gemidos son de placer turbio, no de angustia, y no parece molestarles lo más más mínimo nuestra presencia.

Salimos a un callejón.

—Traeré los caballos —se ofrece Atticus—. Vosotros esperadme aquí.

Desaparece en la noche, dejándonos solos.

El sitio es tranquilo, pero la gente que pasa se queda mirando las dos figuras encapuchadas que aguardan de pie.

—Guardias reales, delante. —Señalo con la cabeza a los dos jinetes, pero Zander ya los ha visto. Sin decir una palabra, cruzamos y me lleva a otro callejón, uno más limpio que el anterior pero más estrecho. Avanzamos más de seis metros antes de que se pare.

—Con esto debería bastar.

Bastar para que no capten el perfume a miel de mi sangre ybarisana, pero no lo dice.

Ahora solo queda esperar, en un sitio estrecho y oscuro, con Zander cerniéndose sobre mí, hasta que vuelva Atticus.

—Me cuesta creer que estemos huyendo de tu propio capitán —murmuro, a punto de estallar a reír ante lo absurdo de la situación.

—Ya sabes el genio que tiene Boaz —murmura en voz baja y áspera.

—Sí, ya me he percatado. —Por suerte, Zander ha mantenido al capitán de la guardia alejado de mí—. Te gusta escabullirte y deambular por estos sitios, ¿no?

—Disfruto de la libertad de ser anónimo e invisible —hace una pausa—. Como tú.

Es a lo que estoy acostumbrada. Es lo que me resulta familiar. Sonrío en la oscuridad.

—Ha sido divertido. —Esta noche me he sentido yo misma, como no me sucedía desde hace tiempo—. ¿Qué opinas de lo de Gesine?

—Que puede ser ella con un nombre falso.

—Opino lo mismo, pero me pregunto qué pasaría con la otra invocadora —recuerdo toda la conversación del reservado—. Kaders ya sabía lo que iba a hacer Bexley, ¿verdad?

—Sí —la voz de Zander trasluce una sonrisa.

—¿Y le daba igual? A ver, ¿no le daba miedo?

—No era su primera vez. Y no, nos ofreció todo un espectáculo, pero su pulso acelerado transmitía cualquier cosa menos miedo.

–¿Es que no le duele?

–Dicen que no se nota más que un ligero pinchazo al principio –responde Zander. Pongo una mueca, frotándome el punto donde el daaknar me clavó los colmillos–. Apuesto a que es mucho menos desagradable que lo que tú sentiste –caigo en la cuenta de que él me ve perfectamente en la oscuridad–. Muchos seacadorianos vienen a Islor para disfrutar de ese tipo de veladas, que están garantizadas en La Colina de la Cabra.

–¿Me estás diciendo que disfrutan de que se alimenten de ellos?

–Una idea novedosa, ¿eh? La relación simbiótica entre inmortales y mortales podría ser muy distinta si los mortales no estuvieran forzados a la servidumbre.

–¿Crees que los humanos se dejarían morder si no les obligaran? –pregunto, dubitativa.

–Muchos no –admite–. Pero algunos sí: los humanos son compasivos. Y otros lo harían a cambio de una ganancia monetaria. La diferencia sería que tendrían posibilidad de elegir, no un guardián. Sé que es una idea arriesgada y entiendo que suscite debate y angustia entre los de mi especie, pero creo que merecería explorarla, porque sería lo correcto. Otra forma de vivir y sobrevivir. Una forma mejor.

–¿Había tributarios ahí?

–Sirvientes sí, pero seguramente no tributarios. Sirven a sus guardianes de otras formas, como criados domésticos, peones de granja o ayudantes de oficios. Vienen aquí las raras veces que tienen una noche de descanso o si consiguen liberarse de sus cargas durante unas horas. Bexley cobra por las mesas y cada cual las usa como desea, ya sea bebiendo hidromiel o sangre. A veces los humanos cobran a cambio de permitir acceso a sus venas. Otras, como en el caso del capitán de *El Mago Plateado* y Bexley, ambos disfrutan de ello.

–Entonces, ya viven como planeas que lo hagan, ¿no?

–No del todo. Ganan demasiado poco como para mantenerse a sí mismos. Esas monedas extra les permiten vivir un poco mejor o comprar ropa de mejor calidad, pero nada más. Yo imagino un futuro en que tengan sus propios hogares, familias y metas en la vida, sin guardianes ante los que tengan que responder. Habría pueblos mortales como los que existen en Ybaris, con lores y damas humanos. No estarían a merced de aquellos que necesitan su sangre para sobrevivir, y los que decidieran venderla recibirían una compensación adecuada.

Y el poder pasaría de los inmortales a los mortales de forma drástica.

Entiendo que Zander se enfrente al rechazo por sugerir algo así; entiendo la vehemencia de gente como Adley. Lo que sienten es que les están arrebatando el derecho a sobrevivir.

–Deberías construir un pueblo para los mortales –le digo.

–¿Fundo unos cuantos pilares de oro más? –se ríe él.

–Claro. Y habría que pagarles más, para que puedan mantenerse. Y prohibir las pujas por tributarios forzados. El que quiera serlo, que opte al puesto. Empezaría con Cirilea y después probaría a ver cómo funciona en otras ciudades.

–Te veo rebosante de ideas hoy –ironiza él.

–¿Y qué pasa con los guardianes de los sirvientes que había ahí? ¿No les importa que vendan su sangre?

–Si les importara, los sirvientes se asegurarían de que no se enteraran. Las marcas no duran mucho y pueden elegir lugares menos visibles.

–¿Como cuáles?

Contengo el jadeo cuando Zander me agarra la parte trasera de los muslos.

–Guardias –susurra, levantándome en vilo, empotrándome contra la pared y presionando con su cuerpo.

Nuestras capuchas se juntan creando un capullo. Deben de haberse asomado a la bocacalle en busca de merodeadores y delincuentes. Está oscuro, pero sus ojos inmortales ven perfectamente y dos figuras encapuchadas en un callejón resultan sospechosas. A menos que busquen privacidad.

Rodeo el cuello de Zander con los brazos fingiendo el deseo de una pareja dispuesta, pero ahora que tengo su cintura entre mis muslos y me sujeta con sus fuertes manos, no puedo negar que realmente lo sienta.

Sus músculos se agarrotan de tensión.

–¿Sabes? Todo esto sería mucho más sencillo si le ordenaras a tu capitán que no te persiga –susurro, ardiendo por dentro.

El jadeo de Zander acaricia mis labios.

–Todo esto sería mucho más sencillo si no reaccionaras así ante mi contacto.

–No puedo evitarlo.

–A estas alturas, yo tampoco, me temo.

La atmósfera pesada que reinaba en el reservado antes de que llegaran Bexley y Kaders se apodera de nosotros como una niebla espesa, y dejo de ver.

No sé quién da el primer paso, pero nuestras bocas se encuentran bajo el escudo de negrura de nuestras capuchas. Sus labios dulces exploran vacilantes al principio

y después se funden en un beso largamente anhelado, que se hace más profundo cuando su pecho se aprieta contra mí.

Igual que la primera vez, me arrebata el aliento, aunque desde entonces haya cambiado lo que hay entre nosotros. Ya no es un extraño para mí, y él ya no me desea la muerte.

Pero no he olvidado lo que es.

No puedo contener la curiosidad: deslizo la lengua dentro de su boca y rozo el filo de sus dientes en busca del rastro de colmillos. ¿Qué sentiría si los sacara y los hundiera en mí?

—No me tientes —gruñe, bajándome y encajando las caderas por completo entre mis muslos.

Noto sus manos ardientes cerrándose en mis nalgas mientras me estrecha con fuerza. Puede que yo no sea capaz de percibir excitación en su pulso, pero noto la prueba de que la siente contra mí. Le enciendo tanto como él a mí.

Oigo a medias un silbido, pero lo ignoro. Le beso con mayor intensidad, subo la mano bajo su capa y aferro el cabello sedoso. Le sigue un segundo silbido, más urgente.

Zander se aparta, me deja en el suelo y me suelto. Pasan interminables segundos mientras intenta reponerse, jadeando. Me percato de que yo también tengo la respiración agitada y turbia.

—Tenemos que irnos.

Tan rápido como empezó todo, se acaba.

Le dejo guiarme de la mano. La cabeza me da vueltas; es un torbellino de euforia y confusión.

Capítulo 25

Cuando Zander y yo salimos del pasadizo secreto, reina un silencio sepulcral en mi dormitorio. No suenan las campanas por la noche, pero tienen que ser más de las dos cuando rechina la piedra y queda cerrada la vía de escape. La única luz viene del candil que tengo en la mano, pero basta una llama para que Zander desate su poder. Todas las velas de mi habitación estallan de pronto y un cálido resplandor llena la estancia.

Se agacha y coloca la alfombra que hay a los pies de la cama, la única prueba que queda del secreto que contiene mi alcoba y de nuestra reciente escapada.

Además de la nueva tensión insoportable que hay entre los dos, claro.

El regreso al castillo fue silencioso. En mi cabeza se agolpaban todos los pensamientos que callaba y me descubrí apoyada contra su pecho la mayor parte del trayecto, sin que pareciera importarle. Pero ahora estamos solos y no estoy muy segura de qué esperar. No sé qué quiero que suceda.

Miento. Mientras observo su figura alta y fuerte y su atractivo rostro, mientras recuerdo su sonrisa diabólica, sus ojos intensos, sus manos en mis caderas, sus labios contra los míos y cómo se apretaba deseoso contra mí, sé exactamente lo que quiero.

Y posiblemente sea una estúpida por desearlo.

Hay una vocecilla en mi cabeza que le da la vuelta a todo, igual que lo hace Zander. Esa voz está cantando victoria: me recuerda cuál es mi misión aquí y lo cerca que estoy de conseguirla ahora que Zander ya no me detesta. Pero viene acompañada de una desagradable sensación de culpa. No quiero utilizarlo así.

Zander se acerca a la puerta de la sala de estar y se detiene en el umbral, escudriñando las sombras, antes de cerrar.

Mi corazón bombea con un ansia que sé que puede leer. ¿Tendrá sentimientos tan encontrados como yo los tengo?

El silencio es insoportable y tengo una urgente necesidad de romperlo.

–¿Qué vas a hacer respecto a Ianca? –le pregunto.

Se pasa la mano por la nuca.

–Se la describiré a Boaz y haré que la guardia real esté pendiente. No hay mucho más que podamos hacer hasta que decida dar la cara. Espero que se ponga en contacto con Wendeline.

O que brote la semilla que planté en el castillo y sus zarcillos lleguen hasta el último rincón de la ciudad, y sepa que la estoy buscando.

–Mañana será un día muy largo –oigo cómo traga saliva en la habitación silenciosa, en una pausa que se me hace eterna–. Buenas noches, Romeria –se despide, dirigiéndose hacia la puerta de la terraza.

Noto una oleada de decepción que contengo rápidamente.

–Especialmente teniendo en cuenta que iré al mercado con Dagny.

Sus pasos se hacen más lentos y su risa –musical y hermosa– resuena en mi dormitorio.

–¿Esta noche no has satisfecho tu curiosidad?

–La verdad es que no. Me he quedado totalmente insatisfecha –replico, esperando a que recoja el desafío.

Tensa la mandíbula al enfrentarse a mi mirada y noto mariposas en el estómago cuando avanza hacia mí.

Pero entonces se para en seco. Toma aire profundamente.

–Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, no es real. Es fruto de una invocación, de una intervención de Aoife. Estaba seguro de que el hechizo se había roto después del asesinato de mis padres, pero puede que no sea así.

–¿Eso es lo que crees que es esto? ¿Un hechizo?

¿Y si fuera cierto? ¿Y si el único motivo por el que Zander se siente atraído por mí es por la intervención de Aoife? ¿Y si no fuera otra cosa que un engaño cruel? Esa posibilidad me hunde de una forma sorprendente e inesperada.

–Me niego a ser un peón en los planes de Neilina –murmura Zander, apretando los dientes–. No seré un rey hechizado.

–No quiero que lo seas –respondo yo. Ojalá sea capaz de notar sinceridad en mi voz.

–Y, sin embargo, cada vez que te miro, la atracción es más fuerte, más difícil de ignorar –clava sus pupilas en las mías–. Tú me haces pensar que es posible conseguir lo que quiero para Islor. ¿Soy un necio al creerlo? ¿También eso forma parte del plan de Aoife?

–No lo sé.

Se muerde el labio.

–No puedo acompañarte mañana al mercado. Tengo asuntos importantes que atender.

–Elisaf puede llevarme. ¿Por favor? –contengo el aliento y Zander suspira.

–Elisaf y Lerdus te acompañarán. En un carruaje real, con una escolta adecuada de guardias y temprano, antes de que se llenen las calles.

Me cuesta creer que lo aprueba y noto una oleada de nerviosismo.

–Perfecto; ese era mi plan desde el principio.

–Seguro –sonríe–. Avisaré a Corrin.

Ya está abriendo la puerta de la terraza cuando le llamo.

–Oye, Zander...

Se queda quieto y veo cómo suben y bajan sus hombros cuando toma aire profundamente.

–¿Sí?

Vacilo un instante.

–¿Alguna vez hemos hecho...? Ya sabes.

–¿El qué? –me pincha, pero de inmediato se pone serio–. No. Insististe en que esperáramos. No obstante, encontrabas extremadamente divertido tentarme –sube la comisura de la boca–. Eso no ha cambiado.

Pero ahora ya no insistiría en esperar.

Y, a juzgar por la mirada intensa que me dedica, lo intuye.

–Dulces sueños, Romeria –oigo su suave risa mientras cierra la puerta a su espalda.

La oscuridad da paso a la claridad del amanecer antes de que consiga acallar el torbellino de mis pensamientos y dormir un poco.

–En nombre de todos los Destinos...

Dagny arruga la frente con concentración mientras se quita una brizna de paja del vestido y, acto seguido, vuelve a ponerse rígida y erguida, con una sonrisa deslumbrante. Sería contagiosa si no estuviera tan agotada esta mañana y no hubiera tenido que soportar el parloteo incesante de Corrin sobre lo mucho que se opone a esta estúpida excursión.

–¡Los pañeros deberían traer sus rollos de seda fina al castillo para que los vea la futura reina! –gritó mientras me ponía el vestido, de una preciosa seda violeta que se arremolina en los tobillos y combina de maravilla con una pelerina con bordados de plata.

–Nunca había estado en un carruaje tan elegante como este, alteza –Dagny pasa los dedos rechonchos por la tapicería de terciopelo rojo.

–Es bonito, ¿verdad?

Cuando Elisaf me llevó al patio y vi la elaborada carroza de ébano y oro y a los veinte soldados que me acompañarían, estuve a punto de echarme atrás porque atraería demasiada atención. Pero vi a la costurera tan emocionada ante la oportunidad de acompañar al mercado a la futura reina que me subí, incapaz de decepcionarla.

Estoy aprovechando el viaje para memorizar rutas mientras Dagny no para de parlotear. El camino es recto; solo hay dos giros hasta el mercado. Le echo un vistazo al ominoso torreón que se cierne a mi derecha.

Dagny carraspea varias veces antes de echar un vistazo por la cortina. Elisaf y Lerdus van uno a cada lado.

–Estuve buscando esa... lana especial que me pedisteis. –Desmesura los ojos para dejar claro el significado–. Hablé con algunos tejedores y ninguno la conoce, pero seguiré buscando. Seguro que acaba apareciendo.

Es probable que su búsqueda sea infructuosa si Ianca usa un nombre falso, pero sonrío.

–Gracias.

–No hay por qué darlas, alteza. Haría cualquier cosa por vos –separa las manos en su regazo y vuelve a unirlas de inmediato–. Supongo que estaréis emocionada ante la boda. Ya falta muy poco. Sé que es la segunda vez que pasareis por este circo, y la primera vez fue un desastre con los asesinatos y todo lo demás, pero estoy segura de que esta vez todo saldrá a pedir de boca. Os casareis y finalmente quedará atrás todo ese feo asunto.

Y si acabo en el ninfeo en una luna de sangre, a saber qué feo asunto vendrá después.

Cambio de tema.

–No te lo he preguntado nunca: ¿qué edad tiene tu hijo Dagnar?

–¡Diecisiete! Es un muchacho grande, fuerte y robusto, igual que mi Albe. También guapo, y no lo digo porque sea su madre –asiente con decisión, orgullosa; su acento es más fuerte cuando se emociona.

—¿Será subastado pronto, entonces?

Se le borra la sonrisa.

—El próximo Día de la Presentación, supongo. Va a ser todo un reto para Albe y para mí, eso desde luego, pero esa es la costumbre de Islor —asiente con convencimiento, pero la angustia de sus ojos cuenta una historia distinta: la de una madre que teme el día que le arrebaten a su hijo.

Yo me crie, en principio, en un ambiente cariñoso y normal, hasta que la vida dio un giro siniestro que amargó todo recuerdo agradable del pasado. No es comparable, pero empatizo como cualquier persona con su desgracia.

—Por si sirve de algo, no me parece justo que sea obligatorio participar en el sistema tributario.

—No, alteza, no lo parece, ¿verdad? —se queda pensativa mientras tira de un hilo suelto de su vestido—. ¿Es cierto que los mortales son libres en Ybaris? ¿Que tienen pueblos y granjas y esas cosas?

Solo puedo responder a eso porque Zander me lo dijo anoche.

—Sí.

—¿Sabéis? Mucha gente deseaba que, una vez que os casarais, se abriera la frontera de la Grieta y dejaran pasar a algunos de los nuestros. Supongo que es imposible ahora, haya boda o no.

Algunos de los nuestros. Está hablando de los humanos.

—¿Había mucha gente deseándolo?

—Sí, sí. Es imposible salir de Islor a no ser que se pague una cantidad descomunal a un capitán que esté dispuesto a sacarnos: mucho más dinero del que veremos en toda nuestra vida, a menos que robáramos a nuestros guardianes. Y aunque lográramos salir de aquí, es normal que nos detengan al tocar puerto. Si queda algún resto de haber llevado anillo en la oreja, nos mandan de vuelta —asiente—. Parecía un presagio: una reina ybarisana en el trono. Una señal de que iban a cambiar los tiempos. Se lleva hablando muchos años de que el rey deseaba cambiar el sistema. ¿Es cierto eso? ¿Habéis oído algo, o son solo rumores?

Elisaf dijo que Zander no había mantenido en secreto sus planes de que Islor progresara hacia el futuro. No es sorprendente que sea un tema de conversación habitual entre humanos.

—No son solo rumores.

Se le iluminan los ojos.

–¡Menudo acontecimiento! Hemos rezado y rezado, ¿sabéis? Todos los viernes por la tarde en el santuario y todas las mañanas sin falta la oración matutina. Dagnar se sabe de memoria la Oración de los Destinos desde que era así de pequeño, aunque le costó lo suyo no trabarse con los nombres. Aunque no creo que a los Destinos les importara mucho –se ríe, nerviosísima, y caigo en que he metido la pata. No quiero que se haga ilusiones.

–No es algo que pueda cambiar de la noche a la mañana, ni en cuestión de meses –advierto lentamente mientras me temo que quizás no en toda su vida, a juzgar por lo que voy descubriendo–. Dagnar no evitará el Día de la Presentación.

Frunce la frente con fuerza y asiente con la cabeza.

–¡Sí, sí! ¡Claro! Seguro que es muy complicado todo y hay que pensar en muchas cosas que no entiendo. ¡Yo es que soy una plebeya y soy muy boba!

–Yo no creo que seas nada boba, Dagny. –Lo hace a menudo, lo de menospreciarse a sí misma. En algún momento de su vida, alguien la convenció de que era verdad–. ¿Sabes una cosa? Corrin admitió que no hay nadie con más talento que tú en la costura. Pero no le digas que te lo he dicho yo –añado fingiendo un susurro.

–¡Ni se me ocurre! –se ríe, y se queda callada un instante antes de poner en marcha la lengua otra vez–. Sabéis, alteza, en Cirilea se habla mucho, un poco de todo, y me he enterado de que el otro día su majestad y vos fuisteis a la colonia a repartir dinero.

No me sorprende que haya llegado a sus oídos.

–Me pareció que lo necesitaban.

Hoy vi que Elisaf portaba una bolsa de terciopelo en la cadera y le comenté que podríamos pasar por allí después de ir al mercado.

–Albe y yo somos afortunados: yo trabajé de lavandera hasta que murió la costurera real, y Albe ha sido pastor toda la vida. Bueno, después del otro servicio –murmura, como si le avergonzara el tiempo en que fueron tributarios–. Muchos de los que viven en la colonia han huido de situaciones terribles que no me puedo ni imaginar –frunce el ceño–. Pero ningún rey ni reina había hecho nada parecido: caminar por la colonia, repartiendo monedas. Hablando con la gente. Actuando como si les importara.

–¿Te parece mal?

–Me parece bien. Es bueno para ellos. Les da esperanza. Mucha gente está asustada. Últimamente rondan muchos chismes inquietantes.

–¿Como cuáles?

–Ay, no quiero molestaros con bobadas –descarta la pregunta con un aspaviento–. Pero es bueno que el pueblo los vea a los dos juntos. Es importante que vean la bondad que hay en vos, alteza.

Estoy convencida de que se refiere a todos los rumores de que asesiné al rey y a la reina. No voy a decirle que no están equivocados.

El carruaje se detiene y las botas de Elisaf suenan contra los adoquines. Un instante después, se abre la puerta con un chirrido.

–Hemos llegado, alteza –anuncia con una reverencia cortés, tendiéndome la mano para que descienda.

El cielo matutino tiene un tono azul pálido y el aire es un poco más fresco de lo que estoy acostumbrada. La brisa me acaricia las mejillas. Me aliso la falda y miro a mi alrededor mientras Dagny baja del carruaje. Nos hemos detenido junto a una tiendecita con un cartel donde pone «boticario». Inspiro, recordando el asqueroso ungüento que Wendeline me untó en el hombro. El aire huele a manzanilla y lavanda. Tras la tienda, la calle avanza hacia el agua. Desde esta zona solo se ve parte de la bahía.

–¿Queréis agarraros de mi brazo? –me ofrece Elisaf.

–Qué galante. ¿Qué ha sido de mi escolta habitual? –sonrío, aceptándolo. El cuero es engañosamente blando y suave. Me resulta raro ir agarrada en público de alguien que no sea Zander.

Elisaf se inclina hacia mí.

–Puedo decir dónde no está: no está de juerga por la calle del puerto con el capitán de la guardia real pisándole los talones.

Se me escapa la risa.

–¿Te has enterado?

–¿Quién crees que se encargó de conseguir los caballos?

–¡Por aquí! –exclama Dagny con voz cantarina, meneando las caderas al caminar.

Lerdus y los otros soldados nos flanquean, pero dejando algo de espacio, por suerte. Los demás se quedan junto al carruaje y los caballos.

Ya hay muchos madrugadores en el mercado. Veo sus miradas de sorpresa y oigo murmullos de asombro mientras nos acercamos a los puestos.

–Interesante sitio, tu Colina de la Cabra –le echo una mirada mordaz.

–Así es –asiente con una media sonrisa.

–¿Qué hacías ahí hace tantos años? ¿Disfrutar de una pinta de hidromiel? –pregunto con fingida expresión inocente.

–Era joven. Disfrutaba viviendo muchas aventuras. ¿Deseáis tomar ese camino, alteza? Me he enterado de que hay un callejón cercano donde pasan cosas muy interesantes...

Le meto un codazo en las costillas, que esquiva con una carcajada.

–¿De verdad estuvisteis hablando de eso? –pregunto, nerviosa al recordar el momento que compartimos Zander y yo. Un momento que, evidentemente, considera un error.

–Todo lo que hace Zander es tema de conversación para su hermano.

–Atticus te contó todos los sórdidos detalles –murmuro. No Zander. No debería sorprenderme.

–Le preocupa que su hermano no tenga la cabeza donde debería. Otra vez.

Deja de ser posible conversar en cuanto avanzamos entre la multitud. La muchedumbre está compuesta de sirvientes, comerciantes, campesinos y todas las clases intermedias de plebeyos mortales e inmortales, igual que vi el primer día en compañía de Zander. Colocan sus productos y charlan con sus vecinos mientras se preparan para tener un día ajetreado de ganancias.

¿Cómo será esta gente? ¿Cómo es la vida fuera de los muros del castillo?

Los murmullos amistosos se apagan entre miradas y reverencias. Agarran a sus hijos y se alejan de los guardias, como si les diera miedo que los ensartaran con la espada. Sonrío, con la esperanza de aliviar la tensión que crece según avanzamos.

Elisaf intenta mantener un ritmo constante, pero acaba reduciendo la velocidad cuando ve que me entretengo a mirarlo todo. Hay muchos puestos, muy distintos, con todo tipo de productos. Hay cestos de fruta fresca, huevos y verduras, miel y cera, barricas de grano y utensilios de cocina de hierro fundido. Noto un aroma especiado y me acerco a un puesto con tiras de carne en salazón colgadas de ganchos. Al instante recuerdo que se supone que los míos son vegetarianos estrictos, y que a cualquiera que me mire le parecerá raro que a la princesa ybarisana se le caiga la baba en una carnicería, así que paso al siguiente puesto. Hay una mesa repleta de tartas, barquillos y pastelitos.

Elisaf me susurra al oído:

–La reina no se puede dedicar a comer en los puestos del mercado. El castillo dispone de cocinas con ese fin.

La mujer que está detrás del mostrador no me quita los ojos de encima, con los ojos azules desorbitados de sorpresa. Tiene dos chiquillos escuálidos aferrados a sus faldas, con el pelo castaño rizado. El niño apoya la cabeza contra su barriga de

embarazada y la niña se chupa el pulgar. Todos llevan las orejas taladradas con la marca de la propiedad.

Hay algo en sus miradas que me clava en el sitio.

–Pues menos mal que todavía no soy reina. Además, las cocinas del castillo no me solucionan nada; tengo hambre ahora –le dedico una sonrisa a la mujer–. Me encantaría comer algo, por favor.

Asiente y hace una reverencia profunda.

–¿Qué preferís, alteza? –pregunta con la voz quebrada.

–No lo sé... –intento adivinar qué lleva cada uno–. ¿Qué me recomiendas?

–Lo primero que se agota siempre es el bizcocho. Las empanadillas de mazapán también tienen mucho éxito... Alteza.

–¿Las has hecho tú?

Inclina la cabeza.

–Sí, mi señora. Perdón... Alteza.

–¿Has hecho tú todo?

–Sí.

–¿Tú sola?

Sus ojeras me responden antes de que asienta. Me fijo en su vientre hinchado. Tiene que estar a punto de dar a luz.

El niño que está a su izquierda señala un montón de tartaletas con un dedo agarrotado.

–Estas son mis favoritas, alteza –chilla con la voz aguda. Su madre le chista.

–No, no pasa nada. Que hable –sonrío al chico, pero aprovecho para observar mejor la piel arrugada de la mano. Es una quemadura–. ¿Por qué son tus favoritas?

Sonríe, mostrando los huecos de los dientes delanteros.

–El relleno de fruta.

–Eso a mí también me encanta. ¿Te importa que te pregunte qué te ha pasado en la mano?

Se mira los pies.

–Fue un castigo. Por robar una manzana. Estaba caída en el suelo y podrida, pero no debí llevármela sin preguntar.

–Una manzana –repito. Alguien desfiguró a este niño de forma permanente por una manzana podrida.

Se gira hacia su madre, que le da una palmadita en la espalda antes de mirarme. Veo en sus ojos auténtica angustia. Apuesto a que lo vio todo.

–¿Tu guardián te hizo eso?

El niño asiente.

–Pero me lo merecía.

Fulmino a Elisaf con la mirada.

–Creía que estaba prohibido dañar a los mortales –siseo, tragándome la rabia.

–Está prohibido matarlos, alteza. Y frente a una acusación de robo, la definición de «daño» se vuelve turbia.

Aparece un hombre de la nada. Ahuyenta a los niños con un gesto de muñeca, como si fueran moscones, y se escabullen bajo el mostrador.

–Alteza. –Se inclina. Tiene la melena por los hombros, tan blanca como la de un anciano. Contrasta con su piel aceitunada, tan tersa y joven como la mía–. ¡Es un honor que apreciéis mis manjares! –pregona, haciéndose oír. Quiere que se entere la multitud que se apiña a nuestro alrededor, que no puede acercarse por culpa de mis guardias.

Sus manjares. Le miro la oreja. No lleva aro de oro. Debe de ser el guardián de esta mujer, un inmortal, y el malnacido que hizo que quemaran al niño por comerse una manzana que solo valía para los gusanos. Tiene toda la pinta: chaqueta entallada y de buena calidad, alto, lleno de arrogancia.

Estiro la sonrisa.

–Sí, tu pastelera tiene mucho talento.

–Me atrevería a decir que tiene más talento que ningún pastelero de Islor. Sus tartas de manzana vuelan.

–Gracias, mi señor –murmura ella, pero noto cómo se encoge en su presencia. Y el desprecio con el que la mira él. Es una mujer atractiva; no creo que tenga treinta años.

–¿Y tú eres...? –pregunto.

–Lord Danthrin de Freywich –clama en voz alta–. Vuestro humilde servidor, por supuesto. Por favor, servíos. Tomad lo que gustéis de mi puesto.

–¿Lo que quiera?

–Cualquier cosa. Sois la futura reina.

Así es. Soy la futura reina. Aunque solo esté fingiendo.

–Me alegro de oír eso –se me dispara el corazón ante el atrevimiento de lo que estoy tramando–. Quiero a tu pastelera y a sus dos hijos.

Se oyen exclamaciones ahogadas a nuestro alrededor.

Lord Danthrin me mira boquiabierto.

–¿Alteza? No... no entiendo –balbuce.

–Dijiste que podía llevarme lo que quisiera. Necesito un pastelero y, puesto que ella es la mejor de todo Islor, lo adecuado es que trabaje para mí. Deseo que esta mujer y sus dos hijos formen parte del servicio de la casa real –me giro hacia la mujer–. Pero solo si te interesa el puesto. No te estoy obligando. Es tu decisión. ¿Quieres venir conmigo?

Me mira con la boca abierta unos instantes antes de asentir de forma casi imperceptible, mirando de reojo a Danthrin, pero evitando enfrentarse a él.

Elisaf se lleva la mano a la empuñadura de la espada, como si esperara que hubiera problemas. O como si me advirtiera de ellos.

–¿Tienes marido que deba acompañarnos? –le pregunto en voz baja.

Niega con la cabeza.

–Solo somos nosotros.

Aprieto los dientes mientras le miro la barriga. No tiene marido y no pueden ser hijos de Danthrin. Apuesto a que la está obligando a criar. Corrin me advirtió que había gente que hacía eso con sus sirvientes. Mi decisión se vuelve definitiva.

Danthrin parece un pez que boquea.

–Pero... seguro que entendéis que me refería a...

–Elisaf, ¿serías tan amable de compensar a Lord Danthrin por sus molestias?

–Enseguida, alteza –saca la bolsa de oro de debajo del uniforme y deposita un buen montón en el mostrador–. Creo que esto debería bastar.

Se me pone el estómago del revés cuando pienso que estoy comprando a una mujer embarazada y a sus dos hijos, pero si es lo que hace falta para alejarlos de ese hombre, me tragaré la hiel con la cabeza muy alta.

–Perdona, ¿cómo te llamabas?

–Gracen –responde ella. Parece conmocionada, como si le acabaran de dar una bofetada y estuviera asimilando el golpe.

Intento tranquilizarla con una sonrisa.

–Gracen, uno de mis guardias te acompañará, a ti y a tus hijos, hasta mi carruaje, donde podéis esperarme. Tengo algo que hacer primero, pero ahí estaréis a salvo.

Gracen no se piensa ni un instante más.

–¡Mika! ¡Lilou!

Dos cabecitas cubiertas de rizos castaños se asoman debajo de la mesa, con los ojos azules muy abiertos, llenos de confusión.

–¿Os la vais a llevar ahora? –el rostro de Danthrin enrojece de cólera–. Pero empieza el mercado. ¿Quién cubrirá su puesto?

–Di por supuesto que tú. Se te da muy bien vender. De hecho, me has convencido. También quiero unas tartas de manzana –le hago un gesto a Elisaf, que deja caer otra moneda sobre el montón–. Supongo que con eso da para tantas tartas como les quepan a los niños en las manos, ¿no crees?

Sea cual sea la réplica rabiosa que está pensando Danthrin, se la traga tras echar un vistazo a los guardias que tengo detrás y a la multitud. Asiente en dirección a Gracen con una mirada feroz. Ella se acerca rápidamente al mostrador y le da dos pasteles a cada niño antes de empujarlos para que se alejen.

–¿Tenéis todas vuestras pertenencias? –le susurro.

Ella apoya las manos en los hombros de sus hijos y parpadea para contener las lágrimas.

–Tengo todo lo que necesito, alteza.

Mika tiene la boca llena de tarta cuando uno de mis guardias se los lleva.

Me giro hacia el despreciable guardián, que tiene los dientes tan apretados como si quisiera rompérselos.

–Ha sido un placer. El rey y yo nos aseguraremos de visitar Freywich cuando tengamos oportunidad. Me encantaría ver tus preciados manzanos, esos que vigilas con tanto ahínco.

Noto un centelleo de comprensión en sus ojos. Perfecto. Sin embargo, algo me dice que ese no es el menor de sus delitos.

Continuamos avanzando detrás de Dagny, que me echa miradas continuas por encima del hombro.

Mi rabia se va cociendo a fuego lento. Primero la colonia y ahora este mercado. Salvo la calle del puerto –que a algunos les parecería reprobable, pero a mí me hace pensar en que hay libertad de elección–, lo que he conocido de Islor fuera de los muros del castillo está tan podrido como esa manzana agusanada.

–¿Viste lo que le hizo a ese niño? Y seguro que el pobre se estaba muriendo de hambre.

–Una suposición muy probable.

–No debería tener tierras ni un señorío. Deberíamos arrebatárselo. ¿Quién se lo entregó?

–Creía que no te interesaba ser reina –murmura Elisaf con una sonrisa de suficiencia.

–Y no me interesa. Que se lo quite Zander. ¿Quién es ese Lord Danthrin?

–Un noble de baja categoría de Freywich, una ciudad a unas tres horas de camino de Cirilea. Y ahora, tu enemigo más reciente.

–Lo añadiré a mi creciente colección. –Pero me siento incómoda–. Supongo que hay una etiqueta o protocolo de la corte. Y acabo de pisotearla.

–Sí. Completamente.

Me muerdo el labio inferior.

–¿Crees que Zander se enfadará mucho por esto?

El rostro de Elisaf mantiene el hermetismo.

–Ya veremos.

La zona de textiles es la que está más cerca de la orilla, y es gigantesca. Hay hileras de puestos que muestran tejidos doblados y apilados y colgados en perchas. La seda, el lino y el algodón ondean con la brisa y me hacen pensar en sábanas secándose al aire libre un día de verano. Hay cientos de opciones. Quizás miles. No sabría elegir.

Por suerte, gracias a Dagny y Odier, me da la sensación de que no voy a escoger absolutamente nada.

–Quiero ver tus sedas y linos más finos de los colores más brillantes. Su alteza solo merece lo mejor de lo mejor –exige Dagny, enderezando el cuerpo regordete todo lo que puede.

–Todos mis paños son los más finos que hay. ¿Mis sedas? Las más finas. ¿Mis linos? Los más finos. ¿Mis lanas? Las más finas. He traído las telas más sublimes en este viaje. Tejidos solicitados por la mismísima emperatriz Roshmira. No encontrarás nada parecido entre los trapos que tienen los demás. –El pañero de Seacador es un hombre calvo y corpulento que habla con voz de barítono, hace una reverencia adornada con un giro teatral de la mano y no oculta su desprecio por la competencia–. Solo las mejores telas deben tocar el exquisito cuerpo de su alteza. –Hace otra reverencia pomposa y aprovecho para mirar a Elisaf con los ojos muy abiertos.

–¡Estamos de acuerdo, entonces! Enséñame lo mejor de lo mejor, Odier –ordena Dagny con un tono mucho más perentorio de lo que nunca le he oído.

–Las tengo todas aquí para que las examine su alteza...

Los dos desaparecen al fondo entre los rollos de telas, dejándonos a Elisaf y a mí fuera, con los soldados dando vueltas a nuestro alrededor.

–¿No querías ver la mercancía? –me pregunta Elisaf.

—Me temo que mi opinión es lo de menos —respondo.

—Tienes mucha razón —se ríe—. Además, creo que alguien quiere hablarte.

Sigo el gesto de Elisaf y veo a Bexley en uno de los puestos. Su melena entre el oro y el jengibre refulge bajo el sol mientras valora el peso de un tejido con los dedos. Rodea el mostrador, sube las pupilas y me mira tres segundos antes de seguir examinando la tela.

—¿Crees que es seguro? —le pregunto a Elisaf.

La última vez que la vi, estaba montada a horcajadas sobre Kaders, clavándole los dientes en el cuello y seguramente deseando que fuera el mío.

—Sería una estúpida si intentara algo, y no lo es. En todo caso, me quedaré cerca, vigilando. Pero cuando alguien como Bexley quiere hablar, siempre hay que escucharlo.

Así que tiene algo importante que decirme.

—¿Qué haría yo sin ti, Elisaf?

Sonríe de forma espontánea.

—Creo que te las arreglarías perfectamente.

Antes de que Dagny salga de la trastienda, me acerco al otro puesto.

—No eres nada discreta —es el saludo de Bexley, mientras acaricia el borde deshilachado de una seda entre las yemas—. Ya ha corrido la voz por media Cirilea de que la futura reina está en el mercado comprando pasteles y criados.

—He tenido una mañana muy completa.

—Y con un guardia tan leal... —echa un vistazo—. Recuerdo a Eli antes. Era uno de los habituales de mi local. Uno de mis favoritos.

¿Eli?

—Supongo que no tengo que preguntar de qué os conocéis.

Se sonríe.

—No, a menos que te interesen los detalles escabrosos.

—No especialmente.

Bexley lleva puesto un vestido recatado de color pistacho por el que no asoma ningún pezón, pero exuda una confianza en sí misma que admiro. A esta mujer no hay nadie que le diga lo que debe hacer.

Su mirada penetrante pasea por mi cuello y sé lo que está pensando. No puedo contener el escalofrío.

—¿Qué querías decirme?

–Iba a esperar al ágape, pero cuando supe que estabas aquí, pensé que cuanto antes, mejor –acerca una seda índigo intenso y la pone contra mi mejilla–. Este color te quedaría impresionante.

–Cuidado. A Odier le dará un infarto si ve que me toca una tela que no sea suya.

–Ay, mi querido Odier... –chasca la lengua–. Tiene un altísimo concepto de sí mismo. Jamás pisaría un local como el mío.

–No tengo mucho tiempo antes de que salga mi costurera.

Bexley suspira.

–Kaders te ocultó algunas cosas anoche.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque eso es lo que pasa cuando Kaders derrama su semilla: que derrama también sus secretos –sonríe con falsa modestia–. Podría haberle sacado todo lo que os dijo sin que pagarais una sola moneda, si os hubierais quedado ahí el tiempo suficiente.

Ver todo el espectáculo sexual hasta el final, es lo que me está diciendo.

–Eso significa que ya he pagado por adelantado todo lo que me vas a contar.

Entrecierra los ojos mientras observa mi rostro con atención.

–Había oído decir que tenías un carácter dócil y complaciente.

–Los rumores nunca son del todo exactos, ¿verdad?

–O, en este caso, no son nada exactos –hace una pausa–. La invocadora que se hace llamar Gesine no iba sola. Viajaba con una mujer mayor. También llevaba un collar, pero la aventadora de Kaders le dijo que era una vidente.

Wendeline mencionó en una ocasión a los videntes.

–¿Tenía nombre?

–No me cabe la menor duda, pero no lo compartió con nadie. La invocadora Gesine era muy protectora. No la dejó salir del camarote y no permitió que nadie se acercara. Tampoco la aventadora.

Sopeso la nueva información, pero me faltan demasiados datos sobre este mundo.

–¿No dijo adónde fueron cuando bajaron del barco?

–No, pero las recogió una carreta. Me dijo que la mujer mayor parecía confusa.

–A estas alturas, podrían haber salido de la ciudad.

–Es posible, aunque aquí hay muchos sitios donde esconderse, si conoces a las personas correctas.

Y si hay alguien que conoce a las personas correctas, esa es Bexley.

–Tengo que pedirte un favor –barboto antes de pensármelo dos veces. No puedo confiar solo en la red de información de Dagny, especialmente si cuento con la

persona con mayores recursos de Cirilea, y tampoco puedo esperar que Boaz aparezca en la sala del trono con una elemental con collar.

Bexley sube las cejas.

—¿Un favor que la princesa ybarisana no se atrevió a pedir delante de su prometido? Adelante. Admito que estoy intrigada.

—Necesito que encuentres a esas mujeres.

Suelta una risa incrédula.

—¿Eso es todo?

—Oh, lo siento. Creía que eres capaz de hacer algo tan sencillo. ¿Me equivocaba?

Sonríe.

—¿Has preguntado a la sacerdotisa Wendeline en el santuario?

—Allí no están.

O, por lo menos, aún no.

—Pareces muy convencida.

—Y tú pareces saber algo que yo ignoro.

—Sé muchas cosas que tú ignoras —tuerce el labio, pensando—. ¿Qué pretendes hacer con ellas? ¿Me ganaré un sitio en la pira junto a ti?

Así que lo que le preocupa es sobrevivir.

—Necesito información sobre ellas. No tengo intención de hacer daño a nadie en Islor.

De hecho, intento desesperadamente evitarlo.

—Lo que me pides tiene un precio.

—¿Qué quieres?

Sus pupilas se fijan en mi cuello antes de enfrentarse de nuevo a mi mirada.

Trago saliva, controlando la aprensión, aunque esperaba esto desde el instante en que le pedí el favor.

—El rey ya te dio su respuesta.

—¿Acaso el rey es tu guardián?

—No.

Técnicamente, sí.

—Lo siento, pensé que ya no eras la princesa ybarisana dócil y complaciente que fingiste ser en el pasado. ¿Me equivocaba?

Es insistente, como ya esperaba.

—Ya vas a conseguir sangre ybarisana.

—Sí, en el pesebre, como un animal de establo —arruga la nariz con desprecio—. Preferiría la tuya.

La verdad es que dudo que la prefirieras.

–Muy bien.

Le brillan los ojos de entusiasmo.

–¿Estás diciendo que tenemos un trato?

–Sí.

Pero no el que se espera. Por primera vez desde que Corrin insistió en que debía cubrir mis cicatrices para mantener en secreto lo que pasó en el ataque, descubro que puede ser útil que nadie lo sepa. Si Bexley conociera la verdad, no tendría nada que ofrecerle.

–En privado. Y solo después de que me hayas traído información que me conduzca directamente hasta esas mujeres.

–Es una petición razonable.

–Es urgente, Bexley. Cuanto antes, mejor. Y hazle saber que la guardia real tiene la descripción que nos dio Kaders. La están buscando.

Se lame los labios.

–¿Sabes algo más que pueda ayudarme a encontrarlas?

–¡Alteza! –brama Dagny. Tiene al lado a Odier, con los brazos en jarras y los ojos fuera de las cuencas de espanto. Me percato de que sigo sosteniendo en la mano la tela de color índigo.

La suelto como si me quemara.

–Una de ellas podría llamarse Ianca –le susurro a Bexley.

–Eso puede ser de ayuda.

–Sé discreta.

–No soy ninguna criada bocazas –me espeta con los ojos brillantes de cólera–. No tienes ni la menor idea de los secretos que guardo. Secretos que podrían hundir a mucha gente influyente si tuviera aspiraciones de jugar a los jueguecitos que se traen esos necios que se llaman a sí mismos aristócratas.

–No quería ofenderte.

Bufa, pero mi disculpa parece tranquilizarla.

–Creo que va a ser más fácil encontrarlas que mandarte un mensaje sin que nadie se percate, pero encontraré la forma. Y te sugiero que mires bien en quién confías dentro de los muros del castillo.

–Es curioso: me dijeron que no confiara en ti.

–Y no deberías hacerlo, pero al menos yo jamás fingiré ser tu devota aliada para ocultar que soy tu enemiga. –Me hace una reverencia–. Te veré en el banquete real.

No sé a qué estáis jugando el rey y tú, pero espero que deis un espectáculo mejor que el que habéis ofrecido hasta ahora.

Cuando volvemos al carruaje, Mika está asomado a la ventanilla y le acaricia el hocico a un caballo que tiene cerca.

—No creo que sea aconsejable que nos acerquemos a la colonia como solicitasteis, alteza —me dice Elisaf.

—Posiblemente no sea buena idea, teniendo en cuenta que llevamos pasajeros.

Estoy segura de que Gracen está tan perdida como cuando yo me desperté en los jardines reales.

—También porque habéis gastado todo el dinero; no habría mucho que repartir.

Lucho por contener la sonrisa al mirar a los guardias que nos siguen, cargados de rollos de tela, todos absolutamente necesarios, en opinión de Dagny y Odier.

—Tal vez mañana, entonces.

—El rey estará encantado de oírlo.

Bufo.

—Seguro que sí.

Elisaf comprueba de un vistazo a qué distancia está el guardia más cercano y baja la voz.

—¿Qué quería Bexley?

No sé si contarle la verdad. Seguramente todo lo que le diga a Elisaf llegará a oídos de Zander, como ha sucedido hasta ahora. Pero fue él quien insistió en que mantuviéramos en secreto lo que descubrimos sobre Tyree. ¿En quién no confía? No puede ser en Elisaf, ¿no? De ser así, ¿por qué le asignaría que me escoltara?

Sin embargo, no me puedo quitar de la cabeza la advertencia de Bexley. Ha puesto una semilla que está echando raíces, y no puedo evitar el presentimiento de que sabe mucho más de lo que dice.

—Asegurarse de que empiezo a llamarte Eli a partir de ahora —respondo.

La obsesión de Zander con la conspiración me está volviendo tan paranoica como él. Pero... si quiere que Elisaf sepa lo de la vidente, que se lo diga él.

Elisaf niega con la cabeza y se ríe, pero no me presiona más.

Mika me ve y me saluda con la mano lisiada con energía, como si fuéramos amigos de toda la vida. Me consuela ver que, por mucho que Danthrin lo

maltratara, no le arrebató la inocencia infantil.

De pronto se me ocurre una idea.

–¿Crees que Wendeline podría ayudarle?

Elisaf se rasca la barbilla y se lo piensa.

–Puede que la cicatriz sea demasiado antigua, pero podría echarle un vistazo. Le pediré que venga al castillo.

Se me ocurre una idea mejor.

–No hay necesidad de que vaya hasta allí. Paremos en el santuario antes de volver.

–Inténtalo.

Mika levanta la mano frente a su cara y extiende los dedos al máximo. Aunque no estén del todo rectos, desde luego tienen mejor aspecto que antes. Sonríe.

–He podido arreglar el daño de los nervios –le explica Wendeline a Gracen–, pero no puedo hacer gran cosa para reparar las cicatrices. La piel de los mortales es más delicada y ha pasado demasiado tiempo. No obstante, si hace ejercicios de estiramiento a diario, debería recuperar por completo la movilidad.

–Gracias, sacerdotisa. Rezábamos por conseguir mucho menos. –Se acaricia el vientre hinchado y Wendeline observa el gesto con una sonrisa agotada.

–¿De cuánto estás?

–Ocho meses. Está siendo especialmente duro.

Wendeline hace el gesto de acercarse y titubea.

–¿Puedo? –pregunta.

Gracen me echa una mirada cautelosa y asiente.

La sacerdotisa presiona la palma contra la barriga y cierra los ojos. Me fijo en sus uñas: las tiene mordisqueadas, no como cuando me curó ayer. Están cortísimas y alguna le tiene que doler. Es una señal que me indica que está nerviosa. Que tiene un conflicto.

La advertencia de Bexley me tiene obsesionada.

–Nunca había conocido a una sacerdotisa –admite Gracen–. No a una auténtica, vaya.

No estoy muy segura de a qué se refiere, pero no es el momento de preguntar.

Cuando Wendeline vuelve a abrir los ojos, brillan.

–No tienes motivos para preocuparte. Tu niña está sana y fuerte. Nacerá pronto.

–¿Niña? –Gracen suelta una suave risa–. Otra niña. Eso es... maravilloso –se le borra la sonrisa, como si no lo fuera.

Resuena un llanto en el santuario que hace girar las pocas cabezas presentes para la oración del mediodía. Lilou se quedó dormida en brazos de Dagny durante el viaje en carruaje y siguió así mientras la gruesa costurera paseaba por los pasillos, pero ahora está despierta y llama a su madre.

–Debería ir a por ella antes de que empiece a chillar...

Gracen se levanta del banco y se aleja de nosotras, seguida por Mika, que trota mientras abre y cierra la mano con fascinación.

–No se la ve muy contenta de tener otra niña –comento.

Wendeline sigue mi mirada.

–Me da la sensación de que ha pasado muchas penurias en su corta vida y teme que sus hijas sufran lo mismo.

–Ya no. Bueno, eso espero.

No sé cuánto mejorarán sus vidas en el castillo, pero estoy convencida de que estarán mucho mejor que con Danthrin.

Wendeline me mira fijamente durante un buen rato y de pronto se sobresalta, como si no se hubiera dado cuenta de lo que hacía.

–No puedo creer que fuerais directa al puesto del lord y le exigierais que os entregara a todos sus sirvientes.

Yo tampoco acabo de creerlo, ahora que ya ha pasado. Me encojo de hombros.

–Si tengo que representar este papel, nada me impide disfrutarlo, ¿no? Espero que ese monstruo se ahogue en la tumba de pasteles y tartas que se ha cavado él solito.

Elisaf aguarda pacientemente al fondo; los otros guardias están fuera. Sé que tengo un tiempo limitado aquí; seguramente esté poniendo a prueba la poca libertad que me ha dado Zander. En todo caso, tendré que dar explicaciones.

Hay tres sacerdotisas arrodilladas frente al altar. No se han movido ni un centímetro desde que nos sentamos. No veo miradas recelosas ni nervios que indiquen que están escondiendo a alguien entre estos muros.

–¿Sucede algo, alteza? –me pregunta Wendeline.

–No lo sé –respondo. Llevo toda mi vida sospechando de todo el mundo. No quería desconfiar de Wendeline ni de Elisaf, pero si no lo hago, tal vez sea mi perdición. Estudio a la sacerdotisa atentamente y decido hacerle una pregunta–: ¿Qué motivo podría tener una vidente para venir a Cirilea?

Es incapaz de ocultar la sorpresa con suficiente rapidez y me planteo si ese será su truco: siempre dispone de tiempo para preparar una coraza invisible antes de enfrentarse a alguien. Mi visita inesperada, llevando a Mika, ha impedido que lo hiciera.

Su reacción me provoca una oleada de satisfacción que se mezcla con el dolor agudo de sentirme traicionada. Bexley tenía razón: he sido demasiado confiada.

—Lo sabías.

Se gira hacia las sacerdotisas arrodilladas y después mira a nuestro alrededor para asegurarse de que no hay nadie detrás de nosotras. Suelta un suspiro enorme, como si se estuviera liberando de una inmensa carga.

—Llegaron hace dos días, pero yo ya sabía que iban a venir.

—¿Está aquí? —echo una mirada alrededor.

—Jamás vendrían aquí. No son idiotas.

—¿Se lo has dicho a Zander?

Tal y como tiene las uñas, apuesto a que la respuesta es no.

—No.

Meneo la cabeza.

—Ayer nos mentiste.

—Compartí toda la información que pude —mira al suelo—. No creáis que no sé de las sospechas de Zander o su desprecio por Mordain, que yo también comparto. Todo lo que puedo hacer yo es actuar en el mejor interés de Islor y confiar en que me permita seguirlo haciendo.

Zander tenía motivos para no confiar en ella, pero no es el momento de hacer acusaciones.

—¿Dónde está Ianca?

—Los conocimientos de Ianca son inestimables y Gesine es una herramienta poderosa, incluso a pesar del collar. No se liberaron del yugo de Neilina y vinieron hasta aquí para servir de marioneta de otros. Ellas acudirán a vos cuando estén preparadas, y no antes.

—Pero ¿por qué han venido hasta aquí? —bajo la voz, temiendo que alguien me escuche—. ¿Mordain está conspirando contra Islor?

—No —niega con la cabeza con decisión—. No de la forma que teme el rey. Hay acontecimientos que deben producirse y piezas que han de encajar. Han venido hasta aquí para que, cuando eso suceda, puedan guiaros hacia el futuro lo mejor que puedan.

–¿Guiarme? No lo entiendo. ¿Guiarme en qué? –me siento cada vez más frustrada.

Su sonrisa es dolorida.

–La profecía existe y lleva siglos escrita y olvidada, acumulando polvo entre miles de delirios. La hija ybarisana de Aoife y el hijo isloriano de Malachi, unidos, traerán la paz a ambos reinos.

–¿Todo esto es por una profecía?

Wendeline la mencionó la última vez que hablamos aquí, pero no dio detalles. No parecía importante para ella.

–No es una profecía: es la profecía. Zander y vos estabais destinados a encontraros.

–¿Y qué opina él de todo esto?

Junta las cejas y caigo en la cuenta.

–No se lo has dicho...

–Lo he intentado, pero no me escucha.

–¿Por qué?

–Porque aún no está preparado para aceptarlo. Todavía le hiere el orgullo lo que le hizo Aoife.

El rey hechizado. Doy por sentado que está hablando de eso.

–Ninguno de los dos estáis preparados –continúa Wendeline–, pero lo estaréis. Lo noto en la forma en que os miráis –bajo la vaguedad de sus palabras late una urgencia.

–Pero... ¿preparados para qué? Es como si hablaras en clave... –Estoy cada vez más furiosa; ya tuve suficientes adivinanzas con Sofie. Y, sobre todo, estoy cansada de ocultar la verdad y de arreglármelas sola con todo este lío. Estoy harta de que me mientan. Creo que he tocado el límite–. ¿Sabes algo de quién soy y de por qué estoy aquí?

Sus ojos azules taladran los míos. Exhala lentamente, como si tomara una decisión.

–Sois una invocadora clave, y supongo que Malachi os ha traído aquí para intentar abrir la puerta del ninfeo.

Capítulo 26

Mika corre por el pasillo todo lo rápido que se lo permiten sus piernecitas, sin guardar el protocolo que exige un lugar sagrado. En alguna parte del santuario, Lilou llora.

Y yo me siento como si Wendeline me acabara de quitar el banco en el que estoy sentada para que me fuera al suelo.

–Una invocadora clave... –Miro fijamente a la sacerdotisa. Una elemental con afinidad con los cuatro elementos. *Muy raro, muy poderoso*, dijo–. No. No es verdad.

Se equivoca. Soy una humana normal. Una ladrona.

Sonríe.

–Olvidáis que fui examinadora en el pasado. Veo esas cosas.

–Me estás diciendo que me has examinado a mí.

–Sí. Después del ataque del daaknar.

Bajo la voz hasta hacerla casi inaudible.

–Y encontraste afinidades con los cuatro elementos.

–Sí. Habilidades de invocadora.

–Eso es imposible.

–Fue una sorpresa –admite–. También examiné a la princesa Romeria cuando vino aquí, para saber lo poderosa que era. Lo hice de forma encubierta, claro. Puedo aseguraros que solo tenía una afinidad élfica con Aoife y, dado que los Destinos no pueden entregar afinidades, la única posibilidad que se me ocurre es que Malachi haya ligado, de alguna forma, el cuerpo de la princesa Romeria a una invocadora clave. Pero no existe ninguno en todo Ybaris ni en Mordain, y si lo hubiera sería imposible que jamás hubiera oído hablar de los Destinos o de la magia elemental. No sé dónde os encontró Malachi ni cómo os vinculó al cuerpo de la princesa, pero sois una invocadora elemental. Una invocadora elemental inmortal. Podéis crear con vuestra afinidad de invocadora y podéis manipular con vuestra

afinidad élfica. Jamás ha existido nadie como vos este mundo –sentencia, pero su voz trasluce su perplejidad.

La cabeza me da vueltas.

–Me dijo que no podía creer que no supiera lo que era –murmuro para mí misma.

–¿Os referís al elemental que Malachi empleó para hacer todo esto? –inquiere Wendeline con cautela–. Entonces, sí recordáis quién erais antes de despertar como la princesa Romeria.

Me debato entre dudas. Es la primera vez que admito que recuerdo quién era.

–Soy Romeria. Pero no soy de aquí.

Inspira con fuerza y asiente.

–Los videntes pueden ver a través de las dimensiones y otros mundos. Sus enseñanzas dicen que este no es el único mundo creado por los Destinos: hay otros donde reinan diferentes dinámicas, que siguen trayectorias distintas. Lugares idénticos y a la vez opuestos al nuestro, donde gobiernan los humanos y los inmortales e invocadores permanecen ocultos a los ojos de los demás.

–Sí. De ahí vengo.

Una sonrisa se extiende lentamente por sus labios.

–Me gustaría escuchar esa historia algún día, cuando tengamos tiempo. Me imagino que no se parecerá a nada que haya oído antes.

El nudo que tenía apretado en las entrañas desde hace tantas semanas se afloja ligeramente. Le he contado a alguien mi secreto. Por fin alguien lo sabe. Excepto que...

–¿Sabías todo el tiempo lo que yo era? –soy incapaz de disimular el tono de acusación.

–Sí.

–¿Y por qué no me lo dijiste?

–Porque aún no estabais preparada para saberlo.

Abro los ojos como platos mientras me invade el pánico.

–¿Se lo has dicho a Zander?

¿También lo ha sabido durante todo este tiempo? ¿Solo me estaba poniendo a prueba?

–No –hace énfasis con un movimiento de cabeza–. Buscaba motivos para deshacerse de vos, algo que justificara que os ejecutara a pesar de haber salvado a su hermana. Me daba miedo lo que podría haceros si supiera lo peligrosa que sois.

–Me habría matado.

–Cualquier isloriano lo haría, si lo supiera. Igual que los ybarisanos. Y muchos en Mordain.

Tal y como Sofie me advirtió. Curiosamente, me tranquiliza. Al menos en eso no mentía.

–¿Y ahora qué? Con Zander, digo.

Ya no se le ve dispuesto a clavarme una daga en el corazón. Ni mucho menos.

–Habrá un momento para contárselo, pero no ahora. Tiene otras preocupaciones y no necesita más. Lo sabrá cuando sea la hora.

Es como si se fuera asentando el polvo de la bomba que Wendeline me acaba de lanzar encima. Contemplo las amenazantes estatuas de los Destinos con la mente en blanco.

–No siento nada –confieso. Salvo el alivio abrumador de poder hablar con alguien de todo esto. Por fin.

–No con todos los talismanes que lleváis. Los brazaletes reprimen todo el poder elemental, y el anillo... es complicado. Suprime vuestras afinidades como invocadora, pero ayuda a canalizar la afinidad élfica con el agua, la que poseía la princesa Romeria.

Examino la piedra blanca.

–Sofie me entregó un anillo igual que este y me dijo que no debía quitármelo nunca.

–Tendrá uno idéntico. Es posible. El anillo que lleváis pertenecía a la reina Isla y estaba forjado a semejanza del anillo de Aoife, muy conocido por los videntes. El oro es un talismán de la cornamenta del Destino. Cuando os examiné, tuve que quitároslo. Tenía fijados hechizos que no estaban ahí antes, que contienen vuestras afinidades invocadoras. Cuando Sofie os vinculó al cuerpo de la princesa Romeria, se traspasarían de su anillo a este. Lo que hizo es muy notable; supongo que sería para protegeros hasta que aprendierais a usar vuestro poder.

–Pero... hablo incluso de antes. Durante toda mi vida no he tenido ni idea. ¿Cómo puede ser?

–No lo sé. En Ybaris todos los niños son examinados y se los marca con una insignia elemental imposible de falsificar. A veces los padres temen que sus hijos muestren afinidades y se los arrebaten, así que buscan un invocador que se apiade de ellos y marque a su hijo como humano, aunque no lo sea. Yo misma lo hice con algunos –admite con timidez–. Algunas veces permanecen ignorantes toda la vida.

Otras, descubren sus habilidades por casualidad: prenden fuego a un granero en un ataque de ira o llueve de pronto cuando les han roto el corazón.

Intento recordar algo, pero no creo que nunca me haya pasado nada extraño.

—¿Y un elemental sin entrenamiento?

Eso es básicamente lo que soy yo: una elemental afín a los cuatro elementos. Podría invocar a los Destinos si tuviera la menor idea de cómo hacerlo.

Me tiemblan las manos solo de pensarlo.

—Eso es muy raro, y tener afinidad con los cuatro sin saberlo... —niega con la cabeza—. Tengo curiosidad por lo que sentiréis cuando os liberen de las esposas y os quitéis el anillo, ahora que sabéis que existe.

Has construido una coraza demasiado gruesa a tu alrededor para poder sobrevivir en este mundo.

Las palabras abiertamente ambiguas de Sofie cobran significado. A esto se refería. Ella sabía lo que yo era.

Todo lo que conocía, todo lo que creía que era verdad, está de nuevo patas arriba. Mi madre hablaba de brujas que se hacían pasar por enfermeras y robaban bebés por la noche. En un mundo gobernado por humanos, donde las otras especies permanecen en la sombra, ¿así es como sobreviven los invocadores? ¿Estarán abandonados a su suerte, o tendrán algún lugar parecido a Mordain?

—Solo he oído hablar de una única elemental perdida —la voz de Wendeline me saca de mis pensamientos—. Eloyan May. Tenía tres afinidades. Es una historia muy famosa en Mordain.

—¿Qué le pasó?

Wendeline sube los hombros.

—Se volvió loca, como todos. Los elementos permanecieron en estado latente, pero seguían dentro de ella, cociéndose a fuego lento. Cuando los invocadores la encontraron, no entendía lo que pasaba porque nadie se lo había enseñado.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres cuando dices que todos se vuelven locos?

—Todos los elementales sucumben a la locura cuando alcanzan cierta edad, entre los treinta y los cuarenta años. Sus poderes desaparecen y su mente se vuelve confusa. Son incapaces de diferenciar el ayer del hoy y del mañana, la realidad de la ficción. Hablan con acertijos y a menudo de forma ininteligible.

Recuerdo algo que dijo Annika.

—Enferman.

–Sí, algunos lo llaman enfermedad; otros, locura. Se convierten en videntes. Son tan raros como los elementales, si no más, puesto que la mayoría no sobreviven mucho tiempo. La reina Neilina los manda de regreso a Mordain cuando han pasado por el cambio; ya no les da valor. Pero los devotos escribas creen que tienen un valor incalculable, por caótico que sea lo que dicen. Son capaces de ver a través de las dimensiones y a través del tiempo, pero se esfuerzan en interpretar lo que sucede, dónde y cuándo, y se confunden. Ya no saben dónde pisan con sus pies mortales –una sonrisa triste cruza su rostro–. Ianca pasó por el cambio mientras viajaban hasta aquí.

–Ianca es la vidente.

La mujer mayor que, según Bexley, acompañaba a la elemental.

–Sí. Por ese motivo, todavía lleva un collar de elemental.

–¿Cómo ha podido suceder tan rápido? La locura, digo.

No han podido pasar más de cinco o seis semanas desde que escaparon.

–He oído decir que hay elementales que se acuestan en plena posesión de sus facultades y se despiertan perdidos. Pero normalmente empiezan a notar como si algo tirara de su mente. Es la señal de que el cambio está cerca.

Se me abre la boca mientras intento procesar todo esto.

–¿Estás diciendo que me voy a convertir en una vidente?

–Como mortal, sí. Pero una vez vinculada al cuerpo de la princesa Romeria, estás a salvo de lo que la mayoría considera una espantosa enfermedad que se cobra un peaje muy fuerte: hace que envejezcan rápidamente y a menudo pierden la vista mortal, aunque adquieren lo que llamamos vista divina. Ven a los Destinos con su ojo interior y son capaces de describirlos con gran detalle para los escribas –alza los ojos azules hacia las estatuas imponentes–. Sus visiones son la base que hemos usado para modelar sus figuras corpóreas.

La cierva dorada ha estado aquí.

Las extrañas palabras que me dijo mi padre reaparecen en mi mente. Es como si cobraran importancia de repente.

–Aparte de los videntes, ¿alguien más ha visto a los Destinos?

–Los elementales que los convocan. Solo a los que consideran elegidos se les concede el don de poder contemplarlos.

Noto una opresión en el pecho cuando tomo conciencia de lo que podría significar todo esto. Los delirios..., las divagaciones...

–Los hombres pueden ser elementales. –No es una pregunta.

–Sí. Ailill lo era –hace una pausa–. Los invocadores clave son engendrados por elementales varones. Vuestro padre tuvo que serlo –se me abre la boca de la impresión y Wendeline tuerce la cabeza–. ¿Lo conocisteis? A vuestro padre.

–Sí.

–¿Y él tampoco sabía lo que era? –su rostro trasluce auténtica curiosidad.

Niego con la cabeza. O, al menos, no creo que supiera nada. Jamás dijo algo así. Pero todo lo que me ha contado encaja. Los elementales envejecen rápido y pierden la visión. Mi padre tenía los ojos mal y aparentaba mucho más de cuarenta y nueve años. Supuse que era por las condiciones duras de vivir en la calle, pero tal vez no fuera ese el motivo. Tal vez la causa era impensable.

No está enfermo. Su mente está rota.

A eso se refería Sofie.

–¿Y si sufren un acontecimiento traumático? ¿Podría provocar el cambio?

Como haber sido testigo de un asesinato en un aparcamiento.

–No sabría decir si ha habido algún caso. Los escribas de Mordain sí lo sabrán –se queda pensativa–. Supongo que una impresión fuerte podría servir de catalizador, especialmente si su hora estaba cerca –controlo mi respiración agitada mientras Wendeline continúa hablando–. Hace muchos años, Mordain usaba elementales varones para engendrar niños invocadores. El más famoso de todos, el invocador Yason, engendró trescientos niños dotados antes de sufrir el cambio.

–Eso son muchos... niños –me muerdo la lengua para no pronunciar la burrada que estaba pensando.

–Tiene una estatua en Nyos, la capital de Mordain. Está representado de pie, orgulloso como un toro bravo –sonríe con amargura–. Después de la locura del rey Ailill, Ybaris condenó a los elementales varones. Temía que no se sometiesen a la voluntad del reino y no podía arriesgarse a que naciera otro que tentase a los Destinos de forma tan imprudente. Porque, además, son ellos quienes engendran a los invocadores clave. De modo que, cuando Ybaris se enteró de cómo Ailill empleó a Farren y lo que ello provocó, decidió que no compensaba dejar vivir a los invocadores clave. Y más si cabía la posibilidad de que estos cayeran en manos de Islor.

–Entonces, lo que me estás diciendo es que Ybaris y Mordain llevan dos mil años matando bebés para protegerse a sí mismos contra la amenaza de un invocador clave y, sin embargo, aquí estoy.

—Malachi ha encontrado la forma de eludir el intento de Ybaris de contenerlo en este mundo, sí. Está intentando volver a abrir la puerta del ninfeo. No debéis hacerlo.

—Obvio, por supuesto que no. No después de lo que me has contado de Farren y del desgarro. Pero ¿por qué cree que yo puedo triunfar donde fracasó Farren?

Echa una mirada a su alrededor.

—No estamos del todo seguros, pero creemos que Farren intentó forzar la puerta con su poder en lugar de tomar posesión del altar y permitir que el poder del ninfeo pasara por ella.

Tomar posesión de la piedra.

—Ya. Entiendo.

—Aoife os creó para destruir a los inmortales de Islor. Erais su arma. Y Malachi se la arrebató y la adaptó a sus objetivos. Dudo que Aoife esté muy satisfecha si él triunfa.

—Así que soy un peón en las maquinaciones de dos dioses. —*Soy un peón... otra vez*—. ¿Por qué no me dijiste todo esto antes?

—No estaba segura de quién erais. Ocultarlo era lo más sabio, hasta que lo descubriera. —Mika pasa corriendo a nuestro lado entre risas infantiles, con Dagny a la zaga. Wendeline sonríe al niño—. Pero creo que ahora me hago a la idea de todo. Y vos parecéis comprender el peligro de lo que sois. El daño que podríais provocar.

—Sí, por eso estoy preocupada.

—Malachi no puede obligaros a tomar posesión de la piedra en Hudem. Los Destinos no pueden cambiar la voluntad de nadie.

No es un gran consuelo, pero creo que mi situación ahora está más clara.

—Nunca voy a volver a mi antigua vida, ¿verdad?

Si pudiera, ¿querría? Según lo que me ha dicho Wendeline, dentro de unos diez o veinte años, como mucho, perdería el contacto con la realidad. Acabaría en la calle, igual que mi padre, desvariando sobre demonios.

La evasiva de Sofie cuando le pregunté qué me pasaría una vez que recuperara la piedra me dice todo lo que necesito saber: no hay vuelta atrás.

Me sonríe de forma suave.

—Quienquiera que fuerais antes, ahora estáis atada a este cuerpo, y sospecho que ese nudo no puede desatarse. Pero sois poderosa, de una forma que aún no entendéis. Ah, las cosas que podréis hacer cuando aprendáis la manera, Romeria... Por eso Gesine debe guiaros. Y también Ianca, todo lo que pueda, aunque me temo

que su tiempo es limitado. Pero no podéis gobernar la magia invocadora sin entrenamiento.

–¿Y tú?

–Yo tengo mis propios deberes aquí. Y Gesine será una ayuda formidable. Estudió con los escribas antes de abandonar Mordain. Sabe más de la profecía que nadie que conozca.

Caigo en la cuenta. G.

–La carta que recibió Margrethe. Era de Gesine. Tú sabías que Margrethe convocó a Malachi por mí.

–Yo fui quien os arrancó la flecha y quien la ayudó a arrastraros lejos de la vista de todos –echa un vistazo por encima de su hombro–. Ahora debéis marcharos. Ya nos hemos entretenido demasiado. El rey tendrá muchas preguntas sobre nuestra conversación.

Y Wendeline le dijo muchas mentiras.

–¿Qué le digo?

–Decidle lo que habéis descubierto sobre la vidente en la ciudad. Está buscando motivos para confiar en vos, aunque aún no sé dé cuenta. Ha estado resistiéndose a la atracción que siente por vos, pero finalmente se rendirá. Creo que eso sucederá pronto. –Se me acelera el corazón. *¿Qué demonios significa eso?*–. No obstante, si pudierais encontrar una forma de no mencionar lo que hemos compartido en nuestra conversación, por ahora sería lo mejor. Por el bien de todos.

–Puede leerme, Wendeline. Sabe cuándo miento.

–Sois inteligente. Descubriréis la forma –sonríe–. Sé que puede parecer algo malo, pero esa habilidad tiene sus ventajas. Empezará a ver vuestro verdadero yo y a confiar en vos. Debéis encontrar la forma de confiar el uno en el otro: solo así sobreviviréis a lo que os espera. Decidle tan solo lo que necesita saber, de momento. Algún día descubrirá que le he engañado y afrontaré las consecuencias –me agarra la mano–. Pero, por favor, necesito que lo sepas, Romeria: todo lo que he hecho ha sido a favor del futuro que el rey quiere para Islor –aprieta–. Marchaos ahora. Debéis iros. Y no le digáis a nadie lo que sois.

Dejo a Wendeline sentada en el banco, con los ojos cerrados como si estuviera rezando.

Corrin estaba dando vueltas por el patio cuando llegamos en el carruaje. Avanza derecha hacia mí en cuanto mis zapatos tocan los adoquines.

–¿Dónde estabais? ¡Os esperaba hace más de dos horas!

Reprimo las emociones conflictivas que me devoran desde que salí del santuario –alivio, pánico, ansiedad– y finjo un tono despreocupado.

–¿De verdad estabas preocupada por mí?

–Difícilmente –bufa ella–. Alteza.

Cada vez me cae mejor Corrin. Estoy rodeada de gente que miente u oculta la verdad, y ella es absolutamente transparente.

–Tardamos más de lo que esperaba. Odier tenía mucha variedad de telas y hubo algunos retrasos...

–Ya. Bueno, seguro que el rey también estará... –se calla cuando Mika salta del carruaje al suelo, se agacha y da una voltereta antes de levantarse y ponerse a corretear–. ¿Qué hace un niño...? –le agarra de la oreja para leer el nombre del anillo–. No conozco esta casa. ¿Qué hacéis con el niño de otro? ¿Qué habéis hecho?

–He encontrado una nueva pastelera.

–¡Ya tenemos una!

–Ahora tenemos dos. Corrin, esta es Gracen. –Los guardias la ayudan a bajar; su barriga parece mucho más hinchada mientras desciende el escalón. Dagny la sigue con la niña en brazos–. Y su hija Lilou. Ya conoces a Mika. Van a vivir aquí con nosotros.

Corrin me mira como si acabara de sugerir que prendiéramos fuego al carruaje.

–Estaban con Lord Danthrin de Farywich...

–Freywich –corrige Elisaf en voz baja.

–Qué más da. La cuestión es que llegamos a un acuerdo que evitó que le pidiera a Elisaf que le cortara las pelotas al lord y se las hiciera tragar. Todo el mundo gana.

Varios guardias se retuercen incómodos, y adopto un tono más conciliador.

–Por favor, ayúdalos a instalarse. A Gracen le vendrían bien unos días de descanso, y creo que todos necesitan una buena comida.

–¡La sacerdotisa me ha arreglado la mano! –grita Mika, enseñándosela a Corrin.

Pasan unos segundos hasta que deja de parecer pasmada. Pestañea y pone mala cara al fijarse en la piel fruncida.

–¿Eso está arreglado?

–¡Sí, señora! Antes ni podía mover estos dos dedos. –Los flexiona como demostración.

Gruñe entre dientes, pero me doy cuenta de que está mucho menos enfadada.

–Alteza, mejor que vayáis a vuestros aposentos mientras yo me encargo de esto. Pronto os serviré la comida.

Por muchas ganas que tenga de esconderme en mi habitación, Zander tiene que estar esperando a que le cuente lo que me ha dicho Bexley. Si tardo demasiado, sospechará.

–Mejor esperar un poco –me giro hacia Elisaf–. ¿Me puedes llevar hasta el rey? Necesito hablar con él.

Hace una inclinación.

–Enseguida, alteza.

Le guiño el ojo a Mika antes de seguir a Elisaf. Noto las tripas revueltas.

El patio de entrenamiento parece mucho más grande desde el suelo que desde mi terraza. Ahora mismo está lleno de espectadores –soldados de la Legión, guardias reales y aristócratas– que animan a gritos a los dos hombres que luchan en el centro.

–Con la edad te vuelves lento –se burla Atticus, haciendo un volatín con la espada frente a su hermano. La hoja brilla bajo la luz cegadora del sol. Se ve a la legua que el príncipe, comandante del ejército del rey, es muy hábil.

–Con la edad te vuelves bocazas –replica Zander con esa calma desconcertante que empleaba conmigo los primeros días.

Ninguno de los dos lleva armadura y ambos están chorreando sudor. Las túnicas blancas se pegan a sus cuerpos musculosos y hay varias manchas de sangre de los tajos y pinchazos. Deben de llevar un buen rato luchando, aunque no tienen la respiración agitada por el esfuerzo.

Atticus se lanza hacia delante y Zander esquiva la estocada. Las hojas chocan y el metal rechina, reverberando en el aire. Lo noto en los dientes.

El público observa expectante cómo el rey y el príncipe intercambian un golpe tras otro, sin apenas detenerse para medirse. Las botas raspan contra la arena y la gente jadea cada vez que uno elude un tajo por los pelos, tan cerca del objetivo que noto cómo se para el corazón a veces.

Deberían llevar puesta la armadura. Es una tontería y pura arrogancia luchar así, por más que tengan la ventaja de su propia naturaleza y los poderes curativos de Wendeline. Pero hay algo abiertamente peligroso en este duelo. Puede que solo sea

el giro de las espadas que buscan hundirse en la carne, pero he visto muchos enfrentamientos desde arriba y ninguno parecía tan cargado de furia concentrada como este. Atticus continúa presionando y Zander se niega a ceder terreno. Es como si les agradase hacerse daño.

Annika se acerca a mí.

—¿Ha pasado algo interesante por las calles, ahí abajo?

Percibo oídos atentos a mi alrededor.

—No mucho —miento con aburrimiento fingido.

Zander da un tajo y la hoja alcanza a Atticus en el hombro. La cuchillada hace que contenga un grito. Un estallido escarlata mancha la ropa blanca. Parece un corte profundo, pero Atticus solo sisea antes de cargar contra su hermano con tal arranque de ira que contengo la respiración, temiendo que lo mate en cuestión de segundos. Pero Zander bloquea con habilidad el aluvión de golpes con la misma elegancia y equilibrio que despliega Boaz durante su entrenamiento matutino.

Los señalo con la cabeza.

—¿Qué les pasa?

Annika se encoge de hombros.

—Así es como resuelven los desacuerdos.

—Pues ha debido de ser serio.

La danza salvaje de Zander y Atticus se prolonga hasta que sus pechos empiezan a agitarse por el esfuerzo. Los tajos y reveses de Atticus pasan a ser un poco menos precisos pero igual de feroces, y su atractivo rostro se crispa de frustración.

El impecable juego de pies de Zander y sus paradas laterales finalmente le dan la ventaja. El final se precipita en un abrir y cerrar de ojos —de no haber estado atenta a la batalla, me lo habría perdido—, con un medido paso lateral en el último instante que hace que Atticus pierda el equilibrio. Zander le lanza una patada veloz, de la que Atticus no se recupera. Cae de bruces en el suelo con la punta de la espada del rey contra la columna vertebral.

La multitud enmudece.

—No te atrevas a decirme adónde debo mandar a mi ejército —sisea Zander con los dientes apretados. Mantiene la espada contra la carne durante tres largos latidos antes de apartarla. Se gira y se marcha, dando por finalizado el duelo con su aplastante victoria.

Atticus se tumba de espaldas, pero se queda donde está, jadeando.

En cuanto Zander se fija en mí, se me acelera el pulso. No alcanzo a entender lo que puede significar que haya una profecía sobre nosotros, pero hace no tanto

tiempo no creía en la magia, en los monstruos ni en los dioses. ¿Tendrán razón las videntes? ¿Zander y yo estábamos destinados a encontrarnos?

Se acerca a mí con una sonrisa dedicada a nuestro público, porque no se refleja en sus ojos. En ellos hay una sombra de algo que le está molestando.

—¿Qué tal la mañana? —pregunta, recorriéndome con la mirada mientras respira entrecortadamente. Tiene el cuello de la túnica desatado y empapado, pero huele a él; tan solo un poco más fragante.

—Ha sido interesante. —Somos el centro de todas las miradas curiosas, incluso cuando los espectadores se dispersan y los soldados recogen sus armas y regresan al patio de entrenamiento. Me acerco más a él hasta que casi nos rozamos y tengo que subir la cabeza para mirarle a los ojos. Extiendo la mano para rozar su túnica manchada. Un gesto mínimo y relativamente inocente de intimidad que me resulta demasiado osado—. ¿Conoces Freywich?

Se mete sin problemas en el papel. Desliza la mano por mi costado y su calor hace que me arda la piel.

—Freywich —frunce el ceño—. Es una ciudad pequeña cerca del bosque de Eldred, creo. ¿Por qué?

—Curiosidad —respondo. Quizás no llegue a enterarse de mi pequeña fechoría de hoy. Me pongo a juguetear con un cordón suelto de su túnica; una maniobra de distracción para mantener la cabeza ocupada y que mi pulso no revele mi culpabilidad.

Pero su mirada fija me indica que no ha funcionado.

—¿Podemos hablar? —pregunto—. En privado.

Me mira los labios y me planteo si también él estará recordando lo de anoche.

—¿Es importante?

—Podría serlo.

¿Le parecerá importante que Ianca sea una vidente y que esté en Cirilea? Desde luego, sí se lo parecería que Wendeline le haya mentido sobre todo lo que sabe.

Boaz aparece a nuestro lado. Se detiene y entrechoca los tacones de las botas.

—Majestad, Abarrane y los demás os esperan en la sala redonda —me mira un instante y entrecierra los párpados. No le gusto y, desde luego, no confía en mí.

—Necesito bañarme y hablar con Romeria.

—Pero, majestad...

—Pueden esperar. —Le da la espada a Boaz, me pone la mano en la cintura y me conduce al interior del castillo.

—Esta es la cámara del rey.

Solo la vi un instante desde la terraza aquella noche, y no me fijé precisamente en el mobiliario. Contemplo la decoración barroca de color negro como el hollín: paredes, alfombras y pesadas cortinas. Al igual que en mi dormitorio, las molduras y adornos son dorados.

Supuse que Zander entraría a mis habitaciones, pero continuó hasta la siguiente puerta. Cuando me condujo por su sala de estar directamente a su dormitorio, mi cabeza comenzó a imaginar diversas escenas y a entretenerse con pensamientos que no debería tener estando cerca de él.

Soy tremendamente consciente de la presencia de la gigantesca cama que se encuentra centrada contra la pared.

Zander desaparece en otra estancia y, un instante después, oigo el ruido del agua corriente.

—¿No tienes a alguien para ayudarte con eso, como yo a Corrin?

—Tengo sirvientes que se encargan de lavar mis cosas, ordenar y mantener siempre encendido el farol de la entrada —responde—, pero prefiero hacer las cosas yo solo.

—Yo también.

—Ya me he dado cuenta.

Por impulso, aprieto el colchón para comprobar su blandura. Seguramente esté relleno de plumas, como el mío.

—Pero Corrin se niega a mostrarme cómo llenar de agua mi bañera y todavía no he sido capaz de averiguarlo. Es frustrante.

—Eso es porque todavía piensa que podrías emplearla como arma si alguna vez te libraras de las esposas.

¿Qué podría hacer si no las llevara, si supiera cómo manejar una afinidad con cuatro elementos y cómo acceder a los dos tipos de magia —invocadora y élfica— que se agazapan en alguna parte de mi interior?

—¿En serio?

—Es desconfiada, por si no te habías dado cuenta.

—Sí, pero me daba la sensación de que se estaba abriendo un poco conmigo.

Igual que Zander.

La puerta de su vestidor está abierta. Me cuelo dentro y me quedo asombrada ante la infinidad de chaquetas y todo tipo de libreas, iluminadas por la lámpara de araña del techo. Aquí dentro huele a él, un agradable aroma a madera. Al fondo está su armadura. Me detengo frente a ella para examinarla de cerca. Era lo que llevaba la noche que le conocí, cuando estuvo a punto de matarme en el acto. Paso el dedo por una hendidura profunda de la coraza. No me había fijado en ella.

—Un hacha de guerra, durante una batalla en la Gran Grieta. La última vez que intentasteis invadirnos —de pronto lo tengo justo detrás de mí.

Me tenso, pero me obligo a relajar los músculos.

—¿No deberías repararla?

—Sí. Debilita la armadura. Pero también es un recordatorio de que no soy invencible.

Le observo con curiosidad mientras rebusca entre las túnicas y saca una blanca. Tiene el cabello húmedo de sudor y se le riza en la nuca. Podría parecer un hombre normal que sale del gimnasio y se prepara para ir a la oficina.

Salvo que no es humano, y nuestra situación es cualquier cosa menos normal.

—¿Lo pasaste bien en el mercado? —me pregunta con tono despreocupado, acercándose a los pantalones, sin que parezca que le importe que no le quite los ojos de encima.

—Sí, la verdad es que sí. —Me quedo mirando las chaquetas—. ¿Qué ha pasado con Atticus?

—¿A qué te refieres? —pregunta, fingiendo despiste.

—Estáis enfadados por algo.

—Una pequeña diferencia de opinión sobre a quién pertenece el ejército, si al rey o a Atticus —frunce el ceño al fijarse en una costura deshilachada de los pantalones que ha sacado—. Esta semana ha habido más rumores de que se está planeando un ataque a la ciudad debido a la avalancha de forasteros que vienen a la feria. No tienen fundamento, pero son demasiados como para ignorarlos. Atticus tomó la decisión unilateral de ordenar que acamparan más soldados fuera de los muros.

—¿No es buena idea que haya más por si los rumores fueran ciertos?

Suspira hondo.

—Supongo.

—Entonces, el problema no es que haya más soldados, sino que Atticus los convocó sin preguntarte. Y tú decidiste ridiculizarlo en público, aunque le hagas creer que el ejército es suyo y tiene capacidad de maniobra total, como dejaste caer anoche. Algo sobre inflarle el ego.

–¿Siempre eres tan directa?

–¿Quieres decir sincera? Sé que es un concepto que resulta extraño por aquí. –Paso los dedos sobre una chaqueta negra bordada de oro; los adornos a mano no se parecen a nada que haya visto antes. El hilo brilla tanto como si estuviera hecho con oro auténtico. Tal vez sea así–. Es preciosa. ¿Te la has puesto alguna vez?

Cuelga el traje que ha escogido en un gancho junto a la puerta.

–Sí. Para el funeral de mis padres y para mi coronación. Lo hicieron para nuestra boda. Respecto a mi hermano, ¿hay algún motivo en particular para que quieras defenderlo? –aprieta los dientes.

–¿Aparte de porque sea lo correcto?

Se saca la túnica sucia por la cabeza y la tira a un cesto del rincón, ofreciéndome un primer plano de sus duros músculos.

–¿Sabías que cuando interrogué a una de tus doncellas descubrí que los dos intimasteis mucho durante la escolta desde la Grieta? Muchas partidas nocturnas de damas. Algunas duraron tanto que se le vio salir de tu tienda justo antes del amanecer, y encontraron una reveladora mancha de sangre en tus sábanas. No recuerdo haber terminado así ninguna de mis partidas de damas.

Dejo de mirarle cuando entiendo lo que está dejando caer.

–¿Estás diciendo que se han acostado? ¿Que yo... –señalo mi cuerpo, porque es el que ha hecho tantas cosas despreciables– me he acostado con tu hermano? –me noto palidecer–. Creo que voy a vomitar.

–No creo que esa reacción le infle mucho el ego –hunde los hombros–. Lo siento. Ha sido un arranque de ira. No deberías haberlo descubierto de esta forma. O de ninguna.

–No, sí que debería. Y antes, probablemente –le miro fijamente–. Si estábamos juntos, probablemente fuera él quien quería verte muerto –entrecierro los ojos–. Si murieras, ¿quién reinaría?

–Atticus –admite–. Y habría creído esa teoría si no fuera porque también intentaron envenenarlo a él con merth licuado. Además, uno de tus hombres le disparó una flecha. No, no creo que Atticus haya conspirado contra mí, especialmente si eso implicaba masacrar a toda su familia. Puede que desee ser rey, pero no llevar una corona chorreante de sangre. Tiene demasiado honor y amor por Islor. –Sus ojos recorren mi vestido lavanda–. Simplemente, fue incapaz de resistirse a tomar lo que iba a ser mío.

La virginidad de la princesa Romeria, al parecer. No veo el honor de Atticus por ninguna parte.

—¿Es consciente de que lo sabes?

—Creo que no, y me gustaría que siguiera siendo así.

—Por supuesto —murmuro.

Entra en el cuarto de baño y me quedo ahí, apretándome la boca con las manos para contener el grito. *¡Este sitio es un pozo sin fondo de secretos y mentiras!* Y después de lo de hoy, yo misma estoy atrapada y me estoy hundiendo en él.

Se corta el ruido del agua corriente y oigo el tintineo de una hebilla, el crujido de unas botas al quitarlas, el sonido de unos pantalones que caen al suelo y el chapoteo de un cuerpo que se sumerge en el agua.

A pesar de la conmoción, noto un cosquilleo en el vientre cuando me pinto mentalmente la imagen que evocan esos ruidos.

—No tengo mucho tiempo, Romeria. Lo más probable es que Abarrane me esté maldiciendo ahora mismo. ¿Qué necesitabas decirme en privado?

Ha dejado la puerta del baño abierta de par en par. ¿Es una invitación después de lo que pasó anoche, o ha sido por pura rapidez? ¿Acaso me está poniendo a prueba? Admitió que lo hacía... siempre.

Al menos me da la oportunidad de mantener la distancia, así que será más difícil que lea en mi pulso la sensación de culpa y el pánico que siento, la carga pesada que llevo encima desde que sé lo que soy.

—Me encontré con Bexley en el mercado. Kaders se guardó algunas cosas.

Hay una larga pausa.

—Preferiría no tener que hablar con una pared en medio. Por favor, entra.

Al diablo con mi ventaja.

Tomo aire varias veces para tranquilizarme, doblo la esquina y entro en el cuarto de baño sin ventanas. Es igual que el mío, salvo que tiene una bañera de piedra negra mientras que la mía es de cobre. Está iluminado por una docena de velas titilantes, que sin duda ha encendido solo con pensarlo.

Zander apoya la cabeza contra el borde y mira fijamente al techo. Se le marca la nuez en el cuello, su potente torso queda a la vista y el resto del cuerpo oculto bajo la superficie del agua, demasiado oscura para vislumbrar nada.

Se me seca la boca. Probablemente sea el hombre más deseable que he visto en toda mi vida. Y en este caso, eso juega a mi favor, y puede que sea mi salvación.

Noto el vapor contra mi piel mientras me siento en la silla al lado de la bañera. Me permito admirarlo, no tomo aire para tranquilizarme ni me obligo a pensar en otra cosa. Lo miro fijamente y recuerdo lo que sentí anoche en el callejón durante

aquellos breves instantes, hasta que noto cómo la sangre corre por mis venas y todo mi cuerpo vibra ante la expectación de que se repita.

Puede que esta sea otra de sus pruebas, pero, si lo es, voy a ganar según mis propias condiciones. Gira la cabeza para mirarme.

—¿Sueles tener público cuando te bañas? —pregunto.

—Si hay una mujer en mi baño, no se suele quedar sentada al lado de la bañera —sonríe—. ¿Qué se calló Kaders anoche?

—Que en su barco también iba una vidente.

La diversión se borra del rostro de Zander.

—¿Una vidente aquí, en Cirilea?

—Sí. Viajaba con la elemental. Montaron en un carro y desaparecieron.

Una ráfaga de pensamientos cruza sus pupilas.

—Siempre me he preguntado cómo sería hablar con una.

—Confuso, a veces inquietante. Eso me dijo Wendeline —añado velozmente—. Nos paramos en el santuario antes de volver.

Pero también lo sé de primera mano: otra revelación impactante que voy a tardar en asumir.

—¿Le dijiste lo que te contó Bexley?

—Pensé que tú se lo dirías si querías que lo supiera.

Le miro los pectorales para intentar cubrir mi mentira y él asiente, con expresión pensativa.

—He oído que ven cosas que los demás no vemos.

Encuentra a la cierva dorada.

¿Qué habrá visto mi padre? Algo sobre mí, obviamente. Me dijo que la cierva dorada me estaba buscando... Pero Wendeline me advirtió que las visiones no estaban ligadas a la realidad.

—¿Qué más te dijo Bexley?

—Nada importante.

Sus penetrantes ojos avellana se clavan en mí y me doy cuenta de que ya ni siquiera le distrae la cuestión de la vidente. Tiene que estar notando la tensión de mis mentiras en mi pulso. Pero ¿qué secreto me atormenta más? ¿Haberle encargado a Bexley que encuentre a Ianca, que soy una invocadora clave enviada aquí para abrir una puerta y probablemente abrir una grieta dimensional que liberará a un nuevo ejército de monstruos, o que Wendeline estaba maquinando junto a Mordain por una profecía en la que acabábamos juntos?

Hago lo único que se me ocurre que pueda distraernos a los dos: acerco la silla, agarro una toalla, la sumerjo en el agua y se la paso por el cuello.

Inhala con fuerza.

—Me dijo que no confiara en nadie —añado, pasando la suave tela por sus clavículas y sus hombros, concentrándome tan solo en la sensación, en el tacto de su cuerpo bajo mis dedos, evitando pensar en nada. No me resulta difícil; de hecho, lo complicado es concentrarse en cualquier otra cosa aparte de Zander cuando le tengo cerca.

—Eso tiene gracia, viniendo de ella.

—Básicamente lo mismo que yo le dije. Pero, cuantas más cosas averiguo, mejor entiendo por qué no confías en nadie.

Su pecho es como un lienzo en blanco, de piel lisa y sin marcas, perfectamente esculpido. Elimino todo resto de sudor, suciedad y sangre seca mientras el agua tibia se desliza sobre él.

—Todos me han dado motivos para desconfiar —admite un instante después.

—¿Y Elisaf?

—Excepto él. Confío en él.

—¿Totalmente? —insisto como él lo hizo conmigo respecto a Wendeline.

—Sí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Rozo con una yema del dedo la piel desnuda de sus costillas y toma aire de golpe otra vez.

—Porque yo soy quien le convirtió en lo que es.

Detengo en seco el movimiento de la mano.

—Me dijo que le atacó un inmortal en un callejón.

—Es cierto. Estuvo en La Colina esa noche y le cedió sus venas a alguien. No podemos beber demasiado antes de que sea peligroso, pero aquel hombre se sobrepasó hasta desangrarlo. Cuando llegué allí, Elisaf casi estaba muerto. Sabía que no sobreviviría, así que usé mi veneno con él.

—Pero culpaste a su atacante de convertirlo. Lo ejecutaron por eso...

Zander fue quien me dijo que había pena de muerte por convertir a un mortal, fuera cual fuera el motivo.

—Sí —me observa unos instantes, como si esperara a ver mi reacción después de haber admitido su crimen.

Paso de nuevo el paño por sus clavículas sobresalientes.

—Estoy segura de que tenías tus razones.

Sonríe.

–¿Aparte de no querer morir?

–Eras el príncipe y Elisaf sufrió un ataque. Ninguno de los dos habría muerto.

–Tal vez no, pero mi padre se habría visto obligado a dar ejemplo conmigo. Tuve que pelear para que no ejecutara a Elisaf –deja de mirarme fijamente y clava los ojos en el techo–. Los humanos son la fuente de vida de Islor. Literalmente. Los necesitamos para sobrevivir y hay un miedo visceral a que la maldición de la sangre nos los arrebate, y es así desde los tiempos de Ailill e Isla. La corona prohíbe convertir a un humano por cualquier motivo. Así que Elisaf y yo mentimos y su atacante recibió el castigo que merecía.

–¿Y ahora vosotros dos estáis unidos por ese secreto?

–Estamos unidos por el sencillo motivo de que yo le convertí. Soy su creador. No puede evitar serme leal; es algo que está arraigado en su propia naturaleza. Un extraño efecto secundario.

–Eres su amo.

Contiene una carcajada.

–Que no te oiga nunca decir eso.

–Me dijo que te apiadaste de él después, que le ayudaste a sobrevivir y lo hiciste soldado.

–Nos ayudamos mutuamente. Otro efecto secundario del veneno es que provoca euforia inocularlo. La sensación es intoxicante; una vez que lo has probado, es difícil no volver a hacerlo.

–Me estás diciendo que es adictivo.

–Lo es. Mucho. Es otro de los motivos por los que está prohibido. Tardé meses en superar el deseo de volver a hacerlo. Elisaf y yo fuimos a las montañas al norte de Lyndel, con el pretexto de ayudarle a sobrellevar el cambio. En realidad, los dos luchábamos contra nuestros impulsos.

Noto que me está observando mientras aprieto el paño y veo caer el agua tibia sobre su pecho.

–Entonces, confías plenamente en él.

–Más que en nadie –se queda callado unos instantes–. Ahora conoces uno de mis mayores secretos.

La petición queda colgando en el aire. *Cuéntame los tuyos, Romeria*.

Siento un alivio inmenso tras todo lo que me contó Wendeline, pero no puedo esperar que el rey reaccione bien ante las noticias ni al descubrir que otra persona

de su círculo de confianza le ha mentido.

—Tienes un corte —susurro, examinando una fina línea roja que le atraviesa el hombro.

—Ya se está curando.

Deslizo la mano bajo el agua y recorro su abdomen; me hipnotizan las ondulaciones de sus músculos contra mi palma. Seguramente esté yendo mucho más allá de lo que sería inteligente, y tensa el cuerpo cuando me inclino hacia delante para continuar bajando.

—Deberías llevar armadura cuando blandes tu espada.

Me agarra la mano y me para en seco, con la respiración agitada.

—Ya hemos jugado a esto antes.

—No lo sé. ¿Sí?

Me enfrento a su mirada. Ahora que sé lo que soy, nunca podré pisar el ninfeo durante una luna de sangre y jamás saldré de este mundo. Todavía no lo he asimilado. ¿Qué será de mí? Wendeline cree que tengo una misión importante que debo cumplir, e implica a este hombre.

A este rey, que piensa que está bajo el influjo de un hechizo.

Tal vez lo esté.

Pero ¿cómo explicar entonces lo que yo siento por él?

—Puede que esta vez no sea un juego —susurro.

Noto su respiración contra mi mejilla.

—¿Lo averiguamos? —se queda callado lo que dura un latido y termina guiando mi mano por su abdomen, descendiendo hasta el borde del supuesto objetivo. Me suelta y me mira fijamente, esperando a que haga el próximo movimiento.

Bajo mi palma, sus músculos se tensan de anticipación, pero sus ojos brillantes muestran la verdad: siente el mismo conflicto y confusión que siento, pero desea que suceda tanto como yo.

Se me acelera el corazón cuando cierro los dedos en torno y siento la longitud de su dureza y su piel aterciopelada contra mi palma. Sea lo que sea lo que siente por mí —cólera, frustración, resentimiento—, es incapaz de ocultar su atracción.

Echa la cabeza hacia atrás contra el borde de la bañera, con el conflicto grabado en el rostro.

—No creía que fueras a hacerlo.

—¿No querías que lo hiciera?

Bajo la mano y lo acaricio entero, memorizando la sensación y el peso contra mi palma.

—¿Quieres que pare?

Su nuez sube y baja cuando traga saliva con dificultad.

—Ahora mismo, lo que quiero es que te metas en la bañera.

—¿Contigo?

Sonríe.

—Solo si te atreves.

Veo su farol y subo mi apuesta, pero no como se lo esperaba.

Me quito los zapatos de una patada y me meto de golpe en el agua caliente. Zander abre los ojos de par en par y pasa las piernas bajo las mías, dejándome espacio. El agua rebosa por los bordes y salpica las baldosas de mármol cuando me acomodo en su regazo. Mi vestido violeta se hincha de agua y ondea unos segundos antes de hundirse bajo la superficie.

Su sorpresa se desvanece en cuanto nuestras bocas se enredan en un lazo de labios, lenguas y dientes y nuestras manos se deslizan con ansiedad, como si desearan tocar cada centímetro del otro al mismo tiempo. No puedo evitarlo: paso la lengua por sus colmillos.

Con una risa gutural —sabe lo que estoy buscando—, me arranca la pelerina con un tirón del puño y la echa a un lado.

—Esto molesta —musita, hundiendo el rostro contra mi cuello mientras tira de mi vestido. Me saca las mangas y baja el corpiño hasta la cintura, me atrae hacia su cuerpo y sus manos hábiles ciñen mis piernas. Entre ambos hay una barrera de sedas empapadas, pero sigo sintiéndolo ahí, presionando contra mi muslo.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, disfrutando del contacto de sus manos, que buscan entre la tela mientras sus labios siguen las curvas de mis pechos y su lengua se desliza lenta y delicadamente.

Con una maldición que trasluce fastidio, agarra las faldas y tira. El crujido cuando se desgarra la seda resuena en el aire cargado y oscuro del cuarto de baño. Las manos de Zander buscan mis muslos desnudos bajo el agua, y después entre ellos. Comparado con la frustración anterior, su toque es curiosamente dulce mientras explora, me acaricia y me provoca. Le arden los ojos al ver el placer reflejado en mi cara.

—¿Esto compensa tu insatisfacción de anoche?

Busco las palabras entre jadeos.

—Sí. Pero ¿sabes qué la compensaría del todo?

Giro las caderas contra su mano y le arranco un gemido gutural.

Termina de romper todo el vestido por delante, me ciñe los muslos y me impulsa hacia él.

Tenso todo el cuerpo de anticipación.

–¡Majestad!

Damos un brinco, sobresaltados por la voz ronca de Boaz, que viene desde el cuarto de estar.

Zander entreabre los labios y toma aire lenta y profundamente, como si luchara por recuperar el control.

–¿Qué pasa? –replica secamente.

Se acercan pisadas fuertes y me envuelvo el pecho expuesto con los brazos.

–Lord Stoll quiere hablar con vos con urgencia. Ha recibido un mensaje de... –Boaz enmudece al doblar la esquina.

–¿Un mensaje de...? –inquiere Zander, como si no estuviéramos juntos dentro de la bañera. No hay donde esconderse, y él no es de los que se amilanan.

Boaz me echa un rápido vistazo antes de apartar la vista

–De su administrador en Hawkrest. Se han producido envenenamientos. Seis.

Zander echa la cabeza hacia atrás.

–Entonces ha empezado...

–Atraparon a los tributarios cuando intentaban huir. Están encerrados, pero necesita saber cómo castigarlos, dado que son mortales. La gente está aterrorizada; se está corriendo la voz.

–Supongo que se acabó. –Zander me aparta con suavidad y sale de la bañera, ofreciéndome una vista espectacular mientras se envuelve tranquilamente una toalla alrededor de la cintura. Se dirige a la habitación contigua para vestirse.

Sigo tapándome con los brazos mientras Boaz me observa con el ceño fruncido.

–Los hay que nunca aprenden –murmura antes de marcharse.

Capítulo 27

—¿Esta es la biblioteca? —contemplo con la boca abierta un exuberante invernadero, lleno de árboles tapizados de musgo y enredaderas con ramas colgantes. Los incontables faroles proyectan un ambiente umbrío, a pesar del sol de la tarde que entra por la cúpula de cristal. Junto al caminito de piedra corre un pequeño arroyo donde nadan algunos peces iridiscentes.

—Las estanterías con libros están alrededor —me explica Elisaf en un susurro, señalándome las plantas que tenemos encima—. Aquí en el centro la gente viene a leer; a veces, también a hablar.

Varias personas alzan la vista de sus libros y otras dejan de hablar en voz baja. Algunos se levantan para inclinarse a mi paso. Los asientos son hornacinas entre enredaderas y elegantes sillas de respaldo alto que me recuerdan más bien al salón de un club. Se quedan boquiabiertos, como si la biblioteca fuera el último lugar del mundo donde esperaran ver a la reina.

Hay cuatro escaleras de caracol de hierro negro profusamente decoradas que ascienden hasta cada piso.

—¿Había todo este montón de libros y nadie pudo traerme ni siquiera uno cuando estaba encerrada deseándolo con todo mi ser? —taladro con la mirada a Elisaf.

—La malvada Romeria no merecía entretenimiento —replica con ironía—. ¿Buscabais algo en particular?

—Sí —ya que estoy atrapada aquí, necesito toda la información posible en lugar de esperar a que me la entreguen los demás—. Todo lo que haya sobre la historia de Islor y los Destinos.

Elisaf hace una reverencia y señala la escalera de caracol que conduce a la planta más alta.

—Creo que ahí habrá algo.

Casi una hora más tarde, tengo los brazos hasta arriba de libros y Elisaf me guía hasta un elegante sillón bajo una pérgola cubierta de flores de lavanda.

—¿Bastará con esto?

Suspiro de forma teatral mientras dejo la pila en una mesa redonda.

—Supongo.

Las llamativas flores que caen en cascada son enormes y tienen vibrantes tonos fucsias y zafiro. Nunca he visto nada parecido en ninguna parte, y mucho menos dentro de una biblioteca. Alcanzo un zarcillo con precaución para comprobar el tamaño contra mi palma y los pétalos se cierran de pronto como si me mordieran el dedo. Doy un brinco hacia atrás de la sorpresa.

Suena cerca un cloqueo de risa.

—Uno de sus juegos preferidos —comenta Elisaf mientras vemos pasar a Annika enganchada del brazo de un hombre joven y atractivo. En el aro de su oreja se refleja el brillo de la llama de un farol.

Es un tributario.

Annika me guiña un ojo y sigue caminando. Supongo que no todos tienen los mismos reparos que Zander.

—¿Necesitáis algo más, alteza?

Me hundo en el asiento.

—No; esto es perfecto, Eli.

Saca un libro que llevaba bajo el brazo y toma asiento en una silla cercana, con una sonrisa juguetona en los labios.

Es bien conocido que la princesa Isla de Cirilea tenía dificultades para emplear su afinidad elemental. Como regalo para su prometida, el invocador Ailill forjó un anillo con un talismán de Aoife, diseñado para amplificar la capacidad del portador en función de sus necesidades. Al llevar el anillo, la reina Isla era capaz de manipular el agua solo con pensarlo, lo que le permitía emplear su afinidad eficazmente y sin esfuerzo.

Ailill, devoto pupilo de los escribas de Mordain durante su estancia en Nyos, forjó el anillo a semejanza del que adorna la mano de Aoife, Destino del Agua, según las

visiones de los videntes. Aunque nunca ha sido confirmado, los estudiosos creen que la piedra blanca desconocida está vinculada a la antigua ninfa.

Acaricio con el pulgar la extraña piedra blanca y mate. El anillo es idéntico al de la ilustración. ¿Por eso cobró vida la noche que me sumergí en el agua en busca de Annika? ¿Respondió a mi desesperada petición de ayuda para poder sacar a la mujer que se estaba ahogando en el fondo del río?

A veces me entran ganas de quitarme el anillo y ver qué pasa. Ahora que Wendeline me ha explicado lo que hizo Sofie, el impulso es mucho más fuerte. Pero supongo que carece de sentido mientras lleve las esposas de Ailill.

—¿Qué, llenando esa insidiosa cabecita de información?

Me sobresalta la voz de Atticus. Mi corazón late desbocado cuando le veo acercarse a mi pérgola. Se ha bañado y cambiado de ropa desde que le vi por última vez tirado en la arena de la pista de entrenamiento.

La princesa Romeria se acostó con este hombre.

¿Se sentiría atraída por él, o solo quería provocar conflictos?

Atticus es muy atractivo y viajaron juntos durante semanas desde la Grieta hasta Cirilea antes de que conociera a Zander, así que supongo que no es imposible que le gustara; pero venía aquí para casarse con su hermano, el rey. Aunque no es que planeara un matrimonio muy largo. Se suponía que solo duraría unas horas como mucho.

Pero que Atticus y la princesa estuvieran juntos durante ese tiempo y después él descubriera que planeaba matarlo...

Atticus tiene que odiarme.

Y no puede enterarse de que lo sé.

Tomo aire lentamente y cierro el libro.

—¿Qué tal tu brazo?

Se da una palmadita.

—La sacerdotisa lo mimó un ratito.

—Wendeline se tira todo el día remendándoos.

—Nada comparable al dolor del merth que lo atravesó hace seis semanas. ¿Recuerdas ese día?

—Algunas partes están borrosas.

Sonríe, pero se fija en Elisaf y hace un gesto con la cabeza. Es una señal para que se aleje. Mi guardia obedece; se desliza de su asiento y desaparece. Atticus lo mira

hasta que lo pierde de vista y ocupa su lugar. Se sienta con los fuertes muslos abiertos y el brazo colgando del respaldo.

Está lejos de ser poco agraciado físicamente, pero ahora que sé el tipo de persona que es y lo que le ha hecho a su hermano, se ha esfumado cualquier posibilidad de que me atraiga.

Adopto una expresión totalmente distante.

—¿Querías algo?

—De verdad no me recuerdas... —responde, torciendo la cabeza.

—¿Qué debería recordar?

Agarra uno de los libros que todavía no he abierto —uno encuadernado en tela sobre la historia de Kettling— y lo hojea.

—Mis hombres y yo estuvimos escoltándote durante semanas, desde el paso por la Grieta hasta Cirilea.

Sé que debería callarme, pero soy incapaz de evitarlo.

—¿Y tú y yo pasamos mucho tiempo juntos?

—¿Al margen de lo obligatorio? —se vuelve hacia mí—. No.

Si no conociera nuestro secreto, probablemente no notaría nada en sus ojos azules salvo la mezcla habitual de recelo y curiosidad. Pero ahora qué sé lo que pasó, veo un indicio fugaz de deseo y dolor. Y quizá una pizca de culpabilidad.

La princesa Romeria le engañó con la misma facilidad que a los demás. Quizás le manipuló y gracias a él averiguó toda la información interna que Zander cree que consiguió gracias a un cómplice. ¿Le haría alguna promesa?

Vuelve a centrarse en el libro.

—Supongo que eso te vino bien, teniendo en cuenta que llevabas todos esos frascos de veneno que no querías que descubriésemos.

Esta visita inesperada debe de tener algo que ver con los asesinatos en Hawkrest.

—Sigo recordando mentalmente cómo sonreías sin parar y saludabas a todo el mundo mientras tu hermano y tú teníais en mente el gran plan de asesinarnos a todos en el momento en que somos más vulnerables.

—Lo siento.

No puedo decir otra cosa más que eso.

Deja el libro en la mesa de un golpe y echa un vistazo somero a nuestro alrededor, supongo que para asegurarse de que no hay fisgones escuchando, al margen de Elisaf. Es lo bastante listo como para suponer que mi guardia está escuchando toda la conversación, o se enterará más tarde o más temprano.

—Mi hermano está ganándose enemigos.

—¿No es eso lo normal en los reyes?

—No tantos. No tan rápido. —Tira de un hilito suelto de la tapicería rosa de la silla—. Su sueño idealista de acabar con el sistema tributario, darles a los mortales un hueco en la corte y tierras..., jamás se cumplirá.

—¿Por qué no?

—Porque requeriría el apoyo incondicional de los inmortales de Islor, y no lo tiene. Además, subestima la convicción de sus adversarios.

—Supongo que entonces es estupendo que cuente con un hermano tan competente al mando de su ejército.

—Sí. Uno lleno de soldados que necesitan a sus tributarios tanto como Adley y Stoll. ¿Cuánto crees que tardarán en cambiar de bando? ¿Cuánto tardarías tú si te dijeran que arriesgas la vida por aquellos que desean que te mueras de hambre?

—Pero... es posible un nuevo sistema, donde haya libre albedrío y compensación. Hay humanos que estarían dispuestos a seguir haciéndolo, que lo disfrutan. Ya lo vimos en La Colina.

Su sonrisa burlona muestra sus perfectos dientes blancos.

—Veo que a ambos os ha picado el mismo gusanillo. —Sus ojos penetrantes me taladran fijamente—. La idea de que nuestro rey está hechizado por la princesa ybarisana que desea acabar con los inmortales de Islor está calando entre la gente. Dentro de poco dará igual si es cierto o no, pero empiezo a temer que lo sea y que esté afectando a todas sus decisiones. Explicaría por qué contuvo su arma esa noche y por qué te atesora como si fueras la joya más preciada. —Se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas—. Explicaría por qué ha puesto a una asesina a su lado en el trono.

—Ya sabes por qué. Quiere descubrir quién conspiró con ella.

—Con ella. No contigo... —tuerce los labios con amargura—. No había nadie conspirando dentro de estos muros, no de la forma que cree Zander. No de una manera que pueda rebajar tu culpabilidad. Pero no estoy seguro de que sea capaz de ver nada a estas alturas. Ahora, Romeria lo es todo.

—Eso no es cierto —pero, aunque haya sido un reproche, no puedo evitar sentir una oleada de calor en el pecho.

—Lo que vi la otra noche en el callejón.

—Había guardias alrededor —lo justifico—. Parecíamos sospechosos.

Su expresión indiferente indica que no se cree ni una sola palabra. Se mira las manos durante un buen rato antes de seguir hablando.

—Nunca te permitirán ser reina. No después de lo que ha pasado.

–Me alegro mucho de no querer serlo, la verdad.

–Hacéis una buena pareja, entonces, porque no estoy del todo seguro de que Zander quiera ser rey.

Se levanta y se marcha sin decir una palabra más. Le observo mientras se aleja, con los hombros hundidos.

–¿Has oído la conversación? –le pregunto a Elisaf cuando regresa.

–Así es, alteza.

–¿Puedo dar por sentado que sabes lo que sospecha Zander sobre lo que pasó durante mi escolta hasta Cirilea? –Los ojos castaños de Elisaf se clavan en los míos de forma elocuente. Lo confirma con un asentimiento–. Así que me ha mentido a la cara.

Elisaf frunce el ceño.

–¿Y qué debería haber dicho? ¿La verdad?

–Ya, supongo que no. –No si cree que nadie conoce su indiscreción. Suspiro–. No confío en él. Creo que Atticus quiere ser rey.

–Pues claro. Es el segundo hijo del rey Eachann. Tiene derecho al trono, si le pasara algo a Zander.

–Exacto.

–Pero eso no significa que haya conspirado para arrebatárselo.

Está claro que Elisaf también tiene alta estima por Atticus.

–Entonces, ¿a qué ha venido esta visita?

–Está frustrado por las decisiones que está tomando su hermano. Creo que también estaba reconociendo el terreno.

–¿Midiéndome? ¿Por qué?

–Eso, sinceramente, no lo sé. –Toma asiento y continúa leyendo.

Pero yo me pongo a recordar una escena del pasado. Recuerdo a Tony valorando sus opciones mientras su hermano yacía moribundo en el suelo. Aunque ese patán no hubiera tenido nada que ver con la muerte de Korsakov, de inmediato vio la oportunidad de gobernar el pequeño imperio del mal.

¿Qué sería capaz de hacer un hermano por gobernar un auténtico reino?

–¡Ese granuja no se calla ni debajo del agua! ¡Solo dejo de oírlo cuando se esconde! –gruñe Corrin mientras extiende la colcha de seda de mi cama–. ¡Antes

nos costó encontrarlo tres horas y hubo que llamar a un guardia!

Me río mientras termino de sombrear mi dibujo.

—Ya se han instalado, ¿no?

—Una habitación familiar en las dependencias del servicio, sí. Me entran ganas de cerrar la puerta por fuera hasta que tenga fuerzas suficientes para hacerse con sus niños.

—Por favor, no lo hagas. Hablo por propia experiencia: estar encerrado meses en una habitación es un asco.

—Vos os lo merecíais —replica.

—Tienes razón: yo sí. Pero ellos no. Ya han sufrido bastante. ¿Viste lo hinchados que tiene los tobillos? ¿Y lo agotada que está? El mostrador estaba a rebosar de comida que preparó ella sola. Su guardián era un monstruo; apuesto a que llevaba años maltratándolos. A saber cuántos más tendrá así... —Solo de recordar su cara de suficiencia, me entran ganas de rechinar los dientes.

—Le vi marcas cuando la ayudé a meterse en la bañera. Me dijo que se había estado alimentando de ella y ofreciéndosela a otros. Diariamente. A una mujer embarazada... —Corrin sacude la cabeza mientras mulle las almohadas.

—¿Ves? Creo que me sentaría en primera fila y aplaudiría si lo condenaran a muerte.

Corrin retuerce los labios.

—Ya he mandado que cambiaran sus marcas por las reales. Ha estado intentando ir a las cocinas, ya sabéis. Dice que quiere ganarse su sustento y demostrar que «la reina Romeria no se equivocó» —marca comillas con los dedos—. Todos os llaman reina ya. No sé a qué estáis esperando; más valdría que os casarais ya.

Se me acelera el pulso un instante.

—Porque nada de esto es real, ¿recuerdas? —le indico—. Zander está persiguiendo traidores y yo le sigo la corriente para no quedarme encerrada en una habitación el resto de mi vida.

No consigo quitarme las palabras de Atticus de la cabeza ni siquiera un día después. Son un recordatorio sombrío de lo mismo que pensé yo: que no hubiera ningún cómplice dentro de estos muros. Y si yo me lo cuestiono y Atticus también, seguramente también Zander lo haga. Y, sin embargo, me sigue manteniendo a su lado, avivando el malestar de los aristócratas que no quieren una reina ybarisana, y menos todavía una envuelta en una trama tan oscura como un asesinato.

Corrin bufa y me mira de una forma que me hace pensar que está al tanto del momento íntimo que compartimos ayer en la bañera. Aquello, aunque fuera fugaz,

me pareció real. No obstante, no he vuelto a verle el pelo. Es como si el rey vampiro de Islor me estuviera rehuyendo.

–Dagny me ha dicho que tendrá el vestido terminado a tiempo para el primer día del torneo.

–Genial...

Ese día está cada vez más cerca.

–Si no se os ofrece nada más... Todo el mundo está muy atareado en las cocinas preparando la cacería y yo tengo mucho trabajo que hacer, incluyendo intentar reparar el trapo empapado y roto que antes era vuestro vestido lavanda.

Rehúyo su mirada con una sonrisa inocente y le tiendo el papel, pensando que al menos no me ha preguntado cómo lo rompí.

Alisa el ceño de la frente cuando lo toma entre las manos.

–Esta soy yo –dice sorprendida.

–Sí.

Sus ojos permanentemente duros se suavizan mientras lo contempla.

–Nunca había tenido un retrato mío. Gracias, Romeria.

Es la primera vez que me llama por mi nombre.

–Gracias a ti por ayudarme con Gracen y sus hijos. Sé que te eché mucho encima, pero no podía dejarlos ahí.

Enrolla lentamente el papel.

–Admito que lamento cómo reaccioné de entrada. Luego supe cuál era su situación –murmura.

–¿Eso ha sido una disculpa?

–¿De Corrin? Imposible –suena la voz de Zander a mi espalda.

Está en la puerta de mi terraza. Me devoran los nervios cuando le veo y se me viene encima una avalancha de recuerdos de nuestro último encuentro. No sé cómo, pero cada vez lo encuentro más atractivo.

–Ahora sé por qué me trasladaste tan cerca. Es para que puedas aparecer sin previo aviso, siempre que quieras –le espeto con actitud arrogante, aunque mi pulso acelerado no tardará en delatarme, si es que no lo ha hecho ya.

–Majestad –Corrin hace una reverencia y, tras sonreír en mi dirección, se marcha.

Dejo el lápiz sobre la mesilla y controlo mi respiración mientras contemplo al rey. Hoy viste con un pantalón negro y blanco y chaqueta negra sobre su túnica sencilla habitual, ceñida a un cuerpo que he visto y tocado sin ropa.

¿Continuaremos donde lo dejamos? Solo de pensarlo me entra vértigo.

Zander se queda en el umbral de mi cuarto de estar, apoyado tranquilamente contra el marco, con los brazos cruzados.

–¿La disculpa de Corrin tiene algo que ver con que confiscaras a su guardián la propiedad de cierta pastelera y sus dos hijos, que pronto serán tres? –pregunta sin alterar el tono.

–Te has enterado.

¿Está enfadado? Soy incapaz de averiguarlo; oculta muy bien lo que piensa.

–Tengo entendido que amenazaste con ordenar a Elisaf que mutilara a Lord Freywich, y con una saña especial.

–No delante de él –replico–. Torturó a ese niño, ha obligado a Gracen a criar y, además, Corrin me acaba de confirmar que la alquilaba para...

–Hiciste lo correcto –me interrumpe, y se me escapa un suspiro de alivio–. Esa es exactamente la clase de inmortales que se llevan saliendo con la suya desde hace demasiado tiempo.

–Sí –vacilo un poco, porque espero que le siga un sermón de «pero así no es como hacemos las cosas en Islor». Voy contando latidos hasta que me doy cuenta de que no continúa hablando–. Entonces, ¿eso es todo?

Frunce el ceño.

–¿A qué te refieres?

–Pensaba que habría alguna amenaza, que volverías a sacar el látigo a relucir.

–Otra vez con el látigo... –refunfuña.

–¿No estás enfadado conmigo, entonces?

–Mi vida sería muchísimo más fácil si lo estuviera –suspira hondo–. Ven conmigo.

Miro la mano extendida con una mezcla equilibrada de recelo y emoción.

–¿Adónde?

–A despojarme de más oro para entregárselo al pueblo. Creo que es tu pasatiempo favorito.

–Gracias, majestades, gracias, gracias. Que los Destinos os bendigan. –La mujer de las manos con manchas de la edad que vimos en la última visita a la colonia hace una genuflexión pronunciada. El hombre que está detrás de ella, supongo que su

marido, se apoya con fuerza en el bastón. Recuerdo los zapatos rotos que llevaba antes; ahora tiene un par nuevo. Pero me fijo en el vendaje que tiene en el tobillo.

—¿Puedo preguntar qué le ha pasado en la pierna?

—Solo es una infección, majestad. Seguro que no es nada. Seguirá su curso —le quita importancia con un aspaviento, seguido de una mueca de dolor mientras se inclina.

—Me da miedo cuál será ese curso... —Especialmente cuando el hombre ya se encuentra en ese estado—. ¿Ha ido a ver a la sacerdotisa en el santuario?

—No creía que nosotros... quiero decir... —sus ojos grises se vuelven hacia Zander, tentativos—. No quiero ser una molestia...

Esa reacción me dice que los servicios de Wendeline no están disponibles para los habitantes de la colonia. Supongo que tiene sentido —solo puede atender a un número determinado de gente—, pero emplea su talento en los duelos de los inmortales que ya cuentan con un factor curativo antinatural, mientras gente como este hombre sufre. La ira me devora por dentro.

—Ve tan pronto como puedas. Pregunta por Wendeline. Hoy mejor que mañana. Dile que te envía Romy.

—Yo le haría caso —sonríe Zander—. Es muy insistente. Puede que vuelva mañana a comprobarlo.

El hombre me promete que irá y se mete cojeando en su choza.

Hemos llegado al final de la colonia. Llevo en la mano una de las dos bolsas de terciopelo que contiene el poco oro que queda tras repartir monedas entre los humanos despreciados por el cruel sistema de Islor. No me parece, ni de lejos, suficiente.

Me paro un instante para contemplar el agua. Los barcos desvencijados crujen y golpean suavemente contra el muelle destartalado al compás de las olas. El atardecer baña la bahía en tonos de coral, ocre y dorado que se funden en el cielo nocturno. A pesar de su miseria, envidio las vistas que tienen.

En el silencio se oyen risas y jaleo que vienen de las calles abarrotadas de la ciudad. El mercado está a diario a rebosar de gente que va a ver los productos y a disfrutar del ambiente. Corrin dice que hay mucho más público ahora que se acerca el día del torneo.

El ruido de cascos contra la piedra llama mi atención. Hay más soldados a caballo: Cirilea está tomada por el ejército del rey. No llevan las armaduras pulidas idénticas de la guardia real, sino una mezcolanza de uniformes. Son hombres al servicio de diversos señores, tropas unidas bajo las órdenes del rey. O de Atticus,

como declaró amargamente Zander el otro día. Al frente del grupo destaca su hermano con su reluciente coraza dorada.

Uno de los hombres le comenta algo y Atticus suelta una carcajada potente.

—Se lleva bien con ellos —observo, un poco tensa. Siento una curiosa mezcla de confusión, aprensión y culpa. Fuera lo que fuera lo que pasó entre nosotros, yo no he participado en ello.

—Es un gran líder. Apuesto a que la mayoría de sus hombres lo seguirían hasta la Gran Grieta. No acepta sacrificar sus vidas a la ligera, y nunca en vano.

Un gran líder que, en una ocasión, se acostó con tu futura esposa. Al margen de lo que le hiciera la princesa Romeria, eso tuvo que herir su orgullo.

—Vino a hablar conmigo ayer. En la librería.

—Ya me he enterado —deja escapar un suave suspiro.

—No está de acuerdo con esta farsa.

—Sí; ya me lo ha dicho un montón de veces.

Y, sin embargo, no parece importarle la desaprobación continua de su hermano, mientras que a mí sí me afecta. A lo mejor estar en desacuerdo es normal entre hermanos; no tengo experiencia en eso. O quizás es lo que conlleva ser rey. Los que te rodean acatan tus decisiones, las aprueben o no, y juegan su papel.

Atticus nos ve, intercambia unas palabras rápidas con su grupo y se acerca a nosotros al trote.

—Alteza —me saluda cordialmente, inclinando la cabeza. Su semental negro es idéntico al de Zander y ambos animales se alzan imponentes sobre nosotros.

—¿Algo de interés en el mercado? —pregunta Zander.

—Un montón de borrachos que es más probable que se corten con sus propias espadas antes de provocar ningún daño.

—Dejadlos que lo hagan.

Atticus se sonríe.

—Lo mismo pienso yo. —La tensión que había en la pista de entrenamiento parece haberse esfumado.

—Es mejor que volvamos al castillo. Pronto se hará de noche —indica Boaz, inclinando la cabeza con deferencia en dirección a Zander, pero está claro que intenta convencerlo para que regrese cuanto antes. Lleva con el ceño fruncido desde que salimos del castillo, y no hace falta ser un genio para percatarse de que el capitán no considera que el valioso tiempo del rey deba emplearse en pasear por la colonia.

–Adelántate con Atticus si quieres. –Zander me agarra de la cintura para ayudarme a subir al caballo. A pesar del vestido y los tacones, empiezo a pillarle el truco. En cuestión de segundos le tengo detrás, sentado en la silla, y me rodea entre sus fuertes brazos para agarrar las riendas. Partimos por una calle que no conozco, cuesta arriba, lejos del castillo, del mercado y de todo lo que conozco de Cirilea hasta el momento.

Lo observo todo con curiosidad, disfrutando del fuerte contacto de Zander contra mi espalda.

–Nos siguen –le indico, al divisar por encima del hombro a una patrulla de la guardia real que serpentea detrás de nosotros.

–Por supuesto –replica. Soy incapaz de discernir si está molesto o no.

La calle se convierte en un camino de tierra y después en un sendero, mientras las potentes patas del caballo nos impulsan hacia arriba, entre zarzas y árboles tan frondosos que tengo que agachar la cabeza varias veces. De pronto, llegamos a un claro al borde de un acantilado. Más allá se abre el océano, aparentemente infinito. Detrás de nosotros se divisa el valle, salpicado de tiendas del ejército real.

Zander salta del caballo y me ayuda a bajar con suavidad.

–¿Qué estamos haciendo aquí arriba?

A lo lejos distingo la silueta de un barco. Más cerca hay algunas barquitas, seguramente de pescadores, intentando capturar algo en las aguas tranquilas antes del anochecer.

Los ojos de Zander escudriñan las aguas.

–A veces vengo aquí a pensar.

Avanzo con precaución hasta el borde, maravillada al contemplar la escarpada pared de roca. Muy por debajo, las olas rompen contra la piedra.

Desde aquí veo a Boaz y a sus hombres. Están parados en el camino y se les ve ociosos, esperando y observando, pero sin acercarse a molestar. Le están dando espacio. Si Zander suele venir aquí a pensar, seguramente se dedique a darles mil vueltas a las cosas. Y tiene muchas preocupaciones últimamente.

–¿Qué vas a hacer con los tributarios de los que han muerto asesinados?

–Lo único que puedo hacer: ejecutarlos. Mataron a sus guardianes. Me han dicho que ni siquiera fingieron arrepentimiento. Hay que dar ejemplo con ellos para disuadir a otros –aprieta los dientes–. Ya están de camino; probablemente llegarán el día del torneo, a tiempo para una ejecución pública frente a las masas.

Pongo mala cara.

–Un gran espectáculo. –Seis mortales y tres ybarisanos.

–Más de lo que imaginas, me temo. No se ha ejecutado a un mortal en Islor desde los tiempos del rey Rhionn. O bien se los manda a la Grieta para alimentar a la guardia fronteriza o se los usa para que los niños inmortales aprendan a controlar sus impulsos.

Ahora que nombra a los niños, recuerdo la pista de entrenamiento y la chiquilla que se reía cuando Zander la derribó.

–¿Cuándo alcanzan la mayoría de edad los inmortales de Islor?

–El ansia aparece alrededor de los seis años: nos volvemos unas pequeñas fieras codiciosas. Lleva tiempo aprender a controlar nuestras necesidades... lo que suele suceder después de matar accidentalmente a tu primer mortal. Yo recuerdo la mía –sonríe tristemente–. Se llamaba Erskand. Era una panadera que apuñaló a un soldado cuando vinieron a llevarse a su hija al Día de la Presentación. El soldado sobrevivió, claro, la hija fue subastada y Erskand murió a manos de un niño. De sus colmillos y su apetito irrefrenable. Se enfrentó a mí, lo cual solo lo empeoró...

Me estremezco al imaginar la escena.

–Y todavía sientes remordimientos.

–A diario –admite en voz baja–. Tus doncellas fueron enviadas a la Grieta. No sé si seguirán vivas.

Recibieron un castigo acorde a su crimen, fue lo que dijo Elisaf.

–También voy a promulgar una nueva ley que establecerá que cualquier mortal que envenene a un inmortal a través del ágape será sentenciado a muerte, y todo mortal que entregue un vial del veneno a la corte real recibirá cien monedas de oro y absolución de su delito de posesión.

–Buena idea. Lo de las monedas de oro, digo.

–Hará cambiar de idea a algunos, pero no a todos. Ybaris ha entregado a los mortales un regalo, un arma. Una vez que se den cuenta, habrá gente que lo busque y lo emplee a su favor.

–¿De qué hablas?

–Los tributarios que envenenaron a mis padres están en el santuario. No contamos con un invocador alquimista, pero Wendeline les ha estado haciendo pruebas con regularidad. Han pasado muchas semanas desde esa noche y el merth continúa corriendo por sus venas.

–Así pues, si alguien se alimenta de ellos, morirá. Incluso ahora –asiente sombríamente, con los dientes apretados, mientras proceso lo que implica eso–. Es

como tener inmunidad –murmuro casi para mí misma. *Es una vacuna*–. ¿Crees que por eso el daaknar murió cuando me mordió?

¿La princesa Romeria bebió el veneno?

–Los inmortales no podemos ingerirlo. Wendeline lo probó con un inmortal sentenciado a muerte por sus crímenes y murió en agonía, exactamente igual que mis padres y Lord Quill. El merth es igual de tóxico para los ybarisanos que para nosotros, así que podemos asumir que no lo tomaste. Por otra parte, es cierto que liberaste a Annika de la cuerda de merth crudo con tus propias manos, lo cual es sencillamente imposible. Así que tú me dirás, Romeria.

Meneo la cabeza. No lo sé. Pero lo que sí sé es que tiene que haber muchísimos mortales que querrían hacerse con el veneno, por venganza, por protección o por ambos motivos.

–Respecto a estos prisioneros, no puedo entregárselos a los soldados ni a los niños. No hay otro sistema para castigarlos, y no mantenemos en el calabozo a gente que no sirve para nada.

–¿Quién sabe esto de la inmunidad?

–Nadie más que Wendeline y nosotros, pero eso cambiará pronto.

Y cuando suceda... reinará el terror, y los inmortales islorianos sucumbirán al miedo por encima de cualquier clase de decencia. Los guardianes los encadenarán a todos.

–¿Cuántos frascos de veneno crees que trajeron?

–Viniste con quinientos soldados. Cada uno podía llevar encima varios viales, pero no hemos encontrado ninguno. Además, traías carros con suministros –sacude la cabeza–. A saber cuántos habría ahí.

–¿La princesa pensaba que podía hacerse con el trono y después matar a los inmortales inoculando veneno al máximo número de humanos? ¿Solo con quinientos hombres?

–Súmale la ayuda que la princesa –me lanza una mirada al nombrar el título– recabara entre los muros. Un plan audaz, lo admito, y tal vez no consistía en apoderarse del trono, sino en eliminar a los herederos de Ailill y debilitarnos para que Neilina diera el golpe final. Tus hombres acamparon fuera de las murallas hasta la boda. Por la noche podrían haberse llevado los carros y ponerlos a salvo, en las montañas, hasta que Neilina atacara con todo su ejército. Puede que jamás sepamos cuáles eran sus planes. Pero incluso un puñado de frascos tendría el potencial de provocar conflictos enormes en Islor, como estamos viendo. Va a cundir el pánico, y

los guardianes despojarán a los mortales de los pocos derechos que tienen para protegerse a sí mismos.

—¿Y Adley? Es imposible que no vea la amenaza que supone este veneno.

Zander pone mala cara.

—Esa serpiente sigue con lo suyo, emponzoñándolo todo y corrompiendo a la gente desde dentro. Prefiero no pensar en él esta noche.

Tras un instante en silencio, Zander se acerca a mí y me rodea las muñecas con las manos. Las esposas lisas de obsidiana, sin ningún cierre visible, se abren con un chasquido.

Me quedo boquiabierta.

—Yo te las puse. Puedo quitártelas —se las guarda en un bolsillo oculto y me observa con atención—. ¿Qué sientes?

Paso los dedos por la piel, ahora desnuda.

—¿Qué se supone que debería sentir?

Según Wendeline, mientras lleve el anillo puesto, no debería notar nada de mi magia invocadora.

—Un tirón. Aquí dentro —me aprieta el escote con las yemas, antes del nacimiento del pecho. Es un gesto íntimo, sobre todo porque recuerdo fugazmente sus labios sobre mi cuerpo, pero no hace más avances.

Me concentro en buscar algo —lo que sea— que se pueda acercar a la sensación que me describe.

—No siento nada.

Frunce el ceño.

—Puede que sea por culpa de la resurrección de Malachi; tal vez cortara tus lazos con Aoife. Admito que no entiendo cómo actúan los Destinos.

No puede ser eso. Wendeline me examinó y descubrió que tenía los cuatro elementos como invocadora y, además, mi afinidad élfica. Tiene que ser por el anillo, pero no quiero comprobarlo ahora. No delante de Zander.

Vacilo mientras me acaricio las muñecas con las palmas de las manos.

—¿Por qué me has quitado las esposas? —termino diciendo.

Zander hunde los hombros y contempla el océano.

—¿Qué voy a hacer contigo, Romeria?

Ya me hizo esa misma pregunta una vez, hace no mucho tiempo, aunque parezca una eternidad. Cuando estaba en la cama, recuperándome del ataque del daaknar.

No entiendo que me lo vuelva a preguntar ahora.

—¿He hecho algo malo?

¿Otra vez? ¿No debí meterme en la bañera ayer?

–Todo lo que haces está mal. Eres una exaltada, hablas sin pensar y haces lo contrario de lo que acordamos, te enfrentas a mí como si no te dieran miedo las consecuencias. Sigues mintiéndome y engañándome. Te angustia demasiado la situación de los mortales y pareces dispuesta a retar a un duelo a cualquiera que no sufra igual por ellos –suspira, contemplándome con sus ojos de color avellana que forman un caleidoscopio brillante de oro bajo el sol poniente–. Lo haces todo mal y, aun así, lo haces todo bien.

La sangre se agolpa en mis oídos mientras proceso sus palabras desgarradas. Me agarra las muñecas, rodeándolas entre sus dedos.

–Te he quitado las esposas porque, a pesar de todas las amenazas a las que me enfrento, no creo que tú sigas siendo una de ellas. –Me aparta un mechón de cabello que ondea al viento con una mirada que rebosa vulnerabilidad y súplica; la misma mirada que tenía aquella noche, cuando me rogó que le jurara que todo era un error–. Por favor, no vuelvas a demostrarme que soy un estúpido.

El nudo de mi estómago se hace más fuerte y me impide pensar. Puede que yo sea la mayor amenaza de todas. Para él, para Islor, para todos.

La necesidad de contárselo, de librarme de esta carga que se hace más pesada a cada minuto, es abrumadora.

Necesito decírselo. Antes de que esto vaya a más. Tiene que saber lo que soy. Abro la boca, intentando que me salgan las palabras.

Soy una invocadora clave y Malachi me envió aquí para abrir la puerta del ninfeo.

–Seguramente Boaz esté maldiciendo a todos los Destinos sin parar. Deberíamos regresar.

Me guía hasta el caballo y la confesión que me quema por dentro se pierde en el camino hasta el castillo, acurrucada entre sus brazos.

Capítulo 28

Esta noche, las llamas de los faroles resplandecen con un nuevo brillo. Tal vez sea por la cantidad de aristócratas que pasean por los terrenos reales, riendo, charlando y perdiéndose en los rincones de los jardines sin que parezcan preocuparles los tributarios venenosos.

Yo también siento la atmósfera seductora desde la barandilla de piedra de mi terraza. Una expectación embriagadora me recorre por dentro. Echo un rápido vistazo por encima de mi hombro para asegurarme de que Zander no me ha seguido.

Con los dedos temblorosos, me quito el anillo y contengo la respiración.

No sucede nada.

Decepcionada, pongo mala cara. Wendeline se equivocó. No siento absolutamente ningún... Entonces percibo una punzada al fondo de mi pecho. Al principio me da la sensación de que me la estoy imaginando, pero crece e irradia hacia el exterior, se expande por mis brazos y mis piernas, sube por mi cuello y recorre mi columna vertebral hasta que mi cuerpo entero vibra con una energía extraña y familiar a la vez. Es como el subidón de adrenalina que experimentaba al birlar un collar o un reloj... magnificado por mil.

Es imposible concentrarse en otra cosa. Es incómodo y desagradable.

Y es increíble.

Wendeline tenía razón. Ahora siento mis afinidades.

Me vuelvo a poner el anillo y la extraña oleada se esfuma prácticamente al instante. Aliviada, se me escapa una carcajada mientras contemplo el anillo. Si tuviera que sentir algo tan intenso todo el día, a todas horas, acabaría perdiendo la cabeza. No sé qué hechizos vincularía Sofie a este cuerpo, pero sabía lo que estaba haciendo.

¿Qué seré capaz de hacer con estos poderes?

–Se dice que el oro fue un regalo de Aoife a un elemental: un pedazo de su cornamenta –suena la voz de Zander. El sonido de sus pasos contra la piedra me acelera el pulso por un motivo totalmente distinto al anterior.

Mantengo la vista al frente mientras intento tranquilizarme.

–Leí algo sobre eso ayer. Es sensible. –Signifique lo que signifique eso.

Se acerca por detrás y siento su imponente presencia cuando apoya los brazos en la barandilla a ambos lados, encerrándome entre sus brazos.

–Me he enterado de que planeas volver a arrastrar a Elisaf hasta la biblioteca otra vez mañana. Detesta la biblioteca.

A mí me encanta. Cada vez se me da mejor contener la lengua, pero me cuesta más resistirme a decírselo todo. Quiero que Zander sepa quién soy, que conozca mi verdadero yo.

Su aliento contra la piel sensible y desnuda de mi cuello me pone la carne de gallina.

–Mi madre me dio el anillo para que te lo entregara; en teoría debería ayudarte a canalizar tu afinidad con el agua. Supongo que aquella noche, en el torreón, sentirías que era importante, aunque no recordaras el motivo. –Pellizca el lazo de la solapa de mi bata entre el pulgar y el índice, como si estuviera comprobando la calidad del material. Roza mi piel con la uña y siento otro escalofrío–. Pero si has perdido tu afinidad por el motivo que sea, entonces no es más que una baratija.

El lazo de mi bata se deshace con el suave tirón y consigue que deje de pensar en que le estoy engañando. La baja de un hombro, dejando al descubierto el camisón y las cicatrices.

Una oleada de pudor me empuja a taparlas.

–No –susurra, inclinándose hacia mí.

Cierro los ojos y saboreo sus labios contra mi piel dañada, que recorren las horrendas marcas de garras como si fueran la parte más bella de mi cuerpo.

–¿Qué está pasando? –me oigo preguntar a mí misma.

Detiene el beso.

–Wendeline cree que hay una razón por la que regresaste de esta manera. Me dijo que tal vez sea una bendición para todos que Malachi te arrebatara la memoria. Es una segunda oportunidad.

–¿Una segunda oportunidad para qué?

–Para que olvide a la Romeria del pasado y toda su crueldad. Para que la Romeria del presente olvide el odio por todo lo que no entiende. Y aunque sé que

me sigues ocultando algo, no dejo de luchar contra la atracción imparable que siento por ti. No dejo de luchar... y de perder –añade en un susurro–. Dejemos de fingir. Al menos por esta noche.

Mi bata se desliza por mi cuerpo y cae al suelo frío de piedra de la terraza.

–Déjame que intente encontrar tu afinidad, dondequiera que esté enterrada, en lo más profundo –acuna mi barbilla entre sus manos y me besa.

El beso es suave, pero inequívoco en esta ocasión. No se parece a los besos inseguros, vacilantes y rabiosos del pasado. Me permito derretirme contra él, palpitando de deseo mientras me aprieto contra los músculos lisos de su cuerpo.

Desliza una mano por mi espalda hasta la cintura y me guía a través de la puerta de la terraza hasta mi cama. A mitad de camino, baja suavemente los tirantes de mi camisón y me detengo un instante para permitir que caiga al suelo. Iba a meterme en la cama y no llevaba ropa interior, y mi corazón late desbocado al mostrarme desnuda ante Zander.

El ruido de su ropa al caer me tranquiliza. No voy a ser la única desnuda durante demasiado tiempo.

Me armo de valor, me giro y me siento al borde del colchón justo a tiempo de ver cómo se quita las botas y los pantalones. Su túnica ya está en el suelo.

–Hijo de Malachi, desde luego –murmuro, asimilando su impresionante tamaño.

Sonríe ligeramente.

–¿Dónde has oído eso? ¿«Hijo de Malachi»?

–Ahora no importa.

–Supongo que no.

Deja la daga y la espada en mi mesilla, a su alcance. Frunzo el ceño al mirarlas.

–¿Debería sentir miedo?

–¿De mí? No. –Se acerca y me preparo para recibir el peso de su cuerpo, pero me sorprende arrodillándose delante–. No tienes que sentir miedo de mí. Nunca. No podría hacerte daño aunque quisiera.

–Pero querías... ¿Acaso lo has olvidado? ¿Malachi también te ha arrebatado la memoria a ti?

–No, aunque admito que ahora mismo –sonríe– no estoy muy centrado. –Desliza las manos por mis muslos, despertando ardores en mi vientre mientras su mirada recorre mi rostro, mi cuello, mis pechos, mi abdomen, antes de volver a mis ojos–. Pero ya no siento deseos de volver la vista atrás. Solo quiero mirar hacia delante, contigo.

Sus ojos, enmarcados por unas espesas pestañas, rebosan de sinceridad suplicante. Su dulzura contrasta con las emociones que expresaban durante todo este tiempo, que iban desde el odio a la indiferencia. Ahora parecen profesar... ¿qué?

No sé lo que siento por Zander y soy consciente de que no podemos olvidar nuestro oscuro pasado con facilidad, pero no quiero hablar de eso en este momento, no cuando tengo al rey de Islor arrodillado frente a mí, tentándome con sus palabras seductoras.

Separo las piernas.

Baja la vista y sus ojos arden al mirarme. Le agarro de la nuca, aferrando su cabello con los dedos, y lo guío hacia delante. Los hoyuelos que se le marcan hacen que la sonrisa que tanto me impresionó en la sala del trono me parezca un ceño.

—No eres nada tímida, desde luego —murmura, acomodando los hombros entre mis muslos y apretando con las palmas.

Jadeo cuando noto el contacto de su lengua y caigo de espaldas sobre la cama, disfrutando de su habilidad mientras su boca baja hacia mí. No es la primera vez que experimento esto, pero es como si lo fuera. Mi cuerpo entero vibra según aumenta la expectación, enrosco entre mis dedos los mechones de su pelo, le rodeo los hombros con una pierna y muevo las caderas hacia él, ansiando la cercanía.

Me preocupa vagamente que se oigan mis gritos a través de las puertas abiertas de la terraza o que lleguen a oídos de Elisaf, que se encuentra al otro lado de la puerta del cuarto de estar, pero la idea se desvanece de inmediato de mi mente. Lo único en lo que puedo pensar es en cómo se deshace mi cuerpo en contacto con la experta boca de Zander.

Le veo los párpados pesados y los labios enrojecidos mientras gatea sobre mí, deslizando mi cuerpo satisfecho para colocarme en el centro de la cama.

—¿Has encontrado mi afinidad ahí abajo? —pregunto en tono burlón, un poco aletargada tras la oleada de placer.

—No. Pero creo que sé dónde seguir buscando.

Roza uno de mis pezones con los dientes y después el otro, provocando estremecimientos que llegan hasta lo más hondo de mi ser, pero no tarda demasiado en encajar sus caderas contra las mías. Nuestras frentes se tocan.

—Creo que puede que Wendeline tuviera razón: Malachi nos ha hecho un regalo —susurra, sujetándome los brazos por encima de la cabeza.

Absorbo la sensación del tacto de nuestros cuerpos pegados sin que haya una barrera de gasa y sedas entre los dos.

–Puede que tengas razón.

A pesar del enfado que siento contra Sofie, me salvó de encontrar un final muy distinto a este y aún no he encontrado la forma de agradecérselo.

Abro la boca para recordarle que necesitamos un preservativo cuando caigo en la cuenta de que su especie ni siquiera puede reproducirse salvo durante el Hudem. Además, ¿habrá preservativos aquí? Al menos no creo que tenga que preocuparme por contagiarme enfermedades.

La idea me hace sonreír. Me enrosco contra sus caderas con todo el cuerpo dispuesto, deseosa de sentir su plenitud. Zander se desliza dentro de mí con una acometida suave y experta que se entierra hasta lo más profundo y me arranca un gemido.

Se detiene un instante y me sostiene la mirada mientras se inclina sobre mí y aprieta los labios contra los míos en un beso largo y lento. Comienza a mover las caderas a un ritmo constante, con la misma gracia que cuando danza con su espada: todos los músculos están maravillosamente tensos y, sin embargo, no se aprecia que haga ningún esfuerzo.

Mi cuerpo responde, resbaladizo y ondulante, dolorido de necesidad. Le rodeo con las piernas y me acoplo a su ritmo mientras me besa, y no se separa hasta que ambos nos estremecemos el uno contra el otro y nuestros gritos se dispersan en la noche.

Me despierta la sensación de que alguien está manipulando mi anillo.

Rígida de pánico, intento valorar qué está pasando. Zander está en la cama a mi lado, y su piel desnuda y cálida se aprieta contra la mía. Solo está jugueteando con el anillo; no intenta quitármelo, compruebo con alivio. Ahora que sé lo que sucede si no lo llevo, sé que sería incapaz de manejarme sin él.

–Buenos días –me dice, con la voz ronca por el sueño.

Sí que lo son. La luz que entra por las ventanas promete un día soleado. La puerta de la terraza sigue completamente abierta y oigo el entrechocar del acero mientras estoy tumbada junto a este hombre –este inmortal– que me atrae de formas que soy incapaz de describir.

No sé si me he sentido tan feliz en toda mi vida.

–Estaba pensando en el día en que te lo regalé –murmura, acariciando la piedra blanca con el dedo.

–¿En serio? ¿Nos vamos a quedar tumbados en la cama mientras te dedicas a recordar lo que hacías con otra mujer? Qué divertido –me burlo con ironía–. ¿Sabes qué sería más divertido todavía? Que discutamos qué tributario masculino usarás la próxima vez que sientas necesidad.

Gruñe y se tumba de espaldas, estirándose; la sabana queda a una altura precaria sobre su firme abdomen e insinúa la tensa turgencia que hay más abajo.

Aprieto los muslos con anticipación.

–¿Por qué das por sentado que sería estrictamente platónico si el tributario fuera un hombre? –pregunta Zander, y enarco las cejas, sorprendida–. Prefiero a las mujeres –gira la cabeza en la almohada y me estudia; su abundante cabello castaño dorado está revuelto de forma seductora–. Y no lo haría –traga saliva–. No si esto es real.

–Esto es real. –*Al menos para mí*.

Se incorpora y me aparta un mechón rebelde de la cara.

–Hiciera lo que hiciera Aoife..., seré mejor rey contigo a mi lado. Seré el rey que necesita Islor. Cada día que pasa lo tengo más claro.

Siento un aleteo en el pecho según crece mi angustia. ¿Seguiría diciendo lo mismo si supiera lo que soy?

–¿No quieres ser reina? –me pregunta en voz baja.

–No es eso –respondo. Aunque lo haya repetido varias veces, creo que podría hacer mucho bien aquí. El impulso de confesar la verdad es abrumador, pero me contengo por miedo. Al menos debemos seguir así unos días. Algo de tiempo, hasta que le demuestre que no tiene nada que temer de mí–. Atticus me dijo que jamás lo permitirían.

–No tienen elección; los nobles se han adueñado de un poder que no les corresponde. Y eso va a cambiar ya. No tienen ni voz ni voto sobre con quién debo casarme ni a quién amo.

Al oírle decir eso, noto una opresión en el pecho, pero su rostro adopta una expresión preocupada de repente.

–Pero... ¿y si ella volviera?

Doy por sentado que se refiere a la princesa Romeria. Recorro la línea afilada de su mandíbula con la punta del dedo.

–No creo que tengas que preocuparte por eso.

—¿No? —Sus ojos mansos y soñolientos recorren mi rostro—. ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé seguro, pero creo que te toca quedarte con esta versión eternamente —es lo único que puedo decirle sin mentir—. Pero si volviera, hazme un favor: mátala.

Resopla.

—Creo que Corrin se me adelantaría.

—Hablando de ella..., va a entrar en cualquier momento.

—No, qué va. Elisaf se lo impedirá.

—¿Crees que sabe lo que hemos hecho esta noche?

La mano de Zander se desliza bajo las sábanas, roza mi cadera y mi vientre y desciende hacia abajo, entre mis piernas.

Su contacto profundo me arranca un gemido hondo de los labios sin que pueda evitarlo y la risa ronca del rey resuena en el dormitorio.

—Sí. Doy por supuesto que lo sabe.

Las nubes bajas que amenazan lluvias impregnan de humedad fría el aire de la mañana. Me arrebujo en mi capa mientras nuestra compañía cruza un puente al trote cadencioso para dar comienzo a la cacería real. Bajo la suave luz del sol, me fijo en la envergadura de la obra y su delicada mampostería. El puente consta de cinco amplios arcos de descarga de lado a lado del río.

Me asalta una extraña sensación de *déjà vu* y se me van los ojos a la orilla hasta donde arrastré a Annika. Recuerdo vagamente el barro resbaladizo, pero ahora está tapizada de una hierba frondosa salpicada de tréboles. En ese mismo lugar estuve a punto de morir apuñalada a manos del hombre cuyos muslos envuelven ahora mis caderas.

Pasamos el puente y nos adentramos en el espeso bosque mientras recuerdo aquella terrible noche y lo drásticamente que han cambiado las cosas. Y lo drásticamente que seguirán cambiando, me temo. Mi vida ahora es esta, la de una ybarisana entre islorianos. Una reina, si las cosas que susurraba Zander en la cama se convierten en realidad.

Pero también soy una invocadora clave, una criatura que ya no existe en este mundo, y muchos exigirán mi muerte, si Sofie y Wendeline están en lo cierto. Y tengo que asumir que es así.

En algún momento tendré que decírselo a Zander. ¿Cómo reaccionará al saber que su reina podría provocar la ruina de su reino? ¿Cuándo será mejor darle la noticia: antes o después de la boda?

Me cuesta sentirme culpable por las fechorías de la princesa Romeria, pero estas mentiras son solo mías.

Media hora después, se abre un claro en el bosque; hemos llegado a nuestro destino y me quedo boquiabierta por más que intente disimularlo.

—¿Todo esto para cazar un jabalí?

En la pradera hay hileras de elegantes tiendas en tonos crudos, verdes y dorados, y los sirvientes van de una a otra con jarras y fuentes rebosantes de comida, preparándolo todo para la llegada del rey. Suena música de instrumentos de cuerda y se oyen risas. Los soldados, pertrechados con la armadura completa, se congregan alrededor de las tiendas con sus caballos. Dentro deben de estar los lores Sallow y Telor y, por desgracia, también Adley.

—La caza real es una tradición, igual que el día del torneo, y yo no consideraría que los nethertauros son simples cerdos salvajes.

—¿Perdón? ¿Nether... qué?

Es la primera vez que oigo hablar de esa bestia.

La voz de Zander trasluce su sonrisa mientras se explica.

—Uno de los monstruos que liberó aquí la invocadora clave Farren cuando produjo el desgarro. Es tres veces más grande que un jabalí y mucho más grotesco. Permanecen bajo tierra durante años y solo salen a la superficie tras varias décadas. Hemos matado muchos, pero no conseguimos eliminarlos del todo. Se rumorea que ha aparecido uno en el bosque de Eldred hace poco. Ha devorado ciervos y jabalíes, y los guardabosques encontraron tres mortales medio despedazados hace unas semanas. Los nethertauros muestran preferencia por los inmortales, como la mayoría de las bestias que quedaron libres —precisa mientras pongo una mueca—. En fin, supongo que esos mortales se lo tenían merecido por cazar furtivamente en los bosques reales, pero sigue siendo una forma espantosa de morir. Con suerte, hoy acabaremos con la criatura antes de que se sumerja de nuevo bajo tierra.

—Cuando dices «acabaremos» hablas de ti, ¿no? Porque yo no me pienso separar de donde esté la mesa llena de comida mientras tú te vas a perseguir monstruos.

Estaba todavía picoteando un cuenco de ácidas frutas del bosque cuando Corrin me obligó a ponerme delante del tocador, regañándome por haberme quedado dormida por culpa de mis «actividades nocturnas».

Su risa me provoca una oleada de calor.

–Pedí papel y grafito para mantenerte ocupada; además, mi caballo corre más rápido con un solo jinete. Pero deberías aprender a montar sola. Por más que me guste ir así –mete la mano bajo mi capa y la desliza sobre el corpiño hasta apretarme suavemente un pecho–, una reina debería dominar una habilidad tan básica como la equitación.

–Quiero aprender –le aseguro, pero tengo la cabeza en otra parte. La mención de Farren llama a una puerta que estoy deseando abrir de sopetón–. ¿Cuántas bestias quedaron libres cuando Ailill usó a esa invocadora clave?

–¿Cientos? Puede que más. No sé si alguna vez se han contado. Tenemos una sección entera de la biblioteca dedicada a las distintas criaturas. Los nethertauros son los más dóciles. Había otras fieras mucho más terribles, como las criaturas aladas con escamas que destrozaban pueblos enteros en una sola noche, respirando fuego y devorando todo el ganado. La última la mataron en Mordain, hace ocho siglos.

Probablemente dragones.

–¿Y sigue habiendo monstruos dos mil años después?

–Quedan restos, sí.

Vacilo un poco antes de seguir hablando.

–Farren provocó muchísimos problemas a todo el mundo, al parecer.

–Por eso ya no existen los invocadores clave. Es lo único en lo que estaban de acuerdo Ybaris e Islor.

Respiro hondo para tranquilizarme y me centro en todo el bullicio que tengo por delante para intentar mantener controlada la ansiedad que me corroe.

–Tráeme más vino –exige Annika, agitando su jarra en el aire.

–Enseguida, alteza –responde la sirvienta, depositando un plato de compota de frutas y queso delante de mí.

–Gracias –le digo mientras intento no salivar ante el suculento plato de jamón ahumado y perdices asadas que tengo delante, cuyo aroma llena la tienda principal. La tímida mujer de nariz respingona y ojos marrones de cierva se sobresalta, como si se sorprendiera de que haya reparado en su presencia y más aún de que le dé las gracias. Hace un movimiento de cabeza casi imperceptible antes de alejarse a toda prisa.

Annika se inclina hacia mí.

—¿Por qué haces eso? Dar las gracias a los sirvientes cuando te entregan la comida, digo.

—¿Que por qué muestro una educación básica? —replico sin poder contenerme, con un tono excesivamente mordaz. Llevo un buen rato observando a los aristócratas congregados en torno a la enorme mesa en forma de U, forrada con ramas de sauce y eucalipto y cargada hasta los topes de comida y bebida. Mi intención era aprender a imitarlos.

Pero, cuanto más los miro, menos quiero tener que ver con ninguno de ellos. La forma en la que agitan las copas en el aire para que se las llenen, cómo chascan los dedos con exigencia y cómo gritan cuando los sirvientes no obedecen de inmediato... Y no lo hacen solo algunos. Lo hacen todos.

Una cosa es colarse en un sitio y hacerse pasar por alguien durante una noche. No puedo actuar como esta gente durante el resto de mi vida, que desde luego va a ser muy larga.

Annika inclina la cabeza, intrigada de veras.

—Pero son sirvientes... ¿Por qué lo haces?

Porque vengo de un mundo donde este comportamiento es inaceptable, es lo que me gustaría decir. Salvo que no es totalmente cierto. Y no puedo culpar a Annika del todo. Si los libros de historia y el cine me han enseñado algo, es que los reyes y reinas eran así. Esto no tiene tanto que ver con inmortales contra mortales sino con ricos contra pobres, nobles contra plebeyos.

Y, aunque la sociedad de la que procedo haya evolucionado, sigue habiendo un sistema de castas absolutamente manifiesto para una chica de la calle que se colaba en las fiestas de la élite para robar joyas. He visto chasquidos de dedos, malas caras y desprecios. He visto cómo trataban al personal de servicio como si formara parte de la decoración, como si no se tratara de seres humanos. En una ocasión fui testigo de cómo un capullo rico hacía llorar a una camarera por haberle puesto demasiado limón en la bebida, mientras el gerente del club se arrastraba pidiendo mil perdones por el terrible error. He visto lo bastante como para saber que, si metes bajo el mismo techo un exceso de ego y de poder, desaparece todo asomo de decencia.

Por desgracia, en Islor las dificultades son muy superiores a llorar por culpa del limón.

En todo caso, tengo que estar más pendiente de lo que hago alrededor de esta gente. No quiero llamar la atención más de lo que ya lo hago.

–¿Qué hace aquí esa sacerdotisa? –pregunto al ver a la mujer de cabello blanco y áspero en la entrada de una de las tiendas. Salvo Wendeline, todas las invocadoras que he visto en el santuario y por los jardines reales están entradas en años. La más joven rondará los setenta. ¿Cuánto tiempo vivirán?

–Es el cebo –Annika corta un pedazo de carne, lo moja en una salsa de mostaza y se lo mete en la boca con un gemido de satisfacción–. La magia invocadora atrae al nethertauro; por eso los va a acompañar.

Se me descuelga la mandíbula.

–¿Y está de acuerdo con eso?

Annika le quita importancia.

–No le pasará nada. Habrá docenas de personas. Zander y Atticus mataron al último sin ayuda de nadie.

Oculto la mueca mordiendo un trozo de queso. Hablando de Atticus... Busco al comandante del ejército –y amante secreto de la princesa Romeria– y lo acabo divisando junto a Adley, con el ceño fruncido. No sé qué estarán discutiendo, pero el lord de Kettling es quien dirige la conversación. Tiene la mandíbula tensa mientras escupe palabras rápidas con furia.

Sé que Zander desconfía de todo el mundo, pero me gustaría que sospechara un poco más de la persona que ganaría más con su muerte, que ya ha demostrado que está dispuesto a arrebatarle lo que es suyo.

Los ojos azules de Atticus se clavan en mí, como si hubiera notado que le estaba mirando. Bajo la vista al plato, pero es demasiado tarde para fingir que no le estaba observando.

–¿Sabes dónde está Zander?

Desapareció hace diez minutos.

–Seguramente en la tienda real, preparando la cacería.

Dejo la servilleta en la mesa.

–Me parece que voy a buscarlo.

–¿Para ayudarle a vestirse? ¿O a desvestirse? –me pregunta Annika en tono burlón, tomando un bocado de verduras guisadas con los ojos chispeantes.

–Es de tu hermano de quien estás hablando –le recuerdo, sonriendo al ver la mueca que pone mientras salgo de la tienda.

–Alteza. –La tímida sirvienta aparece con un plato con una tarta de manzana muy parecida a las del puesto de Gracen. Hace una reverencia–. He oído que os gustaban –dice en tono dulce y manso, aunque así es como hablan todas. Corrin y Dagny son una anomalía.

Ha debido de correr la voz de lo que sucedió en el mercado.

–Gracias –respondo, agarrando el plato.

–Si su alteza quisiera esperar un instante... –Se aleja y vuelve al instante con una elegante sombrilla de color rosa. Da un paso hacia la llovizna y me espera con la sombrilla abierta para cubrirme.

–¿Cómo te llamas?

–Bena, alteza –me ofrece una pequeña genuflexión.

–Gracias, Bena, no hace falta que me acompañes –agarro el mango.

Se la ve consternada, como si la sola idea de que la reina sostuviera su propio paraguas fuera impensable.

–Pero...

–No hace falta que te mojes, quédate aquí. Solo voy aquí al lado. No es necesario, de verdad.

Respiro aliviada mientras avanzo por la hierba pisoteada, feliz de haberme alejado de esa gente y ansiosa por ver a Zander. Agradezco de veras que me haya mantenido al margen de los aristócratas durante todo este tiempo.

La tienda del rey es la más pequeña, pero la más elaborada: tiene forma de campana, está decorada en plata y oro y alcanza una altura de casi seis metros.

Por desgracia, no tengo vía libre.

–¿Te levantas tan rápido de la mesa? –me aborda Atticus, inclinándose para meterse bajo mi parasol, que sospecho que no servirá de mucha protección en cuanto arrecie la lluvia. Agarra el mango de mi mano. Sus anchos hombros ocupan casi todo el espacio.

–No tengo hambre. –Doy un paso atrás, mojándome. Puede que haya estado con este cuerpo, pero no conmigo.

–Claro. Por eso llevas un plato en la mano –se acerca para protegerme de la lluvia y me observa fijamente con sus ojos azules–. Los nobles creen que su reina no quiere saber nada de ellos.

Es que es la verdad.

–¿Qué nobles? ¿Gente como Adley? –me enfrento a su mirada–. Ya he visto que hablabas con él.

–Lo tolero porque tengo que hacerlo, al menos de momento, igual que mi hermano. Y tú tendrás que hacerlo también, si Zander sigue adelante con esta estupidez de casarse contigo.

–¿Por qué exactamente es una estupidez?

—¿Acaso no es obvio? —inclina la cabeza—. Es evidente que Neilina logró manipularlo a través de ti. Y otra vez vuelve a tropezar en la misma piedra. Veo que incluso te ha quitado las esposas, cosa que juró que no haría.

—Estoy segura de que te ha dicho que no puedo acceder a mi afinidad.

Lo he intentado varias veces los últimos días, con vasos de agua y en la bañera. Y nunca ha pasado nada.

—Y tú jamás has mentido antes —sonríe—. En toda mi vida había visto a mi hermano comportarse de forma tan negligente. No piensa con claridad. No ve lo que tiene delante de sus narices.

—Tienes toda la razón. Creo que no ve la amenaza que tiene enfrente —siseo, enfadada ante la insinuación de que Zander esté despreocupándose por mi culpa.

Atticus suspira.

—No quiero ofenderte, Romeria. Pero hay demasiados motivos para no ponerte en el trono, al margen de los sentimientos. El este no va a estar de acuerdo, y crecen los partidarios de Adley.

—Pues deshazte de él —replico, sin pararme a pensar lo que significa eso en este mundo, que no es precisamente mandarle una cartita de despido. Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me ha oído, pero estamos solos bajo la lluvia.

—Hablas igual que tu madre —comenta con ironía—. Ejecutar a Adley solo aumentaría la tensión, y ya hay demasiada en Islor.

—Bueno, supongo que es bueno que Zander cuente con el apoyo incondicional de su comandante, que se asegurará de que todos acaten lo que él decida, ¿no? Su comandante y hermano, que nunca lo traicionará.

Examina atentamente mi rostro y se detiene un instante en mis labios antes de centrarse en mis ojos.

—¿Por qué me da la sensación de que me estás acusando de algo?

—¿Porque estás paranoico?

—¿A qué estamos jugando? —frunce el ceño con curiosidad—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

Titubeo. ¿Puede que Zander esté equivocado? ¿Y si la princesa Romeria y su hermano no tuvieron una aventura durante el viaje hasta Cirilea? En la biblioteca intenté indagar y creí percibir la verdad en sus ojos, pero ¿y si me lo imaginaba? Puede que Atticus sea inocente y esté cargando una pistola y llevándolo ante el pelotón de fusilamiento sin motivos.

Estoy guardando demasiados secretos.

No aguanto más; me invade un coraje temerario que soy incapaz de contener. Me encaro con él.

—Dudo que sea tan divertido para ti como jugar a las damas.

Mi sarcasmo provoca el efecto esperado. Atticus, conmocionado, parece comprender.

Aprovecho para escabullirme y lo dejo con la sombrilla en la mano. Cuando llego a la tienda de oro y plata, tengo el vestido empapado. Los guardias me abren la solapa de la lona sin decir una sola palabra.

Zander está de pie, quieto como una estatua, mientras un sirviente le abrocha una hebilla. Creía que llevaría la armadura completa, pero está forrado con capas de cuero tachonado bajo unas elegantes placas de metal fijadas a los hombros, los antebrazos, el pecho y las rodillas.

Tiene un aspecto letal.

—¿No tenías hambre? —pregunta.

—Comeré más tarde —murmuro, observando la opulencia del interior acogedor de la tienda. La hierba del suelo queda tapada bajo varias capas de alfombras estampadas de brillante colorido. Un lado está amueblado con divanes con flecos y sillones forrados de terciopelo, y hay una larga mesa rectangular enfrente con el mapa del bosque de Eldred junto a una panoplia de armas pulidas que me recuerdan a la colección que tenían los guardaespaldas de Sofie. Hay espadas de distintos tamaños y filos, algunas de hoja recta y otras curvadas.

—¿Vas a usar todo esto?

—Todas no, pero sí muchas.

Le doy un mordisco a la tarta de manzana mientras contemplo el arsenal y paso a fijarme en el mapa topográfico del bosque. Es inmenso. Cubre una franja amplia del oeste de Islor y está muy detallado. Aparecen los numerosos ríos, lagos, rápidos y colinas rocosas del espeso bosque.

—¿Y estas piedras pintadas?

Supongo que servirán de marcas de algo.

—Verde para los cuerpos de los animales muertos encontrados, negro para los mortales.

Pongo mala cara.

—Entonces, ¿sabéis dónde encontrar ese nether-lo-que-sea?

—¿El nethertauro? —sonríe—. Sí, sabemos más o menos la zona. Está en lo más profundo del bosque. Lo sacaremos de ahí.

—Ya me he enterado de cómo —le echo una mirada inquisitiva.

–La sacerdotisa Clyda no va a sufrir daños. Gracias, Basil –la sonrisa que dirige al sirviente es mínima, pero es un recordatorio de que Zander no se comporta como los demás nobles. Por suerte.

–Tendréis cuidado, ¿verdad?

No tengo ni la menor idea de qué bestia pretenden cazar, pero si se parece a un daaknar... Además, Adley irá armado y estará junto a ellos. Noto una punzada de preocupación por el hombre con el que llevo varias noches compartiendo mi cama.

–Todo el cuidado que pueden tener un puñado de idiotas que se disponen a dar caza a una fiera de otro mundo –dice Atticus, entrando en la tienda al tiempo que Basil sale. Boaz y Elisaf lo siguen–. Deberíamos partir ya, para aprovechar la luz.

Se me cierra el estómago cuando Atticus se acerca a la mesa de las armas –a mí– con sus característicos andares arrogantes y una mirada firme e imperturbable, como si no acabara de lanzarle una bomba encima. Supondrá cómo lo he averiguado y Zander se va a poner furioso cuando se entere, pero al menos tengo mi respuesta.

–¿Por el paso de Gully o las Cataratas Huecas? –pregunta Zander, demasiado lejos de mí para percibir que ahora mismo soy un puñado de nervios.

–El paso de Gully es más seguro para los caballos –responde Atticus, justo enfrente de mí.

Desvío la mirada y me fijo en el mapa e intento localizar esos sitios.

–Lo más seguro es siempre lo mejor.

–Lo más seguro es lo que queremos todos.

Atticus agarra un arco y prueba su peso mientras yo titubeo y finalmente me decido a levantar la vista. Sus ojos sombríos están clavados en mí.

–Independientemente de los errores que haya cometido en el pasado –me susurra–, yo siempre protegeré a mi hermano. Lo juro por mi vida y por Islor. Me crees, ¿verdad?

Me sorprende la sinceridad que emana de sus palabras en un hombre que todo lo que dice está teñido de ironía. Fuera lo que fuera lo que compartieron la princesa Romeria y el príncipe, estoy segura de que no era odio por Zander.

–Terminemos con los preparativos –presiona Boaz, señalando el paso de Gully–. Entramos por aquí y...

Por suerte, todos los ojos se centran en el mapa. Sobre la mesa hay varios cuchillos karambit; sé lo que son porque uno de los matones de Korsakov tenía uno y el imbécil se cortó su propia arteria radial con él. Tuvieron que llevarlo a urgencias porque se desangraba. Aprovecho para apartar el que tengo más cerca y

me lo guardo entre los pliegues del vestido. Me alejo con inocencia hasta un sillón, mordisqueando mi tarta de manzana, y lo escondo bajo la esquina de la alfombra.

Ahora que cuento con un arma a buen recaudo, agarro el papel y el grafito de la mesa y empiezo a esbozar un retrato del apuesto rostro del rey. Sigo dibujando hasta que Zander anuncia que se marchan.

Frunzo el ceño al ver que mi guardia personal se ha armado con un pequeño arsenal.

—¿Elisaf va a ir con vosotros?

—Sí. Elisaf lleva semanas dando vueltas frente a la puerta de una habitación cuidando de una princesa sin descanso —responde él mismo, en tercera persona y con una sonrisita—. Necesita un respiro y va a unirse a la lucha.

—Vale, vale —alzo las palmas en señal de rendición—. Pero... ¿qué pasa conmigo? —miro a Zander de forma elocuente.

—¿Aún necesito un guardia para mantenerte a raya?

—Bueno, no, pero...

¿Qué pasa con Saoirse y los demás?, es lo que quiero añadir. Seguro que está esperando que se presente la oportunidad para saltarme al cuello.

Zander se inclina y deposita un lánguido beso en mis labios.

—No te preocupes. Nadie se acercará a esta tienda estando aquí Abarrane.

—¡Abarrane! —exclamo—. ¿Por qué ella?

—Porque claramente está recibiendo un castigo, aunque no sepa por qué —gruñe la capitana de la Legión, que aparece de la nada tras un biombo que tengo a la izquierda. ¿Cuánto tiempo llevará aquí?

—Nos vemos en unas horas. Portaos bien —Zander sale bajo la llovizna y desaparece junto con todos los demás.

—Ten cuidado —murmuro cuando ya ha salido.

Me aterra pasar la tarde junto a una mujer que presume de técnicas de tortura en su currículum, pero al menos no tendré que enfrentarme a una emboscada.

La miro recelosa.

—Seguro que los alcanzas si sales tras ellos.

—¿Para qué, pudiendo pasar aquí toda la tarde en compañía de la princesa ybarisana aspirante a convertirse en nuestra reina?

Sus trenzas resbalan sobre los hombros cuando se inclina para sacar el cuchillo escondido debajo de la alfombra.

Pierdo el color de la cara.

–Mira que robar justo esta... Te apuñalarías a ti misma en cuestión de minutos –me dirige una sonrisa malvada–. ¿Te enseño cómo se usa?

–¿Qué eres, un potro recién nacido? Corrige esa postura –me golpea la pantorrilla con la espada en plano, haciéndome brincar–. Desplaza el pie izquierdo hacia atrás para fortalecer el equilibrio y dobla esas rodillas –obedezco sus instrucciones, ignorando el detalle de que llevo un vestido–. Ahora, ataca.

Con los dedos alrededor del mango del arma que sostengo en la palma, doy un tajo al aire.

–No está mal. Vuelve a la posición inicial. Otra vez.

Llevamos practicando este movimiento desde que se marchó la partida de caza, y solo nos interrumpió Annika durante un instante: al ver a mi acompañante, se marchó a toda prisa, lo cual provocó una sonrisa satisfecha en mi niñera. Creo que prefiere que la teman.

A pesar de su carácter corrosivo, descubro que no me desagrada su forma de enseñar.

–Te estás volviendo más lenta –masculla, señalando el diván–. Descansa un momento.

Dejo el cuchillo en la mesa con un gemido –me duele el brazo– y me derrumbo en el asiento.

–¿No me vas a preguntar qué pensaba hacer con eso?

–Sé perfectamente lo que pretendías hacer con eso. Nada –bufa mientras pasea en círculos–. Estás rodeada de enemigos que no te querían en el trono incluso antes del ataque, y su odio no ha hecho más que crecer. Viste la oportunidad y la aprovechaste. Es lo que yo habría hecho de estar en tu lugar, así que puede que no seas completamente inútil.

Creo que me acaba de hacer un cumplido, pero no puedo darlo por sentado, viniendo de ella. Vacilo un poco, convencida de que me voy a arrepentir.

–¿Estarías dispuesta a enseñarme a luchar?

Gira en redondo sobre sus talones y se me queda mirando.

–¿Quieres que te entrene como soldado de la Legión?

–No. Solo me gustaría aprender a defenderme.

–No entreno para la defensa. Entreno para la guerra. Entreno legionarios.

–Pero acabas de entrenarme con ese chisme...

–Eso no era entrenamiento –resopla, conteniendo la carcajada y enroscándose una trenza alrededor del puño–. Era una lección, sin más, porque estaba aburrida. Entrenarte sería una pérdida de tiempo; pongo en duda que pudieras defenderte del ataque de un cachorrito.

–Podría, si me entrenaras. Zander mencionó... –enmudezco cuando veo sus ojos encendidos de rabia.

–No. No entreno a princesas ni a ybarisanos –me espeta con desprecio.

Muestro las palmas, rindiéndome.

–Vale, vale. Zander dijo que eras la mejor de todos. Solo pensé...

Me interrumpo en seco cuando suenan unos gritos en el exterior, seguidos de unos alaridos agudos.

Abarrane se acerca a la entrada de la tienda con la espada desenvainada. Agarro el karambit y la sigo hacia la lluvia.

En el prado pintoresco reina el caos. Dos de las tiendas con forma acampanada están derribadas y los sirvientes huyen de la tienda rectangular más grande. Uno de sus lados se ha venido abajo. Los chillidos son ensordecedores, teñidos de terror.

–¿Qué está pasando?

Un segundo después, una bestia atraviesa la entrada de la tienda con el cuerpo inerte de un hombre colgando de sus fauces y obtengo la respuesta a mi pregunta.

Capítulo 29

–Quédate aquí –ordena Abarrane, agarrando la empuñadura de su espada con las dos manos.

Avanza agachada, sigilosamente, como un depredador que acecha a su presa, salvo que ella es una guerrera menuda y su presa una bestia gigantesca de cuatro poderosas patas, cuyos hombros se deben de encontrar a unos tres metros de altura. La espalda está forrada de escamas azuladas y el resto del fibroso cuerpo está cubierto de un pelaje enmarañado y grasiento.

Mueve su horrenda cabeza en nuestra dirección y siento un escalofrío ante su mirada penetrante. Suena un crujido repugnante y el cuerpo del hombre cae hecho pedazos en la hierba como si fuera un montón de escombros. Alza el hocico en el aire. Está olfateando, igual que lo hizo el daaknar cuando olió a Annika aquella noche.

Lanzando un rugido ronco, embiste.

Con el corazón en la garganta, veo cómo galopa hacia delante. Sus colmillos son tan curvos como el cuchillo que tengo en la mano, y el doble de largos, dispuestos a desgarrar todo lo que encuentre a su paso. La pátina escarlata demuestra que ya lo han hecho.

Varios soldados armados se acercan con cuidado mientras otros se quedan atrás. Dos disparan flechas con la ballesta, pero rebotan en la espalda cubierta de escamas como si fueran palillos de dientes.

–Si tienes una afinidad escondida en tu interior, te sugiero que la encuentres ahora –sisea Abarrane. Supongo que habla de mi afinidad élfica.

–¡No soy capaz de hacerlo!

–Entonces, sin duda morirás hoy.

Cambia de posición y se prepara para enfrentarse al monstruo, pero se mueve demasiado rápido y ella es diminuta en comparación. Es imposible que sea capaz de detenerlo, y cuando fracase...

El terror y la adrenalina me atenazan tan fuerte como aprieto mi arma, que parece todavía más inútil y ridícula que la que usé contra el daaknar.

Abarrane esquiva los colmillos de la bestia y se levanta al momento. Ataca uno de los flancos y la espada corta la pata trasera, salpicando un chorro de sangre azul como la tinta. Con un rugido de dolor, el monstruo se gira para atacarla. Abarrane desvía el golpe con la espada, se aparta y le apuñala el costado mientras rueda. La bestia lanza una dentellada al aire, mostrando unos colmillos que hacen que los del daaknar parezcan de juguete.

Veo horrorizada cómo atrapa a Abarrane del hombro y le corta la carne y el hueso. La guerrera suelta un chillido agónico –me hago a la idea del dolor desgarrador que recorre su cuerpo en este instante–, pero se las ingenia para darle un tajo en el cuello y consigue liberarse con el impulso. Se aleja a trompicones, da cinco pasos y se hunde en la hierba.

El monstruo vuelve a olfatear el aire y se centra en mí.

Me quedo paralizada mientras me acecha. Aprieto mi diminuto cuchillo, consciente de que no voy a poder huir y de que la mínima lección que he recibido no me salvará.

Mi afinidad élfica con Aoife. Con el agua. La necesito, y ahora.

Como respuesta, el oro del anillo empieza a arder contra mi piel y se me acelera el corazón. Por fin. Al fin percibe que necesito ayuda.

Annika dijo que aquella noche podría haber usado el río para defenderme en lugar de salvarla, pero aquí no hay ningún río. Tampoco sabría cómo usarlo si lo hubiera. Nadie me ha enseñado.

El nethertauro está tan solo a diez metros y gana velocidad a pesar de sus heridas. La hierba pisoteada se levanta y le azota las patas, como si intentara enredarse en ellas para frenarlo.

Entonces caigo en la cuenta de que es Annika, que está usando su elemento mientras corre hacia mí y grita algo que no consigo entender con el estruendo de los latidos de mi corazón.

–¡Usa la lluvia! –oigo al fin.

La lluvia. Miro el cielo que se derrama llorando.

–¿Cómo?

La única forma de detener a esta fiera es con un monstruo equivalente.

Los siguientes segundos parecen avanzar a cámara lenta.

Una oleada de adrenalina brota de lo más profundo de mis entrañas y veo cómo las gotas de lluvia se desplazan desde todas partes como si estuvieran tirando de

ellas. Se precipitan contra el nethertauro, formando un cuerpo, unas patas, una cabeza, hasta que un duplicado de la bestia hecho de agua carga hacia delante.

Me percato de que soy yo quien está haciendo esto. Esta soy yo, manipulando un elemento.

Chocan de frente, la fiera acuática estalla con el impacto y el nethertauro se desploma, aturdido. Es suficiente para que Abarrane se acerque cojeando y le clave la espada entre los ojos. Tras unas cuantas sacudidas, el monstruo se queda quieto.

Doblo el cuerpo, intentando reaccionar y que mi corazón recupere la velocidad normal. Por un instante creo que voy a vomitar, pero me contengo. He usado una afinidad élfica que ni siquiera era capaz de percibir y he detenido a una bestia de otro mundo.

Me invade una acometida de risa delirante.

Abarrane cojea hasta mí, pálida como un fantasma, limpiando la sangre azul oscuro de su espada contra el pantalón.

–Vale –resopla–. Consideraré la posibilidad de entrenarte.

–¿Por qué salió de la espesura y vino hasta la pradera? –Zander da vueltas por la tienda–. Especialmente cuando teníamos una invocadora para atraerlo...

–No lo sé –responde Wendeline. Está sentada en un sofá, con los ojos inyectados en sangre tras haber curado a todos los que ha podido.

El nethertauro mató a cuatro soldados y seis sirvientes y mutiló a otros cinco. Dos de ellos han sufrido heridas que están más allá de las capacidades de curación de la sacerdotisa. Las pocas aristócratas que había salieron ilesas, salvo por algunos cortes y rasguños. Hay una parte de mí –una malvada– que se sintió decepcionada al no encontrar el cuerpo de Saoirse entre el montón que echaron al carro. Oí decir que se montó en un caballo y se alejó al galope ante la primera señal de alarma.

Bena estaba entre los muertos. Al ver el cuerpo, me eché a llorar.

Un mensajero corrió a avisar del ataque a la partida de caza y todos regresaron al campamento media hora más tarde. Los belfos de los caballos espumeaban por el esfuerzo, y Zander y Atticus estaban muy pálidos.

Zander no acepta la respuesta de Wendeline.

–Iba de tienda en tienda, como si estuviera buscando algo. O a alguien. ¿Por qué iba a hacer una cosa así cuando la única invocadora estaba en el bosque? Esto ha

sido intencionado.

–A lo mejor sintió que Clyda había estado aquí.

–No. Nos habríamos cruzado y lo habríamos atraído.

–Hay otra posibilidad –la sacerdotisa traga saliva–. Podrían quedar trazas de la magia de Margrethe en Romeria. Puede que la sintiera de alguna forma.

–¿Tanto tiempo después? –insiste Zander, dubitativo.

–No soy ninguna experta en nethertauros, así que no puedo asegurarlo. Pero es la única explicación que se me ocurre –cruza una mirada fugaz conmigo.

Al margen de la verdad, claro. La bestia sintió mi magia invocadora, por más escondida que esté bajo el escudo que creó y amarró a este anillo Sofie. Vino desde la espesura en mi busca. Bena y todos los demás han muerto porque yo estaba aquí.

Trato de no pensar en eso y reprimir el sentimiento de culpa. Zander no debe saberlo. Todavía no.

–Lo importante es que está muerto, ¿no?

El asqueroso cadáver se subió a una carreta para pasearlo por la calle del Mercado Bajo como si fuera un trofeo.

–Sí, supongo –Zander se queda callado y esboza lentamente una sonrisa–. Y quien lo derrotó fue la futura reina de Islor. Eso hay que celebrarlo.

Lo último que me apetece es celebrarlo.

–Me ayudaron.

–Solo con el golpe de gracia. Ven –envuelve con su brazo mi cuerpo destrozado, al límite de mis fuerzas–. Debes encabezar el desfile.

–Parad de retorceros.

–No me he movido un ápice. ¡Ay!

Pongo una mueca de dolor ante el pinchazo agudo del alfiler que Corrin me ha clavado en el pelo.

–Ese era el último. –Retrocede para admirar su creación: un complejo recogido de trenzas y bucles que mantiene hacia atrás la mitad de mi cabello y deja el resto cayendo sobre mis hombros–. Adelante, miraos al espejo.

Me levanto de la silla del tocador y me acerco al espejo de cuerpo entero. Me muevo a un lado y al otro para observar el vestido que Dagny me trajo anoche,

ojerosa y agitada, como si no hubiera dormido nada. Las costuras son impecables, me queda como un guante y el estilo es tremendamente elegante y, aun así, sexy.

Si hubiera sabido para qué iba a estrenarlo, le hubiera pedido que me trajera un saco.

–He hecho lo que he podido –declara Corrin–. Si al rey no le agrada, será porque vos escogisteis un estilo que se aparta totalmente de las tendencias de la corte.

–¿Desde cuándo el rey se fija en la ropa femenina? –replico, y ella gruñe–. Además, ¿no es la reina la que marca la moda?

–¿Ahora sí que estáis dispuesta a hacer el papel de reina? –me espeta con una sonrisa de suficiencia.

Disfruto haciendo el papel de reina para él. La reina desnuda y tentadora a la que acude por las noches y junto a la que despierta por las mañanas. Así está siendo a diario desde la primera vez: nuestras tardes repletas de pasión, nuestras mañanas plagadas de lentas y sensuales repeticiones, antes de que se marche a enfrentarse a sus obligaciones como rey y de que Corrin irrumpa en mis habitaciones.

Pero nunca podré ser su reina en el ninfeo, me recuerda una vocecilla implacable en mi cabeza.

Necesito contárselo.

Y, sin embargo, cada vez que estoy a punto de confesarlo, me muerdo la lengua, por miedo a que destroce nuestra relación.

Estiro la pierna y observo cómo se abre la raja del vestido y la gasa cae en cascada en torno a mi muslo. Unos zapatos de tacón de aguja de infarto le irían bien a este vestido, pero no hay nada parecido en el armario de la princesa Romeria y dudo que los haya en ninguna parte, así que nos las hemos ingeniado para combinarlo con unos tacones de raso y cuero gris que no son del mismo color. Si le sumamos el elaborado peinado, apenas me reconozco en el espejo.

No sé si será una armadura lo bastante fuerte para protegerme de un día literalmente mortal.

–Has hecho un buen trabajo, Corrin.

Suena un golpe contra la puerta.

–Debe de ser el rey, que viene a escoltaros.

Se me disparan los nervios al instante.

–Recordad –insiste la mujer–: barbilla en alto, espalda recta. En todo momento –me anima.

Pero no es Zander; es Dagny.

–Ay, alteza, tenía que venir a veros antes de que salierais –se acerca con una sonrisa enorme y me mira de los pies a la cabeza, con las palmas unidas delante de sus grandes pechos–. ¿A que arrebata el aliento?

A pesar del torbellino de desasosiego que me produce tener que presenciar lo que está preparado para hoy, la sonrisa que le dedico a mi efervescente costurera es auténtica.

–Eres un prodigio, Dagny.

–Oh –hace un aspaviento, quitándose importancia–. Solo soy lo bastante afortunada como para poder vestir a la futura reina. Os he traído otra pelerina –saca la tela que lleva bajo el brazo y me la pone en la mano–. Dicen que va a refrescar mucho esta noche, y pensé que la necesitaríais –Dagny enarca las cejas de forma cómplice–. Es especialmente caliente.

Reconozco el tacto de la seda índigo de inmediato. Es la misma que Bexley fingía mirar mientras me hablaba de la vidente.

–No puede llevar una capa con ese vestido –gruñe Corrin, meneando la cabeza–. Quedaría estúpido.

–Ay, por todos los Destinos, tienes razón. Siempre la tienes. Soy boba, de verdad –Dagny da una palmada–. Quedáosla, alteza; podría serviros en otra ocasión –me guiña un ojo.

No, desde luego que la costurera no es tonta.

–Gracias. –Se me dispara el corazón. Bexley me dijo que encontraría la forma de pasarme un mensaje, y lo ha conseguido a través de mi costurera. Puede que Dagny no sea demasiado discreta, pero ha superado el escrutinio de Corrin.

–Cualquier cosa por nuestra futura reina –hace una reverencia y, tras echarle un último vistazo a la pelerina, se marcha.

Observo la prenda que tengo en la mano. Es gruesa, tiene varias capas y está cosida de forma descuidada. Demasiado torpe. Esto no lo ha hecho Dagny.

Me la guardo bajo el brazo.

–Corrin, ¿hay más zumo de manzana como el que me trajiste? Estaba tan dulce...

Arruga la frente, pensativa.

–Tendría que mirar en las cocinas.

–¿Te importa?

–Tengo que bajar igualmente –recoge la bandeja vacía–. Vuelvo enseguida.

Espero a oír cómo cierra la puerta del cuarto de estar antes de entrar corriendo en el vestidor con la pelerina. Paso el dedo por un hueco mal hilvanado y tiro,

separando la tela.

En el interior hay un papelito.

Boticario del mercado. Quien buscas te espera allí esta noche.

Se me revuelve el estómago de los nervios mientras lo leo.

Bexley ha encontrado a Gesine y a Ianca y sé dónde está la botica. Puedo llegar hasta allí sola, estoy segura.

Pero tal vez haya llegado el momento de contárselo todo a Zander.

Capto el sonido de la puerta. Guardo la pelerina rota con la nota en un rincón, tomo aire para intentar tranquilizarme y entro en la sala de estar con la adrenalina disparada por las venas.

Las pupilas de Zander recorren todo mi cuerpo mientras me acerco a él, desde el cabello hasta los zapatos. El vestido se abre a cada paso que doy, mostrando mi pierna entera hasta la cadera, y desorbita los ojos de la impresión.

Yo también le admiro un instante. Ha escogido una chaqueta especialmente exquisita, de satén azul oscuro, ajustada al cuerpo, abrochada desde el cuello a la cintura, adornada con remolinos y adornos florales metálicos. Combina de maravilla con mi ropa.

—¿Ese es el vestido que te ha hecho Dagny? —pregunta sin alterar la expresión. El Zander apasionado y cariñoso que recibo en mi cama ha desaparecido, dejándome frente al rey frío y sereno de Islor.

He acabado por disfrutar de este baile que nos traemos.

—Sí, es este. Corrin estaba convencida de que no lo aprobarías, ya que eres un experto en moda femenina, claro —noto perfectamente que lo aprueba por cómo separa los labios y le arden los ojos.

Suelta una exhalación larga y lenta.

—Es correcto.

Abro los ojos de par en par, sorprendida, y crispa la comisura de la boca.

—No creía que necesitaras mendigar cumplidos —sentencia.

Me paro delante de él.

—Oh, te equivocas. Me encantan los cumplidos. Y ver las reacciones.

Vuelve a mirarme de arriba abajo, deteniéndose en la abertura de la falda. Desliza la mano y acaricia mi muslo. Su piel está caliente contra la mía. Llega a mi cadera desnuda y se le escapa un gemido; probablemente se deba a que acaba de comprobar que no llevo nada debajo.

—Es un buen vestido.

—Cubre correctamente todo lo que debe cubrir.

—Te gusta pincharme. Estás más que correcta hoy.

—¿Lo ves? ¿Era tan difícil?

Contengo el jadeo cuando noto que su contacto se desplaza hacia la carne sensible de mi entrepierna y despierta de inmediato la necesidad en mi interior. Pero se aparta bruscamente y parece colocarse la máscara inexpresiva en el rostro.

—Va a ser un día muy largo. Mejor que lo pasemos antes de que te muestre cuál es mi reacción.

Siento su promesa entre mis muslos.

Me ofrece el brazo y lo acepto de inmediato, pero está tan tenso que se me pasan las ganas de jugar. No necesito preguntar qué le pasa. Es el ágape, es la ejecución pública de los tributarios. Es todo lo que va mal en Islor.

Elisaf nos recibe en la puerta con una inclinación profunda.

—Alteza, estáis deslumbrante.

—Bueno, esa es una reacción mucho más agradable que la que tuvo mi prometido —replico con sorna.

—No la animes —murmura Zander—. Aunque ojalá sea capaz de mantener la alegría a lo largo del día.

Un sirviente deja un plato de las diminutas uvas seacadorianas delante de mí y se marcha corriendo.

Annika extiende la mano a mi izquierda y agarra un racimo antes de que pueda impedírselo.

—¿Por qué crees que me empeñé en sentarme a tu lado?

—¿Porque soy encantadora?

Ella contiene una carcajada.

—He oído que te gustaban —comenta Zander, centrado en la multitud y en las justas.

El patio de ejecuciones ya no es el rincón oscuro y horrible que me aterrorizaba desde el ventanuco del torreón. Es mucho más grande de lo que creía y está rodeado de gradas de varios metros de alto por todos los lados. En el perímetro están los estandartes negros y dorados de Islor y Cirilea, y la pesada tela brocada ondea con la suave brisa marítima.

Se parece más a un coliseo que a una plaza, y todos los asientos están ocupados: la nobleza delante, los plebeyos detrás. El sol de la tarde baña a todos los reunidos y los rayos destellan contra los aros de las orejas como la faceta de un diamante, distinguiendo a los mortales de los inmortales.

Arranco un racimo del plato.

—Y yo he oído que son escasas y difíciles de conseguir.

Por suerte, nuestra grada —más elevada que el resto— está protegida con toldos que me impiden ver el ominoso torreón gris donde está encerrado Tyree.

—Ser rey tiene sus ventajas, y una de ellas es conseguir lo que quieras siempre que quieras.

Zander apoya el brazo tranquilamente en el respaldo de nuestras sillas, pero su rostro es duro y sus ojos sombríos. No está disfrutando ni lo más mínimo de la pompa y excitación del torneo, seguramente por lo que sucederá después, o tal vez porque ya haya presenciado demasiados. Yo, en cambio, no puedo evitar la emoción al oír las ovaciones del público y observo expectante a los soldados que combaten por turnos.

—¿Todo lo que quiera, siempre que quiera? —arranco las uvas con los dientes, una a una, mientras me permito pensar en la parte de Zander que tuve en la boca ayer, confiando en que la excitación que transmite mi pulso provoque una reacción en él.

Observa el gesto con mucha atención. Es un instante fugaz, pero distingo una leve sonrisa en la comisura de su boca.

Vuelvo a centrarme en la arena. Atticus está ahí, como comandante del ejército real, con su armadura brillante bajo el sol. Palmea las espaldas de sus soldados, tanto las de los ganadores como las de los perdedores. Me ha estado evitando desde la cacería, lo cual es un alivio.

Escudriño entre las innumerables caras de las gradas. Adley está ahí, claro, sentado junto a Saoirse. Más lejos se encuentran Telor y Sallow; supongo que los conoceré pronto. Bexley está sentada entre la nobleza. Lleva un vestido de raso negro con escote en forma de uve hasta el ombligo que revela las curvas de sus grandes pechos; extraña elección para presenciar un torneo. Me observa atentamente e incluso a esta distancia noto el brillo depredador de sus ojos. Tiene planes para mí y para mi cuello, ahora que ha cumplido su parte del trato. Se quedará devastada cuando sepa la verdad.

Acallo la brizna de culpabilidad por haberla engañado y agacho la cabeza ligeramente en un silencioso gesto de agradecimiento.

—¿Qué pasa? —me pregunta Zander.

–Luego te lo cuento.

Pronto se me van a acabar las opciones, ya que cuando salgamos de aquí iremos a pasar la noche juntos. Pero ahora no es el momento. No está de humor.

Un sirviente con uniforme negro hace una profunda genuflexión y nos entrega dos cálices a rebosar de un líquido de color ámbar. Elisaf los toma y, sin decir una palabra, da un sorbo, primero de uno y después del otro. Un instante después, nos los tiende, murmurando «demasiado dulce» antes de apartarse.

Ha comprobado si estaban envenenados.

–¿Arriesga su vida así cada vez que bebes una copa de vino? –pregunto con incredulidad.

–Desde que trajiste veneno a Islor, sí. Si no lo ha catado antes otro –Zander hace una pausa–. ¿Preferirías que no lo hiciera? ¿Tan pronto te has cansado de mí?

Niego con la cabeza.

–Preferiría que Elisaf no fuera el catador.

–Entonces, otro tendría que arriesgar su vida. ¿Preferirías a Abarrane?

Vuelvo la vista hacia la guerrera, que se encuentra de pie, con la mano cerca de la empuñadura de la espada. A pesar de llevar el hombro vendado, se la ve preparada para atacar en cualquier momento.

–Preferiría que nadie lo hiciera.

–Pues díselo a tu antiguo yo. Estaba dispuesta a matarnos a todos.

Me rindo; es imposible intentar animar a Zander. Me centro en el torneo.

El sol se ha ocultado tras el horizonte cuando el vencedor del torneo –un soldado corpulento cuya arma favorita es una maza con pinchos– hace una reverencia. Sacan a su oponente en camilla, y no es el único herido en el día de hoy. Me temo que algunos están más allá de los talentos de Wendeline.

Y, sin embargo, el público aplaude, vitorea y grita a cada brutal asalto, como si fuera un mero entretenimiento.

–Es la hora –murmura Zander.

Me tenso en cuanto aparece el primero de los dos carromatos, arrastrado por fornidos caballos de tiro. Hay tres cruces de madera erigidas en cada carro y los prisioneros ya están atados, esperando. Recuerdo que antes me preguntaba por qué una pira en lugar de una guillotina o una simple espada. Pero, tras conocer la

veneración que sienten por la llama de Malachi, que se observa allá donde mire, creo que ahora lo entiendo. Es su creador.

Pero sigo aborreciendo esto.

Y aborrezco todavía más la expectación impaciente que flota en el aire.

Zander está rígido como una estatua cuando se levanta. Se hace el silencio, como si la muchedumbre hubiera estado esperando que llegara ese momento.

Los carromatos desfilan lentamente por la arena.

—Pueblo de Islor —comienza Zander con voz cavernosa que resuena en toda la plaza, o esa impresión da—. Una plaga azota nuestras tierras en forma de veneno, el mismo veneno que nos arrebató a nuestros amados reyes Eachann y Esma. Estamos luchando y prevaleceremos frente a él, pero, desgraciadamente, hay algunos islorianos entre nosotros que han cedido ante el mal. No podemos permitirlo. Deben pagar por el crimen de asesinato con sus vidas.

Se eleva un murmullo que crece en oleadas.

Los carros se detienen y me obligo a contemplar a los seis tributarios que soñaron con conquistar la libertad y zafarse de su pesada obligación.

Se me cae el alma a los pies.

Cuatro de los prisioneros son niños; el mayor no creo que tenga más de quince años.

—Zander —me levanto en el acto. Mi primer impulso es detener este espectáculo.

—Ya lo he visto —murmura con los dientes apretados.

Hay dos mujeres con ellos; seguramente sean sus madres. Todos los rostros están desfigurados por el terror, aunque en distinto grado. Los dos chicos —tendrán unos trece años— mantienen la cabeza alta como si intentaran fingir valor, pero las manchas oscuras de sus pantalones cuentan una historia muy distinta.

—¿Dónde está Lord Stoll? —dice Zander en un tono gélido, excesivamente tranquilo.

Un hombre con una librea elegante que estaba de pie en la plaza se adelanta y le hace una reverencia. Esos sirvientes son de sus tierras.

—Majestad.

—Me informaron de que se iba a castigar a seis tributarios. ¿Por qué hay cuatro niños delante de mí?

—Majestad, porque asesinaron a sus guardianes.

—¿Y cómo averiguaron que ese veneno corría por sus venas?

—Bueno... Yo... —se aclara la garganta—. Sí, estoy de acuerdo, eso es un problema. Pero no cambia el hecho de que estos mortales tomaron un veneno con la intención

de matar a alguien. Y volverían a hacerlo si se les presenta la oportunidad.

—¿Hablas de los inmortales que se servían de sus venas en contra de la ley?

—Sí, pero tienen edad suficiente para saber lo que estaban tomando... —A Stoll se le quiebra la voz ante la mirada letal de Zander.

—Por lo que a mí respecta, esos inmortales, como cualquier inmortal que no cumpla la ley del sistema tributario, merecen el castigo que recibieron.

Se alza un murmullo que rápidamente enmudece. Zander se vuelve hacia los prisioneros.

—¿Estos niños son vuestros?

Las mujeres asienten vigorosamente.

—Por favor, perdonadlos —suplica la de la izquierda—. Es culpa nuestra: lo pusimos en su bebida. Ellos no lo sabían.

—Pero vosotras sí.

Asienten.

Zander aprieta los dientes. Le gusta darles vueltas a las cosas, y no ha podido porque los lores le contaron un cuento de malvados tributarios rebeldes y se los trajeron en una carreta, atados a las picas, listos para la pira.

Mi sorpresa se ha transformado en rabia.

—Hicieron lo mismo que habría hecho yo si fueran mis hijos —mascullo lo bastante alto para que Zander lo oiga. Era la oportunidad de conseguir que unos monstruos no se alimentaran de ellos. Es lo que haría cualquier padre. Cada vez siento mayor repugnancia. Agarro a Zander del brazo—. No puedes hacer esto. El castigo es injusto.

Me mira a los ojos como si buscara una respuesta mientras un verdugo cercano sostiene la antorcha en la mano.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Liberarlos? La gente aún no sabe que el veneno permanece eternamente en sus venas. En cuanto se enteren, les harán algo mucho peor que esto.

—No lo sé, pero esto está mal y lo sabes —intento hallar una solución desesperadamente. ¿Cómo se solucionaría algo así en mi mundo?—. Mete a los adultos en el calabozo. O mándalos a trabajar en la Grieta. Y envía a los niños a Seacadore. Paga a Kaders para que los saque de contrabando.

Los ojos de Zander brillan salvajemente con angustia.

—¿Y si regresan?

—¿Para qué iban a querer volver aquí en su vida? —murmuro. Entonces recuerdo algo que me dijo Wendeline—. Los invocadores marcan a los humanos en Ybaris

para confirmar que los han examinado. Que marquen a estos. Si estuvieran tan locos como para querer regresar, eso se lo impedirá.

Se queda pensando un instante.

–Soltadlos a todos.

Las tres palabras retumban en el silencio y rápidamente estalla un alboroto. La indignación se hace patente en los rostros de los aristócratas cuando las espadas cortan las cuerdas y los prisioneros bajan los escalones y se acurrucan juntos, chorreando lágrimas.

Entre los plebeyos del público hay una mezcla de emociones que van desde la conmoción y el alivio a la decepción. Atticus está abajo, mirando hacia arriba con la mandíbula tensa. Otra decisión de su hermano con la que no está de acuerdo. O tal vez sea mi influencia lo que no aprueba.

Le acaricio la espalda a Zander, esperando que el mínimo gesto silencioso le ofrezca, aunque sea, un pequeño consuelo frente a todo el alboroto.

El rey alza una mano y se hace el silencio.

–Estos prisioneros serán conducidos a las mazmorras hasta que decida cuál será el castigo adecuado para ellos. Pero, por el crimen de haber ingerido un veneno destinado a hacer daño, serán marcados –le hace un gesto a Wendeline.

La sacerdotisa se queda congelada un instante. Se la ve nerviosa ante la petición inesperada; supongo que pensaría que marcar a humanos era algo del pasado. Acto seguido, avanza hasta ellos. La brisa sacude su vestido blanco y dorado mientras se detiene ante cada prisionero, le agarra las manos y las sujeta con una mueca, como si lo que está haciendo le provocara dolor. Wendeline llega al final, se vuelve hacia Zander y le hace una reverencia.

–¡Que todos vean la marca de la impureza! –clama.

Los prisioneros se miran entre sí, vacilan y acaban por levantar las manos, mostrando un círculo con dos medias lunas entrelazadas en la base del pulgar. Los contornos brillan con la magia de Wendeline.

Siento un escalofrío al reconocer ese símbolo. Esa marca me resulta familiar; la he visto antes, tatuada en las manos de la secta de los Centinelas del Pueblo.

–¿Qué es ese símbolo?

–No lo sé, pero sea lo que sea, estoy seguro de que todo el mundo habrá oído hablar de él para el próximo Hudem.

El público se revuelve cuando Lord Adley desciende de las gradas y se pasea con suficiencia por el centro de la arena. Oigo cómo rechinan las muelas de Zander.

–Si me permitís la osadía, majestad...

–No. No te la permito –le espeta el rey con tono mordaz–. No vas a contar con un púlpito donde vomitar mentiras y maquinaciones durante más tiempo, Lord Adley.

El aristócrata entrecierra los párpados de forma desafiante, pero Zander lo despide como si el señor de Kettling no fuera más que un moscardón molesto.

–Llevad a los prisioneros a las mazmorras. Si alguien les toca un solo pelo, todos los guardias de la escolta saldrán a esta plaza al amanecer y usaremos esas piras –mira fijamente a los hombres armados con espadas mientras los seis mortales los siguen con un paso tambaleante–. Necesito que termine esta noche ya –murmura Zander. Hace un gesto hacia su izquierda y aparece un pelotón de soldados con los tres prisioneros ybarisanos en medio, formando una fila.

Contengo la respiración. Lo único que llevan puesto son los grilletes de los tobillos y las muñecas. La última vez que los vi estaban sucios y llenos de sangre; ahora los han bañado y curado las heridas, salvo el tajo continuo del brazo para mantener a raya su afinidad élfica. Los han preparado para el banquete.

Me cuesta contener un bufido. Supongo que los inmortales serían incapaces de alimentarse de unos cuerpos mugrientos.

Los tres marchan con la cabeza en alto, como si no les importara encaminarse desnudos a su ejecución pública. Tal vez esto no sea nada en comparación con lo que les hizo Abarrane. Vuelvo a mirar por encima del hombro y capto la sonrisilla de la guerrera mientras los observa.

La gente me observa tan fijamente como lo hace con mis compatriotas condenados. Yo mantengo la vista al frente mientras los obligan a subirse a tres mesas y les sujetan las muñecas y los tobillos a las esquinas. Bajo ellas hay una pila de troncos de distinto tamaño. Es leña para el fuego.

Las sacerdotisas se mueven silenciosamente para disponerse a cumplir su labor: mantener vivos a los ybarisanos.

–Por los crímenes de asesinato, conspiración en el delito de asesinato y conspiración contra la corona, se os condena a muerte en el ágape real y después la pira. Que los Destinos se apiaden de vosotros –la voz de Zander suena hueca–. La nobleza de sangre tendrá el honor de probar el primer bocado.

Los aristócratas se adelantan y reconozco algunas caras. Adley no se encuentra entre ellos; se le ve muy ocupado hablando a Atticus al oído con gesto crispado y muchos aspavientos.

Atticus mantiene una expresión estoica y escucha sin alterarse un ápice. Soy incapaz de averiguar qué está pensando.

Los nobles parecen chiquillos ansiosos. Acuden en tropel, buscando un rinconcito donde morder a los prisioneros. Incluso desde aquí distingo los colmillos que se alargan. Los ybarisanos están visiblemente nerviosos cuando los dientes se clavan en su carne, y se me hace un nudo en el estómago. Esto no se parece en nada a lo que hizo Zander con la tributaria esa noche. Aquello era tierno, considerado e íntimo.

Esto es brutal.

Y no son pocos los nobles. La cola va creciendo y serpentea entre las mesas y las piras. Es imposible que haya suficiente sangre para todos.

—Por eso Ybaris los llama demonios —susurro con un hilo de voz, y noto cómo Zande se pone rígido.

Entonces retumba el primer chillido en la plaza.

Capítulo 30

Es un efecto dominó que va desde el primer noble hasta el último que se alimentó del pesebre humano. Los inmortales islorianos que bebían de los prisioneros ybarisanos se desploman en el suelo de tierra, retorciéndose de dolor, arqueando la espalda y rechinando las muelas por la agonía.

–¿Qué está pasando? –musita Annika, horrorizada.

–Han tomado el veneno –responde Zander, cayendo en la cuenta.

–Creía que era imposible –digo yo–. Que el merth los destrozaría. Porque es merth, ¿no?

Zander taladra a Wendeline con la mirada.

–Eso es lo que se me dijo.

Los cuerpos se sacuden espasmódicamente y la gente grita aterrorizada. Huyen como si lo que tienen los nobles fuera contagioso. Los gritos incesantes –demasiados– me ponen la carne de gallina. Las sacerdotisas miran a Wendeline, pero esta niega con la cabeza. No puede ayudarlos, es lo que está diciendo.

Y en el centro del caos, los tres ybarisanos amarrados a la mesa ríen a carcajadas.

La cabeza me da vueltas. Estoy mareada.

–Tiene que haber algo que podamos hacer... –oigo mi propia voz.

Zander vacila.

–Lo hay –dice finalmente. Aprieta la mandíbula y se acerca a la barandilla.

Una gigantesca bola de fuego estalla alrededor de las mesas y engulle a las víctimas. El público se dispersa todavía más rápido y los gritos de agonía cesan al instante.

Zander está empleando su afinidad, y esto no es ningún truco de prestidigitación. A juzgar por las innumerables bocas abiertas, la demostración deja claro que es mucho más poderoso de lo que creían.

La muchedumbre observa las llamas abrasadoras que arden unos instantes más y después, tan rápido como se encendieron, se apagan. No queda nada más que una pila de cadáveres humeantes, la peste de la carne carbonizada y un silencio espeluznante, mientras todos los ojos asimilan lo que acaban de presenciar.

Una risa ronca y maligna resuena en lo alto, rompiendo el silencio de la plaza.

–¡Alabada sea la futura reina de Islor! –clama una voz masculina.

Es Tyree, desde el torreón.

–¡Una gota de su sangre acabará para siempre con vuestra maldición! ¡Una sola gota os liberará a todos!

Zander pierde el color de la cara.

–Por todos los Destinos... No están tomando merth. Es tu sangre. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta antes? –Sus ojos claramente acusadores se desvían hacia Wendeline, y la expresión dolorida de la sacerdotisa lo dice todo. También le mintió sobre eso.

¿En qué más?

Me arde la cara al ver todas las miradas clavadas en mí.

–Yo no he hecho esto –murmuro, aunque nadie me oye. Me vuelvo hacia Annika desesperada; ella sabe que soy inocente. Todos los que están cerca de mí lo saben.

Zander se gira hacia mí.

–Yo no tengo nada que ver con esto. –No puedo evitar recordárselo al ver el conflicto que late en sus ojos. Tiene que ser capaz de notar mi confusión y el horror que siento, ¿no?

–Dará igual –musita él.

Me quedo paralizada.

–¿Qué significa eso?

–Y otra vez estamos en las mismas. ¡No aprendiste la primera vez, hermano! –brama Atticus, avanzando hasta el centro de la arena; las llamas de las antorchas refulgen contra su armadura dorada–. Fue tu prometida quien sugirió que celebráramos este ágape real, y ahora sabemos el motivo.

Se me abre la boca de la impresión. ¡Fue idea de Adley! Yo ni siquiera sabía lo que era. ¡Y Atticus lo sabe perfectamente!

Camina lentamente en un círculo, dirigiéndose al público.

–Doce de nuestros lores y damas han sido masacrados hoy porque el rey es incapaz de ver el peligro que tiene al lado, a pesar de las muchas veces que se le ha advertido. Está dispuesto a poner en el trono a una reina por cuyas venas corre una sangre capaz de envenenarnos a todos –señala el caos que humea–. Esto no es

ninguna sorpresa. No fue la suma sacerdotisa quien mató al daaknar, sino la princesa Romeria. Cuando la bestia le hincó el diente, murió.

Se oyen jadeos de impresión desde todos los rincones de la plaza.

—Pero ¿qué está haciendo? —siseo.

—Aprovechar la oportunidad —responde Zander, apretando los dientes.

—Y, a pesar de ello, vuestro rey continúa mintiendo y engañándoos para proteger a una mujer que ha venido a destruirnos —Atticus observa a su hermano con pesadumbre sombría—. Me temo que estás conduciendo a Islor a su perdición. He jurado protegerte y así lo haré, aunque tenga que protegerte de ti mismo —truena con voz potente y dominante; supongo que la misma con la que arenga a los soldados en el campo de batalla—. Como descendiente de Ailill y heredero del trono de Islor, no puedo permitir que esta estupidez se siga prolongando. Abandonarás el trono de inmediato.

—No tienes autoridad para esto —responde Zander con voz extrañamente serena.

—¿Y qué vas a hacer para impedírmelo? ¿Quemar la ciudad hasta sus cimientos para conservar una corona que ni siquiera deseas?

El tiempo parece detenerse mientras ambos hermanos se fulminan con la mirada. Todo lo que no se dicen queda colgando en el aire.

—Puede que seas el primogénito, pero has demostrado que ese lugar no te pertenece. Y yo haré lo que tú no eres capaz de hacer —el pecho de Atticus se hincha cuando toma aire con fuerza—. ¡Guardias! ¡Prendedla!

¿De verdad está pasando esto? ¿Otra vez?

—No puede hacerlo, ¿verdad?

Zander mira a los soldados que se acercan y un destello atónito cruza sus ojos cuando ve que Boaz es quien lidera el destacamento.

—¡Abarrane!

—La Legión es fiel al legítimo rey de Islor, majestad —lo subraya con una rápida reverencia.

Zander se quita de la cadera la daga enjoyada y me la pone en la mano. Me cierra los dedos para que la agarre antes de dirigirse a Elisaf y Abarrane.

—Llevadla a sus aposentos y mantenedlos fuera. Iré detrás de vosotros.

Miro fijamente el arma que tengo en la palma de la mano hasta que Elisaf me agarra el brazo.

—Venid. No es seguro para vos estar aquí.

Aferro la empuñadura de la daga mientras echamos a correr.

Todo parece moverse a cámara lenta y a velocidad de vértigo a la vez. Es como si avanzara entre la bruma mientras oigo espadas que entrechocan a mi alrededor. Abarrane y la Legión abaten a todos los soldados que cargan contra nosotros como si fueran campesinos con palas. No sé cómo conseguimos llegar desde nuestros asientos en la plaza del torneo a las escaleras de la cámara real.

—¡Contenlos! —le grita Elisaf a Abarrane sin detenerse. Huimos hasta mis aposentos y nos encontramos a Corrin paseando por mi cuarto de estar.

—¡Estaba en las cocinas cuando oí los gritos! Hay soldados luchando por todas partes. ¿Quién ha podido atacarnos así, estando todo el ejército real presente? —su voz, normalmente segura de sí misma, tiembla ligeramente.

—Me temo que quien nos ataca es el ejército real —responde Elisaf, jadeando un poco—. Y el comandante es quien lo lidera.

—¡Yo no tenía ni idea de lo que era el veneno, y Atticus lo sabe perfectamente! —grito entrecortadamente. Nunca había corrido tan rápido en toda mi vida.

—No importa. Lo está usando a su favor.

Suenan gritos en algún lugar de abajo.

—¡Os lo advertí! ¿Sí o no? —barboto indignada—. ¡Os advertí a los dos que no se podía confiar en él y no me hicisteis ni caso!

—No creía que fuera a hacer esto —Zander irrumpe con una mancha de sangre que no es suya en la mejilla y se oye un chillido escalofriante que viene de las escaleras; probablemente, un último estertor—. Atticus se ha hecho con el control del ejército. Sigue habiendo algunos leales a mí, pero no durarán mucho. Son demasiados. Tenemos que marcharnos ahora. Ni siquiera la Legión puede contenerlos. Abarrane sabe dónde encontrarnos.

—¿Por qué Boaz se ha puesto contra nosotros?

—Porque es leal a la corona, y está claro que considera que yo ya no soy apto para el puesto —me hace un gesto con la cabeza en dirección a mi vestido—. Cámbiate, y rápido, a no ser que tengas ganas de correr con eso.

Corrin y yo salimos despedidas al vestidor. Me desabrocha frenéticamente los ganchos y los botones y me desprendo del delicado tejido. Lo dejo tirado en el suelo y me pongo una túnica y unos pantalones.

Zander aparece en la puerta cuando estoy metiéndome la última bota de montar a caballo, con Corrin de rodillas atando a toda prisa los cordones.

—¿Estás lista? Tenemos que salir de la ciudad cuanto antes. Nos encontraremos con Abarrane cerca del bosque de Eldred.

Suelto una maldición.

–Primero tengo que acercarme a la botica.

–¿Para qué?

Vacilo un poco antes de contestar.

–Bexley encontró a Ianca y a Gesine. Me están esperando. Me pasaron un mensaje esta misma mañana. Iba a contártelo después del torneo.

–¿Qué mensaje? –Corrin se queda boquiabierta al caer en la cuenta–. ¡Otra vez conspirando, y con Dagny, ni más ni menos! ¡Sabía que estabais tramando algo! –corta con el dedo el espacio que hay entre ambos–. Le advertí al rey que no debía caer en esta nueva...

–¡No es lo que piensas! –grito, interrumpiendo su perorata.

–¿Por qué será que no me sorprende todo esto? –Zander sacude la cabeza–. Wendeline nos ha mentido y nos ha manipulado a un nivel mucho peor de lo que me temía, ¿y ahora quiere que hables con más invocadores traidores de Mordain? –le va devorando la ira a cada palabra–. El circo de ahí fuera se podría haber evitado si nos hubiera dicho qué era ese veneno; habríamos sabido que teníamos que comprobar si los ybarisanos lo habían ingerido. Esto es lo que ella quería: Islor sumido en el caos.

–Pero no creo que eso sea así...

Wendeline aseguró que, fueran cuales fueran sus motivos para engañar a Zander, todo lo que hizo fue por el futuro de Islor que busca él.

–¿Y qué sabes tú lo que es o no es, Romeria? –suspira–. Todo Islor te va a dar caza. Los inmortales buscarán tu muerte; los mortales, tu sangre. No, el último lugar adonde pienso llevarte es a ver a más invocadores.

–Pero... necesito ver a Gesine –insisto, apretando los dientes.

–Explícame por qué –exige, perentorio.

Wendeline me dijo que llegaría el momento adecuado para contárselo todo y que entonces lo sabría. Supongo que este no es, ahora que su reino se desmorona. Pero tengo miedo de que, si abandono Cirilea esta noche, jamás obtendré las respuestas que necesito para sobrevivir en este mundo.

–Porque soy una invocadora clave, y ella puede enseñarme a emplear mis afinidades.

Corrin contiene el jadeo y Zander palidece.

–No es posible...

–Y, aun así, es lo que soy. Es una historia muy larga y no tenemos tiempo ahora, pero tengo que ir a la botica. Si no quieres llevarme, me parece bien. Solo sácame de estos muros y, a partir de ahí, me las apañaré sola.

–Tú sola no sobrevivirás ni una hora. Ni siquiera sé si sobrevivirás conmigo –murmura, ausente. Se pasa las manos por el cabello y lo deja hecho un desastre.

–Necesito que Gesine me ayude a entender lo que soy. Por favor. No te preocupes, no voy a abrir ninguna puerta ni ninguna grieta entre dimensiones. No me pienso acercar al ninfeo en Hudem.

Los ojos de Zander se enturbian mientras procesa todo esto.

–El nethertauro te sintió. Por eso salió a la pradera.

–Sí –no hay otra respuesta más que la verdad.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde el día que fui al mercado con Dagny. Wendeline lo supo tras el ataque del daaknar, cuando me examinó.

–El mercado... –repite. Creo que sé lo que está pensando. Está rememorando todos los momentos que hemos pasado a solas, todas las veces que tuve la oportunidad de contarle todo esto. Y no lo hice.

–Lo siento. Me dijeron que me matarías si lo averiguabas...

–¡Tenemos que irnos! –grita Elisaf, acercándose–. Ahora.

Es como si saltara un resorte en la cabeza de Zander. Se gira en redondo hacia Corrin.

–¿Vienes con nosotros?

–Solo os retrasaría –niega ella–. Además, tengo un hogar del que cuidar, majestad, con tres nuevos miembros que muy pronto serán cuatro.

Gracen y sus hijos. ¿En qué lío los he metido sin pretenderlo?

–No tengo tiempo para discutir –gruñe Zander, apretando los dientes–. Atticus sabe que eres leal a mí.

–También sabe que mantengo este castillo en funcionamiento mejor que nadie –se jacta con altanería–. Lo mantendré todo en orden hasta que regreséis –y asiente para garantizarlo, pero en sus ojos hay una sombra de resignación y de miedo.

Zander también se ha dado cuenta.

–No te arriesgues sin necesidad. Si te interroga, dile lo que quiere saber –Zander se inclina de forma pronunciada–. Hasta la vuelta.

–Os conseguiré todo el tiempo que pueda. Cuidaos –me mira entonces con expresión desconfiada, pero me hace una reverencia extrañamente profunda–. También vos.

—¿Cómo es que Atticus no conoce este pasadizo? —tropiezo con un escombro y casi se me cae el candil.

—Se llama el pasadizo del rey por una buena razón: solo el rey lo conoce desde su construcción hace muchos siglos —murmura Zander—. Lo han usado cuatro reyes: Ailill, Rhionn, mi padre y yo. Mi padre me guio por él como su padre le condujo, y así sucesivamente. Por más que Atticus se dedique a jugar a ser el rey durante mi ausencia, jamás sabrá de su existencia.

En lugar de abrir el pasadizo al final de la escalera de caracol como la última vez, Zander nos conduce bajo los escalones por un pasaje oculto tan estrecho que tengo que agacharme para pasar mientras los hombres avanzaban a gatas. Ahora avanzamos en silencio por un corredor interminable que apesta a moho. Pisamos esqueletos de ratas muertas que crujen bajo nuestras botas y huimos en la noche con nuestras escasas provisiones, que se componen básicamente de armas y oro.

Que el rey de Islor tuviera preparada una bolsa de equipaje para huir en el acto, como yo la tenía en mi apartamento, no es algo que me pase desapercibido.

—Imagínate lo distinto que sería todo si hubieras sido sincera conmigo —reflexiona Zander en voz alta.

—¡Tenía miedo de que me mataras!

—Claro. Me paso la noche abrazado a una mujer y la ejecuto por la mañana. Sería muy propio de mí.

—Pues se parece bastante a lo que pasó en el torreón.

Zander se detiene tan bruscamente que me choco con su espalda.

—Ya que hablamos de sinceridad —continúo—, sabía que Atticus quería ser rey. Trajo a todos esos soldados leales a él a la ciudad. ¿Por protección o para poder doblegarte?

—Posiblemente ambas cosas —admite, poniéndose en marcha.

—¿Cómo es posible que no previeras lo que iba a hacer?

—¡Porque es mi hermano! Y porque, al parecer, soy incapaz de pensar con claridad cuando te tengo cerca.

—¿Así que es culpa mía? ¿Aunque yo misma te advertí que no debías confiar en él?

Suspira.

—A estas alturas ya da igual de quién sea la culpa. Pero apuesto a que Ybaris ha conseguido justo lo que quería.

—¿Quién envenenó a Quill? ¿También fue Atticus?

–No puedo garantizar nada. Sea quien sea el culpable, lo hizo para que la gente tuviera miedo de la princesa ybarisana destinada a ser reina. Mi hermano ha pasado mucho tiempo con Adley y sus compinches, y ahora ya no dudo de que le han estado regalando los oídos, tentándole para que reclame el trono y convenciéndole de que es lo correcto. Y, cuando pasó todo esto hoy, vio la oportunidad. Realmente no podía ser más perfecto, aunque creo que las sacerdotisas han tomado parte en toda la trama al margen de los demás. Ya da igual, ¿no crees?

No dejo de pensar en la acusación de Atticus.

–¿Es que no quieres ser rey?

–No. No quiero –admite, y me deja de piedra con la respuesta rotunda–. Por eso debo serlo –hace una pausa–. Entonces, la historia que me contaste de que no recordabas nada...

–Mentí. Me llamo Romeria Watts. Soy de la ciudad de Nueva York, donde casi todo el mundo es humano y la gente no habla de Destinos, castillos ni inmortales. Una elemental llamada Sofie me engañó para que la ayudara a salvar a su marido y acabó apuñalándome con un talismán, un trozo de cuerno de Malachi. Me desperté dentro de este cuerpo, que es idéntico al mío, rodeada de gente que me acusaba de haber cometido un asesinato.

Detrás de mí, Elisaf suelta una maldición.

–Pero no eres humana. Eres una invocadora clave.

–Al parecer sí, pero yo no tenía ni idea. No sé cómo funciona todo esto. Ni siquiera fui capaz de sentir nada hasta que me quité el anillo el otro día.

–Intentaste contármelo –murmura Zander para sus adentros.

–Sí. Pero no me salió muy bien

Dios, es como si me hubiera quitado de los hombros un bloque de hormigón armado.

–¿Y cómo se suponía que debías salvar al marido de esa tal Sofie?

–No lo sé exactamente, pero creo que está atrapado en la Nulidad. –Sofie dijo que Elijah estaba encerrado en alguna parte, y me dio la impresión de que era por culpa de Malachi. Cuando se produjo el desgarro entre dimensiones, los monstruos que escaparon procedían de la Nulidad y los mandaron aquí los Destinos. Tendría sentido, entonces, que sea el mismo sitio. Sin embargo, vi el cuerpo de Elijah, y estaba en un sepulcro de piedra en Bélgica–. Malachi me mandó aquí para que abriera la puerta del ninfeo, algo que, obviamente, no pienso hacer. Y tampoco voy a ayudar a Sofie. Solo me queda una opción: descubrir cómo ser un invocador clave.

–Hasta que se sepa lo que eres... Como si no tuvieran ya suficientes motivos para quererte muerta –masculla Zander.

–¿Cómo sabes que puedes confiar en Gesine? –pregunta Elisaf en voz baja. Es lo primero que dice desde que entramos en el túnel.

–No lo sé, pero si hubieran querido matarme por ser lo que soy, han tenido mil oportunidades de hacerlo antes.

Se hace el silencio mientras avanzamos por el pasadizo. Me gustaría saber qué se le pasa a Zander por la cabeza, pero no abre la boca.

Llegamos al final del corredor. Hay un sólido muro de piedra que doy por sentado que se abrirá, como ya he visto muchas veces en los pasadizos secretos.

–¿Saldremos muy lejos de la botica? –pregunto.

–Un par de manzanas –Zander se lleva el índice a los labios, pidiendo silencio, y aguza el oído un instante antes de levantar la mano por encima de su cabeza y presionar un bloque. Suena un chasquido revelador y el muro se desplaza.

Y yo no puedo contener la emoción. Este tipo de cosas son lo mío.

–Me hace gracia la fascinación infantil que te sigue provocando esto –murmura. Está claro que ha notado mi reacción.

–En mi vida anterior era una ladrona. Colarme en sitios y huir sin que me vieran era mi especialidad.

Es extrañamente liberador confesar eso.

Zander me lanza una mirada de incredulidad antes de salir a una habitación estrecha llena de cajas cubiertas de polvo.

–Es un almacén –susurra. Se acerca a la puerta de madera, la empuja y suelta una maldición.

–¿Está cerrada con candado? –pregunta Elisaf.

Asiente. Se le ve un poco inseguro.

–En cuanto salgamos de aquí, tendremos que ser rápidos. Los soldados pronto registrarán la ciudad, si es que no lo están haciendo ya. Te llevaré hasta la botica y después, si esa Gesine es quien crees que es, nuestros caminos deberán separarse. –A la luz del quinqué, sus ojos de color avellana contienen un millar de emociones que soy incapaz de discernir–. Desde el día en que entraste en mi vida he sido incapaz de pensar con claridad, antes y después del ataque. Si voy a recuperar lo que me pertenece, necesitaré todo mi ingenio.

Me trago el nudo de la garganta. No sé qué es más terrible: si quedarme sola en este mundo extraño o que el hombre al que he acabado amando me deje cuando más lo necesito.

Pero estoy acostumbrada a que me abandonen mis seres queridos y no voy a suplicarle que se quede conmigo.

Se queda quieto un segundo, oyendo a los transeúntes, y termina por astillar la madera. Salimos a un callejón y avanzamos por calles desiertas por donde solo pasa alguna figura que va de un lado a otro. No veo guardias a caballo ni queda gente de fiesta. Sin embargo, me siento observada mientras avanzamos en silencio, ocultos bajo las capas.

Nadie adivinaría que se trata de su rey y la princesa ybarisana, que huyen en mitad de la noche.

No hay luz en la botica y las ventanas están tapadas con gruesas cortinas.

—¿Seguro que era esta noche? —pregunta Zander, oculto entre las sombras.

—Sí —escudriño a mi alrededor con todos los nervios de punta.

Un movimiento en un callejón me sobresalta; es una silueta cubierta con una capa negra. A la luz del farol, capto el color de un mechón de cabello rubio jengibre antes de que desaparezca. Es Bexley. Ella sabía que yo estaría aquí. Después de lo que ha pasado en la plaza, no habrá venido para exigirme que cumpla mi parte del trato. O viene a despedirse o a matarme.

Se mueve un extremo de la cortina.

—Hay alguien dentro —susurro.

—Sí; lo he visto.

Cruzamos la calle a la vez.

—Estaré vigilando —anuncia Elisaf antes de fundirse entre las sombras; en este mundo tan oscuro, hay muchas donde ocultarse.

Estamos a unos pasos de la tienda cuando suena un chasquido y se abre una rendija de la puerta con un chirrido. Me invade una oleada de inquietud.

Zander es el primero en entrar, con la mano en la empuñadura de su espada. Los faros que tiene alrededor restallan, y doy por sentado que es por su afinidad. Por un instante siento envidia.

—Cierra la puerta cuando entres —dice una plácida voz femenina. Obedezco y nos sumimos en la oscuridad.

—Siento la llama que arde en tu interior, rey de Islor. Eres poderoso para ser un isloriano.

—Estoy convencido de que tú también lo eres, incluso llevando ese collar, suma sacerdotisa —responde él con la misma calma.

Cada vez más nerviosa, intento distinguir lo que está viendo Zander.

Brota un débil resplandor en medio de la habitación, una bola de luz que flota en el aire y crece hasta iluminar a una mujer vestida con una capa gris antracita, el cabello largo y negro como la tinta y los ojos verdes, como Kaders la describió. Un sencillo collar de oro rodea su cuello delicado.

–Las habilidades únicas de tu especie son perturbadoras; me temo que llevará un tiempo acostumbrarme a ellas, aunque admito que estoy disfrutando de mi nueva libertad en estas tierras. –Sus ojos penetrantes abandonan a Zander y me observan a mí; hace una inclinación profunda–. Soy la invocadora Gesine, alteza. Nos conocíamos, pero veo que Wendeline tenía razón y mi rostro ya no es familiar. Sois Romeria, pero no la que abandonó Ybaris.

Me da un vuelco el corazón mientras busco a la mujer mayor en la botica. No veo nada más que estantes en las paredes, llenos de frascos y espejos que reflejan mi cara.

–¿Dónde está Ianca?

–A salvo, fuera de Cirilea. El viaje hasta aquí fue muy largo y se ha cobrado su precio, pero está deseando conocerte. Wendeline dijo que no sabías nada en tu antigua vida.

Niego con la cabeza.

–No creía nada de todo esto.

–¿Aoife me hechizó? –me interrumpe Zander–. ¿Ha debilitado mi mente, ha vinculado mi corazón a Romeria?

Aprieto los dientes. Esa pregunta me escuece sin que pueda evitarlo.

Los ojos verdes de Gesine van de uno a otro.

–Cuando sea el momento adecuado, podremos discutir qué hizo y qué no. Creo que pronto comprobarás que es indiferente.

–No quiero adivinanzas –gruñe.

–Puede que lo parezcan –me señala la mano–. El anillo. Quítatelo. Me gustaría comprobar por mí misma el poder que tienes.

Zander no me quita los ojos de encima mientras me saco del dedo el anillo de la reina Isla. La embriagadora sensación de poder invade mi cuerpo casi de inmediato y se intensifica a cada instante que pasa.

–Extraordinario –murmura Gesine; su rostro refleja verdadero asombro–. ¿Es desagradable para ti?

–Mucho.

No sé ni cómo describir la sensación. Es una mezcla de un hormigueo, pinchazos de alfileres y agujas en las extremidades y adrenalina que corre por mis venas.

–La sensación remitirá cuando aprendas a contenerla.

–Gracias a Dios –mascullo.

En la penumbra, detrás de Gesine, veo el rostro de una mujer desconocida que me mira fijamente. Pego un brinco, pero veo que es el reflejo de un espejo. Me giro para mirar a mi espalda, pero solo está Zander.

Vuelvo a mirar al espejo, cada vez más recelosa. Levanto la mano y me toco la mejilla.

La mujer del espejo hace lo mismo. Me toco la nariz.

Hace lo mismo.

–Oh, Dios santo... –susurro. Me llevo las manos al cuello, incapaz de asumir lo que estoy viendo. El orbe flotante se enciende y despide más luz.

Observo a la desconocida que me devuelve la mirada. Tiene un rostro anguloso, ojos azul pálido y los labios en forma de corazón. Lo único en lo que nos parecemos es en el color del pelo.

–Esa no es mi cara.

Tampoco lo que oigo es mi voz.

–Lo que veías era una ilusión –Gesine confirma mis peores temores–. La invocadora la vinculó al anillo para ayudarte en la transición al cuerpo de la princesa y hacer que te resultara familiar.

–Para ayudarme.

Así que esto es lo que Sofie entiende por ayuda, junto a los conjuros que contienen mis poderes de invocadora. Pensó en todo, desde luego.

Unos segundos después de que la fría banda de oro rodee de nuevo mi dedo, se apaga el ronroneo de la adrenalina. Levanto la vista y vuelvo a encontrar mi cara en el espejo. La única constante de mi vida.

Lo único que me quedaba de ella.

Tocan a la puerta una única vez y entra Elisaf.

–Los soldados se acercan. Nos queda muy poco tiempo.

–Entonces, debemos darnos prisa –mueve la mano y el mostrador se desliza a un lado, revelando un agujero enorme y el principio de una escalera.

Intento no alterarme, pero me desconcierta que pueda hacer eso.

–La última vez que seguí a un elemental, me mandó a este sitio olvidado de la mano de Dios y me metió en este cuerpo.

Gesine inclina la cabeza como si entendiera perfectamente mis reparos.

–Solo tengo un propósito: guiarte en lo que ya eres.

¿Debería creerla? No es que tenga muchas opciones. No puedo quedarme aquí y Zander me ha dejado claro que ya no soy bienvenida.

Le miro a los ojos.

—La Legión me está esperando —sus pupilas se posan en mi boca y aparece fugazmente un brillo indescifrable en sus ojos—. Aquí es donde se separan nuestros caminos, Romeria Watts de Nueva York.

—Ya. —Si antes él era para mí un extraño, ahora yo lo soy para él, a pesar de todas las noches que hemos compartido. Noto una punzada aguda en el pecho, pero aprieto los dientes para contener el dolor—. Adiós.

Tensa la mandíbula.

—No me habéis entendido —interviene Gesine—. Ambos debéis venir conmigo.

—No —respondemos los dos a coro.

—Ella no estará segura a mi lado, y nuestro camino es distinto —añade Zander en voz baja.

—Vuestro camino es el mismo y debéis recorrerlo los dos juntos. Romeria, lo siento, pero lo viejo ahora está destinado a lo nuevo y no hay vuelta atrás. Solo puedes avanzar hacia delante. —Sus ojos reflejan simpatía y asiento. Ya lo suponía. Se vuelve hacia Zander—. Las videntes han visto el final de la maldición de la sangre vinculada a la hija ybarisana de Aoife y el hijo isloriano de Malachi. ¿No es eso lo que deseas?

—Sí, yo también lo he visto. Al igual que todos los que estaban sentados en las gradas de la plaza hoy. Sé lo que es Romeria y también que no es así como quiero que cambie Islor. No masacrando a mi pueblo —declara con amargura.

—Ese el método de Aoife, pero no el único —responde con una suave sonrisa.

—¿Y tú qué sacas de todo esto? No me digas que has arriesgado la vida por el bien de Islor.

Pasa las yemas por el collar dorado.

—Con el tiempo, la libertad para los míos. Tal vez pueda verlo antes de que llegue mi hora. Tal vez no.

Se oyen gritos fuera y Elisaf echa otro vistazo por la cortina.

—No tenemos otra opción —señala la trampilla del suelo y, con un hondo suspiro, Zander asiente.

Bajamos las escaleras de uno en uno. Mis botas chapotean en unas aguas turbias que huelen a cloaca y las antorchas revelan un túnel húmedo donde solo se ve oscuridad.

Gesine hace otro gesto con la mano y el mostrador regresa a su sitio, ocultando nuestra vía de escape. La manga se desliza con el gesto y revela un signo que emite un resplandor dorado.

–¿Qué es eso? –señalo.

–Mi afinidad con Aoife –se remanga y extiende el brazo para que examine la marca: un círculo que encierra un ciervo dorado tan ancho como su antebrazo; sobre él hay otros dos círculos más pequeños, uno con un toro de bronce y otro con una mariposa de plata–. Tengo afinidad con tres elementos, pero mis lazos con el agua son mucho más fuertes.

–Encuentra a la cierva dorada... –musito. *¿A esto se refería mi padre? ¿Debía buscar a Gesine?*

–Seguiremos este túnel hasta la colonia, donde nos espera un esquife que nos llevará fuera de las fronteras de Cirilea.

–Tengo que reunirme con mis soldados en el bosque de Eldred –replica Zander con voz tajante, que no admite discusión–. Después partiremos hacia el norte, a las montañas de Venhorn.

Elisaf suelta un gruñido; está claro que no le hace gracia el plan.

–Ya sabes lo que hay en esas montañas.

–Sí –responde Gesine mientras Zander la taladra con una mirada penetrante–. Si no podemos zarpar hasta Seacadore, ese es el lugar más seguro de todo Islor para nosotros, hasta que su alteza haya recibido un entrenamiento adecuado.

Zander se vuelve hacia mí, pero le doy la espalda. No se me olvida que hace cinco minutos planeaba abandonarme.

–Os llevaremos hasta allí –dice Zander–. No puedo prometer que nos quedemos –Gesine aprieta los labios y termina asintiendo–. ¿Cómo has aprendido a moverte por mi ciudad tan rápido, suma sacerdotisa?

Me muerdo la lengua porque he estado a punto de recordarle que ya no es su ciudad.

–Tenéis más aliados de los que creéis –Gesine me sonríe–. Al igual que vos, alteza. Muchos aliados y muchos que desean que seáis su reina.

La cabeza me da vueltas.

–Por favor, ya basta de alteza, reina, princesa Romeria, ya basta de vos –no puedo soportarlo más–. Llámame Romy.

–Muy bien, Romy –asiente ella–. Algún día volverás aquí y traerás esperanza al pueblo. Pero ahora debemos irnos.

Un instante después, como si hubiera adivinado el futuro, se oye el crujido de madera que se astilla por encima de nuestras cabezas.

El rey exiliado de Islor y yo huimos de Cirilea juntos y, sin embargo, nos separa un mundo entero.

Capítulo 31

Sofie era un manojo de nervios cuando se levantó y observó al Destino del Fuego rodear el sepulcro con los ojos semicerrados fijos en las figuras inmóviles. No era lo normal. Malachi jamás paseaba en círculos de esa forma.

—¿Sucede algo malo?

El Destino acarició el pómulo de Romeria con su largo índice. A pesar de estar muerta, con el talismán incrustado en la carne, su cuerpo se conservaba perfectamente. Le impidió a Sofie que lo arrancara y enterrara el cadáver de Romeria fuera, bajo el roble.

—Sabe lo que tiene que hacer.

A Sofie le dio un vuelco el corazón.

—¿Y lo hará?

¿Romeria desataría el inmenso poder que albergaba en su interior para desgarrar la Nulidad? Observó esperanzada el rostro de su marido. Una vez que se abriera la puerta del ninfeo, Malachi había prometido que se reuniría con Elijah. Aquí o en Islor, no le importaba, si estaban juntos.

Malachi estiró los labios, esbozando una sonrisa diabólica.

—Al final, tendrá que hacerlo. No tendrá otra opción.

Agradecimientos

Estos meses que he pasado en otro mundo junto a Romeria han sido emocionantes y aterradores, y me alegro mucho de haberlo hecho. Esta historia me ha devuelto el amor por la escritura cuando más lo necesitaba. Escribir es una tarea solitaria y, sin embargo, ningún libro llega a las manos de los lectores sin que el autor haya recibido ayuda. Me gustaría agradecer a las siguientes personas su apoyo:

Jennifer L. Armentrout, por animarme a «quitarme la espinita» y aventurarme de nuevo en la fantasía.

Jenn Sommersby, por tu talento con esta bestia y tu paciencia con mis muchos tics. Como siempre, ha sido un placer trabajar contigo.

Chanpreet Singh, por hacer tu magia y detectar todos los pequeños errores que siempre se cuelan.

Hang Le, por bordar la portada (y todas las demás que me has hecho).

Nina Grinstead y el equipo de Valentine PR, por su pasión, ayuda y experiencia difundiendo la palabra.

Steph Brown y Justine Wood, de Bookish Box, por darle a este libro más atención mediante su fantástico sistema de suscripción.

Stacey Donaghy, de Donaghy Literary Group, por las risas, el apoyo y la emoción (y los GIF de gatos calvos enfadados).

Tami, Sarah y Amélie, por mantener viva a toda la tropa de los Tucker, y por ofrecer un lugar divertido y seguro.

Mi familia, por traerme comida a mi cueva y tolerarme incluso cuando estaba en otro planeta.

Pronunciación

Personajes

Sofie – Sofí
Elijah – Elaiya
Romeria – Romeria
Zander – Sánder
Wendeline – Wéndelain
Annika – Ánica
Corrin – Corin
Elisaf – Iláisaf
Boaz – Bouaz
Bexley – Bexli
Saoirse – Sersha
Kaders – Kéiders
Tyree – Tirí
Ianca – Aianca
Eachann – Ican
Eona – Iona
Genise – Yinís

Lugares

Ratheus – Rateias
Islor – Áilor
Ybaris – Ibaris
Cirilea – Sirilia
Seacadore – Sícador
Skatrana – Skatrana
Mordain – Mordein
Azo'dem – Asódem
Za'hala – Sajala

Criaturas

daaknar – déiknar

Destinos

Malachi – Malakái (Destino del Fuego)
Aoife – Ifa (Destino del Agua)
Aminadav – Aminadav (Destino de la Tierra)
Vin'nyla – Vinnila (Destino del Aire)

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:

Nos vemos en tu próxima lectura

Contenido

Portadilla
Dedicatoria
Nota de la autora
Mapa
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Agradecimientos
Pronunciación
Créditos

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Alejandra González
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *A Fate of Wrath and Flame*
Traducción del inglés: Ana Hernández de Deza
Diseño de cubierta: Hang Le

© del texto: K.A. Tucker
© de la traducción: Ana H. Deza
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-196-2122-1
Coordinación técnica: Iria Torres
Digitalización: ab serveis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.